

# CIUDADES (IN)DESCIFRABLES

Imaginarios y representaciones  
sociales de lo urbano

Paula Vera | Ariel Gravano | Felipe Aliaga  
Editores



editorial  
UNICEN



---

CIUDADES (IN)DESCIFRABLES  
IMAGINARIOS Y REPRESENTACIONES SOCIALES  
DE LO URBANO

---

---

CIUDADES (IN)DESCIFRABLES  
IMAGINARIOS Y REPRESENTACIONES SOCIALES  
DE LO URBANO

---

PAULA VERA  
ARIEL GRAVANO  
FELIPE ALIAGA  
EDITORES ACADÉMICOS

RED IBEROAMERICANA DE INVESTIGACIONES EN IMAGINARIOS Y REPRESENTACIONES  
GRUPO DE TRABAJO ESTUDIOS URBANOS



Vera, Paula

Ciudades (in)descifrables imaginarios y representaciones sociales de lo urbano / Paula Vera, [y otros dieciséis autores]; Editores académicos: Paula Vera, Ariel Gravano y Felipe Aliaga Bogotá: Universidad Santo Tomás, 2019.

282 páginas; cuadros, fotografías a color, gráficos e ilustraciones

Incluye referencias bibliográficas

ISBN 978-958-782-208-3

e-ISBN 978-958-782-209-0

1. Desastres naturales - Colombia 2. Desastres – Prevención - Colombia. 3. Geografía urbana - Colombia 4. Espacio urbano - Aspectos sociales. 5. Interacción social

CDD 307.166

CRAI-USTA-Bogotá

© Editores académicos: Paula Vera, Ariel Gravano y Felipe Aliaga

© Paula Vera, Ariel Gravano, Alicia Lindón, Ángel Enrique Carretero Pasín, Diego Solsona Cisterna, Alfredo Santillán Cornejo, Ana Silva, Silvia Boggí, Mercedes González Bracco, Soledad Laborde, Gala Huilén Agüero, Mariano Perelman, Diego Guzmán Sandoval, Jorge Luis Gómez Balza, Freddy Orlando Mora Hernández, Felipe Andrés Aliaga Sáez, Javier Diz Casal y José David Gutiérrez Sánchez

© Universidad Santo Tomás & Universidad Nacional del Centro de la Provincia de Buenos Aires, 2019

Ediciones USTA

Bogotá, D. C., Colombia

Teléfono: (+571) 587 8797, ext. 2991

[editorial@usantotomas.edu.co](mailto:editorial@usantotomas.edu.co) | <http://ediciones.usta.edu.co>

Universidad Nacional del Centro de la Provincia de Buenos Aires

Secretaría Académica. Editorial UNICEN

Pinto 399, Tandil (7000), Provincia de Buenos Aires | Tel./Fax: 0249 4422000

e-mail: [c-editor@rec.unicen.edu.ar](mailto:c-editor@rec.unicen.edu.ar) | [www.editorial.unicen.edu.ar](http://www.editorial.unicen.edu.ar)

*Responsable editorial:* Lic. Gerardo Tassara

Fotografía de portada: Paula Vera

Corrección de estilo: Ludwing Cepeda Aparicio

Diagramación: D.G. Luisa Demarco

Diseño de carátula: Juliana Pardo Torres

Hecho el depósito que establece la ley.

ISBN: 978-958-782-208-3 • ISBN: 978-958-782-209-0

Primera edición, 2019

"Esta publicación ha sido sometida a evaluación por sistema doble ciego según estándares internacionales de referato"

Se prohíbe la reproducción total o parcial de esta obra, por cualquier medio, sin la autorización expresa del titular de los derechos.

# ÍNDICE

---

PRESENTACIÓN	9
PAULA VERA Y ARIEL GRAVANO	
IMAGINARIOS URBANOS: DIMENSIONES, PUENTES Y DESLIZAMIENTOS EN SUS ESTUDIOS	13
PAULA VERA	
<i>Consejo Nacional de Investigaciones Científicas y Técnicas (CONICET)</i> <i>Centro de Estudios Culturales Urbanos (CECUR)</i> <i>Universidad Nacional de Rosario</i> <i>(Argentina)</i>	
IMAGINARIOS URBANOS DE LA ESPERA, TEMPORALIDADES Y TERRITORIALIZACIONES	41
ALICIA LINDÓN	
<i>Universidad Autónoma Metropolitana Iztapalapa, Ciudad de México,</i> <i>Departamento de Sociología, área de Sociología de la Cultura</i> <i>(México)</i>	
DES-SIMBOLIZACIÓN Y RE-SIMBOLIZACIÓN DE LA CIUDAD: EN BUSCA DEL ESPACIO URBANO PERDIDO	63
ÁNGEL ENRIQUE CARRETERO PASÍN	
<i>IES Rosalía de Castro</i> <i>Universidad de Santiago de Compostela</i> <i>(España)</i>	
LA CONSTRUCCIÓN IMAGINARIO-SOCIAL DEL MIEDO EN TIEMPOS DE CATÁSTROFE SOCIAL	87
DIEGO SOLSONA CISTERNAS	
<i>Comisión Nacional de Investigación Científica y Tecnológica (CONICYT)</i> <i>Universidad de Los Lagos</i> <i>(Chile)</i>	

- IMAGINAR FRONTERAS, RECONSTRUIR DESIGUALDADES 107  
ALFREDO SANTILLÁN CORNEJO  
*Flacso*  
*(Ecuador)*
- IMAGINARIOS URBANO-BARRIALES DE UNA CIUDAD MEDIA 121  
ANA SILVA  
*Consejo Nacional de Investigaciones Científicas y Técnicas (CONICET)*  
*Universidad Nacional del Centro de la Provincia de Buenos Aires*  
*(Argentina)*
- “ERA LAS VEGAS, PERO CON GENTE DE ACÁ” 141  
SILVIA BOGGI  
*Universidad Nacional del Centro de la Provincia de Buenos Aires*  
*(Argentina)*
- IDENTIDADES BARRIALES ALTER(IZ)ADAS 157  
MERCEDES GONZÁLEZ BRACCO Y SOLEDAD LABORDE  
*Consejo Nacional de Investigaciones Científicas y Técnicas (CONICET)*  
*Universidad de Buenos Aires (UBA)*  
*(Argentina)*
- DESIGUALDAD, IMAGINARIOS Y ESCALA URBANA 187  
GALA HUILÉN AGÜERO Y MARIANO PERELMAN  
*Consejo Nacional de Investigaciones Científicas y Técnicas (CONICET)*  
*(Argentina)*
- ENTREVERSE EN LOS MÁRGENES URBANOS: PAISAJES DE LA EXCLUSIÓN, ESTIGMATIZACIÓN TERRITORIAL Y RECELO SOCIAL 207  
DIEGO GUZMÁN SANDOVAL  
*Universidad de Guanajuato*  
*(México)*
- EL IMAGINARIO URBANO Y LA OBRA DE ARTE 223  
JORGE LUIS GÓMEZ BALZA  
*Grupo de Investigaciones en Arte Latinoamericano, Universidad de los Andes*  
*Centro de Investigaciones posdoctorales, Universidad Central de Venezuela*  
*(Venezuela)*

INTERPRETANDO EL CONSUMO DE CANNABIS EN LAS UPZ DESDE LOS IMAGINARIOS URBANOS EN COLOMBIA	241
FREDDY ORLANDO MORA HERNÁNDEZ, FELIPE ANDRÉS ALIAGA SÁEZ, JAVIER DIZ CASAL, JOSÉ DAVID GUTIÉRREZ SÁNCHEZ	
<i>Facultad de Sociología Universidad Santo Tomás (Colombia)</i>	
CAUCIONES EPISTEMOLÓGICAS EN EL TRABAJO SOBRE IMAGINARIOS URBANOS	257
ARIEL GRAVANO	
<i>Consejo Nacional de Investigaciones Científicas y Técnicas (CONICET) Universidad Nacional del Centro de la Provincia de Buenos Aires (Argentina)</i>	
SOBRE LOS AUTORES	275



## PRESENTACIÓN

---

Esta publicación nació al calor de los debates y actividades desarrolladas en el I Workshop Internacional de la Red Iberoamericana de Investigación en Imaginarios y Representaciones (RIIR), realizado en Bogotá los días 16, 17 y 18 de noviembre de 2016 en la Universidad Santo Tomás. Allí comenzó a tomar cuerpo el grupo de trabajo Estudios Urbanos, con la coordinación de Paula Vera. Por iniciativa de la Red, y debido al impacto de lo aportado en el encuentro, surge la idea de esta compilación a la que se suma Ariel Gravano. A partir de ahí hemos llevado adelante la tarea de coordinar, seleccionar y editar el material que conforma este libro, que también ha contado con la valiosa participación de Felipe Aliaga como gestor y editor institucional. Los imaginarios urbanos son la columna vertebral de esta publicación, en donde se integran autores de Argentina, Chile, Colombia, Ecuador, España, México y Venezuela, con un fuerte apoyo en los logros y debates de distintas disciplinas científicas.

Si bien es cierto que los estudios sobre las ciudades han generado un profuso acervo de conocimiento, las problemáticas de la vida urbana no dejan de despertar nuevos desafíos tanto para intelectuales y académicos, como para organizaciones, movimientos sociales y gobiernos. La complejidad creciente de la vida social urbana despliega un repertorio de problemáticas que van mutando y exigen abordajes transversales, interdisciplinarios y novedosos. La dinámica de fenómenos como las violencias urbanas; la fragmentación, la segregación y la estigmatización de grupos urbanos; los procesos de desplazamiento, desposesión y gentrificación; la mercantilización de espacios públicos, entre otras situaciones, permiten ver la encarnación urbana del neoliberalismo y requieren indagaciones que logren dar cuenta del iceberg urbano. Es decir, las transformaciones materiales que son visibles en la superficie solo pueden comprenderse si nos sumergimos hacia las profundidades estructurales y simbólicas que las sustentan y las cotidianidades en las cuales emergen y se reconstruyen.

Tanto las representaciones sociales como los imaginarios urbanos pueden officar como lentes desde los cuales deconstruir y recomponer algunos de los fragmentos que hacen parte de la vida urbana. Estamos convencidos de que el tratamiento de la ciudad desde los imaginarios y representaciones de lo urbano es una postura teórica y metodológica que permite identificar y descifrar las predisposiciones a la reproducción de la ciudad y de lo urbano bajo pautas ya instauradas, así como la puerta a otras tendencias que anuncian formas de producción innovadoras de la ciudad y lo urbano.

Con este libro buscamos actualizar las discusiones en este ámbito, renovar interrogantes, visibilizar objetos de estudio y perspectivas teórico-metodológicas que contribuyan a

seguir multiplicando las investigaciones y las inquietudes que suscitan los imaginarios y las representaciones de la ciudad y la vida urbana.

En este sentido, el libro que hemos denominado *Ciudades (in)descifrables. Imaginarios y representaciones sociales de lo urbano* recoge y actualiza algunos debates en este ámbito. Con la apertura de Paula Vera se reponen algunas tradiciones, modos de interpretar los imaginarios urbanos, herramientas metodológicas y fuentes de indagación frecuentes, al tiempo que se propone una definición del concepto imaginarios urbanos y se presenta un entramado de significaciones imaginarias sociales para propiciar un abordaje multidimensional de la ciudad. También como antesala al objeto del libro, el exhaustivo trabajo de Enrique Carretero Pasin resulta un aporte que recupera pasajes teóricos, poéticos, históricos, sociológicos y filosóficos para reflexionar sobre el doble proceso de des-simbolización y re-simbolización de la ciudad reponiendo autores clásicos de gran influencia en los estudios urbanos.

Luego encontramos una serie de textos que se inscriben en la trayectoria de los estudios de Armando Silva (1992, 2003) y Rossana Reguillo (2000, 2001) sobre el miedo en la ciudad. Los trabajos de Diego Solsona Cisternas y Diego Guzmán Sandoval realizan aportes sugerentes sobre la construcción social del miedo. Por un lado, frente a la catástrofe natural del terremoto y el tsunami que afectó a Chile en 2010 y, por otro, en torno a la estigmatización territorial y a las operaciones simbólicas que se componen entre distintos espacios urbanos de Guanajuato, México. Otra de las tradiciones que se actualizan en este libro se refiere a los estudios urbanos sobre la exclusión territorial, la desigualdad y la segregación. Fenómenos analizados a través de la perspectiva de los imaginarios urbanos en el artículo de Alfredo Santillán, que versa sobre la segregación imaginaria de la ciudad de Quito, Ecuador; y en el trabajo de Gala Huilén Agüero y Mariano Perelman que pone el acento en el rol de los imaginarios urbanos de sectores subalternos en la producción de la desigualdad socio-territorial en Buenos Aires y Salta. Así mismo, surge el fenómeno de la patrimonialización y su articulación con la reactivación urbana y los procesos de identificación de los habitantes en barrios emblemáticos en dos ciudades de escalas diferentes. El caso de la ciudad intermedia de Tandil, indagado por Ana Silva, en referencia al proceso de reconversión de la estructura ferroviaria; y el caso del casco histórico de la ciudad de Buenos Aires analizado por Mercedes Bracco y Soledad Laborde.

Diversificando la trayectoria de estudios sobre las prácticas sociales y las relaciones con los imaginarios urbanos, Alicia Lindón ofrece un trabajo de carácter teórico-metodológico donde reflexiona acerca del fenómeno de la “espera” en el contexto urbano metropolitano, intersectando las prácticas cotidianas, con la movilidad y las dimensiones espaciales y temporales que componen la imaginería urbana. Mientras tanto, Silvia Boggi aborda las prácticas del juego por apuestas, como elemento que entraría en tensión con uno de los emblemas de la ciudad de Olavarría, considerada la ciudad del trabajo. En este libro también se incluye un trabajo exploratorio de Freddy Orlando Mora Hernández, Felipe Andrés Aliaga Sáez, Javier Diz Casal y José David Gutiérrez Sánchez sobre el consumo de cannabis en las Unidades de Planeamiento Zonal de la ciudad Suba, Colombia, por parte de residentes jóvenes. Por último, recuperando la línea de estudios abocados a las representaciones artísticas y su articulación con los imaginarios urbanos, encontraremos

el trabajo de Jorge Luis Gómez Balza, quien analiza la construcción de una imagen referencial de la ciudad venezolana de Mérida.

Para finalizar, este libro cierra con la propuesta crítica de Ariel Gravano, quien a partir de sus cuatro cauciones epistemológicas sistematiza los riesgos, posibilidades y opciones con que pueden contribuir los estudios de los imaginarios urbanos a la comprensión de la ciudad contemporánea.

Esta obra compuesta por trece capítulos ofrece una muestra de los posibles contrapuntos, conexiones y discusiones que se abren en el campo de los imaginarios y representaciones sociales de lo urbano. Podríamos decir que es un libro que navega entre los deslizamientos y las cauciones conceptuales sobre temporalidades, territorios y escalas, símbolos y catástrofes, fronteras y desigualdades, identidades barriales y ciudades lúdicas, márgenes y recelos, estéticas y consumos ocultos; intentando que en ese trayecto se puedan abrir y bifurcar nuevas rutas de indagación que nos acerquen a descifrar nuevos interrogantes sobre las ciudades y la vida urbana.

*Paula Vera y Ariel Gravano*  
Febrero de 2019



# IMAGINARIOS URBANOS: DIMENSIONES, PUENTES Y DESLIZAMIENTOS EN SUS ESTUDIOS

---

PAULA VERA\*

## INTRODUCCIÓN

En 1992 se produce el alumbramiento de los imaginarios urbanos. En su obra homónima, Armando Silva se pregunta ¿qué es ser urbano en nuestras sociedades de América Latina? Unos años más tarde, Néstor García Canclini también captará en los imaginarios urbanos una clave de inteligibilidad para el doble proceso de transición que atraviesa la ciudad latinoamericana. Este proceso estaría definido por el pasaje de las ciudades a megaciudades y de la cultura urbana a la multiculturalidad (García Canclini, 1997, p. 77). En el marco de incertidumbre y complejidad que se expresa en las ciudades contemporáneas, los imaginarios permitirían “estabilizar nuestras experiencias urbanas en constante transición” (García Canclini, 1997, p. 93).

Tenemos la sospecha de que el pulso, la historia, la estética y las fantasías de las ciudades latinoamericanas han desafiado la creatividad de intelectuales e investigadores y en ese desafío se acuñaron los imaginarios urbanos como concepto y propuesta de indagación crítica. Simultáneamente, algunos movimientos dentro de las ciencias sociales operaron como condiciones de posibilidad para la emergencia de esta perspectiva. Referimos a tres grandes influencias. Por un lado, el *giro subjetivista* (Lindón, 2007a) que ha tomado impulso en nuestra región desde fines de los setenta y durante los ochenta y que se nutre de los Estudios Culturales (especialmente la denominada Escuela de Birmingham)<sup>1</sup> como antecedente y andamiaje para escrutar los fenómenos urbanos. En este contexto, los estudios culturales urbanos avanzaron en la composición transdisciplinar de los estudios sobre la ciudad y lo urbano<sup>2</sup>. Por otro lado, el denominado *giro espacial* o geográfico (Lefebvre,

---

\* Consejo Nacional de Investigaciones Científicas y Técnicas (CONICET). Centro de Estudios Culturales Urbanos (CECUR) de la Universidad Nacional de Rosario (UNR). Argentina.

<sup>1</sup> Propuesta teórico metodológica de raigambre marxista crítico, empirista, con una perspectiva de análisis crítico-interpretativo, relacional y transdisciplinar. Los trabajos de Stuart Hall y Raymond Williams pusieron en escena no solo a los sectores populares como sujetos de interés para la comprensión de los fenómenos sociales del capitalismo, sino que también le dieron centralidad a la ciudad, el ámbito urbano y los procesos de comunicación que allí se desplegaban.

<sup>2</sup> Podemos mencionar los aportes desde el campo literario con los trabajos de Ángel Rama (1984) y Beatriz Sarlo (1988, 1992); desde la historia, los de José Luis Romero (1976) y Richard Morse (1985); por la arquitectura, Adrián Gorelik (2004, 2010), Jorge Liernur y Graciela Silvestri (1998), Rafael Iglesia y Mario Sabugo (2006) y desde la comunicación con los clásicos aportes de Jesús Martín Barbero (1987),

1972, 1974; Harvey, 1977; Massey, 1994; Lindón, Hiernaux y Aguiar, 2006) que puso a la ciudad y lo urbano en el centro del debate y las reflexiones de las ciencias sociales. Por último, la progresiva incidencia del *paradigma constructivista* (Berger y Luckman, 1968; Castoriadis, 1989) y la *teoría de la complejidad* (Maturana y Varela, 1990; Morin, 2008), como marco teórico que estimuló el abordaje interdisciplinario y multifocal promoviendo la articulación de lo material con lo subjetivo y representacional, evitando así las lecturas idealistas (Lindón y Hiernaux, 2007, p. 158). A la par, *lo imaginario* fue recuperando cierta legitimidad (Belinsky, 2007) y se lo vincula puntualmente con la problemática urbana: “el único marco conceptual adecuado para comprender los fenómenos urbanos es aquel que toma sus fundamentos tanto de la imaginación sociológica como de la geográfica” (Harvey, 2014, p. 20).

Estas renovaciones teóricas y epistemológicas implicaron las ideas provenientes de distintos “giros” y tradiciones disciplinares<sup>3</sup> y permitieron, desde la década del ochenta y con mayor intensidad en los noventa, el crecimiento exponencial de estudios y ensayos referidos a este tema. Así mismo, la importancia que cobran en la actualidad<sup>4</sup> las problemáticas urbanas a la luz de los imaginarios urbanos, da cuenta de la consolidación de esta categoría como perspectiva y objeto de estudio que atraviesa distintas disciplinas y latitudes.

La perspectiva de los imaginarios habilita un proceso investigativo del mundo urbano sostenido en el rastreo de las asociaciones de sentidos, materializaciones, representaciones y prácticas, y una posterior interpretación de lo que esas asociaciones ponen en relación. El principal objetivo de esta presentación, entonces, es contribuir a pensar sobre las distintas dimensiones y los puentes, asociaciones o deslizamientos que se pueden establecer entre ellas para propiciar un abordaje multidimensional de la ciudad a partir de los imaginarios urbanos.

## HACER FOCO EN LO URBANO DESDE LOS IMAGINARIOS

La obra de Henri Lefebvre significó un impulso muy importante en los estudios urbanos y actualmente ha cobrado un renovado interés, porque en su teoría de producción del espacio logra articular aspectos trabajados habitualmente de manera segregada y, además, introduce los aspectos simbólicos o imaginarios como elementos articuladores de la materialidad y las prácticas sociales.

---

Néstor García Canclini (1991, 1995, 1997), Rossana Reguillo (1991, 1996), entre los más destacados.

<sup>3</sup> Desde la sociología, la antropología, la historia, las ciencias de la comunicación, la geografía, las artes, la psicología social, el urbanismo y la arquitectura se contribuyó al acervo de investigaciones en imaginarios urbanos.

<sup>4</sup> No es objeto de este artículo repasar sistemáticamente toda la producción al respecto, sino tratar de elaborar una sintaxis atendiendo a las tradiciones disciplinares, teóricas y metodológicas que nos permita organizar distintos aspectos y proponer un diagrama relacional para el trabajo con imaginarios urbanos. Una muestra de la variedad de trabajos puede ser revisada en los *dossier* y publicaciones colectivas: Lindón, Aguiar y Hiernaux (2006); Silva (2007); Lindón y Hiernaux (2008); *Revista Eure*, 99 (2007); *Revista Iztapalapa*, 64-65 (2008).

En la teoría de Lefebvre, lo *urbano* es el horizonte de lo posible, no es ni un objeto ni un sujeto, sino una forma, una abstracción que reúne todos los sujetos y objetos existentes y posibles (Lefebvre, 1972). Lo urbano se distingue de la ciudad porque es social y mental; no es tangible, sino pura potencia, obra de los ciudadanos (1969)<sup>5</sup>. El espacio es un producto social, es decir, al tiempo que es resultado de la acción social, de las prácticas y de las relaciones es también parte de ellas (Lefebvre, 2013). En la tríada conceptual que el autor sostiene sobre lo urbano en su texto *La producción del espacio*, distingue las *prácticas espaciales*, que corresponderían al *espacio percibido*, es decir, a la experiencia material de producción y reproducción social; las *representaciones del espacio*, articuladas al *espacio concebido* propio de los expertos, científicos y planificadores; y los *espacios de representación*, en relación con el *espacio vivido*, que es el que correspondería a los ciudadanos y habitantes, ámbito de la imaginación y lo simbólico dentro de la experiencia material (Lefebvre, 2013).

Por su parte, en 1977 David Harvey propone construir un puente entre la imaginación sociológica y la imaginación geográfica como vehículo o medio teórico de abordar los procesos sociales en la ciudad. La importancia reside en que la conciencia espacial o imaginación geográfica (en relación con la sociológica) “permite al individuo comprender el papel que tienen el espacio y el lugar en su propia biografía (...) conocer la relación que existe entre él y su vecindad” (Harvey, 2014, p. 17). La conciencia espacial o imaginación geográfica es lo que le facilita al individuo (en términos de Harvey) juzgar y valorar acontecimientos que ocurren en otros lugares, “idear y utilizar el espacio creativamente y apreciar el significado de las formas espaciales creadas por otros” (Harvey, 2014, p. 17).

El sujeto, actor social o individuo (dependiendo de la corriente teórica de distintos autores) también va cobrando centralidad en los estudios urbanos. En 1979 se publica *La invención de lo cotidiano*, de Michael de Certeau, obra que aporta ideas renovadas sobre cómo pensar la ciudad. Con el centro puesto en el actor, De Certeau habla de *mirones* haciendo alusión al artista, arquitecto o urbanista que ve la ciudad y la representa como una ciudad-panorama, simulacro teórico que desconoce las prácticas:

Es “abajo” al contrario, a partir del punto donde termina la visibilidad, donde viven los practicantes ordinarios de la ciudad, *Wandersmanner*, cuyo cuerpo obedece a los trazos gruesos y a los más finos [de la caligrafía] de un “texto” urbano, que escriben sin poder leerlo (...) Una ciudad trashumante, o metafórica, se insinúa así en el texto vivo de la ciudad planificada y legible. (De Certeau, 2007, p. 105)

El autor plantea que, por un lado, se encuentra la racionalización de la ciudad, la utopía urbanística, la organización funcionalista que privilegia el progreso y el tiempo en detrimento del espacio mismo y las prácticas cotidianas; y, por otro, se halla la ciudad que se hace escapando a la disciplina, sería el espacio vivido que se construye al andar. La ciudad se constituye, para De Certeau, como un *palimpsesto*. Mediante esta metáfora trata de expresar que la ciudad es un espacio colmado de huellas y lecturas pasadas sobre las que se

<sup>5</sup> El espacio urbano “es el resultado de una historia que debe concebirse como la obra de ‘agentes’ o ‘actores’ sociales, de ‘sujetos’ colectivos, que operan por impulsos sucesivos, emitiendo y formando de manera discontinua (relativamente) capas de espacio (...). Las cualidades y propiedades del espacio urbano son resultado de sus interacciones, de sus estrategias, de sus éxitos y fracasos” (Lefebvre, 1972, p. 133).

imprimen las nuevas, que también serán las huellas borrosas del mañana, terreno para el emplazamiento de otras prácticas, otras capas de una ciudad que está siempre haciéndose.

En este contexto, es preciso señalar también el aporte de Antonie Bailly (1989) desde el constructivismo geográfico y su defensa de la geografía de las representaciones. Bailly sostiene que la imbricación de tiempo y espacio se afirma en la mezcla entre lo real y lo imaginario, “la polisemia de los espacios vividos, la superposición de representaciones hace obligatorio este nuevo enfoque” (Bailly, 1989, p. 16). Para abarcar la densidad de la experiencia espacial, el autor propone atender tres aspectos. Uno *estructural* relacionado con la utilización de las estructuras del medio por parte de los individuos en sus prácticas espaciales; un aspecto *funcional* orientado a explicar problemas de acceso y capacidades económicas de los lugares; y un aspecto *simbólico* que revela las connotaciones espaciales y las relaciones hombre-sociedad-lugar. En su defensa al enfoque que rescata el aspecto imaginario, afirma que “un lugar, una posición y una comprensión geográfica no tienen significado sin las imágenes (representaciones) que se les atribuye” (Bailly, 1989, p. 18).

Las ciudades son producto de los procesos colectivos de construcción social; es decir, son en sí mismas instituciones de lo que Castoriadis (2013) llamó magma de significaciones imaginarias sociales que se instituyen en un mismo proceso intrínsecamente cultural. Por esta razón, lo simbólico es constitutivo, es lo que le otorga entidad incluso a los aspectos materiales de esta. Numerosos autores han reparado en esta persistente tensión entre lo material y lo significacional, simbólico o imaginario. Lo urbano estaría conformado, entonces, por una dimensión física y una dimensión significacional que sería lo que “ese espacio *le significa a* (o adquiere sentidos para) los actores sociales que lo ocupan, producen, usan, *viven*” (Gravano, 2013, p. 93) y, en este sentido, el espacio significacional sería, precisamente, el espacio vivido, representado, imaginado. Abordar el espacio urbano como objeto permite afirmar que:

Los sentidos y significados del espacio son construidos a través de un proceso de contraste entre los elementos materiales y las representaciones, esquemas mentales, ideas e imágenes con los que los individuos se vinculan con el mundo, que por otra parte son de carácter socio-cultural. (Lindón, Hiernaux y Aguiar, 2006, p. 12)

Entre la ciudad material y la imaginada se tiende una vía de comunicación fructífera y de tráfico incesante. De lo imaginario, la ciudad material toma un sinfín de elementos con los que levanta sus construcciones; de lo material, lo imaginario adquiere la densidad suficiente para deslizarse, reformularse, resignificarse y proyectarse. (Greene, 2007, p. 67)

Si bien existe un consenso extendido y muchas veces proclamado en los estudios sobre imaginarios urbanos en cuanto a la necesidad de vincular las condiciones materiales, físicas y concretas con aquellas simbólicas, subjetivas e imaginarias, esta sigue siendo una de las dificultades a las que se enfrentan la mayoría de las investigaciones que abordan el fenómeno urbano desde la perspectiva de los imaginarios sociales (Lindón, Hiernaux y Aguiar, 2006; Girola, 2012). Ambos aspectos se retroalimentan ya sea legitimándose, entrando en disputa o transformándose, definiendo a su vez los modos de vida y las subjetividades. Al trabajar desde los imaginarios urbanos es necesario articular un análisis de las condiciones materiales de lo simbólico y, al mismo tiempo, las condiciones simbólicas de las materializaciones en la ciudad.

## CIUDADES EN PERSPECTIVA: CIUDAD VIVIDA, CIUDAD PERCIBIDA Y CIUDAD CONCEBIDA

En los estudios sobre imaginarios y representaciones sociales de lo urbano predomina la diversidad de enfoques y de temáticas abordadas. Por ejemplo, podemos hallar trabajos vinculados a los estudios culturales urbanos, a la construcción social del espacio público y de la ciudad. Otras orientadas a descifrar sentidos y sensaciones que despierta la vida urbana, a las nuevas formas espaciales que adquiere la ciudad, a las prácticas en los espacios públicos y lugares emblemáticos por parte de determinados grupos sociales, a las significaciones dominantes en procesos de transformación urbana, etcétera. En todos ellos es posible develar distintas formas en que es abordada la ciudad a partir del foco de análisis o de la construcción del objeto de estudio. A continuación, proponemos una serie de distinciones organizadas en tres modos de considerar la ciudad y, por ende, de enfocar el análisis de los imaginarios: ciudad vivida, ciudad percibida y ciudad concebida<sup>6</sup> e imaginarios desde la ciudad, sobre la ciudad y de la ciudad respectivamente.

La *ciudad vivida* fue el lugar de aterrizaje y consolidación de los imaginarios urbanos. También es el objeto sobre el que más producciones podemos encontrar, como queda demostrado en este libro<sup>7</sup>. Las primeras aproximaciones al medio urbano se vincularon a la *ciudad vivida* o *practicada*, haciendo que las condiciones de reconocimiento, los modos de vida, las experiencias, tácticas y estrategias que los ciudadanos despliegan en la ciudad comenzaran a ser interrogadas con mayor sistematicidad. Los trabajos de Michel de Certeau imprimieron su sello en los estudios que buscaron recuperar la mirada y la experiencia del ciudadano: ¿cómo representan la vida urbana? ¿Cómo configuran el entramado de significaciones a partir del que despliegan sus prácticas, usos y modo de apropiación de diversos espacios urbanos? En este contexto, la investigación de Armando Silva ([1992] 2006) fue el puntapié inicial para avanzar en este sentido al considerar que, pese a los procesos de construcción globales que afectan a las ciudades actualmente, las distinciones culturales y geográficas definen las identidades urbanas locales en función de la construcción imaginaria de cada sociedad. Silva se propone “estudiar la ciudad como lugar del acontecimiento cultural y como escenario de un efecto imaginario” (2006, p. 25). Para ello, acude a la intercomunicación de los ciudadanos en los procesos de uso, apropiación y experimentación de distintos espacios. Su contribución al estudio de los imaginarios urbanos *desde* la ciudad, es decir, desde el punto de vista de los habitantes, es muy significativa y eso se traduce en el proyecto de investigación internacional<sup>8</sup> que se desarrolla con la metodología propuesta por Silva en más de treinta ciudades. Desde una perspectiva sociocultural, Néstor García Canclini (2007 [1997]) trabaja puntualmente sobre la formación de imaginarios en la megaciudad de México y para ello recurre a las

<sup>6</sup> Estas adjetivaciones con las que hemos caracterizado distintos aspectos de la ciudad desde los estudios de imaginarios urbanos pueden guardar ciertas relaciones con las categorías de Lefebvre (espacio vivido, percibido y concebido) pero no se ajustan estrictamente a sus definiciones.

<sup>7</sup> Podemos ubicar aquí los textos de Lindón, Solsona, Santillán, Bracco y Laborde, Agüero y Perelman.

<sup>8</sup> Para obtener más información de esta red, se puede consultar [www.imaginariorurbanos.net](http://www.imaginariorurbanos.net)

instancias de viaje por considerarlas una práctica de apropiación espacial donde se condensan imaginarios. García Canclini piensa que “la ciudad se vuelve densa al cargarse de fantasías heterogéneas. La urbe programada para funcionar, diseñada en cuadrícula, se desborda y se multiplica en ficciones individuales y colectivas” (2007, p. 107). Uno de los aportes que realiza este estudio, según el autor, es “confrontar las cartas de navegación imaginarias, las narraciones que diversos actores hacen de sus itinerarios por la ciudad, con los mapas de los planificadores y sociólogos urbanos” (2007, p. 133). Este punto de tensión entre la *ciudad concebida* y la *ciudad practicada* subyace en la obra de García Canclini. En este sentido, tanto Silva como García Canclini realizan aportes para comprender las prácticas, las tácticas y las estrategias de los andares por la ciudad, de los olores y sabores, de los rincones y los senderos que resultan significativos en la cotidianidad de los ciudadanos.

La ciudad vivida o practicada bucea en lo que denominamos el *imaginario desde la ciudad*, porque rescata la perspectiva subjetiva de los ciudadanos para dar cuenta de los modos de vivir la ciudad, los significados que adquieren ciertos lugares, como pueden ser los espacios públicos, monumentos o barrios. Sería la mirada desde *abajo* y permite considerar procesos de uso y apropiación de la ciudad practicada. ¿Cómo recortar, seleccionar el punto de vista? ¿Sobre quién o quiénes? El grupo social sobre el que se puede avanzar en este tipo de indagación varía en función del objeto y los propósitos de la investigación. Por ejemplo, se puede tratar de una segmentación por sexo, edad, clase o condición social, lugar de residencia, rol en una institución, etcétera. A grandes rasgos, y siguiendo la propuesta de Lindón y Hiernaux (2007), podemos delimitar: a) pequeños grupos dispersos a través de los que podemos analizar un imaginario urbano específico y delimitado; b) un grupo social particular donde podemos rastrear fragmentos del imaginario compartido; y c) varios grupos en donde podemos dar cuenta del imaginario instituido, las significaciones aceptadas y legitimadas socialmente.

Por otra parte, definimos la *ciudad percibida* como aquella en donde se indagan, principalmente, las significaciones imaginarias a través de las representaciones culturales, como pueden ser la fotografía, el cine y la literatura, que dan cuenta de las imágenes que las sociedades construyen sobre las ciudades<sup>9</sup>. Uno de los antecedentes en este tema es

<sup>9</sup> Entre los autores contemporáneos que trabajan los imaginarios urbanos desde esta perspectiva, se destacan la brasilera Sandra Jatahy Pasavento (1996), quien estudió los imaginarios de las ciudades de París, Río de Janeiro y Porto Alegre, acudiendo al estudio de la literatura para hacer emerger los discursos que tratan sobre la ciudad. Es importante destacar que los discursos, tanto como las significaciones imaginarias sociales, no presentan un orden jerarquizado, sino que, como sostiene la autora, los discursos y las imágenes se juxtaponen y se contradicen en muchos casos. Por otra parte, Beatriz Sarlo contribuye a este campo desde la crítica literaria e histórica. Puntualmente en *La imaginación técnica: sueños modernos de la cultura argentina* (2004 [1992]) confluye el abordaje de la ficción científico tecnológica, característica de la Modernidad, con la ficción literaria nacional donde la autora se plantea abordar “el problema siempre abierto sobre la forma en que una sociedad es nombrada en los textos de sus escritores; y también, según una fórmula ya clásica, qué hizo una sociedad con los intelectuales y qué hicieron los intelectuales con lo que la sociedad hizo de ellos” (Sarlo, 2004, p. 10). Así, va combinando la ficción literaria de autores como Roberto Arlt, Horacio Quiroga y la científica sobre artefactos como la radio, el cine y la televisión con los discursos intelectuales, periodísticos y de ciertos saberes populares que también constituyen el gran relato de la Modernidad y los sueños de la ciudad y la técnica. En este libro podemos ubicar aquí el trabajo de

Jesús Martín Barbero con *De los medios a las mediaciones* (1987), donde incluye un análisis sobre la territorialidad en el melodrama televisivo. Este autor afirma, años más tarde, que “pocos temas ocupan un lugar tan decisivo en el debate cultural de este fin de siglo como el de la ciudad: como si en ella se concentraran a la vez las pesadillas que nos atemorizan y las esperanzas que nos mantienen vivos” (Barbero, 2002, p. 273). Así mismo, la investigación de Armando Silva (1986, 1987) sobre el *graffiti* también constituye un antecedente de gran relevancia. Para el autor, el *graffiti* es una expresión urbana, es comprendido como “arte y literatura, como expresión y comunicación, en fin, como realidades sociales y utopías urbanas, con la privilegiada condición de tratarse de una escritura diseñada colectivamente” (Silva, 1987, p. 17). En la ciudad percibida predomina el *imaginario sobre la ciudad*, es decir, la visión que se construye desde el campo artístico acerca de la ciudad. De este modo, lo ficcional y lo estético se transforman en insumos estratégicos para abordar las significaciones que se construyen sobre lo urbano y que dan lugar a múltiples representaciones. Esta perspectiva es muy trabajada desde la crítica literaria y cultural, asumiendo para ello análisis hermenéuticos que relacionan las interpretaciones sobre el corpus y el contexto histórico-cultural en el que se insertan esas obras. Así mismo, esta perspectiva se despliega en el ámbito mediático. Son numerosos los estudios, principalmente desde la semiótica, que trabajan los imaginarios urbanos sobre la ciudad o diversas problemáticas urbanas, componiendo un corpus exclusivamente de producciones y discursividades de la prensa escrita, la televisión, la radio y los portales web de los diferentes medios.

Por último, se encontraría la *ciudad concebida*, que se vincula especialmente con el ámbito del urbanismo, la arquitectura y la política. Es la mirada *desde arriba*, es decir, una mirada técnica orientada tradicionalmente a la totalidad de la ciudad. Se articula al pensamiento proyectual y tiene como herramienta de acción las políticas y normativas urbanísticas y la configuración de lo permitido y lo prohibido sobre las prácticas cotidianas. El principal objetivo de este enfoque es indagar las discursividades imaginarias de las ciudades yuxtaponiendo esas significaciones a los procesos históricos y culturales de la ciudad<sup>10</sup>. Estas modalidades de abordaje dejan en evidencia otra forma de trabajar

---

Gómez Balza.

<sup>10</sup> En este punto es oportuno aludir a los aportes del filósofo colombiano Santiago Castro Gómez (2009). En su trabajo sobre la ciudad de Bogotá entre 1910 y 1930, analiza cómo la *semiótica del progreso* hizo mella en la ciudad ya que, tanto los discursos del urbanismo, la publicidad, el entretenimiento, la higiene y la política ponderaban al *progreso* como el objetivo y fin último de la vida humana. “Tales discursos hacían referencia al *mundo imaginario* de la forma-mercancía (...) que tuvo poderosos *efectos de verdad* a nivel de la formación de subjetividades urbanas” (Castro Gómez, 2009, p. 16). Aquí se consideran los imaginarios como condición de posibilidad de ciertos estilos de vida e identificaciones sociales con determinados artefactos, símbolos y proyectos sociales. Son justamente los efectos de verdad los que producen ciertas subjetividades, prácticas sociales y materialidades sobre las ciudades que Castro Gómez vincula a los imaginarios urbanos ligados a la movilidad y a la velocidad. Por otra parte, en relación con los dispositivos urbanísticos, entendidos como dispositivos culturales, Adrián Gorelik (1998) asocia a la grilla y el parque como herramientas de planificación y construcción urbana, pero también como “soportes (simbólicos y materiales) de intervenciones más abarcales sobre el espacio público o de representaciones de éste, como monumentos o instituciones; artefactos históricos en los que aparecen grabadas ideas en

sobre la ciudad como campo de significaciones donde los imaginarios urbanos no están necesariamente considerados desde la mirada de los habitantes o desde el *corpus* artístico urbano que puedan proveer distintas disciplinas, sino por elementos que aparecen dispersos, por herramientas, artefactos y discursos que permiten visualizar o interpretar algo del imaginario de una época y tiene implicancias materiales, simbólicas, políticas e históricas. La ciudad, entonces, se considera como un entramado complejo compuesto por distintos fragmentos, producto de relaciones sociales, significaciones, materializaciones y artefactos que hacen la textura de lo urbano. En esta perspectiva, muchas veces los estudios sobre imaginarios urbanos se orientan a la elaboración de planes estratégicos, políticas públicas, intervenciones urbanas oficiales y campañas publicitarias. En este punto, también tienen un rol determinante el sector empresarial inmobiliario, constructor y financiero que canalizan flujos económicos hacia el sector inmobiliario. En la historia de las ciudades modernas y contemporáneas, muchas de las problemáticas trabajadas por Harvey (1990) dan cuenta de los procesos de absorción de capital y especulación financiera que inciden en las formas materiales, simbólicas y subjetivas que van transformando a las ciudades, espacios de decisión donde poco interviene la ciudadanía. Sus representaciones tienden a materializarse en obras y monumentos, planos, mapas, planes urbanos y diversos dispositivos culturales que contienen la mirada oficial, donde predomina el imaginario hegemónico o dominante por tratarse de instituciones con poder en los procesos de producción, reproducción y legitimación de significaciones sociales.

La perspectiva de la ciudad concebida trabaja principalmente sobre el *imaginario de la ciudad*. Refiere a la ciudad como objeto de deseos, fantasías, creencias, esperanzas y como el entramado donde se instalan las condiciones de posibilidad para ciertas significaciones. Abarca un corpus heterogéneo como pueden ser los discursos plasmados en planes urbanos y políticas públicas, discursos periodísticos e historiográficos, normativas y archivos judiciales, y aquellos vinculados a la arquitectura y el urbanismo, archivos y fotografías, así como instituciones, museos y espacios que permitan ir repasando ciertas configuraciones urbanas para analizar procesos socioculturales de la construcción de la ciudad desde una mirada histórica y culturalista. Esta es el área de estudios de los imaginarios urbanos menos explorada.

Estos tres modos de considerar la ciudad y los tipos de imaginarios vinculados a ella son simplemente una propuesta para ordenar las principales líneas de investigación en imaginarios urbanos. En gran parte de los trabajos, aunque predomine una de estas modalidades, las interacciones con aspectos de las otras genera un diálogo fecundo entre los rasgos de la ciudad vivida, percibida y concebida<sup>11</sup>.

Tabla 1. Modos de interpretación de los imaginarios urbanos

---

pugna sobre cómo debe ser la esfera pública ciudadana, precisos proyectos culturales y políticos; claves de tradiciones técnicas e ideologías de tan larga data como fuerte imposición presente” (Gorelik, 2010 [1998], p. 19).

<sup>11</sup> Para ilustrar esta afirmación podemos mencionar los artículos de Silva, Boggi, Mora Hernández, Aliaga Sáez, Diz Casal y Gutiérrez Sánchez en la presente compilación.

CIUDAD	IMAGINARIOS URBANOS	PERSPECTIVA DESDE	OBJETIVO GENERAL
<i>Vivida</i>	Imaginario desde la ciudad	Ciudadanos	Analizar perspectivas subjetivas de la ciudad vivida y practicada desde el punto de vista de sus habitantes.
<i>Percibida</i>	Imaginario sobre la ciudad	Expresiones artísticas, literarias, cinematográficas, mediáticas	Indagar las representaciones que se construyen sobre la ciudad desde las diversas expresiones artísticas y mediáticas.
<i>Concebida</i>	Imaginario de la ciudad	Discursos, archivos, fotografías, planes, planos, circuitos turísticos	Analizar procesos socioculturales de la construcción de la ciudad desde una mirada histórica y culturalista, considerando las discursividades políticas, de arquitectura y el urbanismo, periodísticas e historiográficas, entre otras.

Fuente: elaboración propia

La ciudad es, desde este punto de vista, la institucionalización del magma de significaciones sociales dominantes en torno a lo que se desea y se concibe posible como organización espacial y como modalidades de vida urbana y, al mismo tiempo, es el entramado de donde emergen las condiciones de posibilidad para las significaciones instituyentes, donde habitan los sueños y la fuerza creativa que imagina alternativas de vida, formas de organización, espacios y modos de relacionarnos como sociedad urbana. Por esta razón, aproximarnos a la comprensión de un fenómeno urbano desde los imaginarios sociales requiere intersectar la ciudad vivida, percibida y practicada y, al mismo tiempo, relevar las significaciones instituidas e instituyentes que funcionan dinamizando la producción y circulación de sentidos socialmente construidos en torno a lo urbano y a la ciudad.

## ¿QUÉ ENTENDEMOS POR IMAGINARIOS URBANOS?

Los procesos de construcción social de lo urbano se sustentan en el entramado de sentidos que la sociedad ha construido a lo largo de su historia, es a partir de ellos que determina, en cada momento, qué tiene o no valor. Lo imaginario, entonces, remitiría no a lo inventado, fantástico o inexistente, sino a aquella capacidad de crear significaciones y representaciones; es decir, a la facultad del hombre de crear “su” mundo y conferirle sentido (Castoriadis, 2003). Desde esta perspectiva, la potencia de los imaginarios es crear imágenes actuantes que conduzcan procesos y guíen la acción de sujetos individuales y colectivos (Hiernaux, 2007). En el caso de los imaginarios urbanos, estos constituyen un tipo especial de imaginarios sociales porque incluyen el sentido del espacio urbano (Lindón y Hiernaux, 2008) y al incorporarlo marcan de modo decisivo la morfología urbana y las prácticas de los distintos actores sobre el espacio.

Para Armando Silva, la ciudad se va construyendo como objeto simbólico en un proceso de selección y reconocimiento a través de la percepción del sujeto (Silva, 2006). El imaginario implica una manera de sentir y pensar al mismo tiempo que actúa como “fuerza reguladora de la vida social en toda organización urbana” (Silva, 2013, p. 198). Por

tal motivo es, para Silva, una teoría de los sentimientos y de su expresión colectiva. Por otra parte, Néstor García Canclini (2007) sostiene que lo imaginario son elaboraciones simbólicas de lo que observamos, de lo que ocurre, de lo que nos atemoriza o de lo que desearíamos. En relación con el espacio urbano, desde los imaginarios se ha indagado la ciudad como un todo sobre ciertos lugares y fragmentos de la ciudad y sobre prácticas espaciales a través de las que los habitantes *hacen* ciudad (García Canclini, 1998).

Desde la visión antropológica de lo urbano desarrollada por Ariel Gravano, los imaginarios urbanos serían “aquellas representaciones o sistemas de imágenes que referencian al espacio urbano y que se articulan con prácticas” (Gravano, 2012b, p. 13). Para el autor, este tipo de análisis no puede restringirse a las representaciones que los propios actores se hacen de las pujas o contradicciones, sino que ese acercamiento tiene que completarse con el análisis de las “contradicciones históricas de fondo que condicionan y determinan las representaciones” (Gravano, 2013, p. 13), es decir, con lo histórico-estructural de lo urbano.

Por su parte, Mónica Lacarrieu afirma que los imaginarios también son parte de la dinámica que oscila entre los acuerdos y los conflictos y que sirven tanto para consensuar la imagen como para disputarla. “Los imaginarios sociales no se producen en forma plana, sino atravesados por las relaciones de poder y desigualdad social que involucran a los habitantes de las ciudades” (Lacarrieu, 2007, p. 62). Para analizar imaginarios sociales, entonces, es imprescindible reconocer su aspecto procesual. Ello implica analizar el contexto social, político e histórico en el que surgen y, también, las continuidades y discontinuidades del proceso de conformación. Alicia Lindón considera que

Los imaginarios urbanos, como enfoque para estudiar la ciudad, representan una forma de descifrar subjetividades colectivas acerca de la construcción social y permanente de la ciudad y la vida urbana (...) lo cual incluye de manera insoslayable la espacialidad. En otras palabras, una investigación que penetre en los imaginarios urbanos debería relevar la espacialidad imaginada, y constitutiva de la ciudad, y la vida urbana. (Lindón, 2008, p. 46)

A modo de síntesis, postulamos que los imaginarios urbanos son entramados de sentido socialmente construidos en torno a la ciudad como forma material y simbólica específica de organización humana y a lo urbano como modo de vida. Pueden referirse a *la* ciudad como modelo genérico, a *una* ciudad específica o a ciertos espacios, lugares y procesos que acontecen en la ciudad e inciden en la forma de vida que esa sociedad va desarrollando. Constituyen visiones del mundo, maneras de vivir, de sentir, de pensar y de proyectar la ciudad y lo urbano; implican deseos, creencias, valores, mitos, relatos de lo que fue, es y debería ser la ciudad. En tanto construcción social, los imaginarios urbanos son inestables, mutables, flexibles y heterogéneos, pero al mismo tiempo van consolidando sentidos hegemónicos o dominantes que componen la base social, lo común, lo compartido de manera colectiva (aunque no de modo total ni homogéneo) y que refiere a lo que una sociedad va delineando como *su* identidad urbana. En el proceso de significación de lo urbano, los sentidos no se establecen de manera definitiva y aunque sean compartidos por cierta mayoría, siempre es posible hallar *otras* significaciones que disputan el sentido dominante. Se trata de un campo de fuerzas instituyentes que pueden generar alternativas

a lo instituido que, posteriormente, puede o no consolidarse como sentidos instituidos sin que esa concreción los inhabilite a ser indagados como imaginarios urbanos disidentes o contra hegemónicos. Los imaginarios urbanos pertenecen al ámbito de lo afectivo, lo sensorial, lo inconsciente y no de la racionalidad o la lógica, aunque sí del intelecto<sup>12</sup>. Actúan en y a través de los cuerpos, los sentimientos, las percepciones y los sentidos, de los discursos, los objetos y las imágenes. O sea, de las representaciones sociales<sup>13</sup>, a partir de las cuales se despliegan y materializan en el mundo social (Vera, 2016, pp. 147-148). Si bien poseen un gran nivel de abstracción, se tornan “accesibles” o “representables” a través de tres procesos: encarnadura, presentificación y subjetivación.

La *encarnadura*<sup>14</sup> es el proceso de materialización de los imaginarios urbanos a partir de su acoplamiento o inserción en algún objeto, elemento o artefacto. Pueden considerarse aquí los planos, mapas, proyectos urbanos, políticas públicas, documentos, tecnologías, materiales de construcción, modelos arquitectónicos, configuraciones y materializaciones espaciales. Este proceso se caracteriza por el predominio del aspecto discursivo, material y performativo.

La *presentificación* refiere al soporte cultural, social y estético a partir del que los imaginarios son fundidos en producciones que “hablan” de lo urbano. Se trata de poner de manifiesto a la ciudad y pueden abarcar, al menos, dos modos. Uno legitimando y sosteniendo determinados sentidos que se erigen como representaciones de la ciudad, y otro que actúa como fuerza disruptiva del orden social, cultural y urbano predominante. En este punto, se puede hacer referencia a obras artísticas, literatura, fotografía, monumentos, imágenes publicitarias, marketing urbano, campañas turísticas, entre otras expresiones donde predomina el aspecto representacional.

La *subjetivación* alude a los estilos de vida que se despliegan a partir de determinada imaginaria sobre lo urbano. Se vincula con lo sensorial, lo íntimo, lo individual, lo grupal, lo perceptivo y lo corporal, puesto en acto *en y con* la ciudad. Aquí se pueden analizar los eventos deportivos, itinerarios urbanos, consumos, formas de uso y apropiación espacial, formas de movilidad, políticas de salud y medioambiente, estándares de belleza, etcétera. Predomina el aspecto vivencial.

En esta relación dinámica de co-construcción simbólica y material, la ciudad puede ser concebida como representación y materialización de los imaginarios urbanos dominantes,

<sup>12</sup> Lindón e Hiernaux (2007) recuperan de Barthes la idea de que la mediación del intelecto puede ser tanto racional como imaginativa, por eso no hay que adosarle solo la capacidad de racionalización, sino también de fantasear e imaginar.

<sup>13</sup> Las representaciones sociales poseen menor nivel de abstracción que los imaginarios en cuanto tienen objeto y sujeto, están ancladas en algo (presente o ausente) y son más sencillas de identificar, mientras que los imaginarios sociales (Castoriadis, 2003) se refieren a deseos, proyectos, utopías o ensoñaciones; es decir, a supuestos culturales, basamentos de sentido que se manifiestan a través de representaciones (Girola, 2012). Las representaciones sociales “forman parte de la realidad social, contribuyen pues a configurarla y, como parte sustancial de la realidad, producen en ella una serie de efectos específicos. (...) contribuyen a construir el objeto del cual son una representación. Es porque la representación social construye en parte su objeto por lo cual este objeto es, en parte, realmente tal y como aparece a través de su representación social” (Ibáñez, 1988, p. 37).

<sup>14</sup> Este término es empleado por Armando Silva (2006, 2013).

principalmente y de las disputas movilizadas por los imaginarios que buscan trastocar el orden existente.

Podemos asumir que los imaginarios urbanos constituyen el sustrato significativo en el que se gestan los procesos de producción y reproducción (relacionados con los imaginarios instituidos, dominantes y hegemónicos) y de disputa y creación (vinculados con los imaginarios instituyentes) de la ciudad y lo urbano. Estos procesos inciden, a su vez, en los modos subjetivos de apropiación de la ciudad, que son accesibles a partir de las prácticas, los modos de vida y las intervenciones estéticas de diversos grupos sociales. Los imaginarios urbanos son el sedimento invisible y naturalizado, el sostén de las formas de vivir, de las formas de crear y recrear la ciudad. Es decir, de producir y reproducir, de actuar, sentir, soñar y transformar la ciudad.

## HERRAMIENTAS METODOLÓGICAS FRECUENTES Y FUENTES DE INDAGACIÓN DE IU

Una de las dificultades al momento de realizar una investigación sobre imaginarios urbanos estriba en cómo abordarlos, cómo elaborar una estrategia metodológica que nos permita acceder al complejo entramado de sentidos que se tejen de manera dinámica y mutable. Sin pretensión de ofrecer una lista exhaustiva, a continuación presentamos una síntesis de las fuentes, los elementos considerados, las técnicas de recolección de análisis y estrategias metodológicas que hemos ido relevando en las diversas fuentes bibliográficas consultadas para este trabajo. Aquí, se reorganizan en función de las tres miradas predominantes sobre la ciudad: vivida, percibida, concebida, y los procesos a partir de los cuales se pueden tornar accesibles.

Es importante tener presente que para estudiar imaginarios urbanos es necesario componer corpus heterogéneos que permitan multiplicar las asociaciones para recomponer los trayectos de institucionalización de ciertos sentidos y de emergencia de nuevas significaciones. Las fuentes de indagación son variadas y dependerán del objeto y el recorte propuesto en cada investigación, pero podemos trazar algunos rasgos generales. Las fuentes pueden ser primarias, secundarias o una combinación de ambas. Asimismo, se pueden conformar con distintos tipos de representaciones, ya sean discursivas, estéticas, narrativas, gráficas, audiovisuales, materiales, espaciales o referidas a las expresiones, percepciones, emotividades y prácticas urbanas.

Por un lado, tenemos el cuerpo de elementos provenientes de fuentes documentales, hemerográficas, periodísticas o archivísticas, donde el trabajo de análisis discursivo es predominante. Por otra parte, y atendiendo específicamente al campo de los imaginarios urbanos, es necesario recoger fuentes artefactuales, es decir, materiales y objetos donde se pueden relevar estilos, formas de diseño, materiales utilizados, distribución, emplazamientos, público destinatario, formas de interacción que proponen, permiten o prohíben. Los espacios y lugares de la ciudad también resultan una fuente fecunda para indagar distintos aspectos de los imaginarios, así como las fuentes gráficas, audiovisuales y artísticas que funcionan como representación de la ciudad o alguno de sus rasgos y, también,

aquellas que componen fragmentos de la imagen urbana. Para acercarnos a un plano más subjetivo, los actores y acciones pueden resultar una fuente de gran interés. Por último, en muchas investigaciones también resulta ineludible acudir a fuentes estadísticas.

Tabla 2. Fuentes y elementos de composición del corpus

FUENTES	ELEMENTOS
Documentales, hemerográficas, periodísticas, archivísticas	Documentos oficiales, planes, ordenanzas, documentos públicos y/o privados, documentos de la sociedad civil, producción académica, prensa, propagandas, campañas.
Materiales-artefactuales	Construcciones arquitectónicas, monumentos, equipamiento urbano, instalaciones espaciales, tecnologías, inscripciones epigráficas.
Espacios/símbolos	Espacios públicos, museos, distribución y organización espacial, barrios, sitios históricos, sitios turísticos, itinerarios y recorridos, lugares, toponimia, nomenclátor, símbolos, emblemas.
Audiovisuales, gráficas y artísticas	Fotografías/ álbumes, postales, folletería (turística, oficial, comercial, conmemorativa) cinematográficas, documentales, publicidades, señalética y cartelería, mapas y planos. Obras de arte, literatura, arte urbano, <i>graffitis</i> .
Actores/acciones	Personajes, personalidades, anécdotas, percepciones, creencias, subjetividades, modos de apropiación, usos, tácticas, prácticas urbanas, eventos, intervenciones artísticas.
Estadísticas	Estadísticas, censos, encuestas.

Fuente: elaboración propia

Las estrategias metodológicas varían en función de cada investigación. No obstante, presentamos algunas técnicas y herramientas que pueden ajustarse de manera más adecuada al estudio de los imaginarios urbanos desde las distintas perspectivas de *ciudad* planteadas. De este modo, la *ciudad vivida/practicada* requerirá de mecanismos de elaboración de datos sensibles a la percepción y emotividad ciudadana, como así también a las prácticas urbanas que van dejando rastros sobre las significaciones que adquiere la ciudad para ciertos grupos y actores sociales.

Tabla 3. Herramientas metodológicas

CIUDAD/ PROCESO	HERRAMIENTAS METODOLÓGICAS
Ciudad vivida y procesos de subjetivación	Etnografía urbana, talleres de registro, dinámicas grupales, grupos focales, mapeos colectivos, entrevistas, encuestas, análisis de discurso, análisis de imágenes, análisis cualitativo, análisis cuanti-cualitativo.
Ciudad percibida y proceso de presentificación	Crítica cultural, estudios culturales, análisis historiográfico, análisis de discurso, análisis de contenido, semiótica, análisis cualitativo.
Ciudad concebida y proceso de encarnación	Entrevistas, encuestas, análisis documental, análisis historiográfico, análisis de discurso, análisis de contenido, grupos focales, dinámicas grupales, mapeos colectivos, análisis cualitativo, análisis cuanti-cualitativo.

Fuente: elaboración propia

Por otro lado, la *ciudad percibida* puede ser escrutada a partir de las múltiples representaciones estéticas y manifestaciones culturales que versan sobre la ciudad o lo urbano y en ello habrá un predominio de las técnicas cualitativas de análisis e interpretación. Por último, la *ciudad concebida*, como ya hemos mencionado, tiene una impronta material importante; sin embargo, aquí también intervienen los puntos de vista de los técnicos, profesionales, sector inmobiliario y políticos.

## MÚLTIPLES DIMENSIONES DE ANÁLISIS: ENTRAMADOS DE SIGNIFICACIONES IMAGINARIAS URBANAS

Interrogar la ciudad y la vida urbana desde los imaginarios y representaciones sociales implica, necesariamente, componer relaciones a través de múltiples dimensiones. Para ello, recuperamos lo que Castoriadis define como *esquemas de significaciones imaginarias*, que son los que dan entidad de “real” a los modos de vida, a las ideas sobre la ciudad, a los objetos, a las formas en que se hacen las cosas y son, también, los que mantienen unida a la sociedad, ordenando lo que es y no es válido y posible. Si bien coincidimos con la definición de Castoriadis<sup>15</sup>, consideramos más apropiado trabajar con el término *entramados de significaciones imaginarias* que representa mejor la idea de interrelación, de asociaciones y de movilidad inherente al campo de las significaciones.

Para operacionalizar este concepto, en primer lugar, se hizo hincapié en los aspectos que permiten establecer generalizaciones y que son factibles de ser utilizados para estudios de caso, teniendo en cuenta que “cosa, mundo, individuo, pensamiento, significación, son instituciones y sedimentación de instituciones, que, para poder ser y operar, deben ser transportadas por el flujo representativo de los sujetos” (Castoriadis, 2003, p. 281). A través del análisis de los entramados de significaciones, se puede indagar cómo una sociedad se refiere a sí misma y a otras, cómo representa su pasado, su presente y su futuro, cuáles son los objetos y artefactos a los que le otorga más valor. Entonces, organizamos este esquema conceptual contemplando diversas dimensiones<sup>16</sup> en donde consideramos que habitan, actúan y se retroalimentan los imaginarios urbanos.

La *dimensión identitaria* busca recuperar la idea de *identidad social* entendida como “la producción de sentido de una atribución recurrente y constante entre y hacia actores

<sup>15</sup> “La institución del mundo común es necesariamente en cada momento institución de lo que es y no es, de lo que vale y no vale, así como de lo que es factible o lo que no lo es, tanto ‘fuera’ de la sociedad como ‘dentro’ de ella. En tanto tal, debe necesariamente ser para la sociedad también ‘presencia’ del no ser, de lo falso, de lo ficticio, de lo simplemente posible, pero no efectivo. Mediante la sinergia de todos estos *esquemas de significación* es como se constituye la realidad para una ‘sociedad’ dada” (Castoriadis, 2003, p. 330).

<sup>16</sup> Un primer avance y utilización de esta matriz se ha realizado en la tesis doctoral Vera (2014). Cada una de las dimensiones aquí esbozadas requieren un trabajo teórico conceptual mayor que excede las posibilidades de este capítulo. Aún en estado embrionario, tienen el objetivo de funcionar como marco organizativo y propositivo, ya que pueden ser de utilidad para pensar herramientas conceptuales y metodológicas para el estudio de los imaginarios urbanos. Consideramos que cada investigación necesitará reformularlas teóricamente para adecuarlas a los respectivos marcos teóricos.

sociales” (Gravano, 2003, p. 86). En tanto atribución de sentido, una identidad se configura, según Gravano, a través de una operación de dos polos que, en una dimensión lógico-conceptual, actúan como contrarios en unidad: *conjunción* (significado que se junta con otro significado) y *disjunción* (significado que se diferencia de otro significado), dentro de las contradicciones estructurales de la praxis social en la constitución de la conciencia social (2003, p. 87). Una sociedad cuenta con *fronteras de sentido* que le permiten distinguirse o definirse a partir de la relación que establece con *otras* (Cristiano, 2009).

Para definir la *identidad urbana*, entonces, una sociedad puede recurrir al menos a cuatro estrategias. La *estrategia de imitación*, que consiste en seleccionar las ciudades a las cuales se quiere “copiar”, sobre las cuales se construyen las imágenes ideales, aquellas que representan los sueños y los deseos de la sociedad a la cual se aspira. Esto puede generarse por distintos factores y analizarlos arrojará información significativa sobre lo que vale y no vale para la sociedad en cuestión. Por ejemplo, si el factor que define es lo económico, lo artístico o las innovaciones tecnológicas, por mencionar solo algunos. Cada uno de los distintos aspectos que son considerados para establecer esos vínculos de identificación funcionan como una especie de espejo que delinearán también lo que esa sociedad cree y anhela. En segundo término, se encuentra la *estrategia de distanciamiento* a través de la cual las sociedades —esa sociedad— buscan “anular” simbólicamente a aquellas sociedades a las que simplemente ignoran por no considerarlas ni fuente de inspiración ni detracción. No se establecen puntos de contacto, ni de identificación, ni de *competencia*. Son aquellas ciudades que ni se nombran, siendo esta una forma de subestimación que también encierra un campo de sentidos factibles de indagación. En tercer lugar, se encuentra la *estrategia de competencia*, que es quizás la estrategia que más evidencia las similitudes entre distintas sociedades. Esas similitudes incitan a la competencia porque se busca incrementar una diferenciación para evitar ser asemejada o incluso confundida con esa *otra* ciudad. A través de esta estrategia se disputan campos de significación donde las sociedades se identifican. Son aquellas sociedades urbanas que se instalan como los fantasmas de la identidad propia, esas sombras que pueden poner en duda o desvirtuar la imagen y las representaciones de sí misma que una sociedad busca comunicar tanto hacia su interior como hacia el exterior. Por último, es posible señalar la *estrategia de reprobación*, que sería la contracara de la estrategia de imitación. Estaría orientada a establecer el modelo negativo, aquello que se nombra no para tomar distancia o imitar sino como ejemplo de lo que no se quiere para esa sociedad.

A partir de estas estrategias, se va configurando la propia imagen; es decir, la *autodefinición* o *autorepresentación*. Las *estrategias de identificación* resultan un elemento muy enriquecedor para abordar los procesos identitarios de las sociedades urbanas. En ellas es posible relevar y analizar imaginarios urbanos conformados por espejos, fantasmas e innombrables, donde se representan no solo las relaciones con otras sociedades, sino las definiciones sobre la propia identidad urbana. Aquí radica la importancia de estas categorías que pretenden contribuir en la investigación de los procesos de construcción de las ciudades.

Con la *dimensión simbólica*<sup>17</sup> nos referimos al repertorio de símbolos que una sociedad sistematiza para crear y proyectar una imagen de sí misma (García Canclini, 2007, p.

<sup>17</sup> La inclusión de esta dimensión se la debo a los comentarios y aportes realizados por Ariel Gravano durante el I Workshop Internacional de la RIIR.

101). Aquí podríamos distinguir aportes provenientes de la psicología, la semiología y la antropología. Acudimos a las palabras de Geertz para señalar que: “La cultura denota un esquema históricamente transmitido de significaciones representadas en símbolos, un sistema de concepciones heredadas y expresadas en formas simbólicas por medio de los cuales los hombres comunican, perpetúan y desarrollan su conocimiento y sus actitudes frente a la vida” (Geertz, 1987, p. 88). En relación con el estudio de lo simbólico y significacional en la ciudad, Antonio Ontañón Peredo (2005) denominó organización simbólica al “entramado de símbolos por medio de los que la ciudad expone su pasado y la cultura a la que pertenecen sus habitantes” (2005, p. 47). Este entramado es considerado como una estructura ordenada y deliberada que permite rastrear tensiones entre el poder político, económico y ciudadano. Las fuentes significativas de esta dimensión se componen, entre otras, de monumentos, esculturas y arte urbano<sup>18</sup>, nomenclátor, arquitectura, patrimonio<sup>19</sup> y las transformaciones en la imagen urbana.

La *dimensión espacio-temporal*<sup>20</sup> implica las representaciones de espacialidad y las representaciones de la temporalidad que han sido divididas a fines operativos. En cuanto a la *espacialidad*, definimos como instancias posibles de indagación las representaciones espaciales vinculadas a las posiciones, formaciones, itinerarios y recorridos, propiedad, escalas y funcionalidad. Hacia el interior de cada categoría, es posible indagar aspectos materiales y simbólicos. La combinación de ambos ejes de análisis brinda materiales importantes para la comprensión de las representaciones e imaginarios de lo urbano. En el caso de las *posiciones* (arriba/abajo/delante/atrás), se puede realizar una lectura espacial de su dimensión física y organizativa en relación con el entorno inmediato y el conjunto de la ciudad. Pero también es posible realizar un abordaje simbólico como lo plantean Silva (1992) y Gravano (2003, 2013). Es decir, el *atrás* en el imaginario urbano estaría más vinculado al estigma y a una relación de oposición con su centro (simbólico) que el *delante*, que refiere a la vitrina (Silva, 1992), al centro identitario y referencial (Gravano, 2013, p. 112). *Atrases* y *delantes* son dos de las categorías que emplea Gravano (2005, 2013) para indagar los imaginarios del espacio vivido. Los *delantes* urbanos se refieren a las vitrinas públicas, los centros identitarios, al ámbito de lo utópico, al campo referencial y simbólico de una dimensión significativa. Por otra parte, los *atrases* de la ciudad hacen referencia a lo opuesto del delante; es decir, aquello que se quiere ocultar, sobre lo que recaen las estigmatizaciones. Ambas categorías funcionan como imágenes vigorosas que generan fortalezas y debilidades que son dinamizadoras del imaginario social sobre la ciudad que no está exento de contradicciones. Las *formaciones* (fronteras/redes/senderos) (Lynch 1969; Silva, 1992; Dupuy, 1998), los *itinerarios* y *recorridos* propuestos e incentivados, tanto oficialmente como los practicados socialmente, significaciones vinculadas a la *propiedad* (lo público, lo privado, lo comunitario); las *escalas* referidas, por un lado a lo micro/mezzo/

<sup>18</sup> Un claro ejemplo del posible despliegue de esta categoría, se puede analizar en el artículo de Gómez Balza.

<sup>19</sup> Como se puede apreciar en los estudios de Ana Silva y Mercedes Bracco y Soledad Laborde que componen este libro.

<sup>20</sup> Para profundizar en esta dimensión se puede acudir a Castro Nogueira, Luis (1997), *La risa del espacio. El imaginario espacio-temporal en la cultura contemporánea: una reflexión sociológica*, Madrid: Ed. Tecnos.

macro y, por otro, a lo barrial/local/regional/nacional/global; a la *funcionalidad espacial* relacionada tanto a las estrategias oficiales de orientación de usos y prácticas sociales como a las tácticas ciudadanas de apropiación espacial (circulación, movilidad, trabajo, intercambio, encierro, esparcimiento). Por otro lado, las composiciones relacionadas a la *ubicación* (centro, periferia, suburbio)<sup>21</sup>. Y, por último, las representaciones *topofilicas*, referidas a los gustos y aspectos positivos vinculados a un lugar, y las representaciones *topofóbicas*, vinculadas al rechazo y desagrado (Lindón y Hiernaux, 2007, pp. 164-165). Los espacios, en tanto construcciones imaginarias, recubren de metáforas, símbolos e imaginarios a los territorios, delinear lugares y dan sentido a las prácticas sociales, objetos y ritmos. Estos rasgos permiten establecer asociaciones con el imaginario instituido en cada época, junto a los deseos, las esperanzas y las creencias que los componen.

Por otra parte, las sociedades instituyen significaciones imaginarias en torno a la *temporalidad*, estableciendo no solo qué es el tiempo para ellas, sino también cómo instauran esa coordinada organizadora de las actividades humanas. Es decir, las formas en que se percibe el tiempo y las significaciones que adquieren el pasado, el presente y el futuro también determinan los ritmos urbanos y sociales, las prácticas sociales y las subjetividades<sup>22</sup>. Como campo de significaciones, la ciudad es extensa, densa e inabarcable en forma completa porque está compuesta por innumerables estratos de sentidos y significados a partir de los cuales pueden leerse, como en un *palimpsesto*<sup>23</sup>, huellas del pasado que han marcado los caminos y las formas de construcción de la ciudad. Si bien existe una idea extendida respecto a que lo imaginario estaría más vinculado al futuro como contexto temporal, consideramos que las construcciones y evocaciones sobre el pasado y el presente también se apoyan en componentes imaginarios. El pasado y el presente son, también, representaciones temporales de los imaginarios urbanos porque en ellos siempre se están conjugando las utopías y las memorias. La convivencia de estos períodos diversos en la actualidad genera una *heterogeneidad multitemporal* en la que ocurren procesos de hibridación, conflictos y transacciones interculturales muy densas (García Canclini, 1995). Dentro de las representaciones temporales, es posible indagar cierta durabilidad de las huellas o marcas urbanas. Así, podemos encontrar huellas-marcas de *fugacidad*, huellas-marcas *efímeras* y huellas-marcas *permanentes* a través de rituales cotidianos, prácticas individuales y grupales sobre el espacio público, movilizaciones políticas, intervenciones y fiestas (Lindón, Hiernaux, 2007, p. 165).

La *dimensión material* abarcaría las formas, objetos, diseños y materiales de construcción y equipamientos. Los artefactos y las relaciones que una sociedad tiene con ellos en cada momento arrojarán información sobre lo que esas tecnologías significan para esa sociedad, cómo participan de la construcción de esa identidad urbana y cómo se vinculan con las nociones de tiempo y espacio imperantes en esa cultura. Distinguimos, entonces,

<sup>21</sup> Sobre estas construcciones, se sugiere indagar el artículo de Agüero y Perelman incluido en este libro.

<sup>22</sup> El artículo de Alicia Lindón en este libro: "Imaginarios urbanos de la espera, temporalidades y territorializaciones", da cuenta de esta categoría y su intersección con la espacialidad, las practicas urbanas y las subjetividades.

<sup>23</sup> Esta metáfora, para referir a la ciudad, es empleada por numerosos autores de diversas disciplinas. Entre ellos Michel de Certeau (1979), André Corboz, (2004 [1983]) y Ariel Gravano (1999).

los *artefactos simbólicos-identitarios* que remiten a los elementos materiales con una impronta simbólica significativa para ser indagada. Por ejemplo, los monumentos, nomenclaturas o algún artefacto en particular que nos permitiría interpretar algo de la cultura urbana, como los relojes públicos (Vera, 2013). No solo refieren a objetos, sino a técnicas y modos de hacer. Y los *artefactos técnico-científicos*, que aluden, por ejemplo, a los mapas, planos (Cicutti, 2012), estadísticas o censos (Roldán, 2013). Elementos que se sostienen en el paradigma científico e inciden sobre las formas de representar la ciudad, al tiempo que son en sí mismos representaciones y construcciones de esa sociedad urbana y, por lo tanto, constituyen elementos de expresión de la imaginaria colectiva.

La *dimensión emocional* abarca las formas de sentir que una sociedad avala en cierto momento en asociación a múltiples cosas. Estos dispositivos emocionales refieren a lo individual subjetivo y también a lo colectivo en relación con: los sentimientos, creencias, emociones, deseos, esperanzas, miedos, sensaciones, afectaciones, percepciones y recuerdos que subyacen en los procesos de construcción social de la ciudad<sup>24</sup>. Expresa lo que vale y lo que no vale, lo que resulta bueno o malo, las aspiraciones, opiniones y esperanzas que motivan las acciones sociales. Estos dispositivos emocionales están implicados en los discursos, las representaciones, las materialidades y las prácticas de esa sociedad. Son los aspectos emocionales que, además de cohesionar una sociedad, componen las estructuras de sentido, participando en cualquier proceso de subjetivación. También se involucran aquí las *estructuras de sentimiento*, definidas por Raymond Williams (2003) en alusión al nivel de sentido colectivo que actúa ligando a una sociedad. Por esta razón resultan aspectos fundamentales para analizar y comprender las construcciones sociales y colectivas.

La *dimensión social* contempla ciertas cuestiones estructurales de la sociedad. Además de ser significaciones sociales instituidas de lo imaginario social, en muchos casos se erigen como instituciones materiales que definen lo correcto e incorrecto, o sea, las reglas, las normas sociales; las jerarquías sociales que definen las estructuras de esa sociedad; los dispositivos, valores morales, modos de sociabilidad, grupos o relaciones sociales que definen los modos de vida compartidos en la ciudad. Estos modos de vida determinan, entre otras cosas, las actividades permitidas y prohibidas, valoradas o menospreciadas, las *prácticas sociales* —colectivas e individuales—, el ocio, el esparcimiento, el trabajo, el deporte y las actividades culturales que serán respetadas, avaladas y promovidas por esa sociedad o, por el contrario, inhibidas o vedadas. A partir de estas dimensiones de lo social se efectivizan las estrategias de gubernamentalidad, en términos de Foucault, que también configuran ciertas subjetividades. Funcionan como el andamiaje de regulación social y en ellas también es posible —y necesario— indagar imaginarios sociales que definen a una sociedad en un momento dado. Al mismo tiempo, es posible rastrear en ellas tácticas y estrategias en el sentido que lo plantea De Certeau (1989) y que también desarrolla García Canclini (1997) en su investigación sobre los imaginarios de los viajeros en la ciudad de México.

Tabla 4. Entramados de significaciones imaginarias sociales urbanas

<sup>24</sup> Por ejemplo, el estudio de los miedos urbanos en los artículos de Solsona y Guzmán Sandoval en este libro.

ENTRAMADOS DE SIGNIFICACIONES IMAGINARIAS SOCIALES URBANOS	
Dimensión identitaria	Imitación Distanciamiento Competencia Reprobación Autodefinición
Dimensión simbólica	Monumentos Nomenclátor Planos Imagen urbana Arquitectura Patrimonio urbano Esculturas y arte urbano Emblemas, símbolos
Dimensión espacio-temporal Representaciones de la temporalidad	Ritmos urbanos Ritmos sociales Significación del pasado Significaciones del presente Significaciones del futuro Huellas-marcas de fugacidad Huellas-marcas efímeras Huellas-marcas permanentes
Dimensión espacio-temporal Representaciones de la espacialidad	Posiciones: arriba/abajo/delante/atrás Formación: fronteras/redes/senderos Topofilia Topofobia Itinerarios-recorridos Propiedad: público/privado/comunitario Escalas: micro/mezzo/macro barrial/local/regional/nacional/global Funcionalidad: movilidad/trabajo/ intercambio/ encierro/esparcimiento Ubicaciones: centro/periferia/suburbios
Dimensión material	Artefactos simbólicos-identitarios Artefactos técnico-científicos Equipamientos urbanos Materiales de construcción Formas y diseños
Dimensión emocional	Sentimientos Creencias Emociones Deseos Esperanzas Miedos Sensaciones Afectaciones Percepciones Recuerdos

ENTRAMADOS DE SIGNIFICACIONES IMAGINARIAS SOCIALES URBANOS	
Dimensión social	Dispositivos sociales Instituciones Normas sociales Valores morales Jerarquías sociales Grupos sociales Relaciones sociales Prácticas sociales Modos de vida

Fuente: elaboración propia (Vera, 2014)

Esta propuesta de aproximación a los imaginarios urbanos no implica que para realizar una indagación sea necesario poner en juego todas las dimensiones y aspectos expuestos aquí. De todas maneras, “los datos adquieren sentido colocados en una red” (García Canclini, 1997, p. 140). Es decir, que a medida que incorporemos mayor cantidad y variedad de componentes, las asociaciones que podamos establecer serán más significativas y el trabajo analítico e interpretativo adquirirá densidad.

#### DOS CARACTERÍSTICAS DE LOS IMAGINARIOS SOCIALES ENFOCADAS A LO URBANO

Las significaciones sociales imaginarias, en tanto entramado, marco y condiciones de posibilidad de lo social, poseen ciertas características que permiten comprender su funcionamiento en los mecanismos de co-construcción simbólica y material de las sociedades. Entre ellas se destacan lo *instituido* y lo *instituyente* (Castoriadis, 2000, 2003), que trata principalmente de las formas de hacer de las significaciones imaginarias, los mecanismos mediante los cuales la sociedad crea, recrea, transforma e institucionaliza ciertos sentidos.

En principio, se considera que lo imaginario *instituido*<sup>25</sup> es el entramado de sentidos a partir del cual una sociedad, en un momento determinado, crea y ordena la realidad, su realidad, su mundo. Es lo que cohesiona, une y da entidad a esa sociedad. Estas significaciones instituidas son las que exhiben huellas más tangibles. Las funciones que posee lo imaginario instituido radican principalmente en *mantener* y *justificar* el orden social existente. Esto se realiza a través de ciertas operaciones, entre las que se destacan tres: la *legitimación*, con la cual se explica y se justifica la realidad social mediante discursos que además de dar sentido a esa realidad se presentan como un cuerpo de representaciones coherentes, cerradas y convincentes; otra de las operaciones es la *integración*, que orienta conductas, empleando para ello las normas, valores y creencias sociales que determinan lo que está permitido, lo que es esperado y lo que está prohibido en la acción social que, en este marco, resultan también acciones simbólicas por ser humanas y por estar dentro de

<sup>25</sup> Castoriadis sostiene que “tanto las significaciones imaginarias sociales como las instituciones, una vez creadas, se cristalizan o se solidifican, y a esto lo llamo lo imaginario social instituido. Imaginario que asegura la continuidad de la sociedad, la reproducción y la repetición de las mismas formas, que en lo sucesivo regulan la vida de los hombres y que permanecen hasta que un cambio histórico lento o una nueva creación masiva viene a modificarlas o a reemplazarlas radicalmente por otras” (2000, p. 95).

entramados de significación. Por último, se encuentra el *consenso*, que define los acuerdos sociales tendientes a custodiar y conservar el orden social (Cabrera, 2011).

Sin embargo, la estabilidad en la sociedad no es más que algo circunstancial y temporal, por lo cual, como contraparte y complemento de lo instituido, se encuentra lo *instituyente*<sup>26</sup>, que son las fuerzas movilizadoras y portadoras del cambio social. Lo imaginario instituyente es aquello que crea nuevas significaciones sociales, siendo lo nuevo que viene a disputar sentidos con lo instituido. De estas disputas muchas veces lo imaginario instituyente termina fijándose, instalándose en la sociedad, transformándose así en lo imaginario instituido con todo su campo de representaciones, creencias, afectos e instituciones. Lo imaginario instituyente *crea e instituye* nuevas significaciones sociales porque también es su función *questionar* el orden social establecido.

En relación con las problemáticas urbanas, podríamos decir que los imaginarios urbanos instituidos comprenden aquellas ideas, creencias, deseos y acciones orientadas a construir y consolidar, por un lado, cierta morfología y, por otro, determinado modo de vida. Ambos conformarían el modelo urbano. En la actualidad se observa que este imaginario urbano tiene una fuerte impronta global delineada por experiencias internacionales que se presentifican y encarnan a escala local imprimiendo los matices propios de cada sociedad urbana. Este imaginario urbano de escala macro interactúa con el imaginario urbano local, en el que es posible rastrear las significaciones que vienen dando forma al imaginario urbano hegemónico. En este sentido, las estrategias de identificación, las dimensiones temporal y espacial, son fundamentales para recomponer las condiciones de posibilidad para que ciertos imaginarios urbanos de escala macro (global y regional) sean legitimados y desplegados a través de los imaginarios urbanos locales. Estos imaginarios urbanos, también denominados dominantes o hegemónicos, impulsan la acción y es a través de ella que se mantienen y se permean en múltiples aspectos la vida social y la materialidad de la ciudad. A modo de ejemplo, se pueden considerar los fenómenos generados por los procesos de turistificación, patrimonialización y museificación que se asientan en discursos de competitividad urbana a escala global, pero tienen efectos concretos en la materialidad y la construcción y resignificación simbólica local a partir de políticas y acciones de embellecimiento estratégico. En esta dirección también se pueden contemplar las matrices de sentido que articulan lo tecnológico urbano a partir de los modelos de ciudad digital, ciudad inteligente, ciudad innovadora, entre otras.

Por otro lado, vemos que las posibilidades de emergencia de lo instituyente tienen una articulación más profunda con lo local y contextual o situacional. Las condiciones sociales, políticas, históricas, culturales y económicas que contextualizan, potencian y oprimen, es decir, que configuran las condiciones de posibilidad para la transformación de algún aspecto de la vida urbana. En los *imaginarios urbanos instituyentes* radica la potencia del cambio, de la transformación de las condiciones urbanas existentes. Son ideas, esperanzas, creencias, entramados de sentido que imaginan un modo de vida, organi-

<sup>26</sup> En la fuerza instituyente, Castoriadis deposita la potencia del cambio social y a partir de este concepto desarrolla sus ideas más políticas sobre la autonomía del sujeto. Si bien este tema no se trabajará en esta tesis, se puede profundizar sobre ello en sus obras *El mundo fragmentado* (1997), *Figuras de lo pensable* (1999) y *Ciudadanos sin brújula* (2000), entre otros trabajos.

zación y morfología urbana diferente a la existente. En algunos casos se transforman en los imaginarios urbanos dominantes del futuro. En este marco podríamos analizar, por ejemplo, las ideas de lo sostenible o sustentable que emergen de una matriz de corte ecologista anticapitalista y han sido incorporados a las agendas internacionales para promover modelos de ciudad específicos. Otro caso es el paradigma emergente de “lo común” que tiene epicentro en Barcelona y que recupera las experiencias políticas latinoamericanas del Buen Vivir. Por último, podemos mencionar las disputas de sentido que se están impulsando desde los movimientos feministas en todo el mundo y que pueden tener implicancias concretas en el devenir de las ciudades contemporáneas.

Un error recurrente en los estudios de imaginarios urbanos es asimilar los imaginarios urbanos instituidos o dominantes al sector de poder político y profesional, es decir a la *ciudad concebida*. La efectividad de los imaginarios urbanos hegemónicos radica justamente en que son también, y principalmente, los ciudadanos quienes legitiman, mantienen y actúan en pos de ese entramado de sentidos sobre la ciudad. Las significaciones instituidas e instituyentes coexisten en la ciudad porque la contradicción, la disputa existe siempre pero no siempre con la misma intensidad. Y este campo de fuerzas dinámico es objeto por excelencia para el estudio desde los imaginarios urbanos. Sin embargo, esto reviste de una gran dificultad, dado que indagar lo instituido implica un trabajo de reflexividad profundo porque, al estar naturalizado, está incluso más invisibilizado que lo instituyente que, al presentarse como alternativo tiene, por esta razón, una fuerza disruptiva que lo hace expresarse como elemento emergente.

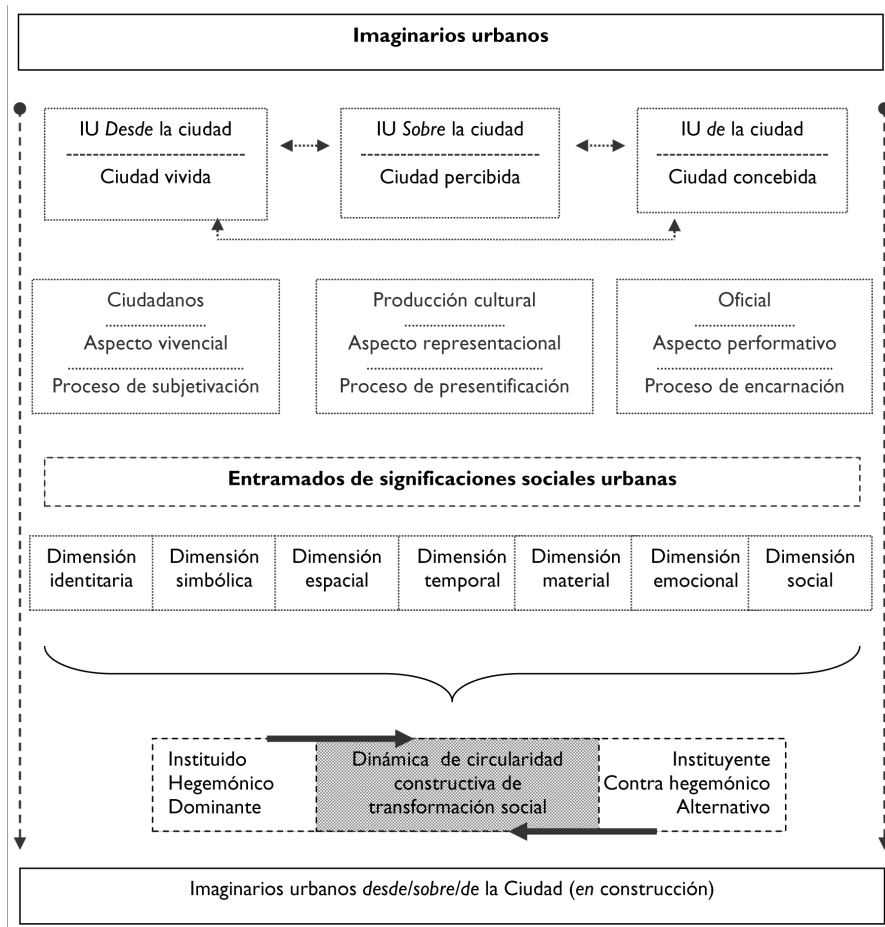
El rastreo de imaginarios urbanos que podemos considerar hegemónicos y dominantes plasmados en las narrativas políticas y documentos públicos permite indagar qué modelo de ciudad predomina, qué se aspira y hacia donde se orientan las estrategias performativas tanto de la materialidad de la ciudad como de las subjetividades y corporalidades urbanas. Este material es necesario si queremos comprender de manera integral la matriz de sentidos impregnada en cada ciudad. Por otra parte, este tipo de análisis también concede elementos para indagar los imaginarios urbanos de los ciudadanos y al poner en relación estas dimensiones podremos pensar instancias de intervención, activación de la creatividad, de lo instituyente, propiciar cierto tipo de encuentros que disparen las disputas de sentido sobre lo urbano.

La ciudad imaginada se relaciona con distintos puntos de vista y es por ello que puede o no haber coincidencia entre el punto de vista de los poderes oficiales y el de los ciudadanos. Sin embargo, en general hay concordancia porque, siguiendo la teoría de Castoriadis, la matriz de sentidos sobre la que se despliega la vida social y su componente instituido y dominante es transversal a distintos actores.

## SÍNTESIS

Los imaginarios urbanos actúan o se configuran como condiciones de posibilidad de ciertos estilos de vida e identificaciones sociales con determinados artefactos, símbolos y proyectos sociales. A continuación presentamos el diagrama 1, en donde se puede observar una síntesis de los conceptos trabajados y las relaciones posibles entre ellos.

Figura 1. Imaginarios urbanos



Fuente: elaboración propia.

Para indagar los imaginarios urbanos, más allá del recorte particular de cada investigación, sería propicio intentar poner en relación los distintos tipos de ciudad y los diversos puntos de vista desde donde se pueden abordar las significaciones imaginarias. Esto permitirá establecer relaciones entre los procesos de encarnación, subjetivación y presentificación a través de los cuales se expresan, por decirlo de algún modo, los imaginarios urbanos. Es preciso analizar cómo se deslizan sentidos, significantes, significados e imágenes entre distintos elementos a partir de operaciones retóricas y simbólicas. En diversos fenómenos urbanos podemos rastrear, por ejemplo, discursos globales que se *encarnan* localmente a través de políticas públicas, programas, espacios y estos son *presentificados*, monumentalizados y dispuestos a través de equipamientos urbanos. Pero también implicados en las *subjetividades* a través de las prácticas y modos de vida urbana. Se trata, entonces, de desmontar, decodificar lo naturalizado en el sentido común compartido socialmente.

Este abordaje transversal nos habilitará una serie compleja de relaciones que podremos hacer más densa y compleja en la medida en que incorporemos más variables. Esas variables están presentadas aquí en siete dimensiones que nos permitirán desagregar los *entramados de significaciones sociales imaginarias*. Al mismo tiempo, recomponer y analizar esta trama de sentidos, materialidades, afectos y subjetividades, posibilita la indagación de significaciones instituidas e instituyentes a partir de las cuales se dinamiza el proceso social de construcción de los imaginarios urbanos. Las huellas a partir de las que rastreamos las asociaciones de significaciones que nos permiten dar cuenta de *lo imaginario* tienen sentido justamente en esa puesta en tensión, en las vinculaciones que podamos hacer. Las representaciones sociales aisladas y por sí mismas no nos arrojarán información relevante sobre lo imaginario como proceso social de construcción de sentido.

## ALGUNAS REFLEXIONES FINALES

Me interesaría esbozar algunas reflexiones en relación con ciertas críticas que han sido realizadas al enfoque de los imaginarios urbanos, muchas de ellas trabajadas con agudeza por Ariel Gravano en el presente libro: *Ciudades (in)descifrables. Imaginarios y representaciones sociales de lo urbano*.

El primer punto refiere a la especificidad de lo *urbano*. En tal sentido Alicia Lindón (2008) advierte que ha sido usual considerar imaginario urbano a cualquier construcción subjetiva relacionada con cualquier fenómeno de la ciudad, sin considerar que “lo urbano” requiere un tratamiento específico en tanto problemática que lo distingue de cualquier fenómeno social localizado en la ciudad, lo que genera reducirla a un mero contexto o escenario.

Otro punto que queremos destacar es que en muchos casos, principalmente en los estudios que se enfocan en el punto de vista de los ciudadanos, se cae en una recopilación de anécdotas más que en un análisis riguroso de los sentidos involucrados. Esto resulta, desde mi perspectiva, un efecto de la falta de asociaciones con otras dimensiones y fuentes de análisis que permitan recomponer aspectos más estructurales de las condiciones de posibilidad de existencia, primacía o disidencia de esos sentidos urbanos.

También es habitual que los estudios de imaginarios urbanos profundicen en el estudio de ciudades que son las capitales o las de mayor tamaño. Esta concentración no hace más que funcionar como analogía de la concentración urbana que nos conduce a desatender fenómenos y procesos urbanos que se dan en otras escalas. En este sentido, el conjunto de trabajos desarrollados por Gravano, Silvia Boggi y Ana Silva, como se demuestra en este libro, es muy relevante, porque trabajan sobre ciudades intermedias, abriendo allí un terreno fecundo para futuras investigaciones.

El último punto que me interesa destacar se relaciona con las observaciones de Adrián Gorelik (2004) y Manuel Delgado (2013) quienes sostienen que la falta de precisión al trabajar con este término ha conducido, incluso, a transformar los estudios de imaginarios urbanos en herramientas del poder político, el marketing y la tecnocracia. Esta afirmación es, en parte, cierta. Sin embargo el mayor problema no es conceptual, sino los intereses y relaciones de poder que subyacen a la situación que denuncian. Es decir, no se puede

atribuir a la falta de precisión teórica el surgimiento de este tipo de prácticas investigativas sino, en todo caso esto se debe a los intereses particulares –económicos y políticos– de quienes orientan las investigaciones sobre imaginarios urbanos en esa dirección.

La potencia que tienen los estudios de los imaginarios urbanos para la planificación y gestión urbana no es una novedad; sin embargo, esto no implica que todas las experiencias de trabajo con/desde los imaginarios urbanos se pongan al servicio del poder de turno. Lo cierto es que las investigaciones en imaginarios urbanos pueden contribuir tanto a las estrategias de marketing y poder político como a los procesos de participación, emancipación y empoderamiento ciudadano, al trabajo de movimientos sociales urbanos y los procesos de disputa y conflicto detonados por problemáticas urbanas neoliberales como la especulación inmobiliaria, la gentrificación y privatización de espacios públicos justamente porque aportan un análisis crítico sobre los procesos de producción de sentido, al intentar desmontar los sentidos comunes establecidos. En los últimos años se pueden observar procesos políticos en Latinoamérica, Estados Unidos y Europa, donde la imaginación urbana resulta una nueva apuesta política que viene a disputar los sentidos instituidos y habilita, a través de diversas herramientas, la imaginación colectiva de la ciudad y de nuevas formas de vida urbana.

La imaginación es performativa porque nos impulsa a vivir y significar el mundo de cierta manera y, en ese sentido, trabajar con imaginarios urbanos es también una apuesta intelectual y política. Ya sea desde el análisis crítico de los imaginarios instituidos que nos habitan y que actúan a través de nosotros a medida que los reproducimos, o de la identificación de imaginarios instituyentes que pujan por torcer las relaciones de fuerza y poder establecidas en la ciudad. Las investigaciones sobre imaginarios urbanos tienen una potencia excepcional para entender la vida social y desplegar estrategias que contribuyan a ofrecer soluciones posibles y transformadoras. Si los insumos de nuestras investigaciones tienen impacto social y político, será por la dirección hacia donde orientemos nuestro trabajo. En esa decisión radica la posibilidad e intencionalidad de cada uno de nosotros y también nuestra responsabilidad.

## REFERENCIAS

- Bailly, A. (1989). Lo imaginario espacial y la geografía. En defensa de la geografía de las representaciones. *Anales de Geografía de la Universidad Complutense*, 9, 11-19.
- Berger, P. y Luckmann, T. (2008 [1968]). *La construcción social de la realidad*. Buenos Aires: Amorrortu.
- Belinsky, J. (2007). *Lo imaginario: un estudio*. Buenos Aires: Nueva Visión.
- Cabrera, D. (2011) *Comunicación y cultura como ensoñación social*. Madrid: Fragua
- Cicutti, B. (2012). (Comp.). *La cartografía como objeto de cultura. Materiales para su discusión*. Buenos Aires: Nobuko.
- Cristiano, J. (2009). *Lo social como institución imaginaria. Castoriadis y la teoría sociológica*. Villa María: EDUVIM.
- De Certeau, M. (2007). *La invención de lo cotidiano. 1 Artes de hacer*. México: Universidad Iberoamericana.

- Dupuy, G. (1998). *El urbanismo de las redes. Teorías y métodos*. Barcelona: Oikos-Tau.
- García Canclini, N. (1991). *Culturas híbridas. Estrategias para entrar y salir de la modernidad*. México: Conaculta/Alianza.
- García Canclini, N. (2007 [1997]). *Imaginarios urbanos*. Buenos Aires: Eudeba.
- García Canclini, N. (1998) (Coord.). *Cultura y comunicación en México*. México: Grijalbo-UAM.
- Geertz, C. (1987). *La interpretación de las culturas*. Barcelona: Gedisa.
- Gorelik, A. (2004). *Miradas sobre Buenos Aires. Historia cultural y crítica urbana*. Buenos Aires: Siglo XXI.
- Gorelik, A. (2010). *La grilla y el parque. Espacio público y cultura urbana en Buenos Aires, 1887-1936*. Buenos Aires: Ed. Universidad Nacional de Quilmes.
- Gravano, A. (2003). *Antropología de lo barrial*. Buenos Aires: Espacio Editorial.
- Gravano, A. (2011). Senderos paralelos y atajos oblicuos. *Iluminuras*, Porto Alegre, 12(28), 4-17.
- Gravano, A. (2012a). Imaginarios urbanos, planificación y participación institucional en la ciudad media: entre arcos y flechas. *I+A Investigación +Acción*, 14, 87-110.
- Gravano, A. (2012b). Imaginarios urbanos y facilitación organizacional: estudio comparativo de casos. *Publicar en Antropología y Ciencia Social*, 11, 11-31.
- Gravano, A. (2013). *Antropología de lo urbano*. Tandil: Universidad Nacional del Centro de la Provincia de Buenos Aires.
- Gravano, A. (Comp.) (2005). *Imaginarios sociales de la ciudad media. Emblemas, fragmentaciones y otredades urbanas*. Tandil: Universidad Nacional del Centro de la Provincia de Buenos Aires.
- Greene, R. (2007). "Imaginando la ciudad. Revisitando algunos conceptos claves". En Rodríguez-Plaza Patricio (Coomp.) (2007). *Estética y ciudad. Cuatro recorridos analíticos*. Santiago de Chile: Frasis.
- Hiernaux, D. (2007). Los imaginarios urbanos: de la teoría y los aterrizajes en los estudios urbanos. *Revista Eure*, XXXIII (99), 17-30.
- Iglesia, R. y Sabugo, M. (2006). *La ciudad y sus sitios*. Buenos Aires: Nobuko.
- Lefebvre, H. (1972). *La revolución urbana*. Madrid: Alianza Editorial.
- Lefebvre, H. (1978 [1969]). *El derecho a la ciudad*. Barcelona: Península.
- Lefebvre, H. (2013 [1974]). *La producción del espacio*. España: Capitán Swing.
- Lindón, A., Hiernaux, D. y Aguiar, M. Á. (Coords.) (2006). *Lugares e imaginarios en la metrópolis*. Barcelona: Anthropos.
- Lindón, A. (2007). Los imaginarios urbanos y el constructivismo geográfico: los hologramas espaciales. *Revista Eure*, 33(99).
- Lindón, A. y Hiernaux, D. (2007). "Imaginarios urbanos desde América Latina. Tradiciones y nuevas perspectivas". En: Silva, A. (2007). *Imaginarios urbanos en América Latina: Urbanismos ciudadanos*. Barcelona: Fundación Antoni Tapies.
- Lindón, A. (2008). El imaginario suburbano: los sueños diurnos y la reproducción socioespacial de la ciudad. *Iztapalapa*, 64-65, 39-62.
- Martín Barbero, J. (1987). *De los medios a las mediaciones*. Barcelona: Gustavo Gilli.

- Martín Barbero, J. (2002). *Oficio de cartógrafo. Travestías latinoamericanas de la comunicación en la cultura*. Buenos Aires: Fondo de Cultura Económica.
- Massey, D. (2001 [1994]). *Space, Place, and Gender*. Minneapolis: University of Minnesota Press.
- Morin, E. (1988). *El método. El conocimiento del conocimiento*. Madrid: Cátedra.
- Morin, E. (2008). *Introducción al pensamiento complejo*. Buenos Aires.
- Morse, R. (2005 [1985]). Ciudades periféricas como arenas culturales. Rusia, Austria, América Latina. *Revista Bifurcaciones*, 3, 2005.
- Ontañón Peredo, A. (2005). *Los significados de la ciudad. Ensayo sobre memoria colectiva y ciudad contemporánea*. Barcelona: Edicions de l'Escola Massana.
- Pasavento, S. J. (1999). *O imaginario da cidade: visoes literarias do urbano. Paris, Rio de Janeiro, Porto Alegre*. Porto Alegre: Ed. Universidade UFRGS.
- Rama, Á. (1984). *La ciudad letrada*. Montevideo: Fundación Ángel Rama.
- Reguillo, R. (1991). *En la calle otra vez: las bandas, identidad urbana y usos de la comunicación*. México: Iteso.
- Reguillo, R. (1996). *La construcción simbólica de la ciudad. Sociedad, desastre y comunicación*. México: ITESO.
- Roldán, D. P. (2013). Inventarios del deseo. Los censos municipales de Rosario, Argentina (1889-1910). *Revista História* (São Paulo), 32(1), 327-353.
- Romero, J. L. (2009). *La ciudad occidental*. Buenos Aires: Siglo XXI.
- Romero, J. L. (2010). *Latinoamérica: las ciudades y las ideas*. Buenos Aires: Siglo XXI.
- Sarlo, B. (2004 [1992]). *La imaginación técnica. Sueños modernos de la cultura argentina*. Buenos Aires: Nueva Visión.
- Sarlo, B. (2007 [1988]). *Una modernidad periférica: Buenos Aires 1920 y 1930*. Buenos Aires: Nueva Visión.
- Silva, A. (1992). *Graffiti, una ciudad imaginada*. Bogotá: Tercer Mundo.
- Silva, A. (1992). *Imaginarios urbanos*. Colombia: Arango Editores.
- Silva, A. (2013). *Imaginarios, el asombro social*. Bogotá: Universidad Externado de Colombia.
- Vera, P. (2013). Temporalidades e imaginarios tecnológicos en la ciudad moderna. Los relojes públicos en Rosario, Argentina. *Scripta Nova Revista electrónica de Geografía y Ciencias Sociales*, XVII (454). <http://www.ub.edu/geocrit/sn/sn-455.htm>
- Vera, P. (2014). *Imaginarios urbanos y tecnológicos en los procesos de construcción material y simbólica de la ciudad moderna y contemporánea. El caso de la ciudad de Rosario en el contexto de las metrópolis del interior de Argentina*. Tesis Doctoral, Universidad Nacional de Quilmes, Bernal (Inédita).
- Vera, P. (2016). Imaginarios urbanos tecnológicos: los hilos de las construcciones socio-técnicas de la ciudad. *Horizontes Sociológicos Revista de la Asociación Argentina de Sociología*, 8(4), 143-160.
- Williams, R. (2011). *El campo y la ciudad*. Buenos Aires: Paidós.



# IMAGINARIOS URBANOS DE LA ESPERA, TEMPORALIDADES Y TERRITORIALIZACIONES

---

ALICIA LINDÓN\*

Este texto aborda un fenómeno aparentemente banal, pequeño y ampliamente conocido de manera práctica, como es el de la “espera” en el contexto metropolitano. La especificidad del trabajo se halla en dos cuestiones: una de ellas consiste en sacar a la luz la multidimensionalidad que lleva consigo algo tan naturalizado como es la espera. La segunda particularidad consiste en visualizar este fenómeno, con sus múltiples aristas, dentro de la trama de sentido de los imaginarios urbanos sobre este, para comprender de manera más profunda su relevancia en la vida urbana.

Las grandes distancias físicas que se presentan en las áreas metropolitanas contribuyen a enfatizar la presencia reiterada de la espera en diversas modalidades y en distintas circunstancias. En parte, ello ocurre porque los extensos desplazamientos cotidianos conllevan necesariamente situaciones de espera. No obstante, la espera propia de la vida metropolitana no solo se genera en torno a la movilidad espacial cotidiana, también se relaciona con otras cuestiones, por ejemplo, los grandes volúmenes de habitantes que concentran las metrópolis contribuyen a que numerosas gestiones urbanas integren distintas formas de espera, aunque algunas de ellas van desapareciendo recientemente ante el avance de la gestión urbana de manera virtual. Incluso, los encuentros más o menos formalizados entre diversos actores abren la posibilidad de la espera. De igual forma, el estilo de vida cronometrado, propio de las metrópolis, produce modalidades de espera en relación con el inicio de ciertas actividades. Por otra parte, las actuales metrópolis no son ajenas a otro estilo de espera, muy emparentada con la esperanza: esperar que un barrio mejore, esperar que se concrete cierta obra de infraestructura, esperar que mejore el sistema de transporte público, entre muchas otras.

Quizás, por esa banalidad que la impregna, derivada de estar siempre presente en la vida diaria de cualquier urbanita<sup>1</sup>, sea de una forma o de otra, es que no se la vislumbraba como problemática urbana digna de ser estudiada sino hasta muy recientemente. Como tantos otros fenómenos cotidianos, su naturalización en la vida cotidiana llevó a soslayarla largamente como objeto de estudio. Y ello ha impedido comprender mejor la vida urbana, al menos en algunos resquicios y zonas liminares (Delgado, 1999).

---

\* Departamento de Sociología, Universidad Autónoma Metropolitana, campus Iztapalapa, Ciudad de México.

<sup>1</sup> Se utiliza la clásica expresión simmeliana de “urbanita” para referir al habitante de la ciudad (Simmel, 1986 [1908]).

En los últimos años, se ha comenzado a concebir la espera como objeto de estudio, sobre todo desde diversas perspectivas socioespaciales (Musset, 2015; 2013; Vidal y Musset, 2015):

Este campo de estudio implica, pues, un carácter innovador debido a que se concentra en espacios intersticiales. Se enfoca en un entredós espacial (entre lugares iniciales y lugares de llegada) y se interesa por un tiempo de incertidumbre que prevalece en una situación de paso, la intersección entre la proyección en el futuro (el destino) y la permanencia de un pasado más o menos rechazado. (Musset, Correa y Bortolotto, 2013, p. 18)

La espera es un fenómeno de carácter eminentemente temporal porque hace referencia al transcurso del tiempo que se requiere para alcanzar algo. Es frecuente que este lapso de tiempo esté demarcado entre dos momentos que la contienen e indican sus fronteras: el inicio y el final de la espera. Sin embargo, en numerosas ocasiones, el inicio no corresponde a un momento preciso, y de igual forma es posible que tampoco esté identificado su final. Así, la espera puede tener fronteras temporales muy definidas, o bien puede contenerse entre otras de tipo borroso.

Si bien la dimensión temporal de la espera es fundamental, es necesario considerar que la espera no se agota en su temporalidad: toda referencia al tiempo también lo es al espacio, por la indisociabilidad de ambos. En otras palabras, la espera también lleva consigo espacialidad. Y en este último sentido, se hallan buena parte de los interrogantes que aquí se abordan. Los siguientes son algunos de ellos: ¿cómo se territorializa la espera en las grandes ciudades?, ¿su territorialización llega a reconfigurar a la espera misma?, ¿o es la espera modeladora de los territorios en los que se ancla?, ¿existen territorios de la espera?, ¿cuáles son? Estos interrogantes, y otros, acerca de la dimensión espacial de la espera permiten observar que el análisis de este fenómeno urbano se enriquece analíticamente cuando se trasciende la temporalidad y, sin dejarla de lado, se la revisa junto con la espacialidad.

Así, el tiempo y el espacio, en sus diversos abordajes, resultan esenciales para analizar la espera. Aunque también pueden resultar insuficientes si no se abordan las prácticas, el ámbito del hacer: la espera desborda las coordenadas espacio/tiempo, porque en el logro o la concreción de algo que se esperó está involucrado el ser humano y sus prácticas, las acciones, dicho con otras palabras, el ámbito del ejecutar. La circunstancia de esperar que algo suceda es exclusiva del ser humano en tanto sujeto social, porque supone la capacidad de actuar —o dejar de hacerlo— para que ello ocurra, así como la valoración del devenir en cuestión y la capacidad de imaginar, es decir, de anticipar lo que aún no ocurre. Si bien en la naturaleza los diversos procesos se pueden prolongar en el tiempo lapsos de diversa duración, en sí mismos esos procesos no ponen en juego la espera, sino el tiempo requerido para que se complete el proceso. Por ejemplo, la maduración de un fruto requiere del transcurso de cierto tiempo y en condiciones particulares. Ello no es espera, sino un proceso natural. Solo puede presentarse la espera cuando este proceso, u otro, es valorado por el ser humano. Por ello, nuestro acercamiento a la espera se construye desde la perspectiva del sujeto que espera y no desde los lapsos de tiempo requeridos para alcanzar algo.

Los procesos institucionales suelen aproximarse a ese ámbito concreto de las prácticas de los actores necesarias para lograr algo a través de actividades tipificadas, que podrían

ser realizadas indistintamente por unos actores u otros en el lapso de tiempo considerado para alcanzar la meta en cuestión. Esto está siempre presente en la vida urbana actual. Cualquier proyecto institucionalizado suele contar con la identificación de actividades a realizar, para que se llegue a buen término. De alguna manera, concebir en esos términos la problemática desdibuja la espera misma, porque es sustituida por el encadenamiento de actividades tipificadas. En este texto no se sigue esa perspectiva, sino una que le otorga centralidad a la encrucijada del tiempo vivido, el espacio de vida y las prácticas cotidianas de los sujetos, a fin de aproximarnos a la espera como una experiencia en sí misma, pero integrando la perspectiva del proyecto, no ya desde las tipificaciones institucionales sino desde la biografía de los sujetos. En este sentido, la espera se enriquece analíticamente porque es un lapso de tiempo, en el que se realizan ciertas prácticas y con ciertos anclajes espaciales, con una proyección<sup>2</sup>, para alcanzar algo, que puede ser una meta muy acotada (como llegar al lugar de trabajo), o puede ser un proyecto de vida amplio y con fuertes indefiniciones.

Ahora bien, como ocurre con todo lo cotidiano, la encrucijada de “tiempos, espacios y actores” siempre está inmersa en tramas de sentido, porque los sujetos (en este caso, quienes esperan) nunca actúan (en esta ocasión, nunca esperan) en un vacío de sentido. Si bien las tramas de sentido se pueden estudiar desde diversas aproximaciones, en esta ocasión se integran a través de los imaginarios urbanos que de manera explícita o implícita orientan la producción de sentido acerca de la espera. Por ello, se considera que la espera es una construcción social siempre en proceso de hacerse a través de las experiencias cotidianas de los sujetos, históricamente contextualizadas. Y, por otro lado, debido al carácter cotidiano de la espera, en la vida urbana de las grandes ciudades se han configurado imaginarios urbanos que integran de alguna manera (incluso, de forma tangencial) la espera y así acompañan en la configuración de cada una de sus dimensiones.

En el contexto de la problematización presentada, el objetivo de este trabajo, de carácter teórico-metodológico, es explorar la intersección del fenómeno de la espera en las grandes ciudades, y particularmente en la Ciudad de México, su territorialización (la espera que modela el lugar o el lugar que le da forma a la espera), y la configuración de algunos imaginarios urbanos de la espera. En otras palabras, se trata de construir el *betweenness* entre el fenómeno de la espera con su dimensión espacio-temporal y práctica, entretrejado en imaginarios urbanos de la espera.

Con esta orientación, en las siguientes páginas se aborda la espera como una construcción social siempre en proceso de hacerse a través de las cotidianas experiencias de los sujetos. Por ese carácter cotidiano de la espera en la vida urbana de las grandes ciudades se han configurado imaginarios urbanos que le dan sentido y acompañan su territorialización, desterritorialización y reterritorialización. Para ello, el texto se organiza en una

<sup>2</sup> Se utiliza el concepto de “proyecto” en la perspectiva de la *Time Geography* (Pred, 1981; 1984). Esto implica reconocer que los sujetos despliegan prácticas cotidianas en fragmentos del tiempo cotidiano y en lugares particulares. Y cada una de esas prácticas se inserta de alguna manera en proyectos más o menos institucionalizados, en los cuales convergen otros sujetos. Así, la producción de la innovación socioterritorial o bien la reproducción socio territorial dependerá de esos proyectos y las prácticas que en ellos se alojan.

primera parte destinada contextualizar el actual fenómeno metropolitano de la espera, la espera y la historicidad. En un segundo apartado se revisa la espera en términos de su temporalidad; mientras que el tercer apartado hace lo propio desde la espacialidad. La cuarta parte explora la dimensión imaginaria de la espera. En el siguiente apartado se revisan dos tipos de imaginarios urbanos de la espera que emergen en las narrativas de habitantes de la periferia oriental de la ciudad de México. Por último, se presentan unas reflexiones finales, esencialmente abiertas.

## LA ESPERA Y LA HISTORICIDAD

Es conveniente considerar el fenómeno de la espera en el contexto de la historicidad: se reconoce, así, que las diversas sociedades han ido modelando la espera a la luz del espíritu de cada época<sup>3</sup>. Por ello, se presentan algunos contextos que le dan profundidad a este texto, aquí denominado espera, en el entendido de que todo texto emerge de un contexto y por lo tanto expresa aspectos de ese contexto.

La contextualización de la espera se ubica —sobre todo, aunque no exclusivamente— en dos circunstancias históricas, o dos contextos de sentido: uno es la inexorable aceleración contemporánea, aquella a la que Italo Calvino se refería con las siguientes palabras: “la dimensión del tiempo ha sido destrozada, no podemos vivir ni pensar sino en fragmentos de tiempo, cada uno de los cuales sigue su propia trayectoria y desaparece inmediatamente” (1980, p. 8). La aceleración contemporánea encuentra su impulso inicial en el desarrollo tecnológico del siglo XX y su razón de ser ha radicado en el proceso de acumulación capitalista actual, como planteara David Harvey (1988). Sin embargo, ha desbordado lo tecnológico y lo económico, se ha entronizado culturalmente y también se ha integrado como parte nodal de la cotidiana construcción social del mundo actual. Por ello, la aceleración se ha hecho parte inherente a la vida urbana, así se ha constituido en una de las formas más intensas de marcar el ritmo de nuestras ciudades (Lindón, en prensa).

El segundo contexto que le da sentido a la espera se puede identificar como la pérdida creciente del futuro como horizonte de vida y por consiguiente de las fantasías, que usualmente son proyecciones imaginarias sobre algún futuro. El reverso de este desdibujamiento es la exacerbación del presente. Esta condición ha sido extensamente analizada como un rasgo característico de las actuales sociedades de la modernidad avanzada, la sobremodernidad o simplemente, la posmodernidad (Maffesoli, 1992).

Frente a estos dos contextos, la aceleración y el desinterés por el futuro, indagar la espera en las ciudades actuales constituye un desafío no menor: en esencia, se trata de un fenómeno de raíces muy antiguas, pero que actualmente es objeto de resignificación, por

<sup>3</sup> La expresión “espíritu de una época” hace referencia al *Zeitgeist*, también nombrado como espíritu del tiempo, o aire de una época. La obra de Hegel ha sido central en la difusión y discusión de este concepto. En los últimos años también ha sido retomado para analizar qué tipo de intelectuales han captado con mayor sutileza el espíritu de su tiempo. En este sentido, es notorio el aporte de Francisco Gil Villegas a través de su teoría de los *Outsiders* (1996), que continúa siendo revisada (Neira, 2015).

constituir tanto la antítesis de la aceleración contemporánea como también del aparente dominio del presente y de la negación del futuro.

Así, la espera puede considerarse un fenómeno que enfrenta y confronta a la aceleración urbana contemporánea, porque opera como el estiramiento del tiempo vivido, en una época histórica en la que el tiempo se consume con gran rapidez. Quizás una especificidad de este fenómeno se halla en que el estiramiento del tiempo se concreta y evidencia en el espacio, y por ello su temporalidad queda encubierta, al menos parcialmente.

En ciertos casos, la espera puede constituir una forma de resistencia frente a la aceleración dominante. Un ejemplo de ello son los movimientos alternativos en favor de la lentitud (Honoré, 2004; Sansot, 1998), que promueven la asignación de franjas del tiempo cotidiano más extensas, para prácticas que han ido comprimiéndose en lapsos de tiempo muy reducidos. Se trata aquí, de una espera buscada y de resistencia frente a tendencias instituidas, como el temor y rechazo a perder el tiempo. En otras ocasiones, las más frecuentes, la espera deriva de los mecanismos propios de la gestión de la vida urbana actual, como es el caso el tiempo necesario para recorrer cierta distancia, aun con modernos sistemas de transporte, pero con altísima densidad. Esta espera se instala en la cotidianidad y no es buscada. Usualmente, se desarrollan diversas estrategias para reducirla o evitarla porque se asume la aceleración como la forma de vida idónea. En otras circunstancias, la espera resulta de procesos asociados a la naturaleza, como puede ser la maduración de un área de cultivo. También en estos casos se trata de intervenir en esos tiempos para reducirlos, aunque suelen ser más aceptados que la espera cotidiana. Así mismo, la espera puede resultar de procesos socioculturales intrínsecamente lentos, como puede ser un proceso de formación educativa. De igual forma, es frecuente buscar formas de acortarlos, para reducir la espera que supone llegar a completar, por ejemplo, un ciclo educativo. En estas últimas formas de espera lo usual es intentar intervenirlas para reducirlas, porque se asume la aceleración de la vida y la centralidad del presente.

En síntesis, tanto en relación con un contexto como con el otro, la espera confronta las tendencias instituidas y dominantes, más aún en el caso de las grandes ciudades y la vida urbana porque allí dichos contextos están muy instaurados, ya que la aceleración es de raigambre urbana. Y todo fenómeno que confronta una tendencia establecida puede constituir una forma de resistencia de algunos sujetos que rechazan ese contexto. El fenómeno que confronta también puede constituir una resistencia del mismo sistema social que no puede acompañar en todos los ámbitos y armónicamente esa tendencia dominante, y por ello los sujetos que aceptan el contexto dominante rechazan la ineficiencia del mismo sistema en ciertos aspectos no lo suficientemente acelerados. De igual forma, esas resistencias pueden expresar fragmentos de un pasado que sigue presente de alguna manera. Estas expresiones de resistencia se alojan en intersticios de la vida social o en zonas liminares, como los que albergan las esperas y sus territorializaciones.

Por último, cabe observar que el reconocimiento de estos contextos en los cuales se desarrollan microfenómenos, como las esperas, tiene la virtud de visibilizar su enraizamiento en tramas y horizontes de sentido amplios. En otras palabras, todo ello muestra que lo macrosocial emerge y se hace visible en microsituaciones, como pueden ser las esperas.

## LA NATURALEZA TEMPORAL DE LA ESPERA

La espera constituye una pausa en un devenir, o una forma de desaceleración, al menos de ciertos aspectos de la vida que no se activan o no se movilizan en tanto se alcance aquello que se espera. Por ello, la dimensión temporal constituye un aspecto nodal en la comprensión de la espera: en estricto sentido, la espera es tiempo. Y la temporalidad se puede analizar desde varios ángulos. Uno de ellos es lo relativo a su medición y demarcación. Otra forma de analizar la temporalidad de la espera es a través de las escalas de tiempo en las cuales se produce.

Respecto al primer ángulo, en ciertas ocasiones el tiempo de la espera puede ser medido o cronometrado. En otros casos, se configura en la perspectiva del tiempo vivido, de demarcación y medición ambiguas e intersticiales. Por su parte, la espera demarcada, y en las diversas gestiones de la vida urbana, puede llegar a tener fronteras tan medibles que puede ser considerada como una cosa, o un objeto en sí misma. Esto emerge en ciertos contextos institucionalizados, cuando se informa el tiempo de espera estimado. Ese tratamiento implica que la espera no solo puede ser medida, sino que es posible considerarla socialmente como una etapa dada en un proceso, con independencia de los sujetos que van a experimentar el fenómeno. Esto sucede con casi todos los procesos socialmente instituidos, se define qué se debe hacer y cómo hacerlo para llegar a cierta meta. Por ejemplo, en ciertos procesos de trabajo se deben realizar algunas tareas, en una secuencia dada y con un estilo, todo para llegar al producto final. Lo mismo se podría plantear con respecto a los procesos educativos, se debe transitar por instancias específicas, para concluir cierta formación. Sin embargo, cuando dichos procesos son recorridos por una u otra persona se pueden reconfigurar y las mismas pautas pueden ser experimentadas de maneras muy diversas por los sujetos que ingresan en ese nicho social. En otras palabras, aun las esperas demarcadas claramente resultan experimentadas por cada persona de diversas formas.

En el caso opuesto, cuando la espera presenta fronteras borrosas, es decir, no está establecido cuándo se inicia ni en qué momento concluye, más relevante aun es la forma de experimentar ello por parte de una u otra persona. Por estas observaciones, y en relación específica con la dimensión temporal de la espera, resulta de mucho interés ese modelado de la espera que los sujetos realizan en las diversas situaciones urbanas.

Tanto la espera que se mide, como aquella que no se presta para su medición, al ser analizadas como parte de la vida cotidiana de los habitantes de las ciudades, presentan vínculos con tramas de sentido amplias, o imaginarios urbanos, que se asocian de una forma u otra a las expectativas respecto a lo que se espera. La forma de significar la espera también se relaciona con los otros fenómenos con los que compite la espera en la vida de quien espera: en otras palabras, la espera consume un tiempo que podría destinarse a otras actividades. Por este anclaje último de la espera en la vida cotidiana de los sujetos, adquiere rasgos singulares (no únicos) en las diversas circunstancias.

El acercamiento a la espera desde su dimensión temporal se enriquece si se toma en consideración la escala de tiempo en la que se produce, es decir, la extensión del tiempo de espera: este intervalo de tiempo, o pausa, dentro de un transcurrir puede ser contenida en diferentes ciclos de tiempo, o distintas escalas de tiempo. Uno de los tiempos

que usualmente contienen la espera es el ciclo cotidiano de las 24 horas. Esta espera es quizás la más evidente en el contexto metropolitano: por ejemplo, el tiempo de espera del transporte público, el tiempo de espera en una sede bancaria, el tiempo de espera para el encuentro con una persona, etc. La espera también se puede constituir en la escala del tiempo biográfico. En este caso, se puede considerar la espera para concluir ciertos estudios, la espera para cerrar una etapa de la vida. De igual forma, la espera puede estar referida a la historia de una comunidad o de una localidad: por ejemplo, cuantos años se esperó para que la localidad contara con cierto servicio, equipamiento o infraestructura.

En todos los casos, la espera constituye una franja de tiempo de transición o liminar, entre un presente y un futuro imaginado, deseado, buscado, que aún no ha llegado, pero también puede ser temido o indeseado. Y toda situación liminar casi siempre contiene elementos de un presente en el cual aún no ha ocurrido algo que se anticipa, y al mismo tiempo contiene elementos de lo que se anticipa que se producirá. La expectativa hace que el futuro sea algo así como un conjunto de retazos del presente. La anticipación de lo que aún no sucede, pero se espera que ocurra, inexorablemente integra la imaginación.

## ESPACIALIDADES Y TERRITORIALIZACIONES DE LA ESPERA

Tal como se observaba inicialmente, todo fragmento de tiempo lleva consigo un lugar: un ahora también es un aquí. Por ello, la dimensión espacial es tan constitutiva de la espera como su temporalidad. De ahí que resulte excesivamente lejano a los fenómenos mismos todo intento de deslindar analíticamente su temporalidad de la espacialidad.

Un aspecto relevante para comprender espacialmente la espera es considerar si ocurre en lugares abiertos, en general de relativa a amplia visibilidad (*outdoor*), o si se concreta en lugares cerrados (*indoor*) y, por lo mismo, de visibilidad más o menos restringida. Esta condición de exterioridad y/o interioridad puede resultar modeladora de la espera misma ya que genera esperas en entornos abiertos, públicos, y de amplia visibilidad; o bien, esperas en espacios de acceso restringido, y por lo tanto con escasa visibilidad.

Otro rasgo central para comprender espacialmente la espera es si se produce en lugares *ad hoc* o no. En el primer caso, el espacio suele preconfigurar la espera porque el lugar ha sido acondicionado funcionalmente con anterioridad, para ello. Y por eso, suele presentar cierta oferta relativa a la espera misma, generalmente para enmascararla con actividades propias de otros ámbitos de la cotidianidad. El ejemplo por excelencia de ello son las denominadas salas de espera. En estos casos, el territorio de la espera suele constituirse para quien espera en un espacio de vida, practicado y percibido: se suelen realizar ciertas prácticas (sobre todo de consumo) y la situación induce la contemplación, por ello la percepción visual suele agudizarse. En cambio, cuando la espera no se produce en lugares especialmente diseñados para ello, el sujeto que espera puede llegar a configurar el lugar si se trata de un lugar cerrado y preferentemente privado, y así enmascarar la espera, particularmente con actividades ajenas a la espera en cuestión.

En lo que respecta a la dimensión espacial de la espera es fundamental diferenciar la espera de un evento concreto que va a ocurrir en cierto lugar, y que no necesariamente transformaría el lugar (como puede ser la llegada de una persona a un lugar); de aquella

espera de una transformación o cambio en el lugar en cuestión. En otras palabras, es necesario diferenciar la dimensión espacial de la espera de un acontecimiento con débil y/o efímera territorialización<sup>4</sup>, de la espera de un cambio en el lugar mismo o la espera de acontecimientos de fuerte territorialización.

La lectura espacial de la espera también reconoce que una de sus formas por excelencia es la experiencia espacial de permanecer en un lugar durante algún intervalo de tiempo, dentro de una trayectoria de desplazamientos que contiene a ese lugar en el que el sujeto permanece un lapso de tiempo. Si en términos temporales, la espera puede ser una pausa, espacialmente dicha pausa se puede identificar como el estar —o permanecer— en cierto lugar<sup>5</sup>, pero con la especificidad de estar allí en tanto sucede algo o mientras se sostenga la expectativa de que puede llegar a producirse el evento.

Anteriormente se observó que la escala de tiempo es constitutiva de la espera en sí misma. De la misma forma ocurre con la escala espacial. En otras palabras, es algo intrínseco de la espera que ella ocurra en algún territorio, sea un microterritorio, como podría ser el cruce de dos calles en las cuales se espera a una persona, o bien el evento que se espera puede involucrar a una zona de la ciudad. Por ejemplo, que llegue la renovación urbana o cierto servicio a un barrio, colonia o área de la ciudad. En síntesis, la espera puede estar anclada en un lugar de pequeñas dimensiones (como una escala espacial de tipo vivencial) o en territorios extensos, pasando por muchas dimensiones intermedias.

Los dos rasgos espaciales que se acaban de comentar —el permanecer en un lugar y la escala espacial— permiten introducir el concepto de trayectoria de desplazamientos cotidianos de un sujeto, como un encuadre privilegiado para analizar la espera. En una trayectoria cotidiana de desplazamientos de un sujeto, el lugar de la espera puede reducirse a un pequeño territorio de escala vivencial, en el cual se permanece durante un breve tiempo. Este puede ser el caso del microespacio ocupado por el propio cuerpo en el andén de una estación del Metro en la espera a que llegue este medio de transporte. Ese microterritorio constituye una territorialización de la espera, aunque la espera que allí realiza un sujeto u otro solo excepcionalmente llega a marcar el lugar de manera persistente. La marca en ese territorio de la espera es la localización del cuerpo mismo. A ello se suma

---

<sup>4</sup> La débil territorialización se refiere a anclajes espaciales de un fenómeno en términos predominantemente locacionales. Este puede ser el caso de un encuentro entre varias personas para el que se establece un lugar. La definición de la localización suele responder a diversas razones, como la disponibilidad, la accesibilidad, la adecuación del lugar a la actividad, la habitualidad, entre otras. Muy posiblemente, la realización del encuentro en dicho lugar tendrá alguna influencia en el encuentro mismo. Sin embargo, es muy posible que una vez terminado el encuentro, el lugar no guarde mayores huellas materiales de la actividad allí realizada. A ello nos referimos con escasa o débil territorialización. En otras palabras, no planteamos que la definición de la localización sea aleatoria ni neutral a lo que allí está en juego. Sin embargo, suele ser efímera en cuanto a las huellas de su anclaje espacial. En cambio, otros eventos pueden dejar huellas profundas en su anclaje territorial, como suele ser el lugar en el cual ocurrió un atentado, o un siniestro.

<sup>5</sup> La referencia al estar o permanecer en cierto lugar (*rest*) se plantea en términos de una de las dos dimensiones fundamentales de toda experiencia espacial. La otra dimensión de la experiencia espacial es el movimiento (Seamon, 1979; 2007; Lindón, en prensa), que aquí no es abordado más que como contexto del permanecer en cierto lugar en condición de espera.

otra circunstancia, y es que la mínima presencia de acondicionamientos para esperar en esos lugares hace muy difícil encubrir la espera<sup>6</sup>.

Aun dentro de una trayectoria de desplazamientos de un sujeto en el ciclo de las 24 horas, la permanencia en un lugar para la espera puede ser más extensa temporalmente, como podría ser una espera de cierto acontecimiento, ya sea en el espacio doméstico, en el lugar de trabajo o de estudio, o en una sala de espera, entre muchas otras opciones. Cuáles son estos lugares en los que se permanece en situación de espera será decisivo para comprender la forma en que se experimenta la permanencia en ellos. Por ejemplo, la espera de una persona —o de cierto acontecimiento— en el espacio doméstico suele ser encubierta con diversas actividades y focos de interés que quien espera puede encontrar en ese espacio. Al encubrirse la espera su territorialización es débil, excepto si se trata de un espacio cerrado diseñado *ad hoc* para la espera.

En cambio, la espera del encuentro con una persona en el cruce de dos calles, o en un punto predeterminado en el espacio público, en el *outdoor*, es difícil de encubrir, y también de enmascarar, porque la llegada y la estancia en ese lugar concreto del espacio público y en ese fragmento de tiempo es muy posible que tenga como objetivo solo el encuentro. A ello se le suma el hecho de que en el espacio público suele no haber condiciones materiales como para realizar muy diversas actividades mientras se espera, más allá de la contemplación, las conexiones virtuales o ciertas formas de consumo. En estos casos, la experiencia de permanecer en el lugar específico y en situación de espera suele generar un fuerte estado de alerta respecto al entorno en el que se espera, así como una intensa orientación espacial respecto al entorno. Cabe recordar que la orientación espacial es una capacidad cognitiva del ser humano, que se presenta en la vida práctica como la habilidad para reconocer el entorno y organizar los movimientos en él. Si bien, la orientación espacial resulta de procesos cognitivos, se exterioriza en los comportamientos espontáneos del sujeto (Lindón, en prensa), y la situación de espera en el espacio público exagera la orientación espacial.

Otro aspecto relevante de este tipo de experiencia de permanecer en el lugar en espera, y con amplia visibilidad es la centralidad que en ella adquiere el sujeto-cuerpo, ya que se trata de un tipo de experiencia fuertemente corporizada. Esta espera no tiene la capacidad para modelar materialmente el lugar, o la tiene de manera mínima y fugaz (solo mientras allí se esté cambia el lugar por el propio cuerpo). En cambio, esta espera genera particulares performatividades que lejos de ocultar la espera, le amplían su visibilidad. En esos casos, la espera se territorializa corporalmente, por lo que no cabe su encubrimiento: Así, la espera configura el lugar por las performatividades, pero al mismo tiempo la visibilidad del lugar configura la espera.

Los extensos desplazamientos cotidianos en las áreas metropolitanas suelen ser de carácter etápico por los cambios de modos de transporte que puede requerir la llegada a un lugar distante. Esos cambios en el modo de transporte introducen esperas, en general en

<sup>6</sup> Se están extrapolarlo a los espacios-tiempos de la espera los conceptos de encubrimiento y enmascaramiento en la perspectiva goffmaniana (Goffman, 1970). Esto implica concebir el encubrimiento con referencia a la posibilidad de ocultar la situación de espera. El enmascaramiento sería en este contexto aquellas estrategias que el sujeto realiza para bajar la tensión resultante de la espera misma.

lapsos de tiempo muy reducidos y los lugares de la espera suelen identificarse por estar configurados materialmente para ello. Ello sucede en los lugares de transferencias y de cambios modales de transporte. También en este caso, el lugar produce la espera, más que su inverso, y el encubrimiento de la espera es poco posible.

Hasta aquí se han revisado esperas producidas en las trayectorias de desplazamiento cotidianas de las 24, o en el ciclo cotidiano sin que medie una trayectoria de desplazamiento. Sin embargo, la permanencia en cierto lugar, y la correspondiente espera, se puede producir en ciclos de tiempo más extensos, como el biográfico y su territorialización puede corresponder a espacios amplios. En estos casos, la noción de espera se reconfigura. Las anteriores formas de espera podían ser encubiertas con otras actividades, pero ello no eliminaba la circunstancia de que la espera constituyera una actividad en sí misma; y en otros casos ni siquiera era posible el encubrimiento. En cambio, cuando la espera se produce dentro del tiempo biográfico, una particularidad es que coexiste con muchas otras actividades propias de la vida cotidiana: cuando se espera algo con un horizonte de tiempo biográfico, y más aún si ello involucra a un amplio territorio, dicha espera no detiene la cotidianidad, más bien la contiene y la configura. Este puede ser el caso de la permanencia en cierto lugar de residencia en alguna etapa de una trayectoria biográfica a la espera de que el entorno logre ciertos servicios, equipamientos o infraestructura urbana. O bien, la permanencia en cierto lugar de residencia mientras se accede a otro lugar de residencia. Esta espera no paraliza el curso de la cotidianidad, aunque la modela en cuanto a que le imprime la conciencia de lo que todavía no se ha logrado, pero se espera que se llegue a lograr en ese lugar, o en otro. En suma, se trata de una espera que antes que concretarse en prácticas y materialidades, se proyecta en tramas de sentido que contienen utopías y fantasías, aunque ello pone en juego prácticas. En términos espaciales, esta espera genera un espacio imaginado y concebido, y solo ocasionalmente ello suele trasladarse al nivel del espacio de vida practicado. Esta espera se territorializa, pero lo hace bajo la forma de las fantasías geográficas que emergen en la cotidianidad, y sin duda agrega riqueza a la experiencia espacial cotidiana<sup>7</sup>. La espera configura al lugar, más que lo que el lugar lo hace con la espera.

La experiencia de permanecer en un lugar de residencia en situación de espera también se puede producir dentro de una trayectoria migratoria etápica, como una espera efímera. Un caso conocido de ello se puede identificar en los desplazamientos de indocumentados centroamericanos a Estados Unidos. En esos casos, no se trata de un desplazamiento único desde un lugar de origen a un lugar de destino, sino de innumerables desplazamientos que van reduciendo gradualmente la distancia que separaba inicialmente el origen y el destino. Una vez realizado cada micro desplazamiento se integra una pausa, o una espera, en lugares transitorios, en donde se aguarda a que estén dadas las condiciones como para continuar a la siguiente etapa. Así, esas esperas o pausas, suponen permanecer residencialmente en ciertos lugares en espera de poder continuar el viaje. En estos casos, puede ser intensa la forma en que el lugar de residencia transitorio configura la espera, aunque también quien espera puede modificar el lugar.

<sup>7</sup> Se utiliza la expresión riqueza de la vida cotidiana en la perspectiva de Henri Lefebvre (1981), no en términos de condiciones económicas de vida.

Este tipo de espera también se puede presentar en lugares de residencia transitoria por otro tipo de circunstancias, y no por razones migratorias: por ejemplo, cuando la persona mantiene un lugar de residencia con el cual no tiene anclaje ni arraigo, pero se permanece allí en tanto se concreta un proyecto residencial en otro lugar. Si bien estos casos suponen una territorialización de la cotidianidad en el lugar de residencia transitorio, no necesariamente se está territorializando la espera misma, aunque es posible que la espera resulte encubierta en la misma cotidianidad.

Los tipos planteados no pretenden agotar todas las posibles espacialidades de la espera ni en el ciclo de las 24 horas, ni en el tiempo biográfico. Aunque aspiran a perfilar la heterogeneidad de situaciones en las cuales se puede albergar espacialmente la espera.

## HACIA LOS IMAGINARIOS URBANOS DE LA ESPERA

Todo acercamiento a los espacios de vida y la cotidianidad de los sujetos urbanos, resultaría parcial e incompleto si no se integrara la subjetividad, y en particular la subjetividad espacial. Esto se debe a que la vida práctica de las personas, su hacer y la consecuente manipulación de los espacios de vida, se fundan y se configuran en tramas de sentido. Si el obrar humano no se sustentara de dichas tramas de sentido, la vida práctica podría asemejarse a las actividades realizables por un robot. La vida cotidiana, y más aún la urbana, por la heterogeneidad que le es propia siempre está envuelta en múltiples tramas de sentido. Por ello, pensar la espera y los territorios de la espera también requiere de la consideración de lo ideal, lo inmaterial, lo subjetivo, que la configura. La aproximación a este ámbito de lo inmaterial es posible en diferentes escalas, desde algunas muy amplias como pueden ser los horizontes de sentido de una sociedad en cierta época histórica, hasta otras muy específicas como podría ser el significado que se le otorga a un objeto o a una práctica particular en cierto tiempo y lugar. En ese espectro amplio, aquí se considera lo ideal ligado a la espera en un nivel más o menos intermedio de la subjetividad, esto es, los imaginarios. Estos no son tan amplios como el *Zeitgeist*<sup>8</sup> ni tan específicos como el significado de un objeto o una acción particular.

Los imaginarios son producto de la imaginación. Y esta es una facultad cognitiva propia del ser humano (Debarbieux, 1995), por la cual es posible crear, reunir y combinar elementos del entorno percibido (Bachelard, 1982). “La imaginación intenta un futuro. Es en primer lugar un factor de imprudencia que nos aleja de las pesadas estabilidades [...] algunas ensoñaciones poéticas son hipótesis de vidas que amplían la nuestra” (Bachelard, 1982, p. 20). En estas páginas, se retoma este fundamento bachelardiano según el cual la imaginación es esencialmente creativa, crea un mundo ensoñado, sin deslindarse de lo representado, ni de la memoria y el recuerdo. Lo representado es la forma de apropiar lo percibido y la memoria es lo que permite que en nosotros perdure aquello representado. Sin embargo, es la imaginación la facultad que permite crear algo nuevo uniendo, de formas diversas, fragmentos (imágenes) de aquello percibido, representado y recordado.

<sup>8</sup> *Zeitgeist* también traducido como espíritu del tiempo, espíritu de una época o incluso, concepción del mundo.

Los imaginarios son el producto de la imaginación. También es relevante recordar la observación de Bachelard en cuanto a la necesidad de estudiar la ensoñación diurna, que paradójicamente ha sido menos estudiada que la nocturna (1982, pp. 24-26). Algo semejante observaba Ernst Bloch (2004 [1959]), quien diferenció dos clases de sueños, los nocturnos y los diurnos. Para Bloch, los primeros pueden ser fantasiosos, aunque también se nutren de las vivencias cotidianas y, por ello, guardan fuerte relación con el pasado. Mientras que los sueños diurnos, más próximos a los deseos, para Bloch, son los que las personas asumen conscientemente: “la relevancia de estos últimos es que poseen un potencial liberador porque constituyen una conciencia anticipadora, porque imaginan un futuro, haciendo posible, así, definir proyectos y a veces orientar las propias prácticas por dichos proyectos y sueños” (Lindón, 2008, pp. 56-57). Así, tanto Bachelard como Ernst Bloch asocian la imaginación con la ensoñación diurna. Y en ello reside la importancia de considerar lo imaginario, en su capacidad creadora o innovadora.

En esta perspectiva de los imaginarios como producto de la creación y la ensoñación, es pertinente incorporar la siguiente afirmación de Raymond Ledrut (1987): “Lo imaginario es un modo de ser de algo que no ha llegado todavía a tener existencia, o que la ha perdido”. En otras palabras, lo creativo, la invención, no le resta a lo imaginario la posibilidad de llegar a ser. Y es en esa posibilidad en donde reside su potencial liberador o innovador. Este esquema de comprensión de lo imaginario se enriquece si se integra el planteamiento de Hélène Védrine (2004), según el cual lo imaginario remite al orden del mito en tanto figura organizadora de la realidad social, con toda el componente emotivo que ello implica. En este rumbo, la relevancia de integrar la dimensión imaginaria en la comprensión de los territorios de la espera de nuestras ciudades se halla en preguntarnos si este fenómeno, —contrario a las lógicas urbanas actuales— como es la espera, genera posibilidades de innovación en la vida urbana, quizás porque la imaginación suele aparecer impregnada de emotividad o por su capacidad de camuflar el tiempo en espacio<sup>9</sup>.

Frecuentemente, el estudio de los imaginarios en las ciencias sociales se suele orientar a imaginarios sociales en sentido amplio. En este texto se sigue una perspectiva algo más específica, los imaginarios urbanos acerca de la espera:

Los imaginarios urbanos son aquellas tramas subjetivas, fantasiosas, acerca de la ciudad y la vida urbana. Al concebirlos como una trama subjetiva se está enfatizando que se trata de diversos elementos que están entrelazados por el sentido común y la imaginación en una secuencia, que conlleva devenires. Dichos elementos son prácticas, a veces bajo la forma de rituales, junto con valores, deseos, intenciones, acontecimientos, restricciones-prohibiciones y también se pueden articular objetos, lugares, sujetos. (Lindón, 2017, p. 113)

<sup>9</sup> La capacidad de la imaginación de condensar el tiempo en espacio puede comprenderse como la capacidad cronotópica de la imaginación. En este sentido cabe recordar que en el cronotopo [artístico literario] tiene lugar la unión de los elementos espaciales y temporales en un todo inteligible y concreto. El tiempo se condensa aquí, se comprime [...]; y el espacio, a su vez, se intensifica, penetra en el movimiento del tiempo (...), de la historia. Los elementos del tiempo se revelan en el espacio, y el espacio es entendido y medido a través del tiempo” (Bajtín, 1989, p. 237).

Dentro del amplio universo de imaginarios urbanos se han estudiado extensamente otros, por ejemplo, el del miedo en espacios públicos, el imaginario urbano de la segregación espacial, el imaginario suburbano, el imaginario urbano del encuentro con la naturaleza armónica, por mencionar algunos. En esta ocasión, el interés radica en preguntarnos si esta dimensión imaginaria que impregna la vida urbana y la construcción social de las ciudades también se especifica y configura de alguna manera en relación al fenómeno de la espera y sus territorializaciones.

Una característica relevante de las tramas de sentido espacializadas que movilizan los sujetos en su habitar los diversos lugares es que no necesariamente proceden de la aprehensión de objetos percibidos, acontecimientos y/o prácticas desplegadas *in situ*. Es frecuente que estas construcciones de sentido evoquen hechos y prácticas de otro momento histórico; o bien, de hechos, objetos, sujetos y prácticas —cotidianidades— que han ocurrido en otros lugares, incluso distantes, y no localmente (Castoriadis, 2007). Este aspecto evidencia el carácter “no representacional” de los imaginarios y también su dinamismo, su constante recreación. Según Castoriadis, lo imaginario “es la capacidad elemental e irreductible de evocar una imagen (...) la capacidad de hacer surgir como imagen algo que no es” (2007, p. 204). Esto se relaciona, de acuerdo con Castoriadis, con la irreversibilidad de la sucesión de los acontecimientos o fenómenos” (2007, p. 324), y con el movimiento en sentido vitalista que hace posible la constante recreación de imágenes, sea en presencia o ausencia de sus referentes empíricos. Dicha irreversibilidad del tiempo no es un fenómeno instituido socialmente, ya que ninguna sociedad podría eliminarla. Sin embargo, la “irreversibilidad es instituida y tenida en cuenta en el representar y hacer la sociedad” (2007, p. 325), de diversas maneras. Por todo ello, Castoriadis considera que “el tiempo como dimensión de lo imaginario (...) es emergencia de figuras otras, de figuras distintas; sobre todo, de imágenes para el sujeto; e instituciones y significaciones imaginarias sociales, para la sociedad” (2007, p. 309).

La continua recreación imaginaria genera la autonomización de lo imaginario respecto a lo concreto y sus materialidades: “una vez planteado, implica unas consecuencias propias, que van más allá de sus motivos funcionales, e incluso los contrarían, que sobreviven mucho tiempo después que las circunstancias que los han hecho nacer” (Castoriadis, 2007, p. 207). Por todo ello, lo imaginario tiene la capacidad de desplazarse en el tiempo y en el espacio, migrar de una ciudad a otra, de un país a otro, y también a través del tiempo. Es por esta ubicuidad propia de los imaginarios urbanos que pueden no representar ningún fenómeno local, o al menos ninguno del aquí y el ahora en el cual el imaginario está activo, y paradójicamente pueden modelar las prácticas cotidianas de los sujetos locales. Le dan inteligibilidad a la ciudad través de su capacidad para configurar y distribuir entre los habitantes de la ciudad, instrumentos de percepción y comprensión de la realidad urbana (Lindón, 2008, p. 40). Por esa puesta en circulación social de esquemas de percepción y comprensión del mundo, los imaginarios urbanos inducen ciertas prácticas o inhiben otras: son actantes.

Las ciudades y la vida urbana están atiborradas de imaginarios. Así como las ciudades se hacen a través de infinitas prácticas espaciales desplegadas por los diversos sujetos sociales interconectados con muchos otros, de la misma forma, en este quehacer cotidiano

se movilizan y ponen en juego innumerables tramas de sentido, imaginaciones e imaginerías que se entretajan con la materialidad (sean construcciones, objetos, corporeidades y performatividades). Dado que la espera es parte de la vida urbana y de esa urdimbre de materialidades y subjetividades, no ha podido quedar fuera del entretendido de imaginarios urbanos con los que los sujetos la puedan comprender, nombrar e integrar en su propia cotidianidad.

## ALGUNOS IMAGINARIOS URBANOS: LA ESPERA DESACREDITADA Y LA ESPERA ESPERANZA

Las dimensiones analíticas de la espera comentadas más arriba han sido exploradas empíricamente en “narrativas de vida espaciales” (Lindón, 2011)<sup>10</sup> de habitantes de la periferia oriental de la ciudad de México. Algunas de las narrativas de vida espaciales que dan sustento a este texto corresponden a una fase de trabajo de campo que se realizó entre 2009 y 2011 con residentes de la periferia oriental de la Ciudad de México denominada Valle de Chalco. La mayor parte de las narrativas de vida que están detrás de este texto son de mujeres jóvenes, de mediana edad y mayores, que realizan desplazamientos cotidianos en transporte público en la ciudad de México, sea por trabajo y/o estudio, y cuyo lugar de residencia es la misma periferia oriental de la Ciudad de México. Esta última etapa del trabajo de campo se orientó a explorar las experiencias espaciales cotidianas femeninas y se realizó como sucesivos encuentros producidos entre 2013 y 2017. El producto de estos encuentros repetitivos —tanto en la etapa de 2009 a 2011 con hombres y mujeres, como en la de 2013 a 2017, solo con mujeres— fueron narrativas extensas, que se transformaron en texto, y posteriormente han sido objeto de interpretación desde un conjunto de ejes analíticos. La interpretación ha indagado en la búsqueda de núcleos de sentido latentes en las narrativas y su anclaje en prácticas espaciales específicas y en lugares particulares.

Sin ninguna aspiración de exhaustividad ni de representatividad, las narrativas de vida resultaron particularmente densas en cuanto a las dos formas de espera que hemos comentado, tanto aquellas que se intercalan en el ciclo cotidiano de las 24 horas, como las otras que se configuran en el tiempo biográfico del narrador. De ahí que fue posible esbozar dos tipos opuestos de imaginarios urbanos de la espera, que seguramente estarán presentes en las tramas de sentido con las que viven la espera otros habitantes de la Ciudad de México y posiblemente de otras ciudades. De igual forma, no se asume que estos dos tipos de imaginarios urbanos sobre la espera sean los únicos o los más relevantes, antes bien están presentes junto a otros que aún no hemos descifrado.

<sup>10</sup> Se recuerda que las narrativas de vida espaciales son abiertas, libres y sin más direccionalidad que la de hablar de la propia vida. Como recurso metodológico de producción de información, en ocasiones es cuestionada por su amplitud y falta de demarcación durante la coproducción entre el narrador y el investigador. En esta investigación, esos rasgos (la ausencia de direccionalidad impuesta por el investigador) constituye su mayor potencial para indagar algo tan amplio, contradictorio, con pliegues y vericuetos, como es la subjetividad espacial, las experiencias espaciales y la vida cotidiana en general.

Uno de estos imaginarios urbanos de la espera, aquel que se refiere a la espera que se presenta de diversas formas en el ciclo de las 24 horas, tiene como rasgo dominante la valoración muy negativa de la espera. Se trata del imaginario urbano de la espera desacreditada, la espera como demora y obstáculo en el ritmo cotidiano. Por ello mismo, cuando las condiciones situacionales lo permiten, los sujetos que traslucen en su discurso este imaginario, intentan encubrir la espera. Una especificidad radica en que el encubrimiento no se presenta como una estrategia frente a los otros, sino consigo mismo. El encubrimiento se intenta alcanzar a través de la realización de diversas actividades, generalmente efímeras, que le resten centralidad a la espera misma. Cuando esta espera ocurre en el espacio abierto y con amplia visibilidad, la valoración negativa se incrementa. En cambio, cuando ocurre en espacios cerrados, dentro de un recinto, puede encubrirse más fácilmente con otras prácticas, y más aún, si se trata de un espacio de vida sobre el que el sujeto que espera tenga algún nivel de control.

Este imaginario lo impulsa al sujeto a hallar estrategias individuales para resolver lo indeseado socialmente —la espera desacreditada— y que es resultante de las lógicas sociales y de las diversas velocidades en las que se desarrolla la vida urbana y la gestión de la ciudad. Así, el sujeto intenta encubrir la espera y desarrollar su vida urbana en consonancia con la aceleración legitimada y valorizada. En general, las estrategias emergentes consisten en encubrir la espera con otras actividades que crean la ilusión de haber colmado esa franja de tiempo y evitar el vacío de tareas. Si bien este imaginario se presenta en hombres y mujeres, para estas últimas el espectro de actividades con las cuales llenar los tiempos aparentemente vacíos, muchas veces propias de la vida doméstica, es muy amplio.

El imaginario de la espera desacreditada parece adquirir más profundidad cuando es revisado a la luz de la perspectiva del ritmo de Lefebvre (1992)<sup>11</sup>. Las pequeñas esperas cotidianas que permiten la emergencia de este imaginario pueden ser significadas como demoras u obstáculos respecto a un ritmo lineal, predeterminado, que no deja lugar a la innovación ni el cambio, pero que el sujeto asume como la forma idónea para alcanzar ciertos fines. En una cotidianidad que aceptara lo imprevisto —lo que es muy poco frecuente en las grandes ciudades actuales—, las esperas podrían ser valoradas como oportunidades para la experiencia distinta, o en las palabras ya citadas de Bachelard, como “un factor de imprudencia que nos aleja de las pesadas estabilidades” (1982, p. 20). En cambio, cuando el sujeto desarrolla su cotidianidad con un ritmo lineal y tiempos previamente establecidos para cada actividad, la pequeña espera cotidiana es rechazada porque introduce una perturbación en una linealidad cotidiana dada y alienante. Esas esperas introducen demoras en la relación medios-fines con la que se instrumentaliza la cotidianidad. El ejemplo más simple de ello es el de la persona que sale en las mañanas de su domicilio para llegar a su lugar de trabajo o de estudio con la expectativa de reproducir un itinerario organizado a través de varios cambios en la modalidad de transporte, para los que conoce *a priori* las duraciones estimadas, y en cierto momento se enfrenta a esperas

<sup>11</sup> Cabe recordar que para Lefebvre (1992) los ritmos lineales son la fuente de la miseria de la vida cotidiana, es decir generan la repetición que conduce a la reproducción social. En cambio, para el filósofo francés, los ritmos no lineales, como por ejemplo los cíclicos, llevan consigo la capacidad de innovar, y así producir la riqueza de la vida cotidiana.

no previstas que obstaculizan la posibilidad de alcanzar su fin (llegar a un lugar en cierto tiempo). En otras palabras, este imaginario de la espera desacreditada parece acercarse a un imaginario de la dominación o colonizado por un *Zeitgeist* que recuerda que no es posible perder tiempo, ni innovar, sino solo reproducir para alcanzar los fines establecidos<sup>12</sup>. El imaginario urbano de la espera desacreditada podría ser una forma de aceptar de manera implícita la lógica de la dominación estructural.

Un segundo imaginario urbano de la espera que surgió de las narrativas de vida analizadas se refiere a una forma de espera de largo alcance, aquella que acompaña alguna etapa de la propia biografía, generalmente anclada en lugares particulares. En este tipo imaginario se advierte que el sentido de la espera se desliza hacia el de esperanza. La espera es valorada de manera opuesta a la del imaginario previo, ya que es sumamente positiva porque le permite al sujeto tejer fantasías urbanas, familiares y personales. Así, este imaginario de la espera-esperanza se atreve a confrontar, no solo la aceleración, sino también el dominio del presente sobre otros tiempos vividos, y así engrandecer el pasado vivido (la memoria) y el futuro imaginado o anticipado.

El imaginario urbano de la espera-esperanza también presenta un rasgo particular: articula —en la trama de sentido— dos temporalidades, el tiempo biográfico y el de los procesos de producción o manufacturación de la morfología urbana, particularmente el tiempo de la consolidación urbana en el caso de las periferias de la ciudad, o de la renovación urbana, en el caso de las áreas centrales. Es frecuente que los estudios urbanos consideren estas dos temporalidades por separado, como si fueran dominios de la vida inconexos. Así se suele asumir que es muy diferente la vida de los habitantes de la ciudad (la biografía), que la historia de la ciudad, de un barrio, una colonia o un área urbana. Como ejemplo de ello, los saberes especializados (los estudios urbanos) suelen mapear los procesos de expansión urbana, de suburbanización y otros semejantes, como los de gentrificación, renovación o degradación urbana. Sin embargo, las experiencias espaciales de los habitantes de esos territorios en diversos niveles de expansión urbana y consolidación, o bien de degradación o renovación urbana, difieren radicalmente según la etapa de la vida en la cual allí se reside. Por ejemplo, el lodazal de calles sin pavimentar característico de las periferias no consolidadas, durante estaciones lluviosas, no se experimenta igual por el niño que en él descubre nuevas texturas y materiales, que por el adulto que debe sortearlo para llegar a su lugar de trabajo, o por el adulto mayor con dificultades motrices. Una debilidad de los estudios urbanos de este tipo de fenómenos ha sido analizar la

<sup>12</sup> Si bien la imaginación y lo imaginario suelen ser asociados con la innovación y la creatividad, cabe recordar que Castoriadis reconoció que no siempre lo imaginario es creativo. Lo imaginario también puede estar colonizado. Así, Castoriadis identificó dos tipos de imaginarios: el imaginario radical y el imaginario segundo o derivado (2007) —en permanente tensión—; este último sería más próximo al imaginario lacaniano (repetitivo). El primero se identifica por la capacidad creativa/productiva, y de él resulta la posibilidad de transformación de las sociedades. En cambio, el segundo se alimenta del repertorio de las imágenes e ideas vigentes en la consciencia/inconsciencia colectiva. El imaginario segundo o derivado es parte del apoderamiento que realiza la sociedad de la imaginación particular del individuo. De ese modo, el sujeto no pensará ni imaginará más que lo que socialmente se le induce pensar y hacer. Pero el imaginario radical emerge porque ese apoderamiento nunca es total, y la imaginación se manifiesta por ejemplo en el sueño, la fantasía, la enfermedad y la transgresión en sus diversas modalidades (Poirier, 2004).

materialidad del espacio urbano de la ciudad con independencia de las biografías de sus habitantes, y más aun omitiendo los imaginarios que las personas tejen en su vida práctica, acerca de esos lugares.

Frente a esas perspectivas analíticas que separan y deslindan ámbitos de la vida social, el imaginario urbano de la espera-esperanza que se pone en movimiento en la cotidianidad de diversas personas constituye una evidencia del carácter holístico de la realidad misma, al articular ambas temporalidades en la vida práctica. Por ello, las personas que construyen un discurso sobre sus experiencias urbanas desde este imaginario (y posiblemente, también desde otros imaginarios), de manera espontánea entrecruzan esas dos temporalidades, las etapas de la propia vida y las transformaciones materiales del área de la ciudad habitada.

Los siguientes fragmentos son parte de narrativas de vida de personas que llegaron a residir a la periferia oriental de la ciudad de México (Valle de Chalco), más o menos en la misma época (a mediados de los años ochenta del siglo XX). Sin embargo, la condición biográfica de cada una resultará decisiva para configurar de diferentes formas sus experiencias espaciales que no son únicas, sino singulares, es decir compartidas con ciertas otredades.:

Quando llegamos, fueron tiempos muy difíciles, pero a la vez muy reconfortantes para nosotros. Por ejemplo, yo que viví con la familia de mi esposo, cuando me vine para acá, para mí fue la gloria, a pesar de todas las carencias, a pesar de todas las necesidades, fue lo mejor que pude haber hecho, venirme a vivir aquí. Sufrimos las carencias, pero siempre esperando que mejorara, con la ilusión de tener lo nuestro aquí, y con el tiempo ya se ha ido mejorando. Ya se han compuesto las calles un poquito, ya hemos podido tener un poco mejor nuestra vivienda. También tenemos los servicios que nos hacían tanta falta, seguimos mejorando. (Ofelia, 50 años)

Mucho tiempo esperamos a tener la casa construida. Por ejemplo, cuando mis hermanas cumplieron sus quince años, pidieron que en vez de la fiesta les hicieran su cuarto. Todos esperábamos tener la casa. Cuando yo salí de la preparatoria, ya estaba construida la casa. Entonces hice una pequeña fiesta aquí y fue muy bonito porque pude convivir con mis amigos dentro de mi casa, en un lugar cerrado. Aquí las fiestas son en las calles y es donde se corre más riesgo, más inseguridad, peligro, en cambio mi fiesta fue cerrada, fue muy bonito, lo había esperado mucho y ahora lo recuerdo con mucho gusto. (Erick, 25 años)

Así, el imaginario de la espera como esperanza se proyecta sobre un futuro impreciso, y valora de manera positiva la espera porque imagina su espacio de vida como otro, y así construye “figuras distintas” (Castoriadis, 2007, pp. 311-313). En este sentido el imaginario urbano de la espera-esperanza se puede asimilar a las heterotopías de Foucault (2009[1984]): las heterotopías designan lugares situados, localizables en el espacio (a los que se puede llegar caminando, en bicicleta, en automóvil, en tren, y no solamente con la imaginación), y por ello son lugares reales. Su especificidad radica en que funcionan como contra-lugares, o lugares otros, por eso las heterotopías utopizan el espacio social real, los lugares vividos y atravesados.

Es este un imaginario urbano diferente al previo ya que se imagina un futuro mejor en un lugar concreto, como puede ser el de residencia. Se trata de un imaginario que deja al sujeto en una espera indefinida, que depende de otros, como puede ser la consolidación

urbana, el acceso a la vivienda o mejoras en la relación laboral. Por ello, se trata de una espera en tiempos más o menos largos (tiempos biográficos). Como lo esperado se articula en el proyecto de vida, es una espera deseada que configura una fantasía. Todo lo que queda diferido para un tiempo incierto también obliga al sujeto a resolver con algunas estrategias individuales aquello que aún no se logra. Este imaginario urbano de la espera-esperanza parece más próximo a los imaginarios de la resistencia, en tanto ayuda a resistir condiciones desfavorables actuales. Posiblemente, la forma que adopta ese sueño, fantasía, está colonizada porque procede de modelos de vida y ciudad dados; sin embargo, no pierde el carácter de resistencia en cuanto a impulsar al sujeto a intentar un futuro mejor. En esta perspectiva, estos imaginarios se entrelazan a veces con los procesos de producción y otras, con los de reproducción socio-espacial de nuestras ciudades.

## REFLEXIONES FINALES

La integración de los imaginarios en los estudios urbanos aporta algo muy valioso a este campo de estudio, como es la posibilidad de unir analíticamente aspectos que fueron deslindados en los diversos abordajes consolidados, en buena medida por las tendencias a la especialización en temas y subtemas. Los imaginarios ofrecen esta posibilidad porque su esencia en la vida urbana es la de unir piezas aparentemente inconexas, y así continuar tejiendo esa malla de sentido gracias a la cual el hacer del urbanita le da profundidad a la vida urbana. Por ello, estudiar los imaginarios urbanos implica asumir el desafío de rearmar el rompecabezas de la ciudad y la vida urbana.

La exploración parcial que se ha realizado en estas páginas también muestra que el carácter holístico de los imaginarios urbanos se puede hallar en fenómenos aparentemente banales y pequeños, pero que son parte de la ciudad y la vida urbana, como es el caso de la espera en sus variadas formas. En otras palabras, los imaginarios urbanos no solo dan cuenta de la ciudad misma, también pueden emerger a partir de las tramas de sentido tejidas en torno a pequeños y diversos fenómenos urbanos, como el caso aquí revisado, el de la espera.

Aun cuando la espera pueda ser considerada un fenómeno banal al que solo recientemente se le ha empezado a prestar atención en las ciencias sociales, se vio que es multidimensional: es parte de la vida cotidiana, es vivida por los diversos sujetos sociales, es tiempo, también se territorializa y se entreteje en el *Zeitgeist* de cada época. Por esa multidimensionalidad que es propia del fenómeno de la espera, existen muchas formas de espera: de duración corta o extensa, territorializada en espacios abiertos y de amplia visibilidad, o en espacios cerrados y de visibilidad restringida, territorializada en lugares destinados a ella o en otros no acondicionados para esperar. Reflexionar sobre los territorios de la espera implica orientarse analíticamente a espacios y tiempos intersticiales (Musset, 2015, p. 307), considerando que lo intersticial se extiende fuera de la pausa en el tiempo que supone la espera misma y conecta con otros espacios y tiempos. De igual forma, se ha encontrado que la espera puede ser objeto de valoración muy negativa, rechazada; o bien, puede ser reconocida como favorable a la vida misma. En ocasiones se articula con las grandes ideas de una época, o bien confronta a esas ideas legitimadas.

En las páginas previas se revisaron dos modalidades particulares de la espera: aquella que se produce en el ciclo cotidiano de las 24 horas, y por lo mismo suele ser de corta duración y se intercala en los ritmos cotidianos, con diversas territorializaciones. Por otro lado, se consideró la espera de largo plazo que acompaña la biografía de las personas y las biografías de los lugares de las personas. En este texto, y a la luz de las narrativas de habitantes de la periferia de la Ciudad de México, la primera forma de espera, y por el imaginario urbano tejido en torno a ella, ha sido identificada como la espera desacreditada; y la segunda, como la espera-esperanza que proyecta favorablemente la cotidianidad más allá del presente.

Estos hallazgos permiten matizar algunas afirmaciones muy difundidas en el pensamiento posmoderno acerca de las ciudades y la vida urbana actuales: aquellos planteamientos que enfatizan la regencia del presente, y la cancelación del futuro como horizonte de vida y la desvalorización del pasado. En el fenómeno analizado estos planteamientos presentistas (de corte posmoderno) emergen en el caso del imaginario urbano acerca de la espera en el ciclo de las 24 horas. Precisamente, por esa regencia del presente atiborrado de actividades (porque no habría futuro) emerge el imaginario urbano de la espera desacreditada, el vacío de actividades o la pérdida del tiempo sin actividades, el tiempo que se detiene.

Sin embargo, la espera que acompaña la vida de las personas y sus lugares (no la que se consume en el ciclo de las 24 horas) construye un imaginario que le permite al urbanita resistir la cotidianidad del presente con todas sus carencias y sufrimientos. Esa forma de espera-esperanza restituye a los sujetos la proyección sobre el futuro que aún no llega, pero van dibujando desde el presente. Y así confronta el *Zeitgeist* que, bajo el culto de la aceleración, supuestamente borró el futuro de la vida actual. El futuro y las fantasías a él asociadas se integran en las biografías a través de la espera, ambigua, incierta y de fronteras difusas: una espera que se hace esperanza, deseo, creencia, todas expresiones de un devenir, un fluir del tiempo, una forma de movimiento vitalista. Este imaginario de la espera esperanza bien puede acercarse a las ensoñaciones diurnas y recuperar la capacidad innovadora de la conciencia anticipatoria.

Algo relevante es que estos dos imaginarios urbanos en torno a la espera pueden llegar a ser asumidos por el mismo sujeto, porque se activa uno u otro en diferentes temporalidades. Así, la espera media entre un modo de vida urbano acelerado y centrado en el presente, que rechaza la espera, pero no la puede erradicar; y la integra en un modo que también habita proyectado en el futuro, con fantasías espaciales y heterotopías de otras ciudades, otros barrios, otros lugares de residencia. Ello no desconoce que algunas narrativas asumen solo uno de estos imaginarios urbanos de la espera. En esos casos, las narrativas de jóvenes son las que más frecuentemente integran el imaginario urbano de la espera desacreditada. En tanto que las narrativas de adultos dejan emerger sobre todo el imaginario urbano de la espera esperanza.

En síntesis, estas páginas aspiran a poner en evidencia la relevancia de explorar diversos espacios y tiempos intersticiales —en este caso ha sido la espera, aunque podrían ser otros— en los cuales se pone en juego la ciudad y la vida urbana. Y reconocer así, que el intersticio puede hablar de algo que lo desborda, como sería la ciudad y la vida urbana en

términos amplios, y también puede estar configurado por la ciudad y ser modelador de la vida urbana de alguna manera, aun cuando sea parcial. De igual forma, el intersticio y los espacios liminares pueden estar dominados por lógicas de la reproducción de pautas urbanas muy legitimadas, pero también es posible que el intersticio y las liminaridades se muevan con lógicas de la resistencia a los modelos urbanos instituidos, y en ese sentido sean capaces de esbozar líneas de cambio.

## REFERENCIAS

- Bachelard, G. (1982). *La poética de la ensoñación*. México: Fondo de Cultura Económica.
- Baeza, M. A. (2003). *Imaginarios sociales: apuntes para la discusión teórica y metodológica*. Universidad de Concepción, Concepción.
- Bajtín, M. (1989). *Teoría y estética de la novela*. Madrid: Taurus.
- Belinsky, J. (2007). *Lo imaginario: un estudio*. Buenos Aires: Nueva Visión.
- Bloch, E. (2004). *El principio esperanza*. Obra completa. Trotta: Madrid.
- Calvino, I. (1980). *Si una noche de invierno un viajero: ¿una metáfora de la posmodernidad?* Barcelona: Editorial Bruguera.
- Castoriadis, C. (2007). *La institución imaginaria de la sociedad*. Buenos Aires: Tusquets.
- Correa, V., Bortolotto, I y Musset, A. (Eds.). (2013). *Geografías de la espera: migrar, habitar y trabajar en la ciudad de Santiago, Chile. 1990-2012*. Santiago de Chile: Uqbar Editores. ISBN: 978-956-9171-16-1.
- Debarbieux, B. (1995). "Imagination et imaginaire géographique". En: A. Bailly, R. Ferrás y D. Pumaine, (Eds.), *Encyclopédie de la géographie* (pp. 875-888). París: Económica.
- Delgado, M. (1999). *El animal público. Hacia una antropología de los espacios públicos*. Barcelona: Anagrama.
- Foucault, M. (2009). *Le Corps utopique - Les Hétérotopies* (avec une postface de Daniel Defert). París: Nouvelles Éditions Lignes, 64p., [1984], «Des espaces autres», *Architecture, mouvement, continuité*, núm. 5.
- Gil Villegas, F. (1996). *Los profetas y el mesías: Lukács y Ortega como precursores de Heidegger en el Zeitgeist de la modernidad (1900-1929)*. México: Fondo de Cultura Económica.
- Goffman, E. (1970). *Estigma: la identidad deteriorada*. Buenos Aires: Amorrortu.
- Harvey, D. (1989). *The Condition of Postmodernity: An Enquiry into the Origins of Cultural Change*. London: Blackwell.
- Honoré, C. (2004). *In Praise of Slowness: How a Worldwide Movement is Challenging the Cult of Speed*. New York: Harper Collins Publishers.
- Ledrut, R. (1987). Société réelle et société imaginaire. *Cahiers Internationaux de Sociologie*, 82, 41-56.
- Lefebvre, H. (1981). *Critique de la vie quotidienne. Vol. III : De la modernité au modernisme (Pour une métaphilosophie du quotidien)*, París, L'Arche Editeur.
- Lefebvre, H. (1992). *Elements de rythmanalyse: Introduction a la connaissance des rythmes*. París: Ediciones Syllepse.
- Lindón, A. (2011). "Las narrativas de vida espaciales y los espacios de vida". En: B. Nates y F. César Londoño (coords.), *Memoria, espacio y sociedad* (pp. 13-32). Barcelona: Anthropos.

- Lindón, A. (2015). "Del cronotopo fundacional a la construcción socio-espacial del territorio vallechalquense". En: A. Lindón y C. Mendoza (coords.), *La periferia metropolitana: entre la ciudad prometida y un lugar para habitar la Ciudad de México* (pp. 115-150). Gedisa: México.
- Lindón, A. (en prensa), "Experiencias espaciales femeninas en los desplazamientos cotidianos", *Revista Mexicana de Sociología*.
- Maffesoli, M. (1992). *La transfiguration du politique. La tribalisation du monde*. Paris : Grasset.
- Musset, A. (2015). De los lugares de espera a los territorios de la espera: ¿Una nueva dimensión de la geografía social? *Documents d'Anàlisi Geogràfica*, 61(2), 305-324.
- Neira, H. (2015). *Teoría y práctica del ensayo*. Lima: Cauces Editores.
- Poirier, N. (2004). *Castoriadis: el imaginario radical*. Buenos Aires: Nueva Visión.
- Pred, A. (1981). Social reproduction and the time-geography of everyday life. *Geografiska Annaler, Serie B, Human Geography*, 63(1), 5-22.
- Pred, A. (1984). Place as historically contingent process: Structuration and the time-geography of becoming places. *Annals of the Association of American Geographers*, 74(2), 279-297.
- Sabot, P. (2012), « Langage, société, corps. Utopies et hétérotopies chez Michel Foucault », *Materiali Foucaultiani*, mf/materiali foucaultiani, 2012, I (1), pp.17-35, <http://www.materialifoucaultiani.org/fr/rivista/volume-i-numero-1.html/halshs-00746742>
- Sansot, P. (1998). *Du bon usage de la lenteur*. Paris: Payot.
- Seamon, D. (1979). *A Geography of the Lifeworld*, New York: St. Martin's Press.
- Seamon, D. (2007). "Interconnections, Relationships, and Environmental Wholes: A Phenomenological Ecology of Natural and Built Worlds". En: Abram, David y Melissa Geib (Ed.), *Phenomenology and Ecology* (pp. 53-86). Pittsburgh: Duquesne University Press.
- Simmel, G. (1986 [1908]). "Las grandes urbes y la vida del espíritu", *El individuo y la libertad. Ensayos de crítica de la cultura* (pp. 247-262). Barcelona: Editorial Península.
- Védrine, H. (2004 [1990]). *Les grandes conceptions de l'imaginaire de Platon à Sartre et Lacan*. Paris : Librairie Générale Française.
- Vidal, L. y Musset, A. (eds.). (2015). *Les Territoires de l'attente : Migrations et Mobilités dans les Amériques (XIXe - XXIe Siècle)*. Presses Universitaires de Rennes.
- Vidal, L., Musset, A. y Vidal, V. (2011), « Sociétés, mobilités, déplacements : les territoires de l'attente », *Confins - Revue franco-brésilienne de Géographie/Revista franco-brasileira de geografia*, Hervé Théry, 2011, 13, [http://con\\_ns.revues.org/7274](http://con_ns.revues.org/7274). <10.4000/con\_ns.7274>. <hal-00752549>



# DES-SIMBOLIZACIÓN Y RE-SIMBOLIZACIÓN DE LA CIUDAD: EN BUSCA DEL ESPACIO URBANO PERDIDO

---

ÁNGEL ENRIQUE CARRETERO PASÍN\*

## INTRODUCCIÓN

No cabe duda de que existe un antes y un después en la concepción de la ciudad a causa del punto de inflexión supuesto por el designio en cómo la sociedad moderna ha entronizado la categoría histórica de “progreso”. De este viraje gnoseológico emergerá tanto la exaltación de la ciudad —en cuanto inequívoco signo de una universalista civilidad superadora de una vida angostamente acotada dentro de los linderos del localismo— como su vilipendio —confesada denuncia del agrandado desarraigo en el tejido humano del cual el despliegue de la ciudad se nutre—. Un doble relato acerca de la ciudad que perdurará incólume hasta nuestros días.

Es interesante mostrar cómo el despliegue del programa rector del urbanismo moderno corre paralelo a un proceso de des-simbolización de la ciudad. De hecho, el sueño, finalmente coronado en imagen distópica, de este diseño urbano será una evacuación de lo simbólico de su escenografía. La distopía se encauzará a dar prevalencia a una ciudad gobernada a merced de los dictados decididos por los flujos de capital y las prerrogativas de la burocracia, solapándose sobre una ciudad provista de cualidad y singularidad propias. A tenor de lo expuesto es fácil diagnosticar el por qué el espacio urbano será un dominio más en donde se estaría explicitando un haz de fuerzas en disputa inserto en unas interacciones de poder que atraviesan toda estructuración social.

Sin embargo, como efecto de contrapartida a esta des-simbolización, la creatividad de los habitantes del espacio urbano se afanará en una tentativa de re-simbolización que, en aras de una reincorporación de lo singular y de lo cualitativo, se empeñará en dejar constancia de la inscripción acreditativa de su espectro simbólico sobre ciertas parcelas territoriales.

En adelante, desgranaremos detalladamente la doble caracterización de esta fenomenología social que, sin duda, ha de pivotar en torno al papel conferido al símbolo, y por ende al “imaginario social”, como aposento del vínculo subjetivo contraído entre la ciudad y quienes en ella cohabitan. De manera que la presencia de los “imaginarios sociales” en ciertas texturas del espacio urbano evidenciará que el enardecimiento de la “ciudad real” no alcanzará a mostrar la realidad más íntima de la ciudad.

---

\* IES Rosalía de Castro. Universidad Santiago de Compostela, España.

## EL CLAROSCURO DE LA CIUDAD MODERNA: APROXIMACIÓN A UNA AMBIVALENTE LECTURA DEL ESPACIO URBANO

Desde sus alejados orígenes, la consideración holística de la ciudad ha despertado una sempiterna lectura ambivalente. Ella ha oscilado, al unísono, entre sus bondades y sus maldades, entre el cielo y el infierno metafóricos. De partida, recalquemos que en el tránsito de la Alta a la Baja Edad Media europea, con la aparición de los mercaderes y banqueros medievales, se inaugurará un fenómeno histórico basado en la eclosión de la ciudad. Circunstancia ciertamente paradigmática, puesto que la sobrevaloración de la motivación económica será un factor decisivo que recorrerá y decantará enteramente el destino del itinerario seguido por el urbanismo occidental, determinando la primacía desempeñada por la racionalidad económica y su casi absoluta absorción del elenco de actividades de la ciudad. De tal manera que, en el periodo antes mencionado, la ciudad pasará a erigirse en el centro neurálgico de atracción y desarrollo de la revolución comercial que se pondrá irremediabilmente en marcha entre los siglos XI al XIII por una burguesía en ciernes (Le Goff, 2004, pp. 13-15). Este hecho es el primer paso de un encadenamiento sucesivo de acontecimientos que cuajará, ya en el siglo XVI, con el advenimiento de la ciudad como *sujeto* (Castro Nogueira, 1996, p. 45).

Aunque, a decir verdad, será realmente a partir del meridiano del siglo XIX, acompañándose con un acelerado despegue de algunos emblemáticos núcleos urbanos, tales como Londres y París, cuando la ambivalencia recalada se evidencie en toda su nitidez. No es baladí, en esta medida, que, precisamente en esta coyuntura histórico-geográfica, hubiera irrumpido un inédito prototipo de ciudad, el capitalista-industrial, surgido originariamente a raíz de un colapso del modelo de ciudad tradicional propiciado por una crisis de la civilización agrícola europea (Lefebvre, 1978, p.148). En el marco de esta encrucijada histórica, el triunfo de una unilateral versión del progreso, emparentada con una universalización del sistema económico capitalista, pasará a ser el referente arquetípico desde el cual demarcar una contradictoria hermenéutica de la ciudad. Por tanto, la temática en torno a ella, en tanto casuística con una idiosincrasia genuinamente sociológica, es inseparable del advenimiento del itinerario modernizador tal como este habría adoptado su semblanza en Occidente. En este contexto, su evaluación acaparará tanto a sus adeptos admiradores como soliviantará a sus más enconados detractores. Si bien un magnetismo o repulsión en torno a ella habrán de ser encuadrados en un horizonte más amplio en donde la modernidad será, en efecto, enjuiciada en su globalidad.

Por una parte, al calor y fascinados por la atmósfera progresista que envolverá a la época, la ciudad comparecerá como la quintaesencia de un espíritu civilizador superador del atraso y de la barbarie históricamente enquistados, además de como el vehículo por antonomasia conductor de un universalismo ampliador de las presuntas limitaciones en la libertad individual adosadas a un formato de vida de corte localista. En último término, se aspiraba a dar carta de legitimación a una preeminencia de la vida urbana sobre la rural, y, de paso, a la casi ancestral dominación de la ciudad sobre el campo. La loa al estilo de

vida urbano irá pareja a la de la modernización y su corolario económico, el industrialismo<sup>1</sup>. Los imperativos instados bajo el convencimiento de una visión de la ciudad asumida como el auténtico centro neurálgico destinado preferentemente tanto a la productividad industrial como a un ingente aflujo, bien sea de mercancías, personas o medios de transporte, colonizarán su fisonomía, haciendo una definitiva mella en el paisaje urbano. Una formalizada modelización de lo urbano doblegada a las exigencias de un sistema económico capitalista consonante con los intereses financieros de la burguesía de esta época.

El siglo XVIII supondrá un eclipse del aura identitaria y determinantemente religiosa que había sobrevolado, inequívocamente, como el emblemático canon de ciudad europea en fases históricas secuencialmente anteriores. El novedoso perfil de la gran ciudad se readecuará a las exigencias funcionales emprendidas a raíz de la modernidad, así como a la aceleración en el ritmo temporal por ella instaurado. Sin duda concordará, principalmente, con un descontrolado aumento poblacional, en conjunción con las directrices prescritas por las leyes gobernadoras de la industria y del tráfico mercantil. La respuesta a este naciente decorado abrazará la gestión de un diseño organizador y planificador de la cartografía urbana que procure abortar un abandono de la ciudad al albur de los caprichos dictados de unas prácticas anárquicas circundante por las calles.

Se ha insistido hasta la saciedad en que la ilustración más arquitectónicamente paradigmática de este proceso regulador de la cartografía urbana habrían sido las medidas protagonizadas en París, al unísono emblema por antonomasia del vanguardismo urbanístico y de la modernidad cultural, por el prefecto Georges E. Haussman a mediados del siglo XIX, en la atmósfera de las reformas que le fueran encomendadas por Napoleón III. Su objetivo último radicaba en una conversión de la ciudad en una entidad enteramente funcional, bendecida por el progreso, aunque a riesgo de, como tributo, verse arrinconado el espontáneo dinamismo efervescente en sus calles. De hecho, intencionadamente, su proyecto de reforma permitirá desplazar físicamente al proletariado, junto a la beligerancia de sus demandas revolucionarias, hacia unas localizaciones más periféricas de la ciudad, transformando a las céntricas en un protectorado incontaminado por la incoación de una tumultuosa atmósfera de revuelta. Desde entonces, París se encomió como el ideal urbanístico por excelencia, abanderado del progreso y reflejo de imitación por parte de toda Europa.

Marshall Berman, glosando la sensibilidad estética de Charles Baudelaire en torno a esta nueva iconografía urbana que con celeridad se estaría abriendo paso, comenta lo siguiente:

Sus mejores escritos Parisienses se corresponden al momento histórico preciso en que, bajo la autoridad de Napoleón III y la dirección de Haussman, la ciudad estaba siendo sistemáticamente demolida y reconstruida. Mientras Baudelaire trabajaba en París, las obras de demolición proseguían a su alrededor, sobre su cabeza y bajo sus pies. Baudelaire se veía no solo como un espectador, sino también como un participante y protagonista de esta obra en marcha; su propia obra

<sup>1</sup> De hecho es congruente con que la gran mayoría de las teorías de la modernización hubieran reforzado a los procesos de industrialización y/o urbanización como concomitantes de ella (Solé, 1976, pp. 31-33).

Parisiense expresa este drama y este trauma. Baudelaire nos muestra algo que ningún escritor ve tan bien; cómo la modernización de la ciudad inspira e impone a la vez modernización de las almas de sus ciudadanos. (Berman, 1988, p. 146)

De súbito manará una contraimagen desmentidora de los vítores sobreañadidos a esta figuración de la ciudad. La ciega fe en el progreso modernizador, inductora de la ciudad como un valor en alza, encontrará su envés en el brote de una sensibilidad profundamente refractaria a una seducción por parte de las bienaventuranzas alardeadas en torno a ella. El recelo hacia una *fetichización* de lo urbano contaminará, en tono a veces dispar aunque mediante variantes discursivas con un denominador común presidido por un distanciamiento con respecto al mundo moderno, buena parte de la escenografía ambiental de la época.

Por una parte, inspirándose en una fidelidad al legado del espíritu preconizado desde el romanticismo, la ciudad dejará entrever sus sombras con la degradación de la experiencia subjetiva y el acrecentamiento de una pauperización en su textura comunitaria. Una buena ilustración es la condena, ya anunciada por la intuición filosófica de Friedrich Nietzsche, que provocará en Georg Simmel un estilo de vida en la urbe que pretenderá ser exportado como dogmático lema a todas las otras latitudes geográficas. Ella se amolda perfectamente en la contraimagen antes señalada, contraindicando una emblemática actitud de repudio hacia la vida en la ciudad. Para él esta condena manaría de lo que en esta desgraciadamente se explicitaría: el gobierno de un modo de vida alzado desde un conjugado binomio de lo que él llama “economía monetaria” —léase capitalismo— e “intelectualismo”. Ambos indudablemente incompatibles con una autenticidad vital.

Esta racionalidad, reconocida de este modo como un preservativo de la vida subjetiva frente a la violencia de la gran ciudad, se ramifica en y con múltiples fenómenos particulares. Las grandes ciudades han sido desde tiempos inmemoriales, la sede de la economía monetaria, puesto que la multiplicidad y aglomeración del intercambio económico proporciona al medio de cambio una importancia a la que no hubiera llegado en la escasez del trueque campesino. Pero economía monetaria y dominio del entendimiento están en la más profunda conexión. Les es común la pura objetividad en el trato con hombres y cosas, en el que se empareja a menudo una justicia formal con una dureza despiadada. (Simmel, 1998, pp. 248-249)

Por otra parte, confluyendo en este aspecto —como en otros— con el romanticismo, el *ethos* del tradicionalismo no será tampoco nada indulgente con el absurdo esfuerzo programático por enaltecer y por dar una rúbrica de universalismo al mundo urbano abrigado por la modernidad capitalista. Esta ponderación le abocará a idealizar un estilo de vida sostenido sobre un lazo colectivo inherentemente orgánico y pretérito al favorecido por el sistema de producción capitalista, el de la “comunidad rural”, sazónándolo de un aura de ensoñadora nostalgia. El papel aquí reservado a la tradición será el de un reencuentro con un recurso simbólico-cultural que, entrelazado con un orden de cuño normativo, salvaguardaría un patrimonio inmaterial atesorado por la comunidad, vacunando al tejido relacional frente a no solo unas potenciales disfuncionalidades estructurales sino, también, una galopante uniformización estratégicamente conjugada con un repliegue hacia

el aislamiento. A ello corresponderá su tan vagamente embellecido, cuando no idílico, retrato de la organicidad de la forma de vida prototípica de la ciudad precapitalista.

En esta reescritura del mundo precapitalista primaba, por encima de cualquier otra estampa, el realce ideológico atribuido a un sentir comunitario refrendado a instancias de la reserva a una tradición penetrada íntegramente por un *nomos* religioso. La visión ofrecida por Ferdinand Tönnies, de la que con suma facilidad pudieran hallarse precursores cercanos como Alexis de Tocqueville u otros, no deja lugar a dudas, expresando este retrato fidedignamente.

La ciudad es la protectora de la paz colectiva y de la normativa en que esta paz se realiza, dentro y fuera, como la organización del trabajo. Son éstas, normas sagradas de significado moral inmediato. El gremio constituye una comunidad religiosa, y lo propio sucede con la ciudad. A este tenor, la existencia económica de una ciudad perfecta, tanto en el mundo helénico como en el germano, no puede abarcarse por completo a menos que el arte, en igual medida que la religión, sean considerados como la función más elevada e importante de la ciudad entera y, en consecuencia, de su gobierno, sus estamentos y sus gremios. El arte y la religión ejercen influencia y reciben el reconocimiento significativo de la vida diaria en las actividades de la ciudad, en tanto que modelos y reglas de pensamiento y acción, orden y ley... El consejo de la ciudad entiende que no es bueno que la ciudad necesite exportarse a sí misma ni que haya de importarse lo dañino; el gremio en particular se cuida de que los productos vendidos por sus señores sean buenos y dignos del gremio. La iglesia y el clero se encargan de advertir de los efectos destructores del comercio y la industria. (Tönnies, 1979, pp. 65-66)

Con todo, la imagen, esta vez de naturaleza literaria, a través de la cual mejor se refleja el opositor contraste entre el desmedido énfasis organizativo puesto en marcha por el diseño urbanístico moderno y la vida transeúnte naturalmente emanada de las calles es la encerrada en el *flâneur*, célebremente glorificada en la obra poética de Ch. Baudelaire. La figura de este personaje se haya permanentemente desocupada en el seno de la incesante laboriosidad y bullicio circulante en la colmena productiva. Su óptica resulta ser la de un vagabundo fundido —además de confundido— entre una anónima, anómica y enfilada multitud, abandonado a una deriva imperiosamente errante. Esta actitud le reportará, empero, el privilegio de observar lo que la gran mayoría, presa inconscientemente sonámbula del vértigo ocasionado por el ciego automatismo reinante en las calles, se ve imposibilitada para apreciar. Un espectáculo de rostro infernal, pero del cual el *flâneur* se servirá como filón para conseguir extraer una fuente de inspiración para su transfiguración en forma estética.

De partida, su expresa intencionalidad será la de deconstruir el régimen de temporalidad burgués, colocándose al margen del trajín reinante en la urbe. La mirada de este ensoñador paseante se entrega a una desnudez contemplativa, a una mística profana, que, íntimamente amalgamada con una escrutadora mirada microsociológica apegada a instantáneas de sello cotidiano, le permite traducir la esencia ontológica de París, la capital moderna por excelencia. Una buena ilustración de ello es el Poema *Los ciegos*:

¡Alma mía contémplosos; ¡Son en verdad espantosos;  
A maniqués iguales, vagamente ridículos;

Semejan a sonámbulos distintos y terribles  
Lanzando a alguna parte sus globos tenebrosos.

Sus dos ojos, de donde huyó la chispa mágica,  
Cual si la lejanía contemplaran, se elevan  
Al cielo; nunca vemos que inclinen la tierra  
Con este aire soñador sus sólidas cabezas.

Atraviesan así lo oscuro ilimitado,  
Ese hermano gemelo del silencio. ¡Oh ciudad!  
Mientras que en torno nuestro vives vociferante,  
Ávida de placer hasta la atrocidad  
¡Mira; ¡También me arrastro; Y aún más embrutecido  
Me pregunto: ¿Qué buscan los ciegos por el cielo?

(Baudelaire, 1977, p. 123)

Walter Benjamin, ávido comentarista de la obra de Baudelaire, gustaba de rememorar la desangelada descripción, ya prefigurada —a su decir— en la narrativa de Edgar Allan Poe, que Friedrich Engels había hecho del Londres de su época. El escenario urbano manifiesto en la capital británica sobrepasaría incluso la ya de por sí acusada impersonalidad que inundaba el trajín parisino poéticamente inmortalizado en las estampas literarias de Baudelaire.

Ya el hormigueo de las calles tiene algo de repugnante, algo en contra de lo cual se indigna la naturaleza humana. Estos cientos, miles que se apretujan unos a otros, ¿no son todos ellos hombres con las mismas propiedades y capacidades y con el mismo interés por ser felices?... Y sin embargo corren dándose de lado, como si nada tuviesen en común, nada que hacer los unos con los otros, con un único convenio tácito entre ellos, el de que cada uno se mantenga en el lado de la acera que está a su derecha para que las dos corrientes de la aglomeración, que se disparan en uno y otro sentido, no se detengan la una a la otra; a ninguno se le ocurre desde luego dignarse echar una sola mirada al otro. La indiferencia brutal, el aislamiento insensible de cada uno en sus intereses privados, resaltan aún más repelente, hirientemente, cuanto que todos se aprietan en un pequeño espacio. (Benjamin, 1998, pp. 136-137)

No resulta baladí que Haussman se encuentre claramente en el punto de mira de W. Benjamin. El berlinés entiende que, aun siendo el calado de las reformas por él implantadas un problema que atendería a la desestructuración de una cultura popular enclavada en la ciudad, es, fundamentalmente, un problema destilado por un móvil *político*, “el de asegurar —se nos dice— la ciudad contra la guerra civil”. En el especial empeño del laureado prefecto por consumir una expropiación de la vida urbana de acuerdo a su completa sumisión a los fines de una lógica de mercado capitalista subyacerá un propósito mantenedor de una dominación de clase, contenedor de las fulgurosos reclamos nacidos de los sectores sociales más oprimidos<sup>2</sup>. Sin embargo, un cincelado del espacio urbano en el que se acalla

<sup>2</sup> Piénsese que el París del momento es el centro de operaciones de la burguesía francesa. Es el emblemático foco irradiador del modelo idealizado de lo que debiera ser una ciudad moderna. Es el espejo en

una insurgente conflictividad que lo atraviesa y que, en caso de desatarse, amenazaría no solamente con mancillar el *glamour* de sus avenidas sino, además, con inyectar un clima de abrupto desconcierto en su disciplinado funcionamiento diario. De esta suerte, la defensa de los intereses económicos burgueses se enfrascará en neutralizar o, si fuera el caso, hacer dócil el fantasma de un potencial estallido de un insurrecto agitación de unas descontroladas masas trabajadoras. Y ello mediante una estrategia que, además de obviamente *política*, encontrará una premonitrice aliada en la cartografía urbanística<sup>3</sup>. No en vano, en su mismo origen, la denotación de lo urbano, así como de las realidades concomitantes e íntimamente de este derivadas, serán completamente indisociables de la caracterización de los procesos sociales estructurantes de la reproducción de la ‘fuerza de trabajo’ en el marco de un específico modo de producción, el capitalista; incluyendo lógicamente, en una fase histórica ulterior, los estrechamente emparentados con la propagación de una dinámica favorecedora de un consumo colectivo (Castells, 2014, pp.470 y ss.). Por tanto, la ensombrecida consideración del urbanismo moderno, que salpicará de pleno a las tan enarboladas excelencias de la ciudad, se tornará ahora decisivamente inteligible en virtud del entrelazamiento de esta con los móviles de índole *política* implicados en la modificación de la geografía urbana.

## DES-SIMBOLIZACIÓN DE LA CIUDAD: LA ADMINISTRACIÓN RACIONAL DEL ESPACIO URBANO SUJETA A UNA LÓGICA ECONOMICISTA

La concepción modélica de lo urbano incoada en la modernidad guardará una sorprendente homología con la tipificación de lo espacial enaltecida en el dominio de la física clásica newtoniana<sup>4</sup>. Hay, pues, un traslado del campo epistémico newtoniano al del entramado urbano. Es un espacio formalmente entendido como abstracto, neutro y homogéneo. Por tanto, intencionadamente alérgico a lo singular, a lo particular y a lo heterogéneo. Espacio autoproclamado para su mayor crédito como “objetivo”, llamado a purificarse de las contaminadoras adherencias incrustadas debido a la índole de sus habitantes, consagrado a unos dictámenes operacionales doblegados a una lógica de acento cuantitativo y a una abstracción racional, regentado por una equivalencia combinatoriamente intercambiable de sus partes constitutivas, y que forjaría su mayor gloria utópica con la ejemplificación de una hipotética asepsia con respecto a todo atisbo de subjetividad. En suma, la exclusiva reconsideración del espacio que será útil para su ensamblaje con un ideal racionalizado de ciudad. Por lo mismo, una topografía imaginaria que, en tanto experiencia vaciada de vida, resulta en sí misma *in-habitable*, inconcebible como morada e indiferente a todo

---

donde se miran la totalidad de las restantes configuraciones urbanísticas europeas.

<sup>3</sup> Como telón de fondo se topa el convulso clima de revuelta provocado por la breve implantación de un anárquico autogobierno en manos de *La Comuna* a inicios de la década de los años setenta del siglo XIX.

<sup>4</sup> Que no accidentalmente alcanzó el punto álgido de su implantación académica en el umbral del siglo XVIII.

patrón de significado hilvanado en una ritualidad simbólica; en donde “lo que había que suprimir del espacio era precisamente nuestra mirada, para verlo en su pura realidad como un mundo sin sujeto, un espectáculo sin espectadores” (Pardo, 1992, pp. 20-21).

Sin duda, en este aspecto es impensable sortear la ligazón de fondo anudada entre espacio y política. Podemos apropiarnos de la distinción llevada a cabo por Emmánuel Lizcano (2006, pp. 211-223) entre “espacio” y “lugar” para descifrar esta ligazón. Para él, el ‘espacio’, que se correspondería con el espacio pensado al modo de la física newtoniana, se contemplaría prescindiendo de su alteración debida a la admisión de una inconfundible localización. Es más, su rasgo más definitorio consistirá en hacer una *epojé* de ella. Es una visión del espacio con un fácil manejo en su pretensión de universalización, dado que soslaya las diferencias, concebidas ahora como simples lastres. Por el contrario, el “lugar” reclama una singularizada cualidad que es la encargada de conferir un inequívoco significado al espacio. Precisamente con base en lo que este en su seno aloja y nunca con independencia de la naturaleza de aquello que es alojado. El “lugar” es estructuralmente contextual, dado que está obligadamente apegado a una concreción que lo llena y mediante la cual se expresa su real autenticidad. En realidad, la nítida diferenciación entre una apreciación del espacio visto bajo los parámetros de una unívoca abstracción y otra distinta que, contrariamente, lo contempla como “espacio fenomenológico” —realmente vivenciado a partir de las prácticas cotidianas de quienes habitualmente lo habitan— ha estado rondando el itinerario del caleidoscopio sociológico que, penetrado por un mayor grado de sensibilidad hacia el “universo simbólico” en donde se ancla la vivencia cotidiana, habría encarado sin cortapisas la temática espacial, adoptando formulaciones terminológicas dispares<sup>5</sup>.

A partir de la negativa a esta aceptación del espacio urbano imbricada en la transparencia de su indiscutible carácter fenomenológico se despeja la incógnita de por qué la ambición por llevar a cabo una inmaculada gestión urbana se haya guiada por una metáfora ilustrativa de raigambre básicamente tecnológica: la del maquinismo moderno. Aquella en donde la particularidad de las piezas es integrada, viéndose suplantada en su intercambiabilidad por mor de una única y a la vez conjunta función a desempeñar (Sennet, 2001, pp. 144-158). Una variante rehabilitada de la condena, ya aviesamente anunciada por Lewis Mumford en el meridiano del pasado siglo, al tipo de megalópolis que estaba aflorando. Mumford había contrapuesto una civilización técnica que, abanderada por una ilimitada confianza en el progreso, pretenderá que la vida de la ciudad se someta a la artificiosa gestión de una tecnología mecánica —a la lógica de la máquina como su emblema más señero— contraria a la espontaneidad de unas formas orgánicas naturalmente aferradas en la vida, diagnosticando una propensión cultural en donde se urdirían los

<sup>5</sup> Así Maurice Merleau-Ponty (1976: 324-344) estableciera esta diferenciación entre un ‘espacio geométrico’ y un ‘espacio antropológico’: “El secreto del mundo que buscamos —afirmaba a modo de precepto epistemológico— es absolutamente necesario que este contenido en mi contacto con él” (Merleau-Ponty, 1964: p. 52). O, mismamente, Michel de Certeau (1990, pp. 172-175), invirtiendo el empleo de los vocablos por parte de E. Lizcano, entre ‘lugar’—lo que hemos denominado ‘espacio’— y ‘espacio’—lo llamado aquí anteriormente como ‘lugar’—, en virtud de lo cual “el espacio es un lugar practicado” (De Certeau, 1990, pp. 173).

medios para reemplazar enteramente a las segundas por la primera (Mumford, 1979, pp. 421-429). En resumidas cuentas, el espejo modélico de ciudad será el proporcionalmente identificable con el de una utopía racionalizada del paisaje urbano. Una cartografía del escenario urbano que, en última instancia, acabará superponiéndose sobre la actividad de la ciudad. Debido a ello, una ciudad utópicamente aséptica, en donde su meta esté centrada en el exilio de todo aquello que pudiera hacer peligrar el ejercicio de su racionalizada ordenación. Aquella en donde, de refilón, queda abonada una legitimación al abandono de la responsabilidad de las programaciones decisorias en manos de una tecnocracia urbanística, cuyo empeño entrañaría el riesgo de “tener sujeta a la totalidad de la sociedad en la argolla de la cibernética” (Lefebvre, 1976, pp. 48).

Es ahora asequible comprender el por qué este modélico diseño del emplazamiento territorial topara una fiel encarnación en un urbanismo plenamente obediente a los dictados de una isomorfa geometría que le servirá como brújula en el delineamiento de sus trazados. Existe un porqué explicativo de los motivos por los cuales el espacio deja paulatinamente de ser el enraizamiento natural de la vida colectiva para pasar a ser “un mero receptáculo en donde se acoge el movimiento” (Balandier, 1987). Esta *geometrización* euclidiana de lo espacial se encontrará íntimamente coaligada al arbitrario establecimiento de una racionalizada y externa gestión *política* del grueso de las prácticas cotidianas. Por otra parte, perfectamente ensamblada ella con una visión homogénea del espacio inherentemente instrumental a la lógica urbanística destilada por el capitalismo (Lefebvre, 1974a). Para ser más precisos, la concepción modélica de lo urbano es aquella que mejor se adapte a las fluctuantes directrices regidas por el binomio capital/Estado. Y si queremos afinar todavía más, vale decir que es aquella que más fácilmente se subordina a un tiempo que reglamenta casi en su totalidad el acontecer cotidiano, que es aquella más apta para el cometido de servir como asiento al *imaginario* temporal propio de una productividad moderna que, en aras de su ejercitación, solicita un tiempo *espacializado* (Castro Nogueira, 1996, pp. 49-54)<sup>6</sup>.

Un programa de vaciamiento de lo cualitativo difícilmente divorciado de, como antes insinuábamos, un efecto biopolítico. Que, como condición previa, anhela evacuar, si bien nunca logrando cumplir del todo esta máxima, aquello más esencialmente genuino de la textura orgánica urbana, a saber: su condición “*magmática*”, es decir la de lo social intrínsecamente irreductible a una lógica determinista, causal o mecanicista, su “modo de organización de una diversidad no susceptible de ser reunida en un conjunto, ejemplificada por lo social, ‘lo imaginario’ o lo inconsciente” (Castoriadis, 2013, p. 234). Se trataría, en palabras de Manuel Delgado, “de una ininterrumpida corriente de sociabili-

<sup>6</sup> Sin duda a la postre ello alimentará una reductora codificación de lo social con una resonancia biopolítica. Un efecto difícilmente enmascarable una vez apreciada la morfología de los espacios disciplinarios en los que, en efecto, resulta empíricamente avalada esta *espacialización* del tiempo. Pero, lo que es más relevante, aquellos espacios específicamente destinados a una *espacialización* de la administración de los ‘saberes’/‘micropoderes’ destilados en el interior de las denominadas ciencias humanas y sociales, en su complicidad con la actuación de los ‘dispositivos panópticos’ de control (Foucault, 1991, pp. 103-124). El materializado resultado de una *distopía* curiosamente originada a partir del germen de una presupuesta utopía racional que habría logrado constreñir prácticamente por completo la compleja sinuosidad del espacio y de la cultura urbana.

dad dispersa, colectividad difusa hecha de formas mínimas de interconocimiento y en la que actúa una autogestión de usos y perspectivas plurales, una reciprocidad generalizada que entrelaza encuentros, encontronazos y las evitaciones” (Delgado, 2007, pp. 37). Así se agranda la disparidad entre una ciudad víctima de un modelado racional y su reverso: la experiencia de una ciudad experimentada a partir de un intensificado entretrejimiento de interacciones teñidas por el afecto, sumamente improvisadas y bastante imprevisibles.

La consumación de un arquetipo de ciudad esculpido bajo el designio de la administración de una racionalidad economicista se coronará con la desaparición de los trazos cualitativos de su fisonomía por mor de la sobrestimación de una funcionalidad instrumental. De manera que, una vez instituida, ella se superpondrá sobre el espacio urbano, quedando este destinado a ser un simple receptáculo en donde no solamente tenga cabida sino, sobre todo, supremacía la función superpuesta. La expresión última de esta funcionalidad se concretará con la ‘zonificación parcelaria’ del espacio que reconvertirá a los lugares en monofuncionales, en una unívoca concordancia con la diversidad de funciones asignadas a la vida (Juan, 2000, pp. 125-129). La obsesión por la ordenación económico-racional del espacio urbano retroalimenta un consiguiente impacto de un efecto planificador. Paradójicamente, la final evaporización de este espacio obedecerá a su absorción bajo este efecto. Es así que el exceso de una racionalizada planificación de acento económico, sea ella del cariz que fuese, resultará finalmente letal para el transcurrir de la vida urbana. De ahí que lo urbano se hubiera transformado en un decorado en donde se atestigua el triunfo de un principio abstracto de racionalización sobre el caprichoso *mare magnum* en donde en el día a día se teje y desteje internamente el polifónico discurrir de la urbe.

Henri Lefebvre (1976, pp. 43-71), sociólogo pionero en la inclusión de la temática del espacio como objeto merecedor de atención en las coordenadas del materialismo histórico, al constatar que, al fin y al cabo, el espacio es necesariamente *político*, desglosa las centralidades sobre las que se habría vertebrado la planificación urbanística: ‘material’, ‘financiera’ y ‘temporal-espacial’. Mientras las dos primeras concernirían a la lógica específicamente económica operante en la ciudad, la tercera se encargaría de ‘producir un espacio’ como sostén articulado para la efectividad de esta lógica. La inquietud en torno a la riqueza sociológica abrigada en la categoría de ‘producción del espacio’ se ha visto reavivada recientemente como consecuencia de las modificaciones urbanísticas acaecidas en los modelos sociales inseparables de la modernidad avanzada. Esta inquietud es preciso enmarcarla en la inmensa ‘desterritorialización’ relativa jalonada por el binomio trabajo/riqueza instaurado por el capitalismo a nivel globalizado. Por tanto, en un movimiento geopolítico mundial del capital que, coaligado con una ambición por engordar los márgenes coloniales del legado cultural occidental, arrasará con cualquier asomo de ‘territorialidad’, quedando suplantada esta por la universalidad abstracta de una ‘forma común’ mercancía que, a menudo, se enmascarará con el ropaje de una producción y circulación de signos empujadores al consumo<sup>7</sup>. En efecto, pues, la categoría de ‘producción del espacio’ se ha tornado una herramienta teórica cardinal de la reflexión sociológica

<sup>7</sup> Así el capitalismo, gran máquina de ‘desterritorialización’, sobrepasará ampliamente una ‘territorialización’ bajo tutela del Estado, haciendo circular desenraizados flujos de capital y difuminando aquello más sumamente natal u originario (Deleuze y Guattari, 1994, pp. 454-465).

en torno a la mutación del paisaje urbano de acuerdo a la imbricación entre política y espacio, re-actualizando el interés de las viejas aportaciones de H. Lefebvre. Por ejemplo, David Harvey (1998, pp. 228-356), guardando fidelidad a la intención del francés por reintroducir lo espacial en el encuadre de un renovado marxismo y recogiendo el relevo de su preocupación por una “economía política del espacio”, ha apuntado a la aceleración general en los tiempos de rotación del capital, así como al sistemático incremento en la velocidad del ritmo en la producción y en el consumo de mercancías, como las circunstancias ahora precipitantes de una nueva modulación en la “producción del espacio” aparecida a partir de los años ochenta del pasado siglo que H. Lefebvre, por motivos generacionales, no habría podido obviamente llegar a detectar<sup>8</sup>. En la actualidad, nos dirá D. Harvey, puliendo y completando críticamente las aportaciones de H. Lefebvre, esta ‘producción del espacio’ se habría incentivado hasta un límite ciertamente hipertrófico, transformando enteramente los perfiles de la vida en la ciudad. Esta circunstancia provocará que de la ‘espacialización del tiempo’, incoada en la autoconcepción de la modernidad, se hubiese pasado —nos dirá el geógrafo inglés— a una fórmula ahora todavía más agudizada de ello consistente en una concluyente “aniquilación del espacio por el tiempo”.

De ahí que, como ya se ha insistido sobradamente, la intensificación del desarrollo evolutivo de la modernidad hubiera dado curso al despertar de una generalización de ‘no lugares’ (Augé, 1998). Figura más sustantiva de todo ‘lugar’ visto en términos de ausencia de una impronta connotativa de auténtico ‘lugar’<sup>9</sup>. Que duda cabe que la metáfora auténticamente representativa de una estandarización en las pautas de la cultura arquitectónica y urbanística evaporadora de las intimidades cualitativas del entorno. Y eso en virtud de su yuxtaposición en manos de una uniformización sostenida bajo el ornamento de una artificiosa, por su tono de espectacularidad, diferencia. El ‘no lugar’ ha pasado a ser, alcanzado este extremo, la unívoca seña mimética de absolutamente toda espacialidad, aunque lógicamente más aquilatada en los centros neurálgicos en donde se concierta la vida urbana. Con ello queda acreditada la configuración de un último estadio, con una indiferenciada rotulación semiótica, en la deriva encauzada a una administración económico-racional del universo urbano: la que incide en un malogro de lo simbólico que estaría sobrevolando la naturaleza del “lugar”, cualquiera que este sea. En su hiperbólico punto final, el de su concreción más actual, este estadio provocará la aparición de “localizaciones inciertas”, de “localizaciones con significados diversos”, carentes de un anclaje de referencia absoluto del espacio urbano (García Canclini, 2007, p. 94). Un testimonio claramente palpable de un exacerbado desarraigo. Así pues, el énfasis en una des-singularizadora modificación

<sup>8</sup> Conviene subrayar que, con la apelación a la fórmula “producción del espacio”, el filósofo francés había forjado una emblemática caracterización con la cual poner nombre a las señales de alarma que estaban preludiando la cautividad del espacio en los linderos de una mercancía productiva más. Por tanto, con ella no solo se aludía meramente a una desorbitada producción de bienes mercantiles contenidos en un receptáculo espacial, sino, dando un paso a mayores, al generalizado tratamiento del espacio mismo identificado como objeto de producción (Lefebvre, 1974b).

<sup>9</sup> Dice Marc Augé: “Si un lugar puede definirse como lugar de identidad, relacional e histórico, un espacio que no puede definirse ni como espacio de identidad ni como relacional ni como histórico, definirá un no lugar” (Augé, 1995, pp. 83).

del paisaje fenomenológico urbano en aras de su ajuste a los cánones de una racionalidad burocrático-mercantil, y encomendado al diseño prospectivo proporcionado por el ideario de la modernidad, concluirá en una creciente des-simbolización de la ciudad.

## RE-SIMBOLIZACIÓN DE LA CIUDAD: LA REAPROPIACIÓN DE LO SINGULAR EN EL ESPACIO URBANO

Sin duda no es esta la tesitura más indicada para llevar a cabo una profundización en el horizonte epistémico abierto por una hermenéutica comprometida con lo simbólico. Baste apuntalar que consta que el ser humano es un ser originariamente simbólico, que su expresividad mediante un lenguaje concentrado en símbolos lo demarca de los restantes seres y que lo más genuino de su esencia radica en cohabitar en un “universo simbólico” (Cassirer, 1997, pp. 55-60). Es también constatable que la riqueza realmente contenida en el símbolo consiste en que en él se evita una adecuación inmediata, rígida y unívoca entre un significante y un significado; y que, debido a ello, “da que pensar” (Ricoeur, 1982, pp. 489). Empero, en lo que acapara aquí nuestra atención, resultará crucial, eso sí, dejar claramente reforzado que la “imaginación simbólica”, mediante su anclaje en una imagen preñada de una condensada significación, delata “lo irrepresentable”, hace aparecer un transfigurado misterio, desvela un velado “sentido”; todo ello trascendiendo la entidad de la imagen en su presentación material y perceptible. Gilbert Durand, auténtica figura señera al encarar una redefinición del alcance filosófico y antropológico inducido por la adscripción a un pensamiento gravitante sobre lo simbólico, resume la fecundidad contenida en el símbolo como vía de conocimiento comúnmente desdeñada por el objetivismo reinante en el espectro de las ciencias humanas y sociales occidentales del modo siguiente:

en esta somera clasificación del símbolo como signo que remite a un significado inefable e invisible, y por eso debe encarnar concretamente esta adecuación que se le evade, y hacerlo mediante el juego de las redundancias míticas, rituales, iconográficas, que corrigen y completan inagotablemente la inadecuación. (Durand, 2007, p. 21)

De manera que, siguiendo la estela instaurada por el influjo de G. Durand, haya que reparar en un espacio urbano que, aun simbólicamente degradado como resultado del proceso de des-simbolización anteriormente detallado, delata indicios vivientes, no fosilizados ni presos de una perentoria reconversión en cosificada mercancía turística, de una creatividad simbólicamente mediada y finalmente cuajada en un acervo cultural que impregna fuertemente su interioridad<sup>10</sup>. Por tanto, a la par de una ciudad racionalizada, económicamente administrada por tutorías externas y al albur de los unidimensionales vientos desplegados por la modernidad, sobrevivirá, aunque no sin estar constantemente

<sup>10</sup> Si bien sin obviar la prudente advertencia lanzada por Daniel Hiernaux, según la cual ante la dificultad metodológica para una captación —por su rango de elevación— de unas ‘estructuras antropológicas de lo imaginario’ implicadas en unas prácticas sociales, “sea pertinente recordar que, si bien las cuencas semánticas parecerían ser universales, cada cultura construye sus imaginarios a partir de sus propias experiencias” (Hiernaux, 2007, p. 27).

esquivando escollos de un variopinto calibre, una eclipsada o marginada ‘ciudad imaginaria’. ‘Ciudad’ cuyas diferenciales señas de identidad —también inexcusablemente ‘imaginarias’— se pondrán a resguardo y serán reactivadas desde su pliegue en la clausura de lo simbólico.

En este sentido, el símbolo es el recurso *ideacional* por antonomasia garantizador del mantenimiento de las marcas de una cualidad tatuada en la ciudad. Una “ciudad imaginaria” que, en tanto re-simbolizada, estará conformada por una amalgama de ensoñaciones que, sólidamente enquistada en el reservorio inmaterial del latir de la conciencia colectiva, mantendrá una constante pugna con el decurso que, en dirección inversa, arrastra al encabalgamiento de una ciudad des-simbolizada. De esta guisa, la imaginación, en su natural tesón por rebasar el acotado umbral de lo fáctico, despertará la puesta en liza de una inventiva posada en el reservorio en donde se sustancia la originalidad cultural de la ciudad. Reservorio compuesto por una constelación de ‘imaginarios’ que, emanados de una honda y espontánea creatividad socio-antropológica, se encarnarán simbólicamente y se diseminarán por fragmentarias ubicaciones de la textura urbana.

A este respecto, resulta útil explorar el modo en que Cornelius Castoriadis ha redefinido la implicación de ‘lo imaginario’ en la realidad circundante. Para él, una gran parte de los elementos simbólicamente representativos de una estructuración social nos remitirían a unas ‘significaciones imaginarias’ que, materializándose en ellos, los dotarían de un sentido instituido y plenamente compartido.

El Derecho, como la política, la religión, etc., no puede adquirir su pleno y verdadero sentido más que en función de una remisión al resto de los fenómenos sociales de una época. Pero esa ambigüedad, este carácter truncado de toda significación particular en el mundo histórico cesaría a partir del momento en el que abordásemos la “infraestructura”. Ahí, las cosas pueden ser comprendidas por sí mismas, un hecho técnico significa inmediata y plenamente, no tiene ambigüedad, alguna, es lo que “dice”, y dice lo que es. Dice incluso todo lo demás: el molino de sangre dice la sociedad feudal; el molino de vapor dice la sociedad capitalista. Tenemos, pues, cosas que son significaciones acabadas en sí, y que al mismo tiempo son significaciones plena e inmediatamente (inmediatamente, no en sentido cronológico, sino lógico: sin mediación, sin necesidad de pasar por otra significación.) penetrables por nosotros. Los hechos técnicos no son solamente “hacia atrás” (significaciones que fueron encarnadas), son también ideas “hacia adelante” (significan activamente todo lo que “resulta” de ellos, confieren un sentido determinado a todo lo que los rodea). (Castoriadis, 2013, p. 25)

Otro destacado representante en la atribución de una trascendencia sociológica al ingrediente “imaginario” que permeabiliza los distintos plexos cotidianos es Georges Balandier, quien, en sintonía en este aspecto con C. Castoriadis, dirá:

Lo imaginario se hace más necesario que nunca; es, en cierta forma, el oxígeno sin el que caerían toda vida personal y toda vida en colectividad. Está formado por todas las imágenes, que cada uno compone a partir de la aprehensión que tiene de su cuerpo y de su deseo, de su entorno inmediato, de su relación con los otros, a partir del capital cultural recibido y adquiri-

do, así como de las elecciones que provocan una proyección en el porvenir próximo. (Balandier, 1988, p. 241)

El diseño simbólico de una ciudad es una excelente encarnación de su ‘*habitus imaginario*’<sup>11</sup>. Esto propiciará la perduración y transmisión de una ‘ciudad imaginaria’ simbólicamente sobreviviente y obstaculizadora de las coerciones de, por retomar el lenguaje de C. Castoriadis, un ‘imaginario económico-funcional’ dirigido por una racionalidad sesgadamente instrumental. ‘Ciudad imaginaria’ que, aunque presuntamente orillada, habría subsistido silenciosamente en la semántica cultural de la conciencia colectiva, hospedándose en el universo *ideacional* de los grupos que en ella cohabitan. Por último, una ‘ciudad imaginaria’ asentada sobre la facultad consustancial al símbolo para remitirnos a una otra realidad que no se contenta y trasciende a la manifiestamente visible. Por eso un desvelamiento de la textura íntima de la ciudad requerirá una aproximación desde el parámetro de lo simbólico, desde ‘lo *significacional*’ (Gravano, 2016, pp. 111-127). Una textura que, entonces, solo nos resultará transparente a través de la intermediación de un apoyo en imágenes visuales pertenecientes a un registro propiamente estético (Silva, 2000, pp. 40-41).

Si bien la apertura al redescubrimiento del horizonte de esta *otra realidad* se verá superada a una remodificación en la consideración de la temporalidad al uso. Esto es, de la herencia promovida por la categoría de tiempo originariamente procedente del universo físico-matemático, decantadora de un tipo de urbanismo reconocible en las directrices de un modelo, de por sí, cibernético. Una medida del devenir concebido a merced de un sucesivo encadenamiento de instantes vistos como unas cuantificadas e inconexas magnitudes de tiempo, reflejándose en el espejo dispensado al espacio. Por el contrario, dicha apertura comporta un abrirse a la evocación de una *durée* bergsoniana, en la que se asume que el flujo de la experiencia íntimamente subjetiva y cualitativa del pasado se ve conservado, superpuesto y penetrando el presente (Bergson, 1999, pp. 61-101). Esta temporalidad viviente, la de la re-simbolizada ‘ciudad imaginaria’, conlleva una doble articulación a la que indefectiblemente apunta el ángulo de mira al que nos trasladan las ensoñaciones colectivas. Por una parte, la de un pasado que consigue sobrevivir en el presente a través de la fuerza de la memoria colectiva. Por otra parte, la de un futuro que, aún anclado en este presente, invoca un sueño tensionado hacia lo posible. En el primer caso, recalando el hecho de que el pasado se congela, y por tanto está abierto para su posible retome, una vez fijada su huella en un entorno espacial. Esto ocurre porque, como afirmara Maurice Halbwachs: “El espacio no es una realidad de un instante, no es instantáneo sino inmóvil, y la inmovilidad no es posible y concebible (en el tiempo) más que a través de la *durée*” (Halbwachs, 1997, p. 234). En el segundo caso, en virtud de lo que dijera Benjamin: “Cada época no solo sueña la siguiente, sino que soñadoramente apremia su despertar” (Benjamin, 1998, p. 190); asumiendo que el destello de una arcaica ‘fantasía imaginativa’ delataría la filtración de unos sueños culturalmente bloqueados, conteniendo la ambivalente potencialidad tanto de una transfiguración instigadora de un ‘fetichismo de la

<sup>11</sup> En equivalencia con lo acacido en otras fenomenologías sociales también preñadas de una densidad de significado.

mercancía' como, inversamente, de la precipitación de un esperanzador orden instituido en donde estos logren su cumplimiento<sup>12</sup>.

Por parte de las instituciones ha habido un recurrente propósito re-simbolizador. Desde ellas se ha alentado la inoculación de una "imagería" con una premeditada voluntad de acuñar una inscripción mítica en la geografía cultural. Su agenda ha estado guiada por una intencionalidad, obediente a ambiciones políticas, por fraguar las marcas de una adicción de lo simbólico en el decorado de la época. Este marcaje ha anhelado a-temporalizar eventos históricamente descolantes y ritualizar su acontecer, sobrecargándolos para ello de una connotación "imaginaria". Con esta pretensión, jactada en el acomodo de un teatralizado marco monumental, se habría buscado que ciertos eventos permaneciesen incólumes en el mapa de la memoria colectiva, para su fácil manejo como recurso destinado a fines prioritariamente políticos. No obstante, esta efectividad sobre el espacio, sobradamente probada por el ejercicio institucional, nada tendrá que ver con el aflujo de prácticas de re-simbolización instituyente que brotan espontáneamente de entre quienes lo cohabitan<sup>13</sup>. Cuando esta re-simbolización se deja ver sobrelleva una 'apropiación del espacio' en el sentido célebremente delineado en el pensamiento urbanístico de H. Lefebvre. Es el énfasis por parte de ciertos actores sociales por adoptar el espacio como un sello de adscripción "imaginaria", por reconvertirlo en testimonio inequívoco de un *algo suyo*. Echando mano del lenguaje metafórico puesto en liza por Gilles Deleuze y Felix Guattari (1994, pp. 320-324), dicha re-simbolización se haría inteligible como indicio de la tendencia a una "reterritorialización", a un amarre a un "territorio", mediante la forja de una marca cualitativa ocupada sobre este. Consistiría, en última instancia, en la utilización del arte como vía expresiva de un morar en el que se persigue que el espacio devenga, como contrapunto compensador a una galopante "desterritorialización". Al fin y al cabo, entraña una gestualidad reivindicativa de la reinstauración de la cualidad en el seno de la ciudad, un guiño práctico orientado por un móvil re-singularizador. Un acto de original creatividad que, fielmente compartido, servirá como signo de autorreconocimiento conjunto afincado en una circunscripción espacial cincelada en claves simbólicas<sup>14</sup>.

<sup>12</sup> De esta interpenetración, dice W. Benjamin, de 'lo más viejo' con 'lo más nuevo' surgen "las utopías que dejan su huella en mil configuraciones de la vida, desde edificios duraderos hasta modas fugaces" (Benjamin, 1998, p. 175).

<sup>13</sup> Quienes incluso, ocasionalmente, desviarán el sentido de las enunciaciones discursivas que aspiran a ser las hegemónicamente institucionalizadas (De Certeau, 1990, p. 54).

<sup>14</sup> H. Lefebvre aclaraba, recordémoslo, esta 'apropiación del espacio' como: "no es tener en propiedad, sino hacer su obra, modelarla, formarla, poner el sello propio" (Lefebvre, 1978, p. 210), insistiendo en que radicaría en la devolución por parte de los agentes sociales de un 'valor de uso' al espacio que fuera suplantado en su colonización por el 'valor de cambio'. Una fórmula derivada de su apuesta, en un sentido genérico, por la noción de 'apropiación' como recurso conceptualmente interpretativo de lo más insondable de la trama cotidiana: "en ella se esbozan las más auténticas creaciones, los estilos y formas de vida que enlazan los gestos y palabras corrientes con la cultura. En ella se opera la renovación incansable de los hombres: el nacimiento y formación de los hijos, el empuje de las generaciones. Un arte, una imagen, un mito que no entren en la cotidianidad permanecen abstractos o mueren. A la inversa, los más profundos deseos y las aspiraciones más válidas se arraigan y permanecen en ella" (Lefebvre, 1978, p. 86).

En adelante, desglosaremos tres subtipos —de entre otros factibles— de ritualizadas praxis simbólicas en las que, mediante una reincorporación y uso de ‘lo imaginario’, más transparente se nos evidenciaría la actuación de una re-simbolizadora ‘apropiación de la ciudad’. Para ello retendremos algo cardinal: en su particular trato con el espacio, “el imaginario no solo es representación simbólica de lo que ocurre, sino también es el lugar de elaboración de insatisfacciones, deseos, búsqueda de comunicación con los otros” (García Canclini, 2007, p. 93). Pues bien, lo realmente significativo radica en que en el corazón de estas praxis simbólicas se exhibe un similar anhelo por realojar una dimensión cualitativa, por dar cabida a la singularidad, en la experiencia de un modelado de ciudad sintomáticamente desprovisto de ellas<sup>15</sup>.

#### EL ESTABLECIMIENTO DE UNA HUELLA “IMAGINARIA” DE LA COMUNIDAD EN EL ESPACIO

Sabemos que en las primeras manifestaciones religiosas, las aparecidas en las tribus primitivas australianas, se ha comprobado que el poder del emblema totémico, representativo a la vez de lo sagrado y de lo comunitario<sup>16</sup> para un particular clan, se irradia y transfiere en torno a una exterioridad más próxima. Así, esta localización espacial queda, además de maquillada en unos adentros simbólicamente sobrecargados, escrupulosamente delimitada del espacio típicamente profano (Durkheim, 1982, pp. 110-112). Este énfasis en re-sacralizar el espacio ha sido una práctica recurrente, de un modo u otro, en todo cuerpo colectivo. Su denominador común ha descansado en la motivación por instaurar un ‘espacio hierofánico’, propiamente lleno de significación y cualitativamente distinguido del ‘espacio profano’; básicamente este último homogéneo, amorfo e indiferenciado. El espacio re-sacralizado pasará a ser, entonces, un espacio con-sagrado. Un espacio único y excepcional, por el hecho de revelarse en este *una otra realidad* con un grado de significado que rebasa, poniendo entre paréntesis, el del firmamento cotidiano (Eliade, 1965, pp. 25-32). Si, siguiendo la célebre propuesta de Durkheim, admitimos que en la autenticidad definitoria de lo sagrado se encubre la auto-representación que, en aras de su mantenimiento, una colectividad hace de sí misma, hallaremos un trazo determinante para una heurística sociológica de la re-simbolización ‘imaginaria’ del universo urbano. *Stricto sensu*, no se trataría de escrutar los rasgos fenomenológicos relativos a una con-sagración del espacio, a su conversión bajo un hado religioso, sino de percatarse del empeño invertido por toda colectividad en grabar y conservar un dibujo fiel de las señas de su personalidad sobre un enclave adscrito a su pertenencia simbólica, y, consiguientemente, en contaminarlo con su distintiva impronta ‘imaginaria’.

Mediante esta práctica, el sentimiento de comunidad se ve autoafirmado *en y a través* del espacio. El vínculo connaturalmente declinado entre el ‘espíritu de comunidad’—entre aquello que en el plano de la cultura inmaterial diferencia a una colectividad— y el

<sup>15</sup> Con el realce de la tipología a continuación abordada estaríamos sugiriendo pistas para una potencial agenda investigadora concentrada en una averiguación de algunos de los subtipos definidos en los que se explicitaría la implicación de ‘lo imaginario’ en el espacio urbano.

<sup>16</sup> El *Churinga*, que diría Émile Durkheim, empleado sustantivamente.

‘espacio’ queda, así, esclarecido. Ahora bien, una vez desnudada la equivalencia de fondo existente entre lo sagrado y lo comunitario, poca relevancia sociológica encerrará que el acento idiosincrásico de este último se hubiera puesto en una centralidad de rostro confesional o laico. Lo auténticamente importante radicará en el descubrimiento de que toda comunidad se verá siempre intrínsecamente motivada a colonizar, por medio de una extensión de una estampa ‘imaginaria’—cuando no mítica— de su firma simbólica, un cercenado entorno. Tanto es así que, como nos recordará M. Halbwachs, ejemplar continuador del legado durkheimiano:

No se puede, luego, decir que estemos seguros de que el espacio subsista porque el grupo ha puesto sobre él su marca, lo haya construido a su imagen y en él se recuerde. El grupo mismo no permanece y no se recuerda más que en la medida en que se apoya sobre esta figura estable del espacio y que, de algún modo, se haya ligada a sus recuerdos. (Halbwachs, 1997, p. 235)

La hipótesis vertida, a final de la década de los ochenta del pasado siglo, por Michel Maffesoli (1990, pp. 224-241), según la cual “el lugar se convierte en un vínculo”, resulta sumamente aleccionadora para acometer una profundización en el entrelazamiento íntimo que se da entre ‘comunidad’, ‘imaginario’ y ‘espacio’. Con ella el sociólogo francés ha pretendido mostrar el porqué estaríamos asistiendo a un cambio de ciclo cultural guiado por una, por doquier, ‘acentuación de lo espacial’. Vista esta como réplica a la progresiva devaluación del espacio ocasionada por un reinado de la experiencia social en manos de una hegemonía del tiempo, siguiendo la brecha abierta a raíz del dictamen fundacional alabado por la modernidad. Una revancha del espacio sobre el tiempo que será obligado descifrarla en función de la fuerza vinculante atesorada en el ‘lugar’.

Acompañando el curso de la hipótesis maffesoliana, podría sostenerse, se nos dirá, la consistencia de una ‘espiritualidad materializada’ que hallará cobijo en la proximidad. Vale decir de un ‘imaginario’ que, fijado a una imagen simbólica y aprovechándose del efecto empático potencialmente acogido en sus adentros, servirá como detonante *ideacional* activador de una inclinación hacia la agregación en lo colectivo y, a la postre, hacia la estructuración de un perfil de identidad comunitaria. Un ‘imaginario’ que, debido a su necesaria recurrencia a un andamiaje simbólico, podrá ser materialmente encarnado en la acotación de un espacio físico común, transformándolo en, ahora, un ‘espacio imaginario’ encorsetado bajo unos límites fronterizos. De este modo se estaría dando pie a un plegamiento de lo identitario en el interior de los contornos delineados desde una cincelada demarcación, logrando infundir a un determinado colectivo no solamente un sentimiento de intensa familiaridad sino, también, una protectora estabilidad ante las caprichosas vicisitudes del destino histórico.

#### LA EXPRESIVIDAD “IMAGINARIA” DE LA CONTRACULTURA VERTIDA SOBRE EL ESPACIO

En el itinerario de la primera parte del siglo pasado, los estudios llevados a cabo por la Escuela de Chicago han sido pioneros en la aceptación de la ciudad como laboratorio sociológico escudriñable desde una óptica ecológica. Su punto de partida será la ponderación de los espacios urbanos en virtud de una lógica fundamentalmente *biótica*, de acuerdo con

la cual la supervivencia de determinados grupos sociales estaría condicionada por el nexo comprometido con su ambiente. En semejanza con lo acontecido en el campo de la organicidad biológica, cada grupo humano trenzará una ‘comunidad cultural’ forjada con base en la fluidez de una comunicación recíproca circulante entre sus integrantes, mantendrá una ósmosis orgánica con su hábitat, del cual se desprenderá una simbiosis ligamentosa con su territorio. El protagonista más reconocido de esta Escuela, Robert E. Park (1999, pp. 115-139), subdividirá la ciudad en diferentes ‘áreas naturales’ o ‘funcionales’ hilvanadas contradictoriamente a través de un lineamiento socio-geográfico de anillos concéntricos. Destacó la formación de unas ‘áreas céntricas’ en la ciudad, más proclives a la receptividad de una gestión administrativa del espacio y a la permeabilidad de una arquitectura cultural institucionalizada. Como contrapunto, hizo ver una constelación de “áreas periféricas” en donde primaría una acusada dislocación en la vertebración de su tejido comunitario y una segregación con respecto a las instancias institucionales. En estas segundas ‘áreas’, el alejamiento y la despreocupación por parte de la cultura institucionalizada facilitarían el brote de prácticas anómicas. Su aislamiento de los centros neurálgicos de la cultura institucionalizada propiciará la eclosión de una gama de códigos de valores improvisadamente divergentes en relación con los hegemónicamente institucionalizados.

Es sabido que, prolongando los análisis llevados a cabo por R. E. Park, las ‘áreas’ de ubicación ‘periférica’ de la ciudad son aquellas en las que con más radicalidad se evidencian las contradicciones internas que inundan a una sociedad. En ellas, la cultura institucional o bien no habría conseguido infiltrarse del modo en cómo lo hubiera pretendido o bien suscitaría una alérgica reacción de rechazo entre sus presumibles receptores. Los estudios realizados, a partir de la década de los sesenta, por los representantes de la llamada Escuela de Birmingham han corroborado cómo, en efecto, la dialéctica entre centro y periferia juega un papel sobresaliente en la puesta en juego de las particulares lógicas subculturales inscritas en la trama de la ciudad. De manera que en la esencia del abanico modal de contraculturas urbanas, tomadas en un sentido amplio, se otearía un tesón por dar un amago de solución, en términos de expresividad cultural, a los desajustes sistémico-estructurales de clase que atraviesan el cuerpo social (Hall, 1980; Willis, 1988)<sup>17</sup>. Pues bien, lo que aquí puntualmente nos interesa subrayar es la natural amalgama forjada entre ‘contracultura’ y ‘espacio’. No solo en virtud de una mediación de la lógica adaptativa de carácter ecológico, ya realizada por R. E. Park y los continuadores de su estela, sino, sobremanera, de la capacidad de la ‘contracultura’ para instaurar un territorio propio y blindarlo mediante una rúbrica simbólica (Feixa, 1999, p. 96).

En este aspecto, es indudable que, en fechas cercanas, la “*apropiación* contracultural” del espacio está íntimamente coligada a la fuerza atesorada en la *socialidad* para despertar una

<sup>17</sup> A este respecto, a título general nos vale la aproximación a la definición de contracultura empleada por Carles Feixa, aunque sonsacándola del restringido círculo de acción de la cultura juvenil para extenderla y validarla en cualquier otro universo contracultural: “determinados momentos históricos en que algunos sectores juveniles expresan de manera explícita una voluntad impugnadora de la cultura hegemónica, trabajando subterráneamente en la creación de instituciones que se pretenden alternativas” (Feixa, 1999, p. 87).

improvisada manera de *estar juntos* en el escenario urbano. Fruto de ello será la aparición de un abanico de comunidades contraculturales juveniles instaladas de lleno en este. En ellas se deja ver la común coparticipación en un destacado elemento propio de una estética híbrida muy mediatizada por los patrones de la cultura audiovisual actualmente más popular. Pero, sobre todo, en ellas se delata la adopción del uso de una forma de lenguaje expresivo que no se reconoce en el propiamente racional, el canónicamente asumido en la deliberación sostenedora del espacio público democratizado, sino el que pasa, más bien, por unos atributos conformes a una ‘experiencia estética’ de la que rezuma ‘sensibilidad’ y, consiguientemente, ‘corporeidad’ (Martín-Barbero, 2008, pp. 220-221)<sup>18</sup>. Unos atributos que, sin duda, serán los precisamente implantados, diseminadamente, en el espacio urbano, y de los cuales la tentativa de ‘apropiación de la ciudad’ se servirá.

Una paradigmática ilustración del énfasis práctico en colonizar contraculturalmente un enclave, en ‘apropiarse’ a su modo de este, mediante un marcaje ‘simbólico-imaginario’, es la proporcionada por el *graffiti*<sup>19</sup>. Su inequívoco brillo contracultural lo delata su explícito empeño en la constitución de sentidos sociales alternativos y en animadversión a los objetivamente institucionalizados, o la puesta de relieve de un juego inversor de ellos. Los trazos de sus fórmulas expresivas denotan la sobrevaloración de un componente de “visualidad estética” que, implantado en la marca “simbólico-imaginaria” representativa de un diferenciado modo de habitar, será el que pretenderá imprimirse sobre el espacio (Silva, 2000, pp. 37-44). De paso, reincluyendo, a través del añadido de esta adjuntada marca, una muestra de un arrinconado elemento cualitativo y singular —perfectamente ostensible en su acento lúdico— dentro de los contornos de una circunscripción territorial. En una actividad acorde a una suerte de *modus operandi* poseedor del espacio mediante una voluntad de afirmación identitaria (Machado, 2002, p. 25)<sup>20</sup>. En última instancia, el *graffiti*, en cuanto práctica ritual emanada de una actividad liberadora de la imaginación, intentará dar libre curso a fantasías socialmente insatisfechas; las cuales, una vez objetivadas, adquirirán un ‘aura imaginaria’ que sobrevolará un círculo territorial.

## EL ESPACIO GEOGRÁFICO TEÑIDO POR LA ENSOÑACIÓN COLECTIVA

<sup>18</sup> Una *socialidad* que, como J. Martín-Barbero ha sabido descifrar certeramente, podría llegar a ser articulada como un potencial recurso de *mediación* tenido a mano, improvisadamente, por la sociedad civil. Y que, de acuerdo con las connotaciones conferidas a la categoría de *mediación* en la elaboración teórica de este autor, se traduciría en el hilvanado de una creatividad comunitaria que habría sido claramente explicitada en el entorno de las redes espontáneas de solidaridad barrial (Martín-Barbero, 1987, pp. 203-228).

<sup>19</sup> Como, de un modo semejante, pudiera serlo, por ejemplo, la música. El espacio territorial, debido a ella ‘practicado’ de forma diferenciada, se verá sobreañadido de un plus cultural con una fisonomía identitaria (Reguillo, 2000, pp. 41-42).

<sup>20</sup> Así, el sello del *graffiti*, dada su condición de huella personalizada tanto a nivel individual como grupal, estaría imbricado con una espontánea creatividad artística, se vería salpicado por una declarada voluntad de estilo y, derivado de lo anterior, enfatizará el *mensaje de las formas* (Reyes & Vígara, 2002, pp. 172).

A diferencia de un modelo de ciencia social que habría cifrado su tesón en una monocolor entrega hacia una idolatrada objetividad, la *sociología figurativa* anhela una comprensión de la experiencia más íntima de la vida social por medio de una mirada en torno suya semejante a la enarbolada por el espíritu del impresionismo en el campo pictórico<sup>21</sup>. Así, sociólogos como Patrick Tacussel, Maffesoli o Pierre Sansot, herederos de la estela filosófico-antropológica auspiciada por G. Durand, ansiarán un rescate de “lo sensible” silenciosamente anidado en la cotidianidad, “lo que nos afecta y resuena en nosotros” (Sansot, 1986, pp. 38). Algo de suyo activamente conformador de la gramática más personal de las prácticas sociales. Para este cometido es determinante el precepto según el cual lo real forma una amalgama con ‘lo imaginario’. De lo que se inducirá que el hecho social como tal es inseparable del indescifrable modo en cómo la imaginación lo proyecta y, a la postre, lo vivencia. Diríamos más, la ‘creatividad imaginaria’, enraizada en las honduras de lo social, se canaliza sobre las prácticas cotidianas de la ciudad, dando como fruto el surgimiento de formas culturales objetivamente cristalizadas. Una condición de ‘lo imaginario’ que, entremezclado con lo real, dotará de un sentido a este. Condición integrada por un elenco inmaterial de sueños, leyendas, mitos o, si cabe, enquistados fantasmas y sublimaciones colectivas que, en modo alguno, debieran ser preconcebidos como meros ornamentos sazonadores de la realidad social circundante, sino, en verdad, como elementos que la resignifican y resingularizan.

En la aplicación de esta *sociología figurativa* al dominio del espacio urbano destaca la emblemática perspectiva sociológica elaborada por P. Sansot. En su caso, la clásica preeminencia de la objetividad se verá suplida por una aproximación *objetal*, buscando una reintroducción fenomenológica de la subjetividad —y con ella de la diversidad cualitativa de la escenografía urbana— en el marco de una reescritura de la ciudad. En virtud de ello cobra inteligibilidad el aserto de acuerdo al cual “la palabra denominada como científica no solamente es nociva sino inexacta” (Sansot, 1996, p. 11). La razón de esta *inexactitud* estribaría en que se desentendería de la ligazón primordial, de índole afectiva, contraída entre los seres humanos y los lugares; la cual sería un aspecto sistemáticamente depreciado en el cuadro del funcionalismo urbanístico<sup>22</sup>.

En efecto, P. Sansot procura hacer transitar a la sociología, en una solución de continuidad, desde una óptica fenomenológica a la de un lirismo urbano. Desde una captación del sentido clandestino de la ciudad a un acceso a su dimensión poética. Para él, esta dimensión tonal sería la que haría a la ciudad afectuosamente habitable. Su perspectiva muestra una inquietud en torno a una lectura de la ciudad abierta al espesor de un ho-

<sup>21</sup> Para ello, como dirá uno de sus más renombrados representantes, P. Sansot, incidirá en “sustituir lo medible por lo sensible” (Sansot, 1986, p. 13).

<sup>22</sup> Si bien la senda abierta por G. Durand (1982) en su profundización en las “estructuras antropológicas de lo imaginario” —en lo que atañe a la reactualización de un fondo arquetípico perviviente en la universalidad de la Cultura— es una importante fuente de inspiración en una tal ambición intelectual, todavía lo será más el papel concedido por Gaston Bachelard (2000) a una ‘imaginación poética’ íntimamente vertida sobre el espacio. Recordemos que, al decir del ensoñador epistemólogo francés: “El espacio captado por la imaginación no puede seguir siendo el espacio indiferente entregado a la medida y a la reflexión del geómetra. Es vivido. Y es vivido, no en su positividad, sino con todas las parcialidades de la imaginación” (Bachelard, 2000, p. 22).

rizante de fantasías grupalmente cristalizadas y puestas en marcha, precisamente, como efecto neutralizador de la inhumanidad reinante en la ciudad. Desprendidas ellas de una profunda e insobornable *potencia* albergada en la imaginación, en la inventiva popular. Y de la cual brotará un acto de ruptura y de transfiguración del lenguaje de una alienada vida urbana. Una manera ciertamente humilde y apegada a la cotidianidad de reintroducir la cualidad, a través de un coloreado estético, en la fisonomía del organigrama urbano<sup>23</sup>.

De manera que, acompañando la evolución de su planteamiento *epistemológico*, en toda ciudad latiría, indefectiblemente, un ‘imaginario urbano’: “la parte de sombra y de luz que acompaña a los grandes gestos colectivos, la universal reunión en un espacio consagrado al hombre” (Sansot, 1996, p. 419). Lo sí relevante de lo aquí resumido será la concesión de un valor práctico conferido a la poética urbana, teniendo en cuenta el insobornable ahínco de las gentes por humanizar su ciudad. De este modo, el ensueño, el mundo onírico, la fantasía, emanados de la ‘imaginación creadora’, resultarán factores socialmente activos. Con ello, la aportación de P. Sansot acaricia una re-significación del espacio enteramente distanciada del funcionalismo pivotado sobre la lógica racionalista y economicista que habría primado a partir de las directrices con las que se había inaugurado el urbanismo moderno.

## A MODO DE CONCLUSIONES

Una vez culminada esta singladura teórica concentrada en el distintivo trato que, a consecuencia del vector histórico suscitado por el urbanismo moderno, los habitantes hacen del espacio urbano, recapitularíamos los siguientes aspectos:

1. La evaluación de la fisonomía del modelo urbano instaurado a consecuencia de la sociedad moderna estará profundamente determinada por un proyecto de racionalización del espacio imbricado con una gestionada planificación de este a merced de las prerrogativas del capitalismo industrial.
2. El curso del proceso de racionalización económica del espacio urbano conllevará un consiguiente efecto des-simbolizador, una erradicación de la condición subjetiva intimada en el habitar de la ciudad y una transformación de la idiosincrasia de este en un aspecto de carácter funcionalmente instrumental.
3. Como réplica y en paralelo al proceso anteriormente indicado se evidenciarían signos reveladores de un desafío culturalmente creativo reorientado a re-simbolizar la ciudad, de un ánimo por reintroducir la subjetividad —y con ella lo singular y lo cualitativo— en el decorado del espacio urbano.

<sup>23</sup> Esto no es óbice para que P. Sansot se haga cargo de que su pretendida tentativa de ‘re-imaginación’ simbólica y mítica instada por la tonalidad de la ensoñación colectiva pudiera inintencionadamente conducir a una visión peligrosamente mistificadora de la ciudad. Para sortear este escollo diferenciará dos registros de ‘lo imaginario’ con unas atribuciones prácticamente contrarias. “Un imaginario que, inventando posibilidades, abre el camino del conocimiento y de la acción... Otro imaginario que, confiándose a la apariencia y queriendo embellecerla tal como esta se muestra, retardaría la toma de conciencia del hombre” (Sansot, 1996, p. 418).

4. Un aspecto, entre otros, de una importancia sociológica atribuida a los ‘imaginarios sociales’ radicaría en que por medio de ellos se dejará vislumbrar, a través de una inscripción simbólicamente materializada, los rasgos de una expresiva singularidad cultural intrínsecamente reacia a ser metabolizada bajo los moldes de una aséptica, por racionalizada, objetividad urbana.
5. La ‘reapropiación *imaginaria*’ del espacio echa mano de la fuerza contenida en el símbolo para dejar traslucir un ‘mundo de significación’ no precisamente objetivo. Ella, ayudada por la ‘imaginación creativa’ practicada por los moradores de la ciudad, pugnará por adueñarse metafóricamente del espacio urbano mediante la adición de una seña de su marca identitaria.

## REFERENCIAS

- Augé, M. (1995). *Los “no lugares”. Espacios del anonimato. Una antropología de la sobremodernidad*. Barcelona: Gedisa.
- Bachelard, G. (2000). *Poética del espacio*. México: FCE.
- Balandier, G. (1987). Images, images, images. *Cahiers Internationaux de Sociologie*, 82, 7-22.
- Balandier, G. (1988). *Modernidad y poder. El desvío antropológico*. Madrid: Júcar.
- Baudelaire, Ch. (1977). *Las flores del mal*. Madrid: Alianza.
- Benjamin, W. (1998). *Poesía y capitalismo. Iluminaciones II*. Madrid: Taurus.
- Bergson, H. (1999). *Ensayo sobre los datos inmediatos de la conciencia*. Salamanca: Sígueme.
- Berman, M. (1988). *Todo lo sólido se desvanece en el aire. La experiencia de la modernidad*. Madrid: Siglo XXI.
- Cassirer, E. (1997). *Antropología filosófica*. México: FCE.
- Castells, M. (2014). *La cuestión urbana*. Madrid: cis.
- Castoriadis, C. (2013). *La institución imaginaria de la sociedad*. Barcelona: Tusqués.
- Castro Nogueira, L. (1996). *La risa del espacio. El imaginario espacio-temporal en la cultura contemporánea: una reflexión sociológica*. Madrid: Tecnos.
- De Certeau, Michel (1990). *L’invention du quotidien 1. arts de faire*. París: Gallimard.
- Deleuze, G. y Guattari, F. (1994). *Mil mesetas. Capitalismo y esquizofrenia*. Valencia: Pre- Textos.
- Delgado, M. (2007). *Sociedades movedizas. Pasos hacia una antropología de las calles*. Barcelona: Anagrama.
- Durand, G. (1982). *Las estructuras antropológicas de lo imaginario*. Madrid: Taurus.
- Durand, G. (2007). *La imaginación simbólica*. Barcelona: Amorrortu.
- Durkheim, É. (1982). *Las formas elementales de la vida religiosa*. Madrid: Akal.
- Eliade, M. (1965). *Le sacré et le profane*. París: Gallimard.
- Feixa, C. (1999). *De jóvenes, bandas y tribus*. Barcelona: Ariel.
- Foucault, M. (1991). *Microfísica del poder*. Madrid: La Piqueta.
- García Canclini, N. (2007). Diálogo con Néstor García Canclini: ¿Qué son los imaginarios y cómo actúan en la ciudad?. *Revista Eure*, xxxiii(99), 89-99.

- Gravano, A., Herrán, C., Guber, R. y Garalza, B. *Antropología de lo urbano*. Santiago de Chile: LOM Ediciones.
- Halbwachs, M. (1997). *La mémoire collective*. París: Albin Michel.
- Hall, S., Hobson, D. and Willis, P. (eds.) (1980). *Culture, Media, Language*. Londres: Hutchinson.
- Harvey, D. (1998). *La condición de la posmodernidad. Investigación sobre los orígenes del cambio cultural*. Buenos Aires: Amorrortu.
- Hiernaux, D. (2007). Los imaginarios urbanos: de la teoría y los aterrizajes en los estudios urbanos. *Revista Eure*, xxxiii(99), 17-30.
- Juan, S. (2000). "Las tensiones espacio-temporales de la vida cotidiana". En: Alicia Lindón (coord.), *La vida cotidiana y su espacio-temporalidad* (pp. 123-146). Barcelona: Anthropos/UNAM.
- Lefebvre, H. (1974a). *La production de l'espace*. París: Anthropos.
- Lefebvre, H. (1974b). La producción del espacio, *Papers. Revista de Sociología*, III, 219-229.
- Lefebvre, H. (1976). *Espacio y política*. Barcelona: Península.
- Lefebvre, H. (1978). *De lo rural a lo urbano*. Barcelona: Península.
- Le Goff, J. (2004). *Mercaderes y banqueros de la Edad Media*. Madrid: Alianza.
- Lizcano, E. (2006). *Metáforas que nos piensan*. Madrid: Traficantes de sueños.
- Machado, J. (2002). "Praxes, graffitis, hip-hop. Movimientos y estilos juveniles en Portugal". En: Feixas, C., Costa, C. y Pallarés, J. (eds.), *Movimientos juveniles en la península ibérica* (pp. 13-33). Barcelona: Ariel.
- Maffesoli, M. (1990). *El tiempo de las tribus. El declive del individualismo en las sociedades de masas*. Barcelona: Icaria.
- Martín-Barbero, J. (1987). *De los medios a las mediaciones. Comunicación, cultura y hegemonía*. Barcelona: Gustavo Gili.
- Martín-Barbero, J. (2008). Lo público: experiencia urbana y metáfora ciudadana. *Cuadernos de Información y Comunicación*, 13, 213-226.
- Merleau-Ponty, M. (1964). *Le visible et l'invisible*. París: Gallimard.
- Merleau-Ponty, M. (1976). *Phénoménologie de la perception*. París: Gallimard.
- Mumford, L. (1979). *La ciudad en la historia: sus orígenes transformaciones y perspectivas*. Buenos Aires: Infinito.
- Pardo, J. L. (1992). *Las formas de la exterioridad*. Valencia: Pre-Textos.
- Park, R. E. (1999). *La ciudad y otros ensayos de ecología urbana*. Barcelona: Ediciones de Serbal.
- Reguillo, R. (2000). El lugar desde los márgenes. Músicas e identidades juveniles. *Nómadas*, 13, 40-53.
- Reyes, F. y Vigarra, A. M. (2002). "Graffiti, Pintadas y hip-hop en España". En: Rodríguez, F. (ed.), *Cultura juvenil* (pp. 169-226). Barcelona: Ariel.
- Ricoeur, P. (1982). *Finitud y culpabilidad*. Madrid: Taurus.
- Sansot, P. (1986). *Les formes sensibles de la vie sociale*. París: PUF.
- Sansot, P. (1996). *Poétique de la ville*. París: Armand Colin.
- Sennet, R. (2001). *Vida urbana e identidad personal*. Barcelona: Península.
- Silva, A. (2000). *Imaginarios urbanos*. Bogotá: Tercer Mundo.

- Simmel, G. (1998). *El individuo y la libertad. Ensayos de crítica de la cultura*. Barcelona: Paidós.
- Solé, C. (1976). *Modernización: un análisis sociológico*. Barcelona: Península.
- Tönnies, F. (1979). *Comunidad y asociación*. Barcelona: Península.
- Willis, P. (1988). *Aprendiendo a trabajar. Cómo los chicos de la clase obrera consiguen trabajos de clase obrera*. Madrid: Akal.

# LA CONSTRUCCIÓN IMAGINARIO-SOCIAL DEL MIEDO EN TIEMPOS DE CATÁSTROFE SOCIAL: RELATOS Y NARRATIVAS URBANAS POSTERIORES AL TERREMOTO Y TSUNAMI DEL 2010 EN EL GRAN CONCEPCIÓN, CHILE

---

DIEGO SOLSONA CISTERNAS\*

## INTRODUCCIÓN Y CONTEXTO INMEDIATO

A las 3:40 de la madrugada del 27 de febrero del año 2010, en el contexto del año del bicentenario de nuestro país (Chile), nos vimos afectados por un terremoto grado 8.8 en la escala Richter, el cual dejó como resultado más de 500 muertos y un número importante de desaparecidos, 2 millones de damnificados, el colapso de edificios, cuantiosos daños materiales, etc. Esta situación también abrió un amplio abanico de dudas e interrogantes sobre las acciones y reacciones posteriores a la catástrofe, específicamente lo referido a los saqueos a supermercados y multitiendas, además de los rumores originados en las redes de comunicación informales que surgieron espontáneamente ante la situación excepcional. Estos rumores daban cuenta de la presencia de bandas organizadas que robarían las casas y aprovecharían la situación de emergencia para hurtar en viviendas, departamentos y condominios. Ante esta grave problemática vecinos de diferentes sectores de la región decidieron organizarse para proteger sus poblaciones, formando verdaderas milicias civiles con el fin de estar preparados y combatir ante una eventual invasión de otros ciudadanos a sus barrios (Ciper Chile, 2010, s.p.).

Podemos agregar la ineficiencia de las autoridades para tomar decisiones. El traspaso de la autoridad a las fuerzas armadas se realizó recién 48 horas después de ocurrida la debacle natural. Además, pareciese que este “Estado de excepción” propio de los gobiernos autoritarios facticos, no disminuyó los miedos sociales. Hubo descoordinaciones, falta de ayuda material, mala comunicación, y otras situaciones que agravaron lo ocurrido. La ciudadanía entró en un estado de pánico que sería el detonante de diversos comportamientos.

A continuación, pretendo justificar que el miedo es una construcción social, originada en los espacios urbanos, con énfasis en el reconocimiento de la otredad como victimaria y peligrosa, alimentada por los medios de comunicación de masas y la metodología del rumor. A través de algunas evidencias empíricas pretendo defender esta tesis y llevarla a una categoría de abstracción mayor: el miedo como imaginario social.

---

\* Comisión Nacional de Investigación Científica y Tecnológica (CONICYT). Universidad de Los Lagos. Chile

## CONTEXTO SOCIAL DEL CHILE “DEMOCRÁTICO”. ¿CÓMO SE VIVE LA CIUDAD?

Las dictaduras militares en América Latina tuvieron como uno de sus efectos más evidentes la descomposición del tejido social y la implementación de un sistema económico neoliberal, el cual en su dimensión cultural exagera una lógica individualista que invita a los individuos a prescindir de lo social (Moulian, 1997; Monares, 2005). En este contexto las ciudades, como territorios urbanos, configuran los espacios de tal modo que producen una inminente desigualdad, como consecuencia de la fragmentación y atomización social. En este sentido, propongo el miedo no como una mera sensación psicológica, sino como una construcción social que se experimenta de primera mano (apriorísticamente) en la vida cotidiana (Baeza 2008; 2010). El miedo surge en la misma interacción social<sup>1</sup>, por lo tanto, la disminución del miedo se correlaciona directamente con evitar relacionarnos con “otros”, disminuir el número de interacciones y encuentros (Seveso Zanin, 2009a).

Los grupos sociales construyen su propio tejido habitual de interacción, situado en lo familiar, y sobre todo en el “hogar”<sup>2</sup>, como un lugar que es el punto de inicio de nuestras rutinas y que, por lo tanto, nos brinda una especie de seguridad ontológica que producen ciertos surcos de certidumbre. El repliegue individualista, y la casi extinción de lo colectivo, sitúa a los ciudadanos modernos en un proceso que, parafraseando a Bauman (2003), podríamos denominar como “el arte del desencuentro”, pues creamos dispositivos en función de evitar establecer relaciones sociales con “otros”. Este miedo como imaginario urbano se deposita en el “otro”, es decir, existen connotaciones negativas de la diferencia social, ya que en la ciudad se establece una conceptualización ecológica de lo urbano donde se caracteriza a las poblaciones y barrios en situación de vulnerabilidad (pobreza, desempleo, presencia de drogas, y otros) como espacios habitados por sujetos carentes y peligrosos. El miedo está inmediatamente relacionado a la percepción y representación del delito (no al delito real), y esta construcción, como dice Seveso Zanin (2009a), permite una representación mental de la espacialización de actores donde los grupos vulnerables son ubicados en *ghetos* o zonas de conflicto. Estas representaciones son permeadas por los medios de comunicación y otro tipo de metodologías como la del rumor.

El miedo, entendido como imaginario urbano, puede explicarse “parcialmente” por la disgregación de solidaridades colectivas, por la inopia de nuestra convivencia, por el contexto del barrio y la ciudad como espacios ajenos, adversos y carentes de sentido, por la tecnología como herramienta que exagera la comunicación impersonal (relaciones anónimas y fugaces) y por la ausencia de lazos sociales (Baeza, 2010)<sup>3</sup>. Aunque también es justo

<sup>1</sup> No como una especie de “contagio” o “patología”, sino en el nivel relacional, el miedo está depositado en otros, y esos otros son humanos, conocidos, localizables y rastreables en la ciudad, el espacio donde circulan los miedos sociales.

<sup>2</sup> Ya en el siglo XVIII John Locke aseguraba que la propiedad es algo que garantiza la seguridad ante ciertas contingencias en la existencia humana, sobre todo en periodos de crisis de las redes de dependencia tradicionales (Castel, 2006).

<sup>3</sup> Cuando hablamos de que en las ciudades se produce; corrosión social o disgregación de solidaridades colectivas, no estamos invisibilizando otro tipo de prácticas, ciertamente en el contexto del terremoto,

establecer que este tipo de prácticas y consecuencias en el comportamiento social no es un “exclusivismo”, en las pesquisas realizadas para esta investigación, pudimos constatar que muchos pobladores se reunieron para ejecutar acciones comunitarias en conjunto (buscar agua, ollas comunes, reconstrucción de viviendas, conversaciones pseudo-terapéuticas o de contención, etc.)<sup>4</sup>, lo que sí me parece establecer es que son solidaridades colectivas *sui generis*, no se manifiestan siempre en las ciudades modernas, las cuales están principalmente caracterizadas por prácticas y efectos como los referidos anteriormente.

## EL MIEDO<sup>5</sup> COMO CONSTRUCCIÓN SOCIAL

El miedo ha sido considerado como una sensación o emoción desde la óptica de la psicología y muchas veces se confunde o tiende a mimetizarse con los conceptos de angustia, riesgo, entre otros. Sin embargo, para los fines de este artículo abordaremos el concepto de miedo desde la “socio antropología de los imaginarios sociales”<sup>6</sup>, ya que desde esta perspectiva se considera el miedo como una construcción<sup>7</sup> social que se da en determinados contextos de interacción e irrumpe inevitablemente en la vida de los individuos y sus concomitantes relaciones sociales.

El miedo como construcción social depende de la cultura en que se desarrolle. En la cultura occidental la principal causa que genera el miedo es la conciencia de la posibilidad de muerte. Por otro lado, la población tiene una sensación de temor e inseguridad que muchas veces no guarda relación con los hechos reales y concretos que originan esa sensación (Seveso Zanin, 2008). El miedo social se convierte para cada sujeto en una especie de miedo existencial, pero no reductible a la experiencia individual del ser humano (Baeza, 2008). Este miedo priva la disponibilidad de relacionarnos con nosotros mismos, impide la aceptación social, el miedo social hace que cualquier desconocido sea un enemigo potencial. Para prevenir o disminuir los miedos, se inhibe la posibilidad de explorar e incursionar en nuevos espacios y en un ambiente desconocido. La confianza en el otro sufre una especie de atrofia que inevitablemente distorsiona nuestras percepciones. Estamos frente a una coartación de la cultura de la novedad, de innovación y de riesgo (Castel, 2006; Seveso Zanin, 2009a). En otras palabras, el miedo genera discursos y prácticas sociales evidentes.

---

las solidaridades comunitarias y las relaciones de dependencia mutua fueron evidentes.

<sup>4</sup> De hecho, inmediatamente después del terremoto en las ciudades costeras los vecinos compartieron sus transportes (autos o camionetas) para trasladar a los vecinos a zonas seguras.

<sup>5</sup> Etimológicamente hablando, la palabra “miedo” proviene del término latín *metus*. Se trataría de una perturbación angustiosa del ánimo por un riesgo o daño real e imaginario.

<sup>6</sup> Teoría social cuyo origen y creación se le atribuye al pensador Griego-Francés Cornelius Castoriadis, aunque en el contexto latinoamericano ha sido el sociólogo y académico chileno Manuel Baeza quien más ha trabajado el tema y a quien se le identifica como el artífice de la teoría de los imaginarios sociales entendida como “fenomenológica”.

<sup>7</sup> Por construcción entendemos un inminente proceso de “creatividad” *sui generis* o *ex nihilo*, en el contexto de una modernidad que se ha quedado sin mitos fundantes que sirvan como explicaciones a la realidad (Sánchez-Capdequi, 1996).

Si bien es cierto, y tal como lo plantea la psicología social, el miedo es determinado y experimentado por el yo, y ese yo interactúa con los demás, existe un guion cultural que instruye a la gente sobre cómo responder a las amenazas a su seguridad. Hay normas y costumbres que rigen la forma en que el miedo se experimenta y se expresa. Revisemos esta frase literal de Giddens; “La gente maneja los peligros y los temores asociados con ellos en términos de fórmulas emocionales y de comportamiento que han llegado a ser parte de sus prácticas cotidianas” (Giddens Berlain, 1996, p. 21). En las sociedades contemporáneas el miedo es impredecible, volátil e inestable, a menudo no se centra en una amenaza específica. El miedo puede migrar libremente de un problema a otro sin ninguna conexión causal o lógica, se toman ventajas sobre la narrativa del miedo. En el contexto de estos miedos la tarea de la sociedad será tratar de evitar en lo posible sus efectos (Baeza, 2008).

Otros autores que plantean el miedo como construcción social aseguran que este “es una motivación poderosa para las actividades humanas, condiciona nuestras conductas, por medio de ellos aprendemos con mayor o menor inteligencia, la cara oculta de la vida” (Lechner, 2002, p. 61).

## EL MIEDO COMO IMAGINARIO URBANO

En este punto, y a partir del reconocimiento de la heterogeneidad y diversidad de perspectivas que existen para definir y trabajar los imaginarios urbanos, quiero establecer que las inscripciones teóricas de este trabajo se basan principalmente en “perspectivas latinoamericanas” y “socio-antropológicas” sobre los imaginarios urbanos. No por una arbitrariedad caprichosa, sino desde la tributación heurística que implica el considerar a teóricas y teóricos latinoamericanos en un trabajo que es una empresa situada en el contexto local.

Silva (2014) afirma que en la percepción de la ciudad se produce un proceso de selección y reconocimiento que va construyendo un objeto simbólico llamado urbe o ciudad, y en todo este simbolismo emerge un componente imaginario (p. 40). Agrega Silva que toda experiencia en la ciudad o la urbe son afectadas por cruces fantasiosos de una construcción social hecha por ciudadanos y que se incorporan en sus formas de hacer e interpretar las realidades cotidianas. En este sentido, las percepciones ciudadanas se imponen en los habitantes a partir de como los grupos imaginan la ciudad. García Canclini (2007) establece que los imaginarios remiten a un campo de imágenes diferenciadas de lo empíricamente observable, y estos corresponden a elaboraciones simbólicas de lo que observamos o que nos atemoriza o desearíamos que existieran (p. 2). Lo imaginario viene a complementar o a suplir aquello que no conocemos. Una ciudad es siempre heterogénea debido a la gran cantidad de imaginarios que la componen, agrega García Canclini que los imaginarios aparecen como un componente necesario, constantemente presentado en la interacción social y refiriendo a formas de interacción no objetivables físicamente, o que solo en forma inmediata pueden aludir a posiciones particulares en la ciudad (p. 4) Por su parte, Vera (2016) sostiene que las ciudades son producto de los procesos colectivos de construcción social, y continua parafraseando a Castoriadis, que son instituciones del magma de significaciones imaginario-sociales que se instituyen en un proceso que

identifica como cultural (p. 3). Vera aporta en su análisis algunas categorías posibles para interpretar la ciudad, siendo la más pertinente a este artículo la que la investigadora denomina como “ciudad percibida”, donde, según sus propias palabras, predomina el campo representacional de la ciudad que permite configurar imágenes de la ciudad y formas de percibirla (p. 5). No solo importa vivir en la ciudad sino “vivir la ciudad” (Gravano, 2016).

Llegamos a la siguiente definición de imaginarios urbanos: son entramados de sentido socialmente construidos en torno a la ciudad como forma material y simbólica específica de organización humana y a lo urbano como modo de vida. Pueden referirse a la ciudad como modelo genérico, a una ciudad específica o a ciertos espacios, lugares y procesos que acontecen en la ciudad e inciden en la forma de vida que esa sociedad va desarrollando. Constituyen visiones del mundo, maneras de vivir, de sentir, de pensar y proyectar la ciudad y lo urbano; implican deseos, creencias, valores, mitos, relatos de lo que fue, es y debería ser la/esa ciudad (Vera, 2016, p. 6). Dentro de esas formas de vivir y sentir, indudablemente aplica el “miedo”.

Si asumimos que el miedo trasciende a una mera sensación psicológica y es mejor definido por la categoría de construcción social, es decir, más allá de lo patológico, el miedo también puede ser visto como una construcción imaginario-social, lo que es equivalente a decir que la sociedad fabrica, además de múltiples instituciones sociales, sus propios miedos, y esto es válido tanto para los individuos como para los grupos sociales (Baeza, 2008, p. 465). Vale la pena preguntarse, ¿dónde se producen los miedos modernos? Para que surja este miedo que llamamos social, necesitamos ciertas condiciones de producción, especialmente aquellas referidas al espacio. Desde esta perspectiva, afirmo que los miedos modernos tienen su origen en la ciudad o en lo urbano. La vida moderna se desarrolla preferentemente en los grandes centros urbanos (Zarzuri, 2000). Sin embargo, y utilizando el lenguaje de Baeza (2010), podemos hablar de una connotación negativa de la ciudad como el espacio por excelencia que promueve una especie de corrosión social. Esto debido a que, como dice Lechner, (2002) el barrio y la ciudad suelen ser vividos como algo ajeno, adverso y carente de significado emocional, porque en el fondo es en la ciudad donde hacemos vida social, no obstante, los espacios que configuran la ciudad (barrios, escuelas, servicios públicos, centros comerciales, etc.) se supone que son por antonomasia los contextos donde desarrollemos vínculos con otros, pero estos contextos están debilitados, ya no son lugares evidentes de integración e identificación, las confianzas mutuas y obligaciones recíprocas han sido diseminadas.

Según Gravano (2016), la ciudad como espacio saturado de representaciones y prácticas nos permite ver la confluencia de componentes, tales como diversos imaginarios, entre los cuales se encuentra el miedo.

## EL MIEDO AL “OTRO” COMO PRINCIPAL MIEDO URBANO ¿DE QUIENES TENEMOS MIEDO?

En las ciudades modernas y, parafraseando a Seveso Zanin, (2008, 2009a, 2009c) existe una conceptualización ecológica de lo urbano que se caracteriza por ubicar a los pobres en conglomerados y poblaciones situadas geográficamente en las periferias de las ciudades

y cuyos habitantes son sujetos materialmente carentes y peligrosos. Esto trasunta en una connotación negativa de la diferencia social. Las distancias urbanas y socioeconómicas sitúan a los individuos en diferentes posiciones dentro de las ciudades dependiendo de ciertos atributos (capacidad de consumo, nivel educacional, ingresos, etc.); en ese sentido, se produce una especie de “homofilia social”, la cual se describe como la propensión de los individuos a relacionarse con personas que comparten sus mismos atributos, como el sexo, el ingreso o el habitar un mismo barrio (Marques, 2010). En este contexto se da una reproducción de “espacialización de actores”. Se identifican verdaderos *ghettos* como zonas de conflicto, zonas peligrosas y dignas de evitar. Este miedo al “otro” no se puede disociar del miedo al delito (asumiendo que el potencial victimario es ese desclasado que habita las periferias urbanas). Estas sensaciones aumentan día a día, a pesar de la evidencia de ciertos datos empíricos. Según los datos del primer trimestre entregados por la Subsecretaría de Prevención del Delito (Chile), entre 2014 y 2015 han bajado los casos policiales en los delitos de Mayor Connotación Social en un 2,8 %. Pese a estos números, según la última encuesta CEP<sup>8</sup>, un 84 % de los consultados dice estar preocupado de ser víctima de un asalto con violencia, un 71% se siente insatisfecho con el funcionamiento de la seguridad ciudadana y un 60 % cree que la delincuencia es el principal problema en el que debería enfocarse el Gobierno<sup>9</sup> (Toledo Campos, 2015).

Volviendo a Seveso Zanin (2009a), la idea del miedo al “otro” se concatena con la identidad de grupo:

La gente se identifica con un grupo, intenta tener sentido de pertenencia, y los que no pertenecen a ese grupo se convierten en sospechosos y potenciales amenazas. Vemos la seguridad como lo parecido a nosotros y el peligro en lo que es diferente. Construimos incluso un perímetro lineal de la distribución del espacio físico para evitar la intrusión de otros en “nuestro territorio”. (Seveso Zanin 2009a, p. 3)

Entonces, cabe la pregunta, ¿dónde reconocemos y hacemos este ejercicio de careo con la “otredad”? Inminentemente en lo urbano, en la ciudad. La inseguridad urbana, con respecto al delito y al crimen, promueve la irrupción de otros miedos sociales. La sensación de miedo tiende a constituirse en relación con personajes reconocidos como cercanos (extraños entre nosotros) entonces, según Seveso Zanin (2009a), surge un sentido de diferencia social con connotaciones negativas, lo que coincide con Baeza (2015), quien asegura que a mayor distancia cognitiva entre ego y alter existen menos posibilidades de establecerse relaciones empáticas entre ambos. Se identifica el miedo con la inseguridad y en este camino se desarrolla el miedo al otro, es decir, el miedo a los seres humanos, quedando opacados los otros miedos, así como también otras sensaciones. También Tijoux (2002) refuerza estas ideas afirmando que los espacios urbanos se configuran en torno a la fragilidad y vulnerabilidad de un miedo que es producido por la presencia de otros, a los

<sup>8</sup> Centro de estudios públicos.

<sup>9</sup> Datos extraídos del artículo Toledo Campos, M (2015). Medios de comunicación y delincuencia: amplificación del miedo y creación de estereotipos. “Entrevista a académicos de la Universidad de Chile”, extraído de <http://www.uchile.cl/noticias/115263/medios-de-comunicacion-y-delincuencia-amplificacion-del-miedo>”.

cuales se les atribuye las características negativas de fuerza y violencia para conseguir sus objetivos. Esto consolida la dicotomía planteada en donde existen dentro de una misma ciudad, buenos y malos, dependiendo del lugar donde se sitúen (Rebolledo, 2006).

## CREADORES Y PROMOTORES DE LOS MIEDOS SOCIALES URBANOS (*MASS MEDIA* Y LA METODOLOGÍA DEL RUMOR)

Si ya asumimos el miedo como una construcción social y que en sus acepciones modernas tiene su génesis en los grandes centros urbanos (ciudades), donde se establecen fronteras simbólicas entre diferentes actores que ocupan un espacio en la ciudad, cuya posición determina su estatus de “otro” como víctima o victimario de delito u otra acción generadora de miedo, entonces vale la pena preguntarse ¿qué medios o instituciones promueven o crean estos miedos? La respuesta considera dos posibilidades, una proveniente del poder mediático de los *mass medias* (González, 2006) y otra que, alimentada por estos medios, produce una metodología del rumor perteneciente a la sociedad civil.

### MASS MEDIA (MEDIOS DE COMUNICACIÓN MASIVA)

Los medios de comunicación juegan un rol central en la producción de miedos.

Quando se dice inseguridad se establece un juego metonímico que remite inconscientemente al delito (...) las personas se sienten inseguras porque temen por sus vidas, sus cabezas reproducen mentalmente una espacialización de actores (...) en un mismo plano figuran una víctima (frágil e inocente), una acción consolidada (encañonamiento de un arma) y a un victimario (cuyo papel ocupan los sospechosos de siempre, pobres a veces, pero también extranjeros o cualquier otro tipo de otredad diferencial). (Seveso Zanin, 2009a, p. 17)

El mismo autor señala que los *mass media* guardan silencio ante otras problemáticas relevantes como, por ejemplo, inseguridad alimentaria y prefieren arbitrariamente enfatizar sus contenidos en orientación al delito (Seveso Zanin, 2009c). Desde lo subjetivo se construyen espacios de conflictos, con actores que poseen roles claros, víctimas y victimarios (Rebolledo, 2006). Los medios de comunicación promueven nuevas retóricas de la diferencia, lo que provoca al mismo tiempo una limitación de los espacios de interacción entre sujetos marginados y el resto de la sociedad (fragmentación urbana, seguridad en espacios privados, etc.) Los pobres, en este contexto, son expuestos por los medios de comunicación como depositarios de una dimensión de sospecha y de criminalización. “Los otros, los pobres desclasados, a los que se les relaciona con degradación moral, violencia, promiscuidad, etc. Esto deviene en inevitable tensión de la vivencia cotidiana anclada” (Seveso Zanin, 2009a). Bermúdez (1993) dice que los medios de comunicación tienen la responsabilidad social de informar y educar a las personas durante situaciones catastróficas, sin embargo, la lógica de los *mass media* es difundir noticias alarmistas y negativas que tienen como sustrato intereses mercantiles.

Vale la pena señalar que su principal función radica en ser los vehículos y artífices de la cultura como reforzadores y constructores de sentido. Los medios son un instrumento conveniente para el mantenimiento de la hegemonía.

A partir de ellos se construyen visiones y divisiones de panoramas sociales amenazantes: instalan palabras (códigos sentados) que dicen 'al otro' en su identidad para situarlo ya sea como una víctima o victimario, digno de confianza o temor, inocente o culpable. Así se consolidan significados intersubjetivamente compartidos, imaginarios, marcos de sentido y representaciones que surgen en el mundo cotidiano. (Seveso Zanin, 2009a, p. 31)

Al buscar en Google las palabras “saqueo, terremoto, Chile 2010”, nos encontramos con más de 180000 noticias de medios nacionales e internacionales que trataron la temática, evidenciando la trascendencia que le otorgan los medios de comunicación a noticias que se relacionan con el delito, en desmedro, por ejemplo, de ciertos hechos de solidaridad colectiva que se generaron después de la catástrofe, o cubrir los sufrimientos particulares de los familiares de las víctimas o de quienes perdieron su casa, etc.

En este mismo sentido, aporta Gravano (2016) que existen múltiples lecturas de los ciudadanos con respecto a la ciudad, y estas lecturas deben ponderarse por los efectos de los medios de comunicación. El mismo autor cita a Jesús Martín-Barbero: “hoy los medios viven de los miedos”.

## UNA RELACIÓN INCESTUOSA ENTRE LA “METODOLOGÍA DEL RUMOR” Y EL MIEDO COMO CONSTRUCCIÓN SOCIAL

Baeza (2008) dedica un capítulo exclusivo al rumor, en relación a su génesis y sus efectos sociales. El autor relata que el año 2004 en las zonas costeras de la región del Bio-Bio, Chile (mismo lugar que fue epicentro del terremoto y tsunami del 2010) se produjo un insólito hecho. Este consistió en crear el rumor de un supuesto terremoto y maremoto, “se expandió en una noche con gran velocidad, creando una situación de pánico colectivo, mucha gente abandonó sus hogares y se precipitó hacia los cerros, entre 15.000 y 20.000 personas huyeron y el tsunami nunca ocurrió (hasta el 2010) (Baeza, 2008, p. 438 ). En el diario “Crónica” de Concepción al día siguiente en su portada decía “El rumor venció la racionalidad”. Otros autores como Bermúdez (1993) y Holand y Van Hardale (1989) aseguran que los rumores son informaciones falsas y distorsionadas, que se propagan con facilidad en grupos sociales pasivos y que tienden a ser fatalistas augurando un devastador evento, pero también los presagios y profecías sobre eventos futuros pueden indicar el intento de los afectados por una catástrofe por recobrar el sentido de control sobre su ambiente.

El rumor tiene un origen social y por ende sus efectos también son sociales. Edgar Morin (1969, en Baeza, 2008) afirma que sociológicamente el rumor tiene 4 etapas.

Cuadro I. 4 fases del rumor y sus concomitantes características (Morin, 1969, en Baeza, 2008)

Etapa del rumor	Características de la etapa
Incubación	Un conjunto de relatos comienza a circular y evolucionar en pequeños círculos. Estos relatos se basan en informaciones imprecisas, provenientes de algún espacio determinado (población, ciudad, etc.)
Propagación	Expansión social hacia otros grupos, donde dicho rumor encuentra eco. Se propaga a través de la transmisión de los relatos orales.
Metástasis	El rumor se expande a toda una comunidad, lo que alienta conflictos políticos locales y desencadenan diversas crisis y reacciones colectivas.
Descomposición	Aquí aparecen represores psicológicos que provocan la racionalización o explicación del fenómeno tras el rumor. En esta etapa ya hay presencia de información oficial y de autoridades, no obstante, pueden subsistir elementos de sospecha.

El mismo Morin también establece que existen 4 tipos de rumor en función de los efectos provocados.

Cuadro 2. Tipos de rumores (Morin, 1969, en Baeza, 2008)

Tipo de rumor	Efectos
Rumores intergrupos	Hostilidad hacia la otredad.
Rumores difusores de miedo	Sensaciones y angustias subjetivas.
Rumores que reflejan deseos	Acciones excepcionales solo ejecutadas en función del contexto (saquear)
Rumores no determinados	Sensación de incertidumbre ante la imposibilidad de su verificación (vienen los del otro barrio a saquearnos)

## OBJETIVOS DEL ESTUDIO

### *Objetivo general*

Establecer el miedo como una construcción imaginario-social en el gran Concepción (contexto urbano), los días posteriores al terremoto y tsunami del 27 de febrero del 2010.

### *Objetivos específicos*

Describir las situaciones en que los actores sociales declararon (discursos) sentir miedo ante hipotéticos riesgos de invasiones a sus territorios por parte de otros individuos o grupos. ¿Qué defendemos?

- Establecer la relación entre la metodología del rumor (fases y tipos) y las acciones tomadas por los actores sociales, posteriores al terremoto y tsunami.

- Identificar las redes de información formales e informales que fundamentaban las supuestas acciones de invasión en sus poblaciones. (El rumor y los medios de comunicación).
- Identificar en los discursos la construcción de la otredad. ¿Quiénes son los peligrosos? ¿De quién nos defendemos?

## ALGUNOS APUNTES METODOLÓGICOS Y CONTEXTUALES

Las reflexiones de este trabajo emanan de una investigación realizada entre los años 2010 y 2011 (septiembre-marzo), titulada “La construcción social del miedo: decisiones y riesgos en tiempos de catástrofe social” (Solsona, 2011), dirigida y supervisada por el Doctor Manuel Baeza. Este estudio fue abordado desde una metodología cualitativa, utilizando como técnicas de producción de datos entrevistas semiestructuradas y grupos de discusión. Se aplicó un análisis semántico que identificó dicotomías y oposiciones entre los discursos de los diferentes actores considerados para el estudio. La muestra estuvo conformada por grupos juveniles y profesionales jóvenes de diferentes comunas de la octava región en Chile, específicamente en las comunas de Penco, Concepción, Chiguayante y San Pedro de la Paz<sup>10</sup>. Estos grupos estuvieron compuestos por actores con diferentes ocupaciones, ingresos socioeconómicos, además se veló por equiparar la muestra por sexos.

Cuadro 3. Estrategia de producción de datos y muestra

Técnica utilizada	Número de participantes	Características de los participantes
Grupo de discusión 1	10	Jóvenes de la comuna de Penco. (Estudiantes universitarios, profesionales jóvenes, católicos) 5 hombres y 5 mujeres.
Grupo de discusión 2	10	Adultos mayores (sobre 65 años) de la comuna de San Pedro de la paz. (Uniformados jubilados, mormones y evangélicos, 5 hombres y 5 mujeres.)
Grupo de discusión 3	10	Adultos jóvenes de la comuna de Chiguayante (Obreros, trabajadores informales y dueñas de casa, 5 hombres y 5 mujeres entre 28 y 40 años.)
Entrevistas semiestructuradas	15	7 mujeres y 8 hombres con diferentes ocupaciones de la comuna de Concepción.

Vale destacar que la realización y ejecución de estas técnicas adquirió un alto grado de complejidad. Si bien las entrevistas y los grupos de discusión fueron realizados, al menos 7 meses después de los eventos referidos, para las personas era difícil recordar y reconstruir los hechos a partir de una memoria que intenta reconstruir una experiencia particularmente fragmentada por los traumas y miedos que este generó. Muchas personas se emocionaban e incluso lloraban al recordar los días posteriores al terremoto y lo difícil que fue afrontar la experiencia. Además, en los discursos tanto individuales como colectivos afloraron un gran cúmulo de estigmas, cosmovisiones e interpretaciones particulares de

<sup>10</sup> Ambas comunas (ciudades) pertenecientes a la octava región del Bio-Bio (Chile).

los diferentes actores, quienes identificaban y atribuían sus miedos a depositarios específicos y localizables en los entornos urbanos.

## EL MIEDO SOCIAL EN TIEMPOS DE CATÁSTROFES NATURALES

### RESULTADOS: LA METODOLOGÍA DEL RUMOR OPERANDO COMO GERMEN DEL MIEDO

Todos los actores consultados en el estudio coincidían en que su principal miedo guardaba relación con perder sus propiedades o que estas fueran invadidas o saqueadas. El origen del miedo a que sus poblaciones, casas y propias vidas fueran atacadas por otros individuos o grupos tenía asidero en el rumor, o lo que ellos prefirieron denominar “los comentarios de las esquinas”. Como todo rumor, según Baeza (2008) basado en el modelo de Morin (1969), tiene un inicio en una fase de incubación (duración de 2 días), donde una serie de relatos empieza a evolucionar en pequeños círculos y cuyo contenido de estos relatos son informaciones imprecisas localizadas en o sobre un determinado sector geográfico.

Lo que pasa es que hubo mucho comentario, me entendí, mucho comentario en las esquinas por parte de la gente, que iba a venir gente de Cerro Verde Alto, de Boca Sur<sup>11</sup> que se venía gente de la orilla caminando supuestamente y que entraba por atrás ahí playa negra o por detrás de la villa, ahí cerca del muelle. (Fragmento de entrevista de investigación, Penco Chile)

Otro ejemplo de estas informaciones imprecisas proviene de lo que expone el portal informativo Ciper Chile, que establece el siguiente testimonio:

Mis papás me decían “ah, no sé dónde estás trabajando tú, pero aquí roban en todas las casas”. Yo les contestaba: “a ver, ¿quién hizo una denuncia?”. “Es que entraron a la casa de fulanita”. Bueno, a la semana me encontré con fulanita y me dijo, “no, a mi casa no pero la vecina, me contó que a su tía...”. Eran puros cuentos así. A mí me parece que lo que ocurrió esas noches es que el chileno se puso particularmente histérico. (Ciper Chile, 2010, s.p.)

Posteriormente viene la fase de propagación, en la cual también se establece que es un rumor que genera hostilidad intergrupos (duración de 2 días) en la cual hay una expansión social hacia otros sectores donde el rumor encuentra eco y circula a través del relato oral de persona a persona a escala micro-social de comunicación. “Después escuchamos que en Chiguayante y en Conce<sup>12</sup> pasaba lo mismo, hubo harto rumor y comentario de que por todos lados iban a saquear en las casas” (fragmento de entrevista de investigación).

En tercer lugar, viene la etapa más complicada la cual es de metástasis (duración de 2 días), término que se utiliza como analogía para plasmar la masificación del rumor, lo cual prolonga las crisis y todos los individuos se vuelven sensibles ante la amenaza. Lo negativo es que esto puede bifurcar en el descontrol individual y colectivo, desencadenando

<sup>11</sup> Tanto Boca Sur como Cerro Verde Alto son dos poblaciones de la octava región las cuales están estigmatizadas, son identificadas como zonas de conflicto asociadas a la delincuencia, tráfico de drogas, etc.

<sup>12</sup> Chiguayante y Concepción son dos comunas de la octava región, siendo la segunda la capital de la región del Bio-Bio.

a su vez temor, pánico, desconfianza, etc. “Si era necesario, igual lo otro era matar, eso nosotros escuchamos en los rumores” (fragmento de grupo de discusión, Chiguayante, Chile).

Finalmente, el rumor se descompone a través de represores psicológicos que racionalizan o explican la información supuesta. En esta etapa hay presencia de información oficial por parte de organismos estatales y medios de comunicación, además de la llegada de los suministros básicos (agua, gas y electricidad), aun así algunos sectores mantienen la sospecha. “Después llegaron los milicos<sup>13</sup> y nos dijeron que nos quedemos tranquilos, lo mismo escuchamos en la Bio-Bio<sup>14</sup>, aunque igual ya estábamos organizados por cualquier cosa” (fragmento de grupo de discusión)<sup>15</sup>.

#### ACCIONES GENERADAS A PARTIR DE LOS RUMORES

Debido al fuerte rumor de que sus poblaciones corrían el riesgo de ser invadidas, saqueadas o destruidas por otros grupos de individuos, los propios habitantes de los barrios decidieron protegerlas. Las acciones realizadas para dicho objetivo se basaban, principalmente, en el cierre perimetral de los accesos a los pasajes que componían la población. Según sus propias palabras, en cada esquina había un grupo de personas que impedían totalmente el paso de desconocidos. No se dejaba entrar a nadie que no habitara en el sector. Los autos recibieron una marca para que los dueños los reconocieran en el caso que quisieran sacarlos. El control era sumamente estricto, ya que si venía una persona desconocida se le preguntaba hacia dónde se dirigía, se le requisaba su documentación, se le consultaba sobre la dirección a la que iba y la identificación de la persona que iría a visitar.

Sí, mira, por ejemplo yo que vivo en la esquina de mi población, había chicos que estaban a la mitad de la cuadra y otros cabros<sup>16</sup> en la esquina, no se dejaba entrar a nadie que no fuera de la población, los autos se taparon, tenía que ser reconocidos por sus dueños para sacarlos, entonces la persona pasaba y decía yo vivo en tal parte y no faltaba el que decía ah si él es vecino de tal parte así que déjenlo pasar nomás. Y si no si llegaba alguien que decía yo vengo a ver a un familiar X y lo controlaban le pedían todo, desde la dirección, a qué pasaje iba, a quién iba a ver y como era en la esquina a mí me tocó ver eso, estaban como requisando todo, no se estaba dejando entrar a cualquier persona arriba. (Fragmento de entrevista de investigación Penco, Chile)

Una de las estrategias de defensa de los pobladores fue la presencia de armamentos de distinto calibre. Según relatan los actores, había pistolas, escopetas hechizas (escopetas recortadas), palos, cuchillos, lanzas, sables, etc. Todos estos elementos serían utilizados en el caso de que alguna situación así lo ameritara o requiriera. Roca (2013) asegura que en Chile, un país caracterizado por frecuentes terremotos, la sorpresa fue total al consta-

<sup>13</sup> Milico: Jerga popular para referirse a miembros de las fuerzas armadas, específicamente a los militares.

<sup>14</sup> Radioemisora nacional con gran sintonía en el centro-sur de Chile.

<sup>15</sup> Vale destacar que, a pesar de la presencia policial en las calles de las ciudades afectadas, las estrategias de autodefensa de los barrios siguió intacta.

<sup>16</sup> Chicos o cabros, jerga popular en Chile que es sinónimo de jóvenes o adolescentes.

tar la gran cantidad de saqueos producidos después de la catástrofe, y además agrega: “Los barrios generaron estrategias de autodefensa por temor ante los rumores de la llegada de supuestos saqueadores”. Y dentro de sus pesquisas en el trabajo de campo, también define como hallazgo que muchas personas entrevistadas rotulan a los saqueadores como “puros flaites”. “Si los flaites esos que ocupan zapatillas Nike, pantalones anchos, que hablan medio así, que escuchan música fuerte en las micros y que andan robando” (fragmento entrevista de investigación, Chiguayante, Chile). Es decir, no solamente hay una topología que ubica al otro en las periferias, sino que hay una clara caracterización imaginaria, estigmatizante y estereotipada de como son los “otros”, como se visten e incluso como hablan, lo que Parker (1986) establece como un dialecto de clase.

Al respecto, una crónica del portal Ciper Chile evidencia el siguiente testimonio:

Hugo Harrison, que vive en un condominio cercano a Andalué pero de clase media (San Pedro del Valle), tenía para defender su casa el palo del quitasol y los cuchillos del almuerzo. Durante varios días, después de toparse con la muchedumbre al entrar a Concepción, cada vez que tenía que salir en auto a buscar comida o combustible, conducía con un cuchillo en el asiento del copiloto y otro debajo de él. Nunca le ocurrió nada. Sólo tuvo un altercado con un conductor que se le coló en la fila. Pero la verdad es que no había como sentirse más tranquilo. (Ciper Chile, 2010)

## DISCUSIÓN TEÓRICA: ¿DE QUIÉN NOS DEFENDEMOS? EL MIEDO AL “OTRO”

La explicación, o mejor dicho aproximación, a una comprensión del porqué se implementa este sistema de protección dentro de las poblaciones, se debe esencialmente a lo que llamamos “fragmentación de los espacios sociales” (Busso, 2001). Los individuos señalaban como posibles invasores a habitantes de Boca sur (San Pedro), La Leonera (Chiguayante), La agüita de la Perdiz (Concepción centro), todas ellas poblaciones periféricas, víctimas de la segregación residencial formando “ghettos” de hogares muy pobres y de menor cantidad y calidad de activos financieros y, a su vez, con mayores niveles de vulnerabilidad. Norbert Elias (1998), en su obra *Establecidos y marginados*, comenta que los grupos sociales tienden a atribuir a sus miembros características humanas superiores, viéndose a sí mismos como gente mejor, poseedores de un valor que comparten todos los miembros de su grupo, en cambio los estigmatizados serían personas de menor valor. Un grupo de uniformados jubilados de San Pedro de la Paz, que a su vez eran mormones, decían: “Nosotros trabajamos, nos hemos ganado nuestras cosas con esfuerzo, hemos construido nuestras casas, les hemos dado educación a nuestros hijos... en cambio ellos todo se lo da al Estado” (fragmento grupo de discusión, San Pedro de la Paz). En la sociedad moderna existen procesos de privatización de los espacios públicos, lo que incide negativamente en la posibilidad de socialización de personas provenientes de otros sectores. Entonces, en el fondo, el miedo suscitado en el “otro” es un temor a lo desconocido o a lo que creo conocer. A esta idea aporta Seveso Zanin (2009b) afirmando que el miedo nos priva de la posibilidad de relacionarnos con otros grupos, impide la aceptación social, se inhibe la chance de explorar e incursionar en ambientes desconocidos.

El miedo al invasor es producto de que uno tiende a identificarse con un grupo y se atribuye un sentido de pertenencia (“Soy de la villa Belén”) y quienes no pertenecen a ese grupo se convierten en sospechosos y potenciales amenazas. En consecuencia, lo seguro es lo que se parece a nosotros y el peligro se construye con base en lo diferente. Es por eso que se construye incluso un perímetro lineal de la distribución del espacio físico, para evitar la intrusión de otros en el territorio. Es aquí donde también irrumpe el estigma (Goffman, 1995) como etiqueta o cualidad que caracteriza al otro y lo hace potencialmente peligroso para mí. Lo que ocurre es que hay una distribución espacial de lo urbano donde se define a las poblaciones de situación material precaria como grupos de personas con carencias, pobres, delincuentes y situados fuera de la moralidad social. El miedo al invasor trasciende la temporalidad de las catástrofes naturales y se encasilla en el contexto de la vida urbana moderna. Eugenia Crovara (2004) manifiesta la conocida tesis que durante la época de las dictaduras militares hubo una fuerte descomposición del tejido social que trajo como innegables consecuencias la fragmentación del espacio social, espacio en el cual ahora operan prejuicios y estereotipos hacia otros sectores sociales, situación que muta el desenvolvimiento cotidiano del individuo (porque hay estrategias para enfrentar la otredad y para modelar comportamientos sociales en función de algunas sensaciones). Entonces habitualmente estas representaciones estereotipadas aparecen como clasificación de los grupos sociales. “Los que vienen a saquear y robar son los de San Pedro de la pasta<sup>17</sup>, ellos no trabajan, todo lo reciben del Estado, no están acostumbrados a trabajar, sino que roban a los que si trabajamos” (fragmento entrevista de investigación). Entonces, como afirma Gravano (2016), se identifica al barrio propio por medio de la diferenciación con respecto a otros barrios, sobre la base de comparaciones que tienen como ejes los valores de lo barrial.

En función de lo anterior, no resulta una rareza que los habitantes de la comuna de San Pedro de la Paz definan a sus vecinos “no tan lejanos” del barrio San Pedro de la Costa como sujetos con cualidades morales y valóricas inferiores a las de ellos. No obstante, este miedo al otro, y esta caracterización arbitraria del otro, también se puede explicar parcialmente, según Gravano (2016), por la “‘competencia’ entre grupos como causa de segregación y cuando no explícita la relación de la ocupación del espacio en función de la estructura urbana de ‘apropiación de excedente’, que es la causa por la cual los grupos segregados habitan los espacios deprimidos y estigmatizados (p. 211).

También podemos sugerir que el hecho de quienes son los depositarios de sospechas (los que pueden robar, los que me pueden invadir y hasta matar) sean rotulados como “otros inferiores”, guarda relación con la vieja teoría del “Slum” o barrio bajo, definiendo a ciertos barrios como aquellos que tienen las peores condiciones físicas de la ciudad, pero también se les concibe como un lugar donde se desarrolla un orden moral y social particular (Gravano, 2016), es decir, si alguien iba a saquear, a atacar o invadir, tenían que ser ellos. Paradójico, considerando que, según investigaciones de prensa de la radioemisora Bio-Bio, quienes saquearon y robaron no eran personas hambrientas, hablamos de gente

---

<sup>17</sup> Por San Pedro de la pasta se está refiriendo al barrio San Pedro de la costa, es una forma peyorativa de nombrar a un barrio cuyas viviendas son productos de políticas públicas de viviendas sociales (Programa Chile Barrio). Es un barrio estigmatizado.

que comenzó los saqueos a horas del terremoto, que no distinguió entre grandes tiendas o pequeños comerciantes y que en muchos casos no eran individuos necesitados, sino dueños de empresas o dueños de vehículos de lujo (Radio Bio-Bio, 2010).

Sobre la ubicación geográfica del “otro” como posible victimario o invasor, los participantes relatan que se localiza en las poblaciones ya mencionadas como peligrosas, estos rótulos que mencionan los actores funcionan como cualidades estigmatizantes en los individuos aludidos y hacen que no solamente se perciba al “otro” como alguien diferente, sino que se juzga como alguien realmente malo y peligroso. El problema es que los individuos estigmatizados no son juzgados ni analizados de forma personalizada, sino que la gente tiende a establecer juicios de valor generales, se les cuele en un grupo y termina enviándolos al anonimato. Estos estigmas, tal como lo vimos en las frases del grupo de discusión, son reconocidos o asumidos en la “interacción social” (ropa, aretes, tatuajes, etc.) y son visibles, lo que hace que el resto le otorgue un carácter simbólico que acentúa la representación imaginario-social que se tiene de ellos, es decir, se les considera peligrosos para la sociedad en su conjunto. Una cosa que resulta curiosa y que llamó la atención de Roca (2013) es el hecho de que los jóvenes del grupo de discusión perteneciente a la Villa Belén, indicaban que ellos mismos eran rotulados como posibles invasores y saqueadores de otras poblaciones. Esto podría tener una relación parcial con lo planteado por Norbert Elias (1998), quien plantea que los estigmatizados parecen aceptar con una especie de desconcertada resignación, su pertenencia a un grupo de menor valor y respetabilidad.

Sin duda, estos imaginarios sobre la otredad devienen en lo que Gravano (2016) denomina una especie de “etnocentrismo urbano”, “nosotros somos la verdadera ciudad, el resto es Slum o barrio bajo”. Es decir, la gente deseable y respetable, como decían algunos “nosotros trabajamos, nos ganamos nuestras cosas con esfuerzo”, ellos constituirían esta verdadera ciudad y el resto de la ciudad está compuesta por indeseados o indeseables (p. 213).

Cuadro 4. La construcción de la otredad en modo de oposición semántica

Nosotros	Otros
Trabajadores	Flojos (todo se los da el Estado, subsidios, bonos, viviendas sociales, etc.)
Esforzados	Ladrones.
Decentes	Flaites (asociados a una estética devaluada)
Territorios bajos o periféricos (para no estar cerca de los otros)	Territorios altos (viven en los cerros, en los campamentos, “bajan” a robarnos)

## CONCLUSIONES. “EL MIEDO IMAGINADO EN CONTEXTOS URBANOS”

Como hemos podido establecer (parcialmente), el miedo es una construcción social, contextualizada espacialmente en lo urbano y temporalmente en las sociedades modernas, neoliberales e individualistas. Pero este miedo es también “imaginado” o abstracto, vale decir, provocado sin una causal directa (Luna, 2005). Según Castoriadis, los imaginarios sociales son

la posición de un magma de significaciones imaginarias, y de instituciones que las portan y las transmiten. Es una especie de Instancia de creación del modo de una sociedad, dado que instituye las significaciones que producen un determinado mundo (griego, romano, incaico, etc.) llevando a la emergencia de representaciones, afectos y acciones propios del mismo<sup>18</sup>. (Castoriadis 1997, p. 1)

Además, afirma Baeza (2009), los I.S. son múltiples y variadas construcciones mentales (construir realidad plausible). También son homologadores de todas las maneras de pensar, de las modalidades relacionales y de todas las prácticas sociales que reconocemos y asumimos como propias. Los I.S. no están exentos de oposiciones provenientes de la heterogeneidad propia de una sociedad. Al respecto, Baeza (2003) afirma que los I.S. son esquemas de atenuación de efectos aterradores, funcionan como compensaciones psíquicas ante el miedo a lo sublime y desconocido. En este sentido, así como la sociedad crea sus propios miedos, también imagina e instituye sus antídotos, instituciones o atenuantes de los mismos (Baeza, 2008).

¿Fue la declaración de Estado de excepción una forma de administrar o extirpar los miedos? Es interesante cómo se establece en lo planteado la lógica binaria de lo “oficial” (Estado de excepción) y lo “no oficial” (los rumores), pero no en términos excluyentes sino dialécticos. Este último “no oficial” constituye y configura los miedos en contextos excepcionales como una catástrofe natural en función de los rumores (informaciones imprecisas), pero al mismo tiempo estos rumores dialogan y se nutren de medios oficiales (*mass media*), que finalmente terminan generando los comportamientos mencionados anteriormente. A esto agreguemos que, según Bermúdez (1993), los ciudadanos dependen en gran medida de los medios de comunicación para informarse e interpretar los sucesos ocurridos, y que dichas informaciones van, sino a determinar, por lo menos a influir en el comportamiento de la ciudadanía.

Por otro lado, la sociedad crea sus mecanismos de atenuación y neutralización de los miedos, siendo el más ejemplar el “Estado de excepción” (implica un toque de queda, restricción de circulación después de ciertos horarios. Y la presencia de las fuerzas armadas en toda la ciudad) (El Mostrador, 2010) decretado por las autoridades, en función de las acciones de los seres sociales que se suscitaron inmediatamente después de la catástrofe, la presencia de fuerzas militares en los barrios (sensación de seguridad) comunicados oficiales de las autoridades afirmando que “está todo controlado”. Marchezini (2014) cita a Agamben (2007), para quien el Estado de excepción se define como un caso singular que es excluido de la norma general, pero no totalmente ajeno a la norma, por lo tanto, la excepción no es el caos que precede al orden, sino lo que suspende el orden. En este sentido, si lo normalizado por los grupos sociales estructura las relaciones de vida en función de atribuir normas a determinados territorios, la excepcionalidad de las normas no es precisamente una cosa solamente del Estado y con características punitivas, puesto que el hecho de que los ciudadanos hayan conformado milicias ciudadanas de defensa de sus barrios fue una iniciativa *sui generis* que nace de las reacciones espontáneas ante una situación que rompe con el orden de lo cotidiano, que quiebra con los surcos de certidum-

18 Extraído del glosario de imaginarios sociales. [www.magma-net.com.ar](http://www.magma-net.com.ar)

bre y seguridad insertos en las dinámicas del mundo de la vida (Husserl, 1990). En este sentido, coincido con Marchezini (2014) en relación a que el Estado de excepción “es la regla” y que los discursos relacionados a este concepto no son otra cosa que mecanismos para apropiarse de ciertos territorios e intervenirlos desde una lógica punitiva y castigadora<sup>19</sup>, pero en definitiva estos miedos son “imaginados”, es decir, parte de un proceso de creatividad social (Sánchez-Capdequi, 1996).

Los imaginarios sociales posibilitan la sintonía y solidaridad del individuo con las prácticas colectivas. Nuestra sociedad moderna se ha quedado sin mitos, sin su vivencia profunda, la modernidad intenta vivir al margen del mito, la realidad social dinámica es gobernada por la indeterminación de su fluir, con el riesgo, con la contingencia y los miedos. Las condiciones sociales que originan el miedo, eminentemente intersubjetivas, tienen un carácter difuso, pueden venir del rumor, de los medios de comunicación, de la literatura, pero también, por ejemplo, de aparatos del Estado, de ideologías dominantes, de los procesos de sociabilización primaria y secundaria, etc. Todo esto influye en el fomento de lo que Baeza llama “una atmósfera subjetiva capaz de acoger, en última instancia, un sentimiento de miedo colectivo”. Veamos la siguiente frase del académico: “Todo cuanto prioriza o exalta lo desconocido, lo considerante amenazado o contagioso, contribuye así a la creación de tal atmósfera, cargada de malos pronósticos, de catástrofes inminentes, de hedor a peste y muerte” (Baeza, 2008, p. 467). En esta atmósfera es donde irrumpen imaginarios sociales. Estos imaginarios sociales terroríficos funcionan legitimando socialmente esos pronósticos y esas múltiples escenas de catástrofes apocalípticas y, en la medida en que constituyen legitimaciones, son capturados por aparatos del Estado, para luego ser devueltos a la sociedad bajo la forma de discursos que tienden a la administración de temores colectivos (la Iglesia, el Estado, los *mass media*, etc.) (Baeza, 2008, p. 468).

En la sociedad contemporánea el número de certezas se ha reducido y lo que aumentan son los miedos. Múltiples son entonces estos imaginarios sociales que compensan la incertidumbre, muchas veces con respuestas que parecen ser perfectamente irracionales. Ante los factores que nos atemorizan o nos inquietan, por ejemplo, la delincuencia, transformamos nuestras casas urbanas en fortalezas colmadas de dispositivos electrónicos de seguridad, cerradas. Ya no nos permitimos interactuar con los demás, pues en la interacción comunicativa está el peligro. Tenemos miedo del otro y nos privamos de la riqueza relacional (Berriain, 1996; Crovara, 2004; Seveso Zanin, 2008). Como dice Baeza (2008), lo paradójico en un país que ha alcanzado altos niveles de crecimiento económico, los miedos sociales, odiosidades étnicas y sentimientos de vergüenza tienen su génesis en la misma sociedad, se producen en las prácticas sociales. En el contexto excepcional del terremoto y tsunami del 2010 se activaron y evidenciaron todas estas hostilidades, el “otro” era ese que habita barrios definidos como vulnerables, en vivien-

---

<sup>19</sup> Entiendo intervención punitiva desde la lógica de Foucault en su planteamiento de la dicotomía población/pueblo. Los gobiernos quieren intervenir a los grupos sociales como población, es decir, desde la biopolítica, como un grupo homogéneo, medible, del cual se espera una conducta, y una conducta aceptada dócilmente en obediencia pasiva (Blengino, 2008).

das construidas por programas sociales y subsidios del Estado (Roca, 2013), esos que se visten de una forma particular.

Cuando digo que el miedo es un imaginario urbano, rectifico que estoy pensando que la dimensión social y relacional de los miedos circulan en las ciudades, por lo tanto, no establezco una separación binaria entre urbano/ciudad, sino que estoy entendiendo lo mismo, a diferencia de lo planteado por Armando Silva (2016), quien dice que la ciudad tiene límites físicos-geográficos (por ejemplo, un peaje), sin embargo, lo “urbano” no tiene limitaciones ni perímetros fronterizos, sino que responde a ciertas características que lo definen (disposiciones, tecnologías, policentrismos, etc.)

La reflexión final es, si nosotros mismos producimos estos miedos sociales, ¿cómo los administramos?

Los miedos que la sociedad produce socio-imaginariamente deben ser tratados, administrados, por la sociedad misma, y todo esto con el claro propósito de la auto conservación. En otras palabras, la sociedad produce culturalmente miedos que solo culturalmente pueden ser tratados para mantenerlos bajo control. (Baeza, 2008, p. 471)

El problema recae entonces en quienes ejercen autoridad, ellos deben impedir que la subjetividad social pueda alentar conductas inadecuadas (una turba que por temor golpea a un individuo que delinque o una muchedumbre que huye despavorida, etc.), se debe pasar de la gestación de un miedo social a su posterior administración y, aún más, a su extirpación, por medio de una utópica fórmula, cuya nomenclatura está compuesta de solidaridades colectivas, de reconocimiento de la otredad y predisposición al encuentro entre *alter* y *ego* y a la recomposición urgente del vínculo comunitario en el contexto de una vida moderna asentada en las grandes urbes.

## REFERENCIAS

- Agamben, G. (2007). *“Homo sacer”: o poder soberano e a vida nua*. Belo Horizonte: UFMG.
- Baeza, M. A. (2003). *Imaginarios sociales. Apuntes para la discusión teórica y metodológica*. Universidad de Concepción Chile.
- Baeza, M. A. (2008). *Mundo real, mundo imaginario social, teoría y práctica de sociología profunda*. Ensayos y estudios. Santiago de Chile.
- Baeza, M. A. (2011). *Elementos básicos de una teoría fenomenológica de los imaginarios sociales*. Colección Tremn-Ceasga, España.
- Baeza, M. A. (2010). Carnaval perverso: Terremoto + tsunami y saqueos en el Chile de 2010. *Sociedad Hoy*, 19, 53-69. Universidad de Concepción, Chile.
- Bauman, Z. (2003). *Modernidad líquida*. México D. F.: Editorial Fondo de Cultura Económica.
- Beriain, J. (1996). *Las consecuencias perversas de la modernidad*. (comp.), A. Giddens, Z. Bauman, N. Luhmann y U. Beck. Barcelona: Editorial Antrohopos.
- Bermúdez, M. (1993). Vulnerabilidad social y organización ante los desastres naturales. *Ciencias Sociales*, 62, 131-141. Costa Rica.

- Blengino, L. (2008). Notas para pensar la relación entre política y biopolítica a través de los conceptos de pueblo y población en Michel Foucault. *DeRotar*, 1(1), 105-107. Santiago de Chile.
- Busso, G. (2001). "Las diferentes expresiones de la vulnerabilidad social en América Latina y el caribe". Santiago de Chile: Centro Latinoamericano y Caribeño de Demografía.
- Castel, R. (2006). *La inseguridad social. ¿Qué es estar protegido?* Buenos Aires Argentina: Editorial El Manantial.
- Castoriadis, C. (1997). "El imaginario social instituyente". *Zona erógena*, (35), 1-9.
- Ciper Chile. (2010). La horda que nunca llego. <https://ciperchile.cl/2010/07/19/saqueadores-post-terremoto-ii-la-horda-que-nunca-llego-a-las-casas/>
- Crovara, M. E. (2004). Pobreza y estigma en una villa miseria argentina. *Política y cultura*, 22, 29-45.
- El Mostrador. (28 de febrero de 2010). "Estado de excepción declarado el 28 de febrero del 2010". Recuperado de <http://www.elmostrador.cl/noticias/pais/2010/02/28/gobierno-decreta-estado-de-catastrofe-en-el-maule-y-bio-bio/>
- Elias, N. (1998). "La civilización de los padres y otros ensayos". Santa Fe de Bogotá: Norma.
- Glosario de términos de "Imaginario sociales" hecho por Cornelius Castoriadis. Extraído de [www.magma-net.com.ar/](http://www.magma-net.com.ar/)
- Goffman, E. (1995). *Estigma*. Buenos Aires: Amorrortu.
- González, L. (2006). Sobre los orígenes del miedo, *Revista ACI s/n*, Santiago de Chile.
- Gravano, A. (2016). "Antropología de lo urbano". Santiago de Chile: LOM Ediciones.
- Guzmán, J. A. (2010). Saqueadores post-terremoto 2: La horda que nunca llego a las casas. Recuperado de <http://ciperchile.cl/2010/07/19/saqueadores-post-terremoto-ii-la-horda-que-nunca-llego-a-las-casas/>
- Holand, C. J. y Arsdale, V. (1989). "Aspectos antropológicos de los desastres". En *Desastres, consecuencias psicosociales, la experiencia latinoamericana*. México: PCI:SM.
- Husserl, E. (2008). *La crisis de las ciencias europeas y la fenomenología trascendental*. Buenos Aires: Prometeo.
- Lechner, N. (2002). Las sombras del mañana (la dimensión subjetiva de la política). Santiago de Chile: LOM Ediciones.
- Lindón, A. (2007). "Diálogos con Néstor García Canclini". ¿Qué son los imaginarios y cómo actúan en la ciudad? *Revista Eure*, xxxiii(99), 89-99. Santiago de Chile.
- Luna, R. (2005). "Sociología del miedo". Guadalajara: Universidad de Guadalajara.
- Marchezini, V. (2014). La producción silenciada de los desastres naturales. *Revista Mexicana de Sociología*, 76(2), 253-285. Universidad Nacional Autónoma de México-Instituto de Investigaciones Sociales.
- Marques, E. (2010). "¿Cómo son las redes de los individuos en situación de pobreza en el Brasil urbano? *Revista Hispana para el Análisis de Redes Sociales*, 58(215).
- Monares, A. (2005). ¿Quién podría ser neoliberal? *Revista Polis*, 4(12). Universidad de Los Lagos, Chile.
- Morín, E. (1969). *La rumeur de Orleans*. París: Seuil (Points-Essai).
- Moulian, T. (1997). *Chile actual: anatomía de un mito*. Santiago: LOM Ediciones.

- Parker, C. (1986). *Religión y clases subalternas urbanas en una sociedad dependiente*. Tesis de doctorado, Universidad de Lovaina, Bélgica.
- Rebolledo, L. (2006). *Discursos del miedo e incertidumbres cotidianas*. Universidad de Santiago de Chile.
- Roca, A. (2013). “Catástrofe, violencia y estado de excepción”. Memorias de inseguridad urbana colectivas pos-terremoto del 2010 en la ciudad de Concepción Chile. Disertación de maestría presentada para el programa de posgrado de la Facultad de Filosofía, Letras y Ciencias Humanas de la Universidad de Sao Paulo, para la obtención del título de maestra en sociología.
- Sánchez Capdequí, C. (1996). “Recursividad, ambivalencia y creatividad social”. Epílogo de Beriain, J. *Las consecuencias perversas de la modernidad* (comp.), A. Giddens, Z. Bauman, N. Luhmann y U. Beck. Barcelona, España: Editorial Antropos.
- Seveso Zanin, E. (2008). Los pobres “los otros imaginados”. Una comprensión al miedo en el escenario del capitalismo contemporáneo. Programa de Estudios sobre Acción Colectiva y Conflicto Social. Buenos aires, Argentina.
- Seveso Zanin, E. (2009a). Imágenes de la diferencia, construcción subjetiva, otredad y medios de comunicación. *Fundamentos de Humanidades*. Año X, No. 1. Universidad de San Luís, Argentina.
- Seveso Zanin, E. (2009b). Represivo contra colectivo. “Los juegos de la seguridad como estrategia de un orden fundante”. *Boletín Onteakin*. Buenos, Aires Argentina.
- Seveso Zanin, E. (2009c). *El discurso de la prensa en la constitución de sensibilidades*. Consejo de Estudios Avanzados de la Universidad Nacional de Córdoba. Córdoba, Argentina.
- Silva, A. (2014). *Imaginario el asombro social*. Quito, Ecuador: Editorial Quipus Ciespal.
- Silva, A. (2016). “Imaginario urbanos”. Conferencia magistral del seminario Milton Santos, Ciespal, Habitat III. Quito, Ecuador.
- Solsona, D. (2011). *Construcción social del miedo: decisiones y riesgos en tiempos de catástrofe social*. Memoria de título profesional. Concepción: Universidad de Concepción.
- Tijoux, M. E. (2002). Cárceles para la tolerancia cero. Centro de Investigación Achupallas, Viña del Mar, Chile.
- Toledo Campos, M. (2015). Medios de comunicación y delincuencia: amplificación del miedo y creación de estereotipos. “Entrevista a académicos de la Universidad de Chile”. Recuperado de <http://www.uchile.cl/noticias/115263/medios-de-comunicacion-y-delincuencia-amplificacion-del-miedo>
- Vera, P. (2016). “Los imaginarios urbanos en Latinoamérica, reposición de discusiones y propuesta metodológica”. Ponencia 1er Workshop internacional RIIIR. Bogotá, Colombia.
- Zarzuri Cortés, R. (2000). Notas para una aproximación teórica a nuevas culturas juveniles: las tribus urbanas. *Última década*, 8(13), 81-96.

# IMAGINAR FRONTERAS, RECONSTRUIR DESIGUALDADES. REFLEXIONES A PROPÓSITO DE QUITO

---

ALFREDO SANTILLÁN\*

*El imaginario humano no imagina cualquier cosa, ni es en absoluto la inagotable “loca de la casa”, de lo contrario, una “obra de la imaginación” —¡y lo son todas!— jamás podría transmitirse, comunicarse, ni finalmente “traducirse”. La universalidad de lo imaginario se paga con su limitación.*

Gilber Durand (2012, p. 114)

## EL CONCEPTO DE IMAGINARIO EN LOS ESTUDIOS URBANOS

La preocupación por comprender la imaginación, los procesos que la hacen posible y los efectos sociales que produce, ha tenido un amplio despliegue desde mediados del siglo xx en tradiciones de pensamiento ligadas a la fenomenología y la hermenéutica. En estas corrientes es común señalar que la tradicional desatención a la imaginación como camino para alcanzar conocimiento está relacionada con la hegemonía del positivismo científico y la confianza en los procesos lógico-rationales como forma fiable de conocimiento, dejando a la imaginación relegada frecuentemente al campo de las artes (Herrero Gil, 2008; Wunenburg, 2008). Dentro del campo intelectual francés en el que se ha desarrollado gran parte de estos aportes, un tema particular en las reflexiones sobre el imaginario es que es una categoría que puede establecer puentes entre la tradición científica y las humanidades, como bien lo propone Herrero Gil (2008), sobre todo a partir del mito como producto paradigmático de la imaginación capaz de unir la vida humana con lo sagrado. Así, no es sino en épocas más recientes que la reflexión sobre la imaginación, más allá del componente psíquico, se ha posicionado en el campo de las ciencias sociales como un proceso social significativo, cuyo esclarecimiento resulta fructífero (Girola, 2012).

Una de las tareas principales de estas corrientes ha sido dotarse de un lenguaje conceptual a partir de esclarecer términos como “imaginación”, “imagen”, “imaginario”, “imaginal” y establecer su cercanía o distancia con categorías como “real” o “realidad” y el campo de “lo simbólico” y las “representaciones”. Wunenburg, quien presenta uno de los esfuerzos de sistematización más amplio de los contenidos de estas categorías, señala que:

En los usos corrientes del vocabulario de las letras y de las ciencias humanas, el término ‘imaginario’, en tanto sustantivo, remite a un conjunto bastante impreciso de componentes. Fantasmas, recuerdo, ensueño, sueño, creencia, mito, novela, ficción, son, en cada caso, expresiones

---

\* Flacso, Ecuador.

del imaginario de un hombre o de una cultura. (Wunenburger, 2008, p. 13)

También está su uso como adjetivo, y, como bien señala Girola (2012), muchas veces con un contenido peyorativo, en tanto algo que es calificado como imaginario está asociado a lo falso o irreal.

No obstante, esta marcada imprecisión en el uso del término imaginario en las ciencias sociales y humanas no ha sido un obstáculo para su diseminación generalizada, al contrario, al parecer su vaguedad ha contribuido al notable éxito que ha alcanzado, pues permite precisamente referirse a una multiplicidad de procesos de cognición psicosocial y al mismo tiempo a producciones específicas como obras pictóricas, narrativas, cinematográficas, etc. Escapa a este trabajo hacer una comparación de las distintas definiciones de imaginario que están en juego, pero vale destacar que uno de los principales acuerdos entre las distintas acepciones es que remite a una matriz o mejor dicho una estructura de significación. Esto implica que no es una construcción simplemente momentánea, caprichosa, aleatoria, o aislada, sino que opera dentro de una trama o red de significaciones. Resulta irrelevante en el estudio de los imaginarios, establecer la veracidad de los referentes que los motivan, sino que su estudio implica adentrarse en las condiciones en las que se producen imágenes, su estructura interna y también sus efectos (Wunenburger, 2008, p. 13).

En este escenario general, el campo de los estudios urbanos ha desarrollado su propio acercamiento a la conceptualización de imaginarios, en concreto la categoría de “imaginarios urbanos” viene del ámbito latinoamericano a partir de los años noventa del siglo anterior con los trabajos de Silva (1992) y García Canclini (1997). A partir de estos trabajos pioneros, el término se popularizó mostrando una gran versatilidad para el desarrollo de investigaciones acerca de los usos y prácticas cotidianas de los distintos espacios, percepciones subjetivas o distintos tipos de construcciones simbólicas de mediana y larga duración referentes a las ciudades en general o lugares emblemáticos en particular. Sin embargo, al rastrear los cimientos de esta categoría aplicada a lo urbano aparecen fuentes altamente heterogéneas: Cornelio Castoriadis desde la filosofía política, Gilbert Durand desde la antropología o Jacques Lacan desde el psicoanálisis.

Esta multiplicidad de raíces no siempre está explicitada en los trabajos que hablan de imaginarios urbanos por lo que, pese a lo llamativo de esta formulación, su imprecisión teórica es un tema común con la misma trayectoria del uso de la noción de imaginario en las ciencias sociales. Aunque en los temas urbanos también comparte el acuerdo respecto a que el imaginario opera como matriz de significaciones que impregna de sentido las prácticas de la vida urbana, como señala Silva, los imaginarios “hacen aparecer representaciones” (2013, p. 41), o, como señala Lindón, “los imaginarios son redes o tramas de significados específicos, reconocidas socialmente, que le otorgan cualidades a la ciudad y sus lugares. Por ser tramas de significados no pueden ser reducidos al significado que se le otorga a un elemento u objeto” (Lindón 2007, p. 37).

La importancia de la incorporación de esta categoría radica en que ha permitido voltear la mirada hacia una extensa gama de fenómenos de la vida urbana desatendidos normalmente tanto por la técnica urbanística como por una gran parte de la investigación académica centrada en la materialidad de las ciudades. Así, se puede plantear que el gran

descubrimiento posibilitado por la introducción de la noción de imaginarios urbanos es reconocer que el espacio físico de la urbe es cualificado y subjetivado por los habitantes que interactúan en y con él. Esto implica, a su vez, que la manera de habitar el espacio implica la dotación de sentido, y este se construye no solo desde el exterior perceptible que es captado por la conciencia del sujeto, sino que también se conforma de procesos de proyección de las construcciones mentales subjetivas que encuentra alojado en diversos elementos de la materialidad de la ciudad.

De esta manera, la introducción de este concepto ha canalizado en gran medida las preocupaciones por comprender las distintas formas en que, desde la subjetividad, los urbanitas hacen inteligible el entorno físico en que se desenvuelven, no solo como una herramienta de cognición en la que intervienen una serie de procesos psicosociales, sino que, como bien señala Silva, los imaginarios “encarnan” y producen físicamente la ciudad, pues es a partir de ellos que los sujetos actúan en ella. Frente a un campo como el urbanismo, dominado en gran medida por los especialistas de la planificación urbana, quienes, desde la certeza de la materialidad y aparente objetividad del espacio, establecen lo que se puede y debe hacer con las ciudades, la perspectiva cultural a la que aluden los imaginarios han posibilitado comprender lo inmaterial del espacio (Lindón, 2012), poniendo en evidencia los procesos de significación que son constitutivos de la experiencia urbana como proceso tanto objetivo como subjetivo.

Paradójicamente el mayor limitante, al menos de los primeros trabajos adscritos a esta formulación, es la desconexión frente a los problemas materiales del urbanismo latinoamericano, caracterizado por las variadas formas de exclusión social y acceso diferenciado a la ciudad. Como lo presenta Gorelik, resulta curiosa la irrupción de una perspectiva interesada en comprender los componentes culturales y simbólicos de la vida urbana en desconexión de los procesos de mercantilización que arremetieron con fuerza en las urbes latinoamericanas precisamente en la década de los noventa dando forma a lo que varios autores han llamado la “ciudad neoliberal” (Hidalgo y Janoschka, 2014; Rodríguez y Rodríguez, 2009), caracterizada por la privatización de servicios públicos, restricción del espacio público, procesos de gentrificación, y otras variantes en que opera la liberalización sin restricciones del mercado inmobiliario.

Entonces, si bien la novedad de los trabajos pioneros en el uso de la categoría de imaginarios urbanos llamó la atención sobre una amplia gama de fenómenos desatendidos por el pensamiento urbano, se ha cuestionado en ellos cierta ingenuidad y poco sentido crítico frente a cómo las fuerzas del mercado han impuesto una lógica restrictiva en el acceso a la materialidad de la ciudad (Gorelik, 2002; Hiernaux, 2007). En esos primeros momentos de reflexividad sobre la introducción de la noción de imaginarios urbanos, Lacarrieu advertía que

los imaginarios sociales no se producen en forma plana, sino atravesados por las relaciones de poder y desigualdad social que involucran a los habitantes de las ciudades. En ese sentido, las imágenes hegemónicas y los imaginarios que consensuan ayudan a profundizar las desigualdades y los procesos de segregación socio-espacial y cultural. (Lacarrieu, 2007, p. 62)

En los últimos años, esta distancia parece haberse reducido, pues se reconoce que las transformaciones materiales de las ciudades latinoamericanas impulsadas fuertemente

por la acumulación de capital han ido acompañadas de una “ideología neoliberal”, en otras palabras, el neoliberalismo como matriz no solo económica y política, sino también cultural, habría “encarnado” en formas de pensar indiscutidas de la población, construyendo así unos imaginarios comunes afines a los procesos materiales que benefician a los actores económicos más poderosos. Esta innovación en los contenidos del término imaginarios ha permitido conducir la reflexión a otros derroteros que no sean exclusivamente el tecnicismo del urbanismo que reduce a los sujetos a usuarios de la ciudad.

Girola, por ejemplo, sintetiza el trabajo de especialistas mexicanos en temas de imaginarios urbanos como Hiernaux y Lindón identificando tres grandes imaginarios en las ciudades actuales: uno ampliamente extendido y dominante que sería el “imaginario suburbano” que idealiza la vida suburbana como la posibilidad de tener los beneficios de la ciudad y naturaleza en simultáneo; y dos de menor alcance, como son el imaginario del “retorno al centro”, como búsqueda de residir en un espacio “con alma” por parte de grupos como estudiantes, jóvenes auto-empleados en las industrias creativas, extranjeros jubilados, etc. Y, por otro lado, el de la “ciudad de cristal”, que permite el ensueño de la vida urbana “desde las alturas” a partir de las torres de vivienda de gran elevación que promueven la densificación de las áreas de alta plusvalía (Girola, 2012, p. 462).

Por otra parte, una gran cantidad de trabajos desde inicios del siglo XXI nos habla del “imaginario del miedo” como una construcción que prácticamente se ha tomado la región. Silva señala: “América Latina tiene miedos como su principal imaginario reconocido por todos” (2013, p. 71). La asociación de las ciudades latinoamericanas con el peligro y la inseguridad, y la consecuente desconfianza, se ha convertido en una verdad prácticamente indiscutible en la manera en que los ciudadanos experimentan la vida urbana, lo que tiene efectos concretos como son la fortificación urbana, la llamada agorafobia, y la pérdida de urbanidad en el sentido de miedo al “otro”, al diferente, generando así una urbanidad empobrecida y ansiosa de seguridad.

Estos ejemplos de acercamiento son sin duda un gran avance en torno a cómo los trabajos sobre imaginarios pueden contribuir a una reflexión crítica sobre la vida urbana en las ciudades de la región. Sin embargo, queda la sensación de que las problemáticas culturales, aunque existen con cierto reconocimiento, se mantienen como un problema de segundo plano frente a los problemas estrictamente materiales de la exclusión. Melé (2016) muestra que los conceptos que más han sido usados en las luchas urbanas son el “derecho a la ciudad” y la idea de “justicia espacial” que han sido acuñados con fuerza por los movimientos sociales y que apuntan precisamente a problematizar el acceso y disfrute de los componentes materiales de la vida urbana.

El desarrollo de una perspectiva cultural-simbólica está en condiciones de poner en discusión esta centralidad del componente físico de la ciudad, autoras como Lacarrieu (2007), habla de que la prevalencia de la “pesadez” de la ciudad física por sobre la “leveza” de lo urbano, oscurece la comprensión de los procesos de significación que soportan las exclusiones. En forma similar, Lindón (2012) se refiere a esta problemática como el predominio en ciencias como la geografía de la materialidad del espacio por sobre sus aspectos inmateriales, y de la necesidad de recuperar las subjetividades como elementos de los sujetos que construyen su espacialidad. En este escenario, cabe plantearse nuevas

preguntas. ¿Es posible politizar las problemáticas culturales como arena para disputar la ciudad no únicamente en su plano físico, sino también en la lucha por las significaciones? Y, a su vez, ¿cómo pueden incorporar las investigaciones sobre la desigualdad urbana las problemáticas culturales y así poder entenderlas también en su expresión simbólica?

Estas preguntas intentan abrir una discusión teórico-empírica que permita posibles diálogos entre los análisis neomarxistas predominantes que enfatizan la economía política de la producción del espacio con las perspectivas culturales interesadas en comprender los procesos de significación como componentes sin los cuales no es posible la vida urbana. Un tema específico a partir del cual este diálogo ha avanzado significativamente es el estudio de las múltiples dimensiones que conlleva la segregación socioespacial.

## “ESTIGMATIZACIÓN TERRITORIAL” E IMAGINARIOS

Las teorizaciones sobre los imaginarios en general parten de reconocer la importancia de la imaginación como un recurso vital en la dinámica social, es decir, que la labor de imaginar está ligada a la necesidad de significar la realidad, de nombrarla como condición para su existencia social. Esta acepción permite plantear que el orden urbano no se puede reducir al orden material, la disposición del damero, las estructuras de calles y edificios, la distribución de los equipamientos, entre otros elementos, sino que se constituye también por el orden simbólico que lo dota de significación. Pero además, si pensamos que el orden simbólico no es un derivado mecánico de la estructura física, sino que tiene una autonomía relativa de la materialidad de la ciudad, entonces es posible comprender cómo interactúan estos dos órdenes que no son necesariamente coincidentes. Este enfoque lleva a pensar que el componente simbólico afecta poderosamente la construcción de la experiencia urbana, pues es capaz de unir lo que está físicamente distante y de separar lo que está contiguo. Siguiendo a De Certeau (1996, p. 117), sobre la “geografía física” de las ciudades se insinúa una segunda geografía, una “geografía poética” construida por la subjetividad de los habitantes.

Un ejemplo claro del peso que puede adquirir el orden simbólico son los fenómenos de “estigmatización territorial”. Este concepto propuesto inicialmente por Wacquant (2007) para comprender los efectos simbólicos de la relegación urbana en guetos de Estados Unidos y Francia se ha convertido en un recurso fértil para mostrar en distintas regiones del planeta la manera en que el desprestigio acentuado de ciertos barrios se traslada a los residentes, de tal manera que se convierte en un verdadero estigma en tanto marca de desprestigio que deteriora la identidad siguiendo la línea de Goffman (Wacquant, Slater, y Borges, 2014).

En América Latina, la noción de imaginarios también ha sido utilizada para abordar los temas de segregación y estigmas territoriales a partir de identificar los discursos estereotipados sobre barrios asociados con la delincuencia, el tráfico de drogas y la inseguridad. El propósito común de estos trabajos es presentar una mirada crítica a la identificación de lugares donde se concentran los miedos y las ansiedades sociales, y que cumplen la función de “localizar” la abyección como el espacio del enemigo creando una frontera que cerca artificialmente la anormalidad (Carman, 2007; Cornejo, 2012; Espoz, Michelazzo, y Sorribas, 2010; Márquez, 2013). Cada ciudad de la región tiene un(os) barrio(s) que

concentra(n) el desprestigio, cuyos residentes ponen en marcha estrategias para desvincularse material y simbólicamente de él, que los medios de comunicación señalan como “zona sin ley”, y que las autoridades diseñan intervenciones más para acallar las alarmas sociales que para generar soluciones a los problemas que pudieran tener.

Sin embargo, la pregunta que cabe es si es pertinente teóricamente definir esta problemática como la creación de un imaginario, o dicho de otro modo si no resulta muy laxo el uso del término imaginario para designar estos estereotipos. En algunos escritos, si se sustituye el término ‘imaginario’ por términos como ‘representación’ o incluso ‘creencia’ sobre estos lugares el sentido del análisis no conllevaría mayor diferencia. Si retomamos la idea del imaginario como trasfondo, y como trama de sentidos, entonces la agenda de investigación cambia en tanto no basta con describir las significaciones aceptadas socialmente sobre estas zonas bajo el término de imaginario, sino invertir el esfuerzo analítico en comprender la necesidad social de estas elaboraciones ficcionales. Esto implica asumir en los estudios sobre imaginarios urbanos que lo fantástico no existe como pura invención o puesta en marcha de la creatividad sino que este recurso existe para dar forma a situaciones de conflicto social cargadas de subjetividades, que no logran volverse aprehensibles por otras vías de cognición social (Silva, 2013). Esta propuesta analítica se desarrolla a continuación a propósito del caso de estudio Quito, la capital de Ecuador.

## QUITO, UN LABORATORIO DE ESTUDIO

Algunos trabajos en la región han puesto atención al componente simbólico de la segregación urbana que, desde las subjetividades ciudadanas, aparece no solo como carencias materiales, sino que pasa también por el sentimiento de “sentirse relegado”. Incluso se han logrado identificar situaciones en las que la imagen negativa de un lugar puede permanecer aun cuando las condiciones materiales del espacio mejoren considerablemente (Sabatini, 2006). El caso de Quito resulta paradigmático de esta situación, pues el estigma del llamado ‘Sur’ está constituido por un fuerte componente ficcional que desborda las características objetivas del espacio. Desde hace un par de décadas se han reducido los desequilibrios en la distribución de equipamientos que históricamente se han concentrado en la zona norte contigua al Centro Histórico, aunque como señalan especialistas como Godard y Andrade (2017), estos cambios no son suficientes para revertir la desigualdad histórica en la dotación de infraestructuras.

No obstante, las particularidades del caso permiten ampliar el estudio de la autonomía relativa del orden simbólico respecto a su base material, en tanto la carga emotiva y fantástica en las representaciones sobre el Sur llevan a pensar en una situación de “segregación imaginaria”. La introducción de la idea de imaginario para referirse a la constitución de fronteras simbólicas en la capital ecuatoriana tiene antecedentes importantes en investigaciones previas (Aguirre, Carrión, y Kingman, 2005; Carrión, 2011; Naranjo, 1999). Pero este trabajo busca proponer una interpretación del “fantasma urbano”, en términos de Silva, que impulsa el orden imaginario, antes que únicamente describirlo.

Para poder entender los elementos ficcionales presentes en la representación de las fronteras intraurbanas previamente es necesario una descripción breve de la morfología actual de Quito.

1. El proceso de crecimiento de la mancha urbana desde el siglo anterior ha seguido en un primer momento el eje longitudinal por razones topográficas en el cual, a partir del Centro Histórico, se urbanizó tempranamente la zona norte a mediados de siglo, y que ahora constituye el Centro Norte, le siguió en décadas posteriores la urbanización de la zona sur, que ahora constituye el Centro Sur. En un segundo momento, a partir de los años setenta se amplía el eje longitudinal hacia lo que se podría denominar el Norte Periférico y el Sur Periférico, pero además el crecimiento se ha extendido hacia los valles orientales hasta la actualidad, generando una morfología de ciudad consolidada en las parroquias propiamente urbanas, y un modelo de ciudad dispersa en los territorios de las parroquias rurales (Carrión, 2012).
2. En el área consolidada, a la que se limita la reflexión de este trabajo, la distribución de servicios e infraestructuras urbanas responde actualmente a una lógica centro-periferia en la que las zonas mejor abastecidas, el Centro Histórico, el Centro Norte y el Centro Sur, constituyen un “hipercentro” en el lenguaje de la administración municipal. Sin embargo, dentro del hipercentro, la zona Centro Norte mantiene históricamente una alta concentración de servicios de calidad, por lo que se vuelve la zona emblemática de lo moderno en la ciudad consolidada (IGM, IPGH, y Orstom, 1992), y hasta la actualidad concentra grandemente el empleo en la ciudad. Por su parte, las zonas del Norte Periférico y el Sur Periférico están aún en proceso de consolidación, siendo las zonas en que se concentran los indicadores de pobreza, hacinamiento, etc.
3. No obstante, en el plano representacional la ciudad se constituye en torno a tres zonas diferenciadas el ‘Centro’ que equivale a la zona del Centro Histórico, el ‘Sur’ como topónimo genérico que abarca tanto el Centro Sur y el Sur Periférico, y el ‘Norte’, que hace referencia principalmente al Centro Norte, y en ciertas ocasiones puede incluir también el Norte Periférico (Santillán, 2015). Así, el orden simbólico de Quito está constituido por una vectorialidad norte-sur, que tiene fuertes connotaciones segregacionistas, hacia el sur se asume que corresponde a sectores populares, y hacia el norte corresponde a grupos más favorecidos.

A continuación, se presentan de manera condensada los elementos que caracterizan el dominio del imaginario en las formas de narrar y referirse al ‘Sur’ narradas por residentes y exresidentes de esta zona, aunque es necesario mencionar que la manera en que se ejecutan tienen a combinarse.

#### LO ATÍPICO QUE SE VUELVE METONIMIA

La tendencia general en los estudios sobre estigmatización territorial es documentar los barrios particulares en los que se concentra el desprestigio social y sobre los cuales se vierte la idea de “anormalidad” desde múltiples instancias institucionales. Se puede decir que

esta tendencia se fundamenta en el modelo del gueto como porción minoritaria de la ciudad, que es señalada como territorio problemático. Aunque en Quito en efecto hay barrios o sectores que tienen una mayor carga de mala reputación y que podrían ser estudiados de acuerdo a dicha tendencia, la particularidad que posibilita un caso para estudio es la existencia de un orden simbólico capaz de estigmatizar no a una pequeña zona minoritaria de la ciudad, sino a una extensa y densificada zona en la que se asienta proporcionalmente una mayor cantidad de población que en el resto de zonas de la ciudad.

Esta característica se vuelve aún más peculiar en tanto el llamado ‘Norte’ como punto de referencia es la parte verdaderamente atípica de la capital ecuatoriana, sin embargo, la fuerza simbólica hace que se vuelva su parte representativa. En los relatos obtenidos abundan las referencias a la desvalorización por vivir en el sur a partir de expresiones como “el Norte es Quito” o “Quito solo llega hasta el Ejido”. Estas expresiones muestran el trabajo del imaginario en la construcción del orden simbólico hegemónico, en tanto presenta un Quito “reducido” a partir del recurso de la metonimia en la cual una parte, en este caso la menos representativa, se hace pasar por el todo, dejando fuera de los límites de esta frontera arbitraria a la mayoría de la población que se reside en la zona sur.

Esta particularidad muestra la capacidad del orden simbólico de imponerse por sobre la objetividad material del espacio urbano, en tanto es una forma de representación que a pesar de ser reconocida como contrafáctica logra instituir eficazmente una frontera ficticia que asigna a los habitantes “su” lugar en la ciudad.

#### IDEOLOGÍA DE LA DISTANCIA

Según las personas que participaron de la investigación, una de las asociaciones más recurrentes cuando se menciona el ‘Sur’ es que “está lejos”. Para analizar el sentido ideológico de esta construcción es necesario partir de que el establecimiento de una distancia requiere implícitamente un punto de referencia, y en este caso la lejanía está definida en relación al ‘Norte’, en tanto su predominio le hace funcionar como centro funcional de la ciudad. Desde este punto de referencia, la ubicación “distante” del ‘Sur’ sobrepasa los cálculos objetivos en kilómetros o en tiempo de llegada, pues, a decir de los entrevistados, desde varias localizaciones en el Centro Sur se está más cerca del Centro Norte de lo que están localizaciones en el Norte Periférico o los valles orientales, y que sin embargo son zonas que no son pensadas como lejanas. Así, antes que el ‘Sur’ se mantenga materialmente distante, más bien sigue siendo simbólicamente distanciado desde el predominio norte-céntrico que caracteriza a la capital ecuatoriana.

Esta “distancia imaginada” no es una cuestión que se agota en la percepción, los testimonios recabados muestran que la asociación al ‘Sur’ como una zona lejana tiene efectos concretos en la vida de sus residentes, como son la descalificación de vivir en esta zona como una situación de pesar por la distancia, la pérdida de oportunidades comerciales de clientes que rechazan acudir a negocios en esta zona por considerarla demasiado lejos, difícil acceso a empleo por el supuesto de que al vivir “tan lejos” las personas tendrán problemas con la puntualidad, o simplemente la renuencia de quienes no residen en el ‘Sur’ a participar de las actividades privadas o públicas desarrolladas en esta zona. En definitiva,

la representación del ‘Sur’ como un lugar distante contribuye sustancialmente a su mitificación como “otra ciudad” u “otro Quito” ubicado al margen de la dinámica del ‘Norte’.

#### PRIVILEGIOS EN EL TIEMPO

En los relatos analizados un tema relevante es el uso del tiempo como elemento que ordena las narrativas. El mejoramiento en la distribución de servicios e infraestructuras ha instaurado en la forma de narrar el proceso de urbanización del ‘Sur’ una lógica de una “antes” en el que era una zona carente y un “después” en la que “ahora ya hay de todo”, refiriéndose sobre todo al abastecimiento y al comercio. Si bien estas narrativas identifican el proceso de consolidación urbana, justamente el carácter reciente de este proceso es usado como elemento para el juego de diferenciación social, en tanto el acceso a estos servicios es desvalorizado simbólicamente bajo la lógica del “recién llegado”, según la cual la incorporación reciente y muchas veces a través de un proceso de organización vecinal, autoproducción de hábitat, y conquistas políticas frente a la autoridad municipal a un bienestar al que los pobladores del ‘Norte’ han accedido de manera “natural” y desde “siempre”.

Bourdieu (1988), en su análisis de la importancia del tiempo en el acceso a distintos capitales culturales, plantea que la antigüedad en el acceso a un privilegio se constituye en sí mismo en el mayor de los privilegios, pues demarca una línea divisoria entre los primeros beneficiarios y los que han llegado con el tiempo, cuando ciertos consumos culturales se han democratizado. Este uso del tiempo como elemento base para la diferenciación permite entender la ambivalencia de reconocimiento social de expresiones como “ahora el Sur hasta centro comerciales tiene”, en las que, si bien en el sentido explícito se reconoce el proceso de consolidación, se cuele como sentido soterrado la idea de desigualdad en tanto se deja entrever que no siempre fue así frente a zonas que han accedido a estos equipamientos desde hace varias décadas atrás.

La teorización de Silva señala que un efecto usual de los imaginarios es la capacidad de producir asombro, como emoción subjetiva frente a algo que se considera “inesperado” a pesar de que está disponible información que objetivamente lo haría predecible (Silva, 2013). El asombro de encontrar en el ‘Sur’ elementos del urbanismo moderno es un ejemplo de cómo opera esta lógica imaginaria, pues no resulta extraño que en zonas de expansión urbana aparezcan infraestructuras como los centros comerciales, sin embargo, el estereotipo del espacio marginal hace que se vuelva “no esperable” este proceso de modernización, y por ende su constatación produce asombro.

#### EL HUMOR QUE MENOSPRECIA

El humor es un elemento que atraviesa por completo las narrativas sobre el sur de Quito. La cantidad de recursos histriónicos para recrear las interacciones cotidianas en las que se suele menospreciar a alguien por vivir en el ‘Sur’ permite adentrarse en la función que cumple el humor en la invención de la segregación. El recurso humorístico es fundamental para romper los límites de lo fáctico, permite las exageraciones, los absurdos y sinsentidos en la

referencia al Sur como un lugar inhóspito. Algunos ejemplos del uso de este recurso son expresiones como, “eso ya no es Quito”, “ese barrio existirá”, “con qué se come”, “es tan lejos que los ladrones no roban porque llegan cansados”, entre muchas otras.

Desde el trabajo clásico de Freud, el humor es un tema de amplia relevancia no solo para la psicología, sino que ha sido tomado con seriedad también en las ciencias sociales. La idea central de estas reflexiones es que el humor permite imponer un orden distinto a la realidad, tiene la capacidad de negarla imponiéndole una nueva lógica, pero esta vez desde el sujeto, y en esta dirección pone a trabajar a fondo la imaginación. En este caso, el humor trabaja sobre la negación de la integración del ‘Sur’ con el resto de Quito, no necesariamente por desconocimiento sobre dicha zona, y sirve para ejecutar la separación simbólica del ‘Sur’ como una broma que no trae mayores consecuencias.

De esta manera aparentemente inofensiva, el humor permite la ejecución del menosprecio puesto que, por un lado, neutraliza el posible reclamo de veracidad de lo dicho, y, por otro lado, también desestima la reacción ante la burla, ya que se trataría únicamente de una broma. Así, resulta un recurso eficaz para la puesta en práctica de la estigmatización territorial, ya que tiene a su favor la creatividad que provee la imaginación para producir y reproducir asociaciones ficcionales, deslizamientos de sentido, y en general cadenas de significaciones que desvalorizan a los sujetos a través del lugar de residencia.

#### EL “FANTASMA URBANO” Y EL ORDEN IMAGINARIO

Silva propone la noción de “fantasma urbano” para dar cuenta de que las fantasías ciudadanas sobre la ciudad no son únicamente el resultado de la creatividad espontánea, sino que tienen como trasfondo la necesidad de significar algo que no es claramente aprehensible, en su acepción “eso que ata la “realidad” con su percepción imaginaria son los fantasmas urbanos” (2004, p. 84). Para el caso de Quito, el trabajo de investigación realizado evidencia que la representación del ‘Sur’ como un espacio segregado se asienta fundamentalmente en un imaginario, y como tal se fundamenta precisamente en un fantasma.

Esto no quiere decir que no persistan deficiencias en cuanto a la dotación urbana, sobre todo en comparación con el ‘Norte’, sino que el mejoramiento de la calidad de vida en lo material y la reducción objetiva de las diferencias no cuenta con una operación simbólica que signifique estos cambios como una mayor simetría entre ambas zonas, o, dicho de otra forma, existe una resistencia subjetiva a admitir al menos cierta equiparación. Así, la prevalencia del orden imaginario segregacionista responde a una necesidad latente de diferenciación social, que se proyecta en el espacio físico en busca de referentes materiales que comprueben las diferencias.

La compulsión por la diferenciación social resulta sintomática de un profundo temor a la mezcla social, así lo que verdaderamente resulta imposible pensar para la población de Quito es que el ‘Norte’ y el ‘Sur’ puedan ser semejantes. Existe en definitiva una *aversión a la indiferenciación*, y es este sentimiento colectivo el que impulsa a imaginar fronteras intraurbanas que no se corresponden con la morfología de la ciudad. Este esquema de representación no solo se utiliza en la oposición entre el ‘Norte’ y el ‘Sur’, sino que también ha sido adoptado al interior de la zona sur para significar las diferencias entre el Centro

Sur, mejor abastecido que el Sur Periférico. Esto confirma la característica del imaginario como matriz de significaciones antes que como una construcción coyuntural.

A partir de este estudio de caso es posible pensar en una agenda de investigación de las desigualdades urbanas que no desestime la producción de significaciones como un componente activo de la forma en que se (re)producen tales desigualdades. Esta agenda parte de poner atención a las formas de referirse a las distintas zonas, pues el hecho de nombrarlas las hace inteligibles de una manera, en lugar de otras posibles. Así, el recurso conceptual del “imaginario urbano” resulta útil para captar el trasfondo de las disputas por las significaciones, pues en ellas se revela la complejidad del juego social. Lefebvre señalaba en su proyecto teórico que “no se puede cambiar la sociedad sin cambiar el espacio” (1983, p. 87), y haciendo un alcance a este postulado se puede plantear que cambiar el espacio no es solo una cuestión material, sino que comprende también su dimensión simbólica ligada al trabajo de la imaginación.

## REFERENCIAS

- Aguirre, M., Carrión, F. y Kingman, E. (2005). *Quito imaginado*. Bogotá: Flacso; Taurus; Universidad Nacional de Colombia; CAB.
- Bourdieu, P. (1988). *La distinción: criterios y bases sociales del gusto*. Madrid: Altea.
- Carman, M. (2007). El principio de “máxima intrusión socialmente aceptable”, o los diversos grados de legitimidad de las ocupaciones urbanas. *Boletín de Antropología Universidad de Antioquia*, 21(38), 130-146.
- Carrión, F. (2011). Los imaginarios urbanos fundacionales de Quito. *Revista Q*, 12, 60-65.
- Carrión, F. (2012). La forma urbana de Quito: una historia de centros y periferias. *Bulletin de L'Institut d'Études Andines*, 41.
- Certeau de, M. (1996). *La invención de lo cotidiano. Artes de hacer*. (Vol. I). México D. F.: Instituto Tecnológico y de Estudios Superiores de Occidente: Universidad Iberoamericana.
- Cornejo, C. (2012). Estigma territorial como forma de violencia barrial. El caso del sector El Castillo. *Revista INVI*, 27(76), 177-200.
- Durand, G. (2012). La mitocrítica paso a paso. *Acta Sociológica*, 57, 105-118.
- Espoz, M. B., Michelazzo, C. & Sorribas, P. (2010). Narrativas en conflicto sobre una ciudad socio-segregada. Una descripción de las mediaciones que las visibilizan. En *El purgatorio que no fue. Acciones profanas entre la esperanza y la soportabilidad*. Córdoba: Ciccus.
- García Canclini, N. (1997). *Imaginarios Urbanos*. Buenos Aires: Eudeba.
- Girola, L. (2012). “Representaciones e imaginarios sociales. Tendencias recientes en la investigación”. En (En E. de la Garza y G. Leyva (Eds.), *Tratado de metodología de las ciencias sociales: perspectivas actuales* (pp. 402-431). (Primera ed.). México D. F.: FCE-UAM Iztapalapa.

- Godard, H. y Andrade, L. (2017). *Mejoramiento de las infraestructuras y de la calidad de vida en el Distrito Metropolitano de Quito-DMQ. Pero... persistencia de las desigualdades socioespaciales (1983-2017)*. Ponencia, Quito.
- Gorelik, A. (2002). Imaginarios urbanos e imaginación urbana: Para un recorrido por los lugares comunes de los estudios culturales urbanos. *Eure*, 28(83), 125-136.
- Herrero Gil, M. (2008). Introducción a las teorías del imaginario. Entre la ciencia y la mística. *Ilu. Revista de Ciencia de las Religiones*, 13, 241-258.
- Hidalgo, R. y Janoschka, M. (Eds.). (2014). *La ciudad neoliberal. Gentrificación y exclusión en Santiago de Chile, Buenos Aires, Ciudad de México y Madrid*. Santiago de Chile: Pontificia Universidad Católica de Chile.
- Hiernaux, D. (2007). Los imaginarios urbanos: de la teoría y los aterrizajes en los estudios urbanos. Recuperado 15 de diciembre de 2014, a partir de <http://www.redalyc.org/articulo.oa?id=19609903>
- IGM, IPGH y Orstom. (1992). *Atlas infográfico de Quito: socio-dinámica del espacio y política urbana*. Quito: Instituto Panamericano de Geografía e Historia Sección Nacional del Ecuador.
- Lacarrieu, M. (2007). La “insoportable levedad” de lo urbano. *Revista Eure*, xxxiii(99), 47-64.
- Lefebvre, H. (1983). *La revolución urbana*. Madrid: Alianza Editorial.
- Lindón, A. (2007). Los imaginarios urbanos y el constructivismo geográfico: los hologramas espaciales. *Eure*, xxxiii(99). Recuperado a partir de <http://www.redalyc.org/articulo.oa?id=19609904>
- Lindón, A. (2012). La concurrencia de lo espacial y lo social. En: E. de la Garza y G. Leyva (eds.), *Tratado de metodología de las ciencias sociales: perspectivas actuales* (pp. 585-622). (Primera ed.). México D. F.: FCE-UAM Iztapalapa.
- Márquez, F. (2013). Habitar la ciudad desde sus fronteras. La Chimba, Santiago de Chile. En *Segregación y diferencia en la ciudad* (Vol. 4, pp. 123-143). Quito: Flacso Sede Ecuador: Clacso: Miduvi.
- Melé, P. (2016). ¿Qué producen los conflictos urbanos? En *El derecho a la ciudad en América Latina. Visiones desde la política* (pp. 127-156). México D. F.: UNAM; Coordinación de Humanidades; Programa Universitario de estudios sobre la Ciudad; Centro de Investigaciones sobre América Latina y el Caribe; IDRC; Clacso.
- Naranjo, M. (1999). Segregación espacial y espacio simbólico: un estudio de caso en Quito. En T. Salman y E. Kingman (Eds.), *Antigua Modernidad y memoria del presente: culturas urbanas e identidad* (pp. 327-335). Quito: Flacso.
- Rodríguez, A. & Rodríguez. (Eds.). (2009). *Santiago, una ciudad neoliberal*. Quito: OLACCHI.
- Sabatini, F. (2006). *La segregación social del espacio en las ciudades de América Latina*. BID.
- Santillán, A. (2015). Imaginarios urbanos y segregación socioespacial. Un estudio de caso sobre Quito. *Cuadernos de Vivienda y Urbanismo*, 8(16), 246-263.
- Silva, A. (1992). *Imaginarios urbanos. Bogotá y Sao Paulo. Cultura y comunicación urbana en América Latina*. Bogotá: Tercer Mundo Editores.

- Silva, A. (2004). *Imaginario urbano: hacia el desarrollo de un urbanismo desde los ciudadanos. Metodología*. Bogotá: Convenio Andrés Bello; Universidad Nacional de Colombia.
- Silva, A. (2013). *Imaginario, el asombro social*. Bogotá: Universidad Externado de Colombia.
- Wacquant, L. (2007). *Los condenados de la ciudad, Gueto, periferias y Estado*. Buenos Aires: Siglo XXI Editores.
- Wacquant, L., Slater, T. & Borges, V. (2014). Estigmatización territorial en acción. *Revista INVI*, 29(82). <https://doi.org/http://dx.doi.org/10.4067/S0718-83582014000300008>
- Wunenburger, J.-J. (2008). *Antropología del imaginario*. Buenos Aires: Ediciones del Sol.



# IMAGINARIOS URBANO-BARRIALES DE UNA CIUDAD MEDIA. EL BARRIO DE LA ESTACIÓN FERROVIARIA DE TANDIL, PROVINCIA DE BUENOS AIRES

---

ANA SILVA\*

## INTRODUCCIÓN

“Trenes cancelados hasta nuevo aviso”. El cartel escrito a mano, pegado en uno de los vidrios de las puertas de doble hoja de la estación de trenes de Tandil<sup>1</sup> se va decolorando al ritmo de la incertidumbre a medida que pasan los días desde que el 30 de junio de 2016 el gobierno provincial anunció la suspensión del servicio de pasajeros aduciendo razones de falta de seguridad (ABC Hoy, 30 de junio de 2016)<sup>2</sup>.

El ferrocarril, que constituyó un importante factor en la consolidación del modelo agroexportador de fines del siglo XIX en Argentina y simbolizó el proceso de modernización del territorio —llegando a alcanzar los 45 000 kilómetros de vías activas hacia la década de 1940, la mayor proporción del subcontinente—, se encontraría en el último tercio del siglo XX signado por un proceso de desinversión, cierre de ramales y talleres, y privatización del servicio (Martínez, 2007). En varias localidades, a lo largo y ancho del país, se suspendieron los trenes de pasajeros y numerosos trabajadores y sus familias perdieron sus fuentes de empleo. Grandes predios ferroviarios y sectores urbanos linderos a las estaciones sufrieron un progresivo vaciamiento y abandono, permaneciendo como dolorosos testimonios materiales del deterioro en las condiciones de vida de las mayorías. En ese contexto, surgieron algunos proyectos de reutilización de esas áreas, con el propósito de promover la reorientación productiva de las poblaciones afectadas, así como para visibilizar la historia ferroviaria de cada lugar<sup>3</sup>.

---

\* Consejo Nacional de Investigaciones Científicas y Técnicas (CONICET). Universidad Nacional del Centro de la Provincia de Buenos Aires. Argentina.

<sup>1</sup> Ciudad de rango medio del sudeste de la provincia de Buenos Aires, Argentina.

<sup>2</sup> Es necesario mencionar que, a la fecha de enviar este artículo a imprenta, en el mes de febrero de 2018, la situación no solo no se revirtió sino que empeoró, con la disolución de la empresa Ferrobaires, el traspaso de los ferrocarriles de la Provincia a la órbita de Nación y el despido de los trabajadores de la Estación de Tandil y otras localidades.

<sup>3</sup> Entre otras, pueden mencionarse las experiencias de la Estación de Ferrocarril Rosario Central, en la provincia de Santa Fe; el Centro Cultural Estación Provincial de la ciudad de La Plata, o el Museo-taller Ferrowhite de la localidad de Ingeniero White, partido de Bahía Blanca, en la provincia de Buenos Aires.

La Estación de trenes de Tandil (figura 1) se encuentra localizada hacia el norte de la ciudad, y oficia de límite físico entre el Barrio de La Estación y el Barrio de Villa Italia, dos sectores que se consideran “hermanos” y también “rivales”<sup>4</sup>. En los últimos años, el Barrio de La Estación ha sido objeto de distintas prácticas de activación patrimonial (Prats, 2005) a partir de la iniciativa de una asamblea vecinal que en el año 2013 presentó un petitorio ante el Concejo Deliberante del municipio local en el que —entre otras medidas— solicitaba la declaración de un “Área de Protección Histórica”<sup>5</sup> en un radio de cuarenta manzanas situadas en las inmediaciones de la estación del ferrocarril (figura 2).



Figura 1. Ingreso a la Estación de ferrocarril de Tandil. Junio 2016.  
Fotografía: Ana Silva.

En el proceso de articulación y visibilización de sus demandas, los y las integrantes de la asamblea confrontan con distintos oponentes, más o menos personalizados según el caso, y movilizan imaginarios urbanos (Silva, 1992) en torno de las identidades locales y los conflictos actuales por la producción y consumo colectivo de la ciudad.

Este artículo presenta algunos avances de una investigación etnográfica<sup>6</sup> localizada en ese barrio, con el propósito de contribuir al análisis de los imaginarios sociales urbanos vinculados con los procesos de reconversión productiva de ciudades medias bonaerenses,

<sup>4</sup> Salvo indicación en contrario, las palabras y frases entrecomilladas corresponden a expresiones tomadas de los registros de campo. En este caso, se trata de dos valoraciones registradas de forma recurrente entre distintos actores.

<sup>5</sup> Vale aclarar que si bien la figura de Área de Protección Histórica (APH) existe en el país en localidades como Rosario o la Ciudad Autónoma de Buenos Aires, no está reconocida en la normativa de la provincia de Buenos Aires ni en el contexto municipal, por lo cual la solicitud de la asamblea implica la revisión y eventual adecuación de la legislación vigente.

<sup>6</sup> Entendida como una práctica de investigación reflexiva, sostenida en el tiempo, que por medio de una profundización creciente del trabajo de construcción de los datos de campo busca aprehender una porción del mundo social a través de un análisis centrado en la lógica de la producción material y simbólica de los sujetos implicados en los procesos que se estudian. Para ello, parte de la predisposición a tomar en cuenta un espectro de hechos tan amplio como se vaya revelando necesario en el curso de la investigación, y opta por establecer la relevancia de la información en relación con sus contextos de origen, tratándola como la expresión de entramados de relaciones socialmente situados (Guber, 2009; Balbi, 2015).

dentro de las “crisis” y transformaciones del mundo del trabajo. En ese sentido, el caso considerado permite abordar de manera situada las manifestaciones, los alcances y sobre todo los modos en que fue vivido en esas ciudades el proceso de desmantelamiento y reconversión de la infraestructura ferroviaria en Argentina durante el último tercio del siglo XX y comienzos del XXI.



Figura 2. Localización del Área de Protección Histórica propuesta en el plano de la ciudad. Imagen tomada de la página web [www.barriodelaestacion.com.ar](http://www.barriodelaestacion.com.ar). Fecha de consulta: 10/10/17.

La conceptualización de los imaginarios urbanos, especialmente aquella elaborada por autores como Armando Silva (1992) y Néstor García Canclini (2005), resulta especialmente fértil para poner en consideración los aspectos socio-simbólicos que han tendido a ser soslayados por los abordajes fisicistas reduccionistas de lo urbano, centrados en lo que Alicia Lindón —recuperando la expresión de Henri Bergson— ha denominado el mundo de los sólidos (Lindón, 2007, p. 8). Vale aclarar que la usual separación entre aspectos materiales y no materiales en los estudios urbanos —y, en general, en el análisis de la vida social— puede conducir a una confusión conceptual si no se pondera, como pretendemos hacerlo en nuestro trabajo, una perspectiva materialista de las prácticas de significación, en los términos propuestos entre otros por Raymond Williams (1980).

En este abordaje seguimos la propuesta analítica de Ariel Gravano de una articulación dialéctica de los aspectos estructurales y simbólicos en el estudio de lo urbano (2005; 2016), considerando en particular las especificidades de las ciudades medias como objeto de estudio antropológico.

Los estudios sobre lo urbano “no metropolitano”, especialmente sobre ciudades de escala media, constituyen un área de creciente interés dentro de las ciencias sociales en general<sup>7</sup> pero aún de relativa vacancia para la producción antropológica en Argentina, no obstante la enorme recurrencia de este tipo de ciudades en la realidad urbana del país.

Tomamos la escala desde un enfoque relacional, a partir de la necesidad de situar en cada caso el contexto y el proceso histórico de constitución de lo urbano en sus distintas manifestaciones localizadas. Casi la mitad de la población urbana mundial reside en áreas con menos de medio millón de habitantes (United Nations, Department of Economic and Social Affairs, 2014). En la escala global, estas son las ciudades más pequeñas, mientras que las mayores son las 28 ciudades que cuentan con más de 10 millones de habitantes y las “ciudades medias” son aquellas que tienen entre 1 y 5 millones de habitantes. Sin embargo, esas ciudades “medias” son, de hecho, las ciudades “mayores” en 79 países. En América del Sur, ciudades como San Pablo, Bogotá o Santiago en Chile superan los 5 millones de habitantes, mientras que la mayoría de la población urbana del subcontinente reside en ciudades de menor tamaño. En Argentina, de acuerdo con los datos del último censo (Instituto Nacional de Estadísticas y Censos, 2010), son 57 las ciudades que cuentan con una población de entre 50 000 y 500 000 habitantes. La provincia de Buenos Aires está dividida en 135 municipios, cuyas ciudades de cabecera oscilan en su mayoría entre los 1000 y los 600 000 habitantes. En el caso de Tandil y las ciudades del centro de la provincia en las que desarrollamos nuestro trabajo de campo, oscilan en torno de los 100 000 habitantes. Por lo tanto, tomando distancias de abordajes instrumentales que tienden a reificar las diferencias de escala como cuestión de “medidas” o “grados”, el enfoque al que adherimos pone de relieve su carácter relativo y considera de manera dialéctica procesos estructurales y simbólicos en la producción de la vida urbana.

Una antropología de lo urbano (Gravano, 2016) se desmarca de los abordajes “ghetizantes” de una antropología en la ciudad<sup>8</sup>, donde esta es colocada en el lugar de mero marco o escenario, para —en cambio— poner en cuestión el proceso histórico-estructural de lo urbano, en su dialéctica con la producción simbólica y en tanto dimensión co-constitutiva de lo social. Se propone el estudio de lo urbano:

en términos estructurales —entendido como el sistema de servicios de uso común, colectivo y público distribuido en el espacio concentrado— [y en necesaria articulación con] los sistemas de representaciones discursivas, icónicas, simbólicas e identitarias que componen los imaginarios de estos sistemas de servicios de parte de los distintos actores sociales que se ven involucrados en su producción y su uso desigual. Se ponderará la continuidad en el abordaje de una dimensión

<sup>7</sup> Ejemplos de ello que pueden mencionarse son el Congreso Urbano: no metropolitano, celebrado en Talca, Chile, en 2014; los grupos de trabajo sobre ciudades medias y sobre lo urbano no metropolitano incluidos en distintas reuniones científicas (CAAS, RAM, Jornadas de Antropología Social del Centro, entre otras) y una creciente bibliografía dedicada a las ciudades medias, intermedias o mesópolis (ver Boggi y Galván, en Gravano, Silva y Boggi, 2016).

<sup>8</sup> Para un abordaje de esta discusión, sugerimos ver en particular los capítulos “Lo urbano como objeto antropológico” y “La imaginación antropológica”, de Ariel Gravano, y el artículo de Carlos Herrán “La ciudad como objeto antropológico”, en Gravano (2016).

de análisis en la cual toma importancia no solamente cómo se vive en las ciudades sino cómo se viven las ciudades<sup>9</sup>.

El concepto de imaginario social, clave en esta aproximación, se encuentra referenciado principalmente en autores como Cornelius Castoriadis (2003), Pierre Ansart (1989), Eduardo Colombo (1989); y el de imaginarios urbanos en la obra de Silva (1992) y García Canclini (2005). Esta conceptualización se aparta de la acepción corriente de los imaginarios como producción de ilusiones, quimeras —como evasiones de la realidad de los “hechos”, marcando una oposición entre éstos y lo real—, para inscribirlos en cambio en las dimensiones señaladas por Castoriadis (2003, p. 43): el imaginario efectivo (mitos, ideologías, creencias, religiones, paradigmas interpretativos del mundo) y el imaginario radical, entendido como la capacidad inmanente de los seres humanos de “hacer surgir como imagen algo que no es y nunca fue”, es decir, la matriz de las utopías y del principio creativo. La recuperación de estos aportes se inscribe en la búsqueda por superar la dicotomía esencialista entre lo real y lo imaginario, para desplazar sus fronteras recíprocas al interior del espacio semántico de la realidad (Colombo, 1989, p. 17; Ansart, 1989; Gravano, Silva y Boggi, 2016).

Los imaginarios sociales urbanos —en plural—, siguiendo la síntesis conceptual propuesta por Ariel Gravano, se definen como:

Las imágenes y representaciones referenciadas en el espacio de la ciudad, tal como lo explicita Armando Silva (1992, p. 15): “usos e interiorización de los espacios y sus respectivas vivencias dentro de la intercomunicación social” y sus relaciones con las prácticas, valores y predisposiciones de habitus (tal como lo enuncia Bourdieu, 1990) que conformarían la cultura (en un sentido antropológico) urbana y sus distintas formas de adquirir identidad. (Gravano, 1996, p. 1)

Los imaginarios urbanos constituyen representaciones histórica y culturalmente construidas con referente en el espacio urbano. Esta noción permite dar cuenta de la ciudad como espacio vivido y no solo como un espacio en el que se vive, encaminando una búsqueda en la que cobran relevancia las dimensiones sensoriales y experienciales de la ciudad, dado que “las ciudades son, entre otras cosas, artefactos físicos, vivenciados por la gente mediante sus sentidos” (Rapoport, 1984).

A partir de la interrogación acerca del proceso histórico de conformación de identidades colectivas e imágenes vigorosas (Lynch, 1965) que parecen, en los sucesivos contextos, resultar eficaces ante propios y extraños en la enunciación de la ciudad como una pretendida totalidad, sostenemos que las identidades urbanas se constituyen en un proceso que se despliega diacrónicamente, en el que se reactualizan selectivamente elementos del pasado que resultan significativos en el presente (Williams, 1980). Es así como se conforman las distintas capas del palimpsesto urbano (Gravano, 2005) que nos permiten advertir la textura de las identificaciones colectivas, en la medida en que las sucesivas imágenes van dejando sus huellas, entre y a partir de las cuales se inscriben las “nuevas” en cada contexto histórico y social específico. Siguiendo esta hipótesis, las diversas imágenes de la ciudad se superponen en el imaginario, dando lo que da lugar a una estratificación cuyos

<sup>9</sup> Textual del proyecto vigente del Proincomsci. (Proincomsci, Unicen, s. f.).

ejes de anclaje difieren de una ciudad a otra, de acuerdo con el proceso histórico específico de cada localidad, en su dialéctica con la construcción de la identidad urbana misma:

Así como cuando al escribir un manuscrito se debía apelar a la superficie rugosa y texturada de un papiro del que se habían borrado las señas evidentes de una escritura anterior, pero que aún conservaba las huellas de los trazos ausentes, la ciudad ha ido entramando imágenes de sí misma que siguen dejando huella y sirven de superficie rugosa para la reescritura de imágenes ulteriores. (Gravano, 2005, p. 35)

En los estudios antropológicos realizados en distintas localidades bonaerenses, hemos identificado como elementos comunes de los respectivos palimpsestos el de “ciudades de frontera”, en torno de los discursos fundacionales sostenidos sobre las campañas de ocupación y exterminio de los pueblos originarios a lo largo del siglo XIX. Las localidades en las que hemos desarrollado trabajo de campo poseen este origen común como parte de la “avanzada” de una frontera en expansión al sur del Río Salado. Por otro lado, las “ciudades de tribalismos blancos” remiten al entramado asociativo étnico principalmente vinculado con la presencia de colectividades europeas en estas localidades. Y, finalmente, la configuración de emblemas alrededor de componentes del sistema productivo local (Gravano en Gravano, Silva y Boggi, 2016).

Las configuraciones y reconversiones de los perfiles productivos y formas espaciales urbanas implican tanto procesos estructurales como experiencias subjetivas, incluyendo los modos de interpretar y dotar de sentido a esas experiencias.

En nuestros registros de campo en el Barrio de La Estación adquieren un lugar significativo las experiencias generacionales de continuidad y de discontinuidad que configuran los sucesivos procesos de crisis y reconversión de los perfiles productivos de la ciudad intermedia, las identificaciones colectivas, las formas de sociabilidad y las tramas de relaciones, los modos del conflicto y las expectativas que se ponen en juego en contextos de vida cotidiana, actualizando selectivamente aspectos del palimpsesto y valores que se invocan en las tensiones actuales por la producción y consumo colectivo de la ciudad.

## PALIMPSESTOS URBANO-BARRIALES

La ciudad de Tandil se encuentra ubicada en el sudeste de la provincia de Buenos Aires. Según proyección de datos censales (Indec, 2010), cuenta con una población de alrededor de 120000 habitantes. Fundada en 1823 como Fuerte de la Independencia, formó parte de la frontera en expansión al sur del río Salado durante el siglo XIX. Como tantos otros poblados de la zona, su génesis aparece significada en las narrativas hegemónicas como ariete “defensivo” frente al entorno “salvaje”. Aunque más que tratarse de una defensa, la constitución de estos poblados respondió a una estrategia ofensiva de ocupación territorial y aprovechamiento de los recursos naturales en desmedro de quienes habían sido sus primeros pobladores (Gravano, 1999), cuya presencia anterior a la constitución de la frontera es opacada en la idea misma de una “fundación” (Gravano, Silva y Boggi, 2016).

Las características de su suelo y su paisaje permitieron el desarrollo de dos importantes actividades económicas en el partido (además de la agroganadería y la industria

principalmente metalmecánica): la explotación de canteras de piedra —en especial de granito— y el turismo, a las que se sumaron, con mayor notoriedad en los últimos años, emprendimientos inmobiliarios en la zona serrana, destinados, por un lado, a la provisión de servicios turísticos (cabañas y hoteles) y, por otro, a la vivienda de sectores de altos ingresos (Migueltoarena y Lan, 2013).

Las transformaciones operadas por las construcciones en las sierras y otros sectores de la ciudad han sido objeto de conflictos más o menos visibilizados en el espacio público local, entre distintos intereses y racionalidades, respecto a la apropiación y ocupación del suelo. El paisaje serrano constituye un elemento con fuerte valor identitario para la población local (Silva, 2011), lo cual contribuyó a que en las últimas décadas el modelo de explotación intensiva de las canteras fuera ganando una creciente oposición y se conformaran organizaciones ambientalistas que trabajan en pos de la preservación de las sierras y el cese de las voladuras. Este conflicto condujo finalmente a la sanción de la Ley Provincial de Paisaje Protegido n.º 14.126, en 2010 (Girado, en Gravano, Silva y Boggi, 2016).

Con la puesta en funcionamiento de la Estación de trenes en 1883, a partir de la “llegada” de un ramal del Ferrocarril Sud a la localidad, comenzaron a construirse en los alrededores distintos edificios vinculados a la provisión de servicios para el mantenimiento de la red ferroviaria, así como viviendas para los trabajadores. El impacto del tren en la dinamización económica y social de la vida lugareña ha llevado a hablar de una “segunda fundación” de la ciudad (Nario, 1996). Posteriormente, con la consolidación de una comunidad ocupacional ferroviaria (Mengascini, 2005; Horowitz y Wolfson, 1985) y el auge de la actividad gremial a principios del siglo XX, se construyeron instalaciones como las del Club y Biblioteca Ferrocarril Sud (1919), el Salón de la Confraternidad Ferroviaria (1925) o, más tarde, el Policlínico Ferroviario (1953).

El contexto de crecimiento económico de la región durante la primera mitad del siglo XX implicó la expansión tanto de las fuerzas productivas como de las fuerzas reproductivas del espacio y sus funciones comunicativas. Esa etapa alcanzaría su punto más alto en la década del cincuenta, para entrar luego en un proceso regresivo en el último tercio del siglo, marcado por la crisis de la actividad industrial y la retracción del papel de Argentina en la provisión de manufacturas en el mercado mundial. La reestructuración capitalista del territorio argentino a partir de la última dictadura cívico-militar (1976-1983), consolidada con las reformas neoliberales de la década del noventa, terminó con la disolución de la empresa estatal (Ferrocarriles Argentinos) y el desmantelamiento de buena parte de la gigantesca red ferroviaria nacional. En la estación local, muchas de las instalaciones cayeron en desuso o comenzaron a deteriorarse por falta de mantenimiento. Con el cambio de siglo, en algunos casos se reconvirtió su finalidad original cediéndose su uso a organizaciones comunitarias o dependencias municipales, en su mayoría dedicadas a la realización de actividades artístico-culturales. Entre otras, funcionan o han funcionado allí la Escuela Municipal de Música Popular, la Escuela Municipal de Teatro, el Centro Social y Cultural “La Vía”, el Taller de Picapedreros y la Incubadora de Arte.

Cabe destacar, como una manifestación significativa del contexto de agudización de la crisis económica y política de fines de 2001, la Feria comunitaria y turística que comenzó a realizarse en 2002 en el andén de la Estación y en el galpón de equipaje y encomiendas.

Así, un espacio que en otro período estuvo vinculado a la integración de la ciudad en el circuito productivo nacional e internacional, se resignificaba en este contexto albergando una clara expresión de la búsqueda de formas alternativas de producción y consumo para aquellos actores sociales que habían quedado excluidos del acceso al mercado (Lan, 2011).

Entre 2006 y 2012 estuvo suspendido el tren de pasajeros, servicio que desde junio de 2016 se encuentra nuevamente interrumpido.

En las últimas décadas fueron cobrando notoriedad en el contexto local formas de apropiación del espacio destinadas especialmente a actividades que permiten una reproducción más efectiva del capital, como el turismo y la renta inmobiliaria. En particular en el barrio considerado, la gravitación de una serie de factores como la conexión a la red de servicios públicos, la relativa cercanía al centro y los precios comparativamente ventajosos han favorecido el desarrollo de numerosos emprendimientos inmobiliarios. Frente a esto, como reacción ante lo que consideraban el “deterioro” del barrio y la “pérdida de su fisonomía identitaria” a manos de la “especulación inmobiliaria” y la “construcción indiscriminada”, un colectivo de vecinos (que pronto adoptaría la denominación de “Asamblea del Barrio de La Estación”) elaboró un petitorio que proponiendo —entre otros puntos— la implementación de medidas de protección patrimonial en las inmediaciones de la Estación. Este documento —con el título “El Barrio de La Estación como Área de Protección Histórica”— fue presentado en el mes de mayo de 2013 ante el Concejo Deliberante local, haciendo uso de la figura de la Banca 21<sup>10</sup>.



<sup>10</sup> Figura por la cual ciudadanos, ciudadanas u organizaciones pueden presentar proyectos de una manera formal equivalente a la de cualquier legislador. El proyecto debe ser entregado con anterioridad al Concejo Deliberante, junto con un formulario de solicitud que puede descargarse de la página web. La presentación debe atenerse a un reglamento que, entre otras cuestiones, establece un tiempo máximo de diez minutos para la exposición del proyecto.

Figura 3. Imagen publicada en el perfil de Facebook del Barrio de La Estación para graficar la demolición de viviendas en el barrio (fecha de consulta: octubre de 2017).

Autor: Gonzalo Celasco.

El petitorio, avalado por unas 2500 firmas y adhesiones institucionales, contenía varios puntos, entre los cuales planteaba la necesidad de establecer pautas de protección edilicia a las edificaciones incluidas en el área de protección histórica, la implementación de regulaciones sobre nuevas construcciones, la creación de un paseo temático ferroviario en el predio de la estación y en la plaza que se encuentra enfrente, así como el cambio de denominación de calles, entre otros.

El establecimiento de características especiales para las futuras construcciones que se realicen dentro del área de protección histórica, como alturas máximas y retiros escalonados respecto de la línea municipal, supone la modificación del actual código de edificación municipal. Este es señalado por integrantes de la asamblea como uno de los puntos más “difíciles” en vistas de lograr la aprobación del proyecto (“nos estamos metiendo con el código de edificación”). Así mismo, constituye uno de los aspectos en los que se recurre a la sustitución del valor de cambio de la “especulación inmobiliaria”, tal como se la percibe actualmente (“indiscriminada”, “sin criterio”, “sin identidad”), por el de otros atractivos: “el valor se logra a través de ser un lugar único. Una zona residencial, de casas bajas; hay otros valores”.

En los registros de campo hemos encontrado referencias reiteradas a la idea de que la identidad barrial se encuentra en “decadencia”, en “deterioro”, que “ya no hay identidad” como la había “antes”, se están “perdiendo los valores” del barrio. Esta apreciación coexiste —sin que esto sea necesariamente reconocido como una contradicción por los actores— con la consideración de un “renacimiento” de la actividad sociocultural en el barrio que remitiría a aquella “época dorada” de los años treinta, a partir del funcionamiento de distintos espacios como los centros culturales gestionados por organizaciones de la Sociedad Civil (“La Compañía” o “La Vía”), el Club Ferro y su biblioteca Juan A. Salceda, el Teatro de la Confraternidad, las escuelas municipales como la Escuela de Música Popular o el Taller de Picapedreros y Escultores, la Incubadora de Arte, así como de distintos eventos realizados en espacios públicos, espectáculos, ferias, el festejo de Carnaval que se realiza anualmente sobre la avenida Machado o eventos gastronómicos como el “Festival Food Truck Tandil”, por mencionar algunos.

La progresiva consolidación de espacios artístico-culturales en el entramado barrial alimentó la idea de que el mismo se ha ido constituyendo en un “polo cultural” de la ciudad. Con esa perspectiva, sumada a la reivindicación del valor patrimonial del barrio y el reclamo por la reanudación del tren de pasajeros, se realizó en el mes de marzo de 2017 una muestra colectiva de artes visuales que reunió en la Estación obras de más de cuarenta artistas plásticos locales. En palabras de los organizadores del encuentro, la Estación es un lugar

representativo del arte de Tandil. Cabe destacar que allí funcionan distintas instituciones vinculadas al arte, por lo que el objetivo es que los artistas entiendan esto y puedan apropiarse del espacio los que no están trabajando ahí. Además, queremos reivindicar el espacio patrimonial

y afianzarlo como polo artístico. Es una manifestación cultural que justamente nace con esta necesidad de poner el espacio en valor. (El Eco, 5 de marzo de 2013)

El 19 de agosto de 2017 se realizó otro evento con motivo del 134° aniversario de la “llegada” del tren a Tandil, donde la actuación de músicos locales, los “Food Trucks” (figura 4) y los juegos inflables para niños fueron el marco de un acto que se centró en el reclamo por la reanudación del servicio de pasajeros y la preocupación por el inminente despido de trabajadores ferroviarios.



Figura 4. Food Trucks en la Estación. Fotografía tomada del portal de noticias <http://www.eldiariodetandil.com/2017/08/16/los-food-trucks-vuelven-a-la-estacion->. Fecha de consulta: 10/10/17.

Un integrante de la asamblea expresaba en una conversación informal esa ambivalencia en los siguientes términos: “todo muy lindo, podemos tener una linda página web, pero si todo sigue igual, el tren no vuelve, no se aprueba el proyecto [de un Área de Protección Histórica], no sirve de nada”. Allí está, para recordarlo, el cartel pegado en una de las puertas de doble hoja de la Estación: “Trenes cancelados hasta nuevo aviso”.

## ETHOS BARRIAL: ACTIVACIÓN PATRIMONIAL Y SELECTIVIDAD DE LOS REFERENTES

La noción de “barrio” aparece, en tanto categoría social en uso (Rockwell, 1987), como una referencia central de construcción identitaria, así como en la articulación de demandas hacia los agentes estatales. Distintos actores sociales, en particular quienes están vinculados con la asamblea, se refieren al Barrio de La Estación como “el primer barrio de la ciudad” o el “barrio antiguo”, lo cual constituye un argumento central a la hora de fundamentar el pedido de protección patrimonial. En el plano analítico, ponemos en diálogo esta categoría con una conceptualización de lo barrial que trasciende la idea de escenario o recorte espacial, para ser objeto de significación y constituir de ese modo un conjunto de valores plasmados históricamente en la totalidad urbana (Gravano, 2016).

De acuerdo con Gravano (2005), la identidad barrial es el producto ideológico de una atribución recurrente entre actores sociales cuyo referente es el barrio. Aun en la más elemental y aparentemente desinteresada descripción del barrio, los actores introducen valores con los cuales muestran que este no es meramente el espacio donde se reside. El eje axiológico de la identidad barrial se compone del conjunto estructurado de valores presentes en la ideología sobre el barrio. En la dimensión temporal se revela que los actores subordinan los significados de lo que para ellos es su barrio a lo que este era “antes”. Se trata de un antes que refiere a una “época” (a la que el autor denomina “época base” de la identidad barrial) indeterminada en el tiempo cronológico y, fundamentalmente, resultado de la oposición con el “ahora”. Constituye la base de la edificación distintiva de lo barrial y no es posible identificarla con ninguna época referencial determinada ubicable en una cronología. Puede decirse entonces que más que un *chrónos*, representa un *éthos*, mediante el cual el barrio adquiere modalidades distintivas e identidad como tal. No es una mera referencia al pasado. Ni siquiera es parte del pasado entendido como historia lineal del barrio. En este sentido, el barrio referencial se diferencia del barrio como valor (a esto último el autor lo denomina “lobarrial”). Así, el barrio como espacio se encuentra subordinado al barrio como tiempo-*éthos*, con capacidad para construir ideológicamente una identidad.

En el texto del proyecto elaborado por la asamblea se destaca que la Estación fue “durante varias décadas, uno de los lugares preferidos para las familias (...) como atractivo paseo de los fines de semana”, y se solicita “reactivar la entrada (calle interna) de la estación, a partir del montaje de un paseo temático ferroviario en el que se contemple la influencia y la pujanza que generó el ferrocarril en nuestra ciudad, la región y en el barrio”, junto a una serie de acciones para el reconocimiento simbólico de “trabajadores ferroviarios y otros vecinos que tuvieron una actuación destacada en el campo profesional, en el cultural, en el social y el sindical” (Barrio de la Estación Tandil (s.f.). Un ejemplo de esto último es la propuesta de imponer a una calle del paseo temático el nombre de Agustín Sívori, un mutualista ferroviario de las décadas de 1940 y 1950, de activa participación sindical en el contexto de la nacionalización de los ferrocarriles por el gobierno peronista. También se prevé la realización de una escultura en homenaje a Ibis Perla Villar, una militante del Partido Comunista que “rompió los moldes políticos masculinos de su época”, o el cambio de denominación de un tramo de la avenida en la que se localiza la Estación, actualmente llamada coronel Benito Machado, por “Avenida de los Trabajadores Ferroviarios”.

Consideramos significativo resaltar cómo se van construyendo, a partir de la argumentación de los y las integrantes de la asamblea, distintos oponentes frente a los cuales es posible establecer las propias tomas de posición en relación con los actores seleccionados, para así integrar el repertorio patrimonial que se reivindica. Dichos actores encarnan además un conjunto de valores que se busca asociar positivamente con el *ethos* barrial, en oposición a otros de los cuales se busca diferenciarse:

Personaje polémico (...) al coronel Benito Machado hasta lo han llegado a definir como la versión local de Julio Argentino Roca<sup>11</sup> (...) Machado es un hombre aceptado por una generación

<sup>11</sup> Militar argentino, ministro de Guerra y Marina, artífice de la denominada “Campana del Desierto”

de conservadores de nuestra ciudad. (...) Si bien en algún momento [para el cambio de denominación] se deslizó algún nombre propio de algún trabajador de los años cuarenta o cincuenta, dejábamos afuera a muchísimos protagonistas notorios que tenían que ver con los obreros del riel. Avenida de los Trabajadores Ferroviarios involucra toda la historia, desde el primer empleado de 1883 hasta los administrativos de hoy.

El tramo a cambiar sería de diez cuadras, en una primera instancia, previendo que “las futuras generaciones cambiarán el nombre a la calle [en el tramo restante], para la reivindicación de otras figuras y luchas”<sup>12</sup>.

Como ha señalado Llorenç Prats (2005),

La activación, más que con la puesta en valor tiene que ver con los discursos. Toda activación patrimonial, desde una exposición temporal o permanente, hasta un itinerario o un proceso de patrimonialización de un territorio, de inspiración más o menos ecomuseística, incluso una política de espacios o bienes culturales protegidos, si se quiere apurar la imagen, comporta un discurso, más o menos explícito, más o menos consciente, más o menos polisémico, pero absolutamente real. Este discurso se basa en unas reglas gramaticales sui generis, (...) que son: la selección de elementos integrantes de la activación; la ordenación de estos elementos (...); y la interpretación o restricción de la polisemia de cada elemento palabra mediante recursos diversos. (2005, p. 20)

Esta selectividad de los referentes que componen el repertorio patrimonial, según hemos podido observar, se configura en un proceso sumamente dinámico, dado que se produce de modo relacional, en el contexto de los referentes reivindicados por otros actores que también buscan visibilidad en el espacio urbano. Por ejemplo, en el mes de noviembre de 2014, la asamblea publicó un comunicado en su página de la red social Facebook, que envió también a los medios de comunicación locales, a raíz de las declaraciones —publicadas también en los medios— de algunos referentes del Partido Justicialista sobre el reemplazo de un busto del general Juan Domingo Perón (que actualmente se encuentra en la plaza frente a la Estación de Ferrocarril) por un monumento de mayores dimensiones. La asamblea repudió enérgicamente esa iniciativa, indicando que el proyecto de un paseo temático ferroviario había sido presentado con anterioridad y que la inclusión de un monumento a gran escala no resultaba “compatible” con ese proyecto. En el comunicado se expresaba que el busto existente “ya forma parte de este espacio urbano y a pesar de no ser de aspecto monumental —busto de características clásicas—, marca un sentido de pertenencia para el barrio. Quitarlo, trasladarlo o suplirlo sería perjudicial para su hábitat”.

La referencia a las tensiones suscitadas en torno a la figura de Perón no es menor, ya que remite a fuertes conflictos políticos en la historia de los gremios ferroviarios que enfrentaron a sectores peronistas con socialistas y comunistas (Mengascini, 2011). Resulta significativo que en el discurso de la asamblea se destaquen aquellos elementos que hacen referencia a lo ferroviario o lo barrial como componentes homogeneizadores de la memo-

---

que en la década de 1880 resultó en un genocidio de los pueblos originarios del sur, con miles de muertos y heridos.

<sup>12</sup> Entrevista al historiador Hugo Mengascini en el portal Política Tandil, 1/11/12. [www.politicatandil.com](http://www.politicatandil.com). Fecha de consulta: 10/7/2014.

ria colectiva, lo que soslaya las interpelaciones a las trayectorias y adscripciones político-partidarias de sus integrantes —en particular aquellas que tienen mayores resonancias en la actualidad—, que podrían operar como ejes de fragmentación en la identidad barrial.

Una práctica significativa de los integrantes de la asamblea para dar visibilidad a sus reivindicaciones es el recurso a las redes sociales en Internet. Allí dialogan las fotografías antiguas del barrio recuperadas de colecciones particulares —sobre las cuales se realizan “comentarios” en un interesante trabajo colaborativo de reconstrucción de anécdotas e identificación de los espacios y las personas retratadas— con las fotografías actuales producidas por jóvenes fotógrafos vinculados al barrio. En particular, las fotografías de uno de ellos, Gonzalo Celasco, han sido adoptadas para distintas producciones gráficas (como un almanaque que se realiza todos los años con el auspicio de distintos comercios e instituciones del barrio), lo cual les otorga un estilo reconocible. Así mismo, en una interacción dialógica con el espacio urbano, algunos retratos de personajes considerados emblemáticos de la historia barrial han sido reproducidos como murales en distintas paredes del barrio, sumándose a los ya existentes en el predio de la Estación. En cada ocasión, la “inauguración” de los murales estuvo acompañada por distintas acciones, o bien formó parte de una actividad más amplia que se buscó vincular con la activación patrimonial. En diciembre de 2015, en coincidencia con el quinto aniversario del Centro Cultural “La Compañía” —sede de la asamblea del Barrio de La Estación—, se inauguraron dos murales realizados por el artista plástico Federico Pose a partir de sendos retratos de Celasco. El primero, ubicado en la esquina de las calles Roca y Arana, muestra a Héctor Anselmi, maquinista ferroviario retirado y vecino del barrio, en su “inseparable bicicleta”<sup>13</sup>. El segundo, pintado sobre una de las paredes medianeras de “La Compañía”, retrata a la maestra de música Élide “Liri” Baretta (vecina del barrio), tocando su acordeón. La elección de una mujer para ser homenajeada respondía al perfil del Centro Cultural, que tiene al tema de género como uno de los principales de su agenda<sup>14</sup>. La jornada comenzó a las 20 hs., en la esquina del mural dedicado a Anselmi —a tres cuadras de “La Compañía”—, donde se reunieron unas cuarenta personas y habló uno de los integrantes de la asamblea refiriéndose a la trayectoria del protagonista del mural, a quien se le obsequió una reproducción enmarcada de la fotografía que se copió en la pared. Por un momento, como en un juego de espejos, se encontraba el propio homenajeado sosteniendo su retrato, parado delante del mural que también lo retrataba, a partir de esa fotografía (figura 5), lo cual fue a su vez motivo de múltiples registros, con celulares, cámaras fotográficas y de video, y posteriormente compartido y comentado en las redes sociales.

Un grupo del taller de tambores de “La Compañía” se paseó en una camioneta por las cuadras circundantes, tocando su percusión a modo de “llamada” para convocar a sumarse a la celebración. Luego se invitó a caminar hasta el Centro Cultural, donde se inauguró el otro mural, con la presencia de Baretta, y se siguió con una muestra del taller de tambores, proyección de audiovisuales y cantina hasta entrada la noche.

<sup>13</sup> Textual de la página de Facebook de la asamblea.

<sup>14</sup> Nos hemos ocupado en particular de este espacio en Silva, 2016 y 2017.

Posteriormente se realizaron otros murales similares, uno de ellos dedicado al ciclista, ferroviario jubilado y también vecino del barrio Ludovico Ots, ubicado en Alsina al 1300 (figura 6); otro en la esquina de la Avenida Machado y Montiel, pintado por Pose en colaboración con estudiantes del Instituto del Profesorado de Arte Tandil (IPAT), sobre la base de una fotografía del año 1939 tomada en el andén de la Estación a Pedro Bruno, trabajador de la Unión Ferroviaria y actor aficionado integrante del Cuadro Filodramático “Alborada”, una agrupación teatral de los años treinta que estaba integrada por ferroviarios y sus familiares y tenía su espacio de práctica teatral en la Casa Social de los gremios del ferrocarril, el Salón de la Confraternidad Ferroviaria. Y un tercero en homenaje al croto José Américo “Bepo” Ghezzi; este último realizado en conjunto por Federico Pose y Dolores Figueroa y emplazado en uno de los muros del Centro Social y Cultural “La Vía”, que funciona en las antiguas instalaciones de los talleres de vía y obras. En este último caso, para la inauguración se organizó una charla a cargo de los historiadores locales —ambos vinculados al barrio y a la asamblea— Hugo Nario y Hugo Mengascini, y se proyectó el film ¡Que vivan los crotos! (1990), dirigido por Ana Poliak e inspirado en la figura de “Bepo”.



Figura 5. Mural dedicado a Héctor Anselmi, imagen publicada en el perfil de Facebook del Barrio de La Estación. Fotografía de Sebastián González.

Fecha de consulta: diciembre de 2017.



Figura 6. Mural dedicado al ciclista Ludovico Ots.  
Fotografía: Ana Silva (2017).

El mural más reciente se inauguró el día 19 de noviembre de 2017 en el marco de un encuentro de candombe (el “Primer Encuentro de Candombe Regional por la Identidad”) organizado por las agrupaciones Kilumbo Añá y Kambá Candombe (integrantes de “Candombe del Encuentro”), que decidieron ese año hacer la llamada de cierre del encuentro en el Barrio de La Estación por considerar que la amenaza a la identidad barrial encontraba puntos de contacto con la sufrida por los afroargentinos. Así, convocaron a la actividad con el lema “Por la identidad. Por la vuelta del tren a Tandil. Por la visibilidad de los afrodescendientes argentinos”, el cual se inscribió en un gran pasacalle que encabezó el desfile. En el encuentro participaron agrupaciones de distintas localidades bonaerenses. El recorrido se iniciaba en “La Compañía”, desde donde iban saliendo los grupos —mientras una fogata improvisada en el patio delantero calentaba los parches de los tambores del siguiente grupo— y terminaba en el playón de la Estación de Trenes, donde la murga local “Flor de Murga” oficiaba de anfitriona e iba recibiendo con sus bailes a los grupos a medida que llegaban. Como cierre de la jornada se inauguró el mural, en este caso pintado por integrantes de Candombe del Encuentro, “hecho a pulmón, con donaciones de pintura y materiales que nos fueron haciendo”, según relataba uno de ellos. Ubicado en una esquina donde funcionó hace décadas la Escuela Primaria No. 37, el mural integra los diferentes componentes involucrados en la convocatoria, aunque para una mirada “externa” estos pudieran no tener una vinculación evidente: el frente de la estación de trenes con la fecha 1883, el escudo de la Escuela y el número 37, vagones de tren, tambores, fogatas, murgueros con sus trajes y un conjunto de reproducciones de grabados en blanco y negro con rostros de esclavos africanos con sus nombres, nacionalidad y la fecha de ingreso al país. En uno de los extremos del mural, sobre la firma de “Candombe del Encuentro”, una frase tomada del libro de actas del sindicato ferroviario La Fraternal-

dad en ocasión de una huelga contra la implementación del denominado Plan Larkin en 1961<sup>15</sup>: “Vamos a la lucha con moral y a paso de vencedores” (figura 7).



Figura 7. Mural “por la identidad”.  
Fotografía: Ana Silva (2017).

Los murales, como modo de apropiación y resignificación del espacio público urbano, abren una interesante vía de análisis de los imaginarios urbanos y cómo estos se plasman y recrean en intervenciones estéticas específicas, transformando paisajes cotidianos, en ocasiones desde los discursos hegemónicos y otras veces permitiendo la escenificación de otredades urbanas. La pintura mural se diferencia de los graffitis, tal como ha estudiado Armando Silva (1988), en que estos últimos se caracterizan por la marginalidad, el anonimato, la espontaneidad, una escenicidad particular, la precariedad y la velocidad.

En los casos que analizamos, los murales fueron pintados con autorización de los propietarios de las viviendas en las que se localizan los muros, hay una autoría reconocida y ostentada, y su realización se inscribe explícitamente en las prácticas de activación patrimonial y selectividad de los referentes emblemáticos del barrio. Una maestra de música, un maquinista, un ciclista, un ferroviario y actor aficionado de teatro, un “croto”, unos esclavos africanos traídos al sur de América erigidos en una suerte de héroes urbanos, figuras y rostros que van tramando el paisaje barrial y plasmando una versión del patrimonio que escenifica decires otros, y que hacen resonar, al son de los tambores, los ecos de lo popular —en sentido gramsciano (2004)— en esa melodía siempre disonante que son los imaginarios sociales urbanos.

## CONCLUSIONES

En las páginas precedentes intentamos aproximarnos a los modos en que han sido experimentadas y significadas las transformaciones en los perfiles productivos de una ciudad media bonaerense, al sur del continente americano, en particular a partir de la articulación

15 Plan de racionalización ferroviaria implementado durante el gobierno de Arturo Frondizi.

del sistema ferroviario con el conjunto del sistema urbano y con la construcción de imaginarios identitarios urbano-barriales. En tal sentido, nos propusimos interrogar en clave etnográfica las distintas formas de productividad política cotidiana de la(s) memoria(s), no como sola recordación de lo sucedido, sino en tanto esfuerzo de conservación, de lucha contra la disolución de las formas sociales. Memoria que es conflictiva producción simbólica e inscripción material en la ciudad: en las cartografías barriales, en la denominación de calles y paseos, en el emplazamiento de monumentos, en las formas de reproducción de sistemas de servicios colectivos urbanos.

En el caso del barrio de La Estación de Tandil, observamos cómo los usos del pasado se invocan en relación con los proyectos planeados a futuro para la ciudad, en la negociación y la conflictividad en torno a distintas problemáticas urbanas, a los modos de gestionarlas y “resolverlas”. En estos debates se activan las cuestiones sobre las acciones y valores en procesos de adscripción identitaria acerca de quiénes son más “merecedores” de la ciudad, una moneda de cambio simbólico que mediatiza su valor de uso en tanto sistema de sistemas de servicios y consumos colectivos. En vinculación con esto, en el proceso de activación patrimonial tanto como en la reivindicación-construcción de héroes barriales se pone en juego la lucha por el poder de seleccionar los referentes que configuran el repertorio patrimonial barrial. Mientras distintas prácticas —entre ellas la realización de murales— van inscribiendo en la materialidad del espacio urbano nuevas huellas del palimpsesto.

Podemos reconocer algunas referencias clave que enlazan las distintas apropiaciones que se hacen del pasado desde el presente: la construcción de una “época dorada” como expresión paradigmática de un conjunto de valores que expresarían la identidad barrial antes que una referencia temporal concreta (aunque se señala en particular la década de 1930); los momentos identificados como de deterioro y “luto” social, especialmente durante los noventa y comienzos de los 2000, donde sobresale la imagen de la Feria Comunitaria en el andén de la Estación como un modo de hacer frente a las consecuencias de la crisis socioeconómica y el desempleo; y la más reciente idea de un “polo cultural”, en la que coexiste la búsqueda de espacios alternativos para la producción y circulación de bienes culturales con la apropiación localizada de tendencias hegemónicas de las industrias del ocio y el consumo.

La perspectiva de los imaginarios sociales urbanos, tal como la hemos caracterizado, constituye una clave analítica privilegiada para interrogar tanto la elaboración simbólica de lo sucedido cuanto para atender a aquellas manifestaciones que, en la recuperación de memorias y huellas retaceadas, hablan de otras posibles ciudades por venir. Esto es, la dimensión propiamente política de los imaginarios urbanos.

## REFERENCIAS

- ABC Hoy. (30 de junio de 2016). Suspenden todos los servicios de Ferrobaires el choque de trenes. Recuperado de [http://www.abchoy.com.ar/leernota.php?id=129097&t=suspenden\\_todos\\_los\\_servicios\\_ferrobaires\\_tras\\_el\\_choque\\_trenes](http://www.abchoy.com.ar/leernota.php?id=129097&t=suspenden_todos_los_servicios_ferrobaires_tras_el_choque_trenes)
- Ansart, P. (1989). *Ideologías, conflictos y poder*. México: Premia.
- Bachelard, G. (1978). *La dialéctica de la duración*. Madrid: Villalar.
- Bajtín, M. (1980). *La cultura popular en la Edad Media y en el Renacimiento*. Madrid: Alianza.
- Balbi, F. (2015). Creatividad social y procesos de producción social: hacia una perspectiva etnográfica. *Publicar*, Año XIII No. XVIII. Junio de 2015, pp. 9-29.
- Barrio de la Estación Tandil (s.f.). [Blog virtual]. Recuperado el 30 de septiembre de 2017, de <http://barriolaestaciontandil.blogspot.com.ar/p/el-proyecto.html>.
- Castoriadis, C. (2003). *La institución imaginaria de la sociedad*. Barcelona: Tusquets.
- Colombo, E. (1989). *El imaginario social*. Montevideo: Editorial Nordan.
- García Canclini, N. (2005). *Imaginarios urbanos*. Buenos Aires: Eudeba.
- El Eco (5 de marzo de 2013). "Con un espíritu comunitario y colectivo, se realizará hoy una muestra de arte en la estación". Recuperado el 10 de octubre de 2017, de <http://eleco.com.ar/interes-general/con-un-espiritu-comunitario-y-colectivo-se-realizara-hoy-una-muestra-de-arte-en-la-estacion/>
- Gramsci, A. (2004). *Antología*. Buenos Aires: Siglo XXI.
- Gravano, A. (1995). La imaginación antropológica. Interpelaciones a la otredad construida y al método antropológico. *Publicar en Antropología y Ciencias Sociales*, Año IV, No. 5. Agosto, pp. 71-91.
- Gravano, A. (1996). Imaginario urbano, barrios mancha y calidad de vida en la ciudad intermedia, hacia un modelo de análisis. *Intersecciones*, 2, Facso/Unicen; 51-61.
- Gravano, A. (Comp.) (2005). *Imaginarios sociales de la ciudad media. Emblemas, fragmentaciones y otredades urbanas. Estudios de Antropología Urbana*. Tandil: REUN.
- Gravano, A. (2016). *Antropología de lo urbano*. Santiago de Chile: LOM.
- Gravano, A., Silva, A. y Boggi, S. (2016). *Ciudades vividas. Sistemas e imaginarios de ciudades medias bonaerenses*. Buenos Aires: Café de las Ciudades.
- Guber, R. (2009). *El salvaje metropolitano. Reconstrucción del conocimiento social en el trabajo de campo*. Buenos Aires: Paidós.
- Horowitz, J. y Wolfson, L. (1985). Los trabajadores ferroviarios en la Argentina (1920-1943). La formación de una elite obrera. *Desarrollo Económico*, 25(99), 421-446.
- Instituto Nacional de Estadísticas y Censos. (2010). Censo Nacional de Población, Hogares y Viviendas 2010. Recuperado el 15 de octubre de 2017 de <http://www.indec.gob.ar>.
- Lan, D. (2011). *Territorio, industria, trabajo. División territorial del trabajo y espacio producido en la industria de la ciudad de Tandil - Argentina* (Tesis de posgrado). Universidad Nacional de La Plata. Facultad de Humanidades y Ciencias de la Educación. Recuperado de <http://www.memoria.fahce.unlp.edu.ar/tesis/te.430/te.430.pdf>. Fecha de consulta: 20/8/2017.

- Lindón, A. (2007). La ciudad y la vida urbana a través de los imaginarios urbanos. *Revista Eure*, XXXIII(99), 7-16. Santiago de Chile, agosto.
- Lynch, K. (1966). *La imagen de la ciudad*. Buenos Aires: Infinito.
- Martínez, J. P. (2007). "1977-2006: el ciclo de las reformas traumáticas". En: M. Justo López y J. Waddell, (comp.), *Nueva historia del ferrocarril en la Argentina: 150 años de política ferroviaria* (pp. 209-286). Buenos Aires: Lumière.
- Mengascini, H. (2005). *El salón de la confraternidad ferroviaria. Sociabilidad y prácticas culturales de los trabajadores ferroviarios de Tandil (1920-1943)*. Tandil: Asociación Amigos Teatro de la Confraternidad.
- Migueltoarena, A. y Lan, D. (2013). Racionalidades y contrarrazionalidades a partir de la vivienda, en la producción del espacio urbano de Tandil, Argentina. *Cuadernos de Geografía*, 22(1), 109-125.
- Nario, H. (2014). "¿Por qué el barrio de La Estación?". En: Diario *Nueva Era*, 2/8/14, p. 3.
- Prats, L. (2005). Concepto y gestión del patrimonio local. *Cuadernos de Antropología Social*. Buenos Aires: FFyL, UBA. No. 21, 17-35.
- Proincomsci, Unicen – Univesidad Nacional del Centro de la Provincia de Buenos Aires. (s. f.). Presentación. [Página web] Fecha de consulta 10 de octubre de 2017. <http://www.soc.unicen.edu.ar/proincomsci/>
- Rapoport, A. (1984). "La cultura y el orden urbano". En: Agnew et al. *The city in cultural Context* (pp. 50-75). Boston: Allen (Trad. Jorge Laucirica).
- Rockwell, E. (1987). "Reflexiones sobre el proceso etnográfico" (1982-1985). En: E. Rockwell y J. Ezpeleta (coords.), *La práctica docente y sus contextos institucional y social*, vol. 2 (pp. 1-57) México: DIE.
- Sader, E. y Gentili, P. (comps.) (2003). *La trama del neoliberalismo. Mercado, crisis y exclusión social*. Buenos Aires, Argentina: Clacso.
- Silva, A. (2011). Imágenes e imaginarios urbanos en la 'ciudad de las sierras'. *Revista Iluminuras*, 11(26). UFRGS. <http://seer.ufrgs.br/index.php/iluminuras>.
- Silva, A. (1988). *Graffiti, una ciudad imaginada*. Bogotá: Tercer Mundo Editores.
- Silva, A. (1992). *Imaginarios urbanos, Bogotá y Sao Paulo: cultura y comunicación urbana en América Latina*. Bogotá: Tercer Mundo Editores.
- United Nations, Department of Economic and Social Affairs, Population Division (2014). World Urbanization Prospects: The 2014 Revision, Highlights (ST/ESA/SER.A/352). Recuperado el 10 de octubre de 2017, de <http://www.un.org/es/development/desa/news/population/world-urbanization-prospects-2014.html>.
- Williams, R. (1980). *Marxismo y literatura*. Barcelona: Península.



# “ERA LAS VEGAS, PERO CON GENTE DE ACÁ”.

## TENSIONES SIGNIFICACIONALES EN TORNO AL JUEGO POR APUESTAS EN UNA CIUDAD BONAERENSE DE RANGO INTERMEDIO

---

SILVIA BOGGI\*

Las reconfiguraciones socioespaciales, entre las cuales encontramos la emergencia de territorios del ocio y del consumo, han sido señaladas como una de las variables asociadas a las transformaciones urbanas en tiempos de globalización. Según se sostiene, permiten leer —entre otros aspectos— los procesos de difuminación urbana, las múltiples y simultáneas formas de convivencia de diferentes formas de centralidad comercial, el crecimiento y difusión de estas actividades y, en términos amplios, nuevas experiencias de la vida urbana.

Nuestro trabajo se aproxima a estos procesos globales en una ciudad de rango intermedio de Argentina —Olavarría— ubicada en la región central de la provincia de Buenos Aires. Lo hacemos desde un prisma antropológico y mediante un enfoque etnográfico, pretendiendo mostrar algunas aristas de la disputa —en la arena de los imaginarios sociales urbanos locales— entre lo popular (gramsciano y bajtiniano) y lo hegemónico referenciada en una de las significaciones identitarias más potentes de la ciudad (“Ciudad del Trabajo”) y las asociadas a la instalación, permanencia, crecimiento y usos de un local de juegos de azar y apuestas.

En trabajos anteriores, expusimos algunas dimensiones de estos procesos de transformación urbana que comenzaron a expresarse a mediados de la década del noventa con las primeras experiencias de “hipermercadización” en la zona céntrica de la ciudad. La ampliación de su presencia en las cercanías de las avenidas que operan como corredores y distribuidores de los mayores flujos de tránsito se completó más tarde con el acceso a la propiedad y apropiación de amplias superficies de los espacios barriales periféricos por parte de firmas comerciales y agentes pertenecientes a fracciones de clases dominantes locales.

A estas transformaciones se sumó la instalación de una empresa de juegos de azar (Bingo) en las adyacencias de uno de los hipermercados citados, dando lugar a una sinergia en donde se conjugan actividades comerciales y de uso del tiempo libre que resultan novedosas no solo para las modalidades que estas prácticas asumían en términos locales, sino también regionales.

La superficie destinada a las instalaciones del Bingo Olavarría es de una hectárea (incluyendo playas de estacionamiento y el hotel) y siendo parte de terrenos municipales fue vendida (en 2007) en 150 000 dólares. Las instalaciones se encuentran ubicadas a unos

---

\* Universidad Nacional del Centro de la Provincia de Buenos Aires, Argentina.

dos kilómetros del centro tradicional de la ciudad, cercano a vías de tránsito interurbano (Ruta 226) y en lo que en etapas anteriores del desarrollo urbano local formaba parte de las zonas consideradas periféricas.

Es notable la intensidad y dimensión de los flujos de personas que transitan y usan estos espacios; se trata de contingentes locales y regionales —generalmente de clases medias y clases medias bajas— que se desplazan siguiendo distintos derroteros horarios. Existen franjas horarias en que aumenta o disminuye su intensidad, pero su presencia se hace visible y continua las 24 horas del día en Olavarría, advirtiéndose un desplazamiento de la actividad recreativa desde el centro de la ciudad hacia espacios geográficos que desde los imaginarios sociales dominantes son definidos como la periferia urbana local. La intensidad del tránsito depende así mismo de otras variables como el día de la semana (en fines de semana y feriados se incrementa), las fechas de cobro de los salarios de quienes asisten y —entre otras variables— las percepciones de los asiduos concurrentes, que abarcan desde la atribución de cierto “comportamiento” a las máquinas (*slots*) en lo atinente a la posibilidad de ganar las apuestas (“si venís el fin de semana, cuando hay mucha gente aprovechan para ‘recaudar’... las máquinas están ‘duras’, no te dan nada”) hasta las “cábalas” (“vengo los jueves porque es el día que las máquinas ‘pagan’, pero tenés que venir a partir de las dos... si venís antes, no juegues porque perdés seguro”).

En 2015 la empresa Binbaires, actual concesionaria del Bingo, presentó —con una fiesta a la que asistieron unas 10 000 personas— un conjunto de remodelaciones edilicias externas e internas: un “relanzamiento” en términos de los medios locales. En la parte externa se incorporó un nuevo acceso al edificio rodeado de fuentes y pequeños jardines y se anexó un nuevo sector de estacionamiento. En el interior fueron ampliados los espacios destinados al juego y se incorporó un sector vip que en principio estuvo destinado a los “clientes preferenciales”, pero que en la actualidad tiene acceso irrestricto.

Por otra parte, se acrecentó el número de máquinas tragamonedas y ruletas y existe un *drugstore* donde se pueden adquirir golosinas, bebidas y accesorios de indumentaria.

Se incrementó la superficie destinada al consumo de alimentos y bebidas y fue instalado un bar en una estructura que simula un barco (una réplica a escala mediana de una embarcación del siglo XVI) rodeado de una pileta con agua. Se brinda un servicio gastronómico que en general resulta calificado positivamente por quienes concurren en función de su calidad y precio accesible.

Estas instalaciones se suman al local interno donde se juega al bingo (lotería con cartones) y dos espacios llamados “Club de Fumadores”, únicos lugares en donde además de jugar en “las maquinitas” está permitido fumar.

Cabe señalar que a la propuesta de los juegos de azar se ha sumado la puesta en escena de *shows* musicales a cargo de bandas regionales y reconocidos cantantes de música popular, la realización de sorteos de automóviles, electrodomésticos y sumas de dinero, la realización de karaoke, *disc jockey* en vivo y la habilitación de un espacio que oficia de pista de baile en días establecidos de la semana. Estas actividades concitan una masiva y entusiasta concurrencia que, de acuerdo con nuestros registros etnográficos, asiste al local paraparticipar únicamente de ellas, es decir, no para jugar.

La territorialidad del Bingo no se reduce, así, a un espacio de juego por apuestas, sino que se abre a múltiples experiencias significacionales en torno al ocio y al consumo que tejen entramados complejos. Algunas de ellas vinculadas a las formas de sociabilidad que los imaginarios locales adjudican a los centros urbanos no metropolitanos: espacio de compartir con amigos, vecinos, “gente conocida”, parientes. Pero también es —desde la expresión del historiador Carlos Mayo (1998)— “partero de sociabilidades”, habilitando a la posibilidad de generación de vínculos entre quienes no se conocen. Espacio de festejo de cumpleaños y aniversarios, lugar para ‘ir a bailar’, para “ir a tomar algo o a comer” (que condensan los diversos e intensos sentidos de los sintagmas que remiten a la ritualidad del encuentro), de hacer realidad por tres minutos el sueño de ser cantante ante un público que aplaude y corea a viva voz, de mirar y alentar colectivamente en las pantallas del local ante eventos deportivos de relevancia (los ‘clásicos’ del fútbol), el “único lugar de Olavarría que tiene para ir la gente grande” y también espacio para ir ‘de levante’ y ‘de trampa’. Hasta es el territorio designado y elegido desde los imaginarios sociales populares locales para hacer viva la memoria de uno de los tantos asesinatos impunes de la ciudad: el de una joven travesti olavarricense, cuyos restos fueron hallados en 2005 en los terrenos entonces baldíos, donde hoy se levantan las instalaciones de la casa de juegos: “en los baños del Bingo anda el fantasma de Esteban Navarro”.

Ese entramado complejo es dinámico, donde además de los vínculos personales y, siendo parte de las significaciones y prácticas culturales, están presentes las racionalidades del mercado y racionalidades “otras”, ancladas en y dando fundamentación a mitos y contra-mitos. Ese dominio híbrido aparece atravesado por una multiplicidad de tensiones que son las que nos convocan, entre ellas, las vinculadas a la construcción de moralidades asociadas a las prácticas de juego por apuestas y su relación con el plano dialéctico donde lo popular y lo hegemónico dirimen significaciones que permiten una lectura de lo identitario local urbano en clave lúdica.

## ETNORRELATO, UNA DE LAS PUERTAS DE ENTRADA A LOS IMAGINARIOS SOCIALES LOCALES

Enterada de mis caminos etnográficos, Marina, amiga y docente de nivel “inicial” (pre-escolar), me promete anécdotas sobre la única vez que asistió a la sala de juegos del Bingo instalado en la ciudad. Viene a casa de visita y entre muchas risas y mates compartidos abre camino a su relato, que durará casi dos horas y atravesará —sin que fuera premeditado y siguiendo el serpenteante derrotero de las memorias— parte de su historia de vida y una vinculación de su familia —que dice ir descubriendo a medida que avanza su narrativa— con los juegos de azar en la ciudad de Olavarría. Así, sentada frente a nuestra mesa, me cuenta:

Yo sabía eso del Bingo... que había gente que estaba enloquecida para ir al Bingo... yo no había ido nunca y estábamos unos cuantos en mi casa, creo que festejando algo, un cumpleaños y decidimos ir... Sin saber que era gratis invité a todos con la idea de pagar las entradas. Nadie me avisó de la situación y yo veía que se reían mucho entre ellos y comentaban “¡vamos al Bingo que

Marina nos paga a todos!” y cuando llegamos lo primero que hice fue ir hacia una chica que estaba tras una especie de mostrador, le pedí las entradas y la chica me miraba raro y al segundo todos largaron la risa, la chica también: era el guardarropas! Ahí me enteré que era gratis la entrada... Bué, llegamos y me acuerdo que fue ver ¡tantas luces! —se toma la cara con las manos— y ver un negro grandote en la puerta... (levanta y estira sus brazos para dibujar los más de dos metros de estatura de quien entonces trabajaba como portero y ‘seguridad’ del Bingo)... Me impactó tanto esas luces y ese negro en la puerta vestido con traje negro, tenía puesta una camisa blanca y zapatos blancos...

De todos los que fuimos, la única que no conocía el Bingo era yo... se me vino a la mente como esas películas, las series de Dallas que veía en televisión en Canal 8 (al único que podíamos tener acceso en los ochenta y los noventa) y se me vino esa sensación encima (suelta una carcajada)... Pero fue más fuerte todavía porque pensé en un momento que estaba en Las Vegas, el sonido de las máquinas y ver las luces, todas esas luces... Pero lo terrible era que todos iban para los lugares de juego y yo no podía dejar de mirar la gente... era la sensación de esa película, de estar en Dallas pero con la gente conocida y empiezo a encontrar papás de los nenes del jardín, uno de ellos que tenía como siete chicos, vivían allá lejos por el barrio Avellaneda (señala hacia el sur de la ciudad) y tenían un montón de problemas para poder traerlos al jardín y yo los habilitaba en el comedor ¡y lo encuentro en el Bingo!... Yo pensaba, ¿cómo hizo para venir hasta acá? [recuerda y trae a escena aquella inicial sorpresa y desconcierto].

Y era como a las tres de la mañana, era en julio, pleno invierno, no me encajaban las luces de Las Vegas, con el negro, con la gente que iba encontrando, este hombre que venía y tenía que hacer como 20 km en bicicleta para llegar al comedor del jardín [de infantes], ¡porque no tenían qué comer los hijos! ¡Eso lo sabía yo porque los chicos iban al jardín!, relata con el tono de quien no sale todavía del asombro, sin encontrar la puerta de salida de su paradoja...

Miro para otro lado y encuentro un montón de viejitas, unas que eran amigas de mi mamá, sentadas en unas butacas altas, con los pies colgando porque no llegaban al piso, con las carteras en los brazos, parecían todas enroscadas frente a las pantallas, las carteras colgando y era otra vez: Dallas con la gente del barrio, con la gente grande...

Era impresionante la mirada de la gente, la forma en que se paraba la gente, había gente que uno encuentra en el banco, en la calle, en los negocios, la sensación era un choque, un choque de impacto entre un mundo de Las Vegas con el mundo mundano, de la vida cotidiana, de las personas en un escenario... como si se hubieran transportado las personas a un mundo de Las Vegas, como si la ciudad entera hubiera ido de *tour* a Las Vegas... ¡Era Las Vegas, pero con gente de acá!

Era impresionante la gente que había... ¡y mucha gente conocida y tan distinta! Las miradas de la gente eran como... como que iba a caer algo, algo de pronto les iba a pasar de bueno... Eso en algunos casos y en otros las mujeres tenían como una furia en la mirada ante la máquina y una fuerza que salía de esos cuerpos, una fuerza que no era la de la edad que tenían... Eran las tres de la mañana y esas mujeres tenían 70, 75 años, era como si estuvieran haciendo un trabajo que no era de su época, como si estuvieran en un banco, como si fueran ellas las cajeras del banco... ¡y me llamaba la atención que estaban con la cartera colgada del antebrazo y eso era de una mujer del año 40 o 50!

Y la ropa era: las medias tipo can-can marrones, esas que no se transparentan, me acuerdo de una con una pollera bordó y unas blusas y el pelo teñido y blanco, así, ¡tenían el pelo como que habían

ido a la peluquería! Estaba una que era del barrio de cuando yo era chica, que le decíamos “la Cebollera”, mi mamá le decía así... y yo pensaba, ¿qué hace “la Cebollera” a esta hora y en el Bingo? Nunca me imaginé que iba a encontrar esas mujeres y a ese hombre, era como que encontrabas a todo el espectro de la sociedad de Olavarría... Vinculaba a esas mujeres con mi mamá, a ese hombre con un barrio muy pobre, que no tenían comida ¡Era en plena crisis, no tenían comida! Y después, bueno, he visto estos tipos que están ahí en Torcuato [un *café-restaurant* ubicado en el centro de la ciudad], esos que están ahí siempre, esas caras que están ahí, que son conocidos, los vi ahí...” [dice, mientras toma un mate entre la revoltura de tiempos y espacialidades].

Todo me impactaba, la alfombra que había toda mullida y con dibujos, mucho humo de cigarrillo, el ruido de las máquinas, caían las monedas, las mujeres me impresionaron un montón, ¡con qué euforia jugaban! Pensaba en ese hombre que conocí con tanto dolor y tanto sufrimiento que estaba pasando, de ir a hablar conmigo para que sus hijos pudieran ir al comedor del jardín... él me vio ¡y me saludó contento de verme ahí! [en el Bingo] y yo pensaba, ¿qué lugar será este, que viene a buscar cómo salir del problema? La verdad es que él estaba contento.

—Y a quiénes esperabas ver dentro del Bingo, ¿quiénes imaginaste que podrían estar? (le desafió el prejuicio multidimensional que ronda).

—Y... los que conozco que son de la noche, que les gusta jugar, que son tipos de los viejos bares... que les gusta la timba, esos que te das cuenta acá en Olavarría (nombra varios apellidos reconocidos de la ciudad)...

—¿Y cómo sabés que esa gente juega?

—Es el aspecto, viste, el rumor... cuando te dicen “sí, ahí en el club Granander se juega al póker, sabías que ‘los’ (vuelve a nombrar los apellidos) estaban ahí, hay un montón de dichos familiares y sociales, es toda gente de plata, en ‘el Granander’ toda la vida se jugó... son todos esos viejos de mierda que están ahí en Torcuato, por eso no me llamaría la atención si los veo en el Bingo...”.

[Hace una pausa y me suelta:] Ahhh! ...la última historia es que tengo una amiga que siempre va, juega, gana, pierde... nos pusimos a charlar y me dice que ella además de jugar, va a conocer gente... y lo más impresionante es que va y que se conoce ¡con un concertista de música dentro del Bingo! Y yo le decía, ¿pero cómo con un concertista? ¡No te puedo creer! Decime: ¿cómo se va a conocer *en un bingo* [enfatisa en gesto y palabra] con un concertista de guitarra! Y ella me dice, ‘¿por qué no?, si va todo el mundo’. Y sí, va todo el mundo, yo lo vi ese día... había muchísima gente... [y se ríe a carcajadas].

Yo quise intentar jugar a algo, pero no me importaba, no entendía cómo era, cómo se hacía... me importaba la gente que estaba por la plata, pero no podía ver eso, entendía que casi todo el mundo estaba ahí, pero que no me podía explicar por qué, para qué... y nunca más fui... para mí fue una noche re loca!

## ESTRATIGRAFÍAS LÚDICAS EN UNA CIUDAD BONAERENSE DE RANGO INTERMEDIO

En aproximaciones previas reconocíamos que la relación de la ciudad de Olavarría con los juegos de azar y/o los juegos por apuestas tenía ya un profundo y extenso sustrato histórico cuando en diciembre de 2007 la empresa MagicStar abrió las puertas del Bingo Olavarría, una de las 46 salas instaladas en el territorio bonaerense.

En efecto, los imaginarios sociales locales en sus diversas manifestaciones son prolíficos en narrativas que hacen ostensible que el componente lúdico —clandestino o no— y el mundo de las apuestas y el juego ha estado siempre presente, atravesando y articulándose con los procesos de reconversión de los perfiles urbanos locales. Nombres y familias lugareñas reconocidas por su afición al juego, pérdidas o ganancias memorables, dramas y comedias olavarienses que circulan y transitan décadas y generaciones deslizándose en el rumor, en los ‘chusmeríos’ de barrio (y de centro), en los comentarios en voz baja; hechos convertidos en noticia mediática, volátiles sueños y esperanzas a veces concretados “entre gallos y medianoche” que tardaban lo mismo en esfumarse como resultado de un ‘batacazo’ no concretado la noche siguiente, ‘levantadoras’ y ‘levantadores’ de quiniela clandestina, estafadores y risueños magos y pomposas reinas del póker local, expertas damas jugadoras de canasta, ganadores del “Gordo de Navidad”, los que una vez se “sacaron ‘la grande’” y extraviaron el billete, mundos de oniromancias y complejos cálculos aritméticos, de pálpitos y ‘corazonadas’ que no se dejan explicar y que desafían la razón dominante... las transmisiones de las carreras del hipódromo en el Club Ferro, estancias y campos perdidos en una sola noche de dados y cubilete, escrituras y cédulas de propiedad de automotores habitués de tapetes verdes, quinieleros locales que ‘iban solos’ a entregarse a la comisaría para no pagar los premios, lugares clandestinos de los que ‘todo el mundo sabe’, profesores que iban a dar clase en autos siempre distintos o a pie según hados favorables o esquivos, transas, connivencias, silencios, “aprietes”, venganzas, peleas, revanchas, deudas, alegrías y desazones... Juego profundo geertziano, intensidad simbólica abriendo las puertas de una ciudad poco atisbada antropológicamente.

En términos más amplios y en un eje diacrónico, estas prácticas se inscriben en las narrativas que muestran que el juego por apuestas presenta —en el territorio de la actual Argentina— una larga genealogía de prohibiciones que puede remontarse a la época de la Colonia, cuando en 1771 Carlos III estableció severas penas para toda Hispanoamérica, en un intento de regular un aspecto que se consideraba pernicioso para el orden colonial, como reseña Ana Cecci (2009).

El Estado colonial, comentan Carlos Mayo y Ángela Fernández:

No podía desinteresarse del juego y, desde luego, no lo hizo. Una legislación por momentos zigzagante se propuso encauzar, no erradicar el juego (esto era a la vez impensable e imposible) poniéndole límites. ¿De qué manera? Pues estipulando qué juegos podían y no podían jugarse, las horas, los lugares y los días en que cabía y no cabía jugar y quienes podían y no podían acercarse a una mesa de juego o a una cancha de bolos. (Mayo & Fernández, 1998, p. 164)

Vanesa Velich y Daniel Virgili (1998, p. 126) explican que el monarca:

Dictó una pragmática conteniendo una nómina de juegos prohibidos dada la particular naturaleza azarosa de los juegos de suerte y azar. Si observamos los juegos enumerados en dicho documento nos encontraremos con un listado tan numeroso como variado de juegos entre ellos: banca o faraón, baceta, carteta, banca fallida, sacanete, parar, treinta y cuarenta, cacho, flor, quince y treinta y una envidada. Todo ello ya nos está dando una idea del amplio universo lúdico en materia de juegos de azar que imperaba en estas latitudes.

Pero el estado colonial no solo vigilaba y acotaba el juego, también medraba con él. Era poco menos que inevitable que una actividad tan difundida y arraigada en la sociedad acabara siendo vista también como una fuente de ingresos fiscales. Había una tercera función para el juego en el marco del estado colonial la de legitimar ante la sociedad su propia existencia, así los juegos de cañas o las corridas de toros celebradas para conmemorar el nacimiento de un heredero al trono, la llegada de un virrey o la coronación del monarca de turno jugaban ese papel legitimante. (Mayo y Fernández, 1998, p. 164)

Es un hecho incontestable que en la campaña y en los poblados bonaerenses del período colonial —y de los siglos posteriores— el juego era una de las actividades practicadas con intensidad y disfrute, desafiando el orden social establecido, los castigos y las penas que habitaban en los imaginarios dominantes, las instituciones y sus agentes. Mayo y Fernández sostienen, sin temor a exagerar, que “la pampa era un garito y la Argentina del tránsito del orden colonial al independiente era una gran timba”. Dicen:

Jugaba la sociedad argentina, jugaba, jugaba y jugaba; la afición al juego llegaba a todos los estratos sociales en el período colonial tardío y los años posteriores a la emancipación. Todos o casi todos jugaban; doctores, militares, ricos comerciantes, caudillos como Facundo Quiroga, y también artesanos, frailes, peones y esclavos, hombres y mujeres; en 1810 se vendieron más de 60.000 mazos de naipes y la lotería, en su apogeo, involucra a buena parte de la población urbana. El juego era omnipresente; se juega en todas partes: en la ciudad y en el campo, en los salones de la elite y en un rancho miserable, en las pulperías por cierto, en los cafés, en las posadas, en las casas particulares, en garitos improvisados pero también en las calles, debajo de la recova o una carreta. Se jugaba en el fortín, en la cárcel, en los velorios y el nombre de los juegos es casi infinito; taba, pato, naipes, carreras de caballos, bolos, billar, lotería, dados, y poco faltó también para que se jugara a la ruleta. Se juega en todas partes y a toda hora; de día, al atardecer, de noche. Hay quienes se pasan días enteros jugando. No sólo se juega en los períodos de inactividad debidos a la estacionalidad de la economía agropecuaria sino también en plena cosecha, se juega trabajando y trabajando se juega; la frontera entre trabajo y diversión era huidiza y muy tenue en aquella sociedad preindustrial; el juego se cuela por todos lados, devora las horas y las fortunas (...) El juego reúne bajo los mismos códigos a quienes la estratificación social, el imaginario estamental y el perjuicio racial se empeñaban en mantener separados y distanciados. El juego de naipes era en este sentido particularmente democrático; allí, sentados a la misma mesa y bajo reglas que regían para todos por igual podía verse compartiendo una partida de truco a hombres libres y esclavos, blancos, negros, indios y mestizos, estancieros, capataces y peones, hombres y mujeres, viejos y jóvenes. “En el juego somos todos iguales”, le espetaba un soldado a un suboficial; y tenía razón. En el juego de naipes quedaban momentáneamente y hasta cierto punto suspendidas las jerarquías sociales, étnicas, la diferencia de edad y sexo. (Mayo y Fernández, 1998, p. 164)

Su trabajo muestra, así mismo, cómo las distinciones de clase, estatus, fortuna y jerarquía social eran reproducidas en los espacio-tiempos lúdicos, haciéndose ostensibles en el precio de las entradas y en las graderías, aunque el espectáculo fuera compartido:

se miraba un mismo espectáculo, pero desde lugares diferentes, en el espacio jerarquizado del toril por ejemplo. El caso de las corridas de toros era un ejemplo paradigmático de entrenamiento

estamental. Otros juegos eran privativos de solo cierta clase social, reinaban en los salones de las casas acomodadas. (Mayo y Fernández, 1998, p. 164)

En las primeras décadas del siglo XIX, los imaginarios sociales de los tiempos revolucionarios abrieron el camino para comenzar una “campaña disuasiva contra el juego y ciertas diversiones en nombre de la nueva virtud cívica”. Pero se terminó

recurriendo a los viejos bandos coloniales para enfrentarlo y haciendo del juego (tal como ya había ocurrido) una fuente de recursos para el fatigado erario público. Más aún, bien pronto se descubrió que el juego podía proporcionar una fuente adicional de carne de cañón para el frente de batalla, nuevos soldados, en suma, reclutados entre los jugadores empedernidos que eran sorprendidos *in fraganti* violando la legislación contra los juegos prohibidos. Que el intento de difundir naipes artiguistas haya fracasado no oculta el hecho de que el juego fuera visto también como una herramienta de propaganda política en los agitados días de la revolución de independencia. (Mayo y Fernández, 1998, p. 164)

La persecución de la vagancia en directa asociación a la práctica de ciertos juegos tiene una larga tradición en el espacio pampeano. En 1860, siete años antes de la fundación de Olavarría, existía una Ley que establecía en su Artículo 3º: “Serán considerados vagos simplemente para los efectos de esta ley: ‘Los que con renta, pero insuficiente para subsistir, no se dedican a alguna ocupación lícita y concurren ordinariamente a casas de juego, pulperías o parajes sospechosos’”. Como analizan Luciano Barandiarán (2011) y Gisela Sedeillán (2007), la figura de la vagancia como intervención estatal de control social que afectó a la mano de obra rural estuvo presente hasta fines de 1880, en muchos casos, como una norma de flexibilidad arbitraria, a pesar de las reformas decisivas acaecidas en el marco social, judicial, policial e institucional. Y tener el hábito de jugar continuó siendo una variable de peso relativo en las dinámicas de etiquetamiento y posterior proceso judicial, sin soslayar el hecho de que la mirada finisecular se enfocaba a menudo —también en las ciudades— en los mendigos y especialmente en el ocio de los pobres urbanos.

Los mundos urbanos y rurales —así como las prácticas lúdicas— comienzan a sufrir transformaciones importantes como resultado de los progresivos procesos de modernización. Señala Ana Cecchi (2012, p. 14), para el caso de la ciudad de Buenos Aires, que hay prácticas ligadas a lo lúdico que van tendiendo a desaparecer (como las corridas de toros, las riñas de gallos y los frontones) y se van consolidando otras, como la asistencia a los hipódromos y el

furor urbano por los sorteos de la Lotería de Beneficencia, sus billetes, sus numeritos, y el universo clandestino de las quinielas ilegales (...) Durante el período 1890-1902, se sancionan en la ciudad de Buenos Aires una serie de leyes sobre el juego que —a partir de 1900— redefinen las pautas de legalidad hasta entonces permitidas en el ámbito urbano. La legislación sobre Maltrato de animales (1891) prohíbe las riñas de gallos, la ley de Lotería de Beneficencia Nacional (1895) que consolida la institución de la lotería, la Ley de Represión del Juego (1902) que habilita el allanamiento de domicilio, garantizan el monopolio estatal del juego legítimo y asignan a la Policía de la Capital Federal nuevas funciones en relación con un Estado más complejo, que renovará sus formas de administración, de recaudación, de asistencia y de definición de lo legal.

Como hemos mostrado en investigaciones previas, en el contexto local de principios de siglo, antes de que Olavarría fuera declarada ciudad por ambas Cámaras de la Legislatura Provincial —hecho que tuvo lugar en 1908— y coincidiendo con la incipiente práctica de algunos deportes (como el fútbol, la caza deportiva, el tenis, el remo) a instancias de instituciones de migrantes y los clubes pioneros, encontramos las primeras referencias a los juegos por apuestas.

En ese entonces, la inserción del deporte en nuestra sociedad local y nacional respondía a los imperativos del orden vigente como conformador de nuevos sujetos sociales tanto en la dimensión física como en los aspectos morales. Es decir, se apelaba a las manifestaciones deportivas en nombre del orden social o de la salud pública, tratando de formar física y espiritualmente a sujetos —hombres— viriles, virtuosos, alejados lo más posible del oscuro y denso (pero seguramente placentero) mundo de los “vicios”.

El actor social privilegiado sobre el cual se ejercía esta forma de control era la juventud, de la que seguramente se esperaba fuera “trabajadora y bien entretenida”. Así como otros bienes culturales sinónimos de estatus y prestigio social, los deportes comenzaron a ser practicados por un reducido número de olavarríenses: aquellos que ocupaban un sitio privilegiado en la pirámide social. Como uno de los indicios de la Modernidad objetivada, los deportes de “importación” (fútbol, tenis) exhibían su contraste —expresado en los imaginarios del periodismo gráfico— con los juegos y deportes tradicionales o “criollos”, una de las formas que parece asumir la oposición entre cultura dominante y cultura popular.

A modo de ejemplo, desde el periodismo gráfico local se titulaba “Jarana oficial” a una nota en la que se critica, apelando a la ironía, la actitud del entonces Intendente, Rafael Muñoz:

A falta de actos administrativos o iniciativas que demuestren la existencia del gobierno comunal, el Intendente viene dedicando sus afanes a los deportes criollos, rindiendo culto fervoroso a la tradición. Resalta, entre los variados deportes de su predilección las carreras de caballos, establecidas desde hace poco tiempo a la fecha y fomentadas y prestigiadas por el funcionario municipal.

Según refiere la nota, este clausuraba las calles al tráfico colocando alambrados y participaba de las carreras “voceando las apuestas, corriendo ágil entre una multitud de gente humilde, procedente en su mayoría de las quintas, chacras y estancias. El espectáculo es desconsolador por tratarse de un funcionario que está obligado a guardar mesura y sustraerse de los sitios públicos en donde se juega”. Y termina interpelando al propio intendente: “Piense el intendente que si como tal favorece el fomento y prestigio de estos actos, constituye un mal ejemplo en los hábitos de orden y laboriosidad”.

En 1932, el registro de los imaginarios sociales *mass* mediáticos refiere que en la plaza central se llevaban adelante juegos por apuestas:

la plaza Coronel Olavarría (...) fue por poco tiempo, un garito al aire libre, cuyas ruletas causaban “un espectáculo indigno que parece ha pasado desapercibido para las autoridades encargadas de velar por la represión de los juegos que se hallan al margen de la ley”. Los concejales socialistas presentaron un proyecto al HCD y amenazaron con “iniciar acciones judiciales y hacer

responsables de su sanción a las autoridades comunales o provinciales que hayan permitido esta transgresión. El juego, además de violar la ley hiere en lo más hondo las más elementales reglas de salud moral.

En agosto de 1939, se informaba que

Se ha concretado ya, en organizaciones de actos a realizarse en breve, las gestiones tendientes a poner fin a la inmoral situación provocada en nuestra ciudad por la abierta explotación de toda clase de juegos que venían realizando entidades y personas de prestigio dentro de nuestra sociedad, gestiones que esperan verse apoyadas, lógicamente, por las autoridades municipales, pese a la inexplicable indiferencia con que hasta la fecha ha contemplado y permitido la situación que comentamos. Hasta anoche habían concretado esas gestiones el Centro Comercial Industrial y los partidos políticos Socialista y Radical.

Estos ejemplos permiten visualizar, en el primer caso, de qué manera la identidad “criolla” era depositada en el ámbito rural y se correspondía con los sectores subalternos, justamente la imagen opuesta que la ciudad idealizaba y deseaba darse para sí. Colocar alambrados y practicar un juego “criollo” equivalía a una suerte de “involución” o un retroceso, a una “ruralización” en vez de un avance hacia una imagen propiamente urbana. Los deportes “tradicionales” (como también la apropiación popular de los deportes modernos y su práctica en espacios públicos considerados no aptos para tal fin, que en el caso del fútbol constituirían el preludeo del fútbol “de potrero”) eran percibidos en términos de ruptura con el orden social establecido, adquiriendo características negativas y hasta denigratorias.

Los deportes criollos eran “jarana”, “mal ejemplo” y “desmesura”, marcas de lo popular oponiéndose a lo dominante. Lo tradicional no solo operaba visualizado como atraso, sino que al sumarse la circulación de dinero en forma de apuestas al componente lúdico, constituían una negación del lema de la época: orden y progreso fundados sobre los pilares del trabajo, expectativa congruente con el perfil naciente que la ciudad estaba generando.

Desde el discurso periodístico parece no tolerarse la inversión de prácticas asociadas a la pertenencia de clase, ni la mixtura (de “funcionarios” con “gente humilde”), como tampoco la emergencia de prácticas de un imaginario popular que hacía de la apuesta y el juego un elemento de disfrute.

En los otros casos, llevados a cabo en escenarios plenamente urbanos (la plaza central y en locales de entidades de la ciudad), la noticia condena varias cuestiones. Por un lado, la existencia de lugares donde se juega abiertamente contradiciendo el marco legal. Por otro, el hecho de que aparezcan involucrados ‘prestigiosos’ ciudadanos olavarienses (omitiedo en la noticia su identificación) remarcando la impertinencia e inconveniencia de esas prácticas no asociadas a consumos lúdicos-públicos —agregamos nosotros— de esa clase social. Por último, focaliza en el *laissez faire* —en realidad, connivencia y aquiescencia— de las autoridades con los actores sociales participantes respecto de estos hechos pensados como contravención a las normas jurídicas y a las establecidas por la “moral” enunciada dominante y lugareña. La noticia da publicidad a la preocupación existente en los imaginarios sociales locales por la escenificación desembozada de actitudes desafiantes e

inquietantes del orden social establecido, especialmente por la ruptura o el trastocamiento percibido en la geografía moral local (Sennett, 2003, p. 171). O de una geografía social donde lo impuro se desbordaba en el espacio de lo puro, como sostiene Roger Caillois (1986, p. 52) desbaratando el orden impuesto por los dueños del poder productivo a partir del cual se intenta configurar la ciudad.

Podemos pensar entonces que aparecen delineadas algunas líneas rectoras en la intención hegemónica de conformación de ciudadanos aptos para la constitución de un orden urbano local: por un lado, una constelación de valores girando en torno al *ethos* laborioso del mundo rural y luego de la fábrica, que decantará décadas más tarde en la construcción del mito de Olavarría como Ciudad del Trabajo. Por otro, la noción de trabajo como fuente de salud moral y espiritual que ubica a cada quien en “el lugar que le corresponde” en términos de clase. El carácter impuro e inmoral del juego quedaba justificado en términos de una lógica económica orientada hacia la producción, el ahorro y la acumulación.

En diálogo de contradicciones y como expresión de lo popular en sentido gramsciano, el espacio-tiempo del juego se revela como un entramado de componentes de goce y de exceso, de ilegalidad y límite transpuesto, en donde además es posible la suspensión momentánea de las categorías que separan e identifican “quién es quién”, permitiendo olvidar —como dice Serrat— “que cada uno es cada cual”, en ese subsuelo de costumbres plebeyas, picardías, trampa, “caminada” y guiño. Y donde la cita reúne a “todos fuera de la ley”, como canta León Gieco.

## “ERA LAS VEGAS, PERO CON GENTE DE ACÁ”

Como sostuvimos en análisis previos acerca de la producción de sentidos simbólico-ideológicos locales, uno de los mitos identitarios más potentes que conforman el paradigma identitario de Olavarría se condensa en el eslogan “Ciudad del Trabajo”.

La noción de trabajo —que había comenzado a perfilarse, junto al esfuerzo individual, como un valor en la Olavarría blanca y gringa de principios del siglo xx— se afianzó en los imaginarios sociales de las décadas siguientes, cuando a las actividades rurales se incorporaron las primeras empresas dedicadas a la actividad minera. Estas constituyeron la base del perfil industrial que Olavarría diseñó —hegemonía mediante— para decirse como territorio de cara a otros centros urbanos de la zona, de otras regiones del país y de países limítrofes. Esa imagen urbana operó como metáfora de las posibilidades de crecimiento, desarrollo y futuro promisorio, emblemática en la figura del empresario agroganadero y minero Alfredo Fortabat y propuso para la ciudad —deshistorizadamente— un destino ineludible de grandeza y de bonanza resistente a la erosión de las dinámicas socioeconómicas y políticas que la fueron y la van atravesando.

Como hemos explicado (Gravano, 2005, 2006; Boggi, 2001, 2005), acuñado al calor del desarrollismo de la década del sesenta, este mito reveló su arraigo y su vigor a pesar de la crisis y de los indicadores de desempleo multiplicados durante la década del noventa, escenario vivido como un intenso drama derivado de contrastar aquel imaginario de plenitud laboral de la época de esplendor con realidades de incertidumbre y altísimos índices de desempleo y pobreza.

La instalación del Bingo en Olavarría en el año 2007 (y cada uno de los intentos fallidos desde 2003) se encaramó a esta corriente significacional en un intento de justificar la decisión institucional dominante y acallar las voces disidentes de distintos actores sociales locales que no veían con buenos ojos la llegada de una empresa ligada a los juegos de azar.

En este sentido, resulta importante aclarar que a partir de la década del setenta y hasta la actualidad, a nivel global y particularmente en Argentina, la industria del juego fue objeto de políticas específicas y marcos regulatorios más flexibles, objetivados en el hecho concreto de que los Estados se transformaron en promotores del crecimiento de dicha industria: otorgan licencias, establecen criterios que avalan el desarrollo del juego en un marco de legalidad, determinan cuáles juegos serán permitidos y cuáles —de ser practicados— reciben algún tipo de sanción o penalidad. Buena parte de las connotaciones negativas existentes en torno al juego por apuestas tienden a diluirse a partir de estar integrados en un marco de políticas públicas de beneficencia, que reconvierten los imaginarios en torno a su práctica al dejar de ser clandestinas y rupturistas respecto del orden social establecido. Para que el juego fuese aceptado, el Estado debió implementar prácticas redistributivas de los montos de dinero provenientes del juego, liberándolo —en parte— de significaciones indeseables, como afirma Figueiro (2014, p. 8).

Para el caso olavarricense, un conjunto de figuras retóricas enunciadas desde el sector dirigencial estatal —encarnado en la figura del entonces intendente municipal Helios Eserverri— apuntalaron la lógica que enmarcaba la gestión de la ciudad estableciendo un diálogo con el mito de Olavarría como Ciudad del Trabajo mediante la selección de rasgos producidos desde el arbitrario dominante: el Bingo como oportunidad de generación de empleo (se esperaba la apertura de 300 puestos laborales en esa empresa); la idea de Olavarría pujante y “centro” a nivel regional: “Queremos que Olavarría sea una ciudad de punta y una ciudad de punta tiene que pensar en incorporar algo de esto [el Bingo]”, “la instalación del Bingo será concordante al rol que desde la ciudad se cumple como centro de la provincia de Buenos Aires”; la noción de progreso irrefrenable: “El aval fue concedido en el convencimiento de que la instalación de un lugar de entretenimientos de este tipo no solo constituirá un importante atractivo turístico, sino que redundará en distintos beneficios laborales, comerciales y en concretas inversiones sociales para toda la comunidad”, “el Bingo es una bendición para la ciudad” y “Olavarría necesita un lugar de expansión”.

Estas expresiones formaban parte de un repertorio enunciativo que procuraba metonimizar la figura del Bingo con esa noción de trabajo pensada en íntima y deshistorizada relación con el desarrollo y el progreso que forma parte de la estratigrafía mítica fundante de la ciudad. Y sobre todo intentaba alivianar la tensión significacional escenificada desde los mismos imaginarios sociales hegemónicos que lejos de conectar el desembarco de la empresa MagicStar con algún tipo de virtud, lo hacían con la promoción e incentivo de prácticas cercanas a una moralidad degradada ubicada en las antípodas del mundo del trabajo; visión que el manto significacional que ubica al juego por apuestas como actividad recreacional lícita no alcanzaba a cubrir.

En aproximaciones previas hipotetizábamos acerca de las dinámicas constitutivas de un eje opositivo respecto de los imaginarios que sostienen el mito de la Ciudad del

Trabajo, que enfrenta el *ethos* laborioso dominante al *ethos* lúdico, vinculado a un juego encuadrado en lo heterogéneo y no purificado en términos de George Bataille (2007).

Algunas de ellas están constituidas por una moralización de las prácticas del consumo y del ocio y aparecen en los imaginarios de sentido común dominantes locales construyendo fronteras sociales definidas por la dicotomía salud/enfermedad. En ese caso, refieren a la distinción entre quienes no juegan o “juegan saludablemente” —un juego homogeneizado y purificado, el ocio legítimo, como señala Figueiro (2014, p.12)— y quienes son etiquetados como “ludópatas”, es decir, aquellas personas cuya modalidad de jugar se conecta con el exceso, lo negativo, el gasto improductivo, ya que no contribuye a la producción o reproducción de la vida y además se orienta hacia el riesgo y la pérdida (Bataille, 2007).

Se trata de un complejo arco de signos que desafía a la lógica de la acumulación y parece hacer del exceso, del disfrute, su señal y su medida, pasible de ser interpretada desde el concepto de lo popular acuñado por Mijail Bajtin (1989). Desde el costado del mito laborioso, esta lógica aparece como dilapidante e irracional, el drama derivado de lo que Caillois (1986, p. 41) clasifica como alea. Leída como síntoma promueve la creación de instancias sociales tendientes a la medicalización de una moralidad entendida como enfermedad.

Otra dimensión de este eje opositivo se emparenta con la distinción de clase que visualiza en clave crítica a quienes —perteneciendo a los sectores populares— llevan adelante prácticas de ocio en espacios lúdicos como el que reseñamos. Su sola presencia desafía el orden establecido por el sentido común dominante desde cuya visión “no serían agentes legítimos para realizar dichos consumos” (Figueiredo, 2014, p. 9), situación que se agudiza si deciden realizar juegos de apuesta, es decir, objetivar gastos improductivos. Como aparece en el discurso de nuestra entrevistada, la evaluación de la situación socioeconómica desde la racionalidad dominante logra colocar al actor social (el padre de su alumno) bajo una mirada de sospecha, interrogante y plena de paradojas: vivía lejos de la sala de juegos, no disponía de transporte automotriz, “tenía siete hijos, no tenían para comer y estaba en el Bingo”. En el mismo sentido, el quiebre que en la realidad instaura su sorpresa —la que dictan los imaginarios dominantes ante estas presencias— exhibe una suerte de prosopografía de clase: esperaba encontrarse con los “personajes de apellido” olavarienses, habitués de cafeterías céntricas y de timbas, “gentes de plata”, que gozan de una buena posición económica y que se permiten jugar y apostar sin lesionar sensibilidades ajenas que se atrevan a poner en cuestión sus reglas de buena administración económica, su cantidad de hijos, la distancia entre su vivienda y la casa de juego, la racionalidad de sus actos y el disfrute del espacio del Bingo o de otros escenarios de juego por dinero que puedan existir en la ciudad.

Ese lugar que nuestra informante describe desde el desconcierto de hallar “toda esa gente tan distinta”, que le propone romper con el estereotipo dominante por el cual los profesionales de la música no formarían parte de quienes asisten y juegan, puede intuirse como un “espacio de metáfora” dialéctico, como define Richard Sennett (2003, p. 85), donde —a modo de ejemplo— los roles de género y etarios pautados por el arbitrario hegemónico son desafiados desde la presencia y la acción de mujeres que no cumplen los

mandatos sociales adscriptos a las etiquetas de “adultas mayores”. A la propuesta cargada axiológicamente del ámbito doméstico como resguardo de inclemencias climáticas y de las andanzas, del juego por dinero y la socialización “a deshoras” se le opone el espacio-tiempo de los excesos y probables despilfarros. Por eso es posible preguntarse —como nuestra entrevistada— por las presencias femeninas y adultas jugando en el Bingo y desplegando energías corporales consideradas desde esos mismos imaginarios, como poco probables o directamente inexistentes. Podríamos pensar en una clave análoga a la interpretación de Sennett respecto de las fiestas de Adonis de la antigua Grecia y el ritual femenino de reunión en los tejados.

Las fiestas de Adonis no impulsaban a las mujeres a dominar por una noche el ágora, la colina de Pynx u otros bastiones masculinos. El tejado no era una plataforma de lanzamiento para la rebelión. Por el contrario, era un espacio en el que, de manera momentánea y corporal, las mujeres pasaban por alto las condiciones que les imponía el orden dominante de la ciudad. (Sennett, 2003, p. 87)

Por último, como marca evidente de los imaginarios sociales dominantes, el desplazamiento nominal de la ciudad de las cuestiones vinculadas al juego por apuestas, operando por un lado hacia el terreno de lo ficcional televisivo (la asociación con Dallas en nuestro registro etnográfico) y, por otro, la sustitución discursiva de lo local por un centro urbano como Las Vegas presenta homologías respecto de las dimensiones del eje opositivo que analizamos. Así como la construcción hegemónica coloca a ciertos actores sociales por fuera de la legitimidad para ejercer la práctica del juego, las afirmaciones “como si se hubieran transportado las personas a un mundo de Las Vegas, como si la ciudad entera hubiera ido de *tour* a Las Vegas... ¡era Las Vegas pero con gente de acá!”, parecen colocar sobre el tapete analítico el borramiento del juego como estructurante de la imagen identitaria urbana local dominante. Sin embargo, el artificio retórico que la sustenta tiene una estructura bifronte en permanente tensión. Una cara responde a la moral del ocaso, esa que Georges Bataille (1986) imaginó acompañando al trabajo, a la ley, a la servidumbre y que podríamos equiparar a la imagen olavarriense que la edifica como Ciudad del Trabajo. La otra, nominada como moral de la cumbre se asocia a la transgresión, la oposición a la ley, lo profano, el juego y permite advertir que existe un horizonte de prácticas y significaciones que permanentemente producen una ciudad otra, dispuesta a contradecir y disputar desde un ejercicio soberano, el derecho a experimentar, como dice Mijail Bajtin, la vida en sentido fuerte.

## REFERENCIAS

- Alessandri Carlos, A. F. (2007). *O Espaço Urbano: Novos Escritos sobre a Cidade*. São Paulo, FFLCH.
- Bajtin, M. (1989). *La cultura popular en la Edad Media y en el Renacimiento. El contexto de Francois Rabelais*. Madrid: Alianza Universidad.
- Barandiaran, L. (2011). La figura de la vagancia en el Código Rural de Buenos Aires (1856-1870). *Quinto sol. Revista de Historia*, 15(1), 1-21.

- Bataille, G. (2007). *La parte maldita*. Buenos Aires: Las Cuarenta.
- Bataille, G. (1986). *Sobre Nietzsche. Voluntad de suerte*. Barcelona: Taurus.
- Boggi, S. (2001). *Un lugar en el podio. Olavarría, Capital del Turismo de Carretera. Reconversión de imaginarios sociales urbanos en tiempos de crisis*. Tesis de grado, Facso/Unicen(inédito).
- Boggi, S. (2015). “Un Bingo en Olavarría: diálogo, contradicción y guiños al mito más vigoroso de la ‘Ciudad del Trabajo’”. Ponencia presentada en la XI Reunión de Antropología del Mercosur, Montevideo, Uruguay, 30 de noviembre al 4 de diciembre de 2015.
- Caillois, R. (1986). *Los juegos y los hombres. La máscara y el vértigo*. México: FCE.
- Cecchi, A. (2012). *La timba como rito de pasaje: la narrativa del juego en la construcción de la modernidad porteña (1900-1935)*. Buenos Aires: Teseo.
- Dematteis, G. (1998). “Suburbanización y periurbanización: ciudades anglosajonas y ciudades latinas”. En: Monclús F. J. (ed.), *La ciudad dispersa* (pp. 17-33). Barcelona, Centro de Cultura Contemporánea de Barcelona.
- De Mattos, C. (2002). Transformación de las ciudades latinoamericanas. ¿Impactos de la globalización? *Eure, Revista Latinoamericana de Estudios Urbanos Regionales*, 85. Santiago, Chile.
- De Mattos, C. (2010). “Modernización capitalista y revolución urbana en América Latina: cinco tendencias genéricas”. En: P. Brand (comp.), *La ciudad latinoamericana en el siglo XXI. Globalización. Neoliberalismo*. (pp. 41-73). Universidad Nacional de Colombia, Medellín, Colombia. Disponible en <http://biblioteca.clacso.edu.ar/ar/libros/edicion/lemos/03mattos.pdf>
- Duvignaud, J. (1982). *El juego del juego*. México: FCE.
- Figueiro, P. (2014). Apuesta, transgresión y soberanía: una reflexión en torno a los jugadores de quiniela. *Kula*, 10, 5-19.
- Figueiro, P. (2013). *Lógicas sociales del consumo. El gasto improductivo en un asentamiento bonaerense*. Buenos Aires: Unsam Edita.
- Font, A.(coord.) (2003). *Planeamiento urbanístico. De la controversia a la renovación*. Barcelona: Diputación Barcelona.
- Geertz, C. “Juego profundo: notas sobre la riña de gallos en Bali”. En C. Geertz, *La interpretación de las culturas*. Barcelona: Gedisa.
- Gravano, A. (comp.). (2005). *Imaginarios sociales de la ciudad media: emblemas, fragmentaciones y otredades urbanas. Estudios de Antropología Urbana*. Tandil: REUN.
- Gravano, A., Silva, A. y Boggi, S. (2016). *Ciudades vividas. Sistemas e imaginarios de ciudades medias bonaerenses*. Buenos Aires: Café de las Ciudades.
- Guber, R., (1991). *El salvaje metropolitano*. BuenosAires: Legasa,1991.
- Mayo, C. y Fernández, Á. (1998). *Juego, sociedad y Estado en Buenos Aires (1730-1830)*. La Plata: Universidad Nacional de La Plata, 1998. Edición en línea. Disponible en <http://aportesdelahistoria.com.ar/juego-sociedad-y-estado-en-buenos-aires-1730-1830-por-carlos-mayo-director-indice-de-enlace/>
- Madariaga, M. y Moras Mom, J. (1957). *Juegos de azar. Represión de su explotación. Doctrina y jurisprudencia, nacional y extranjera. Exposición y crítica*. Buenos Aires: Abeledo- Perrot.

- Pesoa Marcilla, M. (2012). Cien ciudades para la pampa. Idea, técnica y construcción de la forma urbana en las nuevas ciudades del siglo XIX de la Provincia de Buenos Aires. *Riurb*, No. 7, Barcelona.
- Sedeillan, G. (2006). *Las leyes sobre vagancia: control policial y práctica judicial en el caso de la frontera (Tandil, 1872-1881)*, *Trabajos y Comunicaciones*, 2006-2007 (32-33). Disponible en <http://www.trabajosycomunicaciones.fahce.unlp.edu.ar>
- Sennett, R. (2003). *Carne y piedra. El cuerpo y la ciudad en la civilización occidental*. Madrid: Alianza Editorial, 2003.
- Valdés, E., Capdevielle, J., Fernández, G. y Ferrari, E. (2017). *Apropiación diferencial del espacio urbano residencial: reproducción social y estrategias habitacionales en el Gran Córdoba, Argentina*. Urbano [en línea]. [Fecha de consulta: 19 de marzo de 2018] Disponible en <http://www.redalyc.org/articulo.oa?id=19851049005>.
- Velich, V. y Virgili, D. (1998). Con el destino en las manos. Los juegos de envite y azar en Buenos Aires y la campaña bonaerense. En: *Juego, sociedad y Estado en Buenos Aires (1730-1830)*. La Plata: Universidad Nacional de La Plata. Edición en línea. Disponible en <http://aportesdelahistoria.com.ar/con-el-destino-en-las-manos-los-juegos-de-envite-y-azar-en-buenos-aires-y-la-campana-bonaerense-por-vanesa-velich-y-daniel-virgili/>
- Vecslir, L. (2009). Nuevas centralidades del ocio y del consumo. Ámbitos, modalidades e instrumentos de regulación de las grandes superficies comerciales en la Región Metropolitana de Buenos Aires. *Riurb, Revista Iberoamericana de Urbanismo*, No. 5.
- Zelizer, V. (2011). *El significado social del dinero*. Buenos Aires: Fondo de Cultura Económica.

# IDENTIDADES BARRIALES ALTER(IZ)ADAS: INCLUSIONES Y EXCLUSIONES EN LA PATRIMONIALIZACIÓN DEL CASCO HISTÓRICO DE LA CIUDAD DE BUENOS AIRES

---

MERCEDES GONZÁLEZ BRACCO\* Y SOLEDAD LABORDE\*\*

## INTRODUCCIÓN

Los procesos de patrimonialización implican la selección y la legitimación de determinados referentes o elementos que tienen la capacidad de representar simbólicamente una identidad, siendo activados desde algún sujeto y, por lo tanto, vinculados a las relaciones de poder (Prats, 1997). Desde esta premisa, en el presente artículo nos proponemos analizar la relación entre los procesos de patrimonialización del Casco Histórico de la Ciudad de Buenos Aires en el contexto de desarrollo de la ciudad neoliberal a partir de la producción de identidades barriales alterizadas y de las inclusiones/exclusiones de ciertos grupos sociales. Para ello, describiremos las negociaciones, conflictos y tensiones sobre el patrimonio como recurso desde el Estado y desde distintos sectores sociales que disputan y coproducen el paisaje urbano de la ciudad y sus imaginarios. La investigación se llevó a cabo desde una perspectiva etnográfica con una propuesta metodológica-conceptual que pone la atención en la relación entre el orden socio-espacial y la experiencia construida a partir de las prácticas y representaciones que significan la vida en la ciudad comprendidas en la noción de *habitar*<sup>1</sup> (Duhau y Giglia, 2008).

En continuidad con el énfasis puesto en las formas de significar, retomamos la propuesta de Daniel Hiernaux (2007) de analizar la construcción subjetiva de la ciudad como imaginario, siendo este de carácter colectivo y no estable, producto de la transformación simbólica de las representaciones —definidas como “una forma de traducir en una imagen mental, una realidad material o bien una concepción” (Hiernaux, 2007, p. 20)—. En particular, nos centramos en las representaciones en torno al barrio y al patrimonio como parte de los ordenamientos que se establecen en un contexto de producción de ciertos

---

\* Consejo Nacional de Investigaciones Científicas y Técnicas (conicet). Universidad de Buenos Aires. Argentina.

\*\* Consejo Nacional de Investigaciones Científicas y Técnicas (conicet). Universidad de Buenos Aires. Argentina.

<sup>1</sup> El habitar expresa el “un conjunto de prácticas y representaciones que permiten al sujeto colocarse dentro de un orden espacio-temporal, al mismo tiempo reconociéndolo y estableciéndolo. Se trata de reconocer un orden, situarse dentro de él, y establecer un orden propio” (Giglia, 2012, p. 13).

barrios alcanzados por el proceso de configuración del Casco Histórico de la ciudad (y de la nación).

Como plantea la literatura sobre la historia urbana de Buenos Aires, durante la primera mitad del siglo xx la ciudad creció de manera exponencial, concentrando en su seno diversos imaginarios, vinculados a su geografía y a su historia pero que también excedieron lo estrictamente territorial y se enlazaron a construcciones más lábiles, aunque no por ello menos persistentes y representativas (Scobie, 1976; Gorelik, 2004). Por otra parte, el crecimiento demográfico y el ascenso social de la clase media dieron a la población de la ciudad características únicas para la región en materia de acceso a bienes materiales y culturales. La conformación de zonas ricas (barrios del norte) y zonas pobres (barrios del sur y villas de emergencia) estuvo matizada por una gran mayoría de barrios de clase media en los que ciertos estándares educativos y consumos culturales estipularon una “vivencia del barrio” distintiva anclada entre los años cuarenta y setenta (IHCB, 1993).

Como ya hemos planteado en otros escritos, es posible observar una “ciudad imaginada” con circunscripciones ficticias que no se condicen con su división sociopolítica real pero que encarnan en discursos, sentidos, adscripciones y prejuicios. No es lo mismo ser de Mataderos (barrio periférico y popular) que de Caballito (barrio residencial, centro geográfico de la ciudad). Claro que las identificaciones barriales no son necesariamente idénticas a las delimitaciones oficiales: tampoco es lo mismo ser del Abasto, de Congreso o de Once, aunque todas estas denominaciones formen parte de diversas zonas dentro del barrio oficial de Balvanera. Cada uno de estos sub-barrios tiene una presencia simbólica y material que los sustenta (avisos inmobiliarios, referencias en los medios de comunicación, marcas indicativas en los medios de transporte urbano).

En este mismo sentido, al posar la mirada sobre Montserrat y San Telmo, barrios que conforman el Casco Histórico, observamos que los límites físicos e imaginados también se entrecruzan, así como los imaginarios de lo patrimonial y lo barrial. En un corrimiento semántico que refuerza el valor histórico cultural de un área en disputa, los “vecinos del Casco Histórico” se ubican como promotores de un “imaginario patrimonialista” que se enfrenta al “imaginario posmoderno” encarnado en los proyectos gubernamentales y privados de renovación urbana, comercial y arquitectónica (Hiernaux, 2006)<sup>2</sup>. Un segundo corrimiento, por el cual los entrevistados en nuestra investigación asignan al Casco Histórico la categoría de “barrio”, permite avizorar los usos y sentidos otorgados a este sector en términos de relaciones sociales consideradas por ellos como positivas (vecinalidad, solidaridad, familiaridad).

En relación con las iniciativas de transformaciones recientes de acuerdo con el vínculo entre Estado y mercado es que reenmarcamos la tensa y compleja relación entre patrimonio e imaginario. Proponemos que la actual producción del Casco Histórico impulsada por Estado en cooperación con grandes desarrollos privados intenta consolidar una identidad dominante que apela a un imaginario de nación y ciudad en el marco de una

<sup>2</sup> De acuerdo con la tesis de Hiernaux (2006), frente al “imaginario patrimonialista” que busca preservar las manifestaciones materiales y culturales del pasado como fundamento de la identidad presente, el “imaginario posmoderno” opera sobre los centros históricos vaciándolos de su profundidad histórica para ofrecerlos a los consumidores reconvertidos en escenografías.

mercantilización del espacio, operación que subsume las identidades barriales que entran en contradicción con las transformaciones impulsadas en torno a las posibilidades de diversos grupos sociales para representarse o legitimarse como “del lugar”.

Siguiendo a Ariel Gravano (2013, p. 123), la identidad barrial se define como “producto ideológico de una atribución recurrente entre actores sociales cuyo referente es el barrio”. Desde ya, esta identidad no representa lo mismo para todos. Como observaremos, las pujas patrimoniales ancladas en el barrio expresan las disyunciones y oposiciones de los grupos sociales en tanto convocan una identidad barrial disputada. Del mismo modo, las activaciones patrimoniales refieren a “lo barrial”, entendiendo al barrio como valor en términos distintos para los diversos grupos sociales.

Encontraremos en las representaciones de los diversos actores construcciones naturalizadas del patrimonio y del barrio que refieren a un pasado que se activa en función de luchas en el presente, en particular en disputa con cierta representación dominante construida sobre el Casco Histórico principalmente desde el Estado. Es decir, una representación que se apoya no en un *cronos* (en términos de un momento específico del pasado en contraposición del presente), sino en un tiempo-*ethos* que permite comprender la “deshistorización” (Gravano, 2013, p. 134) inherente a la producción de las identidades barriales.

Reconocemos, tal como plantean Brubaker y Cooper (2001), que el concepto analítico de identidad está “atravesado por la ambigüedad, dividido por significados contradictorios, y sobrecargado de connotaciones reificadas”, por lo cual apelamos a comprender las “identidades barriales alterizadas” en términos procesuales, atendiendo a los procesos de identificación que “no requiere[n] un ‘identificador’ específico” y que “puede[n] ser llevada[s] a cabo de forma más o menos anónima por discursos y narrativas públicas” (Brubaker y Cooper, 2001, párr. 57). Nos interesa pensar en la identificación para atender “al tipo de marcas con la que la alteridad de ciertos grupos se va inscribiendo. Ello presupone “no sólo admitir la mutabilidad histórica de los criterios de alteridad, sino de estar alertas a su combinatoria en prácticas de marcación y auto-marcación” (Briones, 1998, p. 42). Es decir, anclamos en las identidades barriales como una de las formas de marcación que adquieren los procesos de alterización en la ciudad entendiendo que “involucran prácticas de inclusión y exclusión entre distintas comunidades imaginadas” (Briones, 1998, p. 242). En este sentido, el concepto de alterización nos permite dar cuenta del dinamismo de los grupos sociales, observando cómo dichos grupos se agregan/disgregan, constituyen subjetividad e identidades sociales (Briones, 1998).

Ilustrado en el juego de palabras propuesto en el título, nuestro supuesto es que los cambios en la patrimonialización de los barrios del Casco Histórico de la Ciudad de Buenos Aires conllevan una alteración —definida como perturbación o trastorno— en la construcción de las identidades barriales y la idea de “lo barrial” y, en consecuencia, interpelan la alterización de ciertos sectores sociales en continuidad con los procesos de producción de la nación y la porteñidad. Procesos que implican una acción política desde las activaciones patrimoniales “desde arriba” y “desde abajo” que coadyuvan a la producción de un paisaje urbano como ordenamiento de las diferencias y de las presencias deseables y posibles en la centralidad de la ciudad.

Así, creemos que resulta fundamental rescatar la importancia del plano simbólico en las disputas por la legitimación de los distintos grupos sociales, dado que las inclusiones y exclusiones no juegan solo en términos de clase, sino en las posibilidades de apropiación efectiva de la ciudad desde los distintos grupos. ¿Qué ocurre entonces con la heterogeneidad de sujetos y las dimensiones simbólicas que “no entran” en la transformación del escenario patrimonial? Analizaremos aquí la relación entre el Estado, los actores legitimados para ocupar y producir el centro histórico (como las organizaciones de comerciantes, visitantes y residentes que comulgan con cierta imagen patrimonial construida del espacio y rechazan otro tipo de intervenciones) y las organizaciones populares que negocian su inclusión y resisten las negaciones y expulsiones a partir de una presencia que interpela el plano cultural-simbólico.

## LOS PROYECTOS DEL GOBIERNO DE LA CIUDAD, DEL CASCO HISTÓRICO AL DISTRITO DE LAS ARTES

Antes de conformarse como Casco Histórico, los barrios de San Telmo y Montserrat se encontraban mayormente degradados y formaban parte de distintos proyectos de renovación.<sup>3</sup> El área de Montserrat, por encontrarse más cercana a plaza de Mayo, era (y sigue siendo) mayormente una zona de oficinas, con baja residencialidad. San Telmo, por el contrario, era un barrio residencial pero heterogéneo, con muchos habitantes informales y catalogado como peligroso. Por otra parte, en 1979 se construyó la autopista que lo atraviesa provocando una gran cantidad de desalojos; una herida que aún marca a este barrio. En este contexto, la configuración de un área histórica en la ciudad de Buenos Aires se impuso frente los proyectos de renovación a partir de la elaboración de una normativa específica que estableció la zona como Distrito U24 y la puso bajo la tutela de un cuerpo técnico comandado por el director del Museo de la Ciudad (Ordenanza No. 34.956 30/5/79). Diversas investigaciones ubican esta operación como parte de dos entramados. Por un lado, la dictadura que gobernó el país entre 1976 y 1983 sumó a su proyecto urbanístico modernizador al patrimonio como un dispositivo para imponer un determinado orden urbano, económico y social a través de la invención de monumentos hitos de la historia patria y del rescate de una imagen de ciudad burguesa (Magadán, 2003; Sosa, 2010, Thomasz, 2012). Por el otro, esta inclusión debe enmarcarse en una tendencia de preservación cultural y revitalización económica vinculada a la creciente acción de Unesco que en 1977 había convocado el Coloquio de Quito. Allí se pautaron líneas de trabajo para la recuperación de Centros Históricos en términos no de musealización, sino de rehabilitación tanto para el turismo como para la comunidad (Seoane, 2001; Gómez Schettini y Zunino Singh, 2008; González Bracco, 2013). Por sus características, la gestión de esta porción de la ciudad quedó desde entonces tensionada entre dos áreas

<sup>3</sup> El más importante de estos proyectos fue el Plan Bonet. En 1957, el arquitecto Antonio Bonet propuso un plan de remodelación de la zona sudeste de la Capital Federal que, con base en los cambios establecidos en la legislación edilicia, proyectó la remoción de los barrios del sur a partir de transformar la cuadrícula colonial preexistente en una nueva escala de súper manzanas con desarrollo de edificación en torre rodeado de áreas verdes (Molina y Vedia, 1999).

técnicas de la municipalidad: Planeamiento Urbano y Cultura. Dichos organismos trabajaron algunas veces en cooperación y otras en competencia sentando las bases materiales y simbólicas que hoy conforman la imagen del Casco Histórico<sup>4</sup>. Dicha imagen, asociada a lo “antiguo”, “cultural”, “patrimonial”, “cosmopolita”, “turístico” también se intersecta con las políticas urbanas neoliberales que avanzaron en la transformación “de la ciudad-problema a la ciudad-negocio” (Girola et al., 2011).

En tal sentido, la autonomización de la ciudad de Buenos Aires en 1996 se constituyó como un nuevo punto de partida en la construcción de herramientas de política pública vinculadas tanto al desarrollo inmobiliario como su posicionamiento como destino de turismo urbano, dando inicio a un nuevo tipo de gestión de la cultura “espectacularizada”. Aparecieron nichos antes desconocidos o poco explotados, como el turismo de cruceros, de congresos y convenciones, el turismo gay, estudiantil, idiomático, entre otros. Muchos de estos nuevos emprendimientos propusieron al Casco Histórico, junto con su patrimonio cultural y urbano, como parte de la “experiencia” ofrecida al turista, que puede incluir asistir a una milonga, ir a pasear y a comer a lugares por fuera de los circuitos tradicionales, o alojarse en viejas casas *chorizo* reconvertidas en hoteles *boutique*. Por otra parte, primaron las políticas culturales vinculadas a posicionar a la ciudad como un centro cultural y de espectáculos, por lo que se expandió notoriamente la organización de eventos tales como festivales y recitales, tanto para los ciudadanos como para el consumo turístico.

Conviene recordar que la importancia turística de esta zona se inició de manera previa a su constitución oficial como Casco Histórico, con la feria de antigüedades dispuesta en los alrededores de la Plaza Dorrego en los años setenta. En ese momento es cuando se “inventa” a San Telmo como barrio patrimonial, con una mirada ordenadora que organizó de los usos del espacio:

*Si hoy San Telmo existe, en primer lugar, es por el Museo de la Ciudad que hizo la feria, que lo hizo conocer al barrio, que la gente lo descubrió. Que no quisimos nunca que el barrio se transformara en un barrio fashion, porque era un barrio de trabajo que nos interesaba que fuera un barrio de trabajo. Nunca había habido anticuarios en el barrio; no era un barrio de anticuarios. Sí era un barrio depredado; luego llegó a haber 140 [anticuarios]; la plaza o el barrio es conocida internacionalmente por sus méritos; es prácticamente —dicho por la gente de las ferias más importantes europeas— conocido porque ha sabido mantener una coherencia (...). Mientras yo fui director, todos los domingos y ya sabían; me veían a mí y los que sacaban cosas que no podían venderse, las escondían! En una época, no se podía vender ropa, porque el Mercado de las Pulgas se llama así porque tenían pulgas (...) Porque la feria tiene una disposición por la cual, los días domingo, la única autoridad en la plaza es el Museo de la Ciudad, entre las 8 de la mañana y las 8 de la noche. (José María Peña, exdirector del Museo de la Ciudad, entrevista, marzo de 2011)*

<sup>4</sup> Al momento de su creación, en 1979, la comisión técnica que velaba por él fue constituida en la Secretaría de Cultura. Desde el año 1992, la nueva normativa de Área de Protección Histórica (APH) incluida en el Código de Planeamiento Urbano incorpora el área a la incumbencia directa de la Secretaría de Planeamiento Urbano. Esto cambia en el año 2000 con la creación de la Dirección General de Casco Histórico en el ámbito de la Secretaría de Cultura, a pesar de que —por tratarse de una APH—, también forme parte de los intereses del área de Planeamiento.

Ya estructurado como Casco Histórico y con un crecimiento sostenido durante los años siguientes, fue durante la década del noventa cuando el paisaje comenzó a mostrar una puesta en escena urbanística escenográfica patrimonial en correspondencia con los procesos de transnacionalización del capital que dieron impulso a nuevos equipamientos como los *shopping centers* y proyectos como la ciudad-pueblo Nordelta (en la provincia de Buenos Aires) y el barrio porteño de Puerto Madero. Estas tendencias sufrieron, al igual que el resto de la economía nacional, los embates de la crisis que se profundizó hacia fines de los noventa y que estalló en diciembre de 2001, para luego dispararse de manera meteórica en los años de recuperación posterior, en lo que se dio en llamar el *boom* (Gorelik, 2006), acelerando y potenciando el proceso de renovación urbana. Como parte de este, observamos un segundo momento en la construcción de la actual imagen del Casco Histórico en donde ya no solamente “se vende” como área histórica y cultural sino también, y cada vez con mayor fuerza, como un espacio cosmopolita vinculado al diseño y la gastronomía de autor, consolidando ciertas prácticas de consumo de las clases medias profesionales, extranjeros residentes y turistas en detrimento de otros usos e imaginarios.

Se vivió un proceso de pasaje de barrio que se identificaba comercialmente con las antigüedades a un barrio que se identificó más con el turismo general... todavía sigue muy vigente el imaginario [de la feria] del domingo, pero durante los 2000 se fue pasando a un barrio que empezó a ser un polo comercial en la ciudad de Buenos Aires, donde vos podés venir a consumir (...) la novedad tiene que ver con la gastronomía, se volvió un polo de gastronomía. (Vecino y fundador de la Asociación de Comerciantes, Empresarios y Profesionales del Casco Histórico, entrevista, agosto de 2017)

Es la cuestión del sentido de pertenencia, que si bien sigue estando, es diferente. El otro era como más barrial, más local... los mismos negocios que son del barrio, que trabajaban con la gente del barrio, con el tema turístico levantaron, dejaron de trabajar con la gente del barrio. Digamos, yo no voy a pagar determinados costos que no me parecen justos, digamos, que tienen que ver con lo turístico, pero es el mismo negocio que trabajaba conmigo. O sea, esa cuestión vecinal cambió. (Vecina y exdirectora del Casco Histórico, entrevista, septiembre de 2017)

Este cambio puede observarse al comparar las acciones vinculadas al Plan de Manejo del Casco Histórico realizado por la Dirección General de Casco Histórico en 2003 y su reactualización en 2015 en referencia al nuevo Plan Estratégico del Gobierno de la Ciudad (2011), que desarrolló durante las gestiones de Mauricio Macri como jefe de gobierno de la ciudad (2007-2015). El primer documento, realizado durante la gestión de Aníbal Ibarra (2000-2005), proponía:

Intentar solucionar los conflictos y satisfacer las necesidades de la gente (...) El objetivo es conseguir que el área histórica, con su eje cívico, sus símbolos, su historia, su pasado y su actualidad, sea entrañable para todos. Tendemos de esta manera un puente entre el pasado y el presente, un vínculo dinámico entre lo más antiguo de una ciudad y la vitalidad de la ciudad futura. (Plan de Manejo, 2003, p. 6)

En una zona caracterizada por la alta heterogeneidad social, un cuadro de “debilidades y potencialidades” del área indicaba entre las primeras el “abandono y ocupación ilegal de

viviendas”, la “subutilización del espacio público” en horarios no laborables, y la significativa “presencia de población de bajos ingresos, desocupados y subocupados”, asociada a la “marginalidad” (Plan de Manejo, 2003, p. 17). Al mismo tiempo, se observaba que “el Casco Histórico, no sólo tiene un alto valor intrínseco, sino que cumple un rol estratégico en la recualificación de la Ciudad” (p. 16). De acuerdo con la exdirectora de Casco Histórico, durante aquel periodo era necesario “instalar en toda la sociedad que nosotros tenemos un Casco Histórico. Entonces en ese momento era muy importante llevar adelante desde un lugar esa preservación” (entrevista, septiembre de 2017).

Todas estas ideas que implicaron mostrar un espacio embellecido y organizado tuvieron a los comerciantes, vecinos y usuarios “solventes” como defensores y destinatarios, mientras que aquellas personas que hacían uso “indebido” del espacio público (grupos de jóvenes tomando cerveza en los umbrales, personas durmiendo en los bajo autopistas, vendedores ambulantes o asociados a la economía informal) fueron expulsadas o corridas hacia áreas más periféricas (Thomasz, 2012). No obstante, este corrimiento no estuvo exento de conflictos. Ponemos como ejemplo el caso de Ferizama, la feria popular de compraventa de artículos nuevos y usados surgida al calor de la crisis de 2001 en el Parque Lezama. A partir de los intentos por desalojarla, sus integrantes se organizaron para permanecer y mejorar sus condiciones laborales —pasando “del piso al puesto propio”<sup>5</sup>— y negociando su reubicación desde los caminos interiores del parque hasta su borde sur. Tampoco se han erradicado otras prácticas cuestionadas vinculadas a la “contaminación” de la feria dominical que se extiende a lo largo de la calle Defensa y que originalmente acompañó el negocio de anticuarios. El crecimiento “descontrolado” de la feria se asoció a la incorporación de otros rubros como la venta de objetos no artesanales que, además de entorpecer el “comercio legal”, también incomodaba a los vecinos frentistas. No obstante, hacia el fin de esta gestión la intención planteada por la exdirectora del Casco Histórico fue exitosa: esta porción de la ciudad era ahora una marca urbana reconocida por vecinos, comerciantes y turistas que le otorgaban un valor paisajístico y económico asociado al patrimonio histórico, cultural y arquitectónico de la ciudad y del país.

Por su parte, la llegada del macrismo a la ciudad en diciembre de 2007 aceleró los cambios en la zona al vincularse más estrechamente con el sector privado para estimular el desarrollo inmobiliario y turístico. La Dirección de Casco Histórico quedó a cargo del arquitecto Luis Grossman, muy resistido por las organizaciones vecinales patrimonialistas por su inexperiencia. Mientras tanto, las acciones sobre el espacio público fueron llevadas a cabo desde el flamante Ministerio de Desarrollo Urbano (ex-Secretaría de Planeamiento) con un rediseño de calles, calzadas, luminarias y equipamiento urbano tendiente a homogeneizar este espacio con otros que también estaban siendo intervenidos. Si bien algunos de estos cambios continuaban las directivas iniciadas por el Plan de Manejo del gobierno precedente replicando varias de las cuestiones allí manifestadas como la venta “ilegal” de las ferias, las casas “ocupadas” y las deficiencias habitacionales, muchos otros tomaron por sorpresa a los vecinos, pues se corrían de la perspectiva de preservación que había orientado la gestión anterior. Entre ellos, uno de los proyectos más resistidos fue el

<sup>5</sup> Un relato de los hechos realizado por los propios feriantes puede verse en <http://bit.ly/2ytwQIS>.

Prioridad Peatón, que implicaba la peatonalización de la calle Defensa con nivelación de calzadas y desvío de los colectivos. En un conflicto de alta intensidad, un gran número de vecinos manifestaron su desacuerdo en reuniones con funcionarios y legisladores, denuncias en la prensa y hasta una multitudinaria Audiencia Pública, logrando detener esta obra (González Bracco, 2013).

A pesar de este revés, la transformación del espacio público no solo no se detuvo sino que se fue intensificando de acuerdo con la intención de dinamizar el área del bajo autopista, conectando Puerto Madero con San Telmo y La Boca. Para esto se dio inicio a la remodelación de la avenida Paseo Colón con demolición proyectada de edificios patrimoniales y sitios de memoria para la circulación del Metrobús “del bajo”. Algunos espacios, como el Club Atlético (excentro de detención y tortura durante la última dictadura) y el centro educativo Eduardo Arancibia, lograron resistir la demolición. Otros, como la Escuela Taller de Casco Histórico y el edificio Marconetti fueron desalojados en pos del cumplimiento del proyecto<sup>6</sup> (imagen 1).

Por otra parte, en 2012, de acuerdo con la Ley 4353/12, se recategorizó parte del territorio del Casco Histórico en términos de “Distrito de las Artes”, superponiendo posibilidades y restricciones a la ley de APH1. El establecimiento de distritos económicos busca desarrollar áreas en torno a clústeres determinados (también se impulsaron otros distritos vinculados al diseño, tecnología, cine y deporte) que alienten la inversión privada con base en exenciones impositivas<sup>7</sup>. El desarrollo de esta política además da ingreso a un nuevo ministerio: el de Modernización, Innovación y Tecnología, cuyo enfoque ya no responde a la preservación sino a la renovación. Así mismo, el Proyecto Prioridad Peatón fue tomado por el también nuevo Ministerio de Espacio Público que, aun en contradicción de la ley de APH, lo implementó en otras áreas del Casco Histórico como la Manzana de las Luces y el Pasaje 5 de Julio homologando estas áreas a otros circuitos peatonalizados. ¿Qué rol quedaba entonces para la Dirección de Casco Histórico? ¿Qué lugar pasaba a ocupar el Plan de Manejo?

La dirección de Casco Histórico, sin decirte que era “uhhhh”, pero tenía su peso. Y me acuerdo que la anterior gestión, de María Rosa Martínez, que todos decían “¡ah No! Es horrible, espantosa...” ¡Volvé, María Rosa! [risas] Y ojo que yo lo quiero mucho a Luis. Es un caballero andante. Pero realmente... A mi parecer, no es que su gestión en el casco Histórico sea mala, es una no gestión. (Vecina participante en la ONG Mirador del Lezama, entrevista, abril de 2011)

[A la Dirección del Casco Histórico] la fueron desinflando... le fueron sacando dos cosas: las competencias primero, la jerarquía después. Le fueron sacando... Nosotros cuando trabajamos

<sup>6</sup> El desarrollo de esta obra fue resistida durante años, como puede verse en diversos medios de prensa. A modo de ejemplo: Página/12, “Defender más que una escuela”, 09/07/2014; InfoBAE, “La construcción del Metrobus en Paseo Colón enfrenta a vecinos con el gobierno de la Ciudad”, 17/09/2014; Clarín, “Con polémica, avanza el plan para hacer el Metrobus de Paseo Colón”, 02/08/2016; Tiempo Argentino, “Quieren demoler un emblemático edificio por el Metrobus y los vecinos resisten”, 20/08/2016; La Nación, “Casa Marconetti: el edificio que resiste la llegada del Metrobus al Sur”, 20/07/2017.

<sup>7</sup> Para un mayor desarrollo sobre esta política remitimos al *dossier* publicado por la *Revista Quid16* (vv.AA., 2016).

en la gestión, manejábamos todo con Planeamiento, Obras Públicas, las obras las hacíamos nosotros. Trabajábamos con ellos pero a raíz de lo nuestro. Entonces nosotros hacíamos la dirección de obra en el Casco Histórico, no la hacía Obras Públicas. (Exdirectora de Casco Histórico, entrevista, septiembre de 2017)

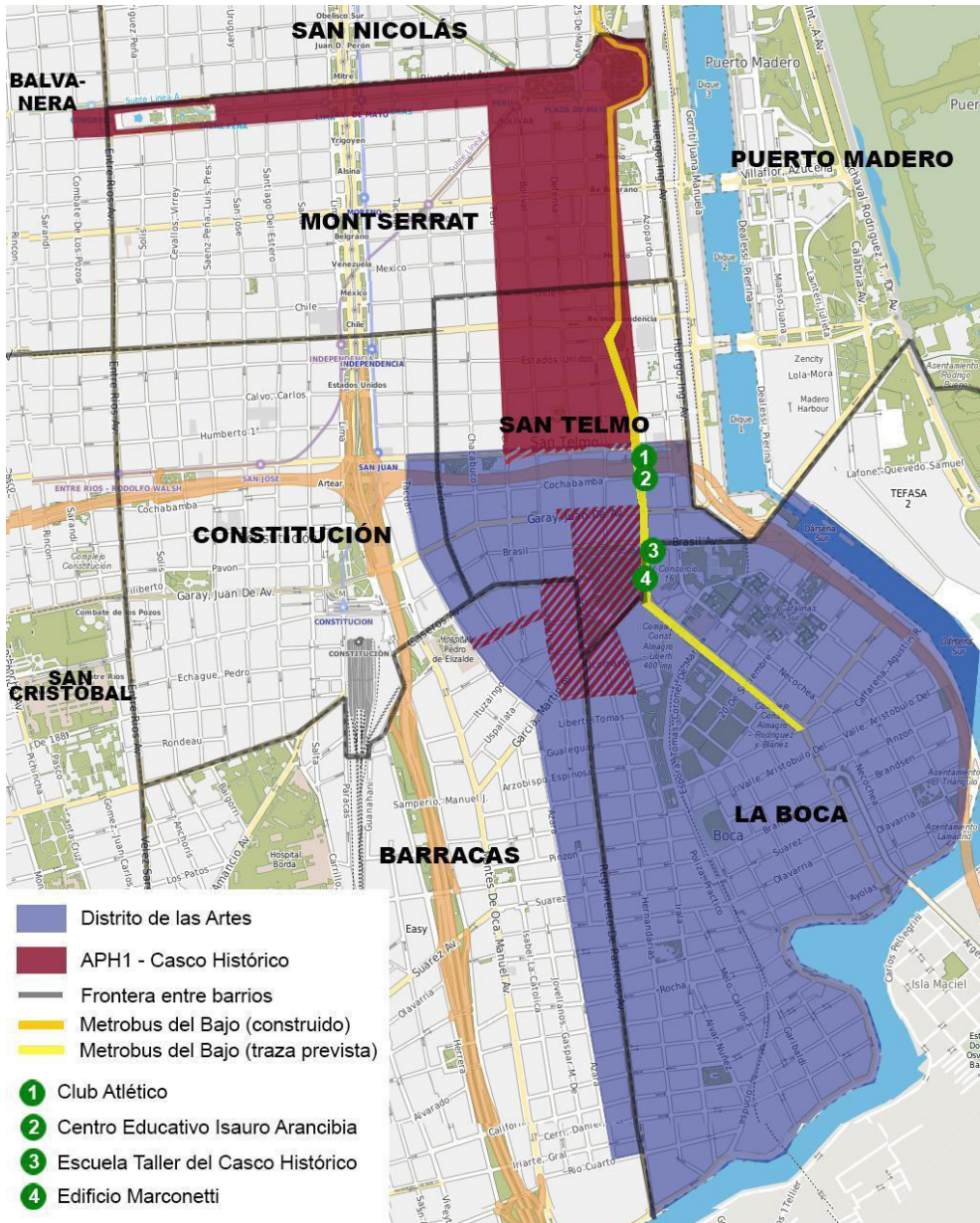


Imagen I. Grandes proyectos que el Gobierno de la Ciudad de Buenos Aires (GCBA) lleva a cabo en el Casco Histórico.

Fuente: elaboración propia sobre mapa interactivo de la Ciudad de Buenos Aires.

El nuevo Plan de Manejo presentado en 2015 continuaba alertando sobre ciertas presencias y prácticas que contradecían el perfil identitario y el proceso de ordenamiento propuesto que valorizaba a los “vecinos notables”, los artistas vinculados a las artes plásticas, los comerciantes anticuarios contruidos como “tradicionales”. Como novedad, a esta situación agregaba la amenaza de un proceso de “gentrificación”<sup>8</sup> asociado a los nuevos comercios que se instalaban sobre el eje comercial de Defensa. El problema marcado, sin embargo, no atiende a los residentes o comercios expulsados, sino a la pérdida de autenticidad frente al turismo:

Este es el proceso que se está verificando en la calle Defensa, eje principal del barrio de San Telmo en Buenos Aires que, de no revertirse, puede perjudicar a la propia actividad turística que lo está provocando, ya que la pérdida de su típico perfil puede restarle atractivo turístico. Por ello es fundamental promover políticas para mantener a la población en su hábitat original, así como de incentivos y apoyo a los comercios tradicionales para que no se relocalicen en otras áreas, dado que precisamente los residentes y sus negocios son los que caracterizan al barrio. (Plan de Manejo, 2015, p. 111)

Esta mirada explica también un cambio de estrategia frente a los antiguos aliados, que van a ir perdiendo importancia frente a los nuevos desarrollos del área. Al dejar de ser interpelados como interlocutores válidos para pasar a ser parte del paisaje urbano que se ofrece al turismo, la identidad de los vecinos y comerciantes *establecidos* (Thomasz, 2012) comienza a verse alterada, ya no son los actores privilegiados sino los convidados de piedra:

Nadie dijo nada. No tuvimos... nada, nada, nada. O sea, se hizo todo esto, como dice el arquitecto; quedaron en una respuesta, nunca nos respondieron nada. De golpe, aparece la obra esta, nefasta, de la calle Defensa, entre Independencia y Chile. Y ahí nos empezamos a desayunar qué es lo que había decidido hacer esta gente. Pero de una manera totalmente unilateral. Este es un ejemplo claro de lo que nosotros no quisiéramos que se repita, ¿entendés? En ninguna de las intervenciones que puedan tener. Nosotros tenemos... justamente, consultamos, porque queremos tener participación en las cosas que tienen que ver con nuestro barrio. Pero no es tan fácil. (Vecino en reunión por el avance del Proyecto Prioridad Peatón, junio de 2009)

## LUGARES ALTERIZADOS I: CLASES MEDIAS, ANTICUARIOS Y EL “BARRIO PATRIMONIAL”

A partir de los cambios mencionados en la forma de gestionar el Casco Histórico, en los últimos años diversos grupos de vecinos de clase media junto a algunos comerciantes vienen buscando instalar un ordenamiento territorial que los reconozca como los principales interesados en la preservación del área. Como ya hemos señalado en trabajos previos, esto responde a un imaginario de los vecinos como habitantes “naturales” de los barrios, como

<sup>8</sup> Todas las menciones a la “gentrificación” del Casco Histórico que figuran en este escrito fueron tomadas de los actores y no se refieren a una categoría analítica nuestra, por eso la palabra se presenta entrecomillada.

parte de su *ecología*<sup>9</sup>. Al mismo tiempo, este reclamo también incluye a otros que no están vinculados con el patrimonio (como el “uso indebido” del espacio público, el ruido y la basura) pero que son dignificados por este en su asociación con la “calidad de vida”. De esta manera, el patrimonio se constituye como estrategia legítima para mantener y proteger el orden de la ciudad, y las organizaciones de vecinos y comerciantes buscan convertirse en activadoras y guardianas del patrimonio barrial por su cercanía territorial y emotiva, que resaltan como valor frente a los “intereses espurios” de los desarrolladores inmobiliarios y funcionarios del gobierno.

Los conflictos anteriormente mencionados por la peatonalización de la calle Defensa y los usos e intervenciones indebidas del parque Lezama ya habían dado lugar a asociaciones como San Telmo Preserva y Mirador del Lezama, conformando un primer núcleo de “vecinos expertos” entre los que se destacaban arquitectos y abogados que podían discutir con rigor las falencias de los proyectos técnicos presentados por el GCBA. Siguiendo esta línea, estos cambios en el paisaje urbano también encuentran resistencia en nuevas agrupaciones de vecinos que se organizan para manifestarse contra lo que entienden como una afrenta a la mencionada ecología barrial. Tomando como ejemplo el recambio de locales en el Mercado de San Telmo<sup>10</sup>, edificio privado pero con protección patrimonial, los reclamos comenzaron aunando voces a través de páginas de Facebook como “San Telmo - El Mercado *no* es un *shopping*” donde aparecen acusaciones a los capitales extranjeros “irrespetuosos” que destruyen la arquitectura centenaria y expulsan a los “puesteros míticos” (imagen 2).

En el mismo sentido, frente a una convocatoria cultural denominada “Noche en el Mercado” convocada también por Facebook por la administración del Mercado, otra vecina ironizaba:

Primero se destruye paulatinamente el entramado comunitario original de los comercios y vecinos del “mercadillo” como yo lo solía llamar, después te convierten todo en un gran patio de comidas al mejor estilo de un “telmo market” palermitano (la identidad, bien gracias). Luego generan movidas “culturales” desde arriba, como la próxima Noche en el Mercado que no sé si la organiza el nuevo “manager” del mercado (“Coffee Town”) o es iniciativa del gobierno de la ciudad emulando el resto de las no-iniciativas denominadas: Noche de los Museos, Librerías, Disquerías, etc. Un tono amable para intervenir, organizar y normativizar el espacio nocturno de la ciudad. Y al final, claramente, la poesía también te la venden (posteo en la página de Facebook “San Telmo. El Mercado NO es un Shopping”, 06/10/2017)

Es posible observar cómo los imaginarios asociados a “lo barrial” se configuran de manera defensiva frente a lo que se considera una mercantilización cultural, donde incluso no queda claro si la organización es de un privado o del propio GCBA, lo que demostraría la confluencia en los modos de hacer de ambos sectores. El reemplazo de un pasado

<sup>9</sup> Cabe aclarar que por *vecinos* no entendemos simplemente aquellos que habitan los barrios, sino que su figura conjuga ciertos elementos vinculados a la puesta en juego de un capital social y cultural específicos que pueden rastrearse desde los comienzos de la conformación de la Capital Federal. Sobre esta idea véase González Bracco (2014).

<sup>10</sup> Para un detalle del recambio de locales, véase La Nación, “Raclettes, café de Sumatra y hamburguesas veggie: la sorprendente transformación del mercado de San Telmo”, 06/07/17.

idealizado (“nuestros queridos y antiguos puesteros”) por el de un presente irreconocible (“cadenas adineradas de comidas extranjeras”) produce la enajenación del lugar no solo en términos físicos, sino principalmente simbólicos.



MERCADO SAN TELMO 1897

**ALERTA**

Marcos Ashton

## EL MERCADO NO ES UN SHOPPING

### SABIAS QUE...

- muchos puestos míticos están siendo expulsados por los aumentos excesivos y arbitrarios de alquiler?**
- se están destruyendo partes edilicias de más de 100 años de antigüedad sin permiso?**
- se ceden los espacios comerciales que ocupaban nuestros queridos y antiguos puesteros a cadenas adineradas de comidas extranjeras?**
- los corredores están siendo copados por mesas de bares sin dejar espacio para los visitantes?**
- en los nuevos locales extranjeros están modificando la arquitectura interior de los espacios que ocupan?**
- trasladaron, dividieron y suprimieron comercios que frecuentabas hace mas de 30 años?**

El Mercado es de **TODOS LOS VECINOS**  
EXIGIMOS que se respeten las **LEYES**, el **TRABAJO** y la **IDENTIDAD** de nuestro barrio.

Vecinos defendiendo **NUESTROS LUGARES** contra el avance de capitales ajenos e irrespetuosos de los valores importantes.

**SUMATE!**

Facebook: **San Telmo - El Mercado NO es un Shopping**

Imagen 2. Posteo en el Facebook de “San Telmo - El Mercado NO es un Shopping” (19/06/2017).

En el mismo sentido, desde estas agrupaciones se rechazan también los emprendimientos inmobiliarios en torre destinados a sectores medios acomodados. Actualmente, se encuentra en construcción el “Astor”, y su publicidad hace uso del imaginario patrimonial para jerarquizar el proyecto<sup>11</sup>. Frente a ello, nuevas reuniones de vecinos dieron conformación a la agrupación, “Casco Histórico Protege”, donde se nuclean los reclamos

<sup>11</sup> En la web del desarrollador inmobiliario puede verse al barrio mostrado como parte del atractivo del emprendimiento: “Vivir en la modernidad, rodeado de historia”. Disponible en <http://www.tglt.com/Astor/San-Telmo>

patrimoniales con especial énfasis en los usos barriales: “Luchamos que no haya excluidos de la zona y para que quienes vengan a vivir acá, respeten y quieran el barrio” (posteo en el Facebook de Casco Histórico Protege, 04/07/2017); “Hay muchos proyectos inmobiliarios que, de verdad, harán que nos vayamos (o tengamos ganas de hacerlo) porque ya no será un barrio integrado, integral, diverso, con negocios de confianza, bares para todos los gustos” (posteo en el Facebook de Casco Histórico Protege, 29/08/2017), “No solo pasa con el Mercado, en el barrio han aparecido muchos carteles de venta en edificios y locales, falta que nos pongan un cartelito a nosotros” (vecina en entrevista periodística, 18/07/2017)<sup>12</sup>.

Frente a esto, la estrategia de los vecinos es transversalizar la protesta, corriéndose de la identidad de vecino en tanto propietario-consumidor-profesional para acercarse a la de vecino como habitante-usuario-popular. En tal sentido, la denuncia por los “cambios gentrificadores” en el Casco Histórico cobra otra dimensión al enmarcarla como parte de un problema urbano y social. En un contexto en el cual vecinos y comerciantes dejan de estar amparados por las políticas patrimoniales, la interpelación a “lo barrial” permite ampliar la construcción de un significante que se apoya en lo territorial-emotivo como forma de incluir a otros colectivos que en otros contextos quedarían por fuera.

Algo similar ocurre con los comerciantes del barrio. En septiembre de 2017, el diario *La Nación* publicó una nota titulada “El nuevo San Telmo: ¿renovación o pérdida de identidad?”. Allí hace referencia al cierre de “casi la mitad de los locales de venta de antigüedades, mientras se multiplican restós, heladerías y cervecerías”, mientras que “los manteros de Defensa ganan espacio”. Sin embargo, mientras que el “problema” de los manteros ponía los comerciantes en línea con las acciones restrictivas del Gobierno de la Ciudad, la reconfiguración comercial despertó otro tipo de alarmas. En un proceso que ya lleva varios años, la multiplicación de las cadenas internacionales que afectan a los negocios considerados “tradicionales” como los anticuarios, viejos bares u otros pequeños comercios vinculados a la reproducción de la vida cotidiana, junto con la aparición de emprendimientos inmobiliarios a gran escala forman parte de las preocupaciones de estos actores. Así, en 2013 nació la Asociación de Comerciantes, Empresarios y Profesionales del Casco Histórico que en 2014 propuso la conformación de un “Distrito Histórico” en consonancia con los distritos económicos promovidos por el gobierno de la ciudad. Con la idea de promover un desarrollo económico controlado que respete el patrimonio urbano, regule la turistificación y preserve la identidad de los barrios involucrados, desde este ámbito se propone una imagen vinculada lo barrial bohemio y a consumos culturales cultos: “Nosotros estamos buscando a ese personaje que quizás es el sueño de todo comerciante, es el turista cultural, que por su calidad de elección es capaz de pagar un poco más pero está en busca de una experiencia que tiene que ser auténtica” (representante de la Asociación de Comerciantes del Casco Histórico, Presentación del Proyecto de Distrito Histórico, 10/09/14).

Respecto a la llegada de nuevos comercios, muchos de estos responden a nuevas tendencias de gastronomía internacional y/o de autor que encuentran en el Casco Histórico

<sup>12</sup> Extraído de ANCCOM, “Se está perdiendo el alma del Mercado de San Telmo”, disponible en <http://bit.ly/2gf8ceb>

un público ávido de nuevas experiencias. El tipo de visitante (turista o proveniente de otros barrios de la ciudad) ha cambiado, y los comerciantes buscan reestructurarse para poder enfrentar estos cambios.



Imagen 3. Bar notable La Coruña, reemplazado por restaurante de comida vietnamita Saigón.  
Foto: Mercedes González Bracco.

En el camino, sin embargo, perecen otros que no pudieron adaptarse a los nuevos tiempos. En referencia al reemplazo de “La Coruña”, bar notable instalado en uno de los bordes del Mercado de San Telmo, por el restaurante de comida vietnamita Saigón (imagen 3), un vecino y comerciante reflexionaba:

“Saigon” me parece, por ejemplo, una intervención arquitectónica indicada. Incluso de actualización y reconversión del rubro, porque como intervención arquitectónica lo que hace es limpiar todo. En un local que estaba muy intervenido, un local que era un ícono del barrio, “La Coruña”, pero bueno, no se salvó “La Coruña” por una combinación de factores, que son: desde que te aumenten el alquiler, hasta que ya estás viejo, hasta que te morís. Que fue lo que pasó, y después *quien tenía que prestar atención* en lo que pasaba en “La Coruña” cuando acababa de cerrar o se moría la dueña, *no prestó atención... que es el Estado o alguien de patrimonio, que tendría que haber dicho: “Miren, todo esto es de valor patrimonial, acá no se mueve nada”*, me entendés? No existió eso. (Vecino y fundador de la Asociación de Comerciantes, Empresarios y Profesionales del Casco Histórico, entrevista, agosto de 2017).

Frente a la decadencia de un local histórico por cambios en las dinámicas comerciales o en el ciclo vital, no existe más desde el Estado una política preservacionista —que se reclama desde las asociaciones vecinales patrimonialistas y comerciantes que buscan sostener su lugar legitimados por la tradición y la antigüedad—. No obstante, es posible rescatar el “mal menor” entre los emprendimientos singulares y las franquicias de las

grandes cadenas nacionales o internacionales. Recuperando la metáfora ecologista que suelen utilizar los vecinos, el mismo entrevistado continúa:

Lo que resulta interesante de la zona, tanto de San Telmo o del Casco Histórico, son los proyectos que son únicos. Para mí es lo que define, a diferencia de Palermo que son como más homogeneizados, más estandarizados, para mí San Telmo lo que lo puede mantener como lugar vivo de interés es proyectos únicos, por lo tanto las marcas te patean en contra (...) Vos no vas al casco histórico de Uruguay a encontrarte con una marca de la globalización, porque pierde sentido. Ahora, ¿cómo regulás eso? O sea, ¿quién determina qué puede estar en una zona y qué no? (...) “Coffee Town” tiene una tendencia a expandirse y bueno, ahí tiene que ver con la visión de que alguien le diga, bueno, hasta tres locales... pero por una cuestión de *mantener el ecosistema*, ¿cuál es el sentido de seguir? ¿Para qué? Para que después... *porque si alguien quema el pasto con soja, después andá a recuperarlo...* o sea, para que se expanda “Coffee Town” o “Merci” tienen que perderse otras cosas (...) y podés estar perdiendo una huella interesante de la cultura y el comercio, entonces es delicado. (Vecino y fundador de la Asociación de Comerciantes, Empresarios y Profesionales del Casco Histórico, entrevista, agosto de 2017)

Aquí el “imaginario patrimonialista” parece alterizarse en pos de su supervivencia apelando a la singularidad; si no es posible evitar los nuevos emprendimientos que reemplacen los viejos comercios, al menos que sean propuestas que se destaquen y aporten a la distinción del lugar, “proyectos únicos” en lugar de “marcas de la globalización” que hagan “perder sentido” al Casco Histórico.

## LUGARES ALTERIZADOS II: CONVERSACIONES CON LA COLONIALIDAD DESDE EL “BARRIO DEL TAMBOR”

A pesar de estos contrastes, el cambio de paisaje que se nuclea principalmente en el eje de la calle Defensa y de la calle Balcarce difiere con la mayoría de las cuadras de los barrios del Casco Histórico en relación con el tipo de población que lo habita. La zona, a su vez, es apropiada por diversos sectores populares, personas en situación de calle u otros que en su mayoría no residen en el área ni en la ciudad de Buenos Aires, pero que llegan al centro histórico para trabajar en los comercios, como vendedores ambulantes o en las ferias de usado y de artesanías, como artistas callejeros, para pasear o incluso revisten al lugar de gran contenido simbólico para llevar a cabo prácticas culturales específicas, como por ejemplo, los afroargentinos y candomberos<sup>13</sup>, quienes se construyen allí a partir de cierta resignificación del sentido de lugar de un viejo “Barrio del Tambor”, que remite al Casco

<sup>13</sup> Retomamos de los estudios de Frigerio y Lamborghini (2011), Parody (2014), el reconocimiento de distintas generaciones de migrantes afroargentinos. Como primera generación, luego de los desalojos y demoliciones de los tradicionales barrios candomberos —“Medio Mundo” en Barrio Sur, “Ansina” en Palermo y “Gaboto” en Cerdón—, a fines de la década de 1960, la segunda generación a partir de la década de 1980 y los jóvenes porteños como una “nueva” generación en el candombe surgida a partir del 2000 —donde se incluyen principalmente jóvenes argentinos de clases medias y “blancos”— y también la presencia dentro de la generación joven candombera, de los hijos y nietos argentinos de los afroargentinos, como de los migrantes uruguayos en Argentina.

Histórico en continuidad con el pasado esclavista y el presente de prácticas de *candombe* por las calles<sup>14</sup>.

Siguiendo el relato de algunos de los migrantes uruguayos se ubica el retorno de la democracia en Argentina en 1983 como contexto de reaparición del *candombe* en el centro histórico. Esta práctica, caracterizada por recorrer con danza y música de *candombe* las calles en fechas de feriados —cortando el tránsito de autos y transporte público—, con el transcurso de los años se consolidó como las “salidas de tambores tradicionales”<sup>15</sup> en un circuito que va desde la calle Defensa en la Plaza Dorrego hasta el parque Lezama —incluso el recorrido incluye un desvío que pasa por la esquina de Balcarce y Cochabamba, lugar donde se referencia un antiguo conventillo donde vivieron en décadas pasadas algunos de los afrouruguayos *candomberos* de “primera generación”.

La elección del recorrido refiere en las representaciones al pasado colonial y a la apelación histórica local del “Barrio del Tambor”, es decir, como lugar de referencia de la presencia “negra” en el centro histórico:

Mediante *una medida cautelar estamos en el barrio del tambor donde nuestros ancestros han dado su ejemplo de vida y lucha*. Junto con los vecinos seguimos trabajando para reencontrarnos con nuestras raíces culturales, sociales y espirituales. Los esperamos a todos para compartir *nuestro legado cultural*. (Panfleto del Movimiento Afrocultural de la calle Defensa al 500, 2013)

*Y la salida tradicional es porque ahí fue donde nuestros antepasados esclavizados fueron vendidos y hacían el recorrido hasta el parque Lezama* donde llegaban porque ahí había todo río... vos lo debés saber.

S: Pero no sé cómo fue que decidieron hacer ese recorrido.

Y: Fueron C, el S, y todos ellos, *cuando yo vine ya estaban, y yo empecé a ir y como estaba viviendo en una pensión de hotel, empecé a hacer tambores con lo que tenía para los chicos de las familias del candombe que nos juntábamos...* cuando era chico tocaba con lo que tenía, hasta con una latita, entonces empecé a hacer tambores con las maderas que encontraba porque acá no había, tenías que traerlos de Montevideo, y bueno primero traje unos tambores y después empecé a construir ahí en el hotel”.

<sup>14</sup> La página web barrial *Aquí Montserrat* (s.f.) historiza el nombre del barrio de esta manera: “A las parroquias de la Concepción y de Montserrat se les dio, en aquel entonces, el nombre de Barrio del Tambor. Ese instrumento resonaba, ensordecedor y monótono, en los *candombes* de los negros. De la Concepción y de Montserrat salió el famoso Regimiento 6, de Pardos y Morenos, eufemismo administrativo que sorteaba los riesgos de las palabras ‘negro’ y ‘mulato’ (...) Montserrat, como tantas otras parroquias de Buenos Aires, tiende a perder sus rasgos diferenciales y a confundirse con el centro, pero en la memoria común perdura este alarde de sus antiguos compadritos: *Soy del barrio e Monserrá donde relumbra el acero; lo que digo con el pico, lo sostengo con el cuero*”.

<sup>15</sup> Estas salidas “tradicionales” se diferencian de los ensayos de comparsas de *candombe* que todos los fines de semana se observan por las calles de Montserrat, San Telmo y La Boca —algunas retoman el recorrido de las “salidas de tambores” y también hay comparsas en plazas y parques de otros barrios de la ciudad—. Con las “llamadas de fin de año”, las mismas cuadas son transitadas mediante un desfile de comparsas integradas por *tamborileros/as*, bailarinas/es, personajes, con una formación y puesta en escena de colores, trajes, banderas, estandartes y trofeos. El Desfile de Llamada de diciembre va por su 13va edición, organizada desde hace pocos años principalmente por la Comisión de Comparsas Organizadas, y en noviembre, el evento de “Lindo Quilombo” —con menos años— en Montserrat, impulsado por jóvenes porteños.

(Entrevista migrante afroargentino, director de una de las comparsas de candombe, activista y referente de la escena local, abril de 2013)

S: ¿Y por qué en plaza Dorrego?

N: *Y porque en plaza Dorrego es la historia de que vendían a los negros... eh, es como una historia, es por una historia que salían de siempre ahí.*

S: ¿Quiénes fueron los primeros que decidieron salir ahí, que conocieron esa historia, porque no es una historia muy conocida por la gente de Buenos Aires?

N: Y sí, la verdad que tiene historia. Pero bueno *la historia yo la sé ahora pero siempre se salió de ahí pero no nos contaban porque se salía de ahí, lo sabemos ahora porque viste que te ponen los carteles en el Parque Lezama qué significa...* porque también el Parque Lezama tiene historia. Llevaban... viste, porque Martín García era un río, donde vive el O..., era un Río y *el puerto era el Parque Lezama y ahí subían a los esclavos... y viste la parte donde están los baños.*

S: Sí, donde está el Museo

N: Abajo, cuando bajás las escaleras. *Hay un espacio donde llevaban a los esclavos, los llevaban a dormir ahí y los dejaban hasta que los llevaban a la plaza Dorrego para venderlos y... bue... Pero bueno yo vine a saber historia acá,* porque historia de Uruguay... (y hace gesto apretando labios y levantando hombros como de desconocimiento). (Entrevista a una mujer, migrante afrodescendiente y candombera de 54 años, noviembre 2015)

Si bien, este “Barrio del Tambor” no existió en términos administrativos, diversos periódicos, documentos y relatos entre el siglo XVIII y el siglo XIX aluden a una descripción que asigna a cierta área de la centralidad de Buenos Aires dicho nombre en alusión a la “ceremonia del candombe” (Ortiz Oderigo, 2008). Luego, es conocida la construcción de un imaginario de “desaparición” de los negros en Buenos Aires y en Argentina, a partir de un proceso de “blanqueamiento”<sup>16</sup>, es decir, de negación e invisibilización de la población africana traída en contexto de esclavitud y sus descendientes en Argentina.

La construcción histórica identitaria hegemónica de la Argentina anclada en cierta etnicidad unívoca de la nación comprende la producción y consolidación de una “etnicidad ficticia” (Segato, 2007)<sup>17</sup> condensada en el imaginario del “crisol de razas”. Es importante destacar que en Argentina la negritud se construyó más allá de los actuales procesos de activación de afrodescendencia en términos de identidades étnicas-raciales políticas, ya que en la ciudad de Buenos Aires, a diferencia de procesos de otros países, se fueron reordenando imaginarios y clasificaciones sociales en torno a las marcaciones raciales en relación a la construcción de clase (Restrepo, 2010), proceso que implicó el señala-

<sup>16</sup> El “blanqueamiento” entendido como un proceso o microprocesos sociales, que llevó a la población “negra” a la “des-marcación del colectivo de afrodescendientes y a su asimilación a la blanquitud nacional, constituyendo negros y mulatos como una alteridad ‘pre-histórica’, es decir, una alteridad que no incidía en el desarrollo histórico del país justamente por estar desaparecida” (Geler, 2010, p. 19).

<sup>17</sup> Segato (2007) retoma el concepto de “etnicidad ficticia” propuesto por Balibar (1991) para pensar la etnicidad en la Argentina en el sentido de “fabricada”, donde la Nación pasa a ser impuesta y representada como unidad étnica dotada de una cultura singular propia y reconocible.

miento de ciertos grupos sociales vinculando “lo popular” a la negritud y una particular espacialización<sup>18</sup>.

Como observamos en los relatos, el espacio urbano es (re)ordenado de acuerdo con las cargas afectivas y a las subjetividades que se activan en continuidad con el antiguo lugar de “los negros” y del espacio candombero contemporáneo. A pesar de no residir actualmente en los barrios del Casco Histórico los migrantes afrouruguayos en su mayoría construyen una proximidad en términos de marco de referencia con los lugares de origen y con su espacio de relaciones<sup>19</sup>. Se conjuga así un imaginario que mezcla paisajes históricos, el pasado colonial de los barrios con las biografías propias. Se alteran además las (auto) percepciones, enlazándose al “imaginario patrimonial” de “lo barrial” que procesa la historia del pasado colonial a la vez que quedan despojados del “imaginario posmoderno” del Casco Histórico. Enlazan sus identificaciones de los barrios actuales con las representaciones de los barrios donde residían algunos de ellos o de las familias candomberas del centro histórico de Montevideo, en los conventillos conocidos como la “cuna” del candombe afrouruguayo. Pese a la demolición de estos conventillos durante la dictadura militar uruguaya, la permanencia de las familias en el territorio a través de las “llamadas de candombe” y la transmisión de la práctica sociocultural —más allá de dichos lugares— junto con el reconocimiento y apropiación desde el Estado uruguayo llevó a que se reconozca hace una década como Patrimonio Cultural Inmaterial de la Humanidad. Este contexto transnacional se enlaza con la particularidad de ciertos “afrocandomberos” que son inmigrantes uruguayos, quienes se encontraron en su llegada a Buenos Aires en los barrios del Casco Histórico, con una memoria sobre “antepasados” esclavos y descendientes de africanos y un significado de “lugar” en torno al tambor.

Dicho marco de sentidos es a su vez reinterpretado por otros vecinos o visitantes de los barrios y puesto en conversación con los paisajes contemporáneos. Si bien son generalmente estigmatizados y clasificados como problemáticos por ciertos vecinos que defienden cierto carácter patrimonial *purista* —como observamos en apartados anteriores—, encontramos otras identificaciones positivas de vecinos, por ejemplo, en el grupo de Facebook “yo me crie en San Telmo”, diversas publicaciones discuten sobre las presencias

<sup>18</sup> Principalmente a partir de mediados del siglo xx, en el contexto del primer gobierno de Perón, con los movimientos de trabajadores y el contexto social de llegada de migrantes de las provincias a la capital del país y su posterior radicación en zonas de relegación como las “villas”, se construyó un estereotipo en torno al “cabecita negra”, categoría que conjugó clase y raza (Frigerio, 2006 y Ratier, 1971).

<sup>19</sup> En la segunda mitad del siglo xix, la inmigración, la epidemia de fiebre amarilla de 1871 y los cambios urbanos afectaron la distribución y organización espacial residencial de los afroargentinos en la ciudad. Geler (2010) retoma los trabajos de Reid Andrews (1989 [1980]) y Bernand (2001) para argumentar el desplazamiento a otros barrios como Flores y Barracas. Vignolo (2012) expone que las referencias históricas que indican “el barrio del tambor” dejan fuera de los límites asignados al recorrido de la “llamada tradicional” de candombe afrouruguayo actual, aunque se retoma dicho imaginario. A partir de la revitalización del candombe afrouruguayo se revisitan en la última década los escritos de los musicólogos africanistas clásicos como Ortiz Oderigo, Rodríguez Mola y Carámbula para reforzar cierto imaginario en la escena afro local acerca del barrio del tambor, literatura incluso que desdibuja en sus descripciones sobre el candombe los contextos de Uruguay y Argentina, algo similar a lo que ocurrió en la década de 1990 y principios del 2000 con la cuestión afro en la escena cultural desde el activismo afrouruguayo.

pasadas, sobre el apodo “el candombero” asignado al club de fútbol de San Telmo que los identifica y sobre la presencia actual del candombe “afrouuguayo”, reactualizando el sentido de ausencia de la “cultura afro” a través de la presencia contemporánea. Una de las publicaciones de un integrante en la red social compuso una foto de uno de los ensayos de una comparsa por el Pasaje Giuffra en San Telmo con una referencia a la conocida milonga titulada Azabache<sup>20</sup> escrita por Homero Expósito en 1942 en alusión a la desaparición de los negros y su candombe en el barrio. Más de setenta personas respondieron en el mismo día dando “me gusta” y otra veintena contestó con expresiones de alegría, entusiasmo y fascinación del despliegue de los tambores por el barrio. La publicación que acompaña la foto dice: “¡De la serie San Telmo lindo de día, bello de tarde, hermoso de noche, les dejo una de ayer!, candombe, candombe negro, nostalgia de buenos aires, por las calles de San Telmo viene moviendo la calle”.

En este mismo sentido, distintos comercios del barrio se inspiraron en este “atractivo” y este imaginario del “Barrio del Tambor”. Por ejemplo, un local de chivertería uruguaya de la calle Chile pintó en su frente con fileteado porteño: “San Telmo antiguo, corazón de adoquín tanguero, de negros tambores cantando la historia. Versos perdidos en setenta manzanas... y Parque Lezama”. Por otra parte, una pizzería de aires tradicionales y “característica” de la calle Defensa colgó en su pared central una pintura de una comparsa de candombe en un paisaje colonial, y también son reiteradas las pintadas de los muralistas y grafiteros que retratan cuerpos negros desnudos y cabelleras “afros” con colores y estéticas en paredes de comercios y frentes de baldíos.



Imagen 4. Cuadro con escena de un “candombe colonial” en el salón central de una pizzería en la calle Defensa. Foto: Soledad Laborde.

<sup>20</sup> “Candombe! Candombe negro! Nostalgia de Buenos Aires por las calles de San Telmo viene moviendo la calle! Retumba con sangre y tumba tarumba de tumba y sangre!... Grito esclavo del recuerdo de la vieja Buenos Aires... Oh... oh... oh!... Oh... oh... oh!... Ay, morenita, tus ojos son como luz de azabache!... Tu cala parece un sueño, un sueño de chocolate!... Ay, tus cadelas que tiemblan que tiemblan como los palches!... Ay, molenita, quisiera... quisiera podel besalte!.. Oh... oh... oh!... Oh... oh... oh!... Candombe! Candombe negro! Dolor que calienta el aire! Por las calles del olvido se entretuvieron tus ayes!... Retumba con sangre y tumba tarumba de tumba y sangre!... Y se pierde en los recuerdos de la vieja Buenos Aires... Oh... oh... oh!... Oh... oh... oh!... Candombe! Candombe negro! Nostalgia de gente pobre... Por las calles de San Telmo ya se ha perdido el candombe... Oh... oh... oh!... Oh... oh... oh!” (Homero Expósito, milonga, 1942).



Imagen 5. Almacén y graffiti.  
Foto: Soledad Laborde.



Imagen 6. Salida de tambores del 6 de enero en el Centro Histórico de Buenos Aires.  
Foto: Soledad Laborde.

A su vez, esta identificación en torno a un pasado reactualizado en un presente evocativo contrasta con la selección e invisibilización en los relatos que se construyen por ejemplo a través de las actividades culturales impulsadas desde el Gobierno de la Ciudad. Entre estas se destacan los recorridos guiados especialmente diseñados para fechas emblemáticas históricas realizados por la Dirección de Casco Histórico y el Ente de Turismo de la ciudad, en los cuales se refuerza la narrativa dominante del lugar:

Acá en Buenos Aires, la principal estuvo en la zona de lo que hoy es Plaza San Martín, zona de retiro, ahí se comprueban dos asientos, la Real Compañía de Filipinas y la South Company, estas dos empresas *facturaban* a los negros, como les decía en África y los traían para acá, pero no es que viajaban cómodos, ¿sí? (...) Como quien decía una *subasta*, esta persona que adquiría este esclavo tenía otra vida, muy pocos quedaron acá en Buenos Aires, según algunos dicen que en Argentina *no hubo esclavitud sino que hubo servidumbre, no sé en el resto de Argentina pero en Buenos Aires*, es sabido que por las tareas que hubo que hacer, eran más de servicio doméstico o artesanos, que quizá el esclavo que vino a limpiar raíces... *no sé quizá no fuimos tan duros, como en Estados Unidos* (...) ésta era la vida más o menos del *negro en Buenos Aires*, cuando después de 1853 se les da la libertad, algunos dicen después de 1813, pero 1813 es cuando se les da la libertad de vientres, quedan libres los que nacían pero no los que ya eran, pero de *1853 a 1860 comienzan a formar naciones, ¿qué son las naciones? Son pequeñas – para no decirlo entre comillas – tribus, que se asentaron sobre todo en el barrio de Monserrat, ¿sí? Aquí en el barrio de Monserrat había una comunidad negra bastante grande, ¿sí? Toda la parte de la calle Independencia, Chile, México, ahí estaban naciones de estos negros*. Y bueno, *hablando de los exterminios*, cuando se hacían las guerras, ¿sí? A algunos se les permitía la libertad entonces se enlistaban, y eran los frente de batalla, iban primero las líneas negras y después los que seguían en la tropa, entonces como las peleas eran cuerpo a cuerpo los primeros que morían eran los negros que iban adelante, *eso fue más o menos el exterminio de la población negra*. (Registro visita guiada Centro Histórico organizada por el GCBA para el Día del Respeto de la Diversidad Cultural, 11 de octubre 2014)

El relato del guía de turismo del Gobierno de la Ciudad encarna un imaginario de vigencia del sistema racial de clasificación del “crisol de razas” y la invisibilización y negación de la presencia contemporánea de los afrodescendientes en nuestro territorio. Presenta la idea de “exterminio”, la narrativa de la esclavitud en términos “comerciales” y la categoría de “servidumbre” como forma de suavizar y negar la existencia de la trata esclavista como parte de la historia y de la fundación de la ciudad. Con ello la condición de negación de humanidad de la población afrodescendiente, ya sea la actividad que cumpliera. También se plantea a los “negros” como “tribus” que no tuvieron relación con ningún grupo social, la imposibilidad de “mezcla”, un relato construido desde un nosotros “argentino”, desde la mirada colonizadora que retrató a los “negros” como “casi desaparecidos” por las guerras y epidemias, cosa del pasado. Una muestra de los límites para pensarnos en términos de diversidad y copresencias amplias y heterogéneas e incluso en términos “negros” o “afros”.

Este imaginario se superpone con las estrategias de movilidad de los sectores más relegados de afroargentinos que se apropian y construyen el “lugar de la morenada” y del espacio candombero en las calles del Casco Histórico, que proponen también otro “entre sí” y reactivan otra memoria: “Si yo quiero escuchar tambores, me vengo para San Telmo,

acá es el lugar donde sabés que está la gente del candombe, la morenada viste? Digamos que es como el lugar tradicional de los tambores” (Candombero; nieto de las primeras generaciones, Registro de campo, 2015).

## “LO BARRIAL” COMO RECURSO EN LAS LUCHAS POR EL ESPACIO URBANO

Las negaciones e invisibilizaciones de ciertos grupos sociales en el planeamiento del Casco Histórico refiere a un imaginario que materializa y otorga una idea de “problema” a ciertas áreas —tal como observamos en el primer apartado— y también de omisiones que se construyen como “vacíos” y/o “silencios” sobre ciertos espacios que en cambio son centrales en las memorias e identidades contemporáneas de diversos grupos sociales, convirtiéndolos en lugares alterizados que se refieren desde los sujetos como “ganados”. Esta tensión estructural visibiliza los entramados de sentidos contrapuestos cuando el Plan de Manejo del Casco Histórico señala diversos problemas en la construcción del paisaje y la identidad del área producto del devenir histórico urbano, y como contrapartida, se encuentran las presencias, las memorias de luchas por el espacio y las prácticas reiteradas que hacen a la producción y apropiación de algunos espacios en términos de “lucha del barrio” y ante el amedrentamiento de su negación.

Por ejemplo, en torno a la autopista AU1-25 de Mayo el plan diagnostica: “no sólo introdujo una *gran barrera urbana en el Casco Histórico* constituyéndose en un corte que contribuyó al *deterioro del área*, sino que generó innumerables ‘huecos urbanos’ por el *inadecuado destino y tratamiento* que se le ha dado a muchos de los espacios que quedaron bajo su traza” (Plan de Manejo, 2015, p. 52). El “hueco” en el sentido de vacío tiene una particular connotación si se observan las apropiaciones y usos del bajoautopista de la calle Bolívar donde se encuentra el Polideportivo Martina Céspedes. El polideportivo funciona como predio municipal donde realizan educación física, otras actividades pedagógicas y recreativas estudiantes de los secundarios Normal 3, Comercial 4, Nacional Pueyrredón, Comercial 27, Otto Krause y algunas escuelas primarias. Además, en el predio funciona la “Jugoteca” y el Club de Jóvenes de San Telmo, programa dependiente del Ministerio de Educación, donde brindan contención y esparcimiento a adolescentes. Este espacio tuvo un álgido conflicto en donde se puso en juego la construcción del “barrio” como categoría aglutinante por sobre diferencias de clase o legitimidad social. Mediante el involucramiento de familias, asociaciones vecinales, agrupaciones políticas y docentes, se logró que la legislatura otorgue la permanencia en el espacio y se suspenda la intención de asignar una nueva disposición al lugar para construir playas de estacionamiento destinadas a los *tours* turísticos y lo que se conoció como proyecto “Feria Sur” —iniciativas que no se descartaron completamente si observamos el Plan de Manejo 2015—. Este hecho marcó una referencia crucial en la memoria barrial y en las biografías de muchas de las personas involucradas:

Yo estaba sin laburo, y mi hija estaba muy comprometida con el tema de la escuela, y no me quedaba otra, me decía ‘mamá, no vamos a hacer más gimnasia’, esa era la preocupación, ella

decía eso. *Hay un antes y después en mi vida después de esto, yo era Doña Rosa, era la inocente Doña Rosa que creía y decía no puede ser... no puede ser que el gobierno... así arranqué*, cuando empecé a recorrer el camino y decidí de qué instituciones me hablaron toda la vida! (Entrevista a docente integrante de la cooperadora, actualmente militante de organizaciones partidarias políticas de San Telmo)

Las formas de habitar y de *hacer ciudad* impactan en las construcciones de un “nosotros” y en las relaciones más amplias “con otros”, a partir de lazos que permiten, por ejemplo, activar otras formas de pertenencia e identidad englobantes. En este sentido, es que es posible encontrar defensas en torno al barrio que nuclean grupos sociales diversos, que activan identidades condensadas en sentidos amplios, desarrollando formas de organización específicas. Una visibilización de este proceso se estableció con la lucha en contra del enrejado y obras contempladas en la “puesta en valor” del Parque Lezama —incluidas en el Plan de Manejo del Casco Histórico— por parte de ciertos colectivos, incluidos ciertos “vecinos” que se nuclearon a diferencia y distancia de aquellas asociaciones construidas en defensa del “barrio patrimonial”, quienes también disputaron el sentido del patrimonio y del barrio. El plan de “puesta en valor” impartido desde el Estado coadyuvó al resurgimiento del reclamo por su “acceso y uso” por parte de diversos sectores de la ciudadanía debido a que se enmarcó desde las organizaciones con los procesos de transformación de San Telmo, Monserrat, La Boca y Barracas, a través del avance en contra de “lo público”, un ataque en contra de las personas “del barrio” y un nuevo sentido de defensa patrimonial con y desde los que habitan los barrios.



Imagen 7. Corte de calle en contra de la “puesta en valor” del Parque Lezama.  
Foto: Soledad Laborde.



Imagen 8. Parque Lezama en contexto del conflicto de 2013  
Foto: Soledad Laborde.

El conflicto del parque Lezama que se mantuvo activo principalmente desde 2012 hasta 2015 puso de relieve a su vez la tensión entre lo patrimonial material e inmaterial (imágenes 7 y 8). La “reja” presentada como artefacto de la “preservación patrimonial”

catapultó la disputa por el control social, lo que finalmente puso en evidencia el avance de proyectos más amplios en términos de los Distritos unidos a la necesidad de desarrollos e impulsos económicos de la zona. Una obra que puso el foco sobre el territorio y el espacio público en cuanto a las posibilidades de desarrollo de ciertas actividades, de allí la intención de modificar el espacio del anfiteatro utilizado por diversas organizaciones sociales, culturales y políticas de la ciudad o el intento de sacar las canchas de fútbol, principalmente lugar de reunión de los niños y jóvenes, enmarcado a su vez en el desembarco de oficinas del Estado frente al parque. Finalmente, la negociación llevó a que no se realice el enrejado ni las modificaciones en el Anfiteatro; se reacondicionó el parque luego de meses de estar vallado y se instalaron frente al mismo las oficinas de distintos ministerios del Gobierno de la Ciudad en un edificio patrimonial rehabilitado para tal fin. Queda desde entonces la vigencia de una nueva red de organización barrial en defensa del parque y en especial de los espacios públicos, ante los continuos intentos de retornar con las rejas como modo de efectivizar el ordenamiento de los desplazamientos y “accesos”, una forma de materializar las barreras simbólicas existentes y las exclusiones o moldeamientos sobre las presencias de ciertos sectores de la población.

Sin embargo, las distintas organizaciones que identifican en el Casco Histórico un objeto de demanda tienen miradas heterogéneas e incluso contradictorias en las posibilidades de un “entre sí” que permita generar consensos inclusivos e igualitarios sobre el paisaje patrimonial. En 2014 se conformó el Observatorio del Casco Histórico integrado por diversas organizaciones de vecinos —muchos de los mencionados en los dos primeros apartados—, comerciantes — en especial de los bares y anticuarios,— asesores y técnicos —algunos incluso exfuncionarios del gobierno expertos en temas patrimoniales urbanos—. En una de las primeras reuniones, los asistentes intercambiaron ideas sobre el destino del Casco Histórico:

Sigue el listado de temas, se habla de la Plaza Dorrego y uno de los dueños de uno de los bares cuenta “lo difícil que fue sacar a los borrachos, que se quedaban ahí a dormir y también ahí con los tambores, yo tuve que llamar a la Asamblea de la Plaza, y logré con ellos ubicar en una de las casas tomadas que conocían” (...) La charla continúa en una ronda de “representantes” que cuentan sus experiencias de aportes al barrio, en su mayoría sobre proyectos de pintar murales, de restaurar fachadas y cuando se presenta la propuesta de incentivar la oferta cultural que fortalece la identidad del barrio, entre ellos los teatros y tanguerías, un integrante de la Asamblea de Parque Lezama, joven vecino del barrio, interviene sin presentarse: “Primero hay algo que es característico de esta zona, mucho más amplio, pero de la zona de San Telmo que es el candombe y veo que no lo han nombrado y tampoco están ninguno de los actores del candombe, que es tan característico igual que el tango, incluso anterior dentro de este barrio, bueno me parece que sería una propuesta para incluir dentro de esto a esos actores que son tan importantes de acá de San Telmo”. Uno de los vecinos más jóvenes, que había presentado un proyecto de pintar fachadas agregó: “mirá, a mí me parece genial el candombe, cuando voy a Uruguay me encanta y voy a los barrios a ver el candombe, pero eso no tiene nada que ver con nuestra identidad”. Uno de los coordinadores le responde: “Es para tomar nota, una parte de estas reuniones es que muchos de los sujetos que hacen al barrio, también que hay esto, hacer una cultura viva, si de verdad es

representativo y merece ser sostenido, se incluirá”. El integrante de la Asamblea respondió: “Sí, creo que es representativo, por eso lo nombré”. (Registro de campo, 2014)

Tanto el argumento del “hueco” urbano señalado en el Plan de Manejo como las expresiones de algunos de los integrantes de las organizaciones barriales que participaron del Observatorio del Casco Histórico ponen en evidencia la construcción disruptiva desde la que se conciben las presencias de las poblaciones más vulnerables, afectando en términos del “paisaje e identidad” deseable. Incluso, como se observa con el candombe, aunque goce de legitimidad en la esfera patrimonial internacional, su carácter extranjerizante no permite que se incorpore a la lógica de revalorización patrimonial llevada a cabo por el gobierno local y principalmente por las asociaciones de vecinos que actúan bajo el imaginario patrimonial. Sin embargo, desde los habitantes afrodescendientes y candomberos, y de los espacios barriales tales como la Asamblea del Parque Lezama y la Asamblea de Plaza Dorrego —entre otras— se activan estrategias de preservación, ocupación y de visibilización en un sentido divergente al del gobierno local e incluso de otras asociaciones del barrio.

En este sentido, la creciente expansión de las comparsas de candombe en el barrio de San Telmo y la preocupación por “salvaguardar” la práctica desde los propios candomberos llevó a consolidar el espacio del Movimiento Afro-cultural en la calle Defensa en lo que era la Plaza Defensa —otorgado mediante el fallo a favor en un juicio al Gobierno de la Ciudad— y también la nueva asociación de Comparsas de Candombe Organizadas (cco) —quienes realizan los desfiles de San Telmo de fin de año—. Ambos grupos impulsaron acciones y activaciones de patrimonialización “desde abajo” que jugaron con fuerza en la legitimación de las expresiones y de los sujetos, a diferencia y como contrapartida del silenciamiento del patrimonio inmaterial “desde arriba” en el campo de las políticas patrimoniales locales. Incluso a nivel nacional, y en contexto propicio de reconocimiento de la necesidad de preservación patrimonial de las poblaciones afrodescendientes —en relación a las múltiples designaciones de Unesco—, se destinaron fondos internacionales para el apoyo e incentivo a las prácticas del patrimonio inmaterial del candombe en Buenos Aires, una muestra de lógicas disímiles que se entrecruzan y contradicen en el propio territorio.

La Asamblea de la Plaza Dorrego también logró con una activa lucha en la legislatura que se renueve en 2013 la concesión del espacio por veinte años más, y continuar así con las actividades del comedor para personas en situación de calle, su interpelación de la memoria e identidad barrial con sus conocidas baldosas que señalan y recuerdan a militantes detenidos-desaparecidos por el terrorismo de Estado de la última dictadura militar, entre diversas actividades destinadas a visibilizar *otras memorias y presencias*.

En la misma línea de recuperar este sentido “popular” de los barrios es que la Cooperativa de Vivienda de San Telmo del ex-Patronato de la Infancia (Padelai) llevó a cabo una lucha emblemática —con apoyo de las distintas organizaciones barriales de trabajo con sectores más vulnerables—, vinculada a una judicialización de muchos años, para que se reconozca el derecho de propiedad de la cooperativa de dichas tierras del Padelai otorgadas por el Estado a fines de la década del ochenta, desalojadas a principios del 2000 del lugar argumentando malas condiciones de habitabilidad, y dadas en concesión al Centro Cultural de España en Buenos Aires (CCEBA) en 2009 para su mejora. Frente al incumplimiento por falta de presupuesto y conflictos políticos y el abandono del lugar por el

CCEBA, en 2012 las familias retornaron al espacio con la intención realizar un proyecto de hábitat popular con espacios de usos colectivos, comunitarios y públicos para la cultura, la salud y el deporte en San Telmo. Finalmente con el desalojo ocurrido en los primeros días de enero de 2017, todos los intentos de proyectos, incluso aquellos que tuvieron su carácter de retórica patrimonialista de apelar a la preservación del lugar y que vaya de la mano de la valorización cultural y la no expulsión de los sectores populares, fracasaron. Ya fuera del lugar, las familias disgregadas —en proceso de acceder a un crédito de vivienda y encontrar un lugar donde vivir— igualmente reactivaron cierto entramado de identificaciones y de relaciones sociales para demandar por el destino del espacio, debido a que todavía poseen los títulos. Se encuentran semanalmente en el Polideportivo Martina Céspedes de la calle Bolívar, espacio que muchas familias frecuentaban con sus hijos por las actividades recreativas educativas y también por su participación en la lucha de 2013. Surge entonces la relación entre las familias de “el Patro” y los docentes del Polideportivo Martina Céspedes, reactivando memorias y modos de acción en torno a la lucha de los sectores más postergados. Estas alianzas dieron impulso a un proyecto presentado desde las organizaciones en la Legislatura para que el espacio sea “de/para el barrio” —un jardín de primera infancia y un espacio para el Centro de Salud—. Hasta 2018 sólo se habilitó un sector del edificio destinado a oficinas administrativas gubernamentales. El resto del predio sigue sin funciones designadas.

En suma, más allá de su resultado, el imaginario de “lo barrial” jugó decisivamente para construir formas de resistencia ante los diversos conflictos: la permanencia del Polideportivo en defensa los espacios educativos y “lo público”, el otorgamiento del espacio al Movimiento Afrocultural y la presencia del candombe en las calles como revalorización de la presencia de la población “afro” y reconocimiento de la “historia negada”, los cambios de la “puesta en valor” del Parque Lezama en reivindicación del espacio público “para todos”, el acceso a la vivienda de las familias desalojadas del ex-Padelai como lucha contra el “déficit habitacional” y de “acceso a una vivienda digna” junto con la reactivación de un proyecto “que devuelva al barrio lo que es del barrio”.

Estos mojones en el espacio urbano que son identificados por las organizaciones vecinales, sociales y por los habitantes en general, están silenciados en los planes gubernamentales. A esto se suman las feriantes y cooperativistas que vieron reducidos y reordenados sus puestos debido a las obras de “mejoramiento de calzadas y peatonalización” de los ejes de Defensa y Balcarce. Estos cambios fueron escalando hasta que en el verano de 2019 muchos feriantes artesanos fueron desalojados en pos de “preservar el espacio público”, liberando veredas y calles en beneficio de los comercios frentistas. Se observa así cómo los lugares traducen las redes de acción específica y se establecen como íconos de los procesos históricos y revelan el aspecto alterizado de las múltiples identidades, sedimentadas por las luchas por el espacio, resultado de desigualdades históricas marcadas por las estructuras raciales y de clase.

CONCLUSIÓN. IDENTIDADES BARRIALES ALTERIZADAS  
Y LA NEGOCIACIÓN DE LA INCLUSIÓN

En sus dos versiones, el Plan de Manejo del Casco Histórico se establece como un proyecto de “mejoramiento” de los barrios con fundamento en el carácter “identitario”, priorizando lo escenográfico de determinados lugares unido a cierta “protección patrimonial”.

Las obras de “puesta en valor”, tal como refiere Prats (2005), se confunden con la activación patrimonial, que en las sociedades capitalistas avanzadas adquieren otra dimensión: “han entrado abiertamente en el mercado y han pasado a evaluarse en términos de consumo (visitantes fundamentalmente, pero también *merchandising* y publicidad mediática), actuando éste, el consumo, como medidor tanto de la eficacia política como de la contribución al desarrollo o consolidación del mercado lúdico-turístico-cultural”. Es decir, que la “puesta en valor” se enlaza en al artificio de las formas que adquieren los planeamientos estratégicos de la ciudad contemporánea, donde el espacio público toma especial sentido como objeto para la cualificación urbana y en ocasiones se nutre de los patrimonios para la espectacularización y *restylings* patrimoniales “con una reducción extrema de la polisemia de los elementos” (Prats, 2005, p. 22).

Podemos decir que el proceso de patrimonialización y de “puesta en valor” impulsado especialmente por el gobierno de la ciudad, inversores privados y algunas organizaciones vecinales, si bien estableció amedrentamientos y exclusiones simbólicas y materiales sobre cierta población, no logró desplazar de manera efectiva a la población de los sectores medio-bajos y populares que habita el centro histórico. Es llamativo advertir cómo los cambios de oferta de consumos y modos de vivienda establecen microintervenciones que afectan las posibilidades de permanencia incluso de cierta población de sectores medios residente de varias generaciones. A la vez, sus habitantes se apropian y permanecen trascendiendo la estricta residencialidad e impactando en la construcción de las identidades en torno al territorio, de allí la emergencia de lo que podríamos llamar las “ciudadanías barriales” —que no se reducen a la idea de representatividad “vecinal” (local, individual)—, sino que transitan de la esfera simbólica a la esfera socioeconómica y política.

Las categorías y las acciones de estos sujetos en torno a “lo barrial” son apropiaciones que realizan de acuerdo con la activación de cierto capital cultural mediante el cual hay una activación simbólica que les permite obtener, en la lucha por el espacio, “ganancias de localización” (Bourdieu, 2007 [1993]). En este recorrido pudimos observar una construcción identitaria dinámica y superpuesta de significados otorgados por los diferentes actores de manera diacrónica y sincrónica. Esto nos permite indicar que el patrimonio, más que cambiar, suma y reconfigura estos significados. En este sentido podemos pensar en distintas activaciones de “lo barrial” vinculadas a *identidades alterizadas* producidas en constante conversación con cierta identidad dominante y hegemónica construida históricamente sobre el Casco Histórico y que actualmente toma un carácter relevante de “identidad escenográfica” donde el Estado y los agentes del mercado son los principales hacedores de dicha producción. Entre las alterizaciones posibles, encontramos procesos de identificación diversos que retoman conversaciones en el plano de la cultura, en particular, con la patrimonialización que implica llevar el centro del debate a la identidad, la autenticidad y la tradición. Por una parte, ciertos grupos sociales dan lugar a la lucha por el reconocimiento y la visibilización de sujetos históricamente subalternos tales como los afrodescendientes —que no logran legitimarse en términos de ciudadanías plenas y que

perpetúan su situación diferencial en relación a otros grupos debido a falta de acceso a bienes y servicios básicos—. Por otra, sujetos que activan formas de organización colectiva y afirman sus ejercicios de ciudadanía, principalmente, las clases medias donde no basta su posición en la estructura, sino que ven amenazada doblemente su permanencia ya sea por la presencia de sectores indeseables como por la acción del Estado y del mercado en la transformación del paisaje identitario y de consumos que integran.

Se contraponen así la defensa de “lo público” y “lo popular”, ante las “puestas en valor” y la “identidad barrial” proclamada desde el gobierno y los emprendimientos inmobiliarios y comerciales. Un proceso que estableció una relación conflictiva con el valor patrimonial “tradicional” material construido como recurso de poder en la producción del Casco Histórico e instó a ciertas organizaciones vecinales y comerciales a discutir la búsqueda del desarrollo económico del área a través de la construcción de paisajes identitarios de la ciudad en términos de turismo, servicios y consumos suntuarios.

Las identidades, los territorios y los patrimonios se entreveran así en continuidad con las formas en que los grupos sociales se clasifican, se agregan y disgregan entre sí, a la par de las formas de reconocimientos y omisiones practicadas desde el Estado y también de otros agentes que hacen a la producción del espacio y de las identidades posibles. Por lo tanto, resulta indispensable incorporar al análisis los imaginarios y las estructuras simbólicas en estas luchas por la apropiación de los espacios urbanos, ya que son estrategias y acciones concretas sobre lo urbano, incluso de protección propia. Esto permite evidenciar lo preciado que se vuelve “el barrio” para la fijación de *identidades alterizadas* más allá de la clase, la etnia, la raza, la residencialidad y la vecinalidad, y principalmente más allá de la órbita del territorio; como contenido del campo político y de construcción de nuevas formas de ciudadanías que ponen en conversación y conflicto los ideales modernos de ciudad y las posibilidades de inclusión y apropiación de aquellos que fueron —y continúan siendo— desposeídos.

## REFERENCIAS

- Aquí Montserrat (s. f.). <http://www.aquimontserrat.com.ar> [Ya no se encuentra disponible. Último acceso tres de junio de 2011].
- Balibar, E. (1991). “La forma nación: historia e ideología”. En: Balibar, E. y Wallerstein, I. (coord.), *Raza, nación y clase* (pp. 135-168). Madrid: Iepala.
- Bernand, C. (2001). *Negros esclavos y libres en las ciudades hispanoamericanas*. Madrid: Fundación Histórica Tavera.
- Bourdieu, P. (2007 [1993]). *La miseria del mundo*. Buenos Aires: Fondo de Cultura Económica.
- Briones, C. (1998). *La alteridad del “Cuarto Mundo”. Una deconstrucción antropológica de la diferencia*. Buenos Aires: Ediciones del Sol.
- Brubaker, R. y Cooper, F. (2001). “Más allá de la ‘identidad’”. *Revista de investigación de CECyP (2001)*. Recuperado de <https://es.scribd.com/document/147225371/Brubaker-Roger-y-Cooper-Frederick-Mas-Alla-de-La-Identidad>
- Crovara, M. E. y Girola, M. F. (2009). “Gentrificación y espacio público: consideraciones teóricas y exploración etnográfica en torno al proceso de reconversión de Puerto Ma-

- dero, Ciudad de Buenos Aires”. Ponencia presentada a la *VIII Reunión de Antropología del Mercosur*. Buenos Aires: Universidad Nacional de San Martín.
- Duhau, E. y Giglia, A. (2008). *Las reglas del desorden: habitar la metrópoli*. México D. F.: Siglo XXI Editores/Universidad Autónoma Metropolitana-Azcapotzalco.
- Frigerio, A. (2006). “Negros” y “Blancos” en Buenos Aires: Repensando nuestras categorías raciales. *Temas de Patrimonio Cultural*, No. 16 dedicado a Buenos Aires Negra: Identidad y cultura. Buenos Aires: Comisión para la Preservación del Patrimonio Histórico Cultural de la Ciudad de Buenos Aires.
- Frigerio, A. y Lamborghini, E. (2011). Procesos de recualificación en la sociedad argentina: umbanda, candombe y militancia ‘afro’. *Pós Ciências Sociais*, 16, 21-35.
- Geler, L. (2010). *Andares negros caminos blancos. Afroporteños, Estado y Nación. Argentina a fines del siglo XIX*. Rosario: Prohistoria Ediciones/Teiaa (Universidad de Barcelona).
- Giglia, A. (2012). *El habitar y la cultura. Perspectivas teóricas y de investigación*. México D. F.: Anthropos-Universidad Autónoma Metropolitana, Unidad Iztapalapa.
- Girola, M. F., Yacovino, M. P. y Laborde, S. (2011). Recentrando la centralidad: procesos de recualificación urbana y espacio público en la Ciudad de Buenos Aires desde una perspectiva etnográfica. *Cuaderno Urbano*, 10(10). 25-40.
- Gomez Schettini, M. y Zunino Singh, D. (2008). “La (re)valorización de la zona sur y su patrimonio histórico-cultural como recurso turístico”. En: Herzer, H. (ed.), *Con el corazón mirando al Sur. Transformaciones en el sur de la ciudad de Buenos Aires* (pp. 325-367). Espacio, Buenos Aires.
- Gonzalez Bracco, M. (2013). ¿La porteñidad en riesgo de extinción? Vecinos de la ciudad de Buenos Aires en defensa de la identidad barrial. *Bifurcaciones. Revista de estudios culturales urbanos*, 12. Disponible en <http://bit.ly/2gpbRdg>
- Gonzalez Bracco, M. (2014). Asociaciones vecinales patrimonialistas en la ciudad de Buenos Aires: apuntes para una genealogía. *Cuaderno Urbano*, 16, 51-68.
- Gorelik, A. (2004). *La grilla y el parque. Espacio público y cultura urbana en Buenos Aires, 1887-1936*, Bernal: UNQ.
- Gorelik, A. (2006). Modelos para armar: Buenos Aires, de la crisis al boom. *Punto de Vista*, Año 29, 84, 33-39.
- Gravano, A. (2013). *Antropología de lo urbano*. Tandil: UNCPBA.
- Hiernaux, D. (2006). “Los centros históricos ¿espacios posmodernos? (de choques de imaginarios y otros conflictos)”. En: A. Lindon, M. Aguilar, Á. Aguilar y D. Hiernaux (coords.), *Lugares e imaginarios en las metrópolis* (pp. 27-42). Barcelona: Anthropos/Universidad Autónoma Metropolitana-Iztapalapa (UAM-I).
- Hiernaux, D. (2007). Los imaginarios urbanos: de la teoría y los aterrizajes en los estudios urbanos. *Revista EURE - Revista de Estudios Urbano Regionales*, 33(99).
- IHCBA (1993). “La porteñidad”, *Historias de Buenos Aires*, Año 6, No. 23, septiembre de 1993. Buenos Aires: Municipalidad de la Ciudad de Buenos Aires.
- Loures Seoane, M. L. (2001). Del concepto de “monumento histórico” al de “patrimonio cultural”. *Ciencias Sociales*, IV(94), 141-150. Universidad de Costa Rica, San José de Costa Rica.

- Magadan, M. (2003). *Buenos Aires, planeamiento urbano y patrimonio cultural*. Trabajo monográfico inédito. Buenos Aires.
- Menezes, M. (2009). A praça do Martim Moriz: etnografando lógicas socioculturais de inscrição da praça no mapa social de Lisboa. *Horizontes Antropológicos*, 15(32), 301-328.
- Molina y Vedia, J. (1999). *Mi Buenos Aires herido. Planes de desarrollo territorial y urbano (1535-2000)*. Buenos Aires: Colihue.
- Ortiz Oderigo, N. (2008). *Esquema de la música afroargentina*. Buenos Aires: Eduntref.
- Parody, V. (2014). Música, política y etnicidad: convergencias entre democracia y dictadura en el proceso de relocalización del candombe afrouruguayo en Buenos Aires (1973-2013). *Resonancias*, 18(34), 127-153.
- Prats, L. (1997). *Antropología y patrimonio*. Barcelona: Ariel Antropología.
- Prats, L. (2005). Concepto y gestión del patrimonio local. *Cuadernos de Antropología Social*. 21, 17-35.
- Scobie, J. (1974). *Buenos Aires del centro a los barrios 1870-1910*. Buenos Aires: Solar-Hachette.
- Ratier, H. (1971). *El Cabecita Negra*. Buenos Aires: Centro Editor de América Latina.
- Restrepo, E. (2010). Cuerpos racializados. *Revista Javeriana: El pensamiento cristiano en diálogo con el mundo. Medio ambiente universal y desarrollo sostenible*, 770, 16-23.
- Reid Andrews, G. (1989 [1980]). *Los afroargentinos de Buenos Aires*. Buenos Aires: Ediciones de La Flor.
- Segato, R. (2007). *La nación y sus otros. Raza, etnicidad y diversidad religiosa en tiempos de Políticas de la Identidad*. Buenos Aires: Prometeo.
- Sosa, V. (2010). "Planificación urbana y políticas de representación, el patrimonio como recurso de renovación urbana y espacio de confrontación en el Casco Histórico de Buenos Aires". Ponencia presentada en el *XI Coloquio Internacional de Geocrítica 2010*, FFyL-UBA, Buenos Aires.
- Thomasz, A. G. (2012). De establecidos y outsiders en el centro histórico de la ciudad de Buenos Aires. *Papeles de Trabajo*, 24, 1-31.
- vv. AA. (2016). Distritos creativos en Buenos Aires, una exploración. *Quid16*, No. 6. Especial. Disponible en <http://bit.ly/2yrUc9f>
- Vignolo, G. (2012). "El barrio del tambor. Raíz afroargentina de Buenos Aires". En González, L. (coord.), *Montserrat: barrio fundacional de Buenos Aires*. Buenos Aires: Dirección General Patrimonio e Instituto Histórico.

#### OTRAS FUENTES

- Plan de Manejo del Casco Histórico (2003). Buenos Aires: Dirección General del Casco Histórico.
- Plan de Manejo del Casco Histórico (2015). Buenos Aires: Dirección General del Casco Histórico.
- Plan Estratégico Buenos Aires 2016 (2011). Buenos Aires: Consejo de Planeamiento Estratégico Ciudad de Buenos Aires.

# DESIGUALDAD, IMAGINARIOS Y ESCALA URBANA: UN ESTUDIO COMPARATIVO DE GRUPOS SUBALTERNOS EN SALTA Y BUENOS AIRES, ARGENTINA

---

GALA HUILÉN AGÜERO Y MARIANO PERELMAN\*

## INTRODUCCIÓN

En este artículo nos proponemos contribuir a la comprensión de la producción de la desigualdad socio-urbana mostrando la importancia que los imaginarios urbanos tienen en este proceso.

A partir de los casos de los recolectores informales en la ciudad de Buenos Aires y de los trabajadores de la construcción de la zona periurbana de la ciudad de Salta, nos interesa avanzar en dos líneas. Por un lado, en el modo en que las dinámicas espaciales (residenciales, laborales, de circulación) construyen formas específicas de comprender, imaginar, pensar un adentro y un afuera de “la ciudad”. Esto es, el modo en que los imaginarios urbanos son producto y productores de la desigualdad (entendida como *vital, existencial y de recursos*) (Therborn, 2015).

Por otro lado, nos interesa problematizar la escala en un doble sentido, como dimensión de la ciudad y como pregunta de investigación. O sea, del modo en que construimos y abordamos la ciudad según su escala.

Como nuestra intención es centrarnos en personas concretas, encontramos un punto importante en el movimiento de las personas por la ciudad. Ello nos permitirá articular analíticamente la desigualdad, los imaginarios urbanos y las escalas.

En relación a los imaginarios urbanos, pensamos que las prácticas espaciales producen, siguiendo a Paula Vera (2016), entramados de sentidos que implican pensar la ciudad “como forma material y simbólica específica de organización humana y a lo urbano como modo de vida. Constituyen visiones del mundo, maneras de vivir, de sentir, de pensar y proyectar la ciudad y lo urbano; implica deseos, creencias, valores, mitos, relatos de lo que fue, es y debería ser la/ esa ciudad” (2016, 147). Los imaginarios urbanos, entonces, hacen referencia a las tramas de sentido, construidas socialmente, que estructuran creencias, valores, deseos y las formas en que se puede usar/habitar la ciudad. Son representaciones en situación y que tienen un referente en el espacio urbano (Gravano, 1996; 2016). Así, estas tramas de sentido orientan las prácticas espaciales de los actores, construyendo socialmente el espacio de una forma particular a través de sus interacciones (Lindón, 2007).

---

\* Consejo Nacional de Investigaciones Científicas y Técnicas (CONICET). Argentina.

En esta línea, los imaginarios de los diferentes grupos sociales forman parte esencial de las prácticas que se suceden en el espacio: interacción, recorridos y formas de acceso desigual al territorio. Siendo entonces productos y productores de relaciones sociales desiguales espacialmente construidas a través de las formas en que los sujetos experimentan la ciudad: el uso, la interacción, las vivencias, las prácticas y los *habitus*, tal como retoma Gravano (2005) de Armando Silva (1992) en su definición de imaginarios<sup>1</sup>.

En relación a la necesidad de reflexionar en torno a la escala, es necesario decir que la definición “objetiva” fue nuestro punto de partida. Cuando Gravano (2016b) plantea algunas aproximaciones hipotético-teóricas para pensar la relación entre sistema urbano e imaginarios en ciudades medias, se pregunta por la relación entre la unidad identitaria establecida sobre la base de una supuesta homogeneidad y su heterogeneidad real posible gracias al palimpsesto urbano (en el que se generan otredades, segregaciones, fronteras); por la relación entre sistema urbano de provisión de servicios públicos de consumos colectivos y los imaginarios relativos al derecho universal (de apropiación y de uso); y, por último, está presente también la pregunta por el metropolismo. Esto es, la pregunta por la escala y por la especificidad de la escala media o intermedia. En esta línea, este trabajo busca contribuir mostrando que la homogeneidad y la heterogeneidad no parecen ser cosas en sí mismas, sino que están en constante transformación según los recorridos y las formas de movilidad de las personas.

El Área Metropolitana de Buenos Aires es la más grande del país, con alrededor de diecisiete millones de habitantes. Mientras que la ciudad de Salta cuenta casi con medio millón en su área metropolitana, con un intenso y rápido crecimiento entre 2001 y 2010. Ambas áreas cuentan con dinámicas y procesos históricos disímiles, que es necesario abordar para poder dar cuenta de la forma en que la ciudad es concebida como un sistema de representaciones. Ahora bien, la escala tiene implicancias no solo en lo que concierne al tamaño de la urbanización, sino también a los modos de ocupación, la sociabilidad y la movilidad de los sujetos que la habitan. Nuestro punto de partida es pensar que existirían imaginarios urbanos que refieren a diferentes escalas que permiten comprender las prácticas de las personas, entendiendo las diferencias de escala no solo en lo que concierne al tamaño de la ciudad, sino también respecto al tipo de experiencia que los sujetos tienen de este espacio.

Partimos de pensar entonces, que para comprender la complejidad de las ciudades, debe atenderse a las dinámicas que las constituyen: actores que habitan, que circulan, que tienen intercambios, conflictos y negociaciones en un espacio apropiado de forma diferente, en uno de los tantos lugares que constituyen esta ‘ciudad’ de apariencia inabarcable.

Comprender la ciudad como una construcción histórico-social requiere de un análisis interpretativo que pueda dar cuenta de las tensiones entre lo que se observa y las percepciones que los actores tienen sobre estos espacios. En la entrevista que Alicia Lindón realiza a Néstor García Canclini en 2007, él se pregunta qué es lo que podemos conocer de la ciudad. Considerando la ciudad como un espacio complejo, constituido de lugares que son continuamente puestos en relación por los actores sociales, la movilidad aparece

---

<sup>1</sup> Ver también Silva y Boggi (2016).

como una puerta de entrada al análisis. Sin embargo, la ciudad no es recorrida de forma igualitaria por los diferentes grupos sociales. Algunos grupos subalternos, como el caso de los trabajadores del tabaco y de la construcción en la zona periurbana de la ciudad de Salta y el de los recolectores informales de la ciudad de Buenos Aires, acceden y recorren la ciudad de formas específicas.

Pensar la ciudad en continua construcción implica, entonces, reflexionar sobre este espacio más allá de la escala que parece definirla *a priori*. Al igual que Gravano cuando plantea que la definición de ciudad media “se problematiza cuando las representaciones imaginarias ponen a prueba la estandarización de los indicadores de escala del espacio” (Gravano, 2016: 70), romper con las propias lógicas de las categorías normativas (ciudad media es...; ciudad es...) y poner en el foco en las formas subjetivas de experimentación de la ciudad —al menos como punto de partida—, posibilita pensar los procesos desde otro lado. Nos permite ver aquello que escapa a los análisis explicativos de la realidad observable, acceder a las tramas de significación complejas que constituyen en otro nivel la ciudad y poder, entonces, retomando a Lindón (2007), comprender las formas en que los sujetos vinculan prácticas, lugares, objetos y sujetos para imaginar, valorar y significar la ciudad.

En este sentido, el concepto de imaginarios urbanos nos permite dar cuenta del aspecto simbólico que escapa al análisis de lo observable y permite comprender de la forma compleja en que las trayectorias de vida, las expectativas, los marcos de referencia e incluso los procesos socio-políticos de mayor escala confluyen en formas diversas de significar la ciudad. Y estas formas no están separadas de las prácticas de interacción que se suceden en el espacio material. La ciudad es vivida en el sentido de Lefebvre (1974) por sus habitantes y construida entonces por estas experiencias y recorridos. De allí nuestra intención de recuperar la movilidad. La movilidad urbana implica la circulación de las personas, el paso por diferentes zonas, barrios, jurisdicciones. La circulación de los actores y las relaciones que generan en esas circulaciones van contribuyendo a la construcción de imaginarios urbanos. Este artículo da centralidad a las interacciones, conflictividad social y negociaciones que producen procesos de desigualdad social. Algunos estudios han marcado la necesidad de pensar la práctica urbana de la movilidad (Murray et al., 2016), así como en su relación con la desigualdad urbana (Jirón, 2009). Nuestra propuesta va en sintonía con los postulados de los investigadores que definen, desde el giro de la movilidad (Urry, 2000), a esta como práctica social y como relación social (Jirón y Zunino Shing, 2017). El transitar de los trabajadores rurales, de la construcción y de la basura, podría ser pensado desde las visiones de la “movilidad cotidiana”, que refieren a los desplazamientos que se producen para la realización de actividades laborales, de consumo, estudio, ocio y recreación (Cosacov, 2017).

Las formas en que las personas circulan por la ciudad están construidas por (y a la vez construyen) esos imaginarios. De aquí nuestra propuesta de entrelazar imaginarios con formas de moverse por la ciudad.

Ahora bien, nuestra propuesta no se centra en la movilidad como objeto de estudio. Antes bien, la piensa de forma compleja para poder ver lo que ocurre mientras las personas se mueven (Perelman, 2018a). Y ello requiere indagaren estos procesos sociales de forma multiescalar. Desde los imaginarios urbanos que construyen experiencias de

movilidad de los grupos subalternos y sobre las zonas céntricas, buscamos comprender los mecanismos a través de los cuales la desigualdad socio-territorial se construye en las ciudades, e intentar, a partir de un estudio comparativo, repensar las escalas con las que se caracteriza a estos espacios.

Los resultados de nuestras investigaciones de grupos de sectores subalternos en dos conglomerados de escala diferente leídos en clave comparativa aportan en un doble sentido: por un lado, comprender el modo en que la escala en sí misma incide en los procesos de movilidad y exclusión; por otro lado, mostrar que si bien la escala (como lo han mostrado los estudios de ciudades intermedias<sup>2</sup>) tiene un peso importante, la puesta en un mismo nivel permite ver también las similitudes de procesos urbanos “más allá de la escala”<sup>3</sup>.

## LA CIUDAD DE BUENOS AIRES: CARTONEROS, MOVILIDADES Y ESCALAS<sup>4</sup>

Nuestro primer caso de análisis son los cartoneros en Buenos Aires. La ciudad cuenta con casi tres millones de habitantes, según el último censo nacional de 2010 y se calcula que casi la misma cantidad de personas ingresan diariamente a la ciudad. La ciudad, forma parte del Área Metropolitana de Buenos Aires. Los 24 partidos del Gran Buenos Aires tienen una población de casi diez millones de personas, haciendo que el área tenga una población de alrededor de trece millones. Es, de lejos, la conurbación más grande de Argentina y una de las más grandes de América Latina.

### LOS CARTONEROS

Cuando las políticas neoliberales ya habían erosionado las condiciones de vida de miles de personas, se hizo evidente la presencia de personas recolectando en las calles de la ciudad. Si bien era una actividad que venía creciendo, fue luego de la crisis de 2001 que los vecinos de los barrios céntricos de Buenos Aires “descubrieron” a los cartoneros<sup>5</sup>. Para 2002, el 72% recolectaba hacía un año o menos, el 82% hacía menos de dos años y el 93,3% hacía menos de cinco (la pregunta refiere a el período de más de 2 años a 5 años, entre 2000 y 1997, con una respuesta de 11,3). El relevamiento del primer semestre de 2003 mostró,

<sup>2</sup> Un caso central al respecto es el estudio de Gravano (2005) sobre la ciudad de Olavarría, en el que analiza las transformaciones de una ciudad intermedia con una identidad —y un imaginario que la ha cristalizado— en crisis. En este sentido, y respecto a la discusión de la escala, es importante destacar que, según el autor, un imaginario es posible solamente en relaciones históricas específicas que significan y valorizan las diferentes representaciones de la ciudad a través del tiempo.

<sup>3</sup> Retomamos aquí los presupuestos de Gravano (2016b).

<sup>4</sup> El trabajo de campo en Buenos Aires fue realizado por Mariano Perelman.

<sup>5</sup> La literatura sobre las personas que han vivido de la recolección de residuos también fue adquiriendo preponderancia. Para un estudio histórico y presente de las políticas de recolección, las cadenas de diferenciación y reciclaje, y el lugar de los recolectores en la ciudad ver, por ejemplo, Suárez (2016); Paiva (2008), entre otros. Para una lectura crítica del modo en que los investigadores construimos a los cartoneros, ver Perelman (2017b; 2018b).

por su parte, que el 53,2 de los recolectores lo hacían desde hacía menos de un año y el 74,6 desde hacía menos de dos. Los datos del relevamiento realizado entre julio y septiembre muestran que un 45% recolectaban desde hacía menos de un año, y un 72,9 desde hacía menos de 2; y los del último cuarto del año muestran una tendencia similar: el 44% desde hacía un año y el 69,4 desde hacía menos de 2.<sup>6</sup>

Esta aparición no solo se debe al rápido crecimiento, sino también al espacio donde la recolección se realizaba: las calles de los barrios céntricos de la ciudad más transitados, como Palermo, Balvanera, Caballito, Recoleta, Chacarita, Recolecta o Flores.

Los relevamientos realizados mostraron que el 76,6% de los recuperadores (este es el nombre con el que aparecen en el registro) vivían en el Gran Buenos Aires, o sea, fuera de los límites administrativos de la ciudad capital. Esto quiere decir que muchos de los cartoneros deben llegar. Incluso cuando viven en la ciudad, muchos de ellos deben “ir al centro” para buscar recursos.

La presencia de los cartoneros contribuyó a la erosión del imaginario en torno a la ciudad blanca y sin pobreza (Lacarrieu, 2005). Algunos autores han marcado la existencia de fronteras simbólicas e imaginarias dentro de la ciudad. Según Grimson y Segura (2016), hay dos sistemas espaciales superpuestos que le dan sentido a la vida social a la ciudad y sus alrededores. Uno refiere a la existencia de tres círculos concéntricos. El primero incluiría a la ciudad de Buenos Aires; el segundo y el tercero a los dos cordones del Gran Buenos Aires. Esta diferenciación tiene base en las fronteras político-jurídicas que estructuran las prácticas territoriales imaginarias y espaciales. Son los imaginarios de la ciudad blanca y la ciudad a ser merecida la que va construyendo formas de sentir y pensar la ciudad y de pensarse en la ciudad. Estas grandes diferencias que pueden apreciarse en una escala cambian cuando nos centramos en el modo en que las personas de carne y hueso imaginan los espacios, la ciudad y los recorridos. El segundo sistema espacial remite a los cuatro puntos cardinales: el norte rico y “blanco” y el sur pobre y “negro” (Grimson, 2009). Así, los cartoneros provienen de algo que —siguiendo a Gravano (ver también Silva y Boggi, 2016)— podría ser visto como los barrios “mancha” (ya sea “el conurbano”, como ciertos barrios estigmatizados en la ciudad).

Un estudio multiescalar centrado en los imaginarios urbanos a partir de la presencia de los cartoneros permite complejizar los procesos de diferenciación de la ciudad. Por un lado, los porteños en poco tiempo se encontraron un “otro” en el barrio. Sin embargo, esa imagen de ciudad rica y “blanca” continuó permeando los imaginarios de gran parte de los que encontraban a los cartoneros “fuera de lugar”. Más aún, la presencia de cartoneros, entendemos, contribuyó a reconstruir ese imaginario a partir de las prácticas expulsivas. El imaginario de una ciudad blanca y de élite necesita de un otro imaginado como fuera de lugar. Este imaginario de la ciudad rica constriñó formas de ver el barrio de origen de los cartoneros, así como los espacios de recolección y las formas de pensarse a ellos mismos.

Aquí encontramos nuevamente la necesidad de repensar la escala, así como retomar los imaginarios. Las grandes diferencias que pueden apreciarse en una escala cambian

<sup>6</sup> Registro de Recuperadores Urbanos, Dirección de Estadísticas y Censos, Secretaría de Hacienda y Finanzas, Gobierno de la Ciudad de Buenos Aires, diciembre de 2003.

cuando nos centramos en el modo en que las personas imaginan los espacios, la ciudad y los recorridos. Por un lado, la misma idea de ciudad es vivida e imaginada de una forma múltiple. Haciendo trabajo de campo en Villa Soldati, por ejemplo, un barrio del sur de la ciudad, escuchaba a los cartoneros decir que iban al centro cuando iban al lindante barrio de Flores. Para los propios habitantes, existen imaginarios en torno al “centro” y a lo que es “la ciudad”. Dentro de ese sur al que refiere Grimson, existen varios centros y varias periferias. Lo mismo ocurría con los cartoneros que iban a la ciudad desde el conurbano bonaerense. Estos imaginarios y las diferentes escalas de la ciudad constreñían prácticas.

Por otro lado, la noción de anonimato a la que los cartoneros apelaban y que era parte central de los imaginarios sobre la ciudad se torna borrosa al acercarse a los barrios porteños.

## DE LA PERIFERIA AL CENTRO: IMAGINARIOS EN TORNO AL ANONIMATO Y LA CIUDAD

Diferentes corrientes han pensado a las grandes ciudades como el lugar del anonimato (Simmel, 1986; Delgado, 1999). Los cartoneros “salen” para trabajar (Gorbán, 2009). Deben salir del barrio para recolectar los residuos a la ciudad de Buenos Aires. Es innegable la relación entre la presencia de recolectores “informales” y el sistema de recolección oficial (Suárez, 2016). El sistema de recolección, así como los dispositivos urbanos generan formas de recolección informal. Así, por ejemplo, durante muchos años luego de 2001 la actividad se fue configurando como predominantemente nocturna, ya que “los vecinos” debían sacar las bolsas a las aceras entre las 20 y las 21, horario en el que el camión recolector pasaba. Sin embargo, ello no explica la dinámica de recolección.

Un estudio desde los imaginarios permite comprender el lugar que tienen los procesos subjetivos en el trabajo cartonero. El salir es buscar ese anonimato imaginario e imaginado. Durante el trabajo de campo, decenas de veces escuchamos a los interlocutores mencionar que a los que iban quedando desempleados, cartonear les daba vergüenza. Aquí es posible decir que tanto los imaginarios en torno a lo que significa ganarse la vida dignamente (Perelman, 2011) como el imaginario urbano fueron generando modos posibles de cartonear.

Ir a la ciudad, decían, permitía salir del barrio y realizar el trabajo (vergonzante) en espacios en los que no eran conocidos.

Eran generalmente los hombres con trayectorias laborales más o menos “formales” en los que surgía la vergüenza de cartonear y la necesidad de no ser vistos recolectando (Perelman, 2011a) en los barrios. La idea de ser trabajador y de ciertas formas legítimas de ganarse la vida resignificadas (Perelman 2011b; Narotzky and Besnier 2014; L’Estoile 2014; Narotzky and Goddard 2017; Fernández Álvarez 2016) y espacializadas son las que van construyendo un imaginario no solo en torno a los modos de obtención de recurso, sino también de experimentar y habitar la ciudad que tiene implicancia, como dijimos, en el uso de los sistemas de consumo colectivo de uso público.

El imaginario en torno a la ciudad como espacio anónimo permitía a los cartoneros ser capaces de recolectar. A su vez, el imaginario de la ciudad rica y de los pobres como

portadores de peligrosidad también configuraba en gran parte de los vecinos el miedo a los cartoneros y su búsqueda de expulsión.

La movilidad de los cartoneros producía, por un lado, escapar al imaginario estigmatizante barrial y entrar en el supuesto anonimato. A la vez, los transformaba en cartoneros. En las observaciones cotidianas, sin embargo, veíamos que los cartoneros no eran anónimos —si por ello se entiende pasar inadvertidos o no ser conocidos—.

Visto desde una escala macro, existen anonimatos en la ciudad, por un lado, y conocimiento personal en los barrios, por otro. El barrio y la ciudad son espacios relacionales dentro de los imaginarios de los cartoneros. En una escala macro, el imaginario de la lejanía y del desconocimiento funcionan como un motor de posibilidad en pos de realizar una tarea vergonzante. El barrio, en cambio, es el lugar de lo familiar, donde la vergüenza es expuesta ante los conocidos.

Si bien los cartoneros saben que en la ciudad existe un imaginario que los construye como personas peligrosas y como parte de esas personas extranjeras, ese imaginario se conjuga con uno personal en torno a los modos legítimos de vivir que los lleva a la ciudad anónima.

Ahora bien, cambiando de escala, el anonimato en la ciudad desaparece. Un imaginario es posible solamente en relaciones históricas específicas que significan y valorizan las diferentes representaciones de la ciudad (Gravano, 2005). Estos imaginarios son vividos y repensados por los actores con (o como parte de) las transformaciones sociales.

Para los cartoneros, también los imaginarios en su multiescalaridad son centrales para pensar el anonimato. Por un lado, los imaginarios relacionales del espacio permiten comprender las diferentes formas de anonimato/conocimiento y la importancia que las personas le otorgan a ello. Debemos marcar que en esta construcción el género y las experiencias laborales tienen un peso importante.

Entonces, veamos qué ocurre si cambiamos la escala, hacemos el viaje con los cartoneros desde los barrios al centro (“a la ciudad”). Ese anonimato se transforma cuando la ciudad se habita. Cuando se hace el trayecto a la ciudad, ese anonimato desaparece. Desde cerca y adentro (para usar la idea de Magnani [2002] en relación con el foco de análisis de investigación de la antropología), nos encontramos con una compleja superposición de imaginarios. Ello no implica una visión que recupere o reproduzca ciertas miradas de la antropología como una comunidad cerrada<sup>7</sup>. Antes bien, planteamos la necesidad de comprender el modo en que, imaginarios supuestamente contradictorios, conviven. Pensar los espacios —urbanos— como relacionales justamente nos permite repensar las ciudades en tanto compuestas por múltiples espacios<sup>8</sup>.

<sup>7</sup> Las críticas a esta posición de ciertos autores de la Escuela de Chicago pueden verse en Gravano (2016a, en especial 177-216; ver también Galarza (2016). Pese a ello, consideramos importante pensar al barrio como un espacio simbólico-ideológico y referente de identidades sociales urbanas (Gravano, 2003: 12). Así, nuevamente es posible recuperar la idea imaginaria en torno a los barrios que tiene un carácter performativo de las prácticas sociales en ciertos aspectos pero que es negociado con otros imaginarios.

<sup>8</sup> Esta posición se aleja de las visiones homogenizantes de los espacios, así como los que realizan una analogía entre espacio, cultura e identidad (ver las críticas en Segura, 2015; Noel, 2016; Gupta and Ferguson, 1992; Hannerz, 1980; Gravano, 2016a).

En los barrios donde recolectan, los cartoneros no son anónimos. El anonimato es un privilegio de clase en tanto los que son considerados vecinos no deben “justificar” su presencia urbana. La corporalidad de los cartoneros es un territorio marcado por su pobreza. Como hemos desarrollado en otro lugar (Perelman, 2010) los recolectores se encuentran en las calles con un uniforme de pobreza que los hace tan reconocibles como a policías o bomberos. Las relaciones sociales se corporizan. Los imaginarios se corporizan. Como dijimos, por un lado, existe el imaginario del anonimato. Por el otro, los cartoneros saben que son vistos como personas fuera de lugar.

Así aparece el estigma y la persecución que asocia al cartonero con una persona peligrosa. El proceso de conocimiento mutuo se produce a partir de acciones cotidianas de afinidad en que los desconocidos se tornan conocidos ¿Es entonces el anonimato y el conocimiento una característica intrínseca del tamaño de la ciudad? ¿Es una cuestión de escala?

Los imaginarios urbanos son imaginarios espacializados (Gravano, 2016b) y son múltiples dentro de un mismo espacio. Ello permite deconstruir la idea monolítica de los imaginarios que son constitutivos de lo urbano mismo. Volviendo entonces a una escala de cercanía, el anonimato (de los cartoneros y de los vecinos) se transforma en conocimiento mutuo en los espacios de recolección, que en el discurso de los cartoneros aparecen como los “barrios de recolección”. Barrio aquí es entendido como una categoría social compleja que configura prácticas e imaginarios<sup>9</sup>. Según quién lo habita, el barrio remite a diferentes cosas, a distintos procesos, espacios, relaciones e imaginarios. Existen muchos barrios imaginados en cada barrio. Es la experiencia histórica, construida a partir de sedimentación de relaciones sociales, prácticas cotidianas e imaginarios, la que construye delimitaciones socio-espaciales. Se van formando espacios permitidos y vedados y se generan formas de actuar.

Lo mismo puede decirse de otras delimitaciones espaciales (la “ciudad”, el “centro”). Así, para los cartoneros del barrio (donde viven) “se sale” y a la ciudad (donde se trabaja) “se va”. El barrio es el lugar del conocimiento y la ciudad del anonimato. Según quién lo viva, ciudad y barrio aparecen como entelequias particulares.

En su estudio sobre las mujeres que salen con la carreta, Gorbán decía que

las expresiones “salir con la carreta” e “ir a la Capital”, no refieren solamente a actividades desplegadas en la consecución de recursos, sino también a una experiencia de la ciudad y del barrio, en la cual los desplazamientos por y a través de distintos territorios construyen diferentes trayectos. A través de dichos trayectos se vinculan territorios social, económica y geográficamente diferentes y distantes. (Gorbán, 2009, p. 107)

Es a partir de todo ello que se construyen fronteras grupales y espaciales dentro de un sistema urbano. Los imaginarios urbanos son centrales para pensar las formas de exclusión. En la escala macro, lo que viene del conurbano es pensado como peligroso. De esta forma se generan prácticas excluyentes en torno a los cartoneros. En tanto, ser anónimo —entendido como forma de transitar siendo uno más— funciona como una forma inclu-

<sup>9</sup> Para un estudio de la antropología de lo barrial, ver Gravano (2003).

yente, el reconocimiento de ser “otro” (por color de piel, forma de vestirse, la corporalidad, etc.) se transforma en una posibilidad de exclusión, que se construye multiescalarmente a partir de los imaginarios relacionales de espacios más o menos lejanos (“el conurbano” y “la ciudad”), pero que se expresa en las interacciones cotidianas en una escala micro.

En la ciudad ese anonimato imaginado se transforma en conocimiento en un doble sentido. Por un lado, en tanto cartonero. Esta vertiente estaría ligada a esa macro escala a la que nos referimos. Por otro lado, es un conocimiento personal necesario para poder recolectar también en un doble sentido. En términos ‘económicos’, la visibilización se vuelve necesaria porque es a partir de ese reconocimiento que los cartoneros reciben residuos y otros bienes que las personas no quieren. Además, para poder trabajar deben impugnar el imaginario que los coloca fuera de la ciudad. La forma de hacerlo es transformar el anonimato y estigma en confianza y conocimiento. Ello ocurre a partir de la generación y mantenimiento de relaciones interpersonales. De esta forma, el caso de los cartoneros nos permite repensar la experiencia del trabajo precario (Lindón, 2006) como una experiencia urbana. Una experiencia que no se entiende sino a partir de una suerte de sedimentación de procesos<sup>10</sup> que permiten repensar la noción de escala.

## LA NUEVA ZONA METROPOLITANA DE SALTA Y LOS IMAGINARIOS SOBRE EL OESTE<sup>11</sup>

La provincia de Salta es séptima en términos de población a nivel nacional, con un auge en su crecimiento entre 2001 y 2010, con un 12.5%. Más de la mitad de esta población se concentra en la denominada ‘zona metropolitana’<sup>12</sup>, que supone un 5.4% del territorio provincial.

La noción de ‘zona metropolitana’ se instala públicamente a partir de la aparición del Plan Integral de Desarrollo Urbano y Ambiental (Pidua), proyecto de la municipalidad de capital, que propone una serie de modificaciones en servicio e infraestructura de la ciudad para acompañar la inversión del sector privado en el negocio inmobiliario local.

El proclamado ‘eje de crecimiento’ de la ‘nueva’ zona urbana está conformado en su mayoría por localidades pequeñas y medias que constituyen el cordón ‘periurbano’ de la ciudad. Son las zonas tradicionalmente asociadas a un modo de vida ‘rural’ próximas a la ciudad, que han constituido históricamente una frontera entre los espacios ‘rural’ y ‘urbano’. En este sentido, el espacio rural ‘tradicional’ sigue siendo un elemento determinante de las nuevas formas —materiales y simbólicas— que adquiere la ciudad.

<sup>10</sup> Gravano (2016b) ha utilizado la idea de Palimpsesto urbano para mostrar el modo en que coexisten distintas imágenes identidades superpuestas, procedentes de diferentes períodos históricos y con base en distintas fuentes de enunciación.

<sup>11</sup> El trabajo de campo en Salta fue realizado por Gala Agüero.

<sup>12</sup> Esta zona está compuesta por ocho municipios —Salta, San Lorenzo, Cerrillos, La Merced, La Caldera, Vaqueros, Rosario de Lerma y Campo Quijano—, pertenecientes a cuatro departamentos —Capital, Rosario de Lerma, Cerrillos y La Caldera—.

En Salta, caracterizada por la primacía de una economía ligada al mundo agrícola y ganadero, los cambios en las formas de producción y de tenencia de la tierra ‘rural’ han afectado las formas de propiedad ‘urbana’, marcando la evolución del negocio inmobiliario y, por ende, de la forma de experimentación en la ciudad.<sup>13</sup>

En el proceso actual de transformación, el ‘oeste’ ha sido erigido como la única dirección del ‘reciente’ crecimiento de la ciudad. Sin embargo, al pensar la ciudad como una construcción histórica-social, debemos atender a las trayectorias de vida, a las experiencias de los actores —a una escala menor— que habilitan tramas de sentido y valorizaciones, a lo largo del tiempo y que constituyen la ciudad. Este espacio es configurado no solo a partir de los cambios en su población, sino también a partir de las experiencias de sus habitantes, de sus prácticas espaciales y de los procesos sociales que los han constituido como grupos.

Aunque se asume que el ‘eje de crecimiento’ del oeste refiere únicamente a la expansión horizontal del tejido urbano, este podría ser pensado en los términos de un imaginario de ascenso social. Allí, un tipo particular de hábitat exclusivo se ha instalado desde la década de 1980 y más fuertemente desde la primera década del 2000: el ‘country’ o barrio privado. Este tipo de emprendimiento inmobiliario privado de gran extensión ofrece terrenos para la construcción de casas principales o secundarias para grupos sociales de alto poder adquisitivo, con servicios adicionales como terrenos deportivos, boutiques, espacios infantiles y servicio de seguridad y control de la circulación en el predio.

Aunque la mayoría de los estudios sobre este fenómeno han estado concentrados en la metrópoli capital del país<sup>14</sup>, trabajos sobre otras ciudades medias de la Argentina, como el de Malizia y Paolasso (2009) sobre la ciudad capital de Tucumán, muestran el “carácter específico y localizado” que adquiere este fenómeno en ciudades de otra escala.

En Salta, a la par de esta expansión y ‘modernización’ de la ciudad, el discurso político resguarda el centro histórico como estandarte de la identidad ‘colonial’ de la provincia. Villagrán (2007, 2014) ha mostrado esta combinación particular de pasado y presente en el discurso político. La apelación a la ‘historia’ y la ‘tradición’ son la base que define y posibilita un porvenir de ‘progreso’ y modernización’.

En esta misma lógica de combinación de lo ‘moderno’ y lo ‘tradicional’ funcionan los proyectos inmobiliarios cerrados, al construir el imaginario sobre el oeste. Estos barrios ofrecen en sus publicidades no solo un terreno dentro de un predio cerrado, sino también la posibilidad de ser parte de una comunidad exclusiva, de realizar actividades en contacto con la naturaleza y de vivir en un espacio histórico, puesto en valor a través de marcaciones y referencias al mundo de las fincas y a las trayectorias de los antiguos patrones —en los nombres de los barrios, de sus calles internas, en sus logos e incluso en sus reglamentos—. Estos elementos asociados al espacio ‘rural’ y vendidos como exclusivos de estos barrios, se combinan con las comodidades de la vida urbana, como el acceso a los servicios de agua, gas, internet y luz, generalmente de difícil acceso en esta zona; sistemas

<sup>13</sup> Autores locales como Aguilar (1987), Álvarez (1995) y Sbrocco (2000) nos permiten sostener esto, gracias a sus estudios sobre la expansión horizontal de la ciudad desde 1970. Estos barrios perfilaron nuevos límites de la ciudad sobre las tierras agrícolas más cercanas al centro.

<sup>14</sup> Entre los que se destacan Arizaga (2005), Girola (2007) y Svampa (2004, 2005, 2008).

modernos de seguridad y la fácil y rápida conexión con los centros urbanos, gracias a las autopistas y caminos rápidos. La combinación de los servicios y facilidades de la vida urbana en un contexto natural, puro y de valor histórico, definen este fenómeno de ‘vuelta al campo’, que construye un imaginario excluyente sobre la ciudad y sobre el campo, al mismo tiempo.

Sin embargo, este proceso de ‘reinención’ del imaginario de las élites sobre el espacio urbano/rural salteño muestra una forma parcial de experiencia del espacio. En la línea del análisis que Gravano (2005) desarrolla sobre los imaginarios, la posibilidad de emergencia de este imaginario estaría definida también por ciertas relaciones sociales históricas que han moldeado las representaciones que los actores tienen sobre la ciudad. Junto a las elites existe también un otro grupo social, conformado por los trabajadores de las fincas cuyas trayectorias de vida han definido experiencias diferentes del espacio. Y actualmente, junto a los nuevos vecinos y propietarios, llegan también los trabajadores de la construcción que participan activamente de las nuevas urbanizaciones, pero con un acceso y una serie de sentidos diferentes asociados a las rutas, el campo y la ciudad.

#### PEONES RURALES Y CONSTRUCTORES. LA CIUDAD IMAGINADA DE OTRAS FORMAS

En la localidad de El Encón, situada a 30 kilómetros de la capital y a escasos kilómetros de la frontera entre la capital y el departamento de Rosario de Lerma, la última finca de producción de tabaco cerró sus hornos y frenó sus cultivos entre 2007 y 2014, para convertirse en un barrio privado.

Como decíamos en la introducción, este caso también muestra una serie de transformaciones complejas asociadas al proceso de recategorización del valor de las tierras, que pasaron de rurales o ‘productivas’ a urbanas. Más allá del crecimiento poblacional de la zona, asociado a la llegada de nuevos propietarios que adquirieron pequeñas extensiones de tierra antes concentradas en manos de pocas familias, podemos diferenciar dos grupos sociales particulares ligados a este proceso de transformación, pero diferenciados de los grupos dominantes.

De un lado, los trabajadores del tabaco instalados históricamente con sus familias dentro de los predios productivos, de donde han comenzado a salir desde la década de 1980, como consecuencia de la desaparición de las fincas<sup>15</sup>. Del otro lado, y a partir de este proceso de reconversión, aparecen los trabajadores de la construcción —entre los cuales algunos son antiguos trabajadores del tabaco—, que participan de las construcciones de casas y barrios en las nuevas urbanizaciones. En este sentido, diferenciamos a los que salen (de las fincas) de los que llegan (a las fincas reconvertidas), y que nos permitirán mostrar otras formas de estar y recorrer la ciudad y, por lo tanto, de imaginarla.

Los peones de esta última finca de El Encón salieron del predio entre 2007 y 2014, para instalarse en terrenos donde el patrón les construyó y entregó una casa a cada fami-

<sup>15</sup> Las fincas de producción de tabaco han estado caracterizadas por un vínculo particular entre el patrón y los peones. Estos vivieron dentro de las fincas, siguiendo un acuerdo implícito que forma parte del ‘contrato’ laboral. Ver Agüero (2014).

lia, a modo de ‘indemnización’ por el cese de sus contratos de trabajo. Algunos de ellos aún continúan trabajando estacionalmente en otras propiedades productivas más alejadas, mientras que otros lograron jubilarse. Entre las nuevas generaciones los principales trabajos son los puestos de servicio público de la municipalidad, barrido y limpieza, técnicos, la cría de animales de granja —principalmente pollos—, el trabajo doméstico en las casas de los nuevos vecinos —sobre todo, en el caso de las mujeres— y también algunos casos de trabajadores que han devenido obreros de la construcción.

En estas trayectorias de vida signadas por la movilidad, la ciudad aparece históricamente, para estos actores, como un espacio secundario y evitado, pero no desconocido.

La ciudad ha sido, junto con la finca, un espacio de poder del patrón. Los patrones supieron alternar sus estadias entre su propiedad de la ciudad y la del campo. Como recuerdan los trabajadores más antiguos de El Encón, el momento en que el patrón estaba en la ciudad era el ideal para organizar reuniones, para animarse a discutir cuestiones laborales con los capataces y encargados que quedaban más “desprotegidos” e incluso el momento ideal para llevar adelante las reuniones sindicales. La ciudad era entonces un espacio desconocido e inaccesible, pero era justamente gracias a ese impedimento de “ir a la ciudad” que los trabajadores podían acceder a otro tipo de acciones, negociaciones y situaciones. La sindicalización rural tuvo en esta región varios intentos de organización, que se esfumaron finalmente ante la negación —organizada y en masa— de los distintos patrones de las fincas, de dar trabajo a los que hubiesen participado y ante la presión que implicaba que la negación de trabajo suponía también la imposibilidad de contar con un terreno y una casa familiar dentro de las fincas. El debilitamiento del movimiento sindical parece terminar de cuajar con la desaparición de Felipe Burgos, figura clave del sindicalismo local, desaparecido y asesinado durante la última dictadura militar.

Desde la década de 1980, con la vuelta de la democracia y la mejora a nivel de derechos y acceso a los servicios estatales por parte de los peones rurales, la ciudad fue adquiriendo una serie de significaciones diferentes. Devino el espacio donde podían concretarse las demandas judiciales a patrones, por la falta de pago de cargas sociales, la posibilidad de dejar el mundo del trabajo agrícola y acceder a otro tipo de trabajo, así como el acceso a un crédito de vivienda social.

La ciudad —que para algunos representa los pueblos más grandes cercanos a El Encón o los barrios periféricos del centro donde los trabajadores tienen familia y amigos—, supone el acceso a una mejor calidad de salud, principalmente para las mujeres; nuevas ofertas de trabajo; acceso a planes sociales y ayudas estatales y la posibilidad de reclamo en la mejora de los servicios.

Mientras los trabajadores rurales reconfiguran y habilitan otra forma de imaginar la ciudad, antes coartada y negada por las complejas lógicas de intercambio y respeto con el patrón, los trabajadores de la construcción llegan a la región a ‘hacer la ciudad’. Según los datos otorgados por la Uocra<sup>16</sup> de Salta en 2012, en la región entre la capital y Campo Quijano entre 1998 y 2012, los trabajadores afiliados al sindicato aumentaron de 100 a

16 Unión Obrera de la Construcción de la República Argentina.

400.<sup>17</sup> Esto muestra no solo el crecimiento de este rubro en la región, sino también la sindicalización de los trabajadores. De entre ellos, además de los que viven en las localidades de la región alrededor de El Encón, también llegan trabajadores de otras localidades. Vienen principalmente de Jujuy, de Bolivia y de las localidades cercanas como Campo Quijano, La Silleta y el municipio de Cerrillos, así como de los barrios periféricos de la ciudad —del sur y sur-este principalmente—. Ellos son los encargados de construir la ‘nueva’ ciudad que no habitan. Aunque a través de su actividad laboral y de la movilidad intrínseca de este rubro, también experimentan estos espacios, de manera diferente.

Es el caso de Carlos, que recorre desde el barrio Finca Independencia en bicicleta el sur de la ciudad. Cuando lo entrevisté en 2013, él formaba parte de la construcción particular de una casa en uno de los nuevos barrios, de venta y comercialización privada, situado en la localidad de La Merced Chica, entre el último barrio capitalino de San Luis y la localidad de El Encón. Había llegado de forma individual a hablar con el capataz de la obra, para ver si necesitaban gente, y así consiguió ese puesto temporal de alrededor de cuatro meses. Porque según él, en este rubro “hay que ser pillo”. En nuestro encuentro, dificultado por la presencia del capataz de la obra en curso, Carlos me contó que hacía más de cinco años que recorría esta zona: empezó en la casa de un antiguo patrón en la localidad de Cerrillos —con quien había trabajado haciendo acequias y en la cosecha del tabaco— y continuó atravesando las construcciones del oeste de la ciudad, hasta llegar a La Merced Chica.

Los que llegan a la zona peri-urbana para trabajar en este rubro no utilizan las nuevas autopistas. La ciudad aparece también imaginada como un espacio ajeno, que es mejor bordear. Los trabajadores de la construcción conocen caminos, atajos y calles escondidas entre los bordes de antiguas fincas y nuevos barrios. Aparecen en la zona oeste tras atravesar el borde sur de la ciudad por caminos de tierra escondidos, que sobreviven entre las salidas y entradas de la nueva autopista. Sin embargo, la ‘nueva ciudad’ habilita para ellos una nueva forma de entrar a este lugar, reimaginar el centro desde los bordes, negociar trabajos en sus zonas conocidas, hacer uso de sus vínculos personales para asegurarse puestos en las construcciones. En esta zona, ellos tienen un capital particular: el conocimiento de la zona, del terreno y de la gente. A diferencia del centro de la ciudad, donde las obras son licitadas por empresas y los puestos son altamente demandados, aquí la referencia personal vale más, y entonces la ‘nueva ciudad’ aparece también como un espacio a ser imaginado de otra manera.

#### DE LA AUTOPISTA Y LOS CAMINOS MARCADOS A PIE: IMAGINAR LA CIUDAD SEGÚN EL RECORRIDO

Ante la aparente homogenización del espacio ‘antes rural’ del cordón periurbano oeste de Salta, cambiando la lente de observación, aparecen otras formas de recorrer, de habitar, de imaginar la ciudad —el centro y la ‘nueva’ ciudad—.

<sup>17</sup> Según los datos otorgados por el entonces presidente de la Uocra Salta, Augusto Ortiz, durante nuestra entrevista en diciembre de 2012.

Estas prácticas se han reconfigurado en un nuevo contexto, pero siguen mostrando las nuevas formas que adquiere el acceso a la ciudad como una variable de los vínculos entre los grupos sociales y de la desigualdad en términos territoriales. Mientras la familia propietaria de la finca de El Encón se desplazaba a principios del siglo XX en carreta hacia la localidad, para instalarse los tres meses del verano, incluso transportando el piano familiar; hoy en día los propietarios de los nuevos barrios se trasladan a pasar los fines de semana gracias a los veinte minutos de viaje en auto a través de la nueva autopista. Al mismo tiempo, mientras la posición social de los trabajadores del tabaco se reconfigura al salir de las fincas, algunos comienzan a prestar servicios domésticos a los nuevos propietarios y otros se suman al grupo de trabajadores de la construcción que se traslada a diario en su bicicleta por la zona. Ambos constituyen actores centrales para la definición de estos lugares —para el funcionamiento de las fincas y para la activación de las urbanizaciones—, aunque invisibilizados en estos procesos históricos. Sin embargo, aunque las formas históricas de desigualdad social se reconfiguran con las transformaciones de las prácticas espaciales, ambos grupos sociales también logran, gracias a estos procesos, modificar sus formas de acceso y recorrido de la ciudad. Y detrás de la imagen aparentemente homogeneizante de una ciudad ‘moderna’, ‘tradicional’ y ‘exclusiva’ (en el mismo sentido que la ciudad ‘rica y blanca’ a la que referimos para el caso de estudio en Buenos Aires), se resquebraja. Como plantea Lindón (2007), en la definición de imaginarios urbanos que retomamos en la introducción, es la puesta en relación particular entre prácticas, lugares, objetos y sujetos lo que permite a los actores imaginar, valorar y significar la ciudad. Y estas formas son múltiples, si nos permitimos cambiar la lente de observación y pensar la ciudad a partir de la escala de los recorridos y de las prácticas espaciales de los actores sociales de la periferia rural.

A pesar de que la transformación de la zona periurbana está particularmente destinada a los grupos sociales de mayor poder adquisitivo, los sectores subalternos han sabido también ‘hacerse’ con la ciudad, marcando con sus caminatas y sus circuitos laborales en bicicleta, otras rutas. De esta forma, construyen la ciudad que no pueden habitar, recorriéndola, bordeándola e imaginándola.

## IMAGINARIOS, GRUPOS SOCIALES Y LA CIUDAD: A MODO DE CIERRE

Más de 10 años atrás, Lindón, Aguilar y Hiernaux (2006) se preguntaban si “¿será que la acumulación, la especulación inmobiliaria, las diferencias sociales son suficientes para explicar los procesos urbanos actuales o incluso los del pasado?” (2006, p. 16). Planteando la respuesta a esos interrogantes como negativa, marcaban la necesidad de pensar la dimensión subjetiva (como los imaginarios urbanos) para dar cuenta de este proceso.

Los imaginarios urbanos en torno a la ciudad y a los barrios (no como espacios teorizados, sino como espacios vividos) nos permiten contribuir en la comprensión de la construcción de grupos sociales y al modo en que los imaginarios permiten repensar la(s) ciudad(es). La movilidad por la ciudad, que termina configurando formas de apropiación de este espacio, está construida no solo por la dimensión estructural y objetiva, sino también por los imaginarios en torno a quiénes son posibles usuarios —en un sentido

amplio— de la ciudad. Es por ello que consideramos los imaginarios como centrales en la construcción de la desigualdad social.

Buenos Aires puede ser pensada —y es imaginada— no solo como una megalópolis anómica con múltiples velocidades, sino también como un entramado de relaciones y múltiples espacios sociales en el que las relaciones interpersonales y los flujos son diferentes. El caso de los cartoneros, por ejemplo, da cuenta de la construcción imaginaria de un “centro” anónimo por parte de los recolectores donde pueden realizar su tarea sin ser vistos por sus vecinos. Ahora bien, lejos de ser anónimos los cartoneros son reconocidos tanto individual como colectivamente. En ciertos barrios, son vistos e imaginados como ‘otros’ peligrosos. Ello ocurre en un espacio construido como de élite, donde los cartoneros parecen estar fuera de lugar. Los imaginarios en torno a la “ciudad” han posibilitado romper la vergüenza de comenzar a recolectar, al tiempo que se han ido construyendo como ‘otros’. Pero en otro nivel, en el mismo espacio, son vistos como personas conocidas. Aquí no hay paradoja entre estos dos universos de sentidos. Es una cuestión de lente. Lo mismo podemos decir de la escala metropolitana y barrial. Lo que en una escala es exclusión en otra es relación.

En el caso de la zona periurbana de Salta, el imaginario homogeneizante de una ciudad ‘nueva’ y de la ‘colonización’ de las tierras ‘vacías’ rurales, al ser observado desde otro ángulo, habilita una pluralidad de situaciones, vivencias, pujas y negociaciones detrás de ‘la’ ciudad. A pesar de los circuitos cerrados de vivienda y de recorrido entre fincas, los trabajadores del tabaco han experimentado el espacio históricamente sin incorporar la noción clásica de ‘límite’. Al indagar en sus trayectorias de vida, los bordes de las ciudades, las localidades rurales, las fincas e incluso las ciudades —evitadas o soñadas— caracterizan sus relatos. Y ante la transformación de estos espacios recorridos, y la aparición de nuevos sujetos sociales, la configuración social históricamente constituida no desaparece, sino que se reconfigura. Se reordena en un nuevo mapa espacial —social y físico—. De un lado, la ciudad aparece como un espacio de referencia, de posible acceso, de ensueño e incluso un espacio valorizado de forma negativa en oposición al espacio rural conocido. Por el otro lado, si la ‘nueva’ ciudad crece hacia sus márgenes, los trabajadores del tabaco y los constructores de esta ciudad ‘moderna’, recorren ya estos espacios a través de otro tipo de caminos. Las relaciones personales coexisten entonces y son una variable más en el proceso de crecimiento de una ciudad, a la par de sus autopistas. Detrás de la ciudad como espacio físico aparece entonces un espacio social de negociación, de apropiación y de imaginación, que existe más allá de la escala urbana.

Una mirada comparativa de los procesos que ocurren en las ciudades que *a priori* tienen diferentes tamaños, desde los imaginarios y las prácticas de las personas que viven y recorren estos espacios, permite generar nuevas preguntas en torno a la posibilidad de producir generalizaciones a partir del rango de las ciudades. No nos interesó aquí desarrollar una discusión teórica en torno a las formas de vida urbana como una correlación directa entre tamaño y “modo mental”, que desde Simmel se ha transformado en un modo de pensar la ciudad. Las dicotomías entre lo que serían las pequeñas comunidades y los grandes centros urbanos tienen una gran tradición en las ciencias sociales y en antropología (ver Gravano 2016a).

Nuestro punto de partida fue comparar dos ciudades que tienen “diferente tamaño” como son la Ciudad de Buenos Aires y la de Salta, teniendo como hilo conductor los imaginarios como forma en que contribuyen a las negociaciones sociales por el espacio. Centrarse en diferentes escalas de análisis permite discutir los modos en que se desarrollan los imaginarios urbanos, las delimitaciones espaciales y las prácticas de movilidad de los sujetos, más allá del tamaño de la ciudad. De hecho, rompiendo la ‘imposibilidad’ *a priori* de comparar dos ciudades de escala muy diferente como Buenos Aires y Salta, este juego de lentes es el que nos permite retomar una agenda comparativa (Balbi, 2015) que da cuenta de las similitudes sin dejar afuera las diferencias de estos dos espacios urbanos, contruidos imaginaria y materialmente de forma disímil.

Es por ello que tanto la escala de la ciudad como la escala de la pregunta resultan pertinentes. La comparación de dos casos nos permite generar nuevas preguntas y formas de comprender el modo en que los imaginarios urbanos estructuran relaciones, movilidades y desigualdades. Como plantea Armando Silva (2006 [1992]), los imaginarios rigen las formas de identificación social de los diferentes grupos en las ciudades y nos permiten, entonces, dar visibilidad a los procesos complejos de definición de los límites socio-espaciales y de constitución de la desigualdad. Entendiendo esta no como una configuración acabada, sino como la forma que adquieren las prácticas espaciales. De esta forma, trayectorias de vida, formas de habitar y recorrer el espacio y los sentidos que los sujetos producen nos permiten repensar las ciudades, desde la perspectiva de sus propios actores y poniendo en juego diferentes lentes de observación.

## REFERENCIAS

- Agüero, G. (2014). Entre la finca y el club de campo. Vínculos entre pasado y presente en las prácticas de habitar un espacio ‘rural’. El Encón, Salta. *Memoria Americana*, 22(2), 111-145.
- Aguilar, M. Á. (1987). El estado, la financiación del hábitat y la renta del suelo. El caso Salta. *Revista Medio Ambiente y Urbanización*, 21, 39-48.
- Álvarez Leguizamón, S. (2017). *Formas de racismo indio en la Argentina y configuraciones sociales de poder*. Rosario: Prohistoria.
- Arizaga, C. (2005). *El mito de la comunidad en la ciudad mundializada. Estilos de vida y nuevas clases medias en urbanizaciones cerradas*. Buenos Aires: El Cielo por Asalto.
- Balbi, F. (2015). Retratistas de mariposas. Acerca del lugar subordinado de la comparación en la antropología social y cultural contemporánea. *Revista del Museo de Antropología*, 8(1), 171-186.
- Cosacov, N. (2017). El papel de la familia en la inscripción territorial. Exploraciones a partir de un estudio de hogares de clase media en el barrio de Caballito, Buenos Aires. *Población & Sociedad* 24(1), 35-65.
- De L’Estoile, B. y Pinheiro, C. (2001). Projets, paris, hésitations: notes sur trois plantations en situation d’incertitude. *Cahiers du Brésil Contemporain*, 43(4), 71-124.
- Delgado, M. (1999). *El animal público. Hacia una antropología de los espacios urbanos*. Barcelona: Anagrama.

- Fernández Álvarez, M. I. (2016). Experiencias de precariedad, creación de derechos y producción colectiva de bienestar(es) desde la economía popular. *Ensamblés* (4 y 5): 72-89.
- Galarza, B. (2016). Apuntes sobre la etnografía del urbanismo: la producción teórico-metodológica de la escuela de Chicago. Ariel Gravano. *Antropología de lo urbano* (pp. 217-230). Santiago de Chile: LOM ediciones/ Colegio de Antropólogos de Chile.
- Giarraca. (2003). *Territorios y lugares. Entre las fincas y la ciudad. Lules en Tucumán*. Buenos Aires: La Colmena.
- Giglia, Á. (2012). *El habitar y la cultura: perspectivas teóricas y de investigación*. Barcelona: Anthropos.
- Girola, M. F. (2007). Procesos de apropiación del espacio y sociabilidad vecinal en un gran conjunto urbano situado en la ciudad de Buenos Aires. *Anthropológica*, 25: 131-155.
- Gorbán, D. (2009). *La construcción social del espacio y la movilización colectiva. Las formas de organización espacial de los sectores populares en Buenos Aires. (Salir a cartonear, desentrañando prácticas y sentidos del trabajo entre quienes se dedican a la recolección de materiales recuperables)*. Tesis Doctoral en Ciencias Sociales, Universidad de Buenos Aires.
- Gravano, A. (2003). *Antropología de lo barrial. Estudios sobre producción simbólica de la vida urbana*. Buenos Aires: Espacio.
- Gravano, A. (comp.) (2005). *Imaginarios sociales de la ciudad media. Emblemas, fragmentaciones y otredades urbanas*. Buenos Aires: Estudios de Antropología Urbana. REUN.
- Gravano, A., Silva, A. y Boggi, S. (eds.) (2016). *Ciudades vividas. Sistemas e imaginarios de ciudades medias bonaerenses*. Buenos Aires: Café de las Ciudades.
- Gravano, A. (2016a). *Antropología de lo urbano*. Santiago de Chile: LOM ediciones/Colegio de Antropólogos de Chile.
- Gravano, A. (2016b). Tres hipótesis sobre la relación entre sistema urbano e imaginarios de ciudades medias. Ariel Gravano, Ana Silva, and Silvia Boggi (ed.), *Ciudades vividas: sistemas e imaginarios de ciudades medias bonaerenses*. (pp. 69-92). Buenos Aires: Café de las Ciudades.
- Grimson, A. (2009). Introducción: clasificaciones espaciales y territorialización en la política de Buenos Aires. Grimson, A., Ferraudi Curto, M. C. y Segura, R. (eds.), *La vida política en los barrios populares de Buenos Aires* (pp. 221-248). Buenos Aires: Prometeo.
- Grimson, A. y Segura, R. (2016). Space, Urban Borders, and Political Imagination in Buenos Aires. *Latin American and Caribbean Ethnic Studies* 11(1), 25-45.
- Gupta, A. y Ferguson, J. (1992). Beyond "Culture": Space, Identity, and the Politics of Difference. *Cultural Anthropology*, 7(1), 6-23.
- Hannerz, U. (1980). *Exploring the City*. Inquiriesto Ard an Urban Anthropology. New York: Columbia University Press.
- Jirón, P. (2009). Prácticas de movilidad cotidiana urbana: un análisis para revelar desigualdades en la ciudad. Manuel Tironi Rodó y Fernando Pérez Oyarzun (selección de textos), (176-189) SCL: Espacios, prácticas y cultura urbana. Disponible en <http://www.repositorio.uchile.cl/handle/2250/118192>
- Jirón, P. y Dhan Zunino, S. (2017). Dossier. Movilidad urbana y género: experiencias latinoamericanas (Introducción). *Transporte y Territorio*, 16, 1-8.

- Lacarrière, M. (2005). Nuevas políticas de lugares: recorridos y fronteras entre la utopía y la crisis. Max Welch Guerra (ed.) (pp. 363-395), *Buenos Aires a la deriva. Transformaciones urbanas recientes*. Buenos Aires: Biblos.
- Lefebvre, H. (1974). La production de l'espace. *L'homme et la société*, 31-32, 15-32.
- L'Estoile, B. de. (2014). Money Is Good, but a Friend Is Better: Uncertainty, Orientation to the Future, and "the Economy." *Current Anthropology*, 55(S9), S62-S73.
- Lindón, A. (2006). Cotidianidad y espacialidad: la experiencia de la precariedad laboral. Camilo Contreras Delgado y Adolfo Benito Narváez Tijerina (eds.) (1era ed.), *La experiencia de la ciudad y el trabajo como espacios de vida* (pp. 45-75). México: El Colegio de la Frontera Norte; Plaza y Valdéz.
- Lindón, A.; Aguilar, M. Ángel y Hiernaux, D. (2006). De la espacialidad, el lugar y los imaginarios urbanos: a modo de introducción. Alicia Lindón; Aguilar, Miguel Ángel y Hiernaux, Daniel (Coords.) (pp. 9-41), *Los lugares e imaginarios en la metrópolis*. México: Anthropos: UAM-Iztapalapa.
- Lindón, A. (2007). Los imaginarios urbanos y el constructivismo geográfico: los hologramas espaciales. *Revista Eure*, Vol. XXXIII(99), 31-46.
- Lindón, A. (2007). Diálogo con Néstor García Canclini. ¿Qué son los imaginarios y cómo actúan en la ciudad? *Revista Eure*, XXXIII(99), 89-99.
- Magnani, J. G.. (2002). De Pertto e de Dentro: Notas Para Uma Etnografía Urbana. *Revista Brasileira de Ciências Sociais*, 17(49), 11-29.
- Malizia, M. y Paolasso, P. (2009). Countries y barrios privados en Yerba Buena, Gran San Miguel de Tucumán, Argentina: nuevas formas de expansión urbana. *Estudios Demográficos y Urbanos*, 24(3).
- Massey, D. (1994). *Space, Place, and Gender*. University of Minnesota Press.
- Molina, A. (2013). *Como una gran pecera. Urbanizaciones cerradas, ciudadanía y subjetivación política en el Gran Mendoza*. Mendoza: Ediunc.
- Murray, L., Sawchuk, K. y Jirón, P. (2016). Comparative mobilities in an unequal world: researching intersections of gender and generation. *Mobilities*, 11(4), 542-552.
- Narotzky, S. & Besnier, N. (2014). Crisis, Value, and Hope: Rethinking the Economy: An Introduction to Supplement 9. *Current Anthropology*, 55(S9), S4-S16.
- Narotzky, S. & Goddard, V. (eds.) (2017). *Work and Livelihoods: History, Ethnography and Models in Times of Crisis*. First published. *Routledge Studies in Anthropology*, 35. New York, NY London: Routledge.
- Noel, G. (2016). Las ciudades invisibles. Algunas lecciones teóricas y metodológicas surgidas del abordaje de aglomeraciones medianas y pequeñas en el límite de un *hinterland* metropolitano. *Revista Brasileira de Sociologia Da Emoção*, 15(5), 66-77.
- Paiva, V. (2008). *Cartoneros y cooperativas de recuperadores. Una mirada sobre la recolección informal de residuos. Área metropolitana de Buenos Aires. 1999-2007*. Buenos Aires: Prometeo.
- Perelman, M. D. (2010). El cirujeo en la Ciudad de Buenos Aires. Visibilización, estigma y confianza. *AIBR. Revista de Antropología Iberoamericana*, 5(1), 94-125.
- Perelman, M. D. (2011a). Vergüenza y dignidad. Resignificaciones sobre el sentido del trabajo en los nuevos cirujas. Pablo Chamber and Francisco Suárez (eds.), (1era ed.,

- pp. 223-238). *Recicloscopio 2. Miradas Sobre Recuperadores, Políticas Públicas y Subjetividades En América Latina*. Buenos Aires: UNLA/UNGS/CICCUS.
- Perelman, M. D. (2011b). La construcción de la idea de trabajo digno en los cirujas de la ciudad de Buenos Aires. *Intersecciones en Antropología*, 12(1), 69-81.
- Perelman, M. D. (2017a). Collecte des déchets, crise et problèmes sociaux associés. Élisabeth Anstett y Ortat, Nathalie (eds.), (1ra ed., pp. 161-178), *Jeux de pouvoir dans nos poubelles. Enjeux idéologiques, sociaux et politiques du recyclage au tournant du 21e siècle*. París: Petra.
- Perelman, M. D. (2017b). Pensando la desigualdad urbana desde el trabajo callejero. Mariano D. Perelman and Martín Boy, eds. (1era. Ed., pp. 19-44). *Fronteras en la ciudad: (Re)producción de desigualdades y conflictos*. Buenos Aires: Teseo.
- Perelman, M. D. (2018a). Marcher sur l'inégalité sociale. Collecte informelle des déchets à Buenos Aires. *Espaces et Sociétés (en prensa)*.
- Perelman, M. D. (2018b). Pensando la recolección informal más allá de la(s) crisis. Pablo Schamber y Francisco Suárez (eds.) (1 ed., pp. 139-154). *Recicloscopio V*. Los Polvorines. UNGS.
- Sbrocco, M. E. (2000). Asentamientos: entre la estrategia y la gestión. Salta, 1997. Rabey y Jerez (ed.). *Procesos de urbanización en la Argentina: la mirada antropológica*. Jujuy: Universidad Nacional de Jujuy
- Silva, A. (2006 [1992]). *Imaginarios Urbanos*. Bogotá: Arango.
- Silva, A. y Borgi, S. (2016). Estudios sobre imaginarios de ciudades medias. Ariel Gravano; Silva, Ana y Boggi, Silvia (eds.), *Ciudades vividas. Sistemas e imaginarios de ciudades medias bonaerenses* (pp. 49-68). Buenos Aires: Café de las Ciudades.
- Sigaud, L. (1996). Derecho y coerción moral en el mundo de los ingenios. *Estudios Históricos*, 9(18).
- Simmel, G. (1986). *Ensayos sobre el individuo y la libertad*. Barcelona: Península.
- Suárez, Fr. (2016). *La reina del Plata: Buenos Aires: sociedad y residuos*. Buenos Aires: Universidad Nacional de General Sarmiento.
- Svampa, M. (2004). *La brecha urbana. Countries y barrios privados*. Buenos Aires: Capital Intelectual.
- Svampa, M. (2005). *La sociedad excluyente. Argentina bajo el signo del neoliberalismo*. Buenos Aires: Taurus.
- Svampa, M. (2008). *Los que ganaron. La vida en los countries y barrios privados*. Buenos Aires: Biblos.
- Therborn, G. (2015). *Los campos de exterminio de la desigualdad*. Buenos Aires: FCE.
- Urry, J. (2000). *Sociology beyond societies: Mobilities for the twenty-first century*. Londres, Inglaterra: Routledge.
- Vera, P. (2016). Imaginarios urbanos tecnológicos: los hilos de las construcciones socio-técnicas de la ciudad. *Horizontes Sociológicos*, 4(8): 143-160.
- Villagrán, A. (2007). Una moderna tradición. El uso del pasado y la apropiación de símbolos en el Gobierno de Salta 1995-2007. *Cuadernos de Humanidades (17-18)*.
- Villagrán, A. (2014). Entre historia y tradición. Reflexiones a partir del proceso de folclorización del pasado en Salta. *Corpus 4* (1).



# ENTREVERSE EN LOS MÁRGENES URBANOS: PAISAJES DE LA EXCLUSIÓN, ESTIGMATIZACIÓN TERRITORIAL Y RECELO SOCIAL

---

DIEGO E. GUZMÁN SANDOVAL\*

Uno de los rostros de la territorialización urbana ha sido el de la conformación de zonas segregadas y autosegregadas. Desde la perspectiva de los estudios geográficos y socio-territoriales se ha puesto de manifiesto la composición de escenarios urbanos periféricos que yuxtaponen zonas con marcados índices de desarrollo social frente a otras zonas en las que persiste una evidente condición de marginación, y dentro de las cuales se expresan distintos modos de exclusión económica y social (Trudeau & McMorran, 2011). En dicho contexto la pauta de disposición urbana reinante desde hace tiempo, según varios autores, es la de la gestación de enclaves urbanos con un carácter de segregación disociada (Prevot Shapira, 2002). Más allá de su contigüidad estos escenarios manifiestan figurativamente la distinción de dos “mundos aislados” desemejantes en oportunidades y expectativas (Saraví, 2008)<sup>1</sup>.

Conviene subrayar que hay otros elementos que nos sirven para vislumbrar las intersecciones de esta dualidad urbana. Indicios que ubicamos en la escala de las relaciones e interacciones sociales desplegadas en el propio escenario urbano. Estos pueden ser evidentes en las distinciones, valoraciones o calificativos empleados por los habitantes que no solo dan forma sino performan su espacio habitado, y que a su vez pueden trocarse en un juego de distancias sociales que se juegan simbólicamente dentro del espacio urbano erigiendo límites y fronteras entre ellos que bien pueden advertir la configuración actual de la sociabilidad urbana.

Bajo esta premisa es posible plantear un conjunto de preguntas de orden descriptivo vinculadas a la problemática de los imaginarios sociales: ¿Qué tipo de imaginarios se

---

\* Universidad de Guanajuato, México.

<sup>1</sup> Se parte de una concepción dual del espacio urbano asimilada a través de autores como Gonzalo Saraví cuyo trabajo ha planteado la constitución de una condición estructural en la cual se despliegan estilos y experiencias de vida incluidos dentro de órdenes de restricción marcados por la desigualdad y acumulación de desventajas sociales. El autor intenta dar cuenta de la construcción social de la desigualdad. Lo que se traduce concretamente en una lógica de desplazamiento y movilidad entre individuos pertenecientes a estratos sociales distintos afectando especialmente a grupos sociales vulnerables. A detalle, su investigación se centra particularmente en la población juvenil. Consideramos que su perspectiva puede extrapolarse para analizar otros actores y figuraciones sociales.

constituyen en relación a este contexto? ¿Cómo se configura un espacio; al tiempo divisional e interseccional, entre los habitantes de este tipo de escenarios capaz de habilitar su reconocimiento público?

Vale decir que el imaginario designa un poder discursivo, que proyecta representaciones en torno al tiempo y el espacio. Se trata ante todo de una construcción simbólica. Según García Canclini (1997) lo imaginario remite a un repertorio de imágenes diversas que se desprenden de lo vivido y de lo experimentado. El imaginario termina llenando parcial o provisionalmente la hendidura con lo que se desconoce, lo que es ajeno a lo propio. Para bien o para mal, como señala el antropólogo argentino, imaginamos lo que no conocemos y nos genera incertidumbre. Imaginamos lo que es y no es. Esta idea tiene desde luego un fuerte rendimiento en nuestro trabajo, pues nos permite ubicar de modo relacional la forma como las interacciones sociales dentro de un escenario disociado se reproducen en prácticas, discursos y representaciones que intentan sellar una distancia, no solo física sino simbólica. Cada fragmento de las ciudades constituye una atmósfera imaginaria (Kind, 2007) esta entrelaza la experiencia intersubjetiva, las prácticas y las representaciones que sirven como ejes de orientación para distinguir o adherirse al espacio habitado. Esta adherencia es puramente vivencial, aunque sin duda está conectada a los efectos que se experimentan a través de tendencias y procesos de mayor alcance que influyen en las realidades de los individuos.

Ofreceremos un tratamiento de estas preguntas y temas haciendo objeto de indagación las relaciones vecinales en una localidad mexicana llamada Marfil ubicada en la ciudad de Guanajuato. Un escenario que presenta las características descritas. Disímil en términos de su consolidación urbana.

## SOBRE EL PROCEDIMIENTO DE LA INVESTIGACIÓN

En este lugar se advierten cuatro escenarios con características distintivas que entran en relación: 1) una zona de casas ostentosas habitada por personajes políticos y empresariales reconocidos en la ciudad de Guanajuato, 2) un barrio popular, 3) una zona periurbanizada en su mayoría con residencias de clase medias; 4) asentamientos urbanos marginados que presentan condiciones de irregularidad. Tomando en cuenta la distinción socio-económica marcada por los índices de marginación urbana medidos por la Conapo<sup>2</sup>, se estableció un corte metodológico, prestando atención a las colindancias entre escenarios con marginación alta o muy alta y escenarios con marginación media y baja.

La determinación de la muestra fue acorde con el carácter cualitativo de la investigación, una muestra no probabilística. Al contemplarse la variable sobre cómo los individuos entrevistados se entienden dentro del ámbito público en tanto vecinos se establece como matriz de observación las relaciones vecinales. De aquí se distinguieron dos elementos: vínculos formalizados y órdenes de interacción, por ello se trabajó con integrantes de

<sup>2</sup> Consejo Nacional de Población. Institución gubernamental mexicana concentrada en la medición estadística de diferentes aspectos poblacionales. Las mediciones de marginación urbana se basan en los datos del Censo de Población y Vivienda elaborado en el año de 2010.

comités vecinales que pudimos ubicar en los subconjuntos urbanos donde se realizó el trabajo de campo. Fueron un total de seis comités vecinales, esto nos facilitó el encuentro con otros vecinos del lugar, fijando otro criterio: habitantes con mucho tiempo viviendo en la zona y nuevos colonos, sin hacer una distinción rigurosa en términos de género o rangos etarios. Sin ser exhaustivos en la determinación de una población en particular, se buscó la heterogeneidad de testimonios, esto para recoger una gama de experiencias diversas que nos ayudaran a inferir distintos órdenes de interacción ligados a las prácticas de exclusión inscritas en el escenario. Nuestra estancia abarcó tres meses entrevistando indistintamente a los residentes de estas zonas identificando desde su perspectiva aspectos de la historicidad del escenario, así como las principales problemáticas vinculadas a las localidades que conforman este polígono.

Se siguió la pista de los efectos que produce en las interacciones de este escenario la colindancia de uno de los asentamientos irregulares con una colonia privada, así como la vecindad que una colonia con índices medios de marginación tiene con otro sector irregular partiendo de la observación de las relaciones y prácticas que se consuman en estos espacios y muy especialmente en sus puntos de intersección que pueden, a su vez, acentuar situaciones de conflicto o donde se establecen distancias que se vuelven marcadores de distinción y diferencia. Cumple un importante valor analítico el registro histórico del poblamiento de este sitio, pues a través de éste fue posible reconocer los principales puntos de inflexión de estos territorios vinculados a los procesos urbanos experimentados en la localidad durante un lapso de tiempo que se extiende a más de veinte años. En el testimonio de la mayoría de las treinta personas entrevistadas asoman las evocaciones del establecimiento de los asentamientos irregulares, así como los efectos que este suceso tuvo en la cotidianidad del lugar.

En un primer momento de la investigación, distinguimos dos territorialidades del polígono Marfil que con propósitos analíticos llamaremos: espacio integrado en oposición al espacio-excluido, refiriéndonos a aquellas zonas que concentran los asentamientos de mayor contraste.

Las formas de interpretar este acontecimiento entre los habitantes resultaron fundamentales para mostrar los significados que ponen en descubierto la distinción en términos de clases, vecinos y espacios. Las características de este escenario permiten entrever las demandas de habitabilidad, su articulación alrededor de agendas de seguridad y la aparición de urbanizaciones cercadas y replegadas. Consideramos que estos aspectos pautan las interrelaciones vecinales en este escenario.

Si tomamos esta distribución desigual del espacio urbano como un universo de experiencia que se puede cristalizar en el delineamiento de una suerte de topografía cognitiva ceñida a la práctica social que va estructurando sentidos de disociación entre los habitantes que no solo localizan a ese espacio relegado atribuyéndole una valoración despectiva, también lo colocan como referencia de prácticas de prevención que motivan performatividades y discursos que se estructuran en torno a ciertos criterios de valoración moral, desprendiendo un sentido de la frontera que emplaza imágenes de lo nómico y lo anómico, de la inclusión y la exclusión. Estos elementos pueden estar ligados a la disposición del lugar y a las formas en las cuales estos escenarios disociados se encuentran organizados. Hasta

aquí no hemos tomado en cuenta que, por igual, esto se asocia al sentimiento de reserva y la percepción de inseguridad de los habitantes de colonias que colindan con dicha zona de asentamientos marginados.

A causa de establecer los factores disposicionales ligados principalmente a los índices de marginación urbana observados en el sitio se fue esbozando lo que denominaríamos como “registro de la distinción”, integrado por tres aspectos: 1) Los tipos de sociabilidades que constituyen modos de actuación en el territorio. 2) En función de su relación con el escenario el lenguaje que los actores emplean para referirse al espacio que habitan, conformando así un modelo de referencia y ubicación que simboliza al espacio significando percepciones o asociando imágenes y sentidos que marcan distancias y fronteras: adentro-afuera particularmente frente a aquellos escenarios que son visualizados como más marginales y relegados. 3) Por último, el análisis de las potenciales situaciones de conflicto vecinal, ora expresas u ora latentes, que a su vez nos sugieren la generación de atmósferas de miedo y desconfianza como criba de las interacciones que acontecen en este sitio.

Estas tres dimensiones analíticas, por su parte, nos parecen que se encuentran atravesadas por dos grandes temáticas. Primero la interrogante sobre las formas como las distancias sociales se juegan simbólicamente en el espacio urbano teniendo efectos en las formas como se construyen las relaciones vecinales y segundo las características que posee este juego de distancias y relaciones, así como las formas que asume, fuertemente ligadas a dinámicas de etiquetamiento de territorios urbanos que pueden devenir en estigmas sociales a partir de los cuales se entrevé la representación del espacio irregular.

Si hemos de decir que la estigmatización territorial se construye por la vía de diferentes matrices: sociales, económicas y simbólicas, esta última especialmente encuentra un lazo significativo con la distancia social que se funda entre los individuos. Pero esta llamada distancia social (marcadora de fronteras) debemos entenderla en el plano de habitabilidades urbanas contrastantes y sus socializaciones, los paisajes que genera y los significados que se exhiben.

## EL PAISAJE DE LA EXCLUSIÓN COMO IMAGINARIO DE LO ANÓMICO

Alguna vez conversé con un joven habitante de Las Teresas el cual me señalaba que el paisaje de este lugar está compuesto por tres franjas donde se superponen edificaciones que pueden ser identificadas por su color, y no solo eso, también por la aficción que dicho color imprime. La franja gris correspondiente a la zona de asentamientos más excluidos, donde resaltan casas de ladrillo y cemento, es quizá la franja que “desentona” y que provoca una sensación de tristeza y lástima, donde están “bien podridos”, decía con tono irónico. “La tierra del desorden” inquirió después. Luego, la franja de edificaciones con fachada de color amarillo cuyo tono uniforme expresa la presencia de otro contexto con el que él mismo afirmaba identificarse. Me decía que dicha zona está más “trancas” (tranquila). La zona que conoce y en la que se ubica fácilmente. Por último, la franja blanca de amplias casonas y edificios residenciales con las arboledas que la escoltan que se prolonga a través del cauce por donde atraviesa el río Marfil. Se trata de un espacio más exclusivo y, a la vez, antiguo, que remite a un contexto siempre presente para referenciar a este lu-

gar, aunque alejado para muchos de los residentes, esta es la zona “más acá” o “más *nice*”, señala el joven. Así se suelen referir a esta zona varios de los habitantes de los alrededores donde están ubicadas algunas de las colonias más ostentosas de la ciudad.

Los exponentes de la antropología simbólica han contribuido a entender que donde hay sentido social de la suciedad hay sistema simbólico que dispone todo un espectro de relaciones: dentro-fuera, legal-ilegal, regular-irregular, seguro-amenazante (Douglas, 2007). Las referencias a este territorio, las formas de significarlo y de producir su imagen pública parece que están investidas constantemente de sentimientos y afecciones que expresan rechazo además de distancia. La valoración expresada “están podridos” hace presente una imagen anómica que se replica con continuidad para señalar la ubicación de los asentamientos más marginados. En otra ocasión, una mujer hablaba de los habitantes de esta zona como causantes de diversas problemáticas, lo hacía tomando distancia, como una observadora que ve e intuye su comportamiento desde una posición, al tiempo cercana y alejada. Afirmaciones que fijan bordes que distinguen y separan. La misma persona entrevistada sostenía: “ellos huelen el miedo, es su instinto”, como si estos habitantes vivieran en un estado de la naturaleza, como cazadores furtivos al acecho de sus presas, “allí no hay orden, y eso que el gobierno los ha ayudado”.

Desde esta posición se construyen muchas de las imágenes de este escenario como un espacio que altera, que genera desconfianza y recelo. Reflejando representaciones que denotan la imagen de la invasión y la contaminación. Esta tensión propia del escenario urbano se configura como un imaginario colmado de percepciones y referencias que demarcan el adentro y el afuera expresado en este caso específico como un arriba-abajo. Es decir, “arriba” como el paraje de lo anómico y “abajo” como el paraje del orden, el espacio de mayor arraigo y norma.

Bajo esta pauta, inspirados por el trabajo de Norbert Elias, surge esta idea de las imágenes nómicas e imágenes anómicas. Que muestran el modo a partir del cual los individuos se adscriben a categorías de significación que los hacen tener un sentido de pertenencia y compatibilidad con un marco social de experiencia, pero de igual modo ponen de manifiesto la incompatibilidad de las perspectivas fijadas dentro del escenario urbano polarizado y segregado socialmente. Entre este sentido de lo nómico y lo anómico hay una interdependencia. Es dentro de estas dimensiones donde se sella la frontera identitaria, montada sobre las imágenes de un alter-ego, de un alter-social, que deviene objeto de un tipo específico de representación, diríamos: estigmatizante.

Basados en las consideraciones de este sociólogo, debemos apuntar que las dinámicas de estigmatización nos llevan a distinguir cuando menos tres directrices: 1) No se trata a priori de una condición fija sino de un proceso que articula relaciones sociales, por lo que hay que atender los índices y balances de poder relativos a las posiciones que se producen y reproducen entre los individuos. 2) Dichas prácticas de exclusión proyectan diversos ámbitos objetuales que de la misma forma predisponen acciones y entretienen discursos, estos forman parte de un orden representacional que está relacionado con el ejercicio de una violencia simbólica puesta en práctica entre los individuos, grupos y por supuesto territorios. 3) Puede ser una dimensión de exclusión totalizante en la que los prejuicios, los estereotipos, ciertas distinciones y, por supuesto, las desigualdades sociales disponen

la referencia hacia el grupo social. Formulaciones discursivas, *pars pro toto*, que toman el todo por la parte, depositando en las situaciones de encuentro social significaciones que pueden ser relativas a formas de distinguir y percibir a los individuos y sus condiciones de vida.

Aquí lo simbolizado es la distancia con respecto a un escenario identificable, los asentamientos irregulares, que se convierten en destino objetual de percepciones y significaciones, que ayudan a gestar la imagen del miedo y el desorden entre los vecinos de este lugar. Espacio ya convertido en un depósito de representaciones, muchas de ellas imaginarias, que sirven además para articular tramas de relaciones que van construyendo maneras de distinguirse y reconocerse. A continuación exponemos la forma de operación de este orden representacional.

## CARTOLANDIA

“Cartolandia” es el término empleado por los vecinos aledaños para hacer alusión a la presencia de un polígono urbano marginal que se compone de diferentes colonias irregulares. Haciendo obvia referencia a la manera como están construidas las casas de estos habitantes. Edificaciones de cartón, láminas, madera, muros de ladrillos sin enjarre, calles sin pavimentación y sin otros servicios básicos.

Los primeros habitantes de Las Bateas, El Edén, Las Águilas, Las Biznagas y recientemente Ladera de la Aldana que integran parte de las zonas de mayor marginación en la localidad, llegaron en el año de 1994. La mayor parte de los habitantes provenían de los anillos periféricos y comunidades de ciudades como Irapuato y Salamanca que forman parte del estado mexicano de Guanajuato. No hay un dato aproximado de la gente que llegó, aunque se suele comentar que en esta primera ola de poblamiento arribaron entre 13 y 20 familias. Hoy se habla de más de 600 familias asentadas dentro de esta superficie de terrenos integrada por casas precarias y dispersas, varias de ellas abandonadas. Aún continúan llegando pobladores al sitio.

Los índices de marginación señalan que estas colonias son parte de las zonas con mayores rezagos socio-económicos de la ciudad. Los primeros residentes llegaron a Guanajuato fundamentalmente por el bajo costo de los terrenos. El cual se ha ido incrementando, ello en función al modo como los asentamientos van concretando su regularización o van accediendo a determinados servicios: agua o luz eléctrica principalmente. Sin embargo, este proceso ha sido muy lento para el caso de estos puntos del polígono.

La mayoría de los primeros colonos llegó para ocuparse en la labor de trabajadores de la construcción, o para trabajar en el servicio doméstico. Lo que ha sucedido posteriormente con las trayectorias de estos individuos es que se han seguido sosteniendo principalmente de la labor de la construcción. Incluso teniendo que migrar a otras ciudades del norte del país y en algunos casos hacia los EE.UU.

Es durante la década del 2000 donde hay una segunda ola de poblamiento en estos terrenos. La mayoría de esta gente fue reinstalada en la zona, se dice que a través de las propias autoridades municipales. Un aproximado de 50 familias habitaban unos terrenos ubicados a las afueras de la ciudad muy cercanos donde hace algunos años comenzó a

construirse el edificio que hoy alberga la sede del poder legislativo del Estado. Debido a su condición de irregulares los pobladores son desalojados, pero son reinstalados en esta zona. Buscan un arreglo con el municipio que los reubica en Marfil. Esto sucede en el año de 2004. Muchas de las demandas de regularización a partir de ese año siguen tratando de encontrar un eco en las autoridades municipales. Las subsecuentes olas de poblamiento indican en la mayoría de los casos una territorialización circunscrita a lógicas de desplazamiento que acontecen al interior de la ciudad. Gente desplazada de otros asentamientos irregulares o personas que provienen de zonas cercanas al centro de la ciudad. En el último año, la falta de apoyo de parte de las autoridades municipales se hace evidente entre los colonos. Varios de ellos nos señalan que sólo vienen cuando hay elecciones.

## ESTIGMATIZACIÓN Y ETIQUETAMIENTO DE CARTOLANDIA

La estigmatización territorial puede asumirse como un fenómeno concomitante a procesos de exclusión situados espacialmente (Wacquant, 2001). Sería un fenómeno que procesa las disposiciones, los repertorios de prácticas y relaciones que, adheridas a las experiencias sociales de los individuos, los orilla a una condición de descalificación. Asumiendo que las dinámicas de exclusión pueden cobrar muchas formas y modos, estas en lo general implican procesos de desligamiento estructural de sectores sociales. La exclusión puede dar sitio a prácticas y expresiones de descalificación social que al estereotipar y etiquetar sujetos y espacios habilitan relaciones entre individuos o grupos en condiciones diferenciadas donde estos sectores más desligados terminan por recepcionar y agenciar la marca o huella de estos procesos, por ejemplo atribuyéndoles la imagen representativa de lo amenazante.

Es aquí donde entra en juego la estigmatización territorial como una manifestación de estas condiciones que muestra y encubre dinámicas más profundas de segregación y exclusión.

“¡En Lomas de Marfil vamos a construir un muro y Las Biznagas lo van a pagar!”. Esta frase era comentada por un usuario de un grupo de Facebook local suscitando cientos de *likes* y comentarios en tono de mofa. El comentario hace referencia a dos de las colonias que se ubican en el área. Otro usuario del grupo afirmaba que vivía ahí y que la situación lo ameritaba. Basta con recorrer estas colonias ubicadas en el polígono para reconocer lo que el comentario implica. Comentarios que suelen suscitarse y que aluden a la diferencia que existe entre estos sitios. Resulta común que los vecinos señalen el carácter conflictivo que se presupone le es propio a este sitio.

La denominación de Cartolandia fue poco a poco construyéndose como una forma de referirse a este espacio. Es un término genérico, pues se utiliza muchas veces para referirse a la totalidad de las zonas excluidas e irregulares, donde se les acusa además de ser conflictivas. Incluso entre aquellas zonas que forman parte de los terrenos donde se asientan estos lugares pero que ya han concretado su regularización se establece pronto la distinción. Como lo muestran los siguientes testimonios:

“Yo cuando digo que soy del Marfil, del Edén, me decían rápido, burlándose, eres de Cartolandia. Al principio no entendía eso, de qué se burlaban. De a poco fui dándome cuenta por qué. Si me agüitaba. Ahora solo me aguanto. No lo comento” (Alejandro, 25 años, trabajador).

“Hace unos diez años la colonia estaba como allá arriba. No había calles pavimentadas, teníamos muchos problemas entre los jóvenes, no teníamos agua. Pero es a partir de que nos apoyaron (...) como las cosas han venido cambiando. Donde siguen los problemas es allá. Acá ya no es Cartolandia. Nosotros ya nos salimos de ahí” (Humberto, 45 años, obrero).

Dicho epíteto suele estar acompañado por otro elemento de distinción que sirve de marcador del espacio donde no hay presencia gubernamental y orden, parece que así se siembra el imaginario representacional de Cartolandia. Allí viven “los invasores”, “Los paracaidistas”, percepción que desde el ángulo de los habitantes de los asentamientos irregulares resulta inválida. Dicen que están aquí por un esfuerzo propio, que compraron de buena fe un terreno. Incluso varios colonos indican con orgullo que en los últimos años han venido “progresando” esta visión por supuesto es relativa a ciertas zonas que acceden a un servicio específico.

Sobre los vecinos aledaños, principalmente colonias de clases medias, algunos de los colonos han comentado que estos les han puesto muros y bardas. Dicen que fue a partir de su presencia que empezaron a colocar dichas estructuras. Uno de los testimonios recoge la siguiente impresión: “Todos hablan del muro de Trump, aquí es igual. Tenemos que caminar una cuadra. Cien metros para poder cruzar al paradero de autobuses” (Trino, 72 años, comerciante).

La cuestión de la seguridad es un elemento muy ponderable. Sin duda es un aspecto constitutivo de la cotidianidad de este espacio. Se construyeron varias bardas por problemas que sucedieron en la colonia hace algunos años, robos a hogares. A partir de allí hay una sensación de que esto fue lo correcto, comentan que así se vive mejor y que “no hay de otra”. El cierre de las calles aledañas a este espacio, cierre que se concreta en las construcciones de bardas y la colocación de vallas metálicas, tiene una justificación de parte de los vecinos. La privatización de las calles implica aislarse de un exterior que no parece seguro. Tiene el objetivo de generar condiciones de mayor control y tranquilidad.

A pesar de la contigüidad espacial no hay una proximidad, ni una interacción social directa entre estos territorios asimétricos. Persiste entre ellos un vínculo más objetual, en el cual es posible leer que el territorio ajeno y vecino se vuelve objeto de vigilancia y distancia. Se transforma en un objeto de recelo y precaución, un aspecto que se estructura discursivamente en el reconocimiento y denominación de los distintos lugares que conforman esta área urbana. Esto genera un clima de disociación. Como muestra el siguiente ejemplo: “Los de allá debajo de los hospitales nos discriminan en Facebook, siempre dicen que las cosas malas pasan aquí. Eso no es justo, por qué nos ven así”. Luego señala; “el cuate que hizo esos comentarios vive allá abajo. Es una hipocresía que como si nada en el Facebook se suelte a decir cosas bien feas e hirientes sobre nosotros” (Juanita, 29 años, ama de casa).

## EL IMAGINARIO DE LA INVASIÓN.

### NOTAS SOBRE LA PERCEPCIÓN VECINAL DEL ESPACIO EXCLUIDO

El lenguaje cumple la función de delimitar simbólicamente territorios y otorgar significados a los mismos. A partir de la semantización del espacio y su puesta en configuración

resulta posible asociar el lenguaje con las imágenes que distinguen entre lo normativo y lo anómico. El lenguaje significa y refiere a los lugares. Expresa términos, categorías y tropos que simultáneamente ordenan y clasifican. Aquí se rastreaban aquellos términos que se usaban generalmente para hacer distinguible la presencia y significar la relación con el espacio segregado. La evidencia eran los juicios o las valoraciones que se daban entre los vecinos centrados en la simple presencia de este espacio. Si hay un lenguaje de la estigmatización este es por antonomasia un lenguaje cosificador. Esto, señalábamos, a partir de juicios de valor y prejuicios. Desde esta óptica el lenguaje del espacio, que forma parte del repertorio que los imaginarios resguardan, da muestra de sentidos de distinción, aunque no se reduce a ello.

La configuración del imaginario que expresa significados e imágenes que aluden a la presencia de los asentamientos irregulares es puesta en relieve cuando advertimos las formas comunicativas que se construyen entre los vecinos con el fin de dar cuenta del origen del asentamiento irregular. Podemos decir que existe un imaginario de la invasión que se ha compuesto a través de las referencias que sirven para denominar a estos lugares, donde se especulan las causas de su presencia. Ese lugar denominado Cartolandia se percibe como un asentamiento espontáneo en el que comenzaron a llegar un número considerable de familias que se instalaron sin ningún control y orden. Se indica que la gente que vive en estas zonas son chilangos (habitantes de la ciudad de México), que como es común suelen apropiarse arbitrariamente de las tierras. Algunos testimonios recogen la idea de que Marfil perdió su estatus. Existe un antes y un después entrelazado a la llegada de estas personas. Una muestra es el siguiente testimonio:

Yo te digo Marfil, sabías, era la zona más rica de Guanajuato. Desde siempre. Ya desde que ves que llega esa gente de allá arriba, las cosas se empiezan a poner mal. Uno piensa eso. Hay más problemas, menos tranquilidad, que ya tienes la preocupación porque tus hijos están fuera en la noche. Los taxistas ya no los quieren traer. Uno se estresa más.” (Angélica, comerciante, 46 años)

Por otro lado, resalta la categorización arriba/abajo que posee fuertes implicaciones en este lugar. El sentido de estas formas de posicionamiento es relativa a la ubicación de cada una de las urbanizaciones cercanas al asentamiento irregular. Decir “arriba” sugiere con frecuencia hacer alusión a una zona definida como conflictiva. Dentro de esta localidad “arriba” se emplea para referir el espacio irregular, el espacio más precario, donde se instalan los principales problemas. Resulta curioso cómo se va escalonando esta referencia en relación al contacto con este escenario.

Tanto las zonas privadas como las colonias adyacentes al asentamiento marcan su distancia a través de este término, como lo señalan los siguientes entrevistados: “Los de allá arriba de la colonia, son borrachos y se drogan, me preguntas ¿cómo son? Son complicados”, una percepción semejante la encontramos en la definición de una señora habitante de la calle. Los hospitales, cercana a estas zonas: “Allá arriba no se saben comportar...”. Otras enunciaciones recogen igualmente este referenciar infravalorativo, anclado a una idea de normalización que se produce en correspondencia al juicio sobre el asentamiento irregular, como si el arriba fuese la coordenada del caos. “Es donde vive la gente más ruda”; “donde viven los rancheros” y “los chilangos”, sentencian otros testimonios.

Para responder al dilema del origen de este lugar se hacen presentes otras denominaciones. Se habla de los rancheros que llegaron de comunidades rurales, advirtiendo de modo caricaturizado un proceso típico de las migraciones urbanas. Otros han dicho que incluso se trata de gente que proviene de Centroamérica y que se ha instalado transitoriamente con el propósito de buscar trasladarse a los Estados Unidos. Era debido prestar atención a este detalle, pues estos testimonios evidenciaban tonos de alarma y preocupación entre los vecinos. No hemos registrado la presencia de gente de esos países en estos lugares.

Se agrega que estos lugares son el producto de la decadencia y negligencia. Se hacen señalamientos que expresan que transitar en ellos resulta peligroso e inseguro particularmente en la noche. Es el espacio donde la policía no puede entrar. Colmado de jóvenes que se drogan y se emborrachan.

Los invasores de la tierra son otra forma de referir a los habitantes. Explicar este proceso ha resultado complicado, lo que podemos afirmar es que las personas habitantes de estos lugares sostienen que han llegado aquí por necesidad, comprando terrenos a bajos costos, aprovechando la oportunidad para fincar una casa. Han llegado aquí por “buena fe” aunque algunos han sido víctimas de engaños de parte de los promotores de terrenos piratas sin saber que las condiciones iban a complicarse por la falta de servicios.

La otra imagen de referencia es la de la corrupción. Se los señala como irregulares y personas pertenecientes a organizaciones clientelares de algún partido político no especificado. Se infiere que son el producto de la corrupción de las instancias del gobierno. Este es un aspecto que sin embargo tiene matices. Los que integran los comités vecinales en las colonias marginadas dicen que es la única forma de tener una representación con cierto peso ante las instancias de gobierno, no aceptan la denominación de clientelismo. Señala el representante la colonia Ladera de la Aldana: “Es lo que te piden. Vas con el director de desarrollo urbano y eso te dice. Yo no te puedo ayudar si no tienes algo organizado. Y aquí pues igual no puedes tener a todos de tu parte” (René, 51 años, líder comité). Al entrevistar a las personas, la mayoría señaló no pertenecer a ninguna organización política, pero sí haber recibido algún apoyo de gobierno.

El espacio inseguro, del vicio e incluso el espacio patológico es otro de los aspectos que se presentan con frecuencia en este registro de referencias sobre el espacio excluido. Es el espacio donde la policía no puede entrar. Colmado de jóvenes que se drogan y se emborrachan. Un espacio patológico donde hay casos de suicidios, violencia desmedida y hasta incestos. “No hay que ir ahí, cuidado, evítalos en lo posible, guarda precaución”; “Yo evito ese lugar. A lo mucho durante el día. Después no” (Juan José, 37 años, diseñador).

Este es un registro que indudablemente se juega en la línea de la estigmatización, pues se adapta a la designación de este concepto, un estigma combina propiedades o atributos reales con otros atributos virtuales, que tienden a consignar a los otros desde la generalización, tomando la parte por el todo, o viceversa, el todo por la parte. En este juego parece que no hay matices solo imágenes genéricas: “Allá vive puro vago. Gente pobre, es sin oficio ni beneficio. Los ves a todos en las esquinas drogándose o emborrachándose, peleando. Aquí no, trabajamos, somos la mayoría profesionistas, con perspectiva, futuro. Nada que ver” (Luz, 61 años, ama de casa).

Este espacio-entre o intersección se visualiza a través del proceso de producción de la imagen pública que habilita dicho reconocimiento social.

Estas figuraciones sociales que aquí tentativamente se trazan a partir de revisar el juego interactivo o las interdependencias entre grupos establecidos y grupos marginados siguiendo a Norbert Elias (2016), se traducen a un esquema de observación que se concentra en dar cuenta de la producción de imágenes que tanto grupos establecidos como marginados legitiman en función de su condición. Mostrando el modo como los individuos se adscriben a categorías de significación que los hacen tener un sentido de pertenencia y compatibilidad con un esquema social o un marco social de experiencia pero de igual modo ponen de manifiesto la incompatibilidad de las perspectivas, fijadas en este caso dentro del plano urbano polarizado y segregado socialmente.

## RELACIONARSE ENTRE MUNDOS AISLADOS

Estar y acontecer en las ciudades actuales depende en gran medida de la condición socio-económica, ello sin omitir otras variables y distinguir otros factores que vuelven más complejos a los fenómenos urbanos. Esta visión dual es solo una hipótesis plausible que no tiene que ser correcta en todos sus detalles dado que en lo general lo que esta revela es cómo las experiencias individuales y grupales pueden experimentar la fragmentación y la fractura social en el plano de sus rutinas y su estilo de vida, lo que entra en juego es justamente el procesamiento de estas condiciones de parte de los mismos grupos tomando en consideración su localización y sus condiciones de vida. En cierto sentido, se vive en dos mundos distintos, en términos de acceso a recursos y bienes, con posibilidades franqueadas por las condiciones socio-estructurales que a su vez va incorporando otros efectos que aquí exploramos. Si dicho planteamiento es admisible hemos de decir que nos servimos de esta concepción para ampliar su entendimiento en las relaciones vecinales que se establecen dentro de este escenario urbano. Esta funciona para advertir dentro de una microescala territorial el aislamiento de dos configuraciones territoriales tan desiguales en términos socio-económicos, pero al mismo tiempo tan contiguas. Esto también ha sido observado etnográficamente, no solo en virtud de un paisaje que manifiesta espacialmente las asimetrías sociales sino, al mismo tiempo, a través de acentuar la lógica de interacción expuesta a esta disposición territorial, esto comprendido solo con un fin analítico en lo que denominaremos como “órdenes de restricción” entre los vecinos, visibles en las divisiones y distancias que se ponen en práctica comúnmente y aquellas que se juegan entre ellos, en sus interacciones y no interacciones, distinguiendo aquellos diferenciales que no solo hacen evidente la disociación, sino que además enmarcan las dinámicas que en este escenario se detonan continuamente.

Estos aspectos pueden, de facto, observarse en los centros de gravedad y desplazamiento dados entre los vecinos, circunscritos a los usos del espacio público en el cual se expresa la configuración de los bordes simbólicos y físicos que explicitan en el paisaje mismo una dualidad y, al mismo tiempo, de forma implícita, descubren un orden de relación. El prestar atención a los primeros nos orilló a entender que las construcciones discursivas allende a las formas de relacionarse o no relacionarse en estos lugares iban produciendo un

orden de interacción restrictivo entre los vecinos. Esto se acentuaba entre los espacios más desiguales. Una de las colonias ubicadas en este polígono resulta ser de las más ostentosas de la ciudad esto por el valor de los terrenos y las construcciones, en ella viven personajes de la política y del empresariado local, grandes edificaciones con finos detalles contrastan profundamente con el paisaje en el cual se encuentran los asentamientos irregulares. Esto es de llamar la atención, pues a pesar de la gran cercanía dicha colonia parece aislada de las dinámicas propias del barrio y otras zonas. A pesar de que no se trata de un espacio bordeado, en ella slo tienen acceso los automóviles de los vecinos además de los trabajadores de la construcción que constantemente se encuentran laborando en alguno de los grandes inmuebles. Si bien esto no supone como tal una evidencia favorable a esta hipótesis, lo cierto es que este espacio se percibía como más aislado en relación con otros puntos del propio polígono.

Asimismo, esto tiene una gran relación con la apertura de una dimensión de reconocimiento entre los mismos colonos relativa al espacio que ocupan en el escenario, trastocándose además a partir de la instalación progresiva de los asentamientos irregulares. Relacionarse en este ámbito dual incitaba a los colonos a proclamar sus límites territoriales y con ello a fijar también la distancia que se da entre ellos, esto por supuesto resonaba en las representaciones que se construyen entre los propios vecinos.

David Sibley (1995) comenta que toda vecindad construye al mismo tiempo vínculos y límites. Observamos un ámbito plagado de perspectivas y límites que van encauzando las sensibilidades y percepciones sociales. Umbrales que se determinan en relación con lo que se puede incluir y excluir. Para mostrar esta disociación señalaremos ciertas condiciones de interacción de estos escenarios separados, exponiendo las restricciones en términos de movilidad y acentuando las apreciaciones valorativas en torno al orden y el desorden, estas últimas están estrechamente conectadas con las figuras que se representan entre los vecinos incluso para reconocerse. Ligadas a la forma de percibir y diagnosticar la realidad del lugar. Esto da cuenta de un ejercicio representacional que, a pesar de haberse inducido a partir de una cuestión formulada en las entrevistas, abría la posibilidad de comprender, a partir de reflexiones de los propios entrevistados, el sentido de lo aceptable o lo inaceptable en la vida del vecindario.

Para resumir este aspecto aquí valen dos observaciones de campo. Una referida al orden de interacción que en lo general se asume dentro del espacio urbano consolidado y otra dentro del espacio urbano excluido.

La cuestión formulada en las conversaciones con los colonos enunciada sencillamente por el etnógrafo: ¿qué lugares transitan o no transitan?, y consecuentemente inquirir los motivos de estas acciones acarrea entre los entrevistados una serie de respuestas variadas, aunque la gran mayoría se volvía muy común cuando se debían explicitar las razones de no ir a un lugar. Esto mostraba evidentemente oscilaciones relativas en ambos espacios. Enseguida se establecían puntos de referencia y desplazamiento muy específicos desde los cuales era posible inferir las restricciones que luego podíamos valorar como límites simbólicos. En el caso de los habitantes de vecindarios y fraccionamientos consolidados, regularmente se hablaba de ir a la Iglesia o al pequeño parque ubicado en la zona antigua del polígono. Aunque durante las noches preferían no trasladarse a estos sitios

y en general no caminar en el propio vecindario para evitar ser robados o llevarse algún sobresalto, también relacionado con una percepción de inseguridad. En algunos casos, se optaba por transitar en automóvil a pesar de las distancias cortas.

Se solía declarar que era mejor evitar ciertos puntos que se apreciaban como conflictivos, estos lugares en su mayor parte referidos a los asentamientos irregulares y muy especialmente una autovía conocida comúnmente como “El camino de la vía”, por donde otrora cruzaba la antigua vía del tren, y que hoy, convertida en una ruta que conecta a este sitio con el centro de la ciudad, paradójicamente, ya funciona como una división de los dos espacios. Aspectos que se asocian con la declaración de una preferencia por el repliegue al hogar y desplazarse únicamente para visitar familiares u otros puntos de la ciudad fuera del propio, aunque esto no fuera tan a menudo. En ciertos casos particulares, en ambos espacios se nos hacía saber que tenían largas temporadas de no asistir al centro de la ciudad para realizar otras actividades fuera del trabajo, o en otros casos no tener como un punto de referencia el centro de la ciudad, en casos más drásticos ni siquiera acudir a él, pues, como se solía señalar, el sur ya no es o no parece ser Guanajuato. Esta última apreciación, que ya finca una suerte de división frente al centro de esta ciudad patrimonio, se reforzaba según el caso, basta con señalar que el orden de movilidad es mucho más limitado en los asentamientos irregulares.

Dentro de los escenarios irregulares los centros de referencia públicos resultaban más difusos. Ya hemos señalado que hay una mayor restricción en la cuestión de la movilidad y desplazamiento. Incluso, en ciertos casos, una concepción de un espacio desconectado de la ciudad. Eran muy pocas las referencias a un espacio localizado en Marfil, tal vez únicamente la Iglesia como un centro de reunión al que se asistía en ocasiones. Las personas se remitían a ciertos puntos reconocidos en el propio asentamiento. Por ejemplo, los más jóvenes señalaban las esquinas de las calles, trazadas laberínticamente, como un punto de reunión, otros distinguían la tienda de la esquina y la parte alta de un cerro cercano como sitios que fungen como puntos de reunión e incluso de recreo entre las propias familias. Señalar el exterior desde este contexto no solo indicaba a los espacios consolidados, sino un plano más general, se erigía un punto de distinción notorio con respecto a la ciudad entera, viviendo una suerte de desconexión con ella salvo para actividades muy específicas o en algunos casos fuera de la rutina. Tal como apunta el testimonio de la siguiente persona:

“No ya pa’llá no vamos. Se nos hace difícil. Luego es una gastadera de dinero. Si vamos tenemos que ir un día muy puntual. Ponle tú, un domingo para realizar las compras. Pero luego toda la semana aquí yo nada más voy por mi hija a su escuela. Mi esposo es el que sale más, como él trabaja, pues sale mucho.”

Y ¿A dónde van? (pregunta del etnógrafo) “Pos al mercado, o aquí más cerca en el Encino, es más fácil, se toma el camión y en dos minutos llegas. Ir allá al centro no es mucho, pero si es más gasto...” (Fernanda, 34 años, ama de casa)

Las colonias vecinas solamente se las concibe como puntos de tránsito. Para trasladarse hacia los puntos por donde cruzan las rutas de autobuses para asistir a sus trabajos o en otros casos a comunidades a visitar otros familiares. Las zonas vecinas resultan para

estos colonos un lugar de acceso limitado, donde cruzar es poco usual y donde no se conoce a nadie salvo por lo que a veces se comenta respecto a la gente que vive en estos espacios a quienes se les concibe como “los ingenieros” o “los maestros”, sin embargo, no los sujeta ninguna relación directa con estas personas. Algunos testimonios nos señalaban que incluso nunca se habían puesto a pensar en el tema. Para acercarse al paradero de autobuses los colonos diariamente cruzan una ruta de cien metros, un camino dividido por muros y vallas, donde saltan a la vista promontorios de basura y chatarra. Varios de estos colonos se declaraban inconformes con los muros y vallas metálicas que muchas veces los separaban de rutas más cortas para tomar el autobús. Señalaban que estas vallas se edificaban con el propósito de distinguirse de los asentamientos.

## A MODO DE CONCLUSIÓN. CONFIGURACIÓN SOCIAL DEL RECELO

Este último apartado pretende tratar el tema del recelo social al modo de hipótesis de trabajo. ¿Estas condiciones descritas dinamizan la desconfianza social, es decir, enmarcan un contexto de recelo entre los habitantes?

Es dentro de escenarios urbanos de consistencia polarizada en cuyos perímetros se superponen factores de diferenciación, desigualdad y exclusión donde se intersecta una tercera espacialidad, donde las presencias distantes y disociadas se representan. Un espacio donde puede imperar el reconocimiento entre individuos basado en apreciaciones imaginarias más que en hechos plenamente dados. Todo esto envuelto en una atmósfera donde la información circula y asume formas concretas (descrédito, chismes, recelo, etc.), donde las valoraciones y las presunciones de peligro circundan constituyéndose como imaginarios del “otro” que traducen dicha presencia a partir de ciertos registros discursivos y en el que la disposición del espacio se vuelve un elemento coactivo de las interrelaciones sociales inscritas por lo menos en este sitio. Ese tercer espacio en dichos términos está colmado de etiquetas y estereotipos. Topologías a menudo concebidas a partir de percepciones y valoraciones genéricas que presupuestan que determinados espacios tienen como condición necesaria el ser reservorios de problemáticas que se presumen como nocivas o contaminantes.

La forma como los afectos y las emociones se fijan en imágenes que construyen simbólicamente la distancia social entre individuos y grupos puede ser pertinente para tratar algunas aristas del tema de la construcción social del recelo advirtiendo la producción de imaginarios y la configuración de significados e imágenes anómicas, que se entrelazan a las afecciones y percepciones inscritas y desplegadas en este territorio urbano. Afecciones que se derivan de un sentido de precaución y en varios casos de miedo de parte de los residentes a ciertos espacios asociados a los lugares más marginados. En este caso ese espacio urbano posicionado en el margen brota simultáneamente como la imagen del espacio excluido, que infunde desconfianza.

En esta microescala espacial se desprenden prácticas que se representan y se significan configurando un ámbito público de imágenes estereotipadas. De ahí el intento de bosquejar una imagen general de los entramados relacionales expuestos a esta distribución dual. No hay duda de la relación existente entre vida urbana y afectividad si entendemos

a esta como el modo de hacer de un individuo afectado por un acontecimiento, en este caso la exposición a una determinada disposición territorial. Resultaría efectivo sumar los elementos descritos para entrever, a partir de ellos, el despliegue secuencial de situaciones que procesualmente han instalado un clima de disociación e incremento de la desconfianza vecinal, aunado al aumento de percepción de inseguridad en el propio vecindario, que puede guardar relación con este juego de etiquetamientos sociales.

El vínculo con un exterior está mediado por la relación de cercanía o distancia que tienen los individuos. Aquí se juega también la distinción, el deseo de apartarse y separarse de otros expresado en prácticas muy específicas, la mayoría de ellas articuladas por la percepción de inseguridad en el espacio.

Aquí, para culminar sería apropiado explorar tres niveles de asociación con este tema encontrados en los testimonios recogidos:

1. En los testimonios se expone recurrentemente la asociación de significados ligados al peligro y en consecuencia la manifestación de recelo a un exterior que es visualizado, en lo general, como amenazante. En ocasiones esta desconfianza se expresa cuando se emiten juicios sobre las colonias irregulares. Aquí se ha puesto en relieve en razón de ofrecer algunos atisbos de un imaginario de la invasión. El establecimiento de la distancia social y territorial se pone de relieve en la estigmatización, como una actividad relacional entre quienes producen representaciones estigmatizantes y los que son sus depositarios.
2. La desconfianza entre los propios vecinos expresada en los usos restringidos del espacio público que se constituyen en razón de la fijación de un límite o distinción simbólica y por supuesto en las caracterizaciones que se construyen para reconocerse entre vecinos. Esto ligado a un desbalance evidente en relación a quienes terminan por ser depositarios de los etiquetamientos más dañinos y desprestigiantes. Decíamos que la práctica del espacio está ligada a la representación y el lenguaje del espacio, este cobra un carácter cosificador al referirse a los escenarios irregulares. Además, la visión ya expresada con anterioridad de un antes y un después que sitúa a los pobladores irregulares como los provocadores de problemáticas nos ayuda a comprender de mayor modo esta cuestión.
3. La desconfianza individual que es propensa a tornarse grupal o socialmente compuesta se presenta en diversas prácticas como los recorridos dados en ciertos puntos del polígono entre los habitantes, recorridos orientados por estas afecciones. No desplazarse a ciertos puntos está implícitamente ligado a un temor que se proyecta a esa imagen del exterior amenazante. Conferirle al exterior este carácter objetual nos conduce a observar una serie de comportamientos pautados en el orden de interacción de este lugar, comportamientos fundados en la prevención entre los vecinos. La intersección social entre dos escenarios se llena a través de la representación, el imaginario que se nutre de afecciones y valoraciones que, diríamos, a reserva de incurrir en un juicio premeditado, son nocivas para el establecimiento de mayores condiciones de cohesión social. Este es solo un indicio sobre cómo las relaciones sociales dentro del espacio urbano tienen su puesta en escena, tomando como punto

de partida la distinción, en un escenario que fortalece la no interacción entre personas provenientes de ámbitos territoriales y de clase distintos.

## REFERENCIAS

- Agier, M. (2015). *Anthropologie de la ville*. París: Presses Universitaires de France.
- Douglas, M. (2007). *Pureza y peligro. Un análisis de los conceptos de contaminación y tabú*, Buenos Aires: Ediciones Nueva Visión.
- Elias, N. (2016). *Establecidos y marginados*. México: Fondo de Cultura Económica.
- García Canclini, N. (1997). *Imaginarios urbanos*. Buenos Aires: Editorial Universitaria de Buenos Aires.
- Giglia, A. (2012). *El habitar y la cultura. Perspectivas teóricas y de investigación*. Barcelona: Anthropos-Universidad Autónoma Metropolitana.
- Goffman, E. (2006). *Estigma. La identidad deteriorada*. Buenos Aires: Amorrurtu Editores.
- Prévôt Schapira, M. F. (2002). *Fragmentación espacial y social: conceptos y realidades en Perfiles Latinoamericanos*, 19, diciembre, 33-56.
- Kind, A. D. (2007) *Boundaries, networks, and cities: playing and replaying diasporas and histories* en Çinar, A. y T. Bender (comps.), *Urban imaginaries. Locating the modern city*, Mineapolis: University of Minnesota Press.
- Link G., B. y Jo. C. Phelan (2001). Conceptualizing Stigma. *Ann. Rev. Social*, 27, 363-385.
- Saraví, G. (2008). Mundos aislados: segregación urbana y desigualdad en la ciudad de México. *Revista Eure*, 24(103), 93-110.
- Sibley, D. (1995). *Geographies of exclusion. Society and Difference in the west*. Nueva York: Routledge.
- Trudeau, D. y Chris, McMorran (2011). "The geographies of marginalization" en *A Companion to Social and Cultural Geographie*. Del Casino, Vincent et al. Malden MA: Blackwell Publishing, pp. 437-453.
- Wacquant, L. (2001). *Parias urbanos. Marginalidad en la ciudad a comienzos del milenio*. Buenos Aires: Manantial.

# EL IMAGINARIO URBANO Y LA OBRA DE ARTE. RUTAS EXPLORATORIAS DE LA CIUDAD: VALORES VISUALES, CONSTRUCCIONES CULTURALES\*

---

JORGE LUIS GÓMEZ BALZA\*\*

## INTRODUCCIÓN

Para Lewis Mumford (1895-1990), dos son las principales obras de arte de carácter colectivo que el hombre en su historia habría creado: la ciudad y el lenguaje. En ambos casos, prima el principio de intercomunicación para esgrimir tan generalizada pero interesante caracterización. En la determinación y construcción de un modelo teórico que permita conjugar la obra de arte, específicamente las producciones pictóricas y la ciudad a través de los imaginarios urbanos, se hace necesario hallar una especie de mínimo común denominador que permita establecer con mayor celeridad esas correspondencias. Del mismo modo, se trata de observar los procesos de creación y configuración mutua entre la obra de arte y la ciudad en una escala proporcionalmente directa, es decir, se busca exaltar la contención figurativa, escrita y expresiva de la ciudad traducida en códigos dentro de la obra de arte, siguiendo por tanto una escala relacional directa y argumentativa que plantea una dualidad anclada entre lo general a lo específico (ciudad-arte). Ahora bien, ¿qué sucede cuando se propone seguir un rumbo inverso, cuando se formulan esquemas de lectura trazados en observar las maneras donde el arte puede construir o ayudar a construir la imagen de la ciudad?

Varias son las rutas exploratorias utilizadas para llevar adelante esta tarea; más aún cuando en la actualidad existen innumerables posibilidades para desarrollarlas en función del universo representacional ejercido siempre por las ciudades, sus opciones y su cultura urbana. Todo el reservorio representacional de la ciudad hace que puedan ser analizadas desde disciplinas que tienen en la imagen su principal recurso de trabajo, específicamente, la historia del arte. Se trata ahora de plantearse como una tarea ineludible el relacionamiento eficaz entre la obra de arte —específicamente algunas obras pictóricas— y los imaginarios urbanos; ambos modelos de representación de la ciudad revisitadas como vías o rutas exploratorias en tanto valores visuales extrapolados en construcciones culturales.

---

\* Este artículo forma parte de los avances de investigación del Proyecto Post Doctoral titulado “Proyección teórica y metodológica de la imagen análoga. Del imaginario urbano a la representación visual: Mérida en su naturalización conceptual”, presentado y avalado por el Centro de Investigaciones Post Doctorales de la Universidad Central de Venezuela (CIPOST) y por la Red de Iberoamericana de Investigación en Imaginarios y Representaciones (RIIR, 2017).

\*\* Grupo de Investigaciones en Arte Latinoamericano. Universidad de los Andes. Centro de Investigaciones posdoctorales. Universidad Central de Venezuela.

Es la ciudad en sus dinámicas sociales el escenario más abordado por los estudios especializados en las relaciones y expresiones humanas. Empero, hasta hace relativamente poco tiempo las disertaciones realizadas en función de la ciudad se centraban más que nada en tópicos orientados a la historia de la reconceptualización del urbanismo, a las formas urbanas, así como también a los prospectos de ciudad elaborados en búsqueda de una determinación absolutamente funcional de ella (Lindón 2007a, p. 32).

Con la revalorización de la subjetividad como manera de expresión, se asiste a un proceso intercomunicativo y representacional que sustenta los estudios enfocados en la reflexión y puesta en práctica de posibilidades de comprensión de la ciudad a partir de la construcción de imágenes y de las subsecuentes acciones interpretativas derivadas de las metodologías abiertas como campos de experimentación de las intersubjetividades. El advenimiento de los imaginarios como opciones de estudio se precisan como una contraparte de la racionalidad cartesiana que distinguió el pensamiento moderno occidental desde el siglo XVII, y que en su momento dejó al margen la natural acción de la imaginación, creando así la base conceptual que determinaría aquella presunción de que a la sociedad moderna la regía la razón como un principio absoluto del pensamiento y de la acción, que minimizaba cualquier intento de asumirla como expresión de lo imaginario (Lindón e Hiernaux 2007, p. 157).

Tanto la obra de arte como los imaginarios urbanos hunden sus raíces en principios visuales e imaginativos, insertos ambos en el proceso de construcción cultural de la ciudad, lo cual supone a su vez una complementariedad inducida pero poco explorada de sus relacionamientos, aspectos que sin duda alguna pueden arrojar principios metodológicos y protocolos de interpretación que afrontan cualquier variable presente en la determinación de los imaginarios urbanos dentro de las obras de arte, de cómo algunas pinturas mueven y promueven imaginarios urbanos de la ciudad.

Para lograr esta tarea, nos proponemos establecer en principio los modelos y argumentos que sirven de estímulo para la configuración de los imaginarios urbanos, demostrando al mismo tiempo que estos funcionan de manera similar en los procesos de creación de obras de arte, específicamente, aquellas que tienen como temáticas elementos vinculados con la ciudad y la cultura urbana. Demostraremos cómo la profundización del análisis de las obras de arte y sus consecuentes imaginarios urbanos pueden conducir a una lectura profunda de la ciudad, una vez que se van despejando sus capas o sedimentos culturales que la conforman, develando así niveles insospechados no solo de descripción de rasgos materiales y construcciones simbólicas, sino también orientando otras maneras poco aprehensibles a primera vista complementadas extraordinariamente en el relacionamiento obra de arte-imaginario urbano, para finalmente distinguir algunas propuestas de lecturas de imaginarios urbanos contenidos en obras de arte que emplazan una especie de núcleo duro de la imagen de la ciudad de Mérida, Venezuela.

## IMAGINARIO URBANO-OBRA DE ARTE. VALORES VISUALES Y MECANISMOS CULTURALES DE LA CIUDAD

La ciudad explicada desde sus modos de representación constituye una de las temáticas de mayor asiduidad investigativa en los últimos tiempos. Tal proliferación de propuestas

de análisis va de la mano con la adecuación que para este tipo de iniciativas científicas ofrece el campo de la historia cultural, más específicamente de la historia cultural urbana, especie de subcampo de la historia especializada en establecer una apertura del catálogo de fuentes tradicionales para el estudio de la ciudad. El urbanista venezolano Arturo Almandoz Marte, uno de los más importantes investigadores latinoamericanos en historia cultural urbana, considera esta apertura como una oportunidad de observar los fenómenos urbanos desde una perspectiva mucho más abierta, lo cual involucra con suficiente objetividad al universo representacional de cualquier ciudad, haciendo énfasis conceptual y metodológico en los géneros representacionales que se cimientan desde los imaginarios urbanos (Almandoz, 2002, p. 31).

Sin embargo, los más novedosos enfoques sobre los imaginarios urbanos parecerían encontrar una especie de línea troncal en las investigaciones desarrolladas en la década del ochenta por el antropólogo francés Gilbert Durand, quien plantea en su texto *Las estructuras antropológicas del imaginario. Introducción a la arquetipología general*, una profunda disertación acerca de las opciones teórico-metodológicas que se pueden tejer a partir del análisis de la imagen, centrándose en las determinantes perceptuales que generalmente terminan construyendo una organización casi siempre jerárquica, donde la imagen se plantea como la matriz que desata variados procesos vinculados a las representaciones, luego transmutadas en elementos más dinámicos, para finalmente transformarse en reguladores de comportamientos sociales que en este caso denominará imaginarios.

La forma de organización que parte de la imagen tiene entonces, según Durand, al menos tres etapas constitutivas que desembocan en la articulación de los imaginarios sociales, siendo el imaginario urbano una forma de estos. La primera etapa que parte de la aprehensión de la imagen contextual, envolvente, o en todo caso, transformada en objeto perceptivo por el ser humano, se denomina *imaginación*: pensada, según el autor, como una experiencia de la conciencia con valores cognitivos que desarrolla el ser humano en sus distintas etapas de socialización (Durand, 2004, p. 31) y constituye una manera de acceso a la realidad que en sus niveles de interpretación de la realidad permite estructurar la representación. La segunda etapa, denominada *representación*, corresponde a la forma en que se traduce en un proceso simbólico una imagen mental en una realidad material.

La tercera etapa es el *imaginario*. Es una superación de la simple reproducción generada en la representación. La define entonces como la fuerza de esa transformación, productora de imágenes paralelas a la imagen primigenia creada en el mismo proceso de imaginación. En otras palabras, el imaginario es una fuerza actuante, no una simple representación, es la manera de asimilar la realidad vivida y actuar en ella (Durand, 2004, p. 35 y ss.).

La compenetración metodológica entre los imaginarios urbanos, la conexión entre estos y las obras de arte como vías de estudio de las ciudades radica, desde nuestra perspectiva, en la necesidad de encuadrar con mayor atención los verdaderos alcances que poseen las obras de arte en la construcción cultural de la ciudad, pues no son solo expresiones circunstanciales o contextuales de algún momento epocal determinado, sino la vertebración de una serie de elementos representativos y referenciales de la misma ciudad, los cuales disponen, a su vez, de los imaginarios urbanos como insumos extraordinarios de

configuración. Por tanto, se puede señalar que es mediante una operación de tensiones entre lo físico construido y lo simbólico de una ciudad donde se articulan de manera complementaria las obras de arte y los imaginarios urbanos.

La tensión que genera el proceso material constructivo de la ciudad con las representaciones simbólicas que el colectivo elabora de esos mismos procesos define en ocasiones épocas enteras a partir de la reverberación de las representaciones de la ciudad gestadas en esa fragua de carácter social y colectivo, formulando incluso las prácticas y los discursos que rigen el devenir de las ciudades (Lindón, 2007 b, pp. 9-10). Por tanto, estamos en presencia de dos modelos que estructuran cultural y simbólicamente a la ciudad, compartiendo una importante influencia cada uno a su vez en el otro.

Las obras de arte y los imaginarios urbanos comparten entonces al menos tres vertientes conceptuales devenidas del ejercicio perceptivo de la ciudad y de sus referentes, es decir, parten de la configuración de modelos casi siempre prefijados en la ciudad. En primer lugar, tienen un carácter mayormente visual. En segunda instancia, apelan al concepto o decantación de ese núcleo central de la imagen de la ciudad y, finalmente, ambos están determinados a representar ciertos atributos urbanos o quizás no tan reconocibles de la ciudad. Así mismo, cada una de esta tríada de elementos vinculantes viene expresada por la manifestación de otros argumentos descriptivos o enunciativos de la ciudad. Es el caso de construcciones relacionadas con ideologías, valores, sentimientos, normativas, leyes, símbolos, etc., que recogen en su interior el parecer colectivo o individualizado de la ciudad real, imaginada, idealizada, ideada e ideologizada.

Según Armando Silva, varias son las rutas conceptuales y metodológicas que permiten concentrar esos “estímulos” que marcan la configuración de los imaginarios urbanos, siendo también una importante condición de los procesos creativos con que el artista se encuentra al momento de representar en su obra algún referente urbano o temática vinculada con la ciudad. Para efectos de esta propuesta, observaremos al menos dos estrategias, entendiendo que se trata de modelos de extracción de imaginarios urbanos a través de métodos cuantitativos y en función de la carga simbólica que concentran. El primero de estos los define como “miradas ciudadanas”, que se refieren a: “los análisis de imágenes visuales urbanas, donde el sujeto de emociones se proyecta y se encuadra en lo que mira —como en las que circulan en los medios representando paisajes urbanos— y busca recolectar instantes urbanos en distintas épocas” (Silva, 2007, p. 58).

Esta opción de análisis para la determinación de los imaginarios urbanos se traduce al mismo tiempo en una importante tarea de reconocimiento de tales estímulos visuales, cognitivos y simbólicos de la ciudad, y puede incluso conducirnos a periodos históricos donde con mayor asiduidad se teje esta imbricación. Consecuentemente, las costumbres sociales también forman parte de esa miríada de estímulos enfrentados por el artista en un momento determinado, desprendidas a su vez de las “miradas ciudadanas”, incluso se puede asegurar que, al configurar su obra, el artista elabora una secuencia de códigos visuales que no hacen otra cosa sino representar valores culturales urbanos.

La siguiente figura la denomina Silva “croquis urbanos”, entendidos como “*mapas de afecto ciudadano*”, son las formas de vivir la ciudad que habitan las mentes de los habitantes según ‘puntos de vistas ciudadanos’ (...) los croquis se refieren a situaciones de especial

carga imaginaria para distintas comunidades donde antes que la identificación priman los afectos” (Silva 2007, pp. 56-57). Todo relacionamiento primigenio con la ciudad se deriva de una asociación de referentes visuales aprehendidos de manera espontánea, y en muchos casos devienen del universo de los afectos. No obstante, tal y como señala Silva, el ordenamiento de esos referentes en la psiquis de quien los percibe depende en gran medida de la fuerza visual, del carácter y preeminencia simbólica que ejercen en el individuo durante ese proceso perceptivo. Consecuentemente, existe entonces un principio determinado por los sentimientos de empatía, de repulsa o incluso de desasosiego derivados todos de la consubstancialidad entre el sujeto y la ciudad. La selección de ellos, su respectivo ordenamiento en un proyecto estético, es el punto de partida de la conjunción entre los imaginarios urbanos y las obras de arte, pues, como señalamos anteriormente, ambas maneras de representación cultural de la ciudad no son otra cosa que la respuesta coherente a la elaboración de códigos visuales, operaciones simbólicas y lingüísticas que hacen que en un momento determinado puedan complementarse o incluso, embeberse una en la otra.

Los imaginarios urbanos dentro de los proyectos de creación estética se transforman así mismo en valiosos documentos que, en muchos de los casos, refieren a problemáticas urbanas que la misma literatura especializada (arquitectura y urbanismo) se ve un tanto limitada en enunciar como variantes de la cultura urbana. Este es uno de los aspectos más determinantes que la historia cultural urbana desarrolló a partir de la década de 1970, cuando intelectuales de la talla de los franceses Henri Lefebvre (1901-1991) y Michel de Certeau (1925-1986), de los latinoamericanos Ángel Rama (1926-1983) y José Luis Romero (1909-1977) y del norteamericano Richard Morse (1922-2001), entre otros autores, que consideraron fundamental acercarse con teorías y metodologías de investigación volcadas a los estudios humanísticos, para con ello construir desde una base amplia la lectura de la ciudad a partir del ordenamiento de los imaginarios urbanos, de las representaciones derivadas del arte y la literatura, con la intención de obtener una radiografía mucho más generosa de la ciudad.

Tales modelos de representación y construcción de imaginarios inciden muchas veces en que se acepte o se establezca de plano que la imagen de la ciudad puede ser sintetizada en una representación pictórica, donde se organizan una serie de imaginarios urbanos en perfecta armonía, sin sobresaltos o irrupciones intempestivas que pongan en riesgo el carácter sosegado de la ciudad representada. Esta condición es una de las más periódicas estrategias que se tejen en ocasiones como *marketing* de ventas de imágenes urbanas: la selección de atributos “amables” de la ciudad y su consecuente edificación como referente imaginal, rector de discursos y de prácticas urbanas (Lacarrieu, 2007, p. 51), condición que abre líneas de estudios y de investigación en ciudades como las latinoamericanas.

## DE LOS AFECTOS COMO MODELO REPRESENTACIONAL DE LA CIUDAD A LA DECONSTRUCCIÓN DE SUS NATURALIZACIONES

Las obras de arte son el producto de una expresión espontánea, pero no necesariamente libre, es decir, obedecen a movimientos endógenos sujetos a directrices de sentido que

engloban el contexto de realización de la misma obra de arte. Por tanto, los objetos representados –imágenes de la ciudad o paisajes urbanos– son el resultado de la selección de elementos vinculados a esencias urbanas, muchas de ellas prefijadas en el subconsciente por la familiaridad en que se disponen en un ordenamiento específico. El uso que se hace acá de los objetos de afecto tiene como finalidad reducirla al modo de categoría de análisis y deviene del término italiano “oggetti d’affezione”, empleado por el arquitecto italiano Aldo Rossi (1931-1997) para encuadrar toda su teoría de la arquitectura análoga como principio compositivo y proyectual. En 1975, el arquitecto italiano publica el artículo “La arquitectura análoga”, donde establece una continuidad de lo expresado en su más contundente trabajo. En consecuencia, los objetos de afecto se pueden asumir como principio compositivo y estructural de las imágenes de las ciudades como una vinculación entre el arte que la sustenta y los imaginarios urbanos que la dirigen como precepto teórico:

En esta definición creo encontrar asimismo un sentido distinto de la historia; vista no como cita sino como una serie de cosas, de objetos de afecto (*oggetti d’affezione*) de los que se sirve el proyecto de la memoria. Creo haber comprendido así la fascinación del cuadro de Canaletto, en el que diversas arquitecturas y su transportación, constituyen a su vez una representación analógica inexpresable con palabras. (Rossi, 1975, p. 8)

Para Rossi, el principio de constitución proyectual de la arquitectura hunde sus raíces en un complejo sistema de representación que vincula la memoria como mecanismo de selección de referentes visuales, donde el componente biográfico, la experiencia y la misma construcción social con el entorno determinan buena parte del hacer arquitectónico gestado para la ciudad. Sin duda alguna, las artes visuales y su expresión mayoritaria en imágenes se han transformado en un campo de experimentación que pone en un mismo escenario las figuraciones propias de los procesos de aprehensión de lo urbano, dependiente siempre de la intención con que se represente la ciudad en el arte, o más específicamente en la pintura. En ese mismo sentido, “la reunión escenográfica de edificios y sitios urbanos existentes e imaginarios (...) era frecuente en el arte desde el Renacimiento, tanto porque las artes visuales se constituyeron en un campo de experimentación acerca de las relaciones entre pasado, presente y futuro” (Gorelik, 1999, p. 215), resultando fundamental asumirlas como “proyectos sociales”, al tiempo que redundaban en la estructuración de los imaginarios urbanos que la definen y direccionan su proyección en el tiempo.

Este campo de experimentación no es otra cosa que la adecuación formal urdida entre la intencionalidad de la obra de arte y la conjunción con los referentes e imaginarios urbanos que prevalecen al momento de creación y definición de esa misma obra. Se trata de un proceso que pone de modo similar los elementos atemporalizados de la ciudad, pero que aun así forman parte de la memoria cultural, de lecturas familiares de la ciudad, es decir, están presentes en las simbolizaciones que el colectivo se traza sobre su espacio. Consecuentemente, no escapan de las aprehensiones que el artista decanta de sus estímulos y referentes para pintar. Es en este sentido que Rossi justifica la obra del pintor veneciano Canaletto, precisamente porque se centra en la representación de edificios pintados por el maestro del “capricho” dieciochesco en 1754, los cuales constituyen una especie de apología de la obra del arquitecto Andrea Palladio (1508-1580) en la región del Véneto italiano.

Es un paisaje urbano inducido que conjuga la representación pictórica de edificios imaginarios y construidos que distinguen la región al tiempo que es la representación pictórica de atributos arquitectónicos que funcionan como claros imaginarios urbanos edificados y proyectados doscientos años antes, pero que aún forman parte de la estructura cultural y de la memoria de la ciudad, de los afectos del propio Canaletto y de lo que reconoce visualmente como cultura urbana de la ciudad de Venecia.

La acumulación temporal de material simbólico en las ciudades, de sus opciones, de sus atributos y de sus modelos de representación fortalecen la conjugación de la producción física construida de las ciudades y sus composiciones simbólicas en una poética que vigoriza las líneas vinculadas a la creación cultural de la propia ciudad. En otras palabras, el arte de la ciudad y los imaginarios urbanos se complementan en una figura que puede así mismo ser tratada como estructura metodológica de comprensión y estudio de una ciudad, pues se apuesta decididamente al proceso de imbricación que se teje entre ambas a través del tiempo.

Ahora bien, la adecuación de imágenes dentro del proceso de reciprocidad entre la obra de arte y los imaginarios urbanos como rutas exploratorias de la ciudad transforma en prioridad la necesidad de observar los fenómenos urbanos desde distintas ópticas al atender a la profundidad de la mirada que se quiera trazar. Recientes estudios vienen señalando la importancia de la deconstrucción de las imágenes de la ciudad, en tanto se prioriza el componente de los afectos y del ordenamiento en ocasiones sosegado de sus imaginarios. Por tanto, no es necesariamente la realidad de la ciudad, sino una representación de esa realidad que en muchos de los casos intentan homogeneizarla en un solo y gran modelo estereotipado de imagen urbana, no son falacia pero tampoco son absolutamente ciertas. Desde luego, si se construyen solamente desde los afectos, se transforman en especies de relatos anecdóticos de sus historias urbanas, de sus aprehensiones más vívidas experimentadas desde el plano de las emociones, dejando a un lado las representaciones e imaginarios que tienen orientaciones de otra índole, es decir, desde una mirada distanciada del fenómeno urbano, desde un extrañamiento.

Una de las disertaciones más interesantes sobre la ciudad, sus representaciones artísticas y la adecuación de los imaginarios urbanos en las producciones generadas surgió en las décadas de los ochenta y noventa del siglo pasado, a partir de las consideraciones teóricas que buscaban explicar a las Vanguardias artísticas de inicios del siglo xx y su vinculación con la ciudad. Dentro de la forja social que significó el desplazamiento de muchos artistas de sus ciudades natales, ya sea por obligación o necesidad de supervivencia, curiosidad o simple deseo de formarse, la aprehensión con las nuevas ciudades que les acogieron llevó a la crítica especializada a considerar que allí existió una extraordinaria manifestación de distintas formas artísticas que encontraron en lo urbano una temática muy bien sustentada. No obstante, la mayoría de estas obras son expresión naturalizada de la ciudad; es decir, se formulan los atributos reconocibles y los conflictos dados en la propia ciudad, mostrándose un acoplamiento de la obra de arte embebida de imaginarios urbanos dados por sentados, aceptados y en todo caso, experimentados<sup>1</sup>.

<sup>1</sup> Para Adrián Gorelik, existen algunos importantes artistas y escritores que lograron crear representaciones objetivas de la realidad urbana que les significó esa nueva ciudad, a este respecto señala: "Es, por

En atención a ello, la ciudad es representada casi siempre como una imagen síntesis que conjuga los atributos urbanos (arquitectónicos y simbólicos) recurrentemente de forma armoniosa, toda vez que se trata de la concreción de algunos principios culturalistas que encuentran a la ciudad como el depósito de una relación social, donde las analogías visuales de esos atributos conforman un sistema que con muy pocos cambios se mantienen en el tiempo.

## IMAGEN DE LA CIUDAD COMO COMBINACIÓN DE REPRESENTACIONES (PLÁSTICAS) E IMAGINARIOS URBANOS

Dentro del devenir de las manifestaciones artísticas que tienen a la ciudad como tema central de sus representaciones, nos encontramos con que existen pasajes históricos de extraordinario valor, ya sea por sus aportes en el plano estético y artístico, o, en su defecto, porque se trata de conjugaciones de los valores construidos de las ciudades, de sus imaginarios urbanos más representativos o referenciales transformados en materia pictórica. Esa revisión nos hace pensar en la recurrencia de los modelos de naturalización de sus componentes urbanos, internalizados de manera conciente o subconsciente en la psiquis de quienes proyectan la obra, así como de quienes la consumen como modelo operatorio de creación.

Varias son las investigaciones que han procurado establecer las líneas troncales de la recurrencia temática del paisaje y de los modelos urbanos presentes en ellos en la pintura venezolana. Uno de ellos lo constituyen las disertaciones que el Grupo de Investigaciones en Arte Latinoamericano (GIAL) de la Universidad de Los Andes, que durante la década pasada encontró los fundamentos epistemológicos con que el tema del paisaje en Venezuela se transformó en parte fundamental de la memoria cultural del país, asistiendo con ello a la sustentación de las más importantes propuestas de estudio interdisciplinarias con aportes desde la arquitectura, la literatura, los estudios urbanos, la historia y, desde luego, la historia del arte.

Para Aura Guerrero Rodríguez (2005), el tema del paisaje como memoria cultural en Venezuela puede rastrearse como una especie de imaginario visual, presente en la propia pintura elaborada en el territorio nacional durante la colonia. Es el caso de la revisión exhaustiva que realiza la autora de los fondos paisajísticos de algunas pinturas seleccionadas expreso, encontrado incluso su proyección en el tiempo en ciertos pasajes de la historia del arte nacional durante el siglo XIX. Varias son las razones que expone para esa recurrencia temática en el arte venezolano.

Es bien conocida dentro de la tradición historiográfica del arte colonial venezolano la importancia que tuvo la llamada “Escuela de los Landaeta”, notable familia vinculada a labores artísticas en la Caracas del siglo XVIII. Antonio José Landaeta, pintor activo durante esa centuria pinta “La Inmaculada Concepción” (ver figura 1), donde se puede apreciar en la parte inferior de la pintura cómo el artista incorpora la representación de dos fachadas de iglesias que parecerían flanquear a la imagen mariana, se trata de dos

---

supuesto, el caso de los collages del expresionismo o la Nueva Objetividad alemana, que denuncian la metrópoli como universo de mercancías en el que tanto los objetos como las personas aparecen desprovistos de vida propia (...) Es el caso también de James Joyce, con su monólogo interior que convierte un simple recorrido por Dublín en un viaje por las ciudades del mundo y del pasado” (Gorelik, 2010, p. 211).

pequeñas imágenes alusivas separadas por una bahía cuya profundidad se pierde en el propio cuadro.



Figura 1. Antonio José Landateta. Inmaculada concepción. 1798. Óleo/tela.  
Fuente: Duarte y Gasparini. 1989. Historia de la Catedral de Caracas, p. 115.

Del lado izquierdo encontramos la “ermita” (Boulton 1975, pp. 214-216), imagen que hace alusión a la iglesia de la ciudad de Coro, sede del primer Obispado de la Provincia de Venezuela, de ahí la nominación “Corensis”, así como también es una insinuación a la ciudad que ostentó el título de Primera Capital de la Provincia de Venezuela. Evidentemente, se está en presencia de una intencionalidad pictórica con claros visos históricos, pues posteriormente será la ciudad de Caracas la siguiente capital de la mencionada Provincia, cuya fachada de su principal iglesia la incluye el pintor en el extremo derecho del cuadro denominándola “Caracensis”. Dos de las ciudades más importantes de la historia colonial de Venezuela, separadas justamente por una territorialidad importante, pero al mismo tiempo conectadas por el Mar Caribe; así mismo, a partir del año 1777 se crea la Capitanía General de Venezuela, es decir, apenas veintiún años antes de la elaboración de la pintura en referencia. Por tanto, esta obra posee un extraordinario valor histórico que puede ser extraído a partir de los principios expuestos de la Ciudad Análoga de elementos naturalizados como opción representativa, de adecuación de importantes imaginarios urbanos y de fuerte carga simbólica.

Se trata entonces de una representación plástica que conjuga varios elementos importantes de la naciente historia de las ciudades en Venezuela, sintetizada desde un ordenamiento jerarquizado de planos, donde sin desconocer la advocación religiosa como tema fundamental, se incorporan otros elementos considerados importantes para la memoria urbana, más aún, cuando este cuadro tenía como destino ser mostrado en los espacios de la Catedral de Caracas. Se observa también la manera en que sus referentes son adecuados y ordenados de tal modo que obedecen a lo que se viene estableciendo como premisa de difusión de la fe católica, de mostrar edificios que sean familiares y que al espectador le signifiquen profundamente en su proceso de socialización. En consecuencia, presenciamos una especie de afirmación visual enmarcada en imaginarios urbanos de un momento histórico determinado, pues dentro de las muchas cualidades de los imaginarios urbanos, estos permiten contar historias y reconstruir pasados.

Como expresión consuetudinaria, los imaginarios urbanos y las obras de arte en función de su reciprocidad en los temas urbanos suelen adaptarse de manera singular cuando existen estructuras profundas que buscan firmemente generar una especie de simbología de consumo, es decir, cuando se refieren a elementos que parecieran imponerse como una estrategia visual unidireccional pero compuesta de valores absolutos, generados en el propio devenir de la historia. Cada período histórico crea sus propias figuraciones imaginarias (Bailly, 1989), las cuales resumen en buena medida las disposiciones que esa sociedad determinada articula como modelo o estrategia de representación, más aún, cuando estas son generadas al interior de los estamentos políticos o gubernamentales que regentan el poder; tal y como observamos en el cuadro de Landaeta.

Más allá de que se trate de un tema religioso, el fondo como último plano de cuadro es una clara muestra de las intencionalidades por destacar un proceso de unificación de territorios diferenciados anteriormente, así como la expresión de un comienzo, con una nueva ciudad a la cabeza de ese proceso. Tanto las palabras como las imágenes traen consigo información adicional que es susceptible de ser analizada y usada como vía de estudio de las ciudades, de sus historias, de sus matices. Sin embargo, pueden repetirse como una especie de continuidad cíclica, siempre y cuando cumplan con al menos dos procesos adicionales: cuando se trate de un momento de cambios históricos y cuando los imaginarios urbanos se junten de manera naturalizada para expresar y configurar el núcleo duro de la imagen de la ciudad.

Muchos de los anteriores argumentos referenciales de unión de imaginarios urbanos y de obras de arte pueden precisarse en otras obras de arte realizadas en Venezuela, sobre todo, en aquellos momentos en que las ciudades fueron objetos de cambios sustanciales de sus imágenes, siendo manifestación de intenciones estéticas con fines sociales y culturales. Una de las singularidades más interesantes de la historia urbana en Venezuela radica en que, a excepción de la ciudad de Caracas, cuya fisionomía urbana y modernización de sus principales edificios y espacios públicos tuvo entre 1870 y finales de 1880 su principal etapa de cambios de la mano del presidente general Antonio Guzmán Blanco (1829-1899), el resto de las ciudades venezolanas no experimentaron mayores cambios urbanos, sino a través de procesos de embellecimiento y agiornamiento de sus principales atributos materiales urbanos. Habría que esperar a la década del treinta del siglo xx, donde se

comienzan a observar con mayor asiduidad las transformaciones en las imágenes de las ciudades y, por tanto, la proliferación de nuevos imaginarios urbanos que no escapan de la mirada atenta de los artistas y de los escritores.

## EL CASO DE MÉRIDA

Mérida, ubicada al occidente de Venezuela, es una de las ciudades que mantuvo no solo su fisionomía urbana casi de manera inalterable desde el siglo XIX, al tiempo que sus costumbres y cultura urbana se transformaron en uno de sus principales blasones. Conservadora en sus ideales y estrechamente vinculada con el entorno natural, fue forjando a través del tiempo una imagen de la ciudad asumida como una especie de conjunción entre la exigua materialidad física construida y el imponente entorno natural signado por montañas nevadas y variopintos paisajes. Esta imagen ha sido motivo de estudios que han arrojado como resultados preliminares que la imagen de esa ciudad es una conjugación de imaginarios urbanos, mayormente escritos y pintados como opción representativa desde el mismo siglo XIX y proyectados como una iniciativa prescriptiva en el propio siglo XX, asistiendo así a uno de los procesos de naturalización de la imagen de la ciudad que recurre a analogías presentes entre el binomio entorno natural-paisaje urbano, así como también en las construcciones y obras de arte que se han transfigurado en imaginarios urbanos que definen la historia reciente de la ciudad de Mérida, siendo parte importante la configuración escrita y pintada de sus atributos urbanos.

Consecuentemente, Mérida posee una serie importante de elementos que la distinguen de otras ciudades venezolanas: posee el teleférico más alto y largo del mundo, su entorno montañoso concentra las elevaciones naturales más altas del país, en sus espacios funciona la primera universidad republicana, al tiempo que en uno de los límites naturales de la ciudad se erigió el primer monumento a la gloria del Libertador Simón Bolívar en 1842, aspectos estos que dan cuenta justamente de su tradición histórica republicana, pero también, con estructuras altamente conservadoras en sus extractos sociales y configuraciones imaginales<sup>2</sup>.

Algunos de los edificios más representativos de la arquitectura moderna en la ciudad de Mérida se desarrollaron en la década del cincuenta, contando con la presencia del pintor ucraniano Iván Belsky (1923-2003), cuya labor complementaria de decoración de sus espacios interiores permitió que se agolparan como modelos representativos ciertos imaginarios urbanos recogidos ahora como murales decorativos de carácter público. Es importante destacar que la llegada de Belsky a la ciudad de Mérida obedece al llamado de artistas y artesanos que se conglomeraron en torno al proyecto del arquitecto español Manuel Mujica Millán (1897-1963), existiendo así una consustancial imbricación de las

<sup>2</sup> A este respecto, pueden observarse los siguientes trabajos Jorge Luis Gómez 2009a, "El paisaje en la conformación del imaginario de la ciudad de Mérida: 1880-1960"; Jorge Luis Gómez 2009b, "El paisaje como estructura de arraigo y condicionante de la memoria urbana merideña 1960-1980"; Jorge Luis Gómez 2009c, "El espacio imaginario de Los Riberas y de las Fiestas Galantes. Correspondencias desde la historia, la imagen y el imaginario"; Jorge Luis Gómez 2013, "La construcción de un imaginario plástico y su vinculación con la historia cultural urbana. La Columna de Bolívar en Mérida-Venezuela", entre otros.

artes que se suman a un determinado proyecto urbano iniciado por la curia religiosa y secundado por el Estado y la universidad. Transformación y renovación urbana se conjugan con un propósito particular, establecer una imagen de la ciudad que tiene una singularidad: estado y arquitectura moderna sirven de palanca constructiva, siendo la pintura de murales certificadora visual de esta intención.

Al observar uno de los murales que el ucraniano pintó en la catedral (ver figura 2), podemos notar que se trata de una configuración de distintas imágenes representativas de la ciudad, aspecto este centrado casi que exclusivamente en aquella imbricación que envuelve a la ciudad de Mérida y a su entorno natural en una especie de unidad estética.

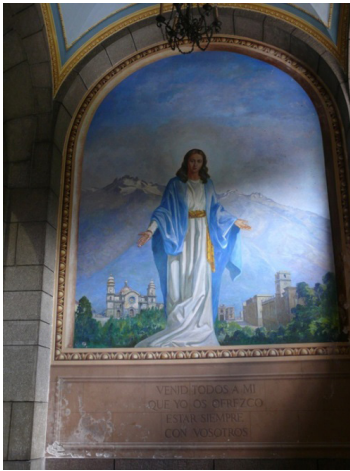


Figura 2. Iván Belsky. Inmaculada Concepción. 1963.  
Óleo/pared, nave de la Epístola Catedral de Mérida, Venezuela.  
Fotografía Gabriela La Riva (2014)

Figura 3. Iván Belsky. Inmaculada Concepción. 1963.  
Óleo/pared, nave de la Epístola Catedral de Mérida, Venezuela.  
Fotografía Gabriela La Riva (2014). Detalle derecho.

Varios son los estudios que permiten considerar una especie de tríada conceptual<sup>3</sup>, en tanto estructura imaginal que ha dirigido buena parte de la historia urbana y cultural de la ciudad, transformándose al mismo tiempo, en un imaginario urbano vinculado con el *poder* político, con dogmas religiosos y con la actividad académica. Esta tríada la conforman el Estado, hacedor de políticas y ejecutante de directrices urbanas de la ciudad desde su fundación en tiempo de la colonia, hasta la consolidación republicana perfilada desde mediados del siglo XIX; por su parte, la Iglesia siempre ha estado vinculada con el quehacer político y cultural de Mérida desde una perspectiva extraordinariamente activa,

<sup>3</sup> Según Luis Ricardo Dávila, la cultura merideña descansa su casuística en una estructura imaginal conformada por la iglesia, la universidad y lo agrario, este último rubro vinculado directamente con el estado como ente de gobierno, de ahí que para este autor los tres elementos se conjugan, se superponen y en determinado momento se complementan en las distintas etapas históricas de la ciudad (En: Febres – Cordero, Tulio, 2005 [1892], p. 16).

quizás más que en otra ciudad venezolana. Su presencia siempre ha estado insuflada por un fervor religioso de gran alcance en lo dogmático y en lo político, desde la fundación de la ciudad ha ejercido su influencia además del ya mencionado ámbito político, en aspectos relacionados con la educación, la economía y la cultura; y el tercer vértice lo conforma la Universidad, espacio creado desde finales del siglo XVIII con una presencia absoluta en todas las dinámicas urbanas. Si bien es cierto que su origen data de un relacionamiento extremo con la Iglesia, su escisión con esta determinó su transformación en 1810 como la primera institución de educación superior republicana laica de Venezuela.

En la obra de Belsky se pueden apreciar los edificios que fueron originados bajo la estrategia constructiva de la modernidad arquitectónica aplicada a esta ciudad, sus lenguajes y tipologías arquitectónicas convergen en una especie de proyecto en común de esta tríada conceptual e imaginal generada justamente en la década de 1950, donde a su vez convergieron los ingentes recursos derivados de la renta petrolera que permitieron, por primera vez y de forma sistemática, organizar una imagen de la ciudad de Mérida renovada, sin deslastrar aquella preeminencia histórica y el reconocimiento colectivo del poderío de sus instituciones, marcando espacios privilegiados y grados de influencia de sus actores y dirigentes. En tal sentido, esta pintura, más allá de ser un elemento decorativo de la Catedral, reafirma un imaginario urbano vinculado con el poder y con sistemas de organización social y urbana en la ciudad de Mérida, pues aun cuando se trate de tres instituciones con caracteres separados y con rangos de actuación en la ciudad según sus parámetro e intenciones, dentro de los procesos de aprehensión ahora como imaginarios urbanos siempre han estado juntos, es decir, se los ve y entiende como uno solo.

Este cúmulo de sedimentos culturales e imaginarios urbanos se ven reafirmados en la obra del pintor ucraniano, cuando los escenifica ante el imponente entorno natural que distingue a la ciudad, al tiempo que los muestra como una especie de presente eterno, de una visión integral sucinta de la ciudad y de sus principales atributos urbanos, un ser siempre. Empero, a partir de la década del 2000 en adelante, este imaginario urbano del poder comienza a experimentar cambios profundos en la apreciación colectiva, en tanto que la presencia de organizaciones políticas vinculadas con los movimientos socialistas y con el partido de gobierno ha desmantelado esta tríada conceptual, pues en los espacios públicos inmediatos a la plaza Bolívar se ha observado a lo largo de estos últimos dieciocho años una confrontación extraordinaria de substituciones, donde el Estado, ahora especie de pica “progresista-socialista”, genera un clima de confrontación con la Universidad y con la Iglesia que, sin duda alguna, se refleja en la conformación de nuevos imaginarios urbanos, ahora perfilados como conflictos, e incluso como espacios topofóbicos, generados por el temor de transitarlos; allende este escenario de conflictos, las obras de Mujica Millán y sus distintas representaciones siguen siendo objeto de estudio por parte de los historiadores del arte y de la arquitectura por ser, justamente, importantes referencias construidas en la ciudad.

Esto deriva, hoy en día, en una suerte de movimientos colectivos juveniles de corte político de explotación de otros referentes visuales, precisados en los murales de la calle que, sin duda alguna, vienen desplazando a aquella tríada conceptual hacia otros referentes o atributos urbanos (el sistema de transporte masivo denominado Trolébus y del nuevo Estadio Metropolitano de fútbol construidos durante las gestiones provinciales del partido de

gobierno) como otra modernidad, como referentes visuales distintos, es decir, como una alternativa no vinculada expresamente a la Iglesia, a la Universidad ni al Estado “conservador” directamente, por tanto el conflicto generó una búsqueda alternativa de nuevos referentes que comienzan a perfilarse como un conflicto de imaginarios urbanos: la perseverancia del imaginario del poder instituido reflejado en el concepto plástico del mural de Belsky y, por otro lado, como una inducción colectiva de corte político que comienza a generar nuevos imaginarios urbanos sostenidos desde uno solo de los vértices de la tríada conceptual naturalizada que marcó otrora esa “merideñidad” distintiva de la ciudad. Ahora bien, lo que persiste como intención es, sin duda alguna, la inclinación por precisar desde el imaginario colectivo inducido o no, una imagen referencial identificadora de la ciudad, dando entonces continuidad a esa dinámica urbana de conformación de referentes conductistas e imaginarios en pro de un perfil “único” y trascendente de la ciudad de Mérida.

La necesidad de concentrar mayormente el poder de la interpretación en los elementos físicos-construidos de la ciudad presentes de manera pictórica no hace otra cosa sino establecer los elementos constitutivos de su imaginario urbano, en este caso, como representación de poderes instituidos dominantes, activos política y culturalmente en la ciudad de Mérida.

Su consolidación y posterior desplazamiento como imaginario urbano vinculado al poder no es sino la estructuración de otro imaginario distintivo, en otras palabras, los imaginarios urbanos perfilados como concentración de poder se diversifican hacia otros elementos que recogen de aquellos su intención identificadora del lugar, como si este fuera un fin último, una necesidad de expresarse en el tiempo, de hacerse sentir bajo cualquier circunstancia. Así se define este imaginario urbano en Mérida, como un reducto de proyección de su imagen “singular” con respecto a otras ciudades venezolanas, apelando a atributos urbanos gestados desde lo armónico conservador naturalizado, hasta su traslado y diversificación como producto del conflicto político escenificado en los propios espacios físicos, construidos en esta pintura mural.

Al observar el comportamiento de la imagen de la ciudad de Mérida, de sus imaginarios urbanos y el relacionamiento con las obras de arte, se puede notar la importancia que tiene la afinación de propuestas metodológicas como la exhibida en este capítulo, conduciendo la determinación de tales modelos de naturalización de las imágenes, de sus opciones de direccionamiento de los discursos y de sus aplicaciones en las reformas urbanas, sobre todo, cuando se observó, en el caso de la ciudad de Mérida, que se le dio una continuidad a la intención de mostrarla como una especie de futuro constante, como presente recurrente, como ente definitorio que parte de lo natural, y que se vincula con la vanguardia política, empleando para ello al arte y la arquitectura. Sin embargo, aun cuando están profundamente naturalizados comienzan a mostrar fisuras y a desplazar los imaginarios urbanos gestados en su intención hacia otros elementos, alternativos, dinámicos, pero siempre centrados en la necesidad de identificar y de referenciar la ciudad.

## REFLEXIONES FINALES

Las ciudades, sus construcciones culturales y formas de representación dan cuenta de muchos fenómenos sociales, de imprecisiones, de desajustes, de tensiones, pero al mismo

tiempo generan a lo interno referentes visuales e imaginales transformados en insumos importantes en la conformación de imaginarios urbanos, los cuales dan mayor sentido al ser de la ciudad. Las obras de arte embebidas de imaginarios urbanos pueden transformarse en elementos referenciales de la cultura urbana. Generalmente se busca precisarlos a través de metodologías de investigación que tienen su base en fórmulas cuantitativas. No obstante, los imaginarios urbanos encuentran en las representaciones plásticas una de las vías más extraordinarias de análisis de la imagen de la ciudad. Solo queda trazar las rutas pertinentes que puedan estructurar estudios combinados desde la historia del arte, la historia, la literatura, arquitectura y urbanismo, para así proveer del corpus metodológico propio de estos tiempos de globalización, de imbricaciones culturales y de distintas realidades urbanas.

La razón radica en la necesidad de encuadrar con mayor atención y en función de perfilar una línea de investigación, los verdaderos alcances que poseen las obras de arte y su uso en la construcción cultural de la ciudad, pues no son solo expresiones circunstanciales o contextuales de algún momento determinado, sino verdaderos depósitos de relacionamientos sociales y claves de entendimiento de lo urbano. Se pueden incluso sintetizar algunos tipos de relacionamientos, en tanto se demuestre con suficiente asiduidad que una obra de arte es un imaginario urbano, o viceversa, apoyados en modelos de complementariedad que permitan ser comprobados a través de métodos abiertos y generosos en la interpretación.

## REFERENCIAS

- Almandoz Marte, A. (2002). "Notas sobre historia cultural urbana. Una perspectiva Latinoamericana". *Perspectivas urbanas*. 1, 29-39 Consultado enero 2007. <http://upcommons.upc.edu/handle/2099/20>
- Almandoz Marte, A. (2006). *Urbanismo europeo en Caracas 1870-1940*. Caracas: Fundación para la Cultura Urbana (Primera edición, 1997).
- Almandoz Marte, A. (2008). *Entre libros de historia urbana. Para una historiografía de la ciudad y el urbanismo en América Latina*. Caracas: Editorial Equinoccio.
- Bailly, A. (1989). Lo imaginario espacial y la geografía. En defensa de la geografía de las representaciones. *Anales de Geografía de la Universidad Complutense*, 9, 11-19.
- Boulton, A. (1975). *Historia de la pintura en Venezuela. Tomo. I. Época colonial*. Caracas: Armitano Arte.
- Bustillo, C. (2000). De lo real, de lo imaginario y lo ficcional. *Apuntes Filosóficos*, 17, 151-163.
- Dávila, L. R. (2005). "Apología de la merideñidad. A propósito de Tulio Febres Cordero". En: T. Febres Cordero, *Clave histórica de Mérida* (pp. 7-26). Mérida: Publicaciones del Vicerrectorado Académico de la Universidad de Los Andes (Primera edición, 1892).
- De Certeau, M. (2000). *La invención de lo cotidiano. I. Artes de hacer*. México: Universidad Iberoamericana.
- Duarte, C. y Graziano, G. (1989). *Historia de la Catedral de Caracas*. Caracas: Armitano Arte.

- Durand, G. (2004). *Las estructuras antropológicas del imaginario. Introducción a la arqueología general*. México: Fondo de Cultura Económica.
- García Canclini, N. (2005). *La globalización imaginada*. Buenos Aires: Paidós.
- Gómez, Jorge. (2009a). "El paisaje en la conformación del imaginario de la ciudad de Mérida: 1880-1960". En: A. Guerrero Rodríguez (ed.), *Los paisajes de la modernidad en Venezuela (1811-1960)*, (pp. 287-309). Mérida: Consejo de Desarrollo Científico, Humanístico, Tecnológico y de las Artes / Grupo de Investigaciones en Arte Latinoamericano, Universidad de Los Andes.
- Gómez, J. (2009b). "El paisaje como estructura de arraigo y condicionante de la memoria urbana merideña 1960-1980". En: B. Cáceres de Péfaur (ed.), *Paisajes paralelos 1960-2000. Nueva visión de la naturaleza y de la historia* (pp. 15-28). Mérida: Consejo de Publicaciones de la Universidad de Los Andes / Grupo de Investigaciones en Arte Latinoamericano.
- Gómez, J. (2009c). "El espacio imaginario de Los Riberas y de las Fiestas Galantes. Correspondencias desde la historia, la imagen y el imaginario". En: A. de Nordenflych y D. Doll (eds.), *Ciudades (in) ciertas. La ciudad y los imaginarios locales en las literaturas latinoamericanas*, (pp. 50-63). Valparaíso: Puerto de Escape.
- Gómez, J. (2012). "La imagen de Mérida en sus procesos de transformación: desde el imaginario urbano hasta la urbe concreta (1900-1980)". En: R. Pérez Arriaga (ed.), *Geografía cultural. Panorámicas del paisaje* (pp. 239-257). Madrid: Editorial Académica Española.
- Gómez, J. (2013). "La construcción de un imaginario plástico y su vinculación con la historia cultural urbana. La Columna de Bolívar en Mérida-Venezuela". En: M. Drien, T. Espantoso y C. Vanegas (eds.), *Tránsitos, apropiaciones y marginalidades del arte público en América Latina*, (pp. 115-128). Santiago de Chile: GEAP-Latinoamérica, Universidad de Buenos Aires, Centro de Estudios del Patrimonio, Universidad Adolfo Ibáñez.
- Gorelik, A. (1999). "Historia de la ciudad e historia intelectual". *Prismas. Revista de historia intelectual*, 3, 209-223.
- Gorelik, A. (2004). *Miradas sobre Buenos Aires. Historia cultural y crítica urbana*. Buenos Aires: Siglo Veintiuno Editores.
- Gorelik, A. (2010). *Correspondencia. Arquitectura, ciudad, cultura*. Buenos Aires: Nobuko.
- Guerrero R., A. (2005). "Atisbos paisajísticos en la pintura colonial venezolana". En: Grupo de Investigaciones en Arte Latinoamericano (ed.), *El paisaje: memoria cultural de Venezuela 1498-1811* (pp. 131-154). Mérida: Consejo de Desarrollo Científico, Humanístico, Tecnológico y de las Artes / Universidad de Los Andes.
- Lacarrieu, M. (2007). "La 'insoportable levedad' de lo urbano". *Eure xxxiii(99)*, 47-63. <http://www.scielo.cl/pdf/eure/v33n99/art05.pdf>
- Lindón e Hiernaux. (2007). "Imaginarios urbanos en América Latina. Tradiciones y nuevas perspectivas". En: Armando Silva (ed.), *Imaginarios urbanos en América Latina: Urbanismos ciudadanos* (pp. 157-167). Barcelona: Fundación Antoni Tapies.
- Lindón, A. (2007a). "Los imaginarios urbanos y el constructivismo geográfico: los hologramas espaciales". *Eure, xxxiii(99)*, 31-46. <http://www.redalyc.org/articulo.oa?id=19609904>

- Lindón, A. (2007b). La ciudad y la vida urbana a través de los imaginarios urbanos. *Eure*, xxxiii(99), <http://www.scielo.cl/pdf/eure/v33n99/art02.pdf>
- Morse, R., J. Hardoy, R. Schaedel (eds.): (1981). *Ensayos históricos-sociales sobre la urbanización en América Latina*. Buenos Aires: Clacso.
- Rossi, A. (1975). La arquitectura análoga. *2C Construcción de la ciudad*, 2, 8-11. <https://issuu.com/faximil/docs/1975-2c-02/41>
- Rossi, A. (1986). *La arquitectura de la ciudad*. Barcelona: Gustavo Gili.
- Silva, A. (2007). *Imaginarios urbanos en América Latina: urbanismos ciudadanos*. Barcelona: Fundación Antoni Tapies.



# INTERPRETANDO EL CONSUMO DE CANNABIS EN LAS UNIDADES DE PLANEAMIENTO ZONAL DESDE LOS IMAGINARIOS URBANOS EN COLOMBIA

---

FREDDY ORLANDO MORA HERNÁNDEZ\*, FELIPE ANDRÉS ALIAGA SÁEZ\*\*,  
JAVIER DIZ CASAL\*\*\* Y JOSÉ DAVID GUTIÉRREZ SÁNCHEZ\*\*\*\*

## INTRODUCCIÓN

Este es un ejercicio de investigación cualitativo pensado como una manera de contribuir desde las ciencias sociales a los debates y a la incursión exploratoria en relación con el consumo de cannabis. Hemos tenido en cuenta el contexto urbano en la ciudad de Bogotá, en el cual existe un consumo de cannabis en población juvenil<sup>1</sup>. La intención no ha sido otra que la de rescatar los discursos alternativos existentes frente a una significación extremadamente instituida sobre la droga ofreciendo un espacio para aquella información que apunta hacia lo emergente —instituyente si se quiere, cercano a lo que dice Castoriadis (1975, 1983, 1994, 1998) a lo largo de su obra— y se aleja de los paradigmas más prohibicionistas para acercarse a propuestas en torno a una regulación responsable y desde lo local. Hemos apostado por un marco urbano teniendo en cuenta que las drogas son un elemento complejo cuyas implicaciones trascienden los efectos biológicos, en este sentido, el imaginario urbano trata de recoger la idiosincrasia propia de cada emplazamiento urbano con su haber material e inmaterial. Hemos tratado de recoger este fenómeno también en relación con las dinámicas de capitalización globalizadora.

Las drogas pierden su vinculación secular con las economías locales y se convierten en objeto de rápidos procesos de transculturación. Desde entonces, la historia de las drogas

---

\* Facultad de Sociología. Universidad Santo Tomás, Colombia.

\*\* Facultad de Sociología. Universidad Santo Tomás, Colombia.

\*\*\* Universidad de Vigo, España.

\*\*\*\* Universidad Pablo de Olavide, España.

<sup>1</sup> Este capítulo se basa en la tesis de sociólogo de Freddy Mora (2017). El consumo de la marihuana y la ciudad, desde los jóvenes usuarios y su imaginario social. Primera tesis en torno a imaginarios urbanos defendida en la Facultad de Sociología de la Universidad Santo Tomás Colombia, bajo la dirección de Felipe Aliaga. Contó con la revisión y valiosa contribución de Javier Diz y José David Gutiérrez, miembros activos de la Red Iberoamericana de Investigación en Imaginarios y Representaciones (RIIR).

pertenece cada vez menos a la historia de las culturas locales y cada vez más a la historia de la economía capitalista (Capalbo, 2013, p. 4).

Existe un proceso de globalización del consumo de ciertas sustancias que, además, desde lo local promueve un impacto global como podríamos aludir a los últimos casos de legislaciones pro consumo terapéutico/medicinal en diferentes estados de EE. UU., Uruguay o Alemania. Dicho de otro modo, parece haber un impacto en la orientación global desde lo imaginario urbano.

## LAS UPZ Y LOS IMAGINARIOS URBANOS

Hemos planteado esta investigación enmarcándola en el estudio de la interpretación del imaginario urbano configurado e instituyente en torno al consumo de cannabis en las Unidades de Planeamiento Zonal (UPZ), concretamente en la de Tibabuyes perteneciente a la localidad de Suba, que está dividida en 12 UPZ. Lo hemos realizado con el foco en el etiquetaje dentro del espacio público y desde el discurso de jóvenes consumidores en esta UPZ de durante el año 2017.

La configuración de las Unidades de Planeamiento Zonal está planteada de manera tal que faciliten la expresión de lo urbano. Es a estos efectos una creación que se puede tratar perfectamente como una institución imaginaria social urbana en la que se dan diferentes significaciones —sociales urbanas— sobre el cannabis.

Las ciudades, según la percepción que los habitantes construyen de ella, es donde las miradas grupales producen los nuevos croquis ciudadanos y desde donde se puede pensar en conquistas sociales basadas en deseos subversores de los habitantes de cada ciudad en una lucha por imponer otros imaginarios a los hegemónicos (Silva, 2014, p. 112).

El tratamiento de un fenómeno desde el imaginario urbano idiosincrático de un imaginario social viene a poner en valor un cierto carácter antropológico en su asunción, por cuanto se puede asumir desde una base etnográfica y no menos importante por su capacidad de cohesionar *explicaciones* y *decires* en torno a un fenómeno: una perspectiva urbana de lo imaginario. De hecho, los imaginarios urbanos vienen a querer poner el foco desde lo urbano como se podría hacer desde la concepción al uso del imaginario social en torno a lo que emerge —lo instituyente— en oposición a lo que entra en decadencia —lo instituido—:

En estos casos nuestros estudios privilegian momentos en los cuales los sentimientos son dominantes ante la razón, tales como estados de miedo, odio, afecto, ilusión: un estudio urbano desde la perspectiva de los imaginarios se dirige a revelar situaciones y momentos en los cuales la colectividad vive o se expresa en algún límite de la realidad prevista. Algo se altera y pareciese que emergen nuevas verdades sociales. (Silva, 2006, p. 100)

Una visión lúdica es la de Maffesoli, no opuesta, pero diferente por cuanto se refiere a la entrada en el placer de “estar-juntos”, en la intensidad del momento, en el goce del mundo tal cual es y no tanto como algo económico, político o social en clave de vindicación contra lo instituido, como señalaremos en el apartado en el que hablamos de “espacio público” aunque ya decimos que sirve también para leer acerca de los espacios urbanos.

Silva, desde un urbanismo ciudadano, apunta a que los imaginarios urbanos permiten visibilizar de qué manera “las miradas grupales producen los nuevos croquis ciudadanos y desde donde se puede pensar en conquistas sociales basadas en deseos subversores de los habitantes de cada ciudad por imponer otros imaginarios a los hegemónicos” (Silva, 2014, p. 112). Dicho sea de paso, cada vez más sinónimos a globales.

## EMERGENCIA Y DECADENCIA DE LA PERCEPCIÓN DEL USO DEL CANNABIS DESDE LO URBANO Y LO GLOBAL

En el momento actual estamos vivenciando una serie de procesos instituyentes que vienen a configurar un nuevo sentido legitimado de forma social y sustentado desde lo que las personas creen en torno al cannabis en el espacio público. Pero nada más lejos de la realidad sería decir que no está ocurriendo justamente lo contrario en algunos países en los que el uso del cannabis en espacios públicos está siendo configurado hacia lo patológico, criminalizando determinadas conductas que otrora y durante un tiempo pretérito más actual no estaban sujetas a las injerencias de una opinión pública contraria. Dicho de otro modo, lo que la gente piensa sobre las cosas —ese marcador tan efectivo para acercarse a lo imaginario— fluye de una manera constante y rara vez se podría leer un posicionamiento generalizado similar. En relación con el consumo de cannabis como fenómeno social, local y global, se ha venido asumiendo un posicionamiento prohibicionista obviando uno previo favorable hacia su comercialización muy a conveniencia del momento histórico.

Sea como haya sido en el pasado, en la época actual uno de los organismos que más peso ha tenido en materia de recomendaciones de carácter mundial en torno a los posicionamientos oficiales sobre el cannabis ha sido la Asamblea General de las Naciones Unidas (UNGASS). Esta asamblea se ha ido vertebrando por medio de diferentes ediciones, cumbres, informes, declaraciones y recomendaciones. Ha habido asambleas “en los años 90, 98, 2016 y otra proyectada para 2019” (Diz, 2017b, pp. 50-51). Los planteamientos no han querido pivotar más allá de una centralidad clara, expresada en uno de sus objetivos más solemnes: *terminar con la droga en el mundo*. Esto aquí tiene una implicación profunda entre lo instituido del imaginario social y lo instituyente del imaginario urbano. En términos generales, por cuanto la UNGASS abarca una extensión geopolítica mundial se percibe como lo que lo oficial cree, pero en términos etnográficos por cuanto se produce una reconceptualización de los esquemas sociales desde la localidad de lo urbano se percibe como lo que la gente cree. Así pues, he aquí la pugna entre un poder establecido y uno instituyente en tanto que sostenedores de la asunción existencial en un plano fenomenológico. Desde sus comienzos no ha sido otra cosa que una institución que ha tenido como objetivo soportar la centralidad del tratamiento en materia de drogas y dar reconocimiento y sensación de rigor a una serie de planteamientos imposibles: la UNGASS se ha marcado un plazo para alcanzar la consecución del plan “Un mundo sin drogas”, que periódicamente ha venido mostrando su ineficacia de base etnocentrista y *patologicista*.

En términos de regulación efectiva no es posible aludir al caso de Holanda, ya que este planteamiento no promueve una regulación sino solamente un espacio para la venta de cannabis que ha de ser adquirido por la clase empresarial dedicada a la materia de forma

completamente ilegal. De manera que para hablar de movimientos de gran calado hay que situarse en la primera década del siglo XXI y desde la segunda hasta al momento actual. Principalmente los casos de Uruguay, EE. UU. —algunos Estados—, Portugal y Alemania. De hecho, según Bewley-Taylor y Jelsma (2016), director del Observatorio Global de Políticas de Drogas (GDPO) de la Universidad de Swansea, Reino Unido, y director del programa Drogas y Democracia del Transnational Institute, Países Bajos, respectivamente, este marco prohibicionista global ha venido perdiendo fuerza desde lo urbano, como pone de manifiesto la desvinculación con las medidas de la UNGASS por parte de los siguientes países: Canadá, Guatemala, México, Italia, Suiza, los Países Bajos y Marruecos. En este sentido, todo se presenta de la misma forma: pugna entre la decadencia y la emergencia de determinadas significaciones e instituciones imaginarias sociales desde contextos grupales: tribal, comunitario, local, urbano y, en definitiva, representativo e idiosincrático que permite la expresión propia:

Así pues, es probable que las tensiones en torno a la regulación del cannabis y el no cumplimiento de los tratados en este ámbito se extienda rápidamente, haciendo que cada vez sea más difícil que los países sigan escondiendo la cabeza bajo tierra y negando que es necesario abrir un debate sincero sobre los fallos sistémicos y los elementos obsoletos del sistema de tratados para el control de drogas de la ONU. (UNGASS, 2016)

Ya en la asamblea de 2016 esta rotura de la pretendida uniformidad en las medidas adoptadas para el tratamiento del cannabis se hizo patente. Los expresidentes Ricardo Lagos, Olusegun Obasanjo y Ruth Dreifuss lo señalaban en un artículo del día 31 de agosto:

En abril, la Sesión Especial de la Asamblea General de las Naciones Unidas (UNGASS, por sus siglas en inglés) sobre drogas demostró claramente que los consensos basados en la prohibición de las drogas y enfoques punitivos que llevan décadas vigentes, han fracasado. Desafortunadamente, en vez de proponer soluciones innovadoras, el documento de resultados de la UNGASS continúa manteniendo estrategias prohibicionistas (...) El tráfico de drogas y el mercado negro son, hasta cierto punto, una consecuencia directa del sistema internacional del control de la droga. La prohibición y el objetivo de tener sociedades libres de drogas han causado lo que las Naciones Unidas llama las “consecuencias negativas no intencionales”. Estas incluyen grandes ganancias de un mercado criminal que vale 320 billones de dólares, que alimenta la violencia, la corrupción y las inestabilidades. El prohibicionismo, enfocado en el cumplimiento y endurecimiento de las leyes, ha causado daños irreparables a numerosas comunidades alrededor del mundo, y no podemos quedarnos como simples espectadores. (2016)

Esta instituyente ola que recorre lo global se ha ido impulsando, durante la historia reciente, desde un sinfín de localismos, de emergencias urbanas frente a decadencias instituidas globales sobre las significaciones del consumo de drogas. Algunos ejemplos podrían aludir a un “algo” tribal y ciertamente pretérito que guarda relación con un creer sobre su utilización en estrecha vinculación con lo trascendente y soporte mítico-religioso que hasta el día de hoy se mantiene, como es el caso del uso de ayahuasca por parte de algunos grupos humanos. De manera igual, se podría hablar desde un soporte urbano

como el caso de la Ciudad Libre de Christiania en Copenhague cuando existía una libre expresión de su uso. También en un sentido más amplio de lo comunitario en un marco global pero heterogéneo, como hemos indicado, podemos enmarcar las diferentes iniciativas de Uruguay, algunos Estados de EE. UU., Portugal y Alemania.

En Uruguay se puede adquirir y consumir cannabis con fines recreativos y de manera legal desde el 10 de diciembre de 2013, fecha en la que se aprobó una ley que regula el mercado de esta planta. El 1 de enero de 2014, Colorado aprueba la de legalización del consumo y venta de cannabis con fines recreativos, esto tuvo como resultado que durante los “primeros 12 meses de recaudación de impuestos se produjese un superávit que permitió devolver dinero a los contribuyentes” (Diz, 2017b, p. 56), de hecho, según Jacobi y Sovinsky (2013), solamente en el caso de EE. UU. sería posible recaudar del orden de unos 12 000 millones de dólares si se regulase el mercado de cannabis de manera generalizada en el país.

Así mismo, se percibe una emergencia en torno al imaginario social urbano del consumo de cannabis en lugares como Washington, donde la tenencia y el consumo esta despenalizado desde febrero de 2015 u Oregón, que legalizó el consumo recreativo el 25 de julio de 2015. Así mismo, en las presidenciales del 9 de noviembre cuatro estados votaron a favor de legalizar el consumo recreativo: California, Maine, Massachusetts y Nevada.

En otros estados como Montana, Arizona, Nuevo México, Minnesota, Míchigan, Illinois, Pensilvania, Nueva York, Vermont, Nuevo Hampshire, Connecticut, Rhode Island, Nueva Jersey, Delaware, Maryland, Luisiana y Hawái, aunque el consumo lúdico no esté regulado sí lo está el terapéutico, al que la legalidad ampara. En este sentido, también en Alemania los médicos alemanes pueden prescribir tratamientos a base de cannabis desde el 10 de febrero cuando el *Bundesrat* aprobó la medida (Diz, 2017c). No obstante, en realidad cualquier panorama en torno a una legislación cannábica que permita el autocultivo con fines medicinales está muy lejos en Europa (Diz, 2017b). Lo que parece innegable es la existencia de una emergencia reformista del paradigma de la lucha contra las drogas. Portugal y la República Checa que han decidido eliminar las sanciones punitivas y adoptar medidas sociales son un buen ejemplo por cuanto estas medidas suponen un gran paso, concretamente, Portugal en el año 2000, aprobó la Ley 30/2000. Esta ley de carácter progresista y garantista despenaliza el consumo y tenencia de cualquier droga siempre y cuando se trate de pequeñas cantidades destinadas al uso personal, pero obvia legislar el cultivo.

Otros países como Canadá, Guatemala, México, Italia, España, Suiza, los Países Bajos o Marruecos, como apuntábamos en alguno de esos casos antes, son ejemplos de cómo el paradigma global oficialista, representado en la UNGASS 2016, vive el comienzo del fin de la denominada “guerra contra las drogas” (Fordham & Jelsma, 2016) o, en todo caso, la irrupción por una emergencia que avala la reducción del consumo de drogas desde la despenalización (Coriat, 2016) y es posible decir que quizá “nos encontremos ante la emergencia de unos nuevos imaginarios sociales sobre el consumo de cannabis y la decadencia del imaginario social que legitimaba la prohibición” (Diz, 2017, p. 58). Si hay una fecha importante será la de 2019, momento en el cual se pueda visualizar fácilmente y con ayuda de las lentes que se han ido ajustando la decadencia de todas esas propuestas de un tiempo

pretérito que se han ido agarrando al existir como productos de seres existentes que son. La celebración de la UNGASS de 2019 hará evidente lo anticuado y representativo de lo instituido del plan: “Un mundo sin drogas”. Será un momento en el que el abatimiento de ciertos esquemas permita amplificar el foco atencional sobre nuevas resignificaciones respecto a cómo posicionarse y a hacerlo desde una perspectiva local, urbana y rural re-pensando el espacio que hemos de brindar a lo devenido del imaginario social urbano y rural como promotores de un modo general o tendencia de ver y entender las cosas como tales cosas por parte de un grupo de personas, de lo que respalda a una ideología, o un posicionamiento generalizado y, en el fondo, de lo que recoge esto como posibilidad y realidad factual y relativa (Diz, 2017). Por lo pronto, ciertos países empujados por una orientación reducida a lo urbano se han ido desligando de posicionamientos heterónomos hacia plazas más autónomas.

## SUSTRATO LEGISLATIVO: MARCO DE REFERENCIA

A continuación, vamos a llevar a cabo, a modo de resumen, un análisis de las políticas prohibicionistas en Colombia con el interés final de contextualizar las regulaciones en torno a la prohibición de las drogas desde los años setenta hasta la actualidad.

En primer lugar, cabe tener en cuenta la estrategia llevada a cabo por Estados Unidos dentro su particular “Guerra contra las Drogas” impulsada por el presidente Nixon en 1971. El posicionamiento del país puso de relieve diversos aspectos como por ejemplo la capacidad productora de Colombia y el papel de Estados Unidos como mercado dentro del narcotráfico. Teniendo en cuenta a Gutiérrez (2014), podemos señalar como en la década de los años setenta dicho mercado estaba sobre todo marcado por el tráfico de cocaína y marihuana. Además, Gutiérrez señala la participación de la estructura del narcotráfico en la política nacional colombiana como punto a destacar en todo el proceso, donde podemos relacionar el papel relevante que tuvo Pablo Escobar Gaviria en el Congreso de la República, en cuanto los crímenes políticos contra aquellos que se opusieron al narcotráfico a nivel nacional.

Una vez iniciado este proceso prohibicionista por parte de Estados Unidos, Colombia comenzó su particular intervención estatal por medio de la Ley 30 de 1986, donde además de actuar sobre cualquier actividad relacionada con la droga, comenzó a su vez su propia guerra contra el narcotráfico. La Ley incidía sobre todo el proceso, es decir, producción, tráfico, consumo e incautación y posterior destrucción de los estupefacientes. Se reconocieron las sustancias prohibidas y se establecieron los parámetros a seguir en cuanto a dosis personales y aquellas que podrían contener o ser parte de un delito de narcotráfico.

Los frentes abiertos por Colombia y Estados Unidos marcaron las décadas de los setenta y ochenta, donde poco a poco fue intensificándose la acción por parte de cada nación. Teniendo en cuenta que Colombia ostentaba la primera posición mundial por producción, se intensificó la acción mediante la fumigación por aspersión aérea de los cultivos ilícitos. Hay que señalar que Colombia por entonces, según Borda & James (2013), exportaba aproximadamente 5000 libras de marihuana a las costas de Florida en Estados Unidos. Según la *Revista Semana*, en 1982 la exportación de cannabis sativa o marihuana consi-

guió generar ingresos a la economía nacional por alrededor de 2200 millones de dólares, más de lo que generaba el café como producto vertebral de la economía colombiana.

La década de 1990 estuvo marcada por el fallo de la Corte Constitucional C-221 en 1994, que, tal como expone Gutiérrez (2014), dicho fallo marcó el endurecimiento por el porte de las dosis en cuanto a consumo propio, estimando hasta los 20 gramos de marihuana como límite. Este procedimiento además recogía la posibilidad de arresto por un periodo de un año e incluso sanciones económicas.

No fue hasta 2009 cuando se volviese a debatir la prohibición de porte de sustancias ilícitas. En este caso el presidente Uribe por medio de la legislación 02/2009 invalidó la dosis personal o por consumo propio como figura jurídica, ofreciendo como alternativa el uso de las sustancias bajo causa médica y terapéutica. Además, incluyó al Estado colombiano en la atención de aquellas personas que manifestaban dependencia, convirtiéndose así en cuestión de Estado la atención mediante políticas sociales. Por lo tanto, se mantiene la prohibición de las sustancias psicoactivas y se avanza en cuanto a la atención de aquellas personas en situación de drogodependencia.

Estos hechos marcaron las legislaciones posteriores, donde se continuó debatiendo sobre el porte personal de estupefacientes. En 2011 por medio de la Sentencia 504 de la Corte Constitucional, ante la demanda de las acciones del Gobierno de Uribe, se reactiva la figura de la dosis personal validándola basándose en el Artículo 49 en la que prevalece el tratamiento terapéutico. Se rechaza cualquier propuesta de penas de cárcel con la excepción de aquellos casos en los que las cantidades estimadas para el consumo personal tengan una finalidad lucrativa. Posteriormente, surge en 2012 la Ley 1566 sobre la incidencia terapéutica con los consumidores, fijando de tal modo la atención ante sustancias psicoactivas.

Sin embargo y a pesar de que tanto la vía judicial como la ley enfatizaban en la importancia de los proyectos de prevención y los tratamientos médicos y terapéuticos con debido acompañamiento a las familias, fue necesario desarrollar procesos sobre dichas disciplinas teniendo en cuenta que el énfasis siempre ha sido represivo por parte del Gobierno en 2012 y 2013. La acción represiva ha estado marcada por: erradicación, interdicción de rutas e incautación de cocaína; destrucción de instalaciones de infraestructura para producción de drogas; incautación de embarcaciones y aeronaves utilizadas por el narcotráfico; intensificación de la lucha contra las Bacrim; e iniciativas para desarticular las guerrillas (FARC y ELN). Posteriormente a estas acciones continuaron otras como fortalecimiento de actividades de inteligencia y contrainteligencia de Estado (Departamento Nacional de Planeación, 2013), operaciones en contra del acceso de la droga a mercados nacionales e internacionales, y además, la incidencia en la detección de puntos de fabricación.

## ESPACIO PÚBLICO

Cuando proyectamos este trabajo desde los imaginarios sociales urbanos apostamos por visibilizar algunos aspectos que emergieron como contraposición a la estructura oficial de las instituciones de carácter global. Un posicionamiento urbano y local, de abajo hacia arriba:

Yo creo que el movimiento debe ir de abajo a arriba, hemos visto que no ha pasado nada positivo acudiendo a las instancias superiores, ha habido una asamblea general de la ONU hace unos meses donde se ha intentado reclasificar al cannabis porque está en la lista uno, lo que significa que tiene un enorme poder adictivo y ningún potencial terapéutico y no se ha conseguido nada, creo que debemos empezar de abajo a arriba, pacientes, médicos, investigadores intentando mover conciencia en nuestros países y así tendrán que legalizar a nivel global para que todo el mundo tenga acceso a este tipo de medicina.<sup>2</sup>

No es algo baladí y conviene tener en cuenta esta estructuración pro-cambio, en esta línea el espacio público está estructurado desde una significación colectiva que trasladará producción y reproducción de una determinada espacialidad. Como consecuencia de esto se producirá el moldeamiento de la ciudad en coherencia a lo vivido que, de manera experiencial, favorece el establecimiento de un orden para determinar lo bello y lo deseado pensado básicamente desde la base social y muy acorde al contexto del Estado político y social de cada territorio (Mora, 2017).

La significación se percibe como una realidad susceptible de ser estudiada en la medida en que lo público es construido socialmente, es decir se buscan sus sentidos y los códigos atinentes a una estructura propia. Se trata de visibilizar la contraposición de las acciones ciudadanas y configurar espacios públicos en base al uso y no al consumo del entorno. Aquí reside en parte lo instituyente por cuanto este pretendido valor de uso no siempre se corresponde con las posturas hegemónicas, lo establecido e instituido que sostiene y orienta el poder.

Siguiendo a Harvey (2012), hemos querido brindar gran relevancia al espacio urbano en relación con la interpretación del consumo de cannabis de jóvenes en el marco de las UPZ. De lo que aquí se trata es de la creación de lugares. Análogamente, podríamos aludir a Maffesoli y su metáfora de la red en la que los nudos serían los espacios tribales: “La organización de la sociedad tiene forma de red. Una red conecta nudos. Los nudos de la red serían las tribus” (1990, p. 16): lugares diferenciados en su socialidad, de cierta querencia hacia la trascendencia. Pero también y, sobre todo, estos lugares pueden verse en términos de una oposición muy pertinente entre los espacios dominados y los espacios apropiados. (Mora, 2017).

Siguiendo la coherencia de lo presentado, creemos que el espacio público como tal, con base en lo taxonomizado por Bauman (2000), difícilmente puede sostener la práctica del consumo de cannabis siempre y cuando la significación del uso del cannabis sea negativa de forma generalizada y desvalorizada desde avales técnicos como podría ser desde contextos médicos, judiciales o educativos. Esto es así porque esa significación se transmitirá al espacio público utilizado, lo que tendría como resultado, por una u otra vía, la imposibilidad de seguir siendo destinado ese espacio a un uso que arroje una significatividad tal o bien se empujará hacia los lugares vacíos (Bauman, 2000) a las personas, jóvenes en el caso que nos ocupa, que en muchas ocasiones no disponen de la intimidad y libertad que brinda los espacios privados como una casa propia o un club cannábico.

No nos puede ser tan ajena esta antigua práctica de expulsar a las personas que forman parte de nuestro otro social, a las que consideramos irremediabilmente extrañas, prohi-

<sup>2</sup> En *Arsenal Terapéutico* el 28, noviembre, 2016. Entrevista a la Dra. Cristina Sánchez.

biendo el intercambio social y todas las variedades de *commercium*, comensalidad y *con-nubium* (Bauman, 2000). En toda esta búsqueda de un espacio público en el consumo de cannabis mencionamos dos posturas: en la primera postura no encontraremos mucho más que la única ludicidad, es decir, una socialidad, al fin y al cabo, estas tribus emplazadas en lugares materiales “no son más que una sucesión de tribus que expresan de todo corazón el placer de la horizontalidad, el sentimiento de la fraternidad, la nostalgia de una fusión preindividual” (Maffesoli, 2004, p. 19). La segunda postura es la de una búsqueda y formación identitaria, logro de sentimientos de pertenencia, aceptación, una sociabilidad con base en ciertos logros o adquisiciones y un espacio para lo instituyente en oposición a lo hegemónico y heterónimo.

En el primer caso, el espacio se expresa desde la socialidad y desde la unión emocional durante el momento sin el interés de trabajar por un proyecto político o económico, sino para el compartir, en la empatía las experiencias con las que se pretende sentir identificado, dicho de otro modo, se trata de un lugar en el cual poder desarrollar una socialidad del uso de la marihuana en toda su experiencia lúdica y cotidiana.

En el segundo caso, el espacio se expresa instituyente desde lo urbano en oposición a lo hegemónico y, para comprenderlo, hemos mencionado las reflexiones de Silva (2006 y 2014) en el apartado de “Las UPZ y los imaginarios urbanos”. Rescatando lo ya señalado, se hace mención clara a las diferencias entre socialidad y sociabilidad, en su ludicidad en la primera y en su intencionalidad en la segunda.

Columbrar las implicaciones de ambas posturas no resulta tan proceloso si se toman en comparación diferentes nudos, tribus, espacios o lugares —manteniendo una línea sinónima entre ellos— y la incidencia o impacto de lo instituido en cuanto hegemónico y hegemonzante en cada uno de estos y con base en su significatividad. Si tomáramos por ejemplo un contexto termal podríamos fácilmente hablar de un espacio en el cual la socialidad prima, se trata de un acto lúdico en el que se busca compartir el momento por diferentes motivos, pero sin un proyecto a desarrollar, se trata más de conseguir una experiencia en un espacio y que esta sea compartida. Al hablar de áreas termales nos estaríamos refiriendo a “espacios privilegiados que hacen posible el encuentro de personas en la creación y recreación de la interacción con otras personas y con el entorno” (Braña y Diz, 2018). Aquí no se alude a una necesaria influencia en el otro (Simmel, 2002, p. 83). De lo contrario, cuando hablamos de una interpretación de estos espacios públicos y del uso del cannabis en ellos desde los imaginarios urbanos esos lugares se pueden tomar como sostenedores de la encarnadura (Silva, 2014) proceso que, junto a la subjetivación y presentificación, permiten que el imaginario urbano se visibilice representacionalmente pese a su abstracción. Los imaginarios urbanos tienen mucho de ese *ser hablados por la tribu*, por eso los posicionamientos convergen: “Actúan en y/o a través de los cuerpos, los sentimientos, las percepciones y los sentidos, de los discursos, los objetos y las imágenes. O sea, de las representaciones a partir de las cuales se despliega y materializan en el mundo social (Vera, 2016, pp. 147-148).

La autora, siguiendo a Lindón y Hiernaux (2007) que a su vez recuperaron la idea de Barthes, nos indica que, en primer lugar, lo imaginario posee un valor incuestionable en el plano de lo cognitivo y, en segundo lugar, los imaginarios urbanos se sirven de

todos estos objetos para materializarse lo cual, como hemos referido, permite que sean visibilizados.

## SUSTRATO METODOLÓGICO

La presente investigación realiza una aproximación al uso de las drogas tomando como base la óptica sociológica, pero además, y teniendo en cuenta que hablamos de una disciplina ecléctica, es decir, que toma de otras (como la historia, antropología, etc.) diversos materiales y fuentes para elaborar un nuevo punto de vista sobre los hechos (Watier, 2005), nos aproximamos a la psicología, partiendo sobre todo por el hecho de la escasa bibliografía existente y disponible sobre el uso de las drogas. En este caso, abordamos el tema central desde una dimensión social y grupal, la cual tomando como base el consumo de marihuana, nos hace acercarnos al consumo de la misma en un contexto concreto y compartido.

Hablamos de un estudio exploratorio, el cual nos sirve para familiarizarnos con fenómenos relativamente desconocidos, obtener información sobre la posibilidad de llevar a cabo una investigación más completa respecto de un contexto particular, investigar nuevos problemas, identificar conceptos o variables promisorias, establecer prioridades para investigaciones futuras, o sugerir afirmaciones y postulados (Sampieri, 2006). Se tiene en cuenta la capacidad que alberga la cultura en la comprensión del fenómeno del consumo de drogas, es decir, teniendo en cuenta los condicionamientos y postulados derivados de la propia cultura, se analizan las respuestas que las sociedades tienen sobre el uso perjudicial de drogas.

Partiendo entonces de postulados teóricos organizados según su aproximación a la realidad, se distinguen (tomando como base el consumo de marihuana) diferentes escenarios clave que permiten acercar a los investigadores al conocimiento de un tema considerado tabú, por la carga cultural ante el consumo de determinados estupefacientes. Por ello, al admitir que el tema del problema de las drogas se liga a las estructuras de la cultura y la sociedad, se piensa en recurrir por una apuesta investigativa que haga uso de herramientas teóricas a fin de abrir nuevas rutas y líneas investigativas, así como también nuevos interrogantes.

Hablamos por tanto del empleo de tres herramientas teóricas destacadas. En un primer lugar, se recurre a la teoría del etiquetamiento, la cual surge como una teoría alternativa sobre la concepción de desviación elaborada por la teoría funcionalista (Durkheim, 1979 y 1982; Parsons, 1999), a fin de profundizar sobre los elementos de interacción puestos en juego entre quienes defienden y transgreden las normas, con la intención de razonar contextualmente la forma de operar de los distintos grupos alrededor de las normas, para que de tal forma se determine la concepción tanto de lo desviado como de lo no desviado. En segundo lugar, la teoría del espacio público, sobre la que se proyecta examinar el contexto en el que se ubica la conducta y poder definir las formas en las que este se reproduce, ya que es una teoría que permite ver cómo la ciudad es vivenciada desde los habitantes a fin de responder a las dinámicas del capital y consumo o a las necesidades y a la apropiación política de su entorno en beneficio propio y de los espacios. Y la última concepción teórica

a usar es la de los imaginarios urbanos teniendo en cuenta el factor de emotividad el cual en el tiempo contemporáneo es destacado a tener en cuenta como una base de unidad entre los grupos ciudadanos y su manera de percibir las ciudades para así poner sentido a sus conductas. Es a través de sus prácticas y de sus localizaciones específicas donde se sujetan a una red social compleja con dinámicas propias y de unos intercambios de ideas sobre los cuales se fundamenta el pensamiento en relación a su forma de vivir y concebir la ciudad.

Referente a la ubicación (el barrio Suba Compartir) se muestra ineludible establecer una delimitación donde se incluyen otros barrios próximos, por ello se recurre a las UPZ como elementos clave de la organización política de distrito sobre la cual trabajar: al oriente la UPZ No. 27 con un total de 236 barrios o Suba y al occidente se cuenta con la UPZ No. 71 o Tibabuyes con un total de 63 barrios (Uribe, 2007).

En cuanto al paradigma, este responde al hermenéutico en la medida en que se plasma en el discurso de los jóvenes para así dar cuenta desde las subjetividades de estos sobre la manera en que habitan la ciudad y más exactamente desde su consumo en sí. La hermenéutica se asienta en un paradigma interpretativo, el cual delimita a la sociedad como una realidad que se funda y conserva a través de interacciones simbólicas y pautas de comportamiento (Mora, 2017). La realidad tiene un carácter objetivo y subjetivo, pretende comprender e interpretar las acciones sociales llenas de significados. Su fin es la captación y reconstrucción de significados (Gordillo, 2010).

Esta investigación alberga un enfoque cualitativo donde se lleva a cabo un ejercicio interpretativo enfocado en la experiencia situada y compartida en un contexto específico para un momento concreto. Para conseguir información se recurre a la visita directa de los espacios en los que previamente se ha identificado el uso de la marihuana en la UPZ. Los participantes son voluntarios, los cuales están dispuestos incluso a atraer a otros informantes para completar la búsqueda de información en la propia investigación.

Partiendo de que el consumo de marihuana está rodeado de cierto estigma social, este es considerado como tabú y por ende se insta desde lo social a ocultar determinadas prácticas. Este tipo de muestreo facilita que se permita la confianza entre el investigador y los participantes para que estos últimos puedan compartir su experiencia y su conocimiento frente al tema en cuestión, y que se proyecte e incluso se pueda contar con la participación de diez entrevistados con la condición previa de que vivan en las UPZ y consuman marihuana.

Teniendo en cuenta lo anterior es la entrevista semiestructurada una de las dos herramientas que se utilizan a fin de compilar las subjetividades de los jóvenes usuarios frente al tema, con un cuestionario de aproximadamente 25 preguntas entre las cuales se abordan los distintos elementos teóricos sobre las categorías y las subcategorías propuestas. Se establece como requisito poder contar con un ambiente propicio para hablar ya que, como hemos reflejado, es tabú el consumo de marihuana desde un posicionamiento social. Otra herramienta empleada es la elaboración de un mapa donde se señalan los lugares identificados, como medio para cartografiar socialmente los espacios y, además, se parte de la intención de delimitar las zonas entre las UPZ.

Una vez llevadas a cabo las técnicas de investigación, se sistematiza la información por medio de la transcripción de las entrevistas y la digitalización de los mapas elaborados por

los jóvenes. Acto seguido se categorizan los datos mediante una matriz de análisis, la cual permite compilar la información de acuerdo con las categorías teóricas propuestas y una vez culminado el ejercicio sobre la matriz, es sobre esta cuando se desarrolla el análisis con base en la teoría empleada, culminando con su interpretación, elaboración de conclusiones y propuestas finales según los resultados obtenidos.

## TESTIMONIOS

En esta investigación se parte del empleo de herramientas teóricas como medio para conocer el fenómeno del consumo de determinadas sustancias ante nuevas perspectivas u ópticas. “Suba es un sector bastante grande, hay mucho joven que consume a corta edad entonces obviamente se sabe que no se ve bien ante una sociedad un consumo de marihuana en vía pública” (Hombre, entrevista No. 4, 22 de julio de 2017).

Hay que tener en cuenta aquí que no se está señalando la penalización o prohibición como único medio de acción. “Bueno, pues que se ve mal porque debería tener sus zonas, para fumadores pues para que no se vea mal pues en las zonas comunes” (Hombre, entrevista No. 1, 20 de julio de 2017).

Se tiene en cuenta la relevancia del papel cultural e histórico en la aproximación al consumo de estupefacientes como la marihuana en una sociedad como la colombiana, la cual sitúa dicho consumo como tabú, es decir, por ilógico que parezca y solamente comprensible por una lógica sesgada que se enlaza tremendamente con lo referido por Foucault a lo largo de sus obras respecto a lo hegemónico de los sistemas de poder. “La gente pues tiene obviamente estigmatizado el concepto de marihuana por pues por todo lo que ha pasado en la historia de Colombia” (Hombre, entrevista No. 1, 20 de julio de 2017)

También, ciertamente cuando alude a la expulsión de ciertos miembros del cuerpo social hacia sus márgenes en diferentes obras (1966, 1972) y sobre las implicaciones del poder (1975) o Theophile Gautier a lo largo de su obra *Retrato de Balzac* (2006) que consigne trascender desde una pupila única los posicionamientos menos simbólicos:

El hombre —decía— no es ni bueno ni malo; nace con instintos y aptitudes; la sociedad, lejos de depravarle, como lo ha pretendido Rousseau, le perfecciona y le hace mejor; pero el interés desarrolla también malas tendencias. Siendo, como lo he dicho en *El médico de aldea*, el cristianismo y sobre todo el catolicismo un sistema completo de represión de las tendencias depravadas del hombre, es el más grande elemento del orden social.

Por otro lado, es pertinente señalar las dinámicas que los usuarios emplean, así como los escenarios donde se desarrolla la acción. Dicho compendio de visiones o interpretaciones muestran la transformación de los espacios y los pensamientos de los grupos (con el paso del tiempo) sobre determinadas acciones o estrategias empleadas en cuanto al posicionamiento tanto social como individualmente.

Además, se abren puertas a otros intereses teóricos que permiten examinar los procesos efectuados por los mecanismos de control, bien sea desde la sociología jurídica o del crimen a fin de reconocer los quiebres en los cumplimientos de la norma o los desmanes por parte de la institucionalidad, a fin de conocer las dinámicas que van más allá de la

legislación. Teniendo en cuenta que en esta investigación se expuso el abuso de autoridad por parte de la policía en el discurso de los jóvenes consumidores, cuestión que es necesaria corregir por parte del sistema y en cuanto a los discursos se recopilamos únicamente de hombres, por lo que se invita a que en este tipo de investigaciones se tenga en cuenta la voz de mujeres o el uso de teorías con enfoque de género. “Mucho abuso de autoridad por parte de la policía, porque en realidad la gente ya no dice nada” (Hombre, entrevista No. 1, 20 de julio de 2017).

Además, los discursos recogidos nos hablan con claridad de esa exclusión y expulsión de las personas consumidoras de cannabis hacia los márgenes de la sociedad, como explicaba antes. “Siempre se le tilda de ladrón, de ñero, siempre se le intenta asociar con lo malo, la persona que no fuma lo convierte a usted en un ladrón, en un indigente” (Hombre, entrevista No. 7, 23 de julio de 2017).

En cuanto a la metodología desarrollada, esta se vio en dificultad por la temática, ya que no todas las personas estuvieron dispuestas a cooperar con la participación. En los casos que sí lo estuvieron, al comienzo, se negaron a responder o bien se bloqueaban, por ello es necesario reforzar la confianza en estos grupos con la recomendación para que quien aplique las entrevistas se convierta en alguien cercano a dichas comunidades.

Se muestra pertinente abordar la cuestión de la legalización de la marihuana, más allá de la consideración que se tiene de esta en cuanto a su supuesta capacidad para arruinar la calidad de vida de las personas. “Cuando uno sale a fumar sea donde sea uno está creando una relación y crea como ese vínculo, uno siempre va a decidir dónde va a ir, yo considero que hay momentos o espacios determinados para poder consumir” (Hombre, entrevista No. 7, 23 de julio de 2017).

Cabe incluir nuevas interpretaciones que pongan de relieve la capacidad individual como responsabilidad ante uso de ciertas sustancias, más allá de ilegalizar directamente y no contemplar vías alternativas que puedan cambiar el imaginario colectivo y por ende al naturalizar determinadas acciones, no se perciba como tabú, ya que en todos los casos no se aprecian problemas de drogodependencia, además, supone un agravio comparativo:

Yo entiendo que hay casos que, como los niños, cuando hay menores de edad, uno sabe y prefiere fumar en sitios solos y no incomodar a nadie por lo tanto uno busca sitios y momentos para fumar de manera tranquila y evitar que las personas no vuelvan al sitio porque uno está fumando. (Hombre, entrevista No. 7, 23 de julio de 2017)

Muy habitualmente se alude a los niños, pero rara vez se evidencia la normalización del alcohol y resulta muy difícil encontrar casos de personas adultas que no se beban una cerveza delante de un niño aduciendo que es una droga.

## CONCLUSIONES Y PROPUESTAS

Teniendo en cuenta la ilegalidad asentada en el contexto colombiano, se reconoce que se debe empezar a debilitar, desde la producción a nivel nacional, dichas estructuras de tráfico ubicadas en los campos colombianos, cambiando el enfoque de fumigación, partiendo de la propuesta de que el Estado llegue a estas zonas y que a partir de la producción de

la marihuana se gestione un desarrollo desde la industrialización de medicamentos y productos textiles, a fin de reinvertir las ganancias en educación, salud, vías de acceso además de otras formas de emprendimiento y de empleo. Para ello se propone realizar campañas de alto impacto que promuevan la no discriminación de los usuarios, en la medida en que desde todos los ámbitos se hace necesario promover actitudes de acompañamiento y apoyo para estas personas y así promover las problemáticas de dependencia existentes, ya que no es un fenómeno nuevo en la ciudad, sino al contrario es un fenómeno de honda manifestación en el país a lo largo de la historia.

Además, pensamos que elaborar los croquis desde la vivencia diaria de los consumidores sobre los lugares que se vinculan con su consumo permite establecer el vínculo entre el ámbito psicológico y el ámbito social en el que se inscriben los imaginarios urbanos. Según Silva (2014, p. 223), estas formas son válidas (si no creadas) colectivamente por sus habitantes en complejos ejercicios grupales que hacen de cada ciudad una gran experiencia estética construida desde su diario vivir.

También se resalta la importancia de la representación de los lugares desde lo público en relación con la significación y los sentidos que regulan sus usos, desde la inscripción social del imaginario urbano como la afectividad que está cargada desde la inscripción psíquica del imaginario.

Interpretar el imaginario urbano que se configura en torno al consumo de marihuana desde el etiquetaje en el espacio público desde el discurso de jóvenes consumidores en las UPZ sirve para desmadejar esa gran experiencia estética propia de cada ciudad porque cada pequeña parcela de realidad factual viene dada, en gran medida, por el potencial del imaginario urbano desde el imaginario social y, en última instancia, desde el núcleo central magmático.

Por último, estructuralmente con la situación de los jóvenes, se piensa que se deben crear rutas que den alguna alternativa a este tipo de actividades, bien sean deportivas, educativas o artísticas. Es pertinente llevar a cabo planes estatales de prevención de consumo al igual que se naturaliza el uso de la marihuana, es decir, por un lado, se fomenta el correcto consumo de sustancias eliminando el tabú establecido, y además se ofrecen otras vías que fomenten el consumo responsable con programas en pro de la vida sana. Ambas posturas, aunque de entrada sean dicotómicas, muestran finalmente el papel responsable que los individuos deben tener en cuenta en cuanto a su autonomía y ciudadanía.

## REFERENCIAS

- Bewley-Taylor, D. y Jelsma, M. (2016). *Ungass 2016: ¿un consenso roto o a-m-p-l-i-o?* Transnational Institute.
- Borda, J. y Jaimes, J. (2013). ¿Porro o plomo? La actual política prohibicionista sobre la marihuana como fuente de ineficiencia en la actualidad nacional. *Univ. Estud. Bogotá*, 10, 177-207.
- Braña, F. y Diz, J. (2018). Socialidad de los cuerpos sumergidos, cotidianeidad y trascendencia, entre el patrimonio cultural y el turismo termal. En: Carretero, A. E. (comp.) *Repensar la socialidad en la modernidad avanzada. Anthropos*, (248), 130-151.

- Castoriadis, C. (1983). *La institución imaginaria de la sociedad: marxismo y teoría revolucionaria*. Barcelona: Tusquets Editores.
- Castoriadis, C. (1975). *La institución imaginaria de la sociedad II*. Buenos Aires: Tusquets.
- Castoriadis, C. (1994). *La democracia como procedimiento y como régimen. El avance de la insignificancia, Las encrucijadas del laberinto IV*. Buenos Aires: Eudeba.
- Castoriadis, C. (1998). *Los dominios del hombre, las encrucijadas del laberinto*. Barcelona: Gedisa.
- Coriat, A. (2016). UNGASS 2016: reducir el consumo de drogas desde la despenalización. *La estrella de Panamá*, 26 de abril.
- Diz, J. (2017). Lo que entiendo por imaginario social. En: Diz, J., Carretero, E. y Aliaga, F. *Boletín bimestral de opinión Imaginación o barbarie*. Red Iberoamericana de Investigación en Imaginarios y Representaciones (RIIR) y Universidad Santo Tomás de Colombia.
- Diz, J. (2017b). ¿El principio del fin de la prohibición? *El Cultivador*, (1), 50-58.
- Diz, J. (2017c). Alemania comienza a prescribir cannabis con receta médica. *El Cultivador*, (1), 50-58.
- Departamento Nacional de Planeación (2013). *Informe al Congreso 2013*, Colombia.
- Durkheim, E. (1982). *La división del trabajo social*. Madrid: Akal.
- Durkheim, E. (1979). *Las reglas del método sociológico*. México: Quinto Sol.
- Foucault, M. (1966). *Les mots et les choses: une archéologie des sciences humaines*. París: Éditions Gallimard.
- Foucault, M. (1972). *Histoire de la folie à l'âge classique*. París: Tel Gallimard.
- Foucault, M. (1975). *Surveiller et punir*. París: Gallimard.
- Fordham, A. & Jelsma M. (2016). 2016 Will UNGASS 2016 be the beginning of the end for the 'war on drugs'? *Oper Democracy*, 16 de marzo.
- Gutiérrez, N. (2014). *Política pública de drogas en Colombia: un balance entre seguridad y salud pública*. Trabajo de Grado: Especialización en Alta Gerencia de la Defensa Nacional, Universidad Militar Nueva Granada.
- Gordillo, A. Z. (2010). *La sistematización desde una mirada interpretativa, propuesta metodológica*. Ciudad de México: UNAM.
- Gautier, T. (2006). *Retrato de Balzac*. Sextopiso.
- Harvey, D. (2012). *Rebel cities: From the right to the city to the urban revolution*. Verso Books.
- Jacobi, L. & Sovinsky, M. (2013). Marijuana on Main Street? Estimating Demand in Markets with Limited Access. *American Economic Review*. 106(8), 2009-45
- Lagos, R., Obasanzo, O. y Dreifuss, R. (2016). Después de la Ungass 2016: el fin de la criminalización de las drogas es el único camino. *El Mostrador*. Recuperado de <https://www.elmostrador.cl/noticias/opinion/2016/08/31/despues-de-la-ungass-2016-el-fin-de-la-criminalizacion-de-las-drogas-es-el-unico-camino/>
- Maffesoli, M. (1990). *El tiempo de las tribus*. Barcelona: Icaria.
- Maffesoli, M. (2004). *El tiempo de las tribus, el ocaso del individualismo en las sociedades contemporáneas*. México: Siglo XXI.

- Mora, F. O. (2017). *El consumo de la marihuana y la ciudad, desde los jóvenes usuarios y su imaginario social*. Tesis de Grado. Universidad Santo Tomás, Colombia.
- Parsons, T. (1999). *El sistema social*. Madrid: Alianza Editorial.
- Sampieri, R. H. (2006). *Metodología de la investigación*. Bogotá: Mc-Graw Hill.
- Silva, A. (2006). *Imaginarios urbanos*. Bogotá: Arango Editores.
- Silva, A. (2014). *Imaginarios, el asombro social*. Bogotá: Quipus, Ciespal.
- Simmel, G. (2002). *Cuestiones fundamentales de la sociología*, Barcelona: Gedisa.
- Uribe, S. L. (2007). Representaciones sociales de los jóvenes de la ciudad de Medellín sobre el consumo de sustancias psicoactivas en relación con sus escenarios. *Revista Informes psicológicos*, 9(9), 11-40.
- Vera, P. (2016). Imaginarios urbanos tecnológicos: los hilos de las construcciones socio-técnicas de la ciudad. *Horizontes Sociológicos Revista de la Asociación Argentina de Sociología*, 8(4), 143-160.
- Watier, P. (2005). *Georg Simmel, sociólogo*. Argentina: Ediciones Nueva Visión.

# CAUCIONES EPISTEMOLÓGICAS PARA EL TRABAJO SOBRE IMAGINARIOS URBANOS

---

ARIEL GRAVANO\*

## INTRODUCCIÓN

En este artículo me propongo presentar una sistematización de lo que denomino *cauciones epistemológicas* respecto al trabajo analítico sobre imaginarios urbanos.

La ubicación de este texto al final del libro y el hecho de que no se trate del desarrollo de un caso podrían interpretarse como un intento de exponer un sentido conclusivo de los aportes incluidos en la compilación. Vale entonces anticipar que este trabajo<sup>1</sup> pretende proyectarse más hacia próximas investigaciones que situarse con ánimo de inventario analítico de la teoría sobre imaginarios urbanos (que desarrollan varios de los trabajos de la compilación) o de reseña del volumen (que realiza mi par en la edición de este libro, la doctora Paula Vera), aunque en algún caso se citen artículos que seguramente el lector acaba de visitar. Dicho esto, expongo mi propuesta.

Utilizo el término *caución* en el sentido de una prevención, cautela o cuidado ante eventuales *riesgos*, que tiene como efecto deseado el contraste crítico y la evitación o minimización de esos riesgos. Defino lo epistemológico como una instancia de práctica reflexiva sobre los principios y condiciones de construcción de conocimiento científico, que insoslayablemente incluye la imbricación con lo teórico y con lo metodológico.

Voy a exponer un cuadro relativamente arbitrario de cauciones. Lo ofrezco como un esbozo que seguramente ameritará otros tratamientos y desarrollos. Anticipo, desde ya, mi enfoque histórico-estructural sobre el estudio de lo urbano e histórico-semiótico acerca de lo imaginario, constituidos y pensados como una unidad dialéctica<sup>2</sup>.

El énfasis en lo epistemológico se justifica por el carácter movilizador de la interpelación que estas dos categorías producen en las disciplinas específicas del amplio campo de las ciencias sociales y humanas.

---

\* Consejo Nacional de Investigaciones Científicas y Técnicas (CONICET). Universidad Nacional del Centro de la Provincia de Buenos Aires. Argentina.

1 Una primera aproximación a este tema lo expuse en una ponencia presentada el 18 de agosto de 2017 en las VI Jornadas de Antropología Social del Centro Bonaerense, en Olavarría, Provincia de Buenos Aires, Argentina, en la Universidad Nacional del Centro de la Provincia de Buenos Aires.

2 Lo desarrollo en Gravano, 2003, 2005a, 2006, 2009, 2011, 2012a, 2012b, 2013, 2016a, 2016b, 2016c.

En términos esquemáticos, las cauciones que expongo a continuación se eslabonan con sus respectivos riesgos ante los cuales podrían aplicarse y las *opciones* a obtener de esas aplicaciones.

## CAUCIÓN CONTRA LA *TERMINOLOGITIS*

Respecto del primer componente de la fórmula, *imaginarios*, suelen emerger disyuntivas un tanto dilemáticas sobre su uso, en contraste o alternancia con conceptos como ideologías, subjetividades, representaciones, percepciones, cosmovisiones, vivencias, experiencias, sentidos, creencias, mentalidades, moralidades, entre otros. En ámbitos académicos es frecuente presenciar discusiones en torno a objetos particulares con preguntas del tipo: “¿eso de lo que usted habla es imaginario o representación?”, “¿cuál es la diferencia entre imaginario e ideología?”, “¿es imaginario o subjetividad?”. Muchas veces, además de entablar el intercambio en términos de dilemas sobre el verdadero o más preciso uso de las palabras y las categorías, estas disyuntivas se disimulan, en aras de una *confusión* entre esas palabras y las realidades mentadas en ellas. Es recurrente pedir o proponer precisiones y límites al extremo de intentar encontrar una correspondencia ontológica entre esos contornos conceptuales y las realidades, y así servirse de esas (in)exactitudes para fundamentar los usos de las palabras y, en general, volver circularmente a empezar. Parafraseando al escritor e historietista Roberto Fontanarrosa, sería como si las palabras *tuviesen la culpa*.

Esta caución apunta a no caer en el temor a los significados multívocos o en la obsesión por los usos “precisos”<sup>3</sup>, porque las categorías puedan encimar sus sentidos, solaparse y producir, de este modo, una polifonía que será disonante si no se le presta atención a la discusión de fondo, más epistemológica y política que terminológica y semántica<sup>4</sup>. En rigor, la yuxtaposición o el riesgo de ambigüedad son momentos necesarios para la realización dialéctica de un concepto mediante el ejercicio de la problematización y la redefinición, crucial en cada objeto y cada análisis. Esto no significa menospreciar el intento de precisar el alcance de los términos en uso, sino tomar distancia de los efectos de extremar la importancia de la precisión como variable independiente y ahistórica, porque suele correrse el riesgo de soslayar las cuestiones ideológicas, epistemológicas y teóricas que las mismas imprecisiones pueden desatar positivamente en torno al eje de lo general y lo específico de cada categoría<sup>5</sup>.

3 En este mismo volumen, es posible encontrar un abordaje respecto a la “imprecisión” en el trabajo de Alfredo Santillán.

4 La mayoría de los autores toma como punto de partida “el carácter polisémico de la noción de imaginario urbano” (Gorelik, 2002), aunque más específicamente respecto al componente imaginario que el urbano, ya que —como se verá en la segunda caución— este concepto es el más naturalizado como escenario físico-espacial, sin su perfil signficacional.

5 Terry Eagleton alerta sobre este riesgo respecto de otro concepto ‘impreciso’, cultura: “Por el contrario, este carácter nebuloso es en alguna medida necesario. La cultura [como el imaginario, podría agregarse] no puede definirse con precisión porque su esencia radica en trascender lo específico” (2017<sup>a</sup>, p. 113).

El mercado de circulación de categorías suele ordenarse en función del albedrío de usos al calor de las modas académicas, que en realidad implican luchas por los sentidos generales y significados específicos que se dan entre racionalidades de perfiles tanto conservadores cuanto innovadores a ultranza. Entre los primeros puede ejemplificarse el atrincheramiento en los encorsetamientos disciplinares, y los segundos se suben orondos a las modas como emblemas descalificadores del tipo “de eso ya no se habla más (o no se *debe* hablar), ahora se llama...”. Ambos comparten el eje común de proponer bisagras de puertas más para cerrar que para permitir el paso a la reflexión<sup>6</sup>.

Tanto el nicho disciplinar cuanto el innovacionismo descalificador representan pujas de poder que se presentan como terminológicas, pero que en el fondo terminan (o empiezan incluso) obturando —desde la hegemonía— debates conceptuales más explícitos y críticos. Algo que me recuerda la “enfermedad” que Ralph Steele Boggs (1955) llamó “terminologitis”, para criticar cierto academicismo productor de sagas interminables de aclaraciones sobre aclaraciones terminológicas con escaso valor problematizador.

Otra forma de aflorar la circunvalación léxica respecto a lo imaginario es cierto barroquismo discursivo, donde se manifiestan paradójicamente raíces tan vergonzantemente iluministas como invocadamente posmodernas. Es abundante este retoricismo abstracto aplicado a repetidos encuadres teóricos del concepto de imaginario o imaginarios<sup>7</sup> y también proyectado a lo urbano y a la ciudad.

No pocos intercambios interdisciplinares comienzan con el ensanchamiento de brechas del estilo: “concebir a la metrópolis como parámetro o modelo de ciudad, que usted incluye en el imaginario urbano, es lo que en sociología definiera Robert Merton como ‘grupo de referencia’”, escuché de un miembro de la RIIR en uno de nuestros debates, con lo que el efecto (no conscientemente deseado, creo) fue que las dimensiones *socio-vinculares* (implicadas en la categoría grupo) y *antropo-simbólicas* (implicadas en la categoría imaginario) quedaran en ambas orillas de una grieta disciplinar. Más que grupo de referencia, este tipo de intercambio comparativo lo que podría estar mostrando es una *autorreferencia disciplinar*, como un intento de familiarización de lo que quizá interpele como novedoso, pero que, en el fondo, parece provocar competencia y descalificación.

En su obra *Espacios del capital*, David Harvey sintetiza el origen de esta fiebre disciplinarista y de especialización contemporánea y su sentido profundo. De acuerdo con Carlos Marx, Harvey afirma que existe una relación dialéctica antagónica entre el pensamiento científico cuya representación de la realidad tiene como origen el punto de vista *necesario para el capital*, y el crítico, que se le opone. La ciencia burguesa promueve para esto la autonomía intelectual de la investigación social, pero condicionada a que no florezcan desde ella vetas de pensamiento que resulten demasiado movilizados respecto al orden

6 Adrián Gorelik se lamenta de lo que llama “vagabundeo” de “los estudios culturales urbanos” frente a carencias teóricas: “tal vez los estudios culturales sobre los imaginarios urbanos deban ser leídos hoy no tanto para entender la ciudad y la sociedad urbanas, sino para entender cómo se está produciendo nuestro propio imaginario urbano, el de la tribu global académica” (2002, p. 8).

7 El uso del plural de imaginario urbano es el resultado de la inclinación posmoderna hiperrelativista que ponderó las fragmentaciones frente a la visión de totalidad histórica de los que pasaron a impugnar-se como grandes relatos (Eagleton, 1997; 2017b; Harvey, 1989; Jameson, 1998).

social existente. Es por esto que “la actitud analítica y empírica que domina en la ciencia social burguesa conduce inevitablemente a una excesiva fragmentación del conocimiento” (Harvey, 2007, p. 84). Pero no solo eso: “Las fragmentaciones empiezan con la formación de disciplinas y sub-disciplinas, y continúan hacia las ‘áreas de especialización’”, que producen especies de derechos de propiedad de verdaderos territorios disciplinares con carteles de ‘prohibida la entrada’. La consecuencia es una pérdida de la visión de totalidad epistemológica e histórica, que en gran medida impulsa esta propuesta para el trabajo.

Immanuel Wallerstein ha impugnado la compartimentación del conocimiento en disciplinas y especialidades de las ciencias sociales e históricas que obstaculizan la producción científica y sobre todo su aprovechamiento para las luchas de los pueblos (2006)<sup>8</sup>. Y es necesario agregar que la mercantilización del sistema de ciencia y técnica hegemonizado desde los centros dominantes, con la apropiación del trabajo científico cristalizado en la industria del *paper*, redundando en la reproducción acrítica y el empobrecimiento de los aportes a la transformación.

En realidad, esta caución respecto al refugio burgués en los nichos disciplinares, como fuente de la hipercategorización y de la terminologitis, podría recorrer como un eje transversal todo este trabajo, en un intento por reivindicar —junto a estos autores críticos— las categorías que atraviesan tanto los riesgos cuanto las opciones dentro de cada caución: la *totalidad* y la *contradicción*. Harvey afirma taxativamente que todo análisis de un objeto (se refiere a lo urbano) debe transitar la segmentación analítica de sus componentes, pero centrándose en sus relaciones con la totalidad concreta, con eje en la dialéctica y en el principio de contradicción interna, lejos de las restricciones de la abstracción idealista o, mejor dicho, *contra* esta.

La opción para esta caución es, además de no echarle la culpa ni a las palabras ni a las disciplinas, historizar las emergencias y usos de los conceptos, con menos temor al solapamiento o la redefinición continua, intentando superar así la búsqueda de significados esgrimidos o pretendidos como unívocos, ahistóricos y osificados (Harvey, 2007, p. 84).

Y también es posible apelar, como opción, a la consabida pareja de posibilidades de sentido o de uso de cualquier concepto: *restringido* y *amplio*, en combinación con el eje metodológico del ascenso *de lo abstracto a lo concreto*.<sup>9</sup> La articulación de ambas relaciones epistemológicas puede permitir caucionar respecto al concepto de imaginario urbano.

Si se toma lo imaginario en términos restringidos<sup>10</sup> es necesario discurrir sobre las diferencias con conceptos afines (ideología, subjetividades, representaciones, mentalidades,

8 En correspondencia, son destacables algunos señalamientos, como el de Néstor García Canclini respecto al estudio de los imaginarios (en Lindón, 2007), cuando critica la orientación disciplinaria cerrada de sociólogos y antropólogos; más recientemente, Héctor Palma (2017) destaca los “límites difusos” como más aptos para el avance de procesos de objetivación sobre imaginarios; Eduardo Menéndez reclama a la par la necesidad de diálogos inter-disciplinarios (Menéndez, 2012: 50) y Tim Ingold reivindica para la antropología su papel original como “disciplina anti-disciplinaria” (2013).

9 Para el método de ascenso de lo abstracto a lo concreto ver Marx, 1964.

10 Me refiero puntualmente a las definiciones más recurrentes y conocidas de Jacques Lacan y Cornelius Castoriadis, con referencias que se pueden hallar en los trabajos de esta misma compilación de Paula Vera, Alicia Lindón, Ángel Carretero Pasín, Jorge Gómez Balza y Alfredo Santillán.

etc.), a los que también se podrá distinguir en sus usos restringidos. Pero se puede sumar a esto el análisis de las combinaciones posibles con sus usos amplios ante un objeto de estudio (en este caso, lo urbano). Partir de la relación dialéctica entre el uso más abstracto-restrictivo de las categorías y el sentido amplio permite enriquecer el derrotero analítico y problematizador hacia lo totalizador-concreto que lo contextualiza históricamente. Además, profundiza su valor como herramienta de ruptura y transformación. Lo restringido es lo más abstracto, que pierde posibilidades de actualizarse en un espectro más amplio de significados y referentes y se concentra en la exclusividad de la denotación, más cerrada y específica, necesaria pero no suficiente para una definición históricamente situada.

En cambio, abarcar las inevitables connotaciones, subyacencias, negatividades y contradicciones en el uso de cualquier categoría eleva la profundización hacia lo concreto respecto de la realidad histórica. Como muestra Karel Kósik (1967), a las interconexiones dialécticas de la totalidad concreta no se llega sin trascender el inicial momento del sentido abstracto que aísla los hechos históricos, los descontextualiza y, de esta manera, torna riesgoso el camino hacia el establecimiento de sus determinaciones múltiples.

Los insumos epistemológicos para la opción contra estos riesgos pueden y deben ser tan diversos como amplios. Cuando anuncié en la Introducción mis asunciones desde el enfoque semiótico-histórico sobre lo imaginario, me refería a las basales distinciones de Gottlob Frege entre referente y sentido, a la clásica dupla seassuriana de la oposición y la afinidad para establecer significados, junto a las definiciones por los contextos de uso de Ludwig Wittgenstein, a las tríadas analíticas de Charles Peirce, el concepto de signo ideológico de Valentin Voloshinov y las modelizaciones de lo semiótico cultural de Yuri Lotman, entre otros.

Así, *imaginario* en términos amplios sería lo que designa una dimensión de análisis capaz de establecer (y resultado de) una diferencia, desproporción o no correspondencia entre un referente (en este caso, lo urbano) y su sentido, entre un significante (la ciudad) y su significado, o en las realidades y sus representaciones emergentes (mediante imágenes, discursos, acciones). Todo esto a partir de la *escisión de la mónada* o imaginario *radical*, de acuerdo con Castoriadis, que produce la brecha entre algo que se toma como real y lo imaginario que se construye a partir de esa escisión.

Imaginario como sistema o conjunto de imágenes tomadas no solo en su sentido estricto y más abstracto, sino también en sentido amplio, es resultado (e indicador) de esa brecha que da pie al surgimiento de la conciencia histórica, tal como también lo enuncia —en su sentido general— Maurice Godelier en torno a *lo ideal* (1989) y Carlos Marx en torno al concepto de *trabajo* como transformador de la naturaleza y del propio ser humano (1971: 10), o tal como se define a la cultura en su sentido amplio antropológico (Gravano, 2011). En todos estos afluentes conceptuales lo que resulta común es la *contradicción* como eje de la producción material y simbólica, unidad de la que es insoslayable el concepto de imaginario, en su sentido concreto y amplio.

## CAUCIÓN CONTRA EL DICOTOMISMO

Respecto del componente “urbano” del objeto de este trabajo, la dialéctica entre lo restringido (que nos encierra en lo más abstracto) y lo amplio (que nos abre al universo de

lo más concreto) permite cuidarnos de la mirada que atribuye en principio a lo urbano o a la ciudad una mera dimensión físico-espacial. Esto cifra el cruce de paradigmas sobre lo urbano en términos dicotómicos, por un lado, y dialécticos, por el otro. El primero como producto de una asunción positivista, empirista y fisicista y, el segundo, que pone énfasis en la *unidad estructural y simbólica de lo urbano*. Este último es el que enfatiza en la *producción social de formas espaciales* (Lefebvre, 2013; Castells, 1974; Lojkin, 1979) y las experiencias vividas por los habitantes de las ciudades —plasmadas, en parte, en sus imaginarios— en una unidad de contrarios solo posibles de escindir en términos analíticos.

El reduccionismo fisicista expresa la racionalidad dominante del capitalismo respecto al proceso de urbanización como condición necesaria para su reproducción (Harvey, 2013). Se articula con el prejuicio objetivista (en el fondo positivista) de la “obviedad” de la relación de condicionamiento entre el espacio y los comportamientos sociales.

En contra es posible contar con los pioneros planteos de Kevin Lynch, con su concepto de *imaginabilidad* (1966), siguiendo con la definición de David Harvey (1977) sobre la *imaginación espacial* (inspirándose en la clasificación del espacio de Ernest Cassirer) y culminando —para nuestro ámbito latinoamericano— con el reconocido aporte de Armando Silva (1992)<sup>11</sup>. Esta base posibilitó que en la actualidad la concepción estrecha del espacio como mero ente físico, *sin gente*, esté en crisis aún en las disciplinas más específicamente ocupadas del espacio como la Arquitectura y el Urbanismo, si bien mantiene una posición hegemónica (Sarquis, 1998). No es casual que desde estas visiones críticas se haya ponderado el concepto de imaginario como una dimensión de análisis hoy ya aceptada, aunque más no fuera desde el *marketing*, que la colocó hasta de un modo atractivo para algunos especialistas, como “la ciudad marca” (Mons, 1992).

Esta reconversión es una muestra más de que la contradicción fructífera se da entre modelos epistemológicos y no entre disciplinas. En ocasiones se verifican posiciones en las que el imaginario urbano se presenta con “levedad”<sup>12</sup> y no llega a ser objeto de estudio, al quedar reducido a la opinión acrítica de sus autores, sin referenciación empírica de su vigencia entre actores sociales.

Ni la planificación ni el urbanismo son (como disciplinas) en sí positivistas. En ellas también cabe el enfoque dialéctico e histórico de concebir las dimensiones material y simbólica de lo urbano. Lo que algunos llaman “materialidad de las ciudades” (Santillán, en este volumen) no se reduce a la distinción entre disciplinas técnicas y las ciencias humanas y sociales. El predominio de esas asunciones que imaginan la mera materialidad como único suelo en el que es factible aposentar sus saberes académicos no es exclusivo de las disciplinas técnicas. Nuevamente recuerdo que ni las palabras ni las disciplinas tienen culpas.

Podría decirse que el fisicismo positivista es parte de un imaginario académico reduccionista, en puja con la visión dialéctico-crítica. Y el imaginario urbano es epistemológicamente tan “generoso” que parece incluir en su interior asunciones que hasta lo niegan como categoría de análisis.

11 Hago una reseña de lo que llamo el espacio urbano significacional en Gravano (2016b, pp. 111-128).

12 Como tipificó la colega Mónica Lacarrieu (2007).

El principio de la caución dictaría sintéticamente que *no hay urbe sin imagen de urbe*, ya que conforman una unidad. Pero ¿cómo podemos definir lo urbano en términos histórico-estructurales, apuntando a esta unidad y en desmedro del dicotomismo?

Lo urbano se estructura históricamente a partir del surgimiento de las primeras ciudades, desde hace cinco mil años, por el desarrollo de las fuerzas productivas y la tecnología de almacenamiento de granos, que hacen posible la apropiación del excedente de alimentos por una clase social que se constituye en este mismo proceso de dominio y explotación. Así, se tornan necesarias la centralización institucional del poder y la conformación de un estado administrador de la apropiación, capaz a su vez de proteger, mantener y acrecentar ese poder mediante la fuerza militar. Se produce la edificación material de las ciudades amuralladas para posibilitar la sedentarización y aglomeración de una creciente población, que funciona como fuerza de trabajo de este modo de producción mercantil esclavista. Son forzados migrantes (esclavos en su mayoría) que producen materialmente lo urbano sin gozar de sus beneficios (más allá de su más básica reproducción individual)<sup>13</sup>. En la *polis* la noción de ciudadano (en masculino y solo propietarios) los excluye y naturaliza mediante un imaginario que lima sus heterogeneidades de origen al amparo de identidades urbanas auto-concebidas como centrales y hegemónicamente corporizadas en sistemas religiosos que actúan como instrumentos de homogeneización simbólico-ideológica<sup>14</sup>.

Lo que trata de objetivar esta definición es más lo urbano como proceso y como sistema que la mera noción de ciudad. El sistema urbano es el conjunto organizado de (en un sentido amplio) instituciones capaces de propender a la reproducción social por medio de la provisión de consumos colectivos públicos que hacen a la ciudad en su valor de uso, como resultado del proceso genérico de cooperación humana. Esto nos remite a la necesaria imbricación entre las prácticas organizadas y sus significaciones. Aquí reside la importancia de la unidad urbe-imagen, imagen-urbe. No es casual que las ciudades constituyan el indicador de lo civilizado, de lo público y de lo político, a partir de esa constitución histórico-estructural de lo urbano. Esta matriz compone a su vez a sus opuestos: lo bárbaro, lo privado y lo *oikoneano*, o sea, lo contrario a la *polis* que la ciudad representa e instituye como su imagen y realidad.

Imaginario urbano implica, en consecuencia, referir a esta articulación contradictoria entre aquello que lo urbano instaaura en la historia y a la vez aquello que lo estructura como proceso de explotación. La relación de totalidad a la que me refiero abarca desde la apropiación del excedente de alimentos por las primeras ciudades amuralladas de la Mesopotamia asiática hasta la actualidad donde el éxodo de refugiados —desde esos mismos

13 “La revolución urbana fue un acontecimiento liberador (...) y constituyó la condición previa para todo futuro progreso de la ciencia y de la tecnología, creando en el terreno económico la primera acumulación de capital necesario para una explotación más completa de los recursos naturales de la tierra y, por lo tanto, para la emancipación del hombre de su dependencia parasitaria de un medio no humano. [Pero] la revolución urbana creó tanta pobreza como prosperidad; el capital requerido, fue acumulado gracias a los ahorros obligatorios de las masas, lo cual es sólo un eufemismo para expresar la explotación de las masas” (Childe, 1968, pp. 90-91).

14 La heterogeneidad de procesos en los distintos tipos de ciudades antiguas no obsta para que pueda modelarse el eje central del concepto de lo urbano, tal como se desarrolló en forma específica en Gravano, 2003, pp. 44-57 y 2016b, pp. 55-64.

lugares— es visto por el ojo hegemónico de la OTAN como un *excedente humano* ante el cual se deben erigir nuevas murallas<sup>15</sup>.

Volviendo a la caución contra el dicotomismo, parecería haber mayormente consenso en aceptar la importancia de los imaginarios urbanos, pero es recurrente que se dé más en forma abstracta y no siempre dialéctica. Por ejemplo, la dicotomía del modelo de Norbert Elias y John Scotson sobre *establecidos y marginados* (2016) parte de confundir epistemológicamente como realidades dadas las asunciones imaginarias de los actores. Y se corre el riesgo de despojar a esos imaginarios de una dimensión de análisis que los articule con las relaciones estructurales entre ambos polos<sup>16</sup>. Así, puede pensarse en “mundos aislados” sobre la base de convertir en algo dado lo que no dejan de ser imágenes contrastivas entre actores que mantienen relaciones estructurales (unos emplean a los otros, por ejemplo) en la totalidad urbana<sup>17</sup>.

Y de esta manera se produce el reduccionismo —aparentemente de signo contrario— hacia una dimensión valorativa, moral y tipológicamente *culturalista* de lo urbano, porque cuando la cuestión se focaliza en objetos que requieren de una profundización hacia lo concreto, el cielo conceptual torna a ensombrecerse. Al aparecer interrogantes sobre el uso diferencial del espacio urbano (¿por qué la gente no usa el espacio tal como se lo piensa desde el diseño y las políticas?), sobre los comportamientos disímiles y la valoración de ciertos grupos como disruptivos respecto a supuestas normalidades atribuidas a “regiones morales”<sup>18</sup> emerge la asunción culturalista. Cuando lo que se vuelve problemático es precisamente el espacio, paradójicamente las causas de los problemas pasan a focalizarse en “la gente”.

El dicotomismo renace desde dos afluentes: por un lado, la nunca acallada asunción del determinismo espacial, capaz de condicionar sin mediaciones las conductas sociales, lo que provoca que re-emerja el prejuicio objetivista de la “obviedad” de la relación entre el espacio y los comportamientos sociales, bajo el imperio de la consideración del espacio como variable independiente. Por otro lado —y como su consecuencia—, el interés por los imaginarios tiende a diluirse, pero a su vez se apela a otra asunción que tiene la misma matriz determinista. Es cuando las causas de los problemas urbanos se pasan a nominar con esa especie de caja negra (por lo insondable) y mágica (por lo deshistorizadora) de las “cuestiones culturales”<sup>19</sup>.

15 La relación entre lo urbano y los excedentes financieros de la globalización neoliberal la desarrolla Harvey en 2013 y el concepto de excedente urbano lo trato en Gravano, 2016b: 70-73); de los excedentes humanos, por el trato-rechazo a los refugiados del Oriente Medio de parte de Europa se han venido ocupando numerosos autores y en forma creciente en el último año por las políticas de Trump desde Estados Unidos.

16 En el trabajo de Elias y Scotson (2016) de la década de 1950 se encuentra un muestrario de postulados culturalistas y estereotípicos, sorprendentemente con escasísimas referencias empíricas para sostener tamaña ambición de establecer un modelo universal de interacciones vecinales.

17 Guzmán Sandoval, en esta compilación.

18 Lo desarrollo en “Heterotopías morales y palimpsesto urbano” (Gravano, 2017).

19 Lo desarrollo en “La cultura como concepto central de la Antropología” (Gravano, 2008). Ver Bauman (2002) y Eagleton (2017b).

Su muestra más común es la naturalización de lo urbano como “un modo de vida” (apcepción común del término *urbanismo*), despojado de su entronque con el proceso de *urbanización*<sup>20</sup>. Está claro que no toda alusión a la cultura y al modo de vida implican culturalismo. Este es un resultado de la escisión del proceso estructural respecto a las representaciones y valores de los actores, que hoy parece reforzarse en aras de la indeterminación posmoderna, porque difumina la posibilidad de encontrar causas y registrar totalidades, sobre la base de considerar al imaginario como variable independiente<sup>21</sup>.

La fuente de máximo desarrollo del culturalismo urbano fue la producción de los investigadores de la Universidad de Chicago durante su época de esplendor, como los modelos tipológicos de Louis Wirth sobre “el modo de vida urbano” y de Robert Redfield con su sociedad y cultura *folk*, ambos basculando dentro de una misma matriz dicotómica. Lo que más interesaba a los seguidores de Robert Park, empero, era “la ciudad como laboratorio social”, esto es: como cúmulo de problemáticas urbanas donde el acento se ponía en lo anormal, lo patológico y lo disruptivo respecto a consabidas *normalidades* cuya tipificación se adhería al modelo de vida de la clase media blanca norteamericana. La paradoja era que la base de las postulaciones sobre el resalte de las pautas culturales como palancas para explicar esos comportamientos problemáticos era el determinismo espacial urbano, el modelo de los nichos ecológico-socio-culturales: el *slum* o barrio bajo y el *ghetto*. Se establecía así que la ubicación en el espacio determinaba las conductas de sus habitantes. Esa determinación se efectivizaba por medio de la cultura, entendida como estilo de vida, que finalmente resultaba ser un molde autocontenido que marcaba la vida y las identidades asumidas y actuadas por sus “portadores”<sup>22</sup>.

En el fondo, la combinación del determinismo espacial y el culturalismo tiene hoy plena vigencia en el sentido común hegemónico e incluso legitimización desde marcos disciplinares (o, mejor dicho, disciplinados) proyectados hacia políticas públicas urbanas.

La obra de Max Weber y de los pensadores clásicos ha marcado la relación dicotómica entre la sociedad tradicional y la moderna (Durkheim, Tonnies, Simmel, Toynbee). El dicotomismo se proyecta en el enfoque funcionalista, que acota la mirada a la red de vínculos, interacciones y disputas, reduciendo doblemente el objeto socio-cultural a una dimensión superficial de análisis, donde lo imaginario queda reducido a las representaciones directas de los actores, a la vez que se lo despoja de su relación dialéctica con las determinaciones estructurales (en forma coincidente con lo que se verá en la cuarta caución). Aflora en los estudios urbanos que idealizan el vecinalismo comunitario, también de raíz chicaguense y tiene vasos comunicantes con el idealismo acerca del espacio público, donde se vuelca la matriz neokantiana sobre los imaginarios, preconcebidos como variable independiente de la estructura material y de poder. Incluso se llega a impugnar la asociación entre el análisis de los imaginarios con los enfoques marxistas de la escuela

20 Los estudios clásicos de sociología y antropología de lo urbano definen el urbanismo como el fenómeno resultado del proceso de urbanización (Gravano, 2016b, pp. 179 y 194).

21 Lo desarrollo en Gravano (2016b, pp. 97-110).

22 Lo desarrollo en Gravano (2005b, pp. 41-70).

urbanística histórico-estructural, aduciendo que el propio Marx dejó en un segundo plano lo simbólico (Carretero Pasín, 2003; Licona Valencia, 2003).

Ponderar los imaginarios y la dimensión simbólica no puede obligar a desarticular los de la dimensión estructural y material sin riesgo de caer en el dicotomismo. Y las intenciones no salvan del dualismo, sobre todo cuando se expresa en forma directa que son *dos cosas* distintas: “Al tratar de aclarar los procesos de legitimación social es necesario *desvincularse de una concepción materialista* de la sociedad e introducir los aspectos ideales, representativos, imaginarios que impregnan la vida social” (Carretero Pasín, 2003, p. 6; subr. AG).

La sintonía del reduccionismo dualista con la concepción posmoderna no es pura coincidencia, lo mismo que resulta un camino resbaladizo reducir el enfoque marxista histórico-estructural de Lojkin, Lefebvre, Castells, Topalov, Singer o Harvey y al propio Marx a una dimensión económica. Ciertamente es paradójico que los urbanistas marxistas hayan recabado en la dimensión ideológica del espacio y los imaginarios urbanos sin esperar el aporte posmoderno que, en rigor, llegó después. En síntesis, lo imaginario como objeto puede ser utilizado como atajo para omitir lo estructural y la totalidad histórica, en aras de una causa teórica contra el reduccionismo económico. Pero aún si se trata de reivindicar la ponderación de la dimensión de análisis simbólico-imaginaria en términos de una “re-simbolización de la ciudad”, como propone Carretero Pasín (2018), no veo motivo para renunciar a hacerlo en un sentido amplio hacia lo concreto de su unidad dialéctica con lo estructural material.

## CAUCIÓN CONTRA LA HOMEOSTASIS SOCIAL

Culturalismo y determinismo espacial también comparten la base ideológica del modelo de la extrapolación a lo social del principio de la homeostasis (de lógica raíz biológica). Se supone a la sociedad en un estado o con una tendencia al equilibrio y la integración, como compuesta de átomos en orden pero en permanente riesgo de dispersión, por lo cual la integridad debe restablecerse como lo hace un organismo ante la acción de un agente patógeno externo.

Esa integración y el funcionamiento orgánico son los parámetros para medir toda distancia con algo que pueda aparecer como conflictivo. La crítica al funcionalismo de la sociología y antropología clásicas ha abundado en el señalamiento de este principio subyacente, que parte de considerar como causas inherentes a esos conflictos a polos opuestos y supuestamente autónomos (como se vio en la caución anterior). *Mecánico vs. orgánico, comunidad vs. sociedad amplia, anomia vs. participación, integración vs. disrupción, e inclusión vs. marginalidad*, son algunas de esas parejas antonómicas que conforman un sistema de dicotomías isomórficas en cuya base se puede detectar el modelo de la homeostasis. Se pierde así la visión de *totalidad histórica* y sus contradicciones internas, donde es más importante la relación mutua de estas *oposiciones en unidad*.

En términos de dimensiones macro, este modelo ideológico se proyecta hacia la forma ahistórica de concebir las relaciones entre mundos tradicionales y modernos, bárbaros y civilizados, rurales y urbanos, subdesarrollados y desarrollados, donde prevalece la idea

de oposición sin dependencia mutua, y cuyo efecto necesario es la autocontención de cada esfera escindida de la otra.

Como ecos de la homeostasis pueden citarse el conductismo y el mecanicismo con que se conciben los comportamientos sociales desde la gestión y planificación urbanas, para las cuales la misma noción de imaginario representa una caución en sí misma.

En trabajos concretos he debido intervenir a partir del uso rupturista del concepto de imaginarios urbanos, incluyendo como sujetos tanto a los actores destinatarios cuanto a los agentes del diseño y gestión urbana. En otros casos, he lidiado, junto a especialistas del urbanismo, con la asunción homeostática del vecinalismo comunitarista de raíz chicaguense, extrapolado al sentido común y esgrimido por actores y agentes en forma indistinta.

En muchos análisis sociales contemporáneos la homeostasis subyace y emerge en el *modelo teórico de las disputas*, cuya raíz epistemológica es la teoría de los juegos, en combinación con un empirio-funcionalismo que permea a todas las ciencias sociales. Categorizar de meras disputas a situaciones sociales conflictivas tiene como riesgo presuponer relaciones de simetría, algo imposible de concebir como real dentro de lo histórico y aun en lo meramente comunicacional, si bien caben convenciones como la de los juegos, literalmente hablando. “La ciudad en disputa”, “el barrio en disputa”, “territorios en disputa” son títulos recurrentes en los últimos años. ¿No podrían pensarse reemplazando “en disputa” por “en juego”?

Las disputas *entre pares* constituían el modo de discutir en las universidades del medioevo, donde lo importante era discurrir sobre el sentido último de las palabras reveladas de la enseñanza monacal. Con la modernidad, en cambio, predominó la palabra teóricamente hegemónica en pos de la verdad, fuera de la voz de la providencia. En un caso prevalece la aparente horizontalidad discursiva —aunque ciertamente banal— y en el otro la verticalidad iluminista y la toma de partido como principio de la construcción de verdad científica (Gravano, 2013).

Como no abundan los sustentos teóricos del uso y abuso de la categoría, el riesgo radica en que prevalezca el relativismo al que lleva esta idea de una competencia entre pares. Así, hablar, por ejemplo, de “imaginarios en disputa”, como lo contrario al consenso, (Lacarrieu, 2007, pp. 47 y 55), si bien no implica en forma directa asentarse en una premisa homeostática, da pocas posibilidades de pensar esas disputas dentro de relaciones de conflicto profundo, en términos de apropiación del excedente urbano. El riesgo consiste en que la categoría “conflicto” se utilice para referir a disputas explícitas entre actores e instituciones, donde la cuestión de fondo del poder de apropiación estructural quede opacada por el discurso de esos actores e instituciones, si se lo toma como equivalente a la verdad analítica.

En general, la homeostasis se presenta cuando se tiende a establecer modelos abstractos sobre la base de analogías orgánicas, como la del “tejido social”, o la que semeja un ciclo biologicista con lo sociocultural, como la del rumor de Edgard Morin, citado por Manuel Baeza y aplicado por Diego Solsona Cisternas (en esta compilación) al tema de los imaginarios urbanos. O en la homeostasis asumida de Jorge Gómez Balza, reivindicando “lo armónico conservador naturalizado” de una parte del imaginario de las ciudades venezolanas (Gómez Balza, en esta compilación; subr. AG).

Y también subyace en el paradigma del equilibrio e integración *a priori* considerados imprescindibles para la planificación en términos de construcción de “consenso comunitario” y “cohesión social y territorial en virtud de un desarrollo humano y comunitario armónico”, tal como lo plantea, por ejemplo, Óscar Basulto Gallegos (2012, p. 12), cuando afirma que solo si se responde a los imaginarios de la comunidad local habrá futuro promisorio territorial.

Respecto al planeamiento urbano la homeostasis renace a partir de la década de 1990, dentro del marco de competencia impuesto por la globalización y su paradigma dominante de visualizar las relaciones sociales como sinónimo de la “mano invisible” del mercado. La paradoja es que el rol estatal se abandona, pero a la par de la emblemización de la planificación con el aditamento de la participación comunitaria, plasmada en la consigna del “consenso entre las partes”, que da pie a la búsqueda de un “equilibrio”, que en rigor consolida las hegemonías precedentes (Leguizamón, 2011). La planificación y la participación son conceptualizadas como dispositivos asépticamente técnicos para lograr ese estado de integración y orden racional único y legitimado desde lo disciplinar (Gravano, 2012).

La asunción de la *comunidad integrada* que se asume como modelo ideológico desde el cual se ponderan dimensiones de directo registro empírico (lazos, redes, conflictos interpersonales y representaciones intergrupales, a nivel de los imaginarios) sería una muestra del riesgo que encierra la reducción y abstracción de estos niveles superficiales de la realidad desgajándolos de la totalidad y las contradicciones estructurales concretas.

## CAUCIÓN CONTRA EL EXTERNISMO REPRODUCTIVISTA

Llamo *externismo reproductivista* al resultado de asumir ideológicamente lo urbano (o la ciudad, cuando se toman como sinónimos) como mero contexto, como algo externo a la densidad estructural, simbólica, histórica y política.

En esas posturas, en general, se describen las prácticas sociales más como trámites de reproducción que como contradicciones estructurales y dramas vividos, y si se detienen en estos es para aludir a una cuasi equivalencia entre esas prácticas y las representaciones de los actores, de modo que el trabajo de objetivación se reduce a la constatación de esa correspondencia. Esto además se articula con la supuesta equivalencia —o al menos la no existencia de una brecha constitutiva— entre las representaciones (sobre todo, sus verbalizaciones) de los actores con la teoría.

El resultado es que lo estructural adquiere la forma de algo externo a la vivencia de los actores y a sus modos de procesar socio-culturalmente sus posiciones en la estructura. Nuevamente cunde el dualismo, que parece obedecer a una concepción mecánica de lo estructural, cuando se lo toma como sinónimo de lo económico a secas, según —cuándo no— el sentido abstracto reduccionista y disciplinar.

Ahora bien, colocar lo estructural como algo externo a los procesos vividos también puede tener como efecto posicionar a lo imaginario como obstáculo para apartar epistemológicamente al objeto de la totalidad histórica (como categoría central de un enfoque dialéctico) y a las causas históricas, incluso en contraste con el “economicismo”.

Esta caución contra el idealismo de concebir a lo imaginario como externo a la totalidad se articula necesariamente con la caución contra lo estructural reducido a “lo económico”, escindido de lo imaginario en su acepción meramente reproductivista, y en oposición a concebirlos como contrarios en unidad.

Es decir, los que critican (o conciben) al marxismo por economicista, totalitario y “ortodoxo” y algunos que parecen suscribirlo, al externalizar las relaciones estructurales de la vida de los seres humanos concretos, lo terminan desguazando de su riqueza dialéctica y rupturista respecto a modelos dicotómicos, homeostáticos, funcionalistas e idealistas.

Tal como afirma Kimberly DeFazio (2002), el modelo dominante sobre lo urbano, siguiendo la lógica deconstructiva de la hibridez y la diferencia posmoderna, viene despojando a la ciudad de sus causas estructurales e históricas, destotalizando el análisis y convirtiendo, finalmente, esa posición (epistemológica, agregó yo) en una pos-teoría que en realidad está *en contra de la teoría* y se constituye de hecho en “una coartada del capital global”<sup>23</sup>.

Como ejemplos de reproductivismo externalista se pueden citar las exacerbaciones acríicas de conceptos como fragmentación, disputas, diferencias, diversidades, hibridaciones, tan comunes en la literatura de las ciencias sociales de las últimas tres décadas. Pero no solo eso. Componen una producción donde la construcción del objeto de análisis se despoja, a dos puntas, de la dimensión simbólico-imaginaria a la vez que de la estructura. Como resalta DeFazio, la estructura queda suspendida para los enfoques sobre imaginarios urbanos, las retóricas y la teoría de lo post, que toman como ‘lo concreto’ superficial las hibrideces, las diferencias, lo particular, reduciendo lo concreto a la pura empiria, es decir, a ese momento de la dialéctica del conocimiento que, con Kosik (y antes con Marx), puede aprenderse que solo constituye una evidencia acríicamente construida, al servicio de la opacidad, si no se la supera mediante el ascenso hacia lo concreto.

## HASTA AQUÍ

En esta primera aproximación de cauciones epistemológicas del trabajo sobre imaginarios urbanos se entornaron, en principio, dos ejes: 1) el rol de las *cauciones*, ante *riesgos* de reduccionismos tanto de lo urbano cuanto de los imaginarios, y las *opciones* como resultado de sus aplicaciones; 2) la oposición entre el riesgo de encapsulamiento dentro de lo disciplinar y el enfoque dialéctico histórico-estructural de lo urbano y semiótico-histórico de los imaginarios, en un desplazamiento, o ascenso, de lo abstracto a lo concreto.

La primera caución apuntó contra la obsesión de que las categorías no se solapen por su uso, a partir de la combinación de posturas positivistas y encepadas en lo disciplinar, y el innovacionismo febril que pretende superar esos usos por la mera moda académica,

23 DeFazio fundamenta su crítica a la *pos-teoría* de lo urbano en que esta despoja al concepto de clase social del concepto de antagonismo y, por lo tanto, desplaza su valor explicativo en su relación con los medios de producción de la teoría marxista de la clase, en la que la posición de clase no es una relación subjetiva o imaginaria, ni una cuestión de ‘estilo de vida’ determinado por las prácticas del consumo, sino algo objetivamente determinado por la explotación del plusvalor.

como resultado de una mezcla paradójica de posturas entre vanguardistas y posmodernas. Como opción, aproximo la relación de unidad de contrarios y ascenso de los usos abstracto-restringidos a los concretos amplios de lo imaginario y de lo urbano, a partir de la negatividad de las dimensiones conceptuales e históricas amparadas en las categorías de totalidad y contradicción interna.

La segunda caución se posiciona contra el dicotomismo en la concepción de lo urbano desde el sentido abstracto-restricto de lo físico-espacial hacia una visión amplia de lo concreto urbano histórico-estructural, y contra el dualismo respecto a lo imaginario. No hay urbe sin imagen de urbe es el principio de esta caución. Y, a la vez, el dualismo es cuestionado en su flanco culturalista, que reduce lo urbano a un estilo esencializado e indeterminado de conductas y valores, al que se atribuye la funcionalidad de ser variable independiente respecto a prácticas y representaciones de un modo de vida autocontenido y ahistórico.

Precisamente las dicotomías isomórficas de polos autocontenidos de raíz idealista se constituyen en la razón de la tercera caución, contra la homeostasis social, cuyos ejemplos más sintomáticos en el campo de la teoría y las asunciones urbanas resultaron ser, en términos clásicos, el vecinalismo y el comunitarismo, y hoy en día el reinado de las disputas.

Finalmente, la cuarta caución es la que se sitúa contra lo que llamo el *externismo reproductivista*, consistente en reconocer discursivamente a lo estructural pero como externo a la dimensión significacional y a la densidad del objeto de investigación, acotándolo a lo económico en su sentido más estrictamente reduccionista, disciplinar y abstracto, lo que da como resultado descripciones de la reproducción y la subordinación de lo imaginario a su reducido sentido especular, abstracto e indeterminado.

## REFERENCIAS

- Basulto Gallegos, Ó. (2012). Construcción de valor territorial en el imaginario urbano. *Revista de Investigaciones Políticas y Sociológicas*, 12(2), 115-126. Universidad de Santiago de Compostela.
- Bauman, Z. (2002). *La cultura como praxis*. Buenos Aires: Paidós.
- Boggs, R. (1955). Enfermedades infantiles de la ciencia del folklore. *Folklore Américas*, 15(1). University Of Miami Press.
- Carretero Pasín, Á. (2003). Postmodernidad e imaginario, una aproximación teórica. *A Parte Rei Revista de Filosofía*, 26, <http://serbal.pntic.mec.es/~cmunoz11/carretero26.pdf>
- Carretero Pasín, Á. (2018). Dessimbolización y resimbolización de la ciudad: en busca del espacio urbano perdido.
- Castells, M. (1974). *La cuestión urbana*. Madrid: Siglo XXI.
- Childe, G. (1968). *Qué sucedió en la Historia*. México: Fondo de Cultura Económica.
- DeFazio, K. (2002), "Pos teoría urbana, clase y ciudad". En: *Redcritique*, <http://www.redcritique.org/> enero-febrero.
- Eagleton, T. (1997). *Las ilusiones del posmodernismo*. Buenos Aires: Paidós.
- Eagleton, T. (2017a). *La cultura y la muerte de dios*. Buenos Aires: Paidós.
- Eagleton, T. (2017b). *Cultura*. Buenos Aires: Taurus.

- Elias, N.& Scotson, J. (2016). *Establecidos y marginados*. México: Fondo de Cultura Económica.
- Godelier, M. (1989). *Lo ideal y lo material*. Madrid: Taurus.
- Gómez Balza, J. (2018). “El imaginario urbano y la obra de arte”.
- Gorelik, A. (2002). Imaginarios urbanos e imaginación urbana. Para un recorrido por los lugares comunes de los estudios culturales urbanos. *Eure*, 28(83). Santiago de Chile.
- Gravano, A. (2003). *Antropología de lo barrial, estudios sobre producción simbólica de la vida urbana*. Buenos Aires: Espacio Editorial.
- Gravano, A. (2005a) (comp.). *Imaginarios sociales de la ciudad media: emblemas, fragmentaciones y otredades urbanas, estudios de Antropología Urbana*. Tandil-Olavarría: Universidad Nacional del Centro de la Provincia de Buenos Aires, Red de Editoriales de Universidades Nacionales.
- Gravano, A. (2005b). *El barrio en la teoría social*. Buenos Aires: Espacio Editorial.
- Gravano, A. (2006). Imaginarios regionales y circularidad en la planificación: el caso del TOAR. En: *Intersecciones*, 7, 305-323. Universidad del Centro de la Provincia de Buenos Aires.
- Gravano, A. (2008). “La cultura como concepto central de la Antropología”. En: Chiriguini, M.C. (comp.), *Apertura a la Antropología, alteridad, cultura, naturaleza humana*(pp. 93-122). Buenos Aires: Proyecto Editorial.
- Gravano, A. (2009). La proyección del enfoque etnográfico hacia la facilitación organizacional en procesos participativos de planificación urbana. *Horizontes Antropológicos*, 32, 81-114. Porto Alegre, Brasil. Programa de Pós Graduação em Antropologia Social.
- Gravano, A. (2011). ¿Vecinos o ciudadanos? El fenómeno NIMBY: participación social desde la facilitación organizacional. *Revista de Antropología*, 54(1), 191-230. Universidade de São Paulo, Faculdade de Filosofia, Letras e Ciências Humanas, Departamento de Antropología.
- Gravano, A. (2012a). Imaginarios urbanos y facilitación organizacional: estudio comparativo de casos. *Publicar en Antropología y Ciencias Sociales*, No. XI. Buenos Aires. <http://ppct.caicyt.gov.ar/index.php/publicar/index>.
- Gravano, A. (2012b). Imaginarios urbanos, planificación y participación institucional en la ciudad media: entre arcos y flechas. *Investigación+Acción*, 14, 87-110. Universidad Nacional de Mar del Plata.
- Gravano, A. (2013). “Homeostasis múltiple del sistema urbano, la gestión de servicios públicos y los imaginarios identitarios de ciudades medias: marcos y proyecciones”. IV Jornadas de Antropología Social del Centro Bonaerense, Universidad Nacional del Centro de la Provincia de Buenos Aires.
- Gravano, A. (2016a). “Tres hipótesis sobre la relación entre sistema urbano e imaginarios”. En: Silva, Ana; Boggi, Silvia & Gravano, Ariel: *Ciudades vividas: sistemas e imaginarios de ciudades medias bonaerenses* (pp. 69-90). Buenos Aires, Editorial Café de las Ciudades.
- Gravano, A. (2016b). *Antropología de lo urbano* (tercera edición). Santiago de Chile: LOM Ediciones.
- Gravano, A. (2016c). Historia a medias e historias medias: imaginarios de *lo pueblerino* en el contexto de juicios al terrorismo de Estado. *Tabula Rasa*, 24, 303-324.

- Gravano, A. (2017). "Heterotopías morales y palimpsesto urbano en ciudades de escala media". En: Bril Valeria, Sabugo Mario (eds.), *Arquitectura y ciudad: imaginarios fronterizos* (pp. 193-215). Buenos Aires: Editorial Diseño (ISBN: 978-987-4160-36-2).
- Guzmán Sandoval, D. (2018). "Entreverse en los márgenes urbanos: paisajes de la exclusión, estigmatización territorial y recelo social".
- Harvey, D. (1977). *Urbanismo y desigualdad social*. Madrid: Siglo XXI.
- Harvey, D. (1989). *The Condition of Postmodernity*. Oxford: Basil Blackwell.
- Harvey, D. (2007). *Espacios del Capital. Hacia una Geografía Crítica*. Madrid: Akal.
- Harvey, D. (2013). *Ciudades rebeldes, del derecho de la ciudad a la revolución urbana*. Madrid: Akal.
- Ingold, T. (2013). La antropología en crisis (reportaje de Gustavo Castaing). *Clarín*, Buenos Aires, 8 de enero. Disponible en [https://www.clarin.com/ideas/tim-ingold-antropologia-crisis\\_0\\_rkib57njPme.html](https://www.clarin.com/ideas/tim-ingold-antropologia-crisis_0_rkib57njPme.html)
- Jameson, F. (1998). *Teoría de la postmodernidad*. Madrid: Trota.
- Kosik, K. (1967). *Dialéctica de lo concreto*. México: Grijalbo.
- Lacarrieu, M. (2017). La "insoponible levedad" de lo urbano. *Eure*, vol. XXXIII(99), 47-64. Santiago de Chile.
- Lefebvre, H. (2013). *La producción del espacio*. Madrid: Swing.
- Leguizamón, H. (2011). "En torno a la gestión de procesos participativos". En: *Construcción de la Ciudad*(pp. 193-198). Gobierno de la Ciudad Autónoma de Buenos Aires, Ministerio de Desarrollo Urbano.
- Licon Valencia, E. (2003). *Producción de imaginarios urbanos, dibujos de un barrio*. Puebla: Universidad de Puebla.
- Lindón, A. (2007). "Diálogo con Néstor García Canclini. ¿Qué son los imaginarios y cómo actúan en las ciudades?". En: *Eure*, XXXIII(99), pp. 5-6. Santiago de Chile.
- Lojkin, J. (1979). *El marxismo, el Estado y la cuestión urbana*. México: Siglo XXI.
- Lynch, K. (1966). *La imagen de la ciudad*. Buenos Aires: Infinito.
- Marx, C. (1964). Prólogo de la "Contribución a la crítica de la economía política". En: Horowitz, Irvin (eds.), *Historia y elementos de la sociología del conocimiento*(pp. 75-79), Buenos Aires: EUdeBA.
- Marx, C. (1971). *El capital*. México: Fondo de Cultura Económica.
- Menéndez, E. (2012). "Búsqueda y encuentro: modas, narrativas y algunos olvidos". En: *Cuadernos de Antropología Social*, 35, 29-53. Buenos Aires, Universidad de Buenos Aires, Facultad de Filosofía y Letras.
- Mons, A. (1992). *La metáfora social, imagen, territorio, comunicación*. Buenos Aires: Nueva Visión.
- Palma, H. (2017). "Los límites de las ciencias: una metáfora difusa". En: V. Bril y M. Sabugo (eds.), *Arquitectura y ciudad: imaginarios fronterizos*(pp. 239-261). Buenos Aires: Diseño Editorial.
- Santillán, A. (2018). "Imaginar fronteras, reconstruir desigualdades".
- Sarquis, J. (1998). "La investigación proyectual, una teoría, metodología y técnica de formalización arquitectónica contemporánea". En: *Documentos de Trabajo*, Centro Poiesis, Buenos Aires: Facultad de Arquitectura y Urbanismo, UBA.

- Silva, A. (1992). *Imaginarios urbanos, Bogotá y Sao Paulo: cultura y comunicación urbana en América Latina*. Bogotá: Tercer Mundo Editores.
- Solsona Cisternas, D. (2018). “La construcción imaginario-social del miedo en tiempos de catástrofe social”.
- Wallerstein, I. (2006). (coord.). *Abrir las ciencias sociales*. Buenos Aires: Siglo Veintiuno Editores.



## SOBRE LOS AUTORES

---

PAULA VERA

Doctora en Ciencias Sociales y Humanas por la Universidad Nacional de Quilmes (UNQ) y licenciada en Comunicación Social por la Universidad Nacional de Rosario (UNR). Es investigadora asistente del Consejo Nacional de Investigaciones Científicas y Técnicas (CONICET), organismo que ha financiado su formación de posgrado a través de dos becas doctorales (2009-2014) y una beca posdoctoral (2014-2016). Investigadora del Centro de Estudios Culturales Urbanos de Rosario (CECUR-UNR) y del Centro de Investigación en Políticas Públicas y Sociedad (CIPPS-UNR). Integrante de distintos proyectos de investigación en la UNQ y UNR. Es coordinadora del GT Estudios Urbanos de la Red Iberoamericana de Investigación en Imaginarios y Representaciones Sociales (RIIR) y miembro de su comité científico. Ha publicado numerosos trabajos en revistas científicas nacionales e internacionales y coordinado el dossier: “Ciudad y comunicación: imaginarios, subjetividades y materializaciones”, *Revista Inmediaciones de la Comunicación* (Uruguay). Dentro del campo de los estudios urbanos, sus investigaciones abordan las relaciones entre ciudad, imaginarios sociales y procesos de producción urbana en el contexto neoliberal desde una perspectiva interdisciplinaria con anclaje en estrategias metodológicas cualitativas. En su proyecto de investigación en curso: “Procesos de transformación urbana en las metrópolis contemporáneas. Imaginarios urbanos, conflictos y consensos en la ciudad de Rosario”, indaga los imaginarios urbano-tecnológicos signados por la innovación, la creatividad y las TIC; y, aquellos imaginarios urbanos implicados en los procesos de transformación de los espacios públicos, vinculados a procesos de turistificación, patrimonialización y recualificación de fragmentos urbanos.

Correo electrónico: paulavera.arg@gmail.com

ALICIA LINDÓN

Doctora en Sociología por El Colegio de México. Posee maestría en Estudios Urbanos por la misma institución y licenciatura en Geografía por la Universidad de Buenos Aires (UBA). Es profesora-investigadora del Departamento de Sociología de la Universidad Autónoma Metropolitana (UAM-I), campus Iztapalapa, en el área de Investigación Sociología de la Cultura y en el Cuerpo Académico Espacio Social de la Ciudad. Es miembro del Sistema Nacional de Investigadores del Consejo Nacional de Ciencia y Tecnología (CONACYT) en el nivel III. Desde 2013 se desempeña como coordinadora del Consejo Editorial de Ciencias Sociales y Humanidades de la misma institución. Sus líneas de investigación se abocan al estudio de la dimensión espacial de lo social desde la perspectiva del sujeto habitante: “El enfoque biográfico y la subjetividad espacial”, “La ciudad habitada y

los imaginarios urbanos”, “Las socio-geografías de la vida cotidiana” y “Espacialidades y corporalidades: Geografías Híbridas”.

Correo electrónico: alicia.lindon@gmail.com

### ÁNGEL ENRIQUE CARRETERO PASIN

Doctor en Sociología por la USC. Investigador posdoctoral en la Université Paris V: Sorbonne. Profesor Titular de Filosofía de Bachillerato en el régimen de adultos del IES Rosalía de Castro y Profesor Invitado de Sociología en el Instituto de Criminología (usc). Profesor en el posgrado: *Historia, teoría y método en las ciencias humanas y sociales* (usc) y profesor en el máster Juventud y Sociedad (usc). Miembro del Grupo Compostela de Estudios sobre Imaginarios Sociales (GCEIS) y del Centro de Investigación sobre Procesos e Prácticas Culturais Emerxentes (CIPPCE). Integrante del Comité Científico y Coordinador del equipo editorial de la Red Iberoamericana de Investigación en Imaginarios y Representaciones (USTA). Miembro del Comité de Investigación del Grupo de Teoría Sociológica de la Federación Española de Sociología. Autor de ocho libros, así como más de un centenar de publicaciones entre revistas y colaboraciones en libros conjuntos, en torno a líneas de investigación vinculadas a teoría sociológica, sociología de la cultura y sociología de la posmodernidad. Ha impartido seminarios, coloquios, cursos y conferencias, tanto a nivel nacional como internacional, en torno a estas líneas.

Correo electrónico: angelenrique.carretero@usc.es

### DIEGO SOLSONA CISTERNAS

Licenciado en sociología, sociólogo de profesión y magíster en Investigación Social y Desarrollo por la Universidad de Concepción (Chile). Actualmente es becario de la Comisión Nacional de Investigación Científica y Tecnológica del Estado de Chile (CONICYT) para sus estudios de Doctorado de Ciencias Sociales en Estudios Territoriales impartido por la Universidad de los Lagos (Chile) y el Ceder (Centro de estudios del desarrollo regional y políticas públicas). También fue becario de la fundación Marie Curie de la Unión Europea para participar como investigador de intercambio en el proyecto “Transport and Social Exclusion”, en la Universidad de Oxford (Transport Studies Unit). Es miembro de la RIIR (Red iberoamericana de investigación en imaginarios y representaciones sociales), donde también es columnista habitual de su boletín *Imaginación o Barbarie*. Ha sido expositor en diversos eventos científicos en Uruguay, Chile, Colombia y Argentina, donde ha presentado ponencias relacionadas con la discapacidad y las identidades locales. Y cuenta con algunas publicaciones en revistas científicas indexadas. Sus principales temas de investigación son “imaginarios sociales de la discapacidad” e “imaginarios urbanos en procesos de identificación territorial”. Actualmente es docente adjunto e investigador en la Universidad de Magallanes.

Correo electrónico: diego.solsona@umag.cl

## ALFREDO SANTILLÁN CORNEJO

Doctor en Estudios Sociales (2016) por la Universidad Externado de Colombia, Máster en Antropología en Flacso-Ecuador (2006) y licenciado en Sociología y Ciencias Políticas por la Pontificia Universidad Católica del Ecuador (2002). Se desempeña desde el 2009 como profesor-investigador de Flacso-Ecuador en el Departamento de Antropología, Historia y Humanidades. Profesor auxiliar de la Pontificia Universidad Católica del Ecuador (2007-2013). Autor de varios artículos científicos, capítulos en libros y libros compilados en temas de imaginarios urbanos, segregación socio-espacial, violencia e inseguridad urbana, políticas culturales locales. Actualmente, su trabajo se centra en el estudio de la vida urbana desde las subjetividades ciudadanas.

Correo electrónico: [asantillan@flacso.edu.ec](mailto:asantillan@flacso.edu.ec)

## ANA SILVA

Licenciada en Comunicación Social (Facultad de Ciencias Sociales, Universidad Nacional del Centro de la Provincia de Buenos Aires, UNICEN) y doctora por la Facultad de Filosofía y Letras de la UBA (mención Antropología Social). Realizó una estadía posdoctoral en el Banco de Imágenes y Efectos Visuales del Programa de Posgrado en Antropología Social, IFCH, UFRGS (Porto Alegre, Brasil, 2010). Investigadora Adjunta del Consejo Nacional de Investigaciones Científicas y Técnicas (CONICET). Integrante del Núcleo de Producciones e Investigaciones en Comunicación Social de la Ciudad Intermedia (PROINCOMSCI), Facultad de Ciencias Sociales y del Centro de Estudios de Teatro y Consumos Culturales (TECC) de la Facultad de Arte de la Unicen. Profesora adjunta ordinaria de Teorías de la Comunicación y la Cultura, Facultad de Arte, UNICEN. Directora de la Maestría en Arte y Sociedad en Latinoamérica, Facultad de Arte, UNICEN. Ha publicado distintos artículos en revistas especializadas y los libros *Ciudades vividas. Sistemas e imaginarios de ciudades medias bonaerenses* (con Ariel Gravano y Silvia Boggi, Ed. Café de las Ciudades, 2016); *Trayectorias sociales, artísticas y educativas* (con T. Fuentes y C. Dimatteo, UNICEN, 2017); *Ensayos sobre arte, comunicación y políticas culturales* (con T. Fuentes y M. Santagada, UNICEN, 2012), entre otros.

Correo electrónico: [anasilva77@yahoo.com.ar](mailto:anasilva77@yahoo.com.ar)

## SILVIA BOGGI

Licenciada en Antropología (orientación Social) y Licenciada en Comunicación Social por la Facultad de Ciencias Sociales de la Universidad Nacional del Centro de la Provincia de Buenos Aires, Argentina. Docente investigadora (FACSO/Unicen) integrante del PROINCOMSCI (Producciones e Investigaciones Comunicacionales y Sociales de la ciudad intermedia) - SECAT/UNICEN. Acredita publicaciones de libros, capítulos de libros, en revistas científicas y en actas de congresos nacionales e internacionales producto de investi-

gaciones referenciadas en dinámicas de construcción de imaginarios sociales en ciudades de rango intermedio de la región centro bonaerense de Argentina.

Es directora de y participa en Proyectos de Extensión Universitaria vinculados a la recuperación, construcción de protocolos de trabajo, digitalización, publicación *on line* (libre) y patrimonialización de archivos sonoros radiales antiguos y del periodismo gráfico de medios de comunicación de ciudades intermedias del centro de la Provincia de Buenos Aires, Argentina.

Correo electrónico: silviaboggi@gmail.com

#### MERCEDES GONZÁLEZ BRACCO

Doctora en Ciencias Sociales y licenciada en Sociología por la Universidad de Buenos Aires. Especialista en Gestión Cultural por la Universidad de San Martín. Magister en Historia y Cultura de la Arquitectura y la Ciudad por la Universidad Torcuato di Tella. Investigadora Asistente del Consejo Nacional de Investigaciones Científicas y Técnicas (CONICET). Actualmente dirige el proyecto de investigación PICT “El patrimonio urbano en cuestión: tensiones y negociaciones en torno a su instrumentalización de cara al turismo. Buenos Aires 2007-2015”. Además, ha participado como investigadora en diversos proyectos del área de Antropología de la Cultura del Instituto de Ciencias Antropológicas de la Universidad de Buenos Aires. Se especializa en temáticas vinculadas al patrimonio cultural y urbano, el turismo y los consumos culturales.

Correo electrónico: mercedesbracco@gmail.com

#### SOLEDAD LABORDE

Doctora en Antropología por la Facultad de Filosofía y Letras de la Universidad de Buenos Aires (UBA). Becaria pos-doctoral del Consejo Nacional de Investigaciones Científicas y Técnicas (CONICET) con lugar de trabajo en el Instituto de Ciencias Antropológicas (ICA) de la UBA. Licenciada y profesora de Enseñanza Media y Superior en Antropología (UBA). Docente de la carrera de Antropología Social de la UBA y de la materia de Antropología en las carreras de Trabajo Social y Psicología de la Universidad del Museo Social Argentino (UMSA). Integra como investigadora el equipo de Antropología de las ciudades y de la cultura de la Sección Social de Antropología Social (SEANSO) en el ICA. Sus temas de investigación abordan la producción de la ciudad desde las prácticas culturales y las formas de habitar, en particular la relación entre la interculturalidad y los procesos de transformación urbana contemporáneos.

Correo electrónico: sole\_laborde@hotmail.com

#### GALA HUILÉN AGÜERO

Magíster en Ciencias Sociales, Mención Antropología, por la École des Hautes Études en Sciences Sociales (EHESS) de París y licenciada en Antropología Social por la Universi-

dad Nacional de Salta (UNSA). Actualmente doctoranda de la Formación en Antropología de la EHESS y becaria doctoral del Consejo Nacional de Investigaciones Científicas y Técnicas (CONICET). Pertenece al Centre Maurice Halbwachs de la ENS de París y al Instituto de Investigaciones en Ciencias Sociales y Humanidades (ICSOH- UNSA-CONICET). Trabaja desde 2012 sobre los procesos de reconfiguración socio-espacial de la periferia oeste de la ciudad de Salta (Argentina) y se interesa entre otras temáticas, a la reconversión productiva del tabaco y de otros agro-negocios; la 'modernización' de los vínculos del trabajo rural; el rol social de las élites propietarias; las problemáticas de acceso a la tierra; la historia de las condiciones del trabajo rural y el rol del Estado; los impactos de la urbanización; el desarrollo del sector inmobiliario privado y el modelo del barrio cerrado. Participa en proyectos de investigación en Argentina, Francia y entre Brasil y Francia; ha publicado en revistas especializadas y ha participado en la organización de eventos científicos ligados al Centre Maurice Halbwachs (CMH-París).

Correo electrónico: gala.h.aguero@gmail.com

#### MARIANO PERELMAN

Doctor en Antropología por la Universidad de Buenos Aires. Se especializó en el estudio de los procesos de trabajo que se realizan en la vía pública y el modo en que se produce la desigualdad social. Actualmente indaga sobre las construcciones de mercados de trabajo, las territorialidades y estabilización en actividades informales en Buenos Aires. Docente del Departamento de Antropología de la Facultad de Filosofía y Letras (Antropología Sistemática 1, organización Social y Política). Dicta cursos de posgrado en distintas universidades nacionales e internacionales y es Investigador Adjunto del Consejo Nacional de Investigaciones Científicas y Técnicas (CONICET). Dirige e integra proyectos de investigación sobre temas de desigualdad urbana y procesos de trabajo. Sus trabajos han sido publicados en revistas y libros. Editó recientemente *Desigualdades persistentes y territorialidades emergentes: disputas por el espacio urbano* (Con Mercedes di Virgilio, Biblios 2018); *Disputas em torno do Espaço Público Urbano: Processos de Produção/ Construção e Apropriação das cidades* (con John Gledhill y María Gabriela Hita; UFBA 2017); *Fronteras en la ciudad. (Re)producción de desigualdades y conflictos urbanos*. Buenos Aires (con Martín Boy, Teseo 2017).

Correo electrónico: mdperelman@gmail.com

#### DIEGO GUZMÁN SANDOVAL

Doctor en Ciencias Sociales con orientación en sociología. Maestro en Filosofía y licenciado en Antropología Social. Formación realizada totalmente en la Universidad de Guanajuato. Profesor de diversas asignaturas en el programa de: Antropología Social, Trabajo Social, Ciencia Política y Administración Pública. en la misma universidad.

Correo electrónico: dguzsan@gmail.com

JORGE LUIS GÓMEZ BALZA

Historiador del Arte (ULA); *magister scientiae* en Historia Teoría y Crítica de Arquitectura (ULA); académico visitante de la Maestría en Historia y Cultura de la Arquitectura y la Ciudad (UTDT, Argentina); doctor en Ciencias Humanas (ULA); posdoctor (Programa Permanente de Estudios Postdoctorales en Arte y Arquitectura, Cipost-ucv); exdirector de la Escuela de Letras (ULA), decano encargado de la Facultad de Humanidades y Educación (ULA), coordinador del Grupo de Investigaciones en Arte Latinoamericano (GIAL-ULA), profesor del Departamento de Historia del Arte (ULA), Maestría en Historia del Venezuela (ULA), Premio al Estímulo del Investigador, Venezuela (PEI, 2007-2017). Autor de artículos en revistas indexadas y arbitradas nacional e internacionalmente; conferencista en universidades nacionales e internacionales; árbitro principal de la revista *Direito da cidade* (UERJ, Brasil); integrante de la Red Iberoamericana de Investigación en Imaginarios y Representaciones (RIIR).

Correo electrónico: gomezbalza@gmail.com

FREDDY ORLANDO MORA HERNÁNDEZ

Sociólogo egresado de la Universidad Santo Tomás Colombia. Consultor independiente. Miembro de la Red Iberoamericana de Investigación en Imaginarios y Representaciones (RIIR).

Correo electrónico: fredomora2@hotmail.com

FELIPE ANDRÉS ALIAGA SÁEZ

Doctor en sociología y procesos políticos contemporáneos; DEA en ciencia política por la Universidad de Santiago de Compostela (España). Sociólogo y licenciado en sociología por la Universidad de Concepción (Chile). Posdoctorado en estudios migratorios por la Universidad de Granada (España). Cuenta con estancias posdoctorales en el Instituto de Estudios en Comunicación y Cultura (IECO) de la Universidad Nacional de Colombia y en el Centro de Estudios Sociales de la Universidad de Coimbra. Investigador en grupos interdisciplinarios en Chile, España, Ecuador y Colombia, en donde ha trabajado: imaginarios sociales, migraciones, diseño y aplicación de metodologías cualitativas, entre otras materias; en torno a las cuales ha ofrecido más de 60 ponencias en eventos académicos realizados en diferentes países y ha publicado diversas obras. Ha pertenecido a diversas organizaciones académicas y sociales, siendo miembro del Grupo Compostela de Estudios sobre Imaginarios Sociales (GCEIS), del 2001 al 2006 en la sede de la Universidad de Concepción (Chile), trabajando junto al Dr. Manuel Antonio Baeza; en el grupo de la Universidad de Santiago de Compostela (España) fue miembro desde el 2007 al 2012, en donde, el Dr. Juan Luis Pintos fue su director de tesis doctoral. En ambos grupos participó en una serie de proyectos y actividades académicas relacionadas con los imaginarios sociales.

Actualmente es docente a tiempo completo en la Facultad de Sociología de la Universidad Santo Tomás-Colombia y el coordinador de la Red Iberoamericana de Investigación en Imaginarios y Representaciones (RIIR).

Correo electrónico: felipealiaga@yahoo.es

#### JAVIER DIZ CASAL

Doctor Antropología Social. Tesis: Imaginarios sociales de la emigración en una comunidad tutelada de niños, niñas y jóvenes tetuanés, Universidade de Vigo. Máster oficial en Investigación Psicosocioeducativa con Adolescentes en Contextos Escolares Universidade de Vigo. Máster en Psicología Clínica, Psicopatología y Psicoterapia y Máster en Psicogerontología y Psicogeriatría Instituto Europeo de Psicología Dinámica (IEPD). Licenciado en Psicología Universidad Pontificia de Salamanca (UPSA).

Actualmente cursa el Máster universitario en formación del profesorado de Educación Secundaria Obligatoria y Bachillerato, Formación Profesional y Enseñanzas de Idiomas en la Universidad Nacional Española a distancia (UNED).

Ha sido profesor en el Programa para Mayores de la Universidad de Vigo (asignatura Cultura y pensamiento). Ha colaborado como evaluador externo de manuscritos para diferentes revistas científicas y participado en diferentes congresos y publicaciones. Pertenecer a la Red Iberoamericana de Investigación en Imaginarios y Representaciones (RIIR) en la que coordina junto a varios colegas el boletín *Imaginación o barbarie*. Es co-coordinador de la Red Iberoamericana de Divulgación e Investigación en Migraciones (RIDIM).

Correo electrónico: jdizca@hotmail.es

#### JOSÉ DAVID GUTIÉRREZ SÁNCHEZ

Doctor en Sociología por la Universidad de Sevilla. Máster en Cooperación Internacional al Desarrollo por la Universidad de Comillas (Madrid). Diplomado en Trabajo Social en la Universidad de Cádiz. Tanto su experiencia profesional como investigadora se centran en infancia en contextos de riesgos, especialmente con colectivos gitanos rumanos en España y Europa, y con jóvenes inmigrantes en el norte de África. Ha desarrollado su experiencia profesional en diversas ONG en diferentes países como experto en cooperación internacional y como trabajador social. A su vez, ha trabajado en diversos escenarios como son centros penitenciarios, centros sociales, gestión de voluntariado, centros de rehabilitación para toxicómanos, asociaciones que trabajan la discapacidad y fundaciones que tienen como eje central la lucha por la defensa de la infancia. Ha publicado diversos trabajos sobre infancia en contextos de riesgo y continúa en el campo de la investigación apoyando y mostrando técnicas nuevas de intervención social. En la actualidad trabaja como profesor en la Universidad Pablo de Olavide en Sevilla.

Correo electrónico: jotadegs@hotmail.com

ARIEL GRAVANO

Doctor en Ciencias Antropológicas, por la Universidad de Buenos Aires, Argentina. Investigador del Consejo Nacional de Investigaciones Científicas y Técnicas (CONICET). Profesor titular de Antropología Urbana en la Universidad Nacional del Centro de la provincia de Buenos Aires (1990-2018) y miembro académico, así como docente, de diversos posgrados y publicaciones de Latinoamérica. Director del proyecto *Antropología de ciudades medias del centro bonaerense: sistema urbano, imaginarios sociales y tramas de poder*. Autor de los libros *Antropología de lo urbano* (2016), *Antropología de lo barrial* (2003), *El barrio en la teoría social* (2005) y compilador de *Miradas urbanas-visiones barriales* (1996), *Imaginarios sociales de la ciudad media* (2005) y *Ciudades vividas: sistemas e imaginarios de ciudades medias bonaerenses* (2016), y artículos en revistas reconocidas.

Correo electrónico: arielgravano14@gmail.com





Esta obra se editó en Ediciones USTA.

2019

Aventurarse en la tarea de comprender la complejidad creciente de la vida urbana requiere, necesariamente, nuevos abordajes transversales y disruptivos. El tratamiento de la ciudad desde los imaginarios y representaciones sociales de lo urbano constituye una postura teórica y metodológica, la cual permite identificar y descifrar las predisposiciones a la reproducción y las tendencias que anuncian formas de producción innovadoras de la ciudad y la vida urbana.

Esta obra, compuesta por trece capítulos de autores de Argentina, Chile, Colombia, Ecuador, España, México y Venezuela, ofrece una muestra de los posibles contrapuntos, conexiones y discusiones que se abren en el campo de los imaginarios y representaciones sociales de lo urbano. Es un libro que navega entre los deslizamientos y las cauciones conceptuales sobre temporalidades, territorios y escalas, símbolos y catástrofes, fronteras y desigualdades, identidades barriales y ciudades lúdicas, márgenes y recelos, estéticas y consumos ocultos. Con este trabajo se busca actualizar las discusiones, renovar interrogantes, visibilizar objetos de estudio y perspectivas teórico-metodológicas que contribuyan a seguir multiplicando las investigaciones y las inquietudes en este ámbito.



UNIVERSIDAD SANTO TOMÁS  
PRIMER CLAUSTRO UNIVERSITARIO DE COLOMBIA  
FACULTAD DE SOCIOLOGÍA



UNICEN  
Universidad Nacional del Centro  
de la Provincia de Buenos Aires

